

“Acción y aventura en estado puro en un space opera de vertiginosa intensidad”

Neal Asher

Desconexión



Lectulandia

Ian Cormac es un famoso agente de la Central Terrestre de Seguridad. Su arsenal incluye androides de combate, criaturas de dudosos intereses y una temible arma programable. Sus enemigos están formados por humanos, máquinas y seres que son apenas un poco más salvajes y despiadados que él. En un futuro donde el viaje instantáneo de un mundo a otro es posible gracias a la tecnología del runcible, Cormac ha de investigar la destrucción de la colonia humana en el planeta Samarkand. Pero su pasado viaja tras él bajo el nombre de Arian Pelter, un líder terrorista escoltado por un sádico androide llamado *Mr. Crane* y un ejército de mercenarios que no se tomarán descanso hasta saldar sus cuentas pendientes con él. Cormac deberá sobrevivir mientras lucha contra su terrible adicción, la irresistible necesidad de conectar su mente al vasto e ilimitado universo de las inteligencias artificiales, para desentrañar los sobrecogedores secretos de Samarkand, el hogar de un ser milenario dotado de un increíble poder.

Lectulandia

Neal L. Asher

Desconexión

Solaris Ficción - 45

ePub r1.0

Titivillus 08.01.17

Título original: *Gridlinked*
Neal L. Asher, 2001
Traducción: Isabel Merino Bodes
Diseño de cubierta: Alejandro Terán

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A mi familia, por ayudarme a mantener los pies en el suelo y al mismo tiempo permitir que tenga la cabeza en las nubes. Menuda elasticidad.

AGRADECIMIENTOS

Gracias, en primer lugar, a mi hermano Martin por su «apoyo técnico» y, en segundo lugar, a todas aquellas personas que me han ayudado o tolerado en mi empeño por ascender por la escalera de la escritura. A mis padres, por sus correcciones, por sus críticas y por no decirme que me busque un trabajo de invierno normal; y a Caroline, por su firme apoyo. También deseo dar las gracias a todos los editores de la prensa independiente que creyeron en mí: Anthony Barker (Tanjén), Geof Lynas (Threads), Tony Lee (Pigasus Press), Graeme Hurry (Kimota), Elizabeth Counihan (Scheherazade), Alf Tyson (Piper's Ash), David Logan (Grotesque), Pam Creais (Dementia 13), Andy Cox (TTA), Chris Reed (BBR) y muchos otros. También a Simon Kavanagh, por su inteligente valoración del manuscrito original, y a Peter Lavery de Pan Macmillan, por detectar una buena apuesta sin la intervención de un agente.

PRÓLOGO

(año 2432 solstan)

Una nieve azulada caía sobre el tejado de la sala de embarque, donde se fundía y descendía serpenteando por el cristal, formando riachuelos renegridos. Freeman depositó su café en la mesa y se dejó caer sobre el asiento. Esbozó una mueca de dolor al sentir unas rápidas y repentinas palpitaciones detrás de los ojos y dirigió su acuosa mirada hacia los pasajeros que recorrían apresuradamente el suelo de mosaico, seguidos por sus obedientes equipajes. Intentaba recordar qué había ocurrido la noche anterior, pero sus pensamientos se le antojaban babosas grises. Recordaba con claridad a una mujer gatoadaptada desvistiéndolo en plena pista de baile, pero todo lo demás estaba confuso. Un profundo sentimiento de culpabilidad se apoderó de él e intentó ignorarlo leyendo el informe de su pantalla de notas. Necesitó dos intentos para conectarlo.

Los amortiguadores de Samarcanda son una ventaja galáctica, puesto que en ellos entra más energía de la que sale. Esta es la razón por la que la estación runcible está allí y no en Minostra, que solo podría mantener un runcible para el transporte local o, lo que es lo mismo, para trayectos inferiores a cien años luz. En Minostra, la contaminación térmica causada por un runcible galáctico provocaría un desastre ecológico; en cambio, en Samarcanda dicha energía se utiliza en forma de calor como impulso...

—¿Esta es su primera vez?

Freeman miró de reojo al individuo asustado que se había sentado junto a él. *El típico rico que intenta hacerse pasar por miembro de la cultura runcible*, pensó. Sus modernos pantalones de seda y su camisa de corsario le dijeron todo lo que necesitaba saber, pero el aumento Sensic que descansaba tras su oreja izquierda le informó de cosas que no deseaba conocer. El atuendo era inapropiado, pues este hombre no tenía nada que ver con aquellas personas que disfrutaban conociendo nuevos mundos y nuevas experiencias; además, su aumento era una copia barata que probablemente revolvería su cerebro en un mes. Pero Freeman no era nadie para juzgarlo, sobre todo teniendo en cuenta que él lograba revolver su cerebro sin ayudas mecánicas.

—No, lo he cruzado en varias ocasiones —respondió.

Freeman volvió a centrar su atención en la pantalla de notas. En aquellos momentos no estaba de humor para mantener una conversación. Recordaba vagamente un cuerpo desnudo y sudoroso. ¿Lo habría hecho con aquella mujer en la pista de baile? ¡Mierda!

—... para un proyecto de terraformación. Se ha discutido si este...

—Me pone nervioso.

—¿Qué? ¿Disculpe?

—Me pone nervioso. Nunca he entendido la tecnología de Skaidon, ni siquiera cuando estuve enchufado. Freeman intentó eliminar de su mente el rostro risueño de la mujer gato.

—Bueno, Skaidon era un tipo listo incluso antes de conectarse al ordenador de Craystein.

—... *gélido mundo debería ser...*

—Deberíamos ser capaces de comprenderlo, sin ayuda de aumentos. Freeman cogió un par de pastillas de desintoxicación del paquete medio vacío que guardaba en su bolsillo superior. En teoría debía tomarlas de una en una, pero en estos momentos las necesitaba. Bebió un trago de café abrasador para que las píldoras se deslizaran por su garganta. Tosió y se secó las lágrimas de los ojos.

—Ningún humano entiende la tecnología de Skaidon, ni siquiera con aumentos. Yo trabajo con esas malditas cosas y la mitad de las veces no tengo ni idea de lo que estoy haciendo —comentó, y al instante se dio cuenta de que no era lo mejor que podía decirle a alguien a quien le inquietaba viajar en runcible.

El hombre lo miró fijamente. Freeman terminó su café y observó con deseo la máquina expendedora. Puede que tuviera tiempo de tomarse otro antes de que llegara su turno.

—Pronto me tocará. Tengo que irme. No se preocupe, es totalmente seguro.

Los runcibles casi nunca se estropean. ¡Mierda! Había vuelto a hacerlo. Mientras se alejaba por el suelo de mosaico, Freeman sintió que su cabeza se iba despejando a la vez que se alejaba la nube negra de su resaca. Lamentaba no haber acabado con los miedos de aquel hombre, pero sabía que solo podría superarlos cruzando varias veces aquella puerta. Teniendo en cuenta que en cada hora solstan tenían lugar millones de transmisiones runcibles de membrillo y que solo un uno por ciento de los viajeros sufría daños durante el proceso, era más peligroso cruzar aquel suelo de mosaico.

En el extremo opuesto de la sala descansaban las puertas que conducían a los runcibles, y cerca de estas se alzaba una máquina expendedora. Había tres personas esperando delante de la Puerta Dos: una gatoadaptada y dos humanos normales. La gatoadaptada estaba utilizando la máquina de café. El corazón de Freeman dio un vuelco. ¡Era ella! El pelaje rosa y anaranjado en forma de V de la espalda era tremendamente peculiar, al igual que la trenza que se iniciaba en la mitad de su cabeza. En vez de dirigirse hacia su puerta, Freeman se detuvo junto a una columna y observó la pantalla de información que había en lo alto. Era la papilla mediática habitual, pero al menos no tenía que interactuar con ella. Por el rabillo del ojo vio que la mujer se bebía el café a grandes sorbos, como si realmente lo necesitara. En cuanto terminó, corrió hacia la puerta y la cruzó, dejando el vaso en el suelo. ¿También ella estaba sufriendo? ¿No sería una ironía que se dirigiera hacia Samarcanda? Las otras dos personas cruzaron la puerta instantes después. Seguramente se dirigían al mismo lugar, puesto que el runcible había tardado muy poco en reiniciarse. Freeman se

dirigió hacia la puerta, deteniéndose tan solo un instante mientras el cangrejo de herradura negro de un robot de limpieza pasaba zumbando junto a él, dejando a su paso un fuerte olor a limpiamoquetas. Un recuerdo centelleó en su mente. Sin duda alguna, anoche había habido una moqueta. Sintió que la nube se alejaba un poco más. En la pista de baile no la había.

Al llegar a la puerta de salida, Freeman presionó la mano contra una placa dispuesta en la columna de conexión. Su identidad, nivel de solvencia y destino aparecieron en una pantalla situada a la izquierda de su mano. Presionó de nuevo para confirmar. La puerta que había ante él se abrió y accedió a una pasarela en movimiento. Esta lo llevó por un largo pasillo estriado como el gaznate de algún reptil y después hasta una puerta que conducía a la cámara del runcible.

La cámara era una esfera de treinta metros de cristal reflectante con el suelo de cristal negro. El runcible, que se alzaba en el centro, sobre un pedestal escalonado, bien podría ser el altar de algún dios cibernético de la tecnología. Unas astas de toro de diez metros de longitud, nacaradas y curvadas hacia adentro, sobresalían del pedestal. Entre ellas centelleaba la cúspide de un arco de Skaidon o «cuchara», nombre del que derivaba la extraña nomenclatura que había adquirido en la actualidad la tecnología de Skaidon.

Mecánica de singularidad de cinco dimensiones. Arco de Skaidon. Tecnología de Skaidon...

Por mucho que odiara tener que reconocerlo, Freeman prefería las cucharas runcibles y el membrillo del absurdo poema de Edward Lear. No le gustaba el fragmento en el que el membrillo era *cortado*, puesto que membrillo era el nombre colectivo que recibían aquellos que viajaban a través de los runcibles. Hoy en día, casi todo el mundo conocía el viejo poema. Freeman se preguntó qué opinaría Lear del nuevo uso que estaban dando a sus palabras. Avanzó hacia el pedestal, subió los escalones que conducían a la cúspide y, al llegar a lo alto, desapareció.

El runcible lo empujó al infraespacio y lo arrastró entre estrellas ensombrecidas. Freeman viajaba, palpando la relatividad con la nariz, en la cúspide de una tecnología que su mente no aumentada era incapaz de comprender. Cuando viajabas entre dos runcibles dejabas de existir en el universo einsteniano. Freeman estaba más allá de un horizonte de sucesos, distendido por una superficie infinita carente de espesor, viajando entre estrellas del mismo modo que habían hecho miles de millones de «membrillos» antes que él.

En ese instante en que el tiempo se divide entre una infinidad y queda completamente paralizado. En un momento eterno. Freeman recorrió doscientos cincuenta y tres años luz. El segundo runcible lo atrapó, lo arrastró por el horizonte y canalizó la inmensa acumulación de energía que transportaba... solo que en esta ocasión algo salió mal. Freeman atravesó la cúspide conservando aún su carga. Entonces, el universo einsteniano se apoderó de él y aplicó sus leyes con crueldad. En ese instante inmensurable, Freeman apareció en su destino, viajando prácticamente a

la velocidad de la luz.

En el planeta de Samarcanda, en el sistema Andellan, Freeman proporcionó la energía suficiente para que se produjera una explosión nuclear de treinta megatonnes, y los átomos de su cuerpo cedieron gran parte de su sustancia como energía. Ocho mil personas murieron en la explosión y otras dos mil perdieron la vida durante las semanas siguientes, tras haber quedado expuestas a la radiación. Unos pocos cientos lograron sobrevivir, pero como la mayor parte de las instalaciones habían sido destruidas y carecían de la energía producida por los amortiguadores de los runcibles, el frío regresó a Samarcanda y murieron congeladas. Dos sobrevivieron, pero no eran humanos y ni siquiera puede decirse con certeza que estuvieran vivos. La familia y los amigos de Freeman llevaron luto al saber lo ocurrido. A veces, si estaba de buen humor, una mujer medio gato adaptada sonreía al recordarlo; otras veces esbozaba una mueca de dolor.

Como un bloque de construcción descartado por un niño-dios, el cubo de dos kilómetros de ceramal que era el centro de operaciones de Seguridad de Tierra Central descansaba junto a la orilla del Lago Léman. No había ventanas ni puertas en su estructura y, para las cincuenta mil personas que trabajaban allí, la única forma de acceso era mediante los runcibles. Entraban en él desnudos, lo abandonaban desnudos y eran analizados molécula a molécula en cada ocasión, aunque nadie sabía qué información se compilaba, qué decisiones se tomaban ni qué ordenes se daban. Cada vez que abandonaban las instalaciones dejaban una parte de su mente en el interior, descargada en otra mente que estaba al corriente de todo.

Al principio del proyecto, algún cómico había decidido llamarla Hal, como el ordenador de un clásico antiguo, pero ahora esto era información clasificada. Tierra Central era una IA, una IA excepcionalmente grande para una época en la que un coordinador planetario podía perderse en un cenicero. Tierra Central era del tamaño de una pelota de tenis, pero los terabytes de información eran procesados por sus circuitos en la trillonésima parte de un segundo. Recibía, cotejaba e implementaba la información. Daba las órdenes. El soberano del gobierno humano no era humano.

Salto carente de amortiguador hacia Samarcanda – confirmado.

Error del amortiguador principal – confirmado.

– Análisis de Rebelión Cíclica por Edward Landel –

ORDEN: AGENTE 2XG4112039768 ENCONTRADO EN EL RUNCIBLE.

Posible implicación alienígena – no confirmado.

Rastreo del segundo cuadrante.

– Terrorismo en el siglo xx –

ORDEN: CANCELADA

La vida humana en Samarcanda ha sido extinguida –
Proyección.

– Mar de la Muerte (Hood) –

ORDEN: AGENTE CAUSA PRIMARIA PARA CHEYNE III.

—¿Qué problema hay, Hal?

PREGUNTA: ¿CÓMO HACES ESO?

RISAS

Todo esto se desarrolló en menos de un segundo. La risa se desvaneció cuando el extraño y anciano oriental abandonó la sala. Tierra Central sintió contrariedad, o una emulación similar, y se centró en otros asuntos. Mientras continuaba dando órdenes y cotejando la información existente, siguió absorbiendo la inmensidad del conocimiento humano en las fracciones infinitesimales de tiempo que separaban una orden de otra. A cientos de años luz de distancia, sus decisiones se implementaban.

1

Por supuesto que no puedes comprenderlo. Estás acostumbrado a pensar de forma lineal; para ti, eso es evolución. ¿Sabes qué son la infinidad y la eternidad? ¿Sabes que el espacio es una sábana curvada dispuesta sobre la nada y que si viajas en línea recta durante el tiempo suficiente llegas al mismo punto del que partiste? No tiene sentido, ni siquiera explicado de la forma más sencilla posible: una dimensión es línea, dos dimensiones son área, tres son espacio y cuatro son espacio en el tiempo. Donde estamos. Todos ellos descansan sobre la nulidad, el espacio cero o el infraespacio, tal y como ha empezado a llamarse. Allí no existe el tiempo ni la distancia. Nada. Desde allí, todos los runcibles están en el mismo lugar y al mismo tiempo. Si empujas a un humano a su interior, no dejará de existir porque no tiene tiempo para hacerlo. Sácalo de allí. Es sencillo. ¿Cómo saben las IA de los runcibles cuándo, a quién y dónde? La información es empujada al interior junto al humano. La IA no tiene que saberlo antes porque no existe tiempo allí donde está la cuchara. Es sencillo, ¿verdad...?

Extraído de Cómo es eso, por Gordon

Angelina Pelter contempló un paisaje marino tan vacío de color como un dibujo de carboncillo y sintió que su propósito se reafirmaba: este era su hogar, este era el lugar que tenía que defender del autócrata de silicio conocido como Tierra Central y de todos sus agentes. Alzó la mirada al cielo, cubierto por un escudo de nubes aceitosas. Parecía una sábana tiznada de hollín que hubiera sido extendida desde el horizonte; el sol era un disco brumoso incrustado en él. Bajó la mirada hacia el lugar en donde las olas del color del hierro lamían los bloques de plastigón que se alzaban a un lado de la escollera. El día reflejaba su estado de ánimo.

—¿No te parece fascinante? —preguntó.

Él la miró con una expresión vacía. *Seguramente está buscando una respuesta adecuada en su base de datos*, pensó Angelina. Estaba representando el papel de un hombre enamorado. Se preguntó cuán difícil habría sido para él la noche anterior, cuando había estado dentro de ella... y se preguntó también si habría sentido algo. Estremeciéndose, hundió un poco más la mano en el bolsillo y acarició el cálido y reconfortante metal que escondía en su interior. ¿Cómo había podido dejarse engañar? Sí, era un hombre atractivo: tenía el cabello corto de color plateado, la piel del insípido color aceituna que lucía la humanidad extraterrestre y los rasgos marcados, contundentes... tanto que camuflaban la monotonía de sus ojos grises. Sin embargo, no era tan atractivo ni tan perfecto como para revelar lo que era en realidad: tenía sus defectos, sus cicatrices, el hábito de hurgarse las uñas de los pies en la cama

y cierta predisposición a no soportar a los estúpidos... Pero no era más que una emulación.

—Las nutrias pardas están migrando —comentó él.

Era una observación concisa, pues seguramente conocía con exactitud qué cantidad de nutrias estaban migrando y su desviación del tamaño estándar. Angelina se sintió algo indispuesta y apenas oyó sus siguientes palabras.

—Una vista interesante... ¿Es esto lo que hemos venido a ver? No es lo bastante bueno. Arian había tenido razón desde el principio: era una máquina. Tenía que hacerlo. Tenía que hacerlo ahora. Pero era difícil... Era tan duro matar a alguien de quien se había enamorado, con quien había hecho el amor... con quien había practicado el sexo... con quien había emulado las acciones del apareamiento.

Él se acercó un poco más al borde del acantilado y miró hacia abajo. El mar, viscoso como el aceite, golpeaba airado la escollera. Las nutrias pardas se movían de un lado a otro bajo su superficie, dando caza a los pescaditos adaptados que habían sido introducidos dos siglos antes. Todavía tenían que aprender que la carne de la Tierra tenía un sabor rancio y que no era nutritiva. Angelina sacó el arma que les había costado tanto conseguir. Dinero y más de una vida.

Él se volvió hacia ella, con el rostro retorcido en una parodia de comprensión.

—En ocasiones pienso que el... —empezó a decir. Se interrumpió al ver el arma.

—Haces el amor como una máquina —dijo Angelina, apuntándole.

El arma, similar a un viejo revólver, era de color negro mate, tenía pantallas de cristal líquido en un lado y su cañón era un cubo abierto con el interior pulido. Era lo que algunos denominaban un arma antifotón, a pesar de que no emitía antifotones, sino simplemente protones campoacelerados. En su momento había sido una mentira necesaria. Los separatistas la habían desarrollado y ahora la utilizaban. Era la primera vez que Angelina veía un arma de este tipo y la primera vez que iba a utilizarla, pero era necesario. Observó al hombre para ver su reacción. Por un momento él pareció escuchar algo distante, pero después asumió la derrota.

—¿Hace cuánto que lo sabes? —preguntó, dándole la espalda y mirando tierra adentro, hacia la llanura inundada y los ordenados campos de papiro adaptado.

—Lo descubrimos poco después de tu llegada —mintió Angelina—. Nuestros escáneres indicaban que eras humano, pero conocemos las herramientas camaleónicas. Conseguiste engañarnos durante un breve periodo de tiempo con tu pose de abogado del diablo, pero lo estropeaste por saber demasiado. Eres una puta emulación. He hecho el amor con un androide.

—¿Entonces lo de anoche no significó nada para ti? —preguntó él.

—Nada —respondió Angelina. Tenía que hacerlo ahora, antes de que aparecieran las lágrimas.

—Y por eso querías un arma ilegal —dijo él, con el rostro inexpresivo. Estaba hablando para seguir con vida.

—¡No quedará nada de ti, hijo de puta!

—Puedo ver tu...

Se movió con tanta rapidez que Angelina apenas pudo seguirlo, aunque logró ver que algo brillante se abalanzaba hacia su rostro. Él se había ido. El dedo de la mujer se cerró sobre la placa táctil. Salió despedida hacia atrás. Sintió un breve dolor y al instante la envolvió la oscuridad.

Cormac se tiró al suelo cuando el aire chirrió. El disparo pasó junto a él con un destello violeta y se estrelló contra el suelo a la vez que Angelina se desplomaba. La tierra húmeda estalló. Un fuego violeta centelleó durante unos instantes antes de extinguirse. El hombre rodó sobre su cuerpo y se puso en pie mientras el shuriken se preparaba para su segundo ataque, extendiendo sus cuchillas de cristal de cadena. Acercó la mano a la funda para pulsar el botón de llamada y el aparato se detuvo en pleno vuelo. Entonces, regresó junto a él con depravada renuencia, desembarazándose de la sangre y de los trozos de hueso mientras sus cuchillas auxiliares se replegaban. El arma de la mujer había tallado en el suelo un arroyo en forma de signo de interrogación por el que centelleaba una lava roja que se desvaneció lentamente. Cormac levantó el brazo como si fuera un halconero esperando la llegada de su ave y, en cuanto el shuriken se resguardó en la funda metálica que colgaba de su antebrazo, se acuclilló junto a Angelina. Había muchísima sangre. Su cabeza permanecía unida por un trozo de piel y músculo del grosor de su pulgar. Extendió el brazo y la cogió de la mano, como si quisiera reconfortarla mientras los últimos espasmos sacudían y flexionaban aquel cuerpo que lo había abrazado la noche anterior. En un momento, las sacudidas y los temblores cesaron.

La IA le había dicho que podía implementar la sanción máxima, pues este era su eufemismo favorito para referirse al asesinato. La autorización había quedado implícita en el mismo instante en que Angelina había sacado su arma. Cormac había considerado sus opciones. La IA le había anunciado que tenía que poner fin de inmediato a la representación que estaba llevando a cabo en este lugar. Bueno, acababa de conseguirlo: era obvio que el resto de la célula no lo acogería con los brazos abiertos después de haber matado a la hermana de su líder.

Angelina ha muerto. ¿Instrucciones?

En esta ocasión, la respuesta no se hizo esperar demasiado. Cormac suponía que la luna se había movido por el horizonte, permitiendo un contacto directo.

Destruye el arma y cualquier otra prueba pertinente. En cuanto lo hayas hecho, regresa al runcible. Recibirás nuevas instrucciones durante el trayecto.

IA del runcible, ¿por qué tantas prisas?

Conoces las instrucciones, Ian Cormac.

Cormac se agachó y arrancó el arma de los dedos de Angelina. La sostuvo entre sus manos, preguntándose quién proporcionaría estos artículos a los separatistas de Cheyne III. Antes de la llamada de emergencia su intención había sido averiguarlo, pero ya no tendría la oportunidad de hacerlo. La cancelación había llegado en el momento oportuno. Mientras examinaba el arma sintió una momentánea molestia. Le había disparado; ¿en qué diablos estaba pensando? Observó el arma con atención y tardó unos instantes en advertir que todas sus lecturas habían descendido a cero. De repente, la pistola empezó a vibrar y a emitir un zumbido de alto voltaje. Sacudió la cabeza. Era bastante malo que pudieran conseguir armamento de semejante potencial destructivo, ¿pero cómo era posible que hubieran encontrado armas adaptables? Sin levantarse, arrojó la pistola de protones al mar. El zumbido que emitía traspasó el campo auditivo y golpeó el agua como si fuera un trozo de hierro candente. Cormac observó cómo se hundía en las profundidades hasta desaparecer. Instantes después se produjo un breve destello de color verde cobrizo y cientos de burbujas espumajearon en la superficie mientras el arma vaciaba su cargador. Cormac observó los cadáveres de los pescaditos que flotaban en la superficie.

¿Cormac?

Cormac miró hacia las olas que rompían sobre un arrecife que acababa de quedar sumergido. Empezó a levantarse lentamente. Tenía las piernas entumecidas por la fría brisa del mar. Al bajar la mirada descubrió que se había arrodillado sobre la sangre de Angelina.

¿Cormac? He detectado un incremento de energía en el área en que te encuentras.

Más allá del arrecife, algo grande se deslizaba entre las olas. Una platija del tamaño de un hombre giró en el aire lanzando agua, y un cuerpo negro y grande se sumergió. Cormac asintió con la cabeza y observó el cadáver de la mujer con la que había hecho el amor.

El arma estaba adaptada a la palma de Angelina. Se ha autodestruido.

¿Estás herido?

Todos los sistemas siguen operativos.

Te he preguntado si estás herido.

Cormac examinó su cuerpo.

—Estoy ileso —dijo, en voz alta.

La brisa marina traía consigo un olor a madera quemada. En los terrenos adyacentes a la escollera, el papiro susurraba suavemente y las infrutescencias asentían sin cesar. En los canales que se abrían paso entre las diversas hileras de plantas, las garzas azules pescaban arenques y platijas y las crías de nutria parda daban caza a las garzas, aunque aquellas que lograban atrapar a una no volvían a repetir su hazaña, puesto que la carne adaptada de este ave originada en la Tierra era veneno para cualquier nativo de Cheyne III. Cormac observó una garza que arrastraba por el agua gris una platija que parecía demasiado grande para que pudiera ingerirla. Con una orden que prácticamente prescindía del lenguaje, solicitó información y estadísticas sobre la fauna salvaje local y empezó a pasar con rapidez las imágenes que aparecieron en un rincón de su corteza visual, que mostraban los cambios que había comportado el proceso de terraformación en este planeta. Tras descargar un archivo sobre la introducción de la garza azul, efectuó una lectura rápida a la vez que las observaciones murmuraban de forma subliminal en segundo plano.

Ignorando la atención que le estaba dispensando, la garza aleteó, volteó a su presa y por fin la deglutió. La platija se retorció en su holgado cuello mientras el ave avanzaba hacia una nueva presa, seguida de cerca por unas sombras pardas. Cormac parpadeó y, moviendo la cabeza, eliminó los murmullos y la información que apenas recordaba haber solicitado. Sus brazos ardían bajo el peso de su carga. Bajó la mirada y, tras una nueva pausa, depositó el cuerpo decapitado de Angelina en el asiento del pasajero de su descapotable antigravitatorio. Dando media vuelta, fue en busca de su cabeza.

Debería sentir algo.

¿Pero qué diablos tendría que sentir? Aquella mujer había sido terrorista y él tenía la obligación de proteger a los ciudadanos del Régimen de personas como ella. Sabía que había asesinado con sus propias manos a tres personas y que, junto a su hermano Arian, había dirigido los atentados separatistas que habían matado o mutilado a cientos de ciudadanos del Régimen. Cormac lo sabía todo sobre ellos. Cuando se detuvo junto a la cabeza de Angelina, los datos se desplazaron hacia el borde de su visión. Se agachó y la cogió por su larga melena rubia.

El rostro de la mujer carecía de expresión; había quedado completamente relajado en la muerte. Un escalofrío recorrió su cuerpo. Sintiendo ligeramente turbado, regresó al coche sujetando la cabeza como si fuera un bolso grotesco, abrió la puerta del conductor y, antes de montarse, alargó la mano para dejarla sobre el regazo de Angelina. En cuanto se sentó, abrochó el cinturón de seguridad de la mujer antes que el suyo. No deseaba que se desplomara sobre el panel de control, pues la situación ya era bastante complicada. Había considerado la posibilidad de abandonarla, pero era

consciente de que debía desaparecer por completo y sabía cómo conseguirlo. Era una de las primeras cosas que había aprendido de los separatistas de Cheyne III. Cormac sonrió para sus adentros y apoyó la mano en la palanca de mando. El vehículo se elevó diez metros antes de detenerse. Entonces, lo hizo virar hacia el mar y empujó la palanca hasta el fondo. La nave salió disparada hacia el océano, volando sobre las nutrias pardas que nadaban hacia allí. El rodeo no le llevaría demasiado tiempo. Nunca le había llevado demasiado tiempo.

Tres minutos después estaba sobrevolando un agua tan negra como el petróleo. Buscó una señal y pronto vio un enorme remolino a cien metros de distancia; era un portador de huevos, uno muy grande. Una vez encima, abrió la puerta del pasajero, desabrochó el cinturón de Angelina y la empujó al exterior. El portador se volvió hacia ella a la vez que una boca carente de dientes, similar a la de una carpa gigantesca, se abría y se cerraba con un chapoteo espumoso. Entonces, la nutria parda se sumergió. Su amplia y lustrosa espalda parecía el vislumbre del giro de una rueda inmensa.

Cormac movió la cabeza a los lados. Algo tenso se aferraba con fuerza a sus entrañas. Pestañeó, pensando que pronto asomarían las lágrimas a sus ojos, y se sorprendió al descubrir que lo que sentía eran remordimientos: lamentaba que aquel cadáver repleto de cloruro de sodio pudiera envenenar a la nutria parda. A regañadientes, se vio obligado a reconocer que había sido precisamente esta falta de implicación lo que lo había traicionado. Cerró la puerta del pasajero y frunció el ceño al ver el charco de sangre que había en el asiento. *A la empresa de alquiler no le hará ninguna gracia*, pensó, con amarga indiferencia. Volvió a poner en marcha su coche antigravitatorio y se dirigió a toda velocidad hacia Gordonstone.

El sistema de campos de papiro, rompeolas, esclusas y canales para controlar las mareas ocupaba una franja de cuatro kilómetros de ancho y ciento cuarenta de largo. Cormac miró hacia abajo mientras su CAG pasaba a toda velocidad sobre una cosechadora automática. La máquina parecía un gigantesco escorpión de cromo carente de cola y patas, que se deslizaba sobre unas ruedas de embarcación fluvial. Observó cómo alimentaba de papiro su chirriante boca, con sus quijadas de cinco metros de longitud, y advirtió las excreciones cúbicas de papiro comprimido que iba dejando a su paso. Accedió a la red y pronto supo que aquella cosechadora era un Multiprocesador Ferguson F230 de unos veinte años soltan de antigüedad. Las fibras ultrafinas de la planta genéticamente modificada que estaba recolectando proporcionaban un tipo de seda muy apreciado. Este era el único producto de Cheyne III que se exportaba en grandes cantidades y la única fuente de ingresos procedentes del exterior. Por supuesto, las fuentes de riqueza eran una de las principales razones por las que los separatistas habían encontrado tantos adeptos en este lugar.

Los mares de Cheyne III estaban atestados de nutrias pardas. Estaban prosperando a pesar de que los humanos habían colonizado hacía siglos el planeta y habían llenado sus mares de formas de vida terrestres adaptadas. Diversos colonizadores consideraban que las nutrias ocupaban un espacio que podría ser aprovechado para desarrollar una piscicultura industrializada altamente comercial y habían sugerido que, quizá, debería haber menos nutrias, que un virus personalizado podría ocuparse de ello. Sin embargo, el Régimen se había negado en redondo, puesto que era una propuesta que iba en contra de las normas conservacionistas que se habían estipulado durante la colonización de Cheyne III. Si se liberara un virus de dichas características, el conjunto de la población de Cheyne III se vería obligado a pagar una multa que sería utilizada para financiar un proyecto de repoblación, pues el Régimen tenía muestras de todos los genes conocidos de nutria parda. Esta falta de comprensión ante las penurias que sufrían los ciudadanos de Cheyne III había provocado un gran resentimiento entre los habitantes del planeta.

Cormac miró más allá de los campos de papiro, hacia las zonas boscosas por las que se diseminaban villas y repromansiones. Las personas que vivían en este lugar eran las que se sentían más indignadas. Habían permanecido en sus tierras con el propósito de conseguir cantidades ingentes de dinero mediante la explotación de los mares. Los habitantes de Gordonstone, que se alzaba entre la niebla como una tiara de monolitos de plata, solo se habían sentido indignados cuando aquellos que vivían en las mansiones y en las villas les habían dicho qué se estaban perdiendo. Todos este embrollo ofendía profundamente a Cormac, a quien le resultaba imposible perdonar la ignorancia evitable.

A llegar a los límites de la ciudad, Cormac solicitó orientación informatizada, la recibió e introdujo su destino en el panel de control. En cuanto la IA de la ciudad se hizo cargo del vehículo, soltó la palanca de mando y se recostó en su asiento. El CAG ascendió medio kilómetro y aceleró. A esta velocidad, la ciudad se aproximó con mayor rapidez y pronto pudo ver las arcológicas que se alzaban bajo los rascacielos de plastigón. Los brillantes edificios cubrían el suelo como los grabados de un circuito integrado. Desde esta altura solo veía manchas verdosas entre los edificios, pero sabía que allí abajo descansaban hermosos jardines y parques, invernaderos y cálidos lagos, campos de juego y huertas. Las torres que perforaban este Edén a intervalos regulares se alzaban cientos de pisos hacia el cielo y contenían apartamentos para aquellos que preferían un estilo de vida menos bucólico. Cada torre era un objeto hermoso, con sus balconadas y sus galerías acristaladas y su característica arquitectura diseñada por las IA. Por extraño que resultara, la ciudad no era demasiado rica según los estándares de la Tierra; sin embargo, sus ciudadanos disfrutaban de un estilo de vida que en otra época se habría considerado numinoso.

Controlado por la ciudad, el CAG desaceleró cuando la Torre de la Fundación apareció

a la vista. Era el tipo de construcción habitual de la Tierra. Medía medio kilómetro de altura y era una urbe en sí. La IA de la ciudad hizo que el vehículo de Cormac se situara ordenadamente junto al resto de las naves que descendían en espiral hacia las cincuenta hectáreas de plataformas de aterrizaje que descansaban sobre las azoteas, y no tardó en llevarlo hasta una plataforma situada sobre uno de los complejos hoteleros. El CAG aterrizó suavemente en medio de una hilera formada por cinco vehículos similares y rodeada por un cerco cuadrado de alheña. Cormac abandonó la nave y avanzó lentamente hasta el eje vertical más cercano. Bajo sus pies crujían fragmentos de amatista, y en algún lugar un tordo cantaba a pleno pulmón.

Esbozó una sonrisa a la primera persona que vio, una mujer vestida de gato con tacones provistos de resortes. Sonrió porque eso era lo que cabría esperar: era un día hermoso y las personas sonreían los días hermosos. Los entrecerrados ojos de gato de la mujer lo miraron con recelo. *Seguramente estoy desfasado*, pensó sin que viniera al caso. Entonces pensó y descartó la idea de solicitar información sobre las modas más recientes. Solo cuando se situó delante de la mujer advirtió que esta estaba observando la parte delantera de su camisa. Miró hacia el lugar en donde había posado los ojos.

¡Idiota!

La sangre que la salpicaba no era exactamente un accesorio de moda. Apresuró sus pasos y, al llegar a la entrada cubierta del eje, pisó la plancha que descansaba a nivel de suelo y quedó suspendido en el aire. El campo de antigravedad irisado se cerró a su alrededor y controló su descenso. Mientras los diferentes pisos pasaban a toda velocidad junto a él, se quitó la camisa. Ya la había enrollado y guardado bajo el brazo cuando se detuvo en su piso. Avanzó por la moqueta de fibra marina y en cuanto llegó a su habitación pulsó el cierre de la puerta, que se activaba con la palma de la mano. Mientras entraba advirtió, consternado, la mancha de sangre que había dejado. La limpió con la camisa antes de cerrar la puerta.

—Mensajes —dijo, arrojando la camisa al suelo y quitándose los zapatos.

—Arian Pelter estableció comunicación a las 20:17 pero no dejó ningún mensaje —anunció la voz sensual de la IA de la Fundación. Cormac sonrió para sus adentros mientras se quitaba los pantalones. Eran las 20:35. No necesitaba mirar el reloj para saberlo; siempre sabía la hora exacta.

—¿Dejó alguna orden en su mensaje? —preguntó Cormac.

—Solo que le informara cuando regresaras —respondió la IA.

—Oh, bien —dijo Cormac.

—¿Hay algún problema? —preguntó la IA.

—En absoluto —respondió, mientras hacía una bola con la ropa que se había quitado y la llevaba a la rampa de la basura del área de la cocina. Tras arrojar la ropa en ella, activó el ciclo y se encaminó rápidamente al cuarto de baño. Se dio una ducha, con el grifo al máximo de potencia y el agua lo más caliente que pudo soportar. Había mezclado con el agua el jabón más fuerte de la lista, además del

limpiador sónico. Por experiencia, sabía lo difíciles que eran de limpiar las manchas de sangre.

—Ian Cormac, responde, por favor —dijo la IA de la Fundación.

Cormac imaginó que era la segunda o la tercera vez que solicitaba su atención. Se sacudió el jabón de los oídos y pulsó el control de la ducha para que cayera agua fría pura. Cuando ya no pudo soportarlo más, salió de la ducha y cogió la toalla. No tenía tiempo para disfrutar de la cálida ráfaga de aire.

—Sí, estoy aquí.

—John Stanton y Arian Pelter desean verte. He verificado su identidad. ¿Debo permitirles el paso?

—No. No me apetece verlos.

—¿Quiere enviar algún otro mensaje?

—No, ninguno.

Cormac se puso rápidamente unos pantalones, unas botas, una recia camisa de monofilamento y un chaleco de herramientas del ejército de la Tierra. Este atuendo era más de su agrado que el que había vestido durante los últimos meses. Observó las cómodas sillas moldeables y la gruesa moqueta, la maravillosa ducha, la bañera de hidromasaje y aquella cama que había creído que lo comería la primera vez que se acostó en ella. Sospechaba que no volvería a disfrutar de estas comodidades durante largo tiempo. Pensó en los objetos personales que había instalado en este lugar: el dispensador de ropa de diseño, la colección de *brandy*, las armas antiguas... Todas ellas estaban guardadas, pues las tenía con el objetivo de hacerse pasar por mercader de armas dispuesto a vendérselas a los terroristas. La verdad es que en este lugar no había demasiadas cosas que realmente le importaran. Sacó de la bolsa de viaje una pistola que parecía de juguete y un microchip, y los guardó en diferentes bolsillos de su chaleco.

—Ian Cormac, mis disculpas por esta interrupción, pero el señor Pelter es sumamente insistente. Me ha informado de que desea verte para hablar de un asunto urgente de gran importancia —dijo la IA.

—Estoy seguro de ello —respondió Cormac. Claro que el hermano de Angelina deseaba mantener unas palabras con él—. ¿Puedes decirme dónde está en estos momentos?

—Se encuentra en el nivel de calle interno de este complejo. ¿Tienes algún mensaje para él?

—Sí, dile que me reuniré con él en breve.

—Mensaje transmitido —respondió la IA, pero Cormac ya había cruzado la puerta.

Cormac pulsó el botón del piso inmediatamente inferior al del puerto de la azotea y accedió al eje vertical. Mientras ascendía, miró hacia abajo. En teoría, Pelter se encontraba a veinte pisos de distancia, pero él nunca se creía demasiado la información que transmitían las IA, puesto que era muy fácil engañarlas. Accedió al

área de áticos del edificio, donde los apartamentos eran chalés separados por jardines con el techo acristalado. Sabía que el puerto de la azotea se encontraba justo encima de él y suponía que la luz se reflejaba desde el lateral del edificio hacia los jardines. Producía un efecto interesante, pero en estos momentos no le apetecía pensar demasiado en ello. Avanzó con rapidez hasta las escaleras más próximas que conducían a la azotea, sacó el arma del bolsillo y subió sigilosamente los escalones.

John Stanton era un matón dotado de un intelecto asombroso. Con su musculatura estimulada, su osamenta reforzada y la cúpula carente de cuello y cubierta de pelusa rojiza que tenía por cabeza, realmente parecía un criminal. Cormac lo apreciaba, a pesar de su actitud mercenaria ante la vida. Sin embargo, John se había equivocado al escoger esas escaleras para esconderse, sobre todo porque Cormac era capaz de reconocerlo incluso por la espalda.

El agente mantuvo el arma apuntada contra la rojiza cabeza de Stanton mientras subía las escaleras, con absoluto control y en absoluto silencio. El hombre no reaccionó hasta que Cormac estuvo a tan solo un paso de él; entonces se giró, lo vio y, como no tenía ningún arma que pudiera utilizar de inmediato, le pegó un puñetazo con la base de la mano. Cormac retrocedió, rodeó con sus brazos el de Stanton, dejando la mano armada arriba y la otra abajo, se giró y cruzó los brazos. Los huesos del brazo de Stanton se rompieron con un fuerte chasquido. El hombre ni siquiera pudo gritar porque perdió el equilibrio y chocó de cabeza contra el lateral de las escaleras. Mientras intentaba levantarse, Cormac le golpeó con la base de la mano. Stanton volvió a caer y permaneció tendido en el suelo, respirando con dificultad. Mientras retrocedía y le apuntaba con su arma en la cabeza, Cormac pensó en Angelina y se dio cuenta de que el movimiento separatista podía reclutar a tantos Stanton como quisiera. Mientras apartaba el arma, intentó convencerse a sí mismo de que lo estaba dejando con vida por razones puramente lógicas.

Desde la posición de ventaja de la escalera comprobó que no había nadie sospechoso, aunque muchas personas entraban y salían de los diversos CAG dispuestos en hilera a lo largo de la azotea. Cormac se volvió hacia Stanton, le abrió de un tirón el abrigo y arqueó una ceja al ver la espeluznante pistola de pulsos que escondía allí. Era muy grande para tratarse de un arma de este tipo y había sido modelada como una Luger. La cogió y le quitó el cargador: doble cartucho. Era el tipo de arma que disparaba pulsos de polvo de aluminio ionizado, perfecta para los trabajos a corta distancia. Arrojó el cargador y la pistola por el hueco de la escalera antes de volver a cachear al hombre. La unidad de comunicación que había esperado encontrar medía la mitad que un microchip y detectaba el ADN. Cormac blasfemó en silencio y, tras lanzarla a un lado, volvió a mirar hacia el puerto de la azotea. Seguía sin haber señales de Pelter. Cormac salió de su escondite y avanzó tranquilamente hacia el CAG más cercano.

—Ya no llegarás más lejos, agente.

Cormac se abalanzó al suelo, disparando hacia el lugar de donde procedía la voz.

Un doble destello explotó en fragmentos de color amatista a sus espaldas, a escasos centímetros de él. Acuclillado, disparó a una figura agachada y corrió a esconderse tras un Ford Macrojet. El maletero del vehículo explotó con un nuevo destello. Cormac advirtió que había retrocedido hasta una esquina e inmediatamente saltó al techo del Ford y desde allí, hasta el seto adyacente. Nuevos destellos... y el olor a madera quemada.

—¿Qué hiciste con ella, cabrón?

Aficionado.

Mediante un programa auditivo de acceso acelerado localizó el punto exacto en que se originaba la voz. Pelter estaba acuclillado tras un D-Bird estacionado en una hilera de cuatro vehículos. Cormac se levantó, le apuntó con su pistola ligera y avanzó hacia el coche. Cuando Pelter se levantó, se quedó tan sorprendido al ver a Cormac que no le dio tiempo a apuntarle con el fusil que sostenía en sus manos. Tres disparos certeros y Pelter cayó al suelo mientras su arma rebotaba contra el capó del motor del D-Bird. Cormac rodeó el vehículo y lo miró. Pelter seguía con vida, aunque los tres impactos que había recibido en el chaleco blindado posiblemente le habían roto algunas costillas. El separatista le dedicó una mirada cargada de odio. El agente lo observó con atención: con su melena rubia, aquellos rasgos perfectos y sus sorprendentes ojos violetas, se parecía mucho a su hermana. De hecho, se parecía tanto a ella que debía de haberse sometido a una alteración deliberada. Era un hombre artificialmente hermoso. Su vanidad era motivo constante de bromas entre los miembros de la célula separatista de Cheyne III, pero nadie se había atrevido nunca a compartir estas bromas con él.

—¿Qué le has hecho? ¿Dónde está?

—Posiblemente, abriéndose paso por el tracto digestivo de un portador de huevos —respondió Cormac, acercándose más y apuntándole a la frente.

Observó el rostro del hombre, donde una expresión más de pérdida que de pesar intentaba imponerse sobre el miedo. Pensó en todas las cosas que había hecho aquel hombre y no sintió ninguna compasión, como le había ocurrido con Stanton. Pelter debió leer su pensamiento, puesto que el miedo ganó la batalla.

—Por favor, no —suplicó. Al ver que el agente ajustaba el objetivo, esbozó una mueca de dolor—. No... no me mates.

Cormac nunca había oído aquel tono lloroso en la voz del separatista. Sus súplicas le ayudaron a decidirse, pero al apretar el gatillo el resultado no fue el esperado: una de las turbinas del D-Bird centelleó en púrpura y estalló. Cormac golpeó el suelo con fuerza y rodó brevemente sobre su cuerpo, pero se levantó tambaleante cuando un CAG apareció rugiendo ante sus ojos. Al mirar a un lado descubrió que Pelter había escapado. ¡Mierda! El agente corrió hacia el CAG descapotable más cercano mientras el que tenía sobre su cabeza chirriaba trazando un giro cerrado. Saltó al interior en el mismo instante en que el aire gritaba y el plastigón explotaba con un centelleo púrpura a sus espaldas. Introdujo el microchip en la ranura

del ordenador de a bordo y un mensaje de emergencia iluminó la pantalla: *Controladores manuales desconectados. Control de la ciudad desconectado. No siga adelante. No siga...* El ordenador refunfuñó y una brizna de humo ascendió desde el panel de control. Cormac tiró con fuerza de la palanca en el mismo instante en que un fuego púrpura centelleaba sobre el metal de su derecha. El vehículo salió disparado hacia el cielo como la tapa dinamitada de un cubo de basura.

En el aire y acelerando. Me persiguen hostiles. Solicito ataque láser.

La aceleración lo arrojó contra el respaldo de su asiento. Cormac golpeó la palanca para esquivar a otro CAG que estaba a punto de aterrizar. Se deslizó lateralmente junto al vehículo y alcanzó a ver al conductor murmurando algo desagradable. Cormac soltó la palanca y la empujó hacia adelante. Las turbinas gimieron y chirriaron mientras cruzaba a toda velocidad los puertos de las azoteas y, más tarde, la ciudad.

Petición denegada. No se puede iniciar ataque sobre la ciudad.

Cormac blasfemó para sus adentros e hizo que el vehículo se deslizara de un lado a otro, mientras la nave que le seguía intentaba igualar su rumbo.

Solicito ataque en cuanto llegue a los límites de la ciudad.

Al advertir que la atmósfera adoptó un tinte púrpura a su izquierda, empujó la palanca hacia la derecha.

Haré lo que pueda, Ian.

Cormac cogió su pistola y disparó un par de tiros a sus enemigos. Aunque el arma no emitió ningún sonido audible sobre el rugido de las turbinas, el vehículo que lo seguía quedó rodeado por unos destellos actínicos. Vio que se desprendían unos fragmentos de la nave, pero solo tuvo tiempo de esbozar una pequeña sonrisa antes de que el asiento que había junto a él empezara a arder en llamas. Empujó la palanca hacia abajo y el coche redujo rápidamente la velocidad. El otro vehículo volvió a dispararle y se golpeó la cabeza contra el panel de control. Mientras viraba, tiró con fuerza del extintor que descansaba bajo el panel y lanzó un chorro de espuma fría al asiento. A continuación, empujó de nuevo la palanca hacia adelante. Los dos vehículos pasaron a escasos metros el uno del otro. Le pitaron los oídos cuando estuvo a punto de ser arrancado de su asiento, pero pronto pudo recuperar el control.

IA del runcible, me encuentro en una situación extremadamente arriesgada. Manteniendo este rumbo, ¿cuánto tardaré en llegar a los límites de la ciudad?

Se produjo una larga demora, como si la IA estuviera meditando su respuesta. Cormac vio que sus perseguidores volvían a aproximarse por detrás y por encima. Al ver una llama en forma de cuchilla en la parte posterior de la nave supo que tenían

impulsores. No tenía ninguna posibilidad de escapar de ellos. Volvió a hacer que la nave se deslizara de un lado a otro.

En línea recta, llegarás a los límites de la ciudad en un minuto. No podré iniciar el ataque hasta cuatro minutos después.

—¿Qué? —gritó Cormac.

¿La situación es grave?

—¡Por supuesto que sí!

Otro destello púrpura chamuscó la pintura de la parte posterior de su CAG e hizo que los asientos posteriores humearan.

Es bueno que hayas conservado la habilidad de tener cierta respuesta emocional.

—¿De qué diablos estás hablando?

Cormac disparó de nuevo a sus perseguidores. Falló por completo.

De esto.

El vehículo que lo seguía brilló en rojo, convirtiéndose en una creciente nube de humo y escombros atravesada por una barra de luz. La onda expansiva llegó momentos después. Cormac viró a un lado para esquivar la lluvia de escombros y redujo la velocidad.

—¿A qué diablos estás jugando?

Tierra Central me dio la orden de ponerte a prueba. Podrás discutir este asunto cuando llegues.

Cormac cerró los ojos y cogió aire muy despacio. Le molestaba haber hablado en voz alta.

Deseo discutirlo ahora.

No recibió ninguna respuesta de la IA del runcible.

Los dos parches analgésicos que golpearon su carótida hicieron que el dolor le resultara soportable, pero Pelter todavía se sentía incapaz de caminar. En un principio se había negado a usar los parches porque el dolor era definido y le ayudaba a bloquear el desprecio que sentía hacia sí mismo. Había *suplicado*... No, solo lo había hecho para ganar tiempo. Sí, eso era. Mientras apoyaba las piernas en el parapeto sintió que tenía el ojo derecho lleno de lágrimas; en el izquierdo no había nada... pero no le gustaba pensar en ello. Sacudió la cabeza y se arrepintió al instante, pues un fluido empezó a deslizarse por su rostro y por su cuello. Levantó una mano para secarse, pero se detuvo. Era malo. No se atrevía a tocarlo. Puede que esto fuera lo que merecía por ser tan débil. Cerró el ojo sano y pensó en su hermana. Le resultaría más sencillo enfadarse con ella, permitir que la ira anulara cualquier otra emoción. ¿Por qué cojones había dejado que lo convenciera? ¿Por qué había infravalorado a aquel tipo? Observó la unidad de comunicación que había dejado sobre el murete. Continuaba emitiendo el mismo zumbido que había seguido a aquellas últimas y desafortunadas palabras.

—*¡Lo tenemos, Arian! ¡Vamos a derribarlo!*

El destello... aquel destello en el cielo en el mismo instante en que la unidad de comunicación había pitado y había empezado a zumbar. Había sido un láser satélite. Eso significaba que aquel hijo de puta era un agente de STC, pero ¿qué tipo de Monitor de Tierra Central tenía el poder necesario para ordenar un ataque satélite? Pelter oyó que alguien se acercaba por su espalda. Intentando ignorar el dolor, apretó con fuerza la mandíbula, cogió el fusil de pulsos del murete y se giró. Solo era Stanton, que caminaba sujetándose el brazo.

—Creía que estabas estimulado, John —dijo Pelter, sin dejar de apuntarle con el fusil.

—Lo siento, Arian. Se me echó encima. ¿Ha conseguido escapar? Pelter advirtió la expresión de horror que se dibujó momentáneamente en el rostro de Stanton.

—Sabemos que no estaba estimulado, John. Lo escaneamos. En su cerebro solo había una pequeña conexión que debió de dejarle un antiguo aumento. Stanton sacudió la cabeza. Parecía cansado y asustado, y era incapaz de apartar sus ojos del rostro de Pelter.

—Se me echó encima, Arian. Tiene que ser un agente de STC. Tiene que serlo.

Arian pensó en lo fácil que le había resultado encontrarlo: aquel cabrón se había limitado a caminar hacia él como si estuviera dando un paseo. Bajó el fusil, cerró con fuerza la boca intentando reprimir las náuseas que crecían en su interior y se apartó de un empujón de la pared. Seguía tambaleándose, pero podía permanecer derecho.

—Tenemos que irnos, Arian. La policía no tardará en llegar. Es imposible que ignoren esto. Tenemos que llevarte junto al doctor Carl —Stanton miró a su alrededor—. ¿Dónde están los muchachos?

—No lo consiguieron. Ordenó un ataque láser contra el vehículo. Pelter cerró el ojo. Mierda, el dolor estaba regresando. Stanton lo miró durante un largo momento. ¿Cómo diablos era capaz de mantenerse en pie? Su ojo izquierdo había desaparecido, se había fundido, y el área circundante estaba tan chamuscada que podía ver el hueso del pómulo. Tenían que abandonar inmediatamente este lugar. Tras echar un vistazo a su alrededor, se dirigió hacia el CAG más cercano. Jesús, cómo le dolía el brazo.

Lo movió con cuidado para introducir la mano en el bolsillo y así poder tenerlo un poco inmovilizado, y cogió su pistola de pulsos. Ahora venía lo difícil. Sujetó el arma entre sus dientes, buscó a tientas en su bolsillo el cargador que había tardado unos minutos vitales en encontrar en las escaleras y lo colocó en su sitio. *¿Somos peligrosos o no?*, pensó, antes de volar el cierre del CAG.

—Ya tenemos coche, Arian. Será mejor que salgamos de aquí —dijo.

Arian respiró hondo y empezó a avanzar hacia él. Stanton pensó en ayudarlo, pero descartó la idea. Conocía demasiado bien a Arian Pelter: en esos momentos era peligroso, una rata acorralada.

—¡Eh! ¿Qué diablos están haciendo...?

El hombre era un ofiadaptado con el físico aumentado, de modo que seguramente pensaba que podría ocuparse de un par de ladrones de CAG. Medía dos metros de altura, tenía la piel suavemente escamosa y los colmillos sobresalían de su estrecho labio inferior. Cuando Pelter se volvió hacia él, apuntándole con el fusil de pulsos, se detuvo y sus ojos de serpiente pestañearon. Stanton miró al ofiadaptado y después a Pelter. El ojo violeta que le quedaba parecía refulgir.

—Vamos, tenemos que irnos —dijo Stanton, en un inútil intento de impedir lo que ya era un hecho. Ocupó el asiento del conductor.

El ofiadaptado levantó las manos y empezó a retroceder.

—Esto es lo que estoy haciendo —espetó Pelter, disparándole en el estómago. El hombre cayó al suelo, sujetándose el humeante abdomen, pero el pánico le obligó a levantarse sobre una rodilla mientras Pelter, que parecía estar a punto de desplomarse, se aproximaba a él.

—¿Te haces una idea? —continuó Peter, hundiendo el cañón de su arma en el rostro del ofiadaptado.

El hombre asintió, con sus ojos de serpiente llenos de lágrimas.

—Arian, no tenemos tiempo para eso —protestó Stanton.

Para no ver lo que iba a hacer su compañero, sacó un microchip similar al de Cormac y lo introdujo en la ranura del ordenador de a bordo. Había descubierto que aquellos que eran como Pelter no se molestaban en continuar si se quedaban sin público.

Pelter bajó el arma y dio media vuelta para dirigirse al CAG. El ofiadaptado pareció aliviado... pero su mirada de alivio duró solo lo que Pelter tardó en girarse y dispararle en la garganta. El hombre cayó de espaldas, siseando como la criatura a la que imitaba.

—Hijo de puta —espetó Pelter.
Stanton sabía que no se refería al ofiadaptado.

Cosmética: *Podemos someternos a tantas alteraciones cosméticas como queramos y podamos permitirnos, y por eso la humanidad es ahora tan diversa. Las adaptaciones genéticas se aceptan en circunstancias concretas, como por ejemplo los maradaptados, que pueden trabajar con mayor facilidad en las piscifactorías; los g-adaptados, que soportan una gravedad intensa; y los descableados, que trabajan en el vacío. Existe cierta confusión sobre el propósito de los gatoadaptados y los ofiadaptados. Por favor, lectores, sed conscientes de que estos dos términos son inapropiados. No son adaptaciones, sino alteraciones cosméticas. Los gatoadaptados no tienen siete vidas ni utilizan cubos de arena en vez de inodoros, y los ofiadaptados no tienen colmillos ponzoñosos ni se tragan la cena de un bocado.*

Extraído de New Vogue

Por todas partes brillaban luces estroboscópicas rojas y verdes. Un coche patrulla con los amortiguadores externos inflados pasó por su derecha a toda velocidad, seguido por su séquito de androides similares a grandes burbujas plateadas. Los dos agentes que viajaban en el coche los miraron de reojo pero siguieron adelante. Stanton suponía que estaban reaccionando, pero ignoraba a qué. Jesús, tiroteos en los puertos de azotea y ataques satélite. Esta célula sí que sabía actuar con sigilo.

—Nos desharemos de este CAG y cogeremos otro. Después iremos a ver al doctor Carl —dijo, sin esperar ninguna respuesta. Pelter tenía dos parches más en el cuello, de modo que no debía de estar demasiado consciente. Incluso él se sentía algo confuso debido al parche que llevaba en un brazo.

—Iremos al Banco Norver —respondió Pelter, girándose para mirar a Stanton.

—Arian, no estás bien. Necesitas que te curen.

—Iremos al Banco Norver. Después ya iremos a ver a Sylac.

—Arian...

—Puede que ahora no sepan quiénes somos, pero pronto lo sabrán. STC se lo dirá y enviará una orden judicial contra nosotros. Tenemos que ir lo antes posible al Banco Norver.

Stanton debió de entenderlo, porque llevó el CAG hacia uno de los puertos de la arcología, sabiendo que allí encontraría un vehículo más difícil de rastrear. Tardó unos segundos más en asimilar la última palabra de su compañero.

—¡Sylac! ¿Estás loco?

Al instante lamentó haber dicho eso, porque Pelter le dedicó aquella expresión sin vida. Stanton la había visto muchas veces, siempre antes de un asesinato.

—¿Por qué Sylac? —añadió precipitadamente—. Ya sabes en qué anda metido.

Esa mierda cibernética va a acabar contigo, Arian.

Pelter miró por la ventanilla lateral mientras Stanton aterrizaba. Cuando volvió a hablar lo hizo con voz cansada, algo que su compañero consideró buena señal.

—Cuando quiera tu opinión te la pediré, John. Límitate a hacer aquello para lo que te pago y llévame allí.

—Seguro que lo están vigilando —comentó Stanton, muy a su pesar—. STC apenas lo soporta. Hace un año, incluso tú querías acabar con él.

—De todos modos... Sylac.

Stanton detuvo el CAG y bajó antes de que la turbina se detuviera. Miró a su alrededor. El estacionamiento estaba ubicado entre el lateral de una arcología de cinco pisos y un campo de juego arbolado. Abajo, entre los robles negros y los árboles frutales, podía oír el estruendo de los patinetes AG sobre los que se deslizaban los niños. Los vehículos de este lugar no eran tan nuevos como los de la Torre de la Fundación. Muchos de ellos conservaban la opción de control de la ciudad y eran completamente legales, pero no estaban registrados. Vio una posible opción en las proximidades. El CAG se encontraba bajo una sección cubierta del estacionamiento, a cien metros de distancia. Estaba cubierto de manchas de corrosión que habían sido pintadas con los colores de alguna banda, sus alas eran achaparradas y tenía una turbina que era obvio que no le pertenecía. Esto era algo habitual en los mundos en los que el Régimen no era apreciado. Las personas deseaban conservar el máximo de independencia posible, pero eso las convertía en blancos fáciles. Sujetándose el brazo, Stanton asintió para sus adentros y se acercó al asiento del pasajero mientras Arian abría la puerta. Este rechazó su ayuda. Tenía un aspecto horrible. La quemadura de su rostro estaba supurando.

—Esto debería darnos una hora... puede que algo más. He destruido el ordenador de a bordo, pues así solo podrán realizar un seguimiento satélite —Stanton señaló el CAG que había elegido—. No sabrán que nos lo hemos llevado hasta que denuncien su desaparición.

Pelter guardó silencio y empezó a caminar en la dirección indicada. Stanton avanzaba a su lado, listo para ayudarlo. Cuando ya estaban bajo el techado, Pelter dio un traspie y estuvo a punto de caer, pero su compañero lo sujetó con su brazo sano, dejando que el otro quedara colgando junto a su costado. Se le había inflado hasta el doble de su tamaño normal y, a pesar del parche le dolía como mil demonios; sin embargo, si Pelter era capaz de seguir adelante... Cuando llegaron al vehículo, Stanton no tuvo que disparar al cierre ni utilizar el microchip. Habían tenido suerte. Se preguntó si habían sido igual de afortunados en todo lo demás. No lo parecía, pero al menos estaban vivos.

Cormac recorrió la rampa de embarque de la lanzadera ala delta sin advertir las miradas de sorpresa que levantaba a su paso. Sí, estaba manchado de sudor y tenía la

ropa algo deshilachada por los bordes, pero muchas de aquellas personas tenían un aspecto mucho más extraño. Quizá se debía a la absoluta falta de emoción de su rostro, a aquella rigidez que parecía tan frágil. A muchos les habría gustado escuchar su monólogo interior.

IA del runcible, estoy en la lanzadera.

No recibió respuesta. Cormac intentó establecer un acceso directo no verbal con la IA, pero estaba bloqueado. Esto lo sorprendió: parecía que la IA estaba actuando de forma irracional y, por supuesto, eso era imposible.

Necesito saber a qué venía esa inferencia... ¿Por qué era necesario que tuviera una respuesta emocional? No lo entiendo.

Se detuvo al llegar a la pequeña cola que aguardaba al principio de la rampa y contempló la extensión de plastigón sobre la que descansaban cientos de naves distintas. La IA no iba a hablarle. Muy bien, ¿quién era él para juzgarla? Sus razones tendría. Sabiendo que no estaba tratando con ningún humano, cesó en su empeño y se centró en las naves que se alzaban ante él.

Sus diseños, extraños y variados, no hacían demasiadas concesiones a la resistencia del aire. Una de estas naves era la que había traído armas para los separatistas de Cheyne III, pero nunca sabría cuál de ellas lo había hecho. No podía haber sido ninguna de las que solo se desplazaban por el interior del sistema, sino alguna provista de motores de infraespacio que pudieran llevarla fuera del Régimen, donde dichas armas podían conseguirse con relativa facilidad. ¡Y menudas armas! Los separatistas de Cheyne III eran el grupo mejor armado con el que había tropezado en veinte años. Se rumoreaba que habían conseguido algo realmente especial, algo prácticamente impensable. ¿Qué podía ser más importante que las balas de...?

—Señor... ¿Señor?

Cormac miró a la azafata con indignación y presionó la mano contra el lector de palmas que esta sostenía. Cuán ineficientes eran los seres humanos. ¿De quién había sido la ridícula idea de utilizarlos como personal en las lanzaderas? Se había sentido halagado cuando Angelina lo había confundido con un androide, porque las máquinas siempre tenían una razón lógica para hacer las cosas.

—Ah, sí, Ian Cormac. Me temo que se ha producido un error en su reserva.

Cormac observó su insulsa sonrisa y sus dientes cromados, intentando conectar aquellas palabras con alguna realidad que él conociera. Al instante accedió al registro de reservas y leyó con rapidez la lista de pasajeros. Su nombre aparecía en el lugar equivocado. Repitió, palabra por palabra, la solicitud que había enviado a través de la IA de la ciudad, puesto que la IA del runcible se había negado a hablar con él. No

podía haber ningún error.

—¿Qué quiere decir? —preguntó, pues no se le ocurrió nada más apropiado.

—Usted solicitó un asiento privado pero, desgraciadamente, ha sido asignado a una sección pública. Su butaca es la D16.

IA del runcible, hay algún problema con mi reserva.

Ninguna respuesta. Intentó buscar una solución.

IA de la ciudad, hay algún problema con mi reserva.

Tampoco recibió ninguna respuesta.

—De acuerdo... —dijo Cormac. Cogió su tarjeta y un sonriente auxiliar de vuelo lo acompañó hasta su asiento. ¿Todo esto era algún tipo de broma?

—Aquí tiene, señor.

Cormac se sentó. ¿La IA de la ciudad había cometido un error? Miró a su alrededor. A su lado viajaba un anciano de cabello gris que vestía un arrugado traje de ejecutivo. Algunas personas consideraban honroso parecer viejo, pero él nunca había entendido la razón. Aquel hombre tenía los ojos rasgados y un semblante que en cierto modo le resultaba familiar. Intentó acceder a la red, pero no lo consiguió. No había conexión. Lo intentó de nuevo, y en esta ocasión recibió una descarga antes incluso de haber formulado su pregunta:

Su semblante es japonés, de momento.

—¿Se dirige a Cereb?

Cormac miró al anciano mientras intentaba averiguar qué diablos ocurría con su conexión. ¿Se habría dañado? ¿Eso era posible? Se encontraba en el interior de su cráneo y tendría que sufrir algo más serio que una conmoción cerebral para dañarla. Siguió mirando al anciano. ¿Qué había dicho? ¿Cereb?

No se le ocurría ninguna respuesta apropiada: la lanzadera se dirigía a Cereb, la luna en la que se encontraba la instalación runcible. No tenía ningún otro destino.

El anciano se inclinó hacia delante.

—Le he preguntado si se dirige a Cereb.

Lo dijo levantando tanto la voz que varios pasajeros se giraron para saber a qué se debía aquel alboroto.

—Sí —respondió Cormac con aspereza—. Me dirijo a Cereb.

Se sentía ridículo.

—A mí no me gusta ese lugar. Malditas IA... Un hombre necesita pensar por sí mismo.

Cormac le dio la espalda, pero un dedo que parecía una barra de hierro se clavó en sus costillas.

—¿Usted qué opina?

—Las IA son eficientes —espetó Cormac—. Sin ellas, nosotros...

—El cinturón.

—¿Disculpe?

El anciano le señaló el cinturón de su asiento y Cormac se lo abrochó. En la clase ejecutiva no necesitabas cinturón de seguridad, pues los campos de choque se encargaban de eso. Además, allí tampoco tenías que soportar a ancianos molestos. Se recostó sobre su asiento, respiró hondo e intentó acceder una vez más, pero solo recibió una torpe respuesta. En su corteza visual centellearon los planos de algún motor. No era eso lo que había pedido. Abrió los ojos de nuevo cuando la AG del ala delta se activó y abandonó el suelo, causándole un familiar culebreo en el oído interno. La nave salió disparada hacia delante y empezó a ganar altura. Por el portal elíptico de la superficie delantera del ala vio que se aproximaba hacia ellos una nube gris; por el posterior vio que las torres de control se desplomaban a medida que el ala adquiría una inclinación de cuarenta y cinco grados. El AG se realineó y la aceleración aumentó. La lanzadera se abrió paso entre el muro de nubes.

—¡Esto es lo que yo llamo tecnología!

Cormac miró al anciano, esperando que esta vez no estuviera dirigiéndose a él.

—¡Mucho mejor que un manojo de nanocircuitos deficientes!

Cormac cerró los ojos.

IA del runcible. Estoy en tránsito. Por favor, responde.

Se produjo una inexplicable demora, pero en esta ocasión recibió respuesta.

Horace Blegg te dará instrucciones en cuanto la lanzadera haya salido del pozo. Se pondrá en contacto contigo.

Cormac mantuvo los ojos cerrados. No deseaba abrirlos. Horace Blegg era el principal agente humano de Tierra Central, IA y el gobierno. Lo llamaban «Causa Primaria» y solo aparecía cuando ocurría algo crítico. Cormac empezó a atar cabos. Se decía que Blegg era japonés y, desde que los grandes terremotos habían hundido las islas, no había demasiados. Los rumores decían que era un inmortal que se había originado de forma natural en la era preespacial y que había sobrevivido a una de las primeras explosiones de fisión de la Tierra. El rumor y la fantasía se unían en este nombre. Era una leyenda.

Cormac abrió los ojos y miró al anciano. Este le guiñó un ojo.

Con una mano en el bolsillo y manteniendo el brazo herido lo más quieto posible, Stanton cruzó las puertas correderas de cristal y accedió a la tienda médica. A su izquierda había varios carritos motorizados que habían sido abandonados y aún tenían que retirarse a los diversos nichos de la pared posterior. Cada carrito estaba provisto de ruedas (la AG debía de ser demasiado cara para esta tienda), tenía una cesta a la altura de la cintura y una caja de control en la parte de atrás que alguna agencia de publicidad había diseñado con la forma de un anticuado botiquín de primeros auxilios metálico. En la parte superior de la caja había una ranura para introducir la tarjeta de crédito y en la inferior una bandeja para el pago en metálico. En cuanto Stanton dejó caer un puñado de chelines de Nueva Carth en la bandeja, esta se ladeó y la caja se tragó su dinero. Al instante se iluminó una pantalla situada junto a la ranura de la tarjeta, indicando el importe de su crédito. Stanton empezó a recorrer los diversos pasillos de la tienda, seguido por el carrito.

Aquella tienda ofrecía todo lo que un hombre herido podía necesitar, desde aspirinas y aerosoles de piel sintética hasta unidades para soldar células. Al fondo podía ver el destello cromado de los robots quirúrgicos que descansaban sobre los estantes. Stanton cogió apósitos y vendajes temporales, piel sintética, unas largas espátulas de plástico que podía utilizar como tablillas, un inyector de anestésicos, fármacos que traían consigo todo tipo de advertencias y exenciones de responsabilidad, y un par de bolsas de suero. A medida que iba dejando caer los artículos en el carrito, el crédito se acercaba más a cero. Al mirar a su alrededor advirtió que la mayoría de las personas que había en este lugar no parecían ser residentes de Cheyne III. Este tipo de provisiones solían comprarlas los viajeros curtidos de los runcibles o los tripulantes de las naves espaciales. En cuanto tuvo todo lo que necesitaba abandonó apresuradamente la tienda, seguido por el carrito.

En el exterior había una galería a lo largo de la cual se extendían parterres cercados. El perfume de las flores era tan intenso que casi resultaba enfermizo. Hexágonos de cristal rosa techaban las calles en lo alto de los edificios que se alzaban a ambos lados. Zánganos de seguridad en forma de globo pendían de gruesos cables eléctricos, pero ninguno de ellos parecía prestarle atención. Mientras se dirigía hacia el final de la galería, dejando atrás las diversas tiendas, cafeterías y complejos recreativos, Stanton intentó averiguar si alguien lo vigilaba. No vio a nadie. Las personas de este lugar estaban tan absortas en sus actividades hedonistas que no parecían advertir su presencia. Pronto abandonó la arcología y accedió a un estacionamiento de CAG situado al nivel de la calle. La grava amatista crujía bajo sus pies. Había diversos vehículos estacionados en compartimentos individuales, en un laberinto bordeado de pequeñas coníferas cuyo follaje era más azul que verde. Cuando llegó al CAG que habían robado, Stanton echó un vistazo a su interior. Pelter seguía inconsciente, pues los parches anestésicos y las heridas habían acabado pasándole factura. Abrió la puerta del conductor y arrojó sus compras sobre el asiento. El carrito dejó el cambio en su bandeja y esperó.

—Quédatelo —le dijo Stanton, y el carrito se alejó rodando.

Primero curaría sus heridas. Stanton entró en el vehículo, cargó el inyector, se remangó la camisa y acercó el artilugio a su antebrazo. En cuestión de segundos, este se convirtió en una masa fría y entumecida. Con gran esfuerzo, sacó la mano del bolsillo, la entablilló y se puso otro parche en el bíceps. En cuanto estuvo seguro de que el hueso roto no se movería, alargó la mano, volvió el rostro de Pelter hacia él y, al verlo, lanzó un silbido. Alcanzó el bote de piel sintética. Tras rociarle aquel lado de la cabeza, le quitó los parches del cuello y aplicó un vendaje adhesivo sobre el conjunto del estropicio. No podía hacer nada más; Pelter necesitaba una reconstrucción importante. Después cogió un paquete de suero, clavó la válvula en la vena del brazo y, tras inclinarlo para que el aire abandonara burbujeando el tubo, lo apretó para inyectarle el líquido. Cuando el paquete estuvo vacío, ató el otro al techo del CAG, conectó un tubo más largo y también se lo inyectó. Finalmente introdujo en su garganta un cóctel de fármacos que, de haberlo visto sus fabricantes, se habrían llevado las manos a la cabeza. En menos de un minuto Pelter jadeó, abrió los ojos y se incorporó.

—¿Cuánto tiempo llevo inconsciente? —graznó.

—Aproximadamente una hora —respondió Stanton.

—Empieza a moverte. Puede que ya sea demasiado tarde.

Al ver el gotero y el tubo, la cólera se reflejó en el semblante de Pelter. Parecía estar a punto de arrancárselo, pero entonces su ira se disipó.

—Eso ha sido muy arriesgado, John —dijo, recostándose en su asiento.

Stanton asintió mientras encendía el motor y empujaba hacia delante la palanca de control. El vehículo se elevó en el aire con un profundo zumbido; entonces, movió la bola de dirección hacia un lado y la nave se deslizó sobre el estacionamiento. Pelter guardó silencio un momento. Cuando volvió a hablar, lo hizo con los dientes apretados.

—Tenemos que estar preparados para movernos con rapidez. Aunque autoricen la retirada de fondos, las IA del Régimen no tardarán en descubrirlo.

Stanton asintió de nuevo. El dolor estaba regresando a su brazo y lo único que deseaba era soldar el hueso lo antes posible. Empujó la bola un poco más hacia delante y el CAG viró sobre el borde de la arcología. Aquí. La galería estaba a un paso del complejo principal. Hizo descender el vehículo hasta un segundo estacionamiento situado en el centro de un complejo de edificios singulares. Este era el lugar en el que las empresas más poderosas habían construido sus centros de operaciones, pues no necesitaban alquilar espacio en la arcología.

—Si alguna IA lo descubre, nunca lograremos salir de aquí —dijo.

En silencio, Pelter abrió la puerta y salió. Todavía estaba enfadado por la desobediencia de Stanton, pero ahora se encontraba mejor. La infusión de suero y los fármacos le habían proporcionado una energía por la que ambos sabían que tendría que pagar más adelante. Stanton se levantó y lo siguió.

La cabina de autotransacciones sobresalía por un lado del edificio del Banco Norver, como un conservatorio victoriano. El edificio en sí era una estructura en forma de cúpula, similar a una mezquita, situada junto a uno de los parques de la arcológia. Pelter cruzó las puertas correderas y fue directamente hasta uno de los cajeros automáticos. Stanton, que permaneció junto a la entrada, lo observó mientras presionaba la mano contra el lector de palmas y acercaba el ojo que le quedaba al escáner de retina.

—Identificado. ¿Qué desea, Arian Pelter? —preguntó la máquina con su voz sedosa.

—Quiero retirar dinero —respondió Pelter. Stanton advirtió que el resto de los clientes los miraba con disimulo. No le sorprendía. Él también se habría fijado en una pareja tan peculiar.

—Por favor, introduzca la cantidad deseada y confirme su identidad —ordenó la máquina.

Pelter pulsó unas teclas y volvió a acercar la palma y el ojo a los escáneres. Una nota grave sonó en el aire y Stanton vio que Pelter estaba hablando, aunque no podía oír sus palabras porque había quedado envuelto en un campo de sonido. Sin duda alguna, la máquina le estaba preguntando si requería los servicios de seguridad del banco. Al levantar la mirada, Stanton descubrió que el ojo del techo se movía para observarlo y oyó que el cierre de la puerta chasqueaba a sus espaldas. Pelter siguió hablando. Instantes después, la puerta volvió a abrirse. Cuando se abrió una ventanilla en la base del cajero automático, Pelter retrocedió un paso, alargó la mano y cogió el maletín que el banco le había proporcionado, seguramente sin ningún cargo adicional. Pelter y Stanton abandonaron rápidamente del edificio.

—¿Cuánto? —preguntó Stanton, en cuanto volvieron a estar en el aire. Pelter abrió el maletín y le mostró su contenido. Al ver los ojitos que lo miraban centelleando desde el terciopelo negro, Stanton soltó un silbido.

—Son cuatro millones de chelines de Nueva Carth, en cien mil unidades —dijo Pelter.

—¿De qué tipo?

—Zafiros grabados al agua fuerte. Son aceptados en todas partes, incluso fuera del Régimen. Si te quedas conmigo, John, diez serán para ti; si intentas quitármelos te mataré.

—Ya sabes que yo no trabajo así —replicó Stanton.

—Sí... Y ahora llévame con Sylac.

—Lo que tú digas, Arian.

Sylac era un cirujano que no contaba con la simpatía del Régimen. La mayoría de las operaciones a las que podían someterse los humanos eran legales, como la alteración cosmética, la adaptación genética y las alteraciones e implantes

cibernéticos. Sin embargo, el Régimen miraba con malos ojos a aquellos que llevaban a cabo dichas operaciones careciendo de la capacitación necesaria y a aquellos a quienes les gustaba experimentar y consideraban que el cuerpo humano era un campo de pruebas, o incluso un campo de juego. De todos modos, no podía hacer nada contra estas personas si nadie presentaba una queja contra ellas. Nadie se había quejado nunca de Sylac, principalmente porque quienes acudían a él solían pedirle cosas que otros cirujanos respetados se negarían a hacer.

A Stanton no le gustaba aquel hombre ni confiaba en él. Además, no sabía por qué estaba aquí Arian. Miró a su alrededor. El quirófano era vanguardista, en más aspectos que el metafórico. Sobre la mesa de operaciones descansaba un robot quirúrgico que parecía una cucaracha gigante de cromo. Los artefactos que se alineaban en la pared tenían etiquetas en las que ponían cosas como «Soldador de Huesos Inc.», «Fundidor de Células» y «Nerviotónico», y debajo de estos había varias hileras de cilindros criogénicos que contenían cosas que sabía que no deseaba ver de cerca. Posiblemente, restos de sobras.

Al otro lado del quirófano había un gran banco de trabajo salpicado de artefactos que Stanton apenas conocía. Reconoció los aumentos cerebrales, los motores de refuerzo para las articulaciones, los enlaces nerviosos y los conectores sinápticos, pero estos objetos solo eran una pequeña muestra de lo que había allí. Era consciente de que la mayor parte de esos artefactos estaban destinados a aquellos que deseaban algo más que una simple estimulación física o un aumento cerebral. Había personas que deseaban perder su humanidad y ser completamente cibernéticas.

—¿Y bien? —Sylac se volvió hacia ellos y cruzó los brazos, los cuatro que tenía.

Sylac era su propio anuncio. Parecía humano hasta la altura de la cintura, pero de allí en adelante las cosas cambiaban drásticamente: de sus costados salían dos brazos de doble articulación, que resultarían más apropiados en un robot quirúrgico, y cuyas extremidades no guardaban ningún parecido con las manos humanas, pues eran una confusión de cuchillas e instrumentos esotéricos; su abdomen tenía forma de quilla para poder soportar el conjunto de apéndices adicionales; y media esfera sobresalía por un lado de su cabeza, que se alzaba sobre unos hombros y unos brazos perfectamente normales.

—Me alegro de que hayas podido recibirnos —dijo Pelter.

Sylac los miró.

—¿Vuestro médico habitual se ha jubilado? —preguntó, esbozando una sonrisa burlona.

Conservó su sonrisa mientras Pelter avanzaba tambaleante hacia la mesa de operaciones. Stanton sabía que el cirujano tenía todas las razones del mundo para sentirse confiado: ni los separatistas ni STC habían podido hacer nada en su contra desde hacía largo tiempo. Sus aumentos le habían convertido en algo similar a una IA del Régimen y la tecnología que le rodeaba imposibilitaba que cualquier cosa inferior a un ataque táctico pudiera vencerlo, e incluso así...

Pelter dejó cuatro zafiros sobre la mesa.

—Me parece excesivo para unas cuantas reparaciones —comentó Sylac. Pelter sacó de su cinturón un objeto similar a un guijarro negro y lo dejó junto a los zafiros.

—Entiendo —dijo Sylac.

—Puedes empezar por mi amigo —añadió Pelter—. Lo que yo quiero llevará algo más de tiempo.

Stanton vaciló al ver que Pelter lo miraba, pero avanzó hacia el quirófano. Sylac lo siguió con la mirada antes de dirigir sus ojos hacia la mesa de operaciones. Al instante, el robot quirúrgico se enderezó y empezó a mover algunos de sus brazos de una forma que solo podía describirse como ansiosa. El cirujano se acercó a la mesa y apartó los zafiros y el otro objeto que Pelter había depositado en ella. Segundos después se oyó el zumbido de unos motores y la mesa empezó a plegarse por una serie de puntos hasta convertirse en una silla provista de cabecero y apoyabrazos. Sylac señaló el asiento con uno de sus apéndices metálicos, en un gesto tan grácil que Stanton se puso aún más nervioso; sin embargo, cruzó la sala y se sentó. Entonces miró a Sylac, pero el cibercirujano ya había dado media vuelta y se estaba dirigiendo hacia el banco de trabajo. El robot se situó junto a Stanton y extrajo un brazo diminuto con el que cortó limpiamente su improvisado cabestrillo.

—¡Espere un momento! —gritó Stanton.

Dos grapas acolchadas salieron disparadas, rodearon su brazo y lo inmovilizaron sobre el apoyabrazos del asiento. Al sentir que el hueso roto rechinaba en su interior gritó... más del susto que de dolor.

Sylac se volvió para mirarlo.

—Yo tengo otras cosas que hacer, señor. Usted solo tiene un brazo roto —explicó.

Stanton sintió un dolor intenso en el hombro y giró la cabeza para mirar el disco que le estaba oprimiendo. Pronto, su brazo quedó completamente inerte: era un bloqueador nervioso. Miró a Arian, pero el separatista había centrado su atención en Sylac, que estaba inspeccionando el artefacto negro.

—¿Qué quieres hacer con esto, Pelter? —preguntó.

—Quiero unirlo a un aumentador militar y conectarlo a mi nervio óptico —dijo, arrancando la venda que cubría su rostro. Sylac contempló sus destrozadas facciones con cierto desinterés.

—Tendré que hacer algunos injertos, pero la cantidad que has pagado los cubre —dijo.

Pelter continuó.

—También quiero que elimines mis huellas dactilares, tanto las de los dedos como las de las manos, y que cambies mi impresión retiniana.

A pesar de lo mucho que le fascinaba la conversación, Stanton fue incapaz de seguirla, pues el robot estaba retirando la tablilla y los ventajes de su brazo con una barrena de escalpelos curvados, causándole mucho menos dolor que en un hospital normal, donde este habría sido prácticamente insoportable. Después cortó la manga

de su camisa y la separó... solo que de repente descubrió que no era la camisa lo único que la máquina había cortado. Stanton apartó rápidamente la mirada al ver el hueso fracturado y se acobardó al oír el sonido de los tubitos que absorbían la sangre que había empezado a salir de la herida. Sintió un desplazamiento, pero ningún dolor, y después oyó el reconfortante zumbido de un soldador de huesos. La verdad es que los cuidados de Sylac no lo habían dejado indiferente.

—¿A qué vas a conectarte? —preguntó Sylac a Pelter, sosteniendo el objeto en forma de guijarro cerca del ojo.

—Eso es asunto mío.

Sylac se encogió de hombros y le tendió el objeto.

—Puedo insertar esta unidad de control en tu cráneo sin causar demasiada presión. —Se giró y cogió un aumento gris que descansaba sobre el banco de trabajo. Tenía forma de alubia roja y medía unos cinco centímetros de largo—. Sin embargo, es una pieza de *hardware* grande y desagradable, Arian Pelter. No vas a estar nada guapo con esa interfaz óptica.

—No me importa. Solo asegúrate de que funciona —replicó él.

Stanton lo miró sorprendido. Ese no era el Pelter que conocía. ¿Dónde estaba su aclamada vanidad? Desde que se conocían, Arian había gastado una fortuna en alteraciones cosméticas. Miró a Sylac y advirtió que el cirujano le devolvía la mirada. Entonces sintió un tirón en el hombro y un intenso dolor regresó a su brazo herido. Al mirar, descubrió que la herida ya estaba soldada y cerrada.

—Tengo trabajo que hacer, así que preferiría que no se pasara el día entero ahí sentado —dijo Sylac.

Stanton se levantó de la butaca manteniendo un ojo fijo en el robot. Entonces, flexionó los dedos esperando sentir dolor y se sorprendió al no notar nada. Pelter se adelantó y ocupó su sitio mientras Sylac se acercaba, extendiendo sus brazos cibernéticos y girando los complejos y centelleantes dedos de sus manos.

—Necesito hacer ciertas cosas, John —dijo Pelter, volviéndose hacia él—. Me reuniré contigo en el Bulevar del Puerto Estelar dentro de dos días, en el Saone, a la hora de siempre. Cuando nos veamos, querré saber quién era y adónde fue —añadió.

De modo que era eso.

—¿Estarás bien? —preguntó Stanton.

Pelter se limitó a mirarlo durante un momento y después giró la cabeza. Por supuesto que estaría bien. Si Sylac hubiese querido matarlos, no habrían logrado llegar hasta allí, y si pretendía matarlos allí, John no podría hacer nada para evitarlo. Mientras el robot hundía el bloqueador nervioso en el cuello de Pelter, Stanton dio media vuelta y abandonó la sala, deseando ser capaz de taponar sus oídos a los sonidos que se sucedieron a continuación.

Una vez libre de Cheyne III, la antigraavedad de la lanzadera fue reemplazada por los

impulsores iónicos. Las últimas fosforescencias de la atmósfera, de tonos naranjas y azules, fueron sustituidas por un espacio salpicado de estrellas. Cormac sintió que se hundía lentamente en su asiento mientras la gravedad de una g se asentaba en la nave en beneficio de sus pasajeros.

—Vamos, desabróchate ese cinturón. Es hora de tomar una copa.

Cormac siguió a Blegg hasta la cafetería de la lanzadera, observando cómo el anciano apartaba a codazos a la gente de su camino. Le estaba costando mantener el control porque, de repente, sentía la aplastante necesidad de preguntarle por qué tenía ese nombre tan ridículo.

—Yo tomaré un *whisky* escocés largo —dijo Blegg. Entonces, volviéndose hacia Cormac, preguntó—: ¿Y tú?

—Agua Albion, por favor.

—¡Camarero! ¡Dos *whiskys* escoceses largos! Cormac movió la cabeza hacia los lados y observó el interior de la lanzadera.

La cafetería se encontraba en la parte posterior de esta ala. A diez metros a su izquierda estaba la partición del buque, tras la cual descansaban los ronroneantes motores y la IA que controlaba la nave con solo una fracción de su capacidad. Detrás de la partición estaba la otra ala, donde viajaban mil pasajeros más. Eran demasiadas vidas para confiárselas a un piloto humano. Cormac volvió a centrar su atención en la barra y observó las manos palmeadas que les sirvieron las bebidas. Una máquina lo habría hecho de forma más eficiente. Cogió la bebida que Blegg le tendía y regresaron a sus asientos. Mientras se sentaban, el japonés señaló al camarero, un maradaptado.

—Una máquina podría hacer este trabajo de forma más eficiente, ¿pero por qué la empresa propietaria de esta lanzadera pagaría un *hardware* tan caro cuando hay personas como él que están preparadas para realizar este trabajo y dispuestas a hacerlo a cambio de viajar gratis?

Cormac miró a Blegg con recelo.

—Tengo entendido que estás aquí para darme instrucciones.

—Tienes el culo tan apretado que me sorprende que te tomes la molestia de comer.

Cormac dio un sorbo a su *whisky* para reprimir sus deseos de responder.

—Para darte instrucciones —repitió Blegg.

Al mirarlo, Cormac descubrió que sus ojos parecían cabezas de clavo. De repente, todos los sonidos que lo rodeaban se desvanecieron y algo frío tocó su columna vertebral. Entonces, una nueva voz habló en su mente.

Se ha producido un fallo en el amortiguador de la instalación del runcible de Samarcanda.

Cormac dio otro trago a su bebida.

¿Has sido tú?

—Por supuesto que he sido yo —respondió Blegg—. ¿Acaso la voz sonaba como la del idiota de silicio de siempre? Ahora piensa en lo que acabo de decirte.

Cormac accedió inmediatamente a un sitio sobre tecnología runcible y empezó a descargar datos pero, de repente, algo negro invadió los límites de su visión y todo lo que había descargado se corrompió. Vio cómo los archivos se desdibujaban hasta desaparecer. Entonces, algo aporreó su cabeza y la conexión se cortó. Estaba experimentando una alucinación, en parte visual y en parte táctil. Una ilusión distorsionada. Empezó a moverse a tientas por su propia cabeza, perdido y muerto de pánico, hasta que una mano lo golpeó en la espalda y tiró de él.

—Te he dicho que pienses en lo que acabo de decir —repitió Blegg—. Piensa. Cormac volvió a mirar aquellos ojos y sintió la fuerza que había en ellos.

Es una estupidez sentir pánico. Usa la mente.

Hizo lo que Blegg le sugería y aplicó las sencillas técnicas de cálculo mental que le habían enseñado hacía mucho tiempo, tanto que no se atrevía a recordarlo. Las cifras empezaron a aparecer y, tras consultarlas, empezó a componer un escenario digno de una pesadilla. Un escenario que le pareció más real que nunca, quizá porque había conseguido montarlo por sí mismo.

—El responsable tuvo que cruzarlo prácticamente a la velocidad de la luz —dijo, y en el ojo de su mente (que solía utilizar para ver las imágenes que descargaba) vio lo que debía de haber ocurrido.

Eso se llama imaginación, Ian Cormac.

Cormac miró a Blegg, pero este se había girado para observar a un pasajero que acababa de levantarse de su asiento. El asiático empezó a responder, moviendo lentamente los ojos hasta centrarlos en el agente.

—Antes de ser destruida, la IA del runcible de Samarcanda logró transmitir durante tres décimas de segundo. Se produjo un fallo estructural grave que no fue detectado a tiempo para evitar la recepción. Apareció un técnico de runcibles llamado Freeman. Sin duda alguna, el pobre no tenía ni idea de lo que iba a ocurrir. Treinta megatones, conservador.

—¿Fue un sabotaje? —preguntó Cormac, mientras aquellos ojos en forma de cabeza de clavo se cerraban sobre él.

—Es posible. ¿Conoces los parámetros de seguridad de los runcibles? Cormac asintió.

—¿Estamos hablando de millones de muertos?

—No, el runcible de Samarcanda estaba instalado en un mundo frío.

—¿Entonces, cuáles son las cifras?

—Diez mil novecientos cinco personas, IA's incluidas. Los escasos androides Gólem que había en Samarcanda debían de encontrarse cerca de la explosión y seguramente fueron destruidos junto a la IA del runcible. Y en cuanto al resto... el planeta estaba siendo terraformado mediante el vaciado de los amortiguadores del runcible, así que cuando llegues allí ya habrá recuperado su estado original.

Cormac asintió mientras asimilaba aquella información. Podía haber supervivientes. Podía haberlos.

—¿Samarcanda servía a un mundo colonizado?

—La verdad es que no. El mundo colonizado más cercano es el planeta Minostra. Se encuentra a doce años luz de distancia y posee su propio runcible. Samarcanda es un planeta apeadero para el tráfico de entrada al centro del Régimen. Al menos, la suerte nos sonrió en ese punto.

—¿Cuál es mi misión?

—Tendrás que ir a investigar. En cuanto llegues a Minostra montarás en una nave espacial que tiene el desafortunado nombre de *Soberbia*. Dicha nave viajará hasta el planeta para instalar un runcible de fase uno al que desviar al resto de los runcibles; también se encargará de buscar supervivientes, aunque es poco probable que los haya. Tenemos que averiguar qué ocurrió en ese lugar. No hace falta que te diga lo importante que es.

—Soy consciente de ello. Si alguien hubiera descubierto la forma de sabotear runcibles... ¿Podrían haber sido los separatistas?

—Existe esa posibilidad. Cormac se recostó en su asiento y dio un sorbo a su bebida, pero descubrió que se la había terminado sin darse cuenta. Blegg cogió su vaso.

—No, yo...

—Ian Cormac, ya es hora de que vuelvas a aprender qué es ser humano. Blegg fue hasta la barra y Cormac advirtió que el camarero maradaptado le servía inmediatamente, a pesar de que había una multitud esperando. El japonés le dijo algo y el camarero empezó a reír, abriendo y cerrando la agalla que separaba ambos lados de su cuello. Pronto estuvo de vuelta con dos copas. Cormac cogió la suya y la miró con recelo.

—Se dice que careces de aumentos internos... que tu conexión con las IA se efectúa de otra forma —comentó, sin levantar la mirada. Horace Blegg soltó una risita.

—Se dicen muchas cosas de mí, pero ninguna de ellas es de tu incumbencia. Tienes que centrarte exclusivamente en esta misión. Mientras dure, quedarás privado de acceso directo a la información.

Cormac sintió que algo se sacudía en su interior. Era la confirmación de algo que había estado esperando desde hacía largo tiempo, pero que no entendía que se

materializara en este momento.

—¿Por qué? Tiene que haber algún transmisor en la nave —comentó, puede que intentando retrasar lo inevitable.

Blegg movió la cabeza hacia los lados.

—Ya llevas treinta años conectado, sirviendo a la Tierra y al Régimen Humano, a pesar de que los estudios demuestran que el límite psicológicamente seguro es de veinte años. Tu capacidad para comprender el espectro de la emoción humana ha sido dañada. Es necesario repararla porque, sin ella, tu utilidad... quedará mermada.

—Me estoy deshumanizando. ¿Es eso lo que intentas decirme?

—Eso es lo que indica tu última misión.

Cormac pensó en lo mucho que se había equivocado con Angelina y accedió a la red de forma casi instintiva. Al instante, el reconfortante exceso de información fluyó por las conexiones de su cráneo.

—Ya veo —dijo, sintiéndose más confiado—. ¿Pero al impedirme acceder a la información no estáis mermando mi eficiencia en otros aspectos?

—Eres tú el que opina que queremos eliminar un defecto.

—¿No sería mejor enviar a otro?

Blegg sonrió.

—Eres el candidato perfecto para esta misión.

Cormac se recostó en su butaca y observó a aquel hombre. Se decía que era inmortal, telepata y que podía adoptar cualquier disfraz. Cormac era consciente de que estaba siendo manipulado, pero no sabía cómo. Suponía que cuando lo descubriera, la sorpresa sería muy desagradable. Solía ocurrir así. Cerró los ojos e intentó calmarse un poco antes de formular su siguiente pregunta.

—Duerme —dijo Blegg, casi como si hubiera leído su mente—. Estas lanzaderas se desplazan muy lentamente para nuestro propósito, pero así tendrás tiempo de descansar y reflexionar.

¿Quién diablos te crees que eres, diciéndome que duerma?

Logró formular esta pregunta antes de que la oscuridad se cerniera sobre él como un muro al desplomarse.

Nutria parda: *Forma de vida anfibia hallada en el planeta Cheyne III, en el cinturón de Aldour. Gordon designó así a estas criaturas por la similitud que guardan con la familia de la nutria (lutra) terrestre (para más información, véase «Tierra», apartado «Especies extintas», encabezado «Carnívoros», referencia 1163), aunque dicha similitud es superficial y solo perceptible en la forma infantil de la criatura. Fisiológicamente son más parecidas a los anfibios terrestres y experimentan una metamorfosis similar, aunque inversa. Durante su etapa infantil, su tamaño puede variar entre un centímetro y tres metros; después, se transforman en adultos pelágicos y desmembrados. Pueden ser de tres sexos diferentes: macho, hembra y portador de huevos. Se dice que existen portadores de huevos de cincuenta metros de longitud, hecho que en sí es una anomalía puesto que no deberían sobrevivir a la incubación de los huevos que llevan en su interior. Es necesario efectuar un estudio más concluyente que el que aparece en las memorias de Gordon.*

Extraído de Guía del Membrillo, compilada por humanos.

El Meercat pesaba demasiado para las unidades AG que transportaba, pero eso contribuyó a que el viaje fuera más emocionante. El catamarán, provisto de una turbina de lanzadera instalada entre sus cascos, golpeaba las crestas de las olas dejando una estela a su paso. La cabina, situada en la parte delantera, sobre su antiguo motor, era una elipsis alargada y asegurada mediante riostras que habían sido fabricadas con la misma fibra de carbono que los cascos y el resto de la estructura. La mitad inferior de la nave era opaca; la superior, una cúpula de hojas de cristal de cadena soldadas entre sí. En conjunto, la embarcación era del mismo color gris aburrido que las olas sobre las que se deslizaba, debido a la pintura fotosensible que cubría todas las superficies. Dicha pintura era una alternativa más barata que las herramientas camaleónicas, y la opción escogida por aquellos que no deseaban que sus actividades fueran investigadas.

En el interior de la cabina reinaba una atmósfera desagradable. Arian Pelter era una presencia deprimente y amenazadora sentada en una de las butacas de aceleración. El Capitán Veltz habría preferido no aceptar este trabajo, pero sabía qué les ocurría a aquellos que rechazaban a tipos como el líder separatista, pues había encontrado los restos de muchos de ellos en el interior de las nutrias pardas que capturaba.

—Tiene que ser por aquí —dijo, mirando a Geneve y deseando que mantuviera la boca cerrada. Había logrado irritar a Pelter haciéndole demasiadas preguntas sobre el origen de la señal del repetidor, y ahora aquel hombre parecía estar listo para matar.

—Sigo sin recibir ninguna señal —dijo Pelter, con los dientes apretados.

Veltz cerró la válvula de admisión y detuvo la AG. Sabía que tendrían que esperar un buen rato, así que era absurdo desperdiciar energía. Se giró y miró a Pelter, intentando que su rostro no reflejara el horror que le producía lo que estaba viendo.

De su ojo izquierdo salía un tubo cuadrado que giraba sobre sí mismo para deslizarse hasta la oreja, donde se unía a un desagradable aumento gris anclado tras esta. La piel que rodeaba aquel ojo era nueva y rosada, recién injertada, y sus párpados estaban sellados alrededor del tubo.

Veltz carraspeó.

—Como le dije, los portadores de huevos se sumergen en las profundidades y pueden permanecer allí durante más de medio día. Solo tenemos que esperar. A esa profundidad no se recibe ninguna señal de los repetidores y, aunque se recibiera, no podríamos hacer nada.

Mientras Pelter lo miraba con el ojo violeta que le quedaba, Veltz se preguntó en qué tipo de asuntos andaría metido. ¿Por qué había venido solo, si solía estar rodeado de un grupo de matones que lo defendían del peligro? Quizá se estaba desarrollando una lucha de poder entre los separatistas. En ese caso, puede que hubiera dado un paso en falso al ofrecerle su ayuda... sin embargo, no le había parecido buena idea negarse.

—¿Cómo sabe que todavía se encuentra en la zona? —preguntó Pelter.

—Porque son muy territoriales y siempre permanecen en el mismo lugar —respondió Veltz.

—A no ser que los ahuyente un rival más joven —añadió Geneve. Pelter se giró y la miró colérico.

—Estoy hablando con Veltz. Cuando quiera su opinión, se la pediré. Mientras tanto, mantenga la boca cerrada o pronto se encontrará llevando una sonrisa muy especial. ¿Ha quedado claro?

Geneve parecía estar dispuesta a contestar, pero Veltz le dedicó una asustada mirada de advertencia. Al ver que se calmaba, el Capitán se apresuró a hablar para llenar el incómodo silencio.

—Eso no ocurre con demasiada frecuencia, solo cuando los portadores de huevos envejecen. Por lo que he podido averiguar, este está en la flor de la vida.

La verdad es que no tenía ni idea de cómo era este portador de huevos, puesto que Veltz concentraba sus actividades de caza más hacia el interior. Siguió imaginando aquella «sonrisa» a la que Pelter había hecho referencia: eso era lo que les ocurría a los traidores: los separatistas les cortaban los labios y las mejillas antes de traerlos a este lugar y arrojarlos vivos al mar. Él mismo había visto varias veces las pruebas.

—Espero que no se equivoque —le advirtió Pelter.

Veltz se volvió hacia los controles, puso en marcha la AG y conectó la turbina, no porque fuera necesario, sino porque deseaba mantenerse ocupado. Era una lástima desperdiciar tanta energía. Comprendía que Geneve estuviera ansiosa por utilizar el

sofisticado equipo de selección de objetivos controlado por la consola que se alzaba ante ella. De repente, la mujer se levantó.

—Voy a preparar un poco de café —dijo, agachando la cabeza para cruzar la puerta del mamparo que se abría en la mitad posterior de la cabina.

Pelter la observó alejarse con aquella expresión vacía. Veltz, con la frente bañada en sudor, estuvo a punto de gritar de alivio cuando el artefacto que Pelter sostenía entre sus manos emitió un pitido. Al instante, el separatista dirigió su atención hacia la estrecha pantalla.

—Hacia el este —anunció—. Se encuentra a un par de kilómetros al este.

—¡Geneve! ¡Vuelve aquí! —rugió Veltz, mientras conectaba la turbina al máximo de potencia.

El catamarán salió disparado hacia delante, arrojando a Veltz y a Pelter contra sus asientos. Geneve blasfemó desde la cocina y se oyó un sonido traqueteante. Cuando la nave alcanzó una velocidad con la que se sintió cómodo, el capitán detuvo la aceleración. Nunca la había puesto a velocidad máxima pues, del mismo modo que la AG era insuficiente, la turbina era demasiado potente. De hecho, bastaban dos turbinas como esa para poner en órbita una lanzadera que pesaba diez veces más que el catamarán.

Geneve regresó apresuradamente a la cabina, olvidándose por completo del café. Saltó sobre su asiento, se abrochó el cinturón y, tras colocarse una máscara de selección de objetivos sobre el rostro, acercó la mano a la palanca de control de su consola. Cuando el arpón empezó a bajar, se oyó un fuerte ronroneo en la parte inferior de la cabina. Unos motores eléctricos empezaron a girar con rapidez.

—Pronto podremos verlo —anunció Geneve.

Veltz, que ya podía ver la estela acanalada que dejaba a su paso el portador, se abrochó el cinturón de seguridad y miró a Pelter hasta conseguir su atención. Entonces señaló con la cabeza la perturbación distante. El separatista se levantó de su asiento y se acercó a ellos.

—Lo veo —dijo—. No falle.

Mientras se aproximaban al portador de huevos, Veltz fue reduciendo la velocidad y Pelter se vio obligado a regresar a su asiento y abrocharse el cinturón. Veltz se aseguró de que el separatista no veía la sonrisa de satisfacción que se permitió esbozar en aquel momento.

—Gira a babor y continúa —dijo Geneve. Veltz siguió sus instrucciones, reduciendo la AG para que el agua hiciera las veces de freno. El arpón gemía y pataleaba mientras Geneve movía los controles.

—Así no lo conseguiremos. Dirígete al otro lado —dijo la mujer. Pelter contempló a la monstruosa criatura que se deslizaba por el agua como si fuera una babosa gigante saltando a cámara lenta. El odio y la ira de su interior parecían estar llegando a un consenso. Se sentiría satisfecho si tenía lugar algún tipo de crimen, algún tipo de dolor que compensara al suyo. En este lugar lograría olvidar la imagen

que seguía repitiéndose en su mente, la imagen del cañón de aquella pistola ligera a tan solo unos centímetros de su rostro.

—Espacio. ¡Lo tengo!

Veltz desconectó de golpe la turbina y los controles de la AG. Se oyó una explosión debajo de la cabina. Al instante, una línea negra cruzó a toda velocidad las olas y se hundió en la cúspide de un arco de carne. El motor del cable chirrió cuando se activaron sus frenos y un tenue olor a quemado inundó la cabina. Pelter vio que el cable se destensaba y se tensaba de nuevo mientras el motor giraba en sentido contrario y el arco se plegaba. Una enorme cabeza similar a la de un sapo rompió la superficie. Tenía una boca negra, abierta de par en par. El portador de huevos empezó a retorcerse, sin dejar de bramar, levantando una espuma azulada. Cada vez que se movía los motores del cable cedían o se tensaban con un gemido. El catamarán estaba dispuesto en diagonal a la criatura y la olas batían contra él con tanta fuerza que parecía que lo iban a romper. Veltz miró a Pelter, esperando que preguntara si la nave resistiría aquellos golpes, pues era la pregunta que solían formular quienes lo acompañaban por primera vez. Sin embargo, el separatista siguió observando en completo silencio y con terrible avidez los forcejeos de la nutria parda. Una oscura mancha de sangre empezó a extenderse por la superficie.

—Se está deteniendo —anunció Geneve.

Veltz asintió a la vez que giraba un pesado y antiguo conmutador de su panel, iniciando bajo el suelo de la cabina un sonido que al principio fue grave pero pronto se convirtió en un pitido agudo que superó el campo auditivo humano. El antiguo disco que había junto al conmutador empezó a ascender lentamente. Al oír que Pelter se desabrochaba el cinturón se giró nervioso, como siempre que aquel hombre se movía. Mientras Pelter se levantaba de su asiento y cruzaba la cabina, Geneve desconectó el sistema de selección de objetivos y lo miró con cautela.

—Eso es un viejo alimentador cíclico de uranio —dijo el separatista—. ¿Dónde diablos conseguís uranio alotrópico?

—Estaba en la lanzadera que compré. En aquel entonces, los alimentadores de uranio eran más eficientes que el material de fusión. Resulta muy práctico —explicó Veltz, mientras acercaba la mano al botón que había junto al conmutador. Al instante, la mano de Pelter se cerró sobre su muñeca. El capitán observó el ojo violeta del separatista, percibiendo el olor a antiséptico que se imponía débilmente sobre el hedor a podredumbre.

—Permítame —dijo Pelter, antes de soltarle la muñeca.

Veltz retiró la mano y la apoyó sobre la columna de dirección. Lleno de odio, Pelter abofeteó el botón con la mano y observó los efectos.

La línea que iba desde la nave hasta la pugnante nutria parda centelleó en rojo durante un instante. Entonces, la nutria salió proyectada del agua y volvió a caer, mientras unos pequeños relampagueos recorrían su suave piel negra. La criatura chocó contra la superficie y se hundió. Cuando emergió de nuevo, estaba

completamente inerte. Pelter suspiró y Veltz advirtió que la expresión de su rostro pasaba de la avidez a la decepción.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

—Ahora la remolcaremos hasta los Bancos. La marea ya debe de haber bajado, así que estarán expuestos durante las próximas ocho horas —respondió Veltz.

—¿Cuánto tardaremos en llegar?

—Una hora, más o menos.

Pelter asintió y regresó a su asiento. Veltz le dio la espalda y pulsó los controles del panel táctil más moderno que había en la nave. La cabina, con balancines de brújula dispuestos en los extremos de sus riostras de sujeción, viró en silencio hasta que la turbina quedó delante y debajo de ellos, entre los cascos. El cable que conducía hasta la nutria parda permaneció en su sitio. Veltz activó los impulsores, pero en esta ocasión aceleró con cuidado, pues no deseaba que el arpón se soltara de su presa.

Mientras la lanzadera desaceleraba y se ladeaba, Cormac tuvo un breve atisbo de Cheyne III por el portal elíptico. Como cualquier planeta vivo visto desde esta distancia, era una joya engarzada en la oscuridad del espacio que no mostraba ninguno de los defectos que podían verse desde más cerca. Nubes opalescentes se arremolinaban sobre un mar azul y ocultaban parcialmente un continente moteado de marrón y púrpura que, en su opinión, parecía un hombre agachándose para abrocharse el cordón del zapato. Pronto el planeta escapó de su visión y la lanzadera empezó a aproximarse a una llanura de formaciones rocosas similares a la superficie de un cerebro humano. Al verlo, comprendió que los primeros colonos hubieran llamado Cereb al satélite más grande de Cheyne III.

—No voy a cerrar tu conexión —dijo Blegg.

Cormac asintió mientras la instalación del runcible aparecía ante sus ojos y los pasajeros empezaban a charlar emocionados. Ahí, en la llanura de rocas, se alzaba una ciudad de cristal y luz que en las noches claras podía verse desde la superficie del planeta. Apartó los ojos de aquella imagen solo cuando se oyó un suave pitido.

—Por favor, abróchense los cinturones —dijo la voz suave de la IA de la lanzadera. Cormac hizo lo que le pedían, pensando en lo diferente que era aquel mensaje en clase ejecutiva.

—¿Entonces quién lo hará? —preguntó.

—Cualquier IA de runcible cuando se lo pidas —respondió Blegg.

Se activaron los retropropulsores y la gravedad del interior de la lanzadera se ajustó lentamente a la de Cereb. Cormac sintió que su peso menguaba, pero no se sintió más ligero.

—¿Estoy obligado a desconectarme? —preguntó. Con un rugido, la lanzadera descendió vibrando hacia el puerto, situado en los límites de la instalación.

La roca artificialmente nivelada formaba un entramado de líneas brillantes similar

a un diagrama de circuitos gigante. Los retropropulsores y los campos de AG redujeron la velocidad de la lanzadera, que se ladeó y descendió sobre un área encajonada situada junto a un grupo de torres que parecían cigarrillos de plexiglás. Mientras descendían, Cormac alcanzó a ver la pasarela que serpenteaba entre la roca.

—No estás obligado a desconectar. Nunca ordenamos a nadie que desista de aquellas acciones que los están matando. Solo queremos que sean conscientes del riesgo y que no hagan daño a nadie más —replicó Blegg.

—¿La conexión me está matando? —Yo no he dicho eso. Podría matarte si continuaras con tu línea de trabajo actual, pero eres tú quien debe decidir si quieres continuar.

Cormac hizo una mueca cuando los patines de la lanzadera se extendieron y crujieron sobre la roca. Mientras los pasajeros se desabrochaban los cinturones y se levantaban para recoger su equipaje de mano de una forma que no había cambiado en absoluto con el paso de los siglos, sopesó sus opciones. Había estado conectado a la red durante treinta años y llevaba una década más trabajando al servicio de STC. Quizá había llegado el momento de cambiar. Pensó en las cosas que había visto y en las cosas que había hecho. Muchas de estas últimas no eran dignas de admiración, pero habían sido necesarias. Puede que hubiera llegado la hora de retirarse, de comprar una bonita casa junto al mar o en alguna planeta tranquilo y agradable. Se desabrochó el cinturón y se levantó. ¿Había llegado el momento de dar un cambio a su vida? Por supuesto que sí.

IA runcible.

Sí, Ian Cormac.

Quiero que desconectes y apagues por completo mi conexión.

¿Deseas que lo haga ahora mismo?

Sí.

Entonces adiós, Ian Cormac.

Cormac se tambaleó, pero una mano que parecía de hierro lo cogió del brazo para sujetarlo. Entonces sintió cómo se iban apagando, de una en una, cientos de conexiones. Enormes marcos de referencia empezaron a arrastrarse por su cráneo y se convirtieron en puntos infinitesimales antes de desaparecer con un centelleo. Un intenso dolor clavó sus garras en la base del cráneo y, de repente, alrededor de su cabeza, solo hubo aire vacío.

—Siempre has sido rápido implementando tus decisiones —dijo Blegg—. Esa es la razón por la que estamos tan orgullosos de que trabajes para nosotros, agente Cormac.

Una voz, una simple voz hablada; ondas de sonido haciendo vibrar las células pilosas de su conducto auditivo. ¿Cómo diablos se las iba a arreglar con un sistema tan ineficiente? Cormac, acompañado por un silencioso Blegg, desembarcó y avanzó

hacia el túnel de conexión, sintiéndose terriblemente vacío.

Dos de los Bancos habían quedado al descubierto al bajar la marea y parecían un par de lenguados gigantes varados. Estaban cubiertos de ostras penique y conchas trompeta: las ostras se habían adaptado con rapidez al entorno de Cheyne III, pero solo después de una mutación inesperada: aunque en otros lugares eran apreciadas por su característico sabor avellanado, aquí solo eran célebres por su letalidad; las conchas eran moluscos nativos que crecían hasta alcanzar un metro de altura y tenían un aspecto similar al que su nombre indicaba. También eran venenosas para los humanos, pero habían sido la principal fuente de alimentación de las nutrias pardas. Los ecologistas se habían sorprendido al descubrir que las ostras penique también se habían convertido en uno de los alimentos preferidos de estas criaturas.

—Muy bien, Geneve, saca más cable —dijo Veltz, más para que lo oyera Pelter que para darle instrucciones, pues su compañera sabía perfectamente qué tenía que hacer.

El motor del cable empezó a girar para que el cadáver del portador de huevos permaneciera donde estaba mientras Veltz alineaba la nave con uno de los bancos.

—Eso debería bastar —dijo Veltz.

El freno motor chirrió y, sin perder de vista el cable, el capitán siguió adelante hasta que el Meercat estuvo a un lado al banco y la nutria al otro. Entonces, hizo que la nave girara para que quedara mirando de frente al banco.

—Enrolla el cable —ordenó a Geneve.

Los motores volvieron a ponerse en marcha, tensando el cable y acercando la nutria y el catamarán al banco. El Meercat fue el primero en tocar tierra, seguido instantes después por el cadáver del animal. Veltz detuvo la turbina mientras el motor seguía girando para mantener la nave en posición. La nutria parda se deslizó lentamente sobre la orilla, desgarrándose la carne con los afilados bordes de las ostras penique y rompiendo las conchas trompeta por sus tallos. Pronto abandonó por completo el agua y quedó extendida sobre los crustáceos que cubrían el área central del banco.

—Ya es suficiente. Cierra las puntas de presa y trae de vuelta nuestro cuchillo —dijo Veltz.

Geneve pulsó otro control e incrementó la velocidad del motor del cable. El arpón de ceramal abandonó el cuerpo de la nutria parda, dejando una herida similar a unos obscenos labios azules. Entonces, repicó contra el suelo y empezó a deslizarse hacia el catamarán.

Pelter se levantó.

—Vayamos a echar un vistazo.

Veltz y Geneve se desabrocharon los cinturones y se levantaron. Entonces, la mujer cargó a sus espaldas la funda de su enorme cuchillo de deshuesar, fabricado

con cristal de cadena, mientras el capitán cogía de su asiento un instrumento similar y se lo colgaba del hombro. Tras mirarlos durante un momento, Pelter dio media vuelta y cruzó la puerta del mamparo. Al ver la expresión de interrogación de su compañera, Veltz movió la cabeza hacia los lados. Si deseaban salir con vida de esta, sería mejor no hacer preguntas.

Pelter movió la escalerilla metálica plegable que había en la zona de cocina de la cabina y fue el primero en descender hasta la isla bordeada de moluscos. Geneve bajó a continuación, seguida de Veltz.

—¿Siempre los traéis a este lugar? —preguntó Pelter.

—Sí —respondió Veltz—. Cada vez que sube la marea, sus parientes se deshacen de las pruebas. Los huesos no se pueden digerir, pero nunca queda ninguno.

Pelter asintió.

—¿El hueso de nutria sigue vendiéndose a buen precio? —preguntó.

Veltz observó el cadáver varado. Medía más de seis metros de largo y dos de ancho, de modo que bajo aquella piel negra y resbaladiza debía de haber más de una tonelada de hueso impregnado de cobre. Por esos huesos se habrían pagado algo más de 10.000 chelines de Nueva Carth. Se habrían pagado, pues Veltz dudaba que Pelter estuviera dispuesto a esperar a que lo desollaran, y sabía que el cadáver desaparecería en cuanto subiera la marea. Miró a Pelter, preguntándose por qué se estaba demorando. El separatista le devolvió la mirada durante un momento.

—De acuerdo —dijo, girándose—. Abrílo en canal.

Geneve sacó su cuchillo de cristal de cadena y lo sostuvo ante la acuosa luz del sol durante unos instantes. Entonces subió la ladera, avanzó hasta donde yacía aquella enorme cabeza de sapo, que tenía la boca abierta y carecía de ojos, y hundió la punta del arma en su abolsada garganta. Después, sujetando el mango con las dos manos, dio un paso atrás y deslizó la hoja a lo largo del cuerpo de la criatura, que se abrió cual cremallera debido a la presión de su masa, vertiendo vísceras azules y púrpuras por la ladera y el banco. Pelter se giró para mirar a Veltz quien, sin decir ni una palabra, se unió a Geneve y empezó a clasificar los despojos con el filo de su cuchillo. Blasfemó para sus adentros al darse cuenta de que no tenía más remedio que preguntárselo.

—Necesitamos saber qué estamos buscando —dijo, volviéndose hacia Pelter.

—No es qué, sino quién.

Veltz, que no necesitaba saber nada más, prosiguió con su búsqueda.

—Este es el intestino principal —anunció instantes después—. Es similar al de un mamífero terrestre.

Pelter se limitó a mirarlo y solo reaccionó cuando el capitán cortó el intestino y vació su contenido. Crustáceos cubiertos de bilis salpicaron la orilla a la vez que una pequeña columna de vapor se alzaba en el aire, acompañada de un cúprico hedor a putrefacción.

—No está aquí —dijo Veltz—. Tendremos que probar con el estómago.

Geneve y él tiraron de una bolsa del tamaño de un saco de dormir, cubierta de largas venas, que se encontraba entre los despojos que se diseminaban cerca de la cabeza de la criatura.

—¡Cuidado! —gritó Pelter, cuando la mujer hundió el cuchillo en uno de los extremos.

Ambos se volvieron a mirarlo. Geneve y Veltz intercambiaron una mirada.

—No lo hundas demasiado —le aconsejó él.

Geneve movió el cuchillo de modo que solo rozara la bolsa con la punta y lo deslizó hacia abajo y hacia un lado, trazando una L. Cuando Veltz abrió el corte para vaciar su contenido, nuevos crustáceos se diseminaron por la orilla, junto al cuerpo decapitado de Angelina Pelter. Su hermano, con el rostro completamente inexpresivo, se acercó para mirarla.

—¿Dónde está la cabeza? —preguntó.

Veltz y Geneve se miraron.

—¿El repetidor estaba en la cabeza? —preguntó Veltz, vacilante.

Durante un largo momento, Pelter observó en completo silencio los restos de su hermana. Cuando levantó la mirada, parecía desconcertado y vulnerable.

—Les he preguntado dónde está la cabeza —repitió.

—¿Por qué diablos se supone que deberíamos saberlo? —espetó Geneve—. Podría estar en el fondo del mar, en otra nutria... o es posible que quienquiera que la mató se la llevara como trofeo.

Cuando la mano de Pelter abofeteó su rostro, Geneve soltó un chillido. Su cuchillo de deshuesar giró en el aire. Estupefacta, se llevó las manos a la cara, que ahora sangraba. Entonces, resbaló sobre los intestinos y cayó al suelo. Pelter se volvió hacia Veltz.

—¿Dónde está la cabeza? —gritó. Llevaba una navaja corta y ancha en la mano derecha y de su conexión óptica supuraba un fluido amarillento. Veltz retrocedió mirando bien dónde pisaba y manteniendo su cuchillo de deshuesar listo para atacar.

—Eso no era necesario. ¿Por qué lo ha hecho? —preguntó, avergonzado de los gemidos que escapaban por su boca.

—¡Su cabeza! —bramó Pelter. Entonces osciló el brazo derecho a modo de despedida haciendo que Veltz se retorciera de dolor. Era como si le hubieran pegado un puñetazo en el estómago, pero al bajar la mirada descubrió que el cuchillo de Pelter se había incrustado hasta la empuñadura en sus entrañas. Sus piernas se quedaron sin fuerzas y cayó sobre sus rodillas.

—¡Te llevaste su puta cabeza! —bramó furioso al cielo. Cuando Pelter volvió a bajar la mirada, su expresión volvía a reflejar avidez.

Veltz intentó levantarse, pero fue incapaz de hacerlo. Pelter pateó las vísceras que se esparcían por el suelo y se acercó a Geneve para coger su cuchillo de deshuesar. El hecho de que el capitán supiera qué podía esperar no le proporcionaba ningún consuelo. La próxima marea se llevaría consigo lo que Pelter dejara allí.

Mientras llevaba el cadáver de su hermana al Meercat, el separatista volvió a levantar la mirada.

—Estás muerto. Eres un muerto andante. Su expresión volvía a estar vacía, pero ahora el fluido se deslizaba desde el punto en el que el párpado había sido sellado al metal. Puede que fueran lágrimas.

Con el paso de los años, la instalación del runcible de Cereb se había convertido en una pequeña ciudad. El runcible había sido instalado seis décadas atrás, en el interior de una esfera de cristal reflectante de cincuenta metros, que a su vez había sido insertada entre los grises monolitos curvados de los amortiguadores y sellada por una cúpula estanca de un cuarto de kilómetro de diámetro. Estas construcciones habían permanecido intactas en el centro de la ciudad, que había ido creciendo para abastecer a la enorme población de viajeros. Por esta razón, en ella abundaban los hoteles, los hipermercados y las instalaciones recreativas, pero escaseaban los edificios residenciales. Al principio, todos estos edificios habían estado unidos mediante túneles, pero ahora las áreas que los separaban habían sido techadas. El techo había sido construido principalmente con cristal de cadena, por lo que las personas que visitaban la ciudad tenían la impresión de haber entrado en un invernadero gigante.

Cormac cruzó la reluciente esclusa blindada y accedió a una zona de recepción de cientos de metros de longitud, cuyo suelo era de piedra lunar tallada. En su centro se alzaban pequeños jardines amurallados en los que crecían palmeras y otras plantas tropicales más exóticas, y por todo su alrededor había tiendas, restaurantes y otras instalaciones de ocio más dudosas. La mayoría de los edificios tenían un par de pisos de altura, pero aquellos que contaban con más de cuatro cruzaban el techo en forma de diamante a través del cual brillaba el sol de Cheyne III.

—Tendrás que dejar constancia de tu testimonio —dijo Blegg, mientras recorrían el suelo de piedra.

Al ver la expresión divertida de su rostro, Cormac sintió deseos de hablarle de la conclusión a la que había llegado, descartó la idea durante un momento y entonces se animó.

—¿Quizá porque existe la posibilidad de que no regrese? —preguntó.

—Existe esa posibilidad, aunque yo lo decía porque así la policía local podría ocuparse de la célula antes que desaparezca.

—Perfecto —dijo Cormac—. Será mejor que haga una visita a la comisaría local.

Alteró su rumbo para contemplar los edificios y la pasarela mecánica que había más allá, pero Blegg lo cogió del hombro y lo obligó a detenerse. Cormac se giró y lo miró. El japonés estaba diferente. Ya no parecía tan viejo.

—Ahora voy a dejarte, pero recorrerás el camino con la eficiencia y la lógica apropiadas.

—¿Vuelves a hablarme con enigmas? —preguntó Cormac.

—No aceptes las cosas como parecen ser, Ian Cormac.

—¿Lo he hecho alguna vez? —preguntó.

—De acuerdo, en eso tienes razón.

Esa fue su frase de despedida. Blegg dio media vuelta y se alejó por el suelo de piedra. Cormac lo observó durante un momento y, suspirando, se frotó sus cansados ojos. Cuando volvió a abrirlos, el asiático había desaparecido. El agente blasfemo para sus adentros y volvió a ponerse en marcha. Era tan típico de él... ¿Por qué no podía decir adiós y alejarse como una persona normal?

Los muelles de embarque se abrían paso entre los campos de papiro. Aquí era donde esperaban las barcasas robot que, cargadas de balas de materia vegetal comprimida, se deslizaban por el canal hasta las plantas de procesamiento del interior. Doug Pench había trabajado en el Muelle A durante la mayor parte de su vida. Le gustaba trabajar aquí. Ganaba dinero suficiente para vivir en un gran apartamento ubicado junto a la Arcología Sur de Gordonstone, conducir una réplica de CAG del Modelo T y pilotar un yate de recreo por el que tenía amarre gratis. Además, no tenía que soportar las insolencias de su mano de obra, pues esta estaba formada por cinco viejos procesadores automáticos.

Estaba trabajando en el Procesador Tres cuando lo oyó. Había abierto la cubierta de la máquina para introducir manualmente un código de control, porque el original se había corrompido. Era la quinta vez que se estropeaba esta semana; si se volvía a repetir, había jurado que la arrojaría al mar de una patada para que hiciera compañía a las balas que había tirado allí en sus intentos de cargar una barcaza invisible. El zumbido era ligeramente irritante. Alzó la mirada pero solo vio las cuatro balas que flotaban mar adentro. Mientras proseguía con su trabajo, el sonido se intensificó, haciéndose aún más irritante.

Pench se levantó, avanzó hasta el borde del malecón de papiro compactado y asomó la cabeza. El sonido era similar al que haría una de las viejas lanzaderas al despegar. Entonces asintió para sus adentros. Claro, era la embarcación de Veltz, pero estaba haciendo demasiado ruido. Quizá uno de esos malditos Monitores de STC lo estaba siguiendo.

Bizqueó hacia el mar mientras se rascaba su poblada barba. No había nada a la vista. Caminó hasta el final de su muelle y al recorrer los demás con la mirada advirtió que Parel se encontraba al final del Muelle B, intentando averiguar qué ocurría.

—Está haciendo demasiado ruido, ¿verdad? —gritó Parel.

—Seguro que lo está siguiendo un Monitor —respondió Pench, también a gritos, antes de girarse y bizquear de nuevo hacia el mar.

Era un zumbido grave, como si algo estuviera funcionando al límite de su

capacidad. Pench solo pudo distinguir el Meercat debido a los destellos blancos del agua que dejaba atrás. Era impresionante. En realidad no era una embarcación, sino una aeronave que volaba a muy poca altura, y ahora se dirigía directamente hacia él. Pench observó el desordenado muelle antes de volver a mirar el catamarán que se aproximaba a toda velocidad. Tendría que lanzarse al agua y sumergirse lo más deprisa posible. Sabía que esa era su única oportunidad de sobrevivir, pero sus piernas se negaban a obedecerle. Inmóvil, observó el ojo borroso de la turbina y supo que iba a devorarlo. Cuando su mirada se desvió hacia la cabina, conoció la sensación de desplazamiento que provocan las pesadillas. El Meercat, a diez metros del Muelle A, golpeó una bala de papiro flotante y se ladeó. Pench vio que pasaba aullando sobre él y sintió la corriente de entrada de la turbina tirando de su mono de trabajo. Vio que la nave arrasaba todos los muelles, del B hasta el F, mientras se desintegraba, y observó la turbina, por fin libre, saltando hacia el cielo y trazando un arco sobre los campos de papiro.

Pench recorrió su muelle con las piernas temblorosas y un extraño sabor de boca. Entró en su pequeña cabaña y llamó al número de emergencia. La policía y los diversos miembros de los servicios de socorro que aparecieron diez minutos después lo encontraron sentado en el muelle con la espalda apoyada contra el Procesador Automático Tres. Ninguno de ellos creyó su historia sobre la mujer decapitada que pilotaba la embarcación de Veltz, pero esta pronto se convirtió en una leyenda que se repetiría con frecuencia.

Pistola de pulsos: Designar así un arma es como describir la gran variedad de armas prerruncibles como «pistolas de balas». El nombre resulta inadecuado y engañoso. Existen diversos tipos de pistolas de pulsos; de hecho, un láser encajaría en esta descripción porque dispara rápidos pulsos de luz láser. En todos los casos, el término «pulso» describe la secuencia y no la forma de energía en sí. Las pistolas de mano suelen ser de pulsos de gas ionizado o de polvo de aluminio, mientras que los pulsos electromagnéticos requieren armas de mayor tamaño debido a sus limitaciones de espacio. Existen otras armas más esotéricas que disparan pulsos de microondas y ultrasónicos. Hay que recordar que los efectos de estas armas son muy variados, tanto en el nivel de aturdimiento que provocan como en el tamaño del agujero que dejan.

Extraído de La Guía de las Armas.

Cormac había dado por supuesto que la estación de policía de Cereb sería pequeña, pues la omnipresente IA del runcible veía prácticamente todo lo que ocurría y el crimen, en la mayoría de los casos, no era una opción. Un pórtico coronado por un tejado hemisférico de ceramal estriado sobresalía de un edificio poco diferente a los que lo rodeaban, todos ellos de ventanas de cristal reflectante y fachadas de piedra o falso ladrillo. El pórtico, apoyado sobre pilares, estaba completamente abierto. En su interior, dispuestas contra los pilares, se alzaban terminales de servicio para aquellos que no deseaban llevar sus problemas hasta un agente humano. Mientras entraba, Cormac observó con detenimiento el techo: allí arriba había persianas metálicas blindadas, listas para cerrarse en cualquier momento. Puede que fuera pequeña, pero eso no significaba que la estación de policía fuera ineficiente o que estuviera poco preparada; al fin y al cabo, Cheyne III era un mundo que había sido testigo de una gran actividad separatista. Avanzó hasta la puerta reflectante de la comisaría y la golpeó con la mano una vez.

—Soy el agente de STC Ian Cormac. Realíceme un escáner y pida confirmación a la IA del runcible. —Solo después de decir esto se le ocurrió pensar que si aún estuviera conectado, la puerta estaría abierta y todo estaría listo. De ahora en adelante, las cosas serían así. ¿Podría soportarlo? Se alegró al ver que la puerta se abría de inmediato.

Cormac accedió a un vestíbulo cuyo suelo era de mármol local: blanco con remolinos de color rojo sangre. Una elección desafortunada. Hileras de asientos que parecían decididamente incómodos se alineaban a lo largo de dos paredes, decoradas con carteles activos e inactivos que mostraban imágenes fijas y móviles de criminales, armas prohibidas, escenas grabadas de crímenes y, por alguna razón que

era incapaz de comprender, algunas adaptaciones bastante insólitas. Al fondo del vestíbulo se alzaba una gran puerta revestida de lo que parecía madera, aunque Cormac suponía que solo era un recubrimiento que ocultaba el ceramal endurecido.

—El escáner confirma que lleva encima una pistola ligera y un arma de ataque activo. Por favor, deposite dichos objetos en el suelo y retroceda cuatro pasos —dijo una voz femenina bastante ronca.

Cormac observó el techo y descubrió una curiosa instalación eléctrica. Era un disco bulboso de medio metro de diámetro y bordes lisos sobre el que centelleaban patrones complejos y pequeñas luces. Por debajo giraba un pequeño cilindro de cromo rodeado de aletas de refrigeración, que estaba unido al techo mediante una gruesa barra de ceramal por la que discurrían unos siniestros y gruesos cables.

—Asumo que la IA del runcible todavía no ha confirmado mi identidad —comentó.

—Deje sus armas en el suelo y retroceda cuatro pasos —repitió el zángano de seguridad.

—Supongo que quiere que las deje en el suelo para poder ponerlas a salvo o, lo que es lo mismo, para poder convertirlas en chatarra, ¿verdad? —dijo Cormac, esbozando una mueca al oír que las persianas de seguridad se cerraban a sus espaldas.

—Esta es la tercera vez que se lo pido. Deje las armas en el suelo y retroceda cuatro pasos —advirtió el zángano.

Apretó un botón de la funda de su shuriken. No le cabía duda de que el zángano lo había visto, pues empezó a emitir un zumbido AC. Se preguntó cuál sería su velocidad de reacción. Sabía que iría primero a por el shuriken, y ese sería su error. Mientras se preparaba, el zumbido AC se interrumpió y los cierres metálicos volvieron a abrirse a sus espaldas.

—Agente Cormac, bienvenido a la estación de policía de Cereb —dijo el zángano, y la puerta recubierta de madera se abrió ante él, mostrándole a la mujer corpulenta y uniformada que se escondía al otro lado—. Ha asumido un riesgo considerable, ¿no cree? —preguntó la mujer. Su voz era similar a la del zángano, pero no idéntica. Cormac la observó con atención. Las capas de absorción de impactos del uniforme y la malla enterrada que ocultaba por completo su físico la hacían parecer gorda. Cormac supuso que era una g-adaptada, debido a los fuertes músculos que sujetaban su cabeza y a la forma de sus manos.

—¿Puedo saber con quién estoy hablando? —preguntó.

—Con el Primer Alguacil Melassan, y usted es el famoso Ian Cormac de STC... ¿o debería decir notorio? ¿No está adquiriendo demasiada notoriedad para desempeñar un trabajo encubierto?

Cormac sonrió para sus adentros y guardó silencio unos instantes.

—Permita que responda primero a su anterior pregunta: estaba asumiendo un riesgo calculado —explicó.

—No, habría quedado aturdido —dijo Melassan.

—Me veo obligado a llevarle la contraria: primero habría lanzado mi... arma de ataque y su zángano se habría centrado en ella, asumiendo que era su mayor amenaza. Después se habría obcecado en destruir algo muy reflectante que se movería a la velocidad del sonido... y entonces, yo me habría deshecho de él con esto —Cormac sacó su pistola ligera y se la tendió.

Ella la cogió y la inspeccionó.

—Es un artefacto de STC. Muy bonito —comentó, devolviéndoselo.

—No, quédeselo. No podré viajar con él en el runcible.

La mujer asintió y guardó el arma en su bolsillo.

—Sigo sin entender la razón —comentó.

Cormac la miró y de repente se dio cuenta de que, aunque le sacara dos cabezas, aquella mujer podría partirlo por la mitad si le pusiera una mano encima. Levantó el brazo y se remangó para mostrar la funda de su shuriken.

—Es un arma de Tenkian. Cuesta una enorme cantidad de dinero, tiene un gran valor sentimental y me ha salvado la vida en diversas ocasiones. Nunca permitiría que lo destruyeran por un error de identificación. Le debo mucho más que eso —explicó.

—¿IA? —preguntó ella.

—Cuestionable. Ha habido discusiones sobre el tema. ¿Qué tipo de test de Turing se puede utilizar con una estrella arrojadiza que no habla?

Ella le miró el brazo mientras lo bajaba y después volvió a centrar la atención en su rostro. Hizo una señal con el pulgar, dio media vuelta y cruzó la puerta. Cormac la siguió hasta una oficina abierta provista de escritorios para tres ocupantes. La mujer se dirigió al que estaba más cerca de la ventana, pero en vez de buscar cobijo tras él, como Cormac esperaba, se sentó encima, se cruzó de brazos y lo miró.

—Bueno, ¿qué podemos hacer por usted, agente Cormac? —preguntó.

Cormac dio la vuelta a una silla giratoria de uno de los otros escritorios y se sentó a horcajadas sobre ella.

—Se trata más bien de qué puedo hacer yo por usted. He venido aquí a registrar mi testimonio con la policía de Cheyne III y poner a su disposición ciertos... expedientes STC cerrados.

—¿Referentes a qué?

—A la célula separatista de Cheyne III que ha sido responsable de prácticamente todos los... incidentes que se han producido durante los últimos cinco años. Si no recuerdo mal, entre dichos incidentes se incluye el bombardeo de la estación de policía de Eriston que tuvo lugar hace dos años. Los separatistas consideran que todos, excepto ellos, colaboran con el Régimen. Y respecto a la policía que implementa la ley del Régimen...

—No es necesario que continúe —dijo Melassan, levantándose y dando la vuelta

al escritorio para ocupar su asiento. Mientras Cormac acercaba su silla, la mujer activó un panel que descansaba a su derecha. Al instante, una sección del escritorio se deslizó para mostrar una placa en la que había una mano humana impresa; por detrás salía un brazo que sostenía algo parecido a unos binoculares. Cormac colocó una mano en la impresión y con la otra acercó los binoculares a sus ojos.

—Escáner de retina, impresión de palma y perfil de ADN confirmados. Testimonio de Ian Cormac, Agente 1X1G de Seguridad de Tierra Central. La IA runcible de Cereb está en línea, el Primer Alguacil Melassan es testigo.

Tras aquel alegato, Melassan asintió a Cormac, que tomó la palabra.

—Este es el testimonio jurado de Ian Cormac, Agente 1X1G de Seguridad de Tierra Central. Antes de este testimonio, y en relación con él, libero los archivos de pruebas STC de Cheyne III Sep. doce a cincuenta y cuatro y todos mis archivos relativos a Angelina Pelter. Sin embargo, creo que sería mejor que empezara por el hermano de Angelina, Arian Pelter...

Pelter vestía el mismo traje gris que los millones de ejecutivos anónimos que viajaban de sistema en sistema con insulsa indiferencia y, como muchos de estos, llevaba el maletín que le había facilitado el banco. Sin embargo, se había atado el cabello en una cola de caballo, de modo que su aumento y su enlace óptico quedaban a la vista. Aunque su aspecto no era más insólito que el de muchas de las personas que había a su alrededor (algunas de las cuales eran realmente extrañas), la gente lo evitaba, se apartaba de su camino y se giraba para mirarlo en cuanto lo dejaban atrás. La idea de acercarse a él les hacía sentirse incómodos.

Pelter se detuvo en el Café Saone, situado en el extremo más alejado de este bulevar que se extendía bajo un cielo ilusorio. Se sentó en un duro taburete, dejó el maletín sobre la barra de cristal y pensó de nuevo en el asesino de su hermana. ¿Por qué la imagen de aquel hombre sosteniendo la pistola ligera delante de su rostro parecía haber quedado grabada en el ojo que le faltaba? El no poder desembarazarse de esta presencia ilusoria hacía que siempre estuviera de mal humor. *¿Dónde estará ahora ese hijo de puta?*, se preguntó. El runcible de Cereb funcionaba de forma continua y cientos de personas lo cruzaban cada día solstan. ¿Se habría ido ya?

—Café —dijo con indiferencia y sin mirar a su alrededor.

Una mano de cromo de tres dedos le sirvió una taza de café y cogió el chelín que dejó caer sobre el cristal. Stanton, que lo había visto llegar y estaba acercándose a él, estuvo a punto de dar media vuelta al ver el aumento y el enlace óptico, pero su peculiar sentido del honor, combinado con la promesa de un millón de chelines de Nueva Carth, lo obligaron a seguir adelante.

—Los ejecutivos no pagan con monedas —comentó, ocupando el taburete que descansaba junto a Pelter—. ¿Qué te has hecho, Arian?

—¿Quién cojones es, John? —preguntó Pelter con voz monótona. No parecía

haber oído la pregunta de su colega.

Tras echar un vistazo a su alrededor, Stanton posó sus ojos en el androide metálico que estaba friendo hamburguesas a tan solo un par de metros de ellos, detrás de la barra.

—Aquí no. He reservado una habitación —respondió.

En menos de un segundo, Pelter se levantó de su taburete y empezó a caminar hacia la puerta. Stanton cogió el maletín que había abandonado y lo siguió con rapidez. El androide apartó de la barra el café intacto, preguntándose si alguna vez lograría entender por qué los humanos iban siempre con tantas prisas.

Cormac apoyó la cabeza en el respaldo y miró a Melassan, que estaba sentada al otro lado del escritorio. Al principio, a la mujer le había resultado difícil disimular su alegría ante las maravillosas pruebas que revelaban los archivos que el agente había abierto para ella y para toda la policía de Cheyne III. Sin embargo, a medida que dichas pruebas se habían ido reforzando con descripciones sobre crímenes y venganzas, «desaparecidos» y sadismos para los que no existía ninguna excusa, su alegría había sido reemplazada por una especie de sombría determinación.

Cormac bebió un sorbo de agua del vaso que ella le había proporcionado.

—Tras fracasar en su intento de exterminar a las nutrias pardas, Sayber, Tenel y Pelter decidieron recurrir a la ayuda de un profesional. Dicha ayuda llegó primero en forma de un mercenario del exterior del Régimen llamado John Stanton. Sé muy poco sobre el pasado de este hombre, solo que parece haber trabajado para diversos grupos separatistas y que nunca ha estado en los alrededores cuando dichos grupos han sido destruidos. Carece de inclinaciones separatistas. Es simplemente tal y como lo he descrito: un mercenario. Su falta de fanatismo lo hace menos peligroso que los tipos como Pelter, a pesar de que está estimulado y es bastante capaz de asesinar. Sin embargo, su profesionalismo lo hace más peligroso en cuanto a que puede orientar a personas como Pelter sobre acciones más efectivas.

—He tenido que pedir un montón de favores, y eso cuesta dinero, Arian, mucho dinero —dijo Stanton, sentándose con fatiga en una silla de director y frotándose el brazo, que no paraba de picarle. Podías esperar ese picor si acudías a un soldador de huesos barato, pero barato no era precisamente la palabra que mejor definía a Sylac. De todos modos, el picor resultaba tolerable y esperaba que no fuera más que eso. Observó a Pelter, que estaba dando vueltas a la habitación, y advirtió que se había recogido el cabello, como si estuviera orgulloso de su mutación facial.

—No me importa lo que cueste, siempre y cuando obtengamos respuestas —espetó el separatista.

—Es una de las estrellas principales: un agente de STC totalmente conectado llamado Ian Cormac. Supongo que podemos decir que eso deja nuestro orgullo intacto.

Pelter se volvió para mirarlo, lo cogió del cuello de la chaqueta y tiró de él con tanta fuerza que sus narices estuvieron a punto de tocarse. Al percibir un ligero hedor a podredumbre, Stanton echó hacia atrás la cabeza.

—¡Orgullo! ¿Crees que es una cuestión de orgullo? ¡Le cortó la cabeza, John! ¡Le cortó la puta cabeza!

Stanton esperó a que lo soltara y volviera a pasearse por la habitación antes de secarse la saliva de la cara. Pelter nunca se había preocupado demasiado por Angelina. En eso sí que parecían hermanos: los dos eran demasiado vanidosos para tener emociones de ese tipo. Se preguntó qué sería lo que lo molestaba tanto.

—¿Te suena ese nombre? —preguntó. Pelter se detuvo y lo miró. Durante unos instantes su expresión estuvo vacía, pero entonces su rostro se iluminó.

—Aster Colora... ¡Mierda! Es el hombre que fue a Aster Colora. ¡El Dragón! ¡Destruyó toda nuestra red! Bueno, esto lo zanja todo: morirá y lo veré morir.

Para hacer hincapié en ese punto, Pelter pegó una patada a una mesita de café antes de dejarse caer en el pequeño sofá que descansaba junto a ella. Entonces se pasó las manos por detrás de la cabeza y entrelazó los dedos.

—Grúa irá conmigo... y alguno de los muchachos. Encontraremos a ese cabrón. Stanton lo miró de reojo.

—Sabes que Grúa es peligroso —le advirtió.

A modo de respuesta, el ojo de su colega se posó en su rostro. Stanton se sintió obligado a continuar.

—No creo que sea demasiado complicado averiguar adónde ha ido ese tipo. El problema será llegar hasta él.

—Continúa —dijo Pelter.

—¿No te has enterado? Lo han dicho en todas las cadenas —dijo Stanton.

—Me estoy impacientando, John.

Stanton se levantó, avanzó hasta la pantalla mural, tocó con habilidad el pequeño panel táctil que había debajo y retrocedió un par de pasos. Un titular centelleó cuando la noticia que buscaba apareció en pantalla.

DESASTRE EN EL RUNCIBLE DE SAMARCANDA

Mientras la crónica se desarrollaba mostrando gráficos y escenarios, Stanton miró a Pelter. Según informaron, nadie sabía aún qué había ocurrido, pero sin duda alguna había sido muy grave. Al ver su expresión de avidez, Stanton supo que a Pelter le encantaría reivindicar este desastre como una acción separatista, aunque él dudaba que eso fuera posible, pues los grupos separatistas carecían del poder necesario para causar algo tan devastador. Lo máximo que solían conseguir era detonar una bomba táctica en una ciudad, pero al instante aparecían los agentes de STC y acababan con ellos, desde el primero hasta el último. Cada vez que empezaban a planear algo similar, Stanton saldaba sus deudas y desaparecía. Mientras finalizaba la crónica, se preguntó si estaría acercándose a una de esas situaciones.

—¿Crees que ha ido allí? —preguntó Pelter.

—Se montó en la primera lanzadera que partía hacia Cereb, de modo que estará de camino. Yo diría que lo han llamado, pues en caso contrario seguiría aquí, intentando limpiar este desastre.

Pelter volvió a dedicarle aquella mirada.

Stanton se apresuró a continuar.

—El runcible más cercano que lleva a Samarcanda se encuentra en Minostra. Cualquier operación de rescate o de limpieza se dirigirá desde allí. No debería costarnos demasiado confirmar su paradero: solo hay que dejar un poco de dinero en el bolsillo correcto.

—Muy bien —dijo Pelter—. Sin embargo, necesitaremos algo más que unas cuantas pistolas de mano y explosivos.

—Cualquier otra cosa será cara y difícil de traer —respondió Stanton.

—No quiero traerlas aquí. ¿Dónde está nuestro proveedor habitual?

—En Huma... y solo es uno de los muchos que hay en ese lugar.

—Perfecto. Allí es adonde iremos. Ponte en contacto con Dusache, Menneken, Corlackis y Svent y diles que se reúnan con nosotros en Huma. Promételes el doble de lo habitual. También reclutaremos al Señor Grúa porque, a no ser que me equivoque, nuestro amigo Ian Cormac va a contar con el apoyo de los Gólems.

Sí, ese momento está llegando, pensó Stanton. Puede que un millón de chelines no fueran suficientes.

—¿Dónde está el Señor Grúa? —preguntó.

—En la residencia. Está escondido allí.

Stanton sacudió la cabeza.

—Es arriesgado. La policía local ya debe de estar allí. Lo sabes. Los agentes de STC se darán cuenta de que estamos buscando agentes infiltrados, como Cormac, y aunque no se molestarán en hacer nada, tampoco les supondrá ninguna ventaja permitir que sigamos adelante, de modo que entregarán todas las pruebas a los locales y dictarán órdenes judiciales para detener a todos los miembros de la célula.

Pelter oprimió el aumento con su mano y pareció confuso durante unos instantes. Cuando dicha confusión se desvaneció, apartó la mano y la cerró en un puño.

—Por eso mismo necesitamos al Señor Grúa: es necesario que hagamos un poco de limpieza antes de marcharnos. Hay tres personas que saben demasiado sobre operaciones extra-planetarias. Si las detienen, toda la misión estará en peligro... y no puedo permitirlo.

Stanton mantuvo la boca cerrada. El hecho de que Pelter deseara ir tras Cormac era un movimiento dudoso en el mejor de los casos. Sí, significaría deshacerse de un enemigo peligroso para la causa separatista, pero sus recursos estarían mejor aprovechados en cualquier otra parte, puesto que su verdadera razón era vengar la muerte de su hermana. Además, Pelter estaba sopesando una acción sanguinaria para la causa separatista, una acción que evitaría que se descubrieran otras acciones, pero

que lo haría impopular, tanto a él como a la causa.

Pelter se levantó.

—Lo haremos ahora. Vayamos en busca del Señor Grúa.

—Lo que tú digas, Arian.

Stanton también se levantó, diciéndose a sí mismo que se centrara en el punto principal de todo este asunto: un millón de chelines de Nueva Carth. En cuanto se efectuara el pago, podría retirarse y dejar que este lunático se autodestruyera.

—¿Por qué ha decidido abandonar el caso justo en este momento? —preguntó Melassan, aporreando su pantalla táctil, antes de sellar el testimonio y enviar copias a Cheyne III.

—Me han llamado para... otro asunto del que STC desea que me ocupe —respondió Cormac.

—¿Se trata de Samarcanda?

—Sí, es un asunto de mayor gravedad.

—Lo que no entiendo —dijo ella, apartando la mirada de la pantalla— es por qué le ordenaron venir hasta aquí. Estoy segura de que una célula como esta no merece su atención. Cormac sonrió y se preguntó si habría advertido ese indicio de sarcasmo unas horas atrás.

—Se trata del *hardware* —respondió—. Durante el año que he pasado con ellos los he visto utilizar pistolas de pulsos tan efectivas como cualquier arma que pueda poseer STC, algunos explosivos de muy buena calidad y, de forma más reciente, una pistola de protones. También he oído rumores sobre un androide, quizá un Gólem, al que han convertido en psicópata y utilizan para los golpes maestros. Me encantaría saber dónde encontraron semejante monstruo y si este realmente existe.

—Si realmente existe —repitió Melassan.

—No podemos ignorar la posibilidad de que sea real. ¿Puede imaginar el daño que podría causar una criatura similar contando con la programación apropiada?

—Dígame usted, que es el experto.

—Asesinatos por todas partes —respondió, ignorando su sarcasmo—. Teniendo un androide de dichas características, cuentan con un arma que pueden llevar en cualquier runcible porque no es reconocida como arma. Un androide así puede superar las principales defensas, incluso aquellas que rodean a las IA más importantes, como la de un runcible o un gobernador planetario y, una vez allí, asumir el control... Imagine que un psicópata controlara la red de defensa planetaria.

—¿Cree que es tan grave?

—Quizá, pero es el tipo de posibilidad que no podemos permitir que se haga realidad.

—Seguramente es mentira, simple propaganda.

—Esperemos que así sea.

Dinero: *Las personas necesitan una forma de moneda que no solo quede registrada en un cerebro de silicio. Durante los primeros siglos del milenio, ciertas empresas humanas como Cybercorp, System Metals y JMCC intentaron eliminar el dinero en efectivo, pero fracasaron. Las economías sumergidas resultantes produjeron una moneda completamente nueva. Dicha moneda fue el nuevo yen que conocemos en la actualidad, aunque ya no puede describirse como «nuevo». Desde su origen contó con diversos competidores, siendo el más importante de ellos el relativamente reciente «chelín de Nueva Carth». Esto demuestra que el dinero seguirá existiendo mientras haya cosas de valor que intercambiar. Si no existiera, llegaría un momento en que alguien escribiría un pagaré... y en realidad así es como empezó todo.*

Extraído de Cómo es eso, por Gordon

La gran mansión de Pelter se alzaba sobre sus propios terrenos en las afueras de la ciudad. Por experiencia, Stanton sabía que eran siempre los ricos quienes se lamentaban de la toma de poder del Régimen, porque este les impedía hacerse aún más ricos a expensas de los demás. La mansión en sí recordaba vagamente a una villa romana, aunque su decoración era algo más barroca. Estaba rodeada de huertas de manzanos que se podaban solos y cuyos frutos eran del tamaño de una cabeza humana. Estas manzanas nunca se recogían y en ciertas épocas del año, sobre todo durante los veranos gemelos que experimentaba Cheyne III, las huertas solían estar infestadas de avispa de la fruta y escarabajos cuchilla. Esta era una de esas ocasiones, pero las hordas que realmente lo preocupaban no se encontraban en la huerta, sino que estaban desplegadas alrededor del edificio y eran de una variedad inconfundiblemente uniformada.

—A estas alturas ya lo habrán encontrado —comentó Stanton, deseando secretamente que fuera cierto.

—Están explorando la casa y, aunque no me cabe duda de que allí descubrirán un montón de cosas interesantes, no hallarán al Señor Grúa —replicó Pelter—. Ni siquiera se han acercado a él, pues los habría oído llegar.

Así que era eso. En ese momento, Stanton comprendió para qué servían el aumento, la unidad de control y el enlace óptico que desfiguraban a Pelter. Genial: un lunático humano conectado a uno artificial. Pelter tenía una conexión personal.

—¿Y no podrías haberte limitado a decirle que se reuniera con nosotros? —preguntó. Su rostro se retorció en lo que podría describirse como una sonrisa.

—¿Entonces lo entiendes, John?

—Digamos que sé qué estás haciendo... Veamos, ¿dónde quieres que

aterricemos? Pelter señaló hacia un punto situado más allá de las huertas.

—Aterrizo en la huerta de Tenel. Entraremos a buscar a Grúa y después, si está por ahí, es posible que vayamos a hacerle una visita.

—Ya deben de haberlo apresado —comentó Stanton.

—No durante mucho tiempo —replicó Pelter—. No durante mucho tiempo.

Moviendo con furia la palanca de mando, Stanton llevó hacia el suelo el último CAG que habían robado y aterrizó, con las luces apagadas, entre las hileras de ciruelos y cerezos que Tenel cultivaba en la propiedad. Antes de salir del vehículo, esperó a que se activara su realce visual. Siguió a Pelter entre las hileras de árboles, sorprendido de que se desenvolviera tan bien en la oscuridad a pesar de tener solo un ojo. Quizá Sylac había efectuado otras alteraciones que él desconocía. De hecho, puede que ni siquiera Pelter supiera qué le había hecho aquel hombre.

Minutos después llegaron a una maltrecha alambrada. Los escarabajos cuchilla hacían rechinar sus afiladas alas entre los manzanos que se alzaban al otro lado. El sonido hizo que el brazo le picara aún más. Al menos, las avispas de la fruta dormían durante la noche.

—Si te ataca uno, asegúrate de no gritar —le advirtió Pelter.

Stanton recordó la última vez que le había golpeado en la cara uno de esos escarabajos. En aquella ocasión también había precisado los servicios de un soldador de células. Se levantó el cuello de la chaqueta todo lo posible y hundió la cabeza en él. Si la ayuda médica estaba lejos, esos insectos podían matarte rozando accidentalmente un ala contra tu vena. De hecho, en algunas zonas las personas tenían que ponerse una especie de armadura para recoger la fruta.

—¿A qué distancia está? —preguntó, pues tenía la impresión de que estaban aproximándose demasiado a la mansión y a las centelleantes luces. Sabía que a los escarabajos los atraía la luz, así que esperaba que los polis estuvieran en apuros.

—No queda mucho —murmuró Pelter.

Unos metros más adelante se alzaba la estatua de un caballero barbudo encasquetado en una armadura que sujetaba horizontalmente un arma ante su estómago.

—Es mi abuelo. Sirvió en la guerra de Prador —explicó.

—¿Aquí? —preguntó Stanton.

—En la Tierra, creo. Abandonó este lugar hace un siglo.

Mientras decía esto, Pelter se volvió hacia la estatua y presionó una mano contra un lado de su cabeza. Era obvio que no estaba acostumbrado a usar aumentos y mecanismos de control internos. Stanton sacudió la cabeza y pensó que podría hablarle de ello... en alguna ocasión.

Entonces se puso en marcha un motor y, con un sonido grave y chirriante la estatua se deslizó hacia un lado, revelando una entrada cuadrada y unos escalones que descendían hacia las profundidades. Pelter le hizo un gesto y Stanton lo siguió escaleras abajo. Estaba muy oscuro, incluso con el realce visual. En cuanto la estatua

regresó a su posición, se iluminó una luz verdosa. Se encontraban en lo que parecía una pequeña bodega, bordeada por tres paredes cubiertas de estantes de botellas de vino y una pared de piedra en la que se abría una puerta blindada.

—Antes no te he explicado por qué no le he dicho que se reuniera con nosotros —dijo Pelter.

—¿Pretendes hacerlo ahora? —preguntó Stanton.

—Sí. —Pelter avanzó hasta una de las paredes repletas de botellas y la observó durante un momento. Al instante, una sección vertical de cuatro botellas de ancho se deslizó hacia un lado, revelando un conjunto de estantes. Cogió dos cajas cuadradas que había en uno de ellos, ignorando las diversas armas y formas de los artefactos explosivos que ocupaban los demás estantes, y las sostuvo en lo alto.

—Teníamos que venir aquí a por nuestras nuevas identidades —explicó.

Tras bajar las cajas al suelo, Pelter asintió con la cabeza hacia la puerta blindada. Inmediatamente se oyeron cuatro fuertes golpes y se soltaron las cerraduras. La puerta se abrió en silencio, aunque hubiera sido más apropiado que chirriara.

—Incluso Grúa tendría problemas con esa puerta —comentó Pelter.

Stanton miró la habitación que descansaba al otro lado, maravillándose de lo cierta que era aquella afirmación.

Lo llamaban Grúa porque era altísimo y lo llamaban Señor porque tenía cierta propensión a desmembrar a la gente, aunque la buena educación no servía de mucho. El Señor Grúa podía matar a una persona si se lo ordenaba el amo de su módulo de control, aunque de vez en cuando mataba por razones inescrutablemente propias. Al verlo, John Stanton sintió el impulso de dar media vuelta y marcharse. El Señor Grúa medía dos metros y medio de altura, por lo que estaba ligeramente ridículo sentado en una silla plegable de tamaño normal. Permanecía completamente inmóvil. Su armazón estaba cubierto por un abrigo que descendía hasta sus remendadas y amadas botas de cordones. Un sombrero de ala ancha y flácida ocultaba sus rasgos. Stanton advirtió que había moho en el ala de aquel sombrero, al igual que en el abrigo. No lo sorprendía, pues aquel lugar era muy húmedo.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí? —susurró.

—Dos años —respondió Pelter, acercando una mano al metal que había a un lado de su cabeza. Ante este gesto, Stanton supo con certeza qué módulo había implantado Sylac en el cráneo de Pelter.

—Fue el que provocó aquel ataque en la isla, ¿verdad? Lo enviaste allí para matar a un hombre... ¿y a cuántos mató al final? —preguntó.

—No fuerces la máquina, John. Eres mucho más prescindible que él. Stanton guardó silencio y se limitó a mirarlos. *De qué estarían hablando*, se preguntó. *¿Qué entrañaría aquella conversación electrónica?*

—Vamos, Grúa. Es hora de levantarse —dijo Pelter en voz alta. El Señor Grúa se

puso en pie con un brusco movimiento y Stanton pudo ver el destello negro de unos ojos que ahora estaban abiertos bajo el ala del sombrero. El androide dio un enorme paso hacia delante, mirando a Pelter. Este retrocedió, apretando con más fuerza la mano contra el lado de su cabeza, con una expresión de intensa concentración en el rostro. Grúa, sin dar ningún otro paso, levantó el brazo y se quitó el sombrero para mostrar una cabeza totalmente calva, un rostro de facciones pequeñas y aquellos ojos completamente negros.

—Así está mejor —dijo Pelter.

Stanton se preguntó por qué la piel artificial de Grúa tenía un aspecto tan artificial. Muchas veces habían hablado de cambiársela, pero nadie deseaba acercarse tanto a él. Stanton, suponiendo que aquella piel servía para impedir que la sangre entrara en sus mecanismos, se mantuvo bien alejado de él mientras abandonaba su prisión. Pelter bajó la mano y se volvió hacia las escaleras. Grúa caminaba a apenas un metro de él, dando delicados pasitos para mantenerse en la misma posición. Stanton recogió las dos cajas y empezó a seguirlos, deseando estar en cualquier otro lugar.

Cormac observó el techo transparente y volvió a posar los ojos en la esfera de contención acristalada. Mientras más tiempo permanecía desconectado, con más fuerza parecía cerrarse una mano invisible sobre su pecho. ¿Acaso había dado un paso en falso? ¿Habría sido mejor permanecer conectado y abandonar STC? Se había estado haciendo estas preguntas desde que abandonó la lanzadera, cada vez con mayor regularidad, y sentía un amargo desprecio hacia sí mismo.

Seguridad de Tierra Central había sido el motor de su vida durante largos años, y siempre había creído en lo que estaba haciendo. Observó las breves colas que esperaban ante las diversas puertas de embarque: eran un ejemplo de lo que había estado defendiendo, pues nunca eran demasiado largas. No había papeles que entregar, pasaportes que mostrar ni largos trámites burocráticos que superar en el control de aduanas. Los ciudadanos del Régimen podían viajar con absoluta libertad de un mundo a otro. La única restricción se centraba en el armamento ilegal, y ni siquiera eso te impedía viajar. Si dicho armamento estaba registrado y desactivado, podías llevarlo contigo. Si no lo registrabas también podías viajar, aunque el arma se convertía en polvo antes de llegar a tu destino, pues el mecanismo de autoproscripción que llevaban integrado los runcibles la desintegraba. Para recorrer distancias antaño inconcebibles, lo único que tenías que hacer era reservar plaza, pagar una tarifa, registrar tu identidad con la IA del runcible cuando llegabas a la esfera y cruzarla. Así de sencillo. Las personas que había en este lugar, con sus estúpidas alteraciones cosméticas y sus aumentos cerebrales, no tenían ni idea, ni la más remota idea.

Cormac se miró las manos, las abrió y flexionó los dedos. Bien, todo iba a salir

bien.

Voy a conservar la calma.

Decidió seguir caminando antes de que la gente empezara a preguntarse por qué estaba en medio de la sala de embarque observando la esfera. Ahora, lo único que necesitaba era que algún buen samaritano se acercara a él y le dijera que no debía tener miedo. Sonrió para sus adentros y, antes de llegar a la hilera de puertas, se volvió hacia uno de los grandes pilares ornamentales de piedra sintética que soportaban el techo de cristal de cadena. Se detuvo ante una de las cuatro consolas que rodeaban la base del pilar, presionó la mano contra el lector y pestañeó ante el breve centelleo rojo del lector que escaneó su retina.

—Identidad confirmada, Ian Cormac —dijo una voz andrógina.

—Deseo un pasaje para Minostra lo antes posible. —Giró la cabeza levemente al advertir que todos los sonidos de su alrededor se habían interrumpido. La IA había activado un campo de privacidad que él no había solicitado. Entonces le habló desde la consola una voz completamente distinta pero muy familiar.

—¿Lo quieres en clase ejecutiva o en segunda? —le preguntó la IA del runcible de Cheyne III.

Cormac frunció el ceño, pero sintió una ligera alegría. Quizá esta privacidad, esta deferencia, sería lo más parecido a estar conectado que experimentaría en su vida.

—Creo que es lamentable que a una IA de runcible, una inteligencia que cada día es responsable de la vida de miles de personas, le guste gastar bromas —gruñó.

—Entonces hablemos de algo serio. Arian Pelter ha desaparecido, pero antes retiró los fondos separatistas y su fortuna personal en efectivo. Se le ha visto visitando a Sylac, a quien estoy seguro que conoces. Hay otros acontecimientos que podrían estar relacionados. Un catamarán accionado por turbinas chocó contra los viejos muelles de embarque provocando graves daños. Solo te menciono esto porque corre el rumor de que lo pilotaba una mujer decapitada.

—Eso podría tener cierta relevancia —comentó Cormac, sintiendo una emoción que no deseaba identificar—. A Pelter siempre le han gustado las acciones melodramáticas. Es una especie de combinación entre un funeral vikingo y un ataque separatista contra la industria a la que favorece el Régimen... ¿Eso es todo?

—No tengo más información que transmitirte en este momento.

—¿Me transmitirás más en el futuro?

—Si así me lo ordenan, sí.

—¿Quién te lo ha ordenado en esta ocasión?

—Horace Blegg... Ahora deberías ir a la Puerta C; tu salida está programada para dentro de diez minutos.

—Gracias. —Buena suerte, Ian Cormac.

Cormac estaba a punto de preguntarle si iba a necesitarla cuando el campo de privacidad se desconectó. Dio media vuelta y se dirigió hacia la Puerta C. Mientras caminaba, se remangó la camisa e introdujo la secuencia de desactivación en la funda

de su shuriken, sabiendo que podría reactivarlo unos minutos después de abandonar la esfera de contención de Minostra. La razón principal de la prohibición era evitar que una persona accediera al interior de la esfera transportando un arma activa. Todas las armas que aparecían en la lista podían causar daños al runcible y provocar algo similar a lo que había ocurrido en Samarcanda.

El Primer Alguacil Abram habló con voz calmada por su micrófono mientras observaba la casa a través de sus viejos prismáticos favoritos. Era pequeña según los estándares de la zona, una de aquellas réplicas de chalet de la Tundra que habían estado tan de moda durante el siglo anterior. Un tejado de tejas rojas sobre una construcción de madera sintética pintada de un curioso tono azul, que a la luz de Cereb parecía plateado. En el porche descansaba una mecedora. Este lugar no parecía la residencia de un importante criminal, pero sabía que las apariencias podían ser engañosas. Bajó la mirada y dejó escapar un suspiro. Habría preferido inundar la zona de reflectores, pero los escarabajos cuchilla que rechinaban en los árboles que había a sus espaldas se habrían sentido atraídos hacia la luz. Tras el desastre de la residencia de Pelter, cuatro de sus hombres habían necesitado que les soldaran las células. Los agentes que lo acompañaban llevaban aumentos de intensificación, de modo que no necesitaban demasiada luz para trabajar. De todos modos, era consciente de que las cosas siempre podían salir mal.

—Lo preguntaré de nuevo porque me interesa mucho saberlo. ¿Habéis ocupado todos vuestras posiciones?

El implacable sarcasmo de Abram era de sobra conocido. A muchos de sus agentes les resultaba más aterrador ser llamados ante su presencia que tener que enfrentarse a otros oficiales más explosivos. Él lo sabía, pero era incapaz de evitarlo... incluso había llegado a preguntarse si se trataba de una enfermedad. Asintió para sus adentros cuando recibió por radio cuatro respuestas afirmativas.

—Ahora os sugiero fehacientemente que cuando diga la palabra «Adelante»... y, por cierto, ahora no lo estoy haciendo; aún tardaré un poco... rompáis algunas puertas y arrestéis a Alan Tenel por los diversos crímenes que ha cometido. Veamos... ¿Adelante?

Adam levantó de nuevo sus prismáticos y acercó la imagen. Aquellos que se habían atrevido a enfrentarse a su sarcasmo y le habían preguntado por qué utilizaba un instrumento tan antiguo habían recibido siempre la misma respuesta:

—Los intensificadores de imágenes son el producto de una tecnología carente de personalidad. Solo los utilizaré cuando sea necesario.

Puede que solo fuera verdad a medias. Probablemente, la razón tenía más que ver con el hecho de establecer una especie de individualismo, un entretenimiento común entre la inmensa diversidad de la humanidad.

Vio que dos de sus agentes se aproximaban al porche y desde la parte posterior de

la casa le llegó el sonido de cristales rotos. Un centelleo ensombreció momentáneamente las lentes de los prismáticos. Cuando la oscuridad se desvaneció, los agentes habían desaparecido de su vista, pero aún podía oírlos.

—Alan Tenel, levántese y aléjese de la cama. Mantenga las manos delante de usted.

—¿Qué...? ¿Quién diablos se cree que es?

—No se lo diré dos veces.

—Esto es una propiedad privada. ¡Cómo se atreve!

—Tenel, está arrestado por pertenecer a un grupo separatista. Puede venir hasta aquí completamente vestido o puedo traerlo arrastrándolo por los tobillos e iluminándolo con los focos. Ahí fuera hay montones de escarabajos cuchilla... Así está mejor.

—Una lectura de sus derechos excelente, Pearson. Intentaré recordar este enfoque la próxima vez que instruya a nuevos reclutas —comentó Abram.

Durante unos instantes, por la radio solo se oyeron movimientos.

—Lo siento, señor, pero parecía poco dispuesto a cooperar.

Abram abandonó la huerta mientras sus agentes sacaban a Tenel de la casa. Pearson, que como muchos de los reclutas de mayor edad estaba g-adaptado, había cerrado una mano sobre la parte superior del brazo del prisionero.

Tenel era un hombre anciano y pequeño que no parecía capaz de causar ningún problema. Pearson y Alex podrían partirlo por la mitad tirando cada uno de un brazo; Jack y Solen, que caminaban detrás, le sacaban una cabeza y media de altura. Abram se preguntó durante un instante si la información que les habían proporcionado estaba equivocada, pero descartó aquella idea. STC no cometía errores de ese tipo. Mientras Tenel se acercaba, Abram empezó a percibir cierta confianza.

—¿Doy por sentado que sabe por qué ha sido arrestado? —preguntó.

—Ha cometido un error, Primer Oficial... uno por el que pagará muy caro —respondió Tenel.

Abram se preguntó qué significaban aquellas palabras. ¿Era la fanfarronería habitual de los hombres que tenían más dinero en sus cuentas corrientes que el resto de la población, o algo más siniestro?

—Yo nunca pago caros mis errores —espetó Abram—. Soy policía.

—No se reirá cuando...

Tenel miró más allá de Abram, hacia la derecha. De repente, sus ojos se abrieron de par en par y su boca se abrió. Intentó liberarse del agarre de los dos agentes... y volvió a intentarlo con más fuerza.

—Tienen que sacarme de aquí —los apremió.

Abram lo miró fijamente.

—¡Tienen que sacarme de aquí!

Tenel forcejeó con todas sus fuerzas y apareció saliva en su barbilla. Abram miró a su alrededor y vio, al fondo de la huerta, a un hombre muy alto de aspecto extraño.

—Dejadlo en el suelo —ordenó Abram—. Pearson, Jack, venid conmigo.

En cuanto Pearson le soltó el brazo, Alex lo derribó y lo obligó a permanecer tumbado, mirando al suelo. Solen se agachó, sin dejar de apuntarle con la achaparrada carabina láser que sostenía en sus manos. Abram empezó a caminar hacia aquel hombre extraño, seguido por Pearson y Jack. Oyó los sonidos metálicos que hacían sus compañeros mientras preparaban y cargaban las carabinas. Probablemente, aquel tipo solo era un jardinero al que habían contratado por su altura, pues podía podar los árboles con más facilidad que la mayoría de la gente.

—¡No! ¡Déjenme marchar! —gritó Tenel. De pronto, sus gritos quedaron amortiguados, sin duda alguna porque Alex había hundido su rostro en la tierra. Abram sonrió para sus adentros: a Alex no le importaba ser un poco bruto cuando era necesario. Ató los prismáticos a su cinturón y apoyó la mano en la culata de su pistola de pulsos. El hombre alto se adelantó unos pasos y después se detuvo. Durante un momento, Abram se sintió nervioso, pero entonces se dijo a sí mismo que no fuera ridículo, que estaba acompañado por dos de los agentes más duros del cuerpo de policía.

—¿Quién es usted? —preguntó, cuando estuvieron más cerca.

El hombre empezó a avanzar hacia ellos. Sus desgarrados pasos devoraban el terreno que los separaba.

—Le sugiero que se detenga ahí mismo.

El hombre siguió caminando.

—¡He dicho que se detenga! ¡Deténgase! ¡Oh, mierda!

Abram disparó, pensando en lo estúpido que era aquel tipo. Se oyó un ruido sordo y salió una vaharada de humo mientras las brasas se deslizaban por su abrigo, pero el hombre siguió caminando. Abram disparó dos veces más, pero no logró detener sus pasos. Ahora su abrigo estaba envuelto en llamas. Con un movimiento sostenido, las apagó de un manotazo y siguió caminando, dejando una estela de humo a su paso.

Jack y Pearson abrieron fuego con sus carabinas láser. Destellos rojos cruzaron la noche, pero el extraño pronto estuvo sobre ellos. Abram sintió que una especie de martinete le golpeaba en el pecho y lo siguiente que supo fue que estaba tendido sobre su espalda, en el suelo, intentando coger aire. Pearson sujetaba su carabina contra el rostro del hombre, con el dedo en el gatillo. El humo ascendía hacia la noche y láminas de piel chamuscada caían de los hombros de aquel tipo. De repente, un brazo largo salió disparado y la carabina se rompió en pedazos. Entonces, Pearson se dio cuenta de que lo había levantado del suelo, sujetándolo de los bíceps, y que estaba pegando patadas al aire. Jack apareció corriendo por un lado y le propinó una patada que habría abollado una placa de acero, pero Abram pudo oír el chasquido de su pierna y vio que había quedado inmovilizada en aquella acción, pues el hombre la tenía sujeta por el tobillo. De repente lo soltó, pero antes de que pudiera caer al suelo aquella misma mano lo agarró del cuello. Entonces estrelló a Jack contra Pearson con una fuerza enfermiza y los desechó como si fueran un par de envoltorios de comida.

Cuando Abram percibió un olor a plástico quemado supo a qué se estaban enfrentando. El aire con el que llenó sus pulmones burbujeaba y cuando intentó hablar por el micrófono las costillas rotas rechinaron en su pecho. Levantó la mirada cuando su adversario se alzó amenazador sobre él. El sombrero y el rostro estaban calcinados y revelaban un armazón inferior que parecía de bronce. El material que cubría la mano también había ardidido y mostraba el mismo metal. No era ningún hombre, y eso solo significaba una cosa. Abram suponía que aquel rostro y aquellas manos serían lo último que vería, pero el rostro se volvió cuando varios disparos hicieron arder en llamas su ropa. El atacante avanzó.

—Es un androide... escapad... dejad que... coja a Tenel.

Hablar era un esfuerzo tremendo. Abram escupió sangre mientras se giraba con gran dolor para ver a los dos agentes que quedaban y a Tenel, que yacía en el suelo.

—Corred... joder... corred.

Pero no fueron ellos quienes corrieron, sino el androide, con una aceleración inhumana. Primero se deshizo de Solen, levantándolo y arrojándolo por los aires. Solen cruzó uno de los pilares de madera que sujetaban el porche y se estrelló contra la casa. Permaneció unos instantes pendido entre los tablones astillados, antes de caer al suelo con un golpe sordo. Alex intentó escapar, pero solo logró dar un paso antes de que una mano de latón entrara por su espalda y saliera por su pecho. Permaneció allí apuntalado y se retorció durante unos segundos antes de morir. Entonces, el androide bajó el brazo y el cadáver de Alex se deslizó hacia el suelo.

Abram intentó mover la mano para cambiar la frecuencia de su radio y pedir refuerzos, pero el control descansaba sobre su hombro y no podía levantar tanto el brazo. Con ojos borrosos vio que el androide se detenía ante Tenel. El hombrecito estaba arrodillado y parecía suplicar, pero la escena no duró demasiado: la criatura lo cogió de la espalda, tiró de él con fuerza y lo hizo girar por los aires, todo en un mismo movimiento. A continuación lo sujetó del tobillo con una mano y lo mantuvo inmóvil mientras lo abría en canal con la otra. Abram deseaba poder apagar su audífono, pues los gritos ahora le llegaban desde cuatro micrófonos distintos. Cerró los ojos y se mantuvo completamente inmóvil mientras el androide se deshacía de lo que quedaba de Tenel y avanzaba en su dirección. Oyó que las fuertes pisadas se detenían junto a él. Un androide... ¿Acaso tenía alguna oportunidad? Oiría el latido de su corazón. Abrió lentamente los ojos y vio su rostro de bronce.

—Adelante —le dijo.

El androide se acuclilló junto a él y apoyó los codos en sus rodillas. Sus inmensas manos de latón chorreaban sangre. Movié la cabeza hacia un lado, como haría un pájaro, y lo miró. Entonces extendió una de aquellas manos y arrancó los prismáticos de su cinturón. ¿Qué pretendía? ¿A qué diablos estaba jugando? ¿Cómo era posible que alguien hubiera fabricado un androide sádico? Mientras Abram lo miraba desconcertado, el androide se levantó, guardó los prismáticos en el bolsillo de su abrigo, cerró lentamente un párpado metálico sobre uno de sus ojos negros y se alejó.

Abram estaba seguro de que le había guiñado el ojo, pero nunca se lo dijo a nadie.

En el siglo XXI, la «cultura desechable» que prevalecía en la Tierra amenazaba con provocar una catástrofe ecológica. Los basureros se llenaban rápidamente de pañales desechables y propaganda plastificada. Las centrales eléctricas que quemaban estos residuos plásticos, además de los neumáticos de caucho vulcanizado de la época, lograban aliviar en cierta medida el problema, pero no se encontró una verdadera solución hasta que todas las industrias implicadas se vieron obligadas a utilizar materiales biodegradables. Incluso entonces el problema continuó, puesto que las centrales eléctricas tuvieron que cerrar debido a su contribución al calentamiento global. Más adelante, en aquel mismo siglo, el problema pareció volver a quedar solventado mediante el uso de una bacteria que había sido modificada genéticamente para comer plástico. Por desgracia, esta solución provocó su propio desastre, cuando dicha bacteria procedió a devorar otras formas de plástico y caucho, e incluso desarrolló cierto gusto por los combustibles fósiles. La guerra y el caos resultantes de esta crisis forman parte de nuestra historia común, así que, por favor, cuando termines de beber ese café que se autocalienta, recuerda que aunque haya sido fabricado con plástico autodesechable, la taza no quedará demasiado bien tirada en la acera. Debes deshacerte de ella de una forma considerada y racional.

Extraído de la Compañía del Café

Aquel era el lugar acordado, pero Stanton no veía ni rastro de ellos entre las blancas arenas. Debían de estar en la extensión de papiro que se adentraba en el mar como una lengua. Redujo la velocidad e hizo que el CAG volara en círculo sobre ella. No había indicios de actividad. Se había prometido a sí mismo que huiría ante el menor indicio de presencia policial, pues las cosas se estaban poniendo demasiado sangrientas. El CAG descendió hasta quedar a escasos metros de la arena, después viró hacia el campo de papiro y entonces aterrizó, aplastando los gruesos tallos bajo su peso. Antes de abandonar el vehículo, Stanton recogió el paquete que había dejado en el asiento del pasajero. Una locura, todo esto era una locura. Se abrió paso entre el papiro hasta la arena blanca que descansaba más allá, observando sus alrededores.

—Por aquí.

Pelter apareció entre los brotes de papiro que crecían cerca de la playa, esperó hasta que estuvo seguro de que lo había visto y volvió a retroceder. Stanton lo siguió por un constreñido sendero hasta una pequeña zona despejada donde las plantas habían sido arrancadas y apiladas ordenadamente a un lado. Probablemente era obra del Señor Grúa, pues se le daba bien arrancar cosas.

—¿Y bien? —dijo Pelter.

Sujetando aún el paquete, Stanton miró al Señor Grúa, que estaba acucillado de espaldas al muro de papiro. El androide examinaba una serie de objetos que yacían en el suelo ante él: un fragmento de cristal verde que podría ser una esmeralda aunque era más probable que fuera berilio, una navaja de cristal de cadena, una vieja unidad de información en forma de huevo, un perrito de juguete de caucho y un par de prismáticos antiguos. Stanton se preguntó si la locura de aquel monstruo tendría nombre.

—Están registrando a todos los pasajeros que acceden a las lanzaderas, así que no tendremos demasiadas posibilidades de encontrar ahí a nuestro amigo. Sin embargo, me han dicho que la instalación del runcible está atestada de gente —dijo.

—Sabíamos que ocurriría —dijo Pelter—. Mi paciencia no es infinita, John. Stanton prefirió no comentarle que, en realidad, su paciencia era prácticamente inexistente.

—Nos ha costado cinco mil chelines, pero tengo la confirmación. Cormac fue a Minostra, donde montó a bordo de una nave espacial de clase delta llamada *Soberbia*. Dicha nave viajó hasta Samarcanda. Mi contacto tiene información de que la nave instalará un runcible de fase uno en ese lugar, pero no ha podido confirmarlo.

—¿Y el otro asunto? —preguntó Pelter.

—Un cuarto de millón los tres. Debemos estar en el puerto espacial a primera hora de la mañana, y tenemos que llegar por nuestros propios medios. Jarvellis dice que será entonces o nunca, pues partirá con la primera luz del amanecer. Al parecer, las normas de seguridad se están implementando con bastante severidad: no solo nos está buscando la policía, sino que además están siguiendo al pie de la letra el informe de Cormac sobre armas prohibidas. Los monitores STC que hay allí le han estado preguntando por qué una nave de carga que solo opera por el interior del sistema necesita motores de infraespacio.

—¿Eso es todo?

—No —respondió Stanton—. Cuando lleguemos al *Lyric*, las puertas de la bodega estarán abiertas. Jarvellis nos proporcionará provisiones para el viaje y dos módulos fríos para el vuelo interestelar. Me ha dicho que no desea mantener ningún contacto con nosotros.

Pelter se frotó el enlace óptico y Stanton advirtió que el Señor Grúa levantaba la cabeza.

—A pesar de la enorme cantidad de dinero que ha ganado con nosotros durante todos estos años, ¿esa zorra no va a permitir que accedamos a los camarotes de la tripulación? —preguntó Pelter, empezando a hablar con un susurro y terminando a gritos.

Stanton señaló hacia el androide.

—Sabe que él está aquí. Fue ella quien lo trajo.

—¿Se lo dijiste tú? —preguntó Pelter.

Stanton sintió que el sudor empapaba su frente. El Señor Grúa empezó a recoger sus juguetes.

—Tenía que hacerlo, Arian —respondió—. Si hubiésemos aparecido con él sin decirle nada, se habría negado a abrirnos las puertas de la nave. No podíamos arriesgarnos a que eso ocurriera.

Pelter bajó la mano y se agachó. El Señor Grúa permaneció inmóvil.

—De acuerdo —dijo—. Iremos al puerto espacial durante la noche y entraremos en la nave. No creo que sea demasiado complicado. Ahora... John... dale al Señor Grúa su regalo.

Stanton se acercó al androide, dejó caer el paquete en el suelo junto a él y retrocedió. Grúa alargó una mano de bronce, rompió el envoltorio de papel de fabricación local yladeó la cabeza para ver su contenido. Al instante se levantó y se quitó su viejo y chamuscado abrigo. Stanton advirtió que apenas quedaba piel sintética alrededor de su cuerpo de bronce y que esta había desaparecido por completo en los brazos, en el rostro y en la cabeza. El androide dejó con cuidado el abrigo viejo en el suelo y se puso el nuevo. Tras abotonárselo metódicamente, cogió el sombrero de ala ancha que descansaba en el fondo del paquete, un poco aplastado, lo enderezó y se lo puso con sumo cuidado en la cabeza. A continuación, sacó los juguetes que guardaba en el bolsillo de su viejo abrigo y los dejó en los bolsillos del nuevo. Tras una pausa, se acuclilló de nuevo y volvió a sacarlos de los bolsillos, de uno en uno.

—El Señor Grúa te está muy agradecido —dijo Pelter.

—Me alegra saberlo —replicó Stanton.

Una nave blanca que parecía un hueso gigante de sepia se elevó hacia el cielo nocturno en un silencio espectral. Cuando estuvo a medio kilómetro de altura, la luz verde de su unidad de iones centelleó y el vehículo se alejó a toda velocidad. Tras observarla durante unos instantes, Stanton volvió a centrar su atención en la verja. Había más actividad de la habitual, pero ya lo esperaba.

Alrededor del puerto espacial se había desplegado un fuerte cordón de seguridad, pero no le cabía duda de que las medidas que se habían tomado alrededor de la instalación runcible eran mucho más severas. Una submente de la IA del runcible controlaba la alambrada que rodeaba el puerto espacial y las dos entradas, pero las naves de carga podían ser muy grandes, estar selladas o contener artículos que no podían ser escaneados, y la ley del Régimen impedía desempaquetarlos, así que siempre podían pasarse cosas de contrabando. Además, el Régimen había eliminado las fronteras, de modo que sus ciudadanos podían moverse libremente de un lugar a otro. Como STC estaba buscándolos a Pelter, al Señor Grúa y a él, Stanton suponía que ahora sí que habría restricciones, aunque se preguntó si las autoridades creían que los tres llegarán juntitos y a pie.

Las armas prohibidas eran los únicos artículos no permitidos. Stanton consideraba que, debido a las libertades que ofrecía el Régimen, este había cometido un error en lo que respectaba a la rebelión y a la detención de criminales, pues el tipo de operación especial que habían puesto en práctica estaba llena de defectos. Tras examinar el cerco de seguridad una vez más, bajó su intensificador y se volvió hacia Pelter.

—Hay policías locales en ambas entradas y un par de Monitores de STC. —Eché un vistazo al reluciente rostro de su reloj—. Disponemos aproximadamente de una hora.

Pelter asintió y dirigió los ojos hacia su CAG. Stanton siguió su mirada. Los dos hombres que había en el interior estaban completamente inmóviles. Verlos allí sentados, vestidos con la ropa de Pelter y Stanton, tenía algo de aterrador. Los dos Monitores de STC se habían excedido bebiendo en el bar de la arcología y no habían sido capaces de reaccionar cuando el Señor Grúa había aparecido ante ellos. De todos modos, reaccionar no les habría hecho ningún bien. El Señor Grúa había golpeado sus cabezas entre sí y los había llevado a rastras hasta el vehículo. Stanton se arregló el cuello del uniforme, deseando que Grúa no hubiera golpeado las cabezas con tanta fuerza, puesto que la sangre se estaba secando y el material endurecido le arañaba la piel.

—Será mejor que intentes conectarte —comentó, al ver que Pelter parecía poco dispuesto a moverse. Pelter miró al Señor Grúa y de nuevo al CAG.

—¿Hay algún problema? —preguntó Stanton.

—El Señor Grúa estará fuera de la frecuencia de mando durante el trayecto, pero está muy contento con su abrigo nuevo —replicó Pelter.

Stanton se preguntó si realmente deseaba seguir adelante, pues esas palabras significaban que el androide estaría «fuera de su control». ¿Estaba asumiendo un riesgo calculado o todo esto no era más que un suicidio?

—Podríamos agujerear la alambrada —sugirió. Cuando Pelter lo miró, la indecisión se había borrado de su rostro.

—Seguiremos con el plan original. Con él tendremos más posibilidades de éxito.

Se volvió hacia el Señor Grúa, que estaba sentado en la parte posterior del vehículo de los agentes de STC; al instante, el androide se quitó el sombrero y se agazapó en el suelo. Pelter se llevó una mano a un lado de la cabeza y dejó escapar un lento suspiro, intentando concentrarse. Mientras tanto, Stanton avanzó hasta su CAG, abrió la puerta y fue recibido por un brazo inerte. Tras apoyarlo sobre el regazo del difunto, cogió un microchip del bolsillo de su chaqueta y lo acercó a la ranura del ordenador de a bordo. Miró a Pelter. Este se volvió hacia él poco después.

—Ahora —ordenó.

Stanton introdujo la tarjeta en la ranura y tecleó el código que la célula separatista había comprado hacía casi un año.

—Control de la ciudad... control de la ciudad... control de la ciudad —barbotó el

ordenador.

—Lo tengo —la voz de Pelter reverberó en el ordenador.

Stanton se giró y acercó la mano al hombro del cadáver, donde estaba la llave de la botella de oxígeno. La giró, retrocedió unos pasos y cerró de un portazo la puerta del vehículo. Miró a Pelter levantando el pulgar. La AG se activó y el vehículo empezó a ganar altura. Entonces giró trescientos sesenta grados sobre la cabeza de Stanton, se ladeó hacia ambos lados y permaneció estable en su posición.

—Adelante —dijo Pelter, con el rostro arrugado por la concentración y esbozando una sonrisa de maniaco.

Stanton se volvió hacia el vehículo de los Monitores, se encaramó al asiento del pasajero y vaciló. No le gustaba que el Señor Grúa se hubiera vuelto a sentar y estuviera mirando a su alrededor con interés. Cuando por fin entró en el vehículo, sintió que la piel de su espalda se erizaba.

—¿Puedes ocuparte de las armas? —preguntó Pelter.

Stanton aporreó los controles de la columna de dirección e hizo que bajara del techo una máscara de selección de objetivos. Mientras hacía esto, dos brillantes cañones asomaron sobre el capó del coche y, gimiendo, empezaron a girar de un lado a otro.

—Ocúpate de pilotar; yo me encargaré de disparar.

Pelter le dedicó una mirada vacía y volvió a centrar su atención en el CAG en el que se encontraban los cadáveres. Este ganó altura y se alejó a toda velocidad del puerto espacial. Stanton despegó y pronto estuvo tras él. Poco después apareció la arcología y los elevados edificios que se alzaban detrás.

—Hagamos que nos presten un poco de atención —dijo Stanton, activando manualmente la radio del ordenador de a bordo.

—¡Lo tenemos! ¡Lo tenemos! ¡Es Arian Pelter! ¡Estamos persiguiendo a Arian Pelter! —Tras decir esto, desconectó la radio—: Ahora unos fuegos artificiales.

Briznas de vapor salieron de los cañones mientras estos se calentaban. Entonces, una luz láser prendió fuego a la niebla de la madrugada. Pelter hizo que el CAG al que supuestamente estaban dando caza virara y regresa zumbando hacia el puerto espacial.

—Creo que debemos repetirlo unas veces más —dijo Pelter, con voz tensa.

Nuevas luces láser iluminaron la noche. Los ciudadanos de Gordonstone disfrutaron del inesperado placer de ver el CAG de un Monitor de STC disparando al CAG de un ciudadano, fallando una y otra vez. Muchos de ellos animaron al fugitivo mientras este se deslizaba a toda velocidad entre los edificios de la ciudad y sobre los tejados de las arcologías. No tardaron en aparecer nuevos vehículos de STC y de la policía local que, uniéndose a la cacería, se dirigieron a toda velocidad hacia el puerto espacial. Pronto fue imposible distinguir cuál de todos ellos era el que había iniciado la persecución...

—Solo disparos de advertencia —dijo Stanton, ocupando de nuevo el tablero de

control y permitiendo que las demás naves se adelantaran—. ¿Para qué molestarse en derribar a alguien que sabes que tiene que aterrizar y que sin duda alguna será apresado?

Pelter no respondió. Al mirarlo, Stanton advirtió que aquel fluido volvía a escapar de su enlace óptico y se mezclaba con el sudor de su rostro.

—Estamos llegando al puerto espacial. Ha llegado el momento de dar el toque final, Arian.

El CAG en el que supuestamente viajaban los fugitivos Arian Pelter y John Stanton intentó aterrizar a gran velocidad, pero rozó la parte superior de la alambrada y, al girar bruscamente a un lado, se quedó enganchado a la pinza de sujeción de una antigua nave cometaria de exploración subterránea. Se estrelló contra el plastigón que había bajo una embarcación de recreo que era una réplica del *Apolo*, dio una vuelta de campana, golpeó la base del *Apolo* y explotó. Los agentes asumieron que los criminales llevaban encima explosivos, puesto que en la composición de un CAG no había nada que pudiera explotar. Instantes después, todas las naves que lo estaban dando caza aterrizaron en el puerto espacial.

Stanton aterrizó a cierta distancia de las llamas y de las luces centelleantes. Cuando Pelter se giró para mirar al Señor Grúa, todos sus movimientos pajariles cesaron. El androide inclinó la cabeza hacia un lado y, dócilmente, salió de la nave. Al verlo de pie, sujetando el maletín de Pelter, Stanton pensó que parecía el dibujo animado de un hombre de negocios, aunque era consciente de que no había nada en él que pudiera hacer reír a un niño.

—Está justo al otro lado —dijo Stanton, siguiendo a Pelter hacia el exterior. Al oír risas a sus espaldas, añadió—: Para cuando descubran que están celebrando el funeral equivocado, ya habremos recorrido la mitad del sistema.

Los tres siguieron avanzando entre las naves y las sombras megalíticas que proyectaba el sol naciente sobre el horizonte. Pronto pudieron ver el cerco. Stanton señaló un vehículo formado por tres esferas unidas mediante tubos que medían una tercera parte de su diámetro; el triángulo que formaba dicha construcción medía cien metros de lado e incorporaba una unidad circular. El *Lyric* era una de las naves más pequeñas que había en el puerto espacial. Stanton los guió hasta una de aquellas esferas de treinta metros, donde había una rampa que conducía hasta una puerta abierta en forma de iris tras la cual brillaba una áspera luz. Antes de llegar, Pelter le puso una mano en el hombro para que se detuviera y con la otra hizo un brusco ademán. Al instante, el Señor Grúa se adelantó y aporreó con sus pesadas botas la rampa metálica. Entonces, el líder separatista presionó la mano contra su enlace óptico, haciendo que Stanton se preguntara cuándo se acostumbraría a su nueva situación y dejaría de hacer aquello.

—Muy bien —dijo momentos después. Al instante, ambos hombres siguieron al androide.

La bodega era un disco tallado en la esfera y sus paredes eran el aislamiento de la

nave. Por todo su alrededor había paneles de iluminación circulares dispuestos de forma uniforme. A un lado se apiñaban fardos y paquetes y, justo en el centro, había diversos criomódulos cilíndricos anclados a una estructura abierta. Dicha estructura discurría desde el techo hasta el suelo y ocupaba la mayor parte del espacio disponible. De cada uno de los módulos salían madejas de cable óptico y tubos estriados que se unían a las diversas clavijas dispuestas en el suelo. Al final de la estructura había dos módulos independientes atornillados al suelo que también estaban conectados a los sistemas de la nave. En cada módulo aparecían las palabras «Productos Alimentarios Oceana» y un número.

Pelter respiró hondo, pero Stanton prefirió no mirarlo.

—Jodidos bichos —murmuró Pelter.

Stanton no quiso corregirlo. Seguramente, era mejor que no supiera que el cargamento de la nave estaba formado principalmente por moluscos comestibles en criostasis.

—Servirán. Han sido adaptados —fue lo único que dijo.

En cuanto todos estuvieron en el interior de la bodega, la rampa se replegó tras ellos. Pelter se giró para mirarla, pero Stanton mantuvo los ojos fijos en Grúa, que avanzaba hacia ellos tras haber echado un vistazo a la estructura de la bodega. Cuando el androide se detuvo y se acuclilló, Stanton se giró para ver cómo se cerraba la puerta en forma de iris ante la luz del amanecer. Cuando el último punto de luz se hubo extinguido, un intercomunicador chasqueó.

—Disponéis de sacos de dormir, comida, agua y un lavabo —dijo una voz de mujer—. No podéis ver el lavabo... lo he conectado a la cañería que hay al otro lado del lugar en el que os encontráis. Os sugiero que utilicéis los dos criomódulos lo antes posible, puesto que las provisiones son limitadas. Respecto al tema del pago...

Pelter señaló el maletín que sostenía Grúa.

—Lo tengo aquí, Jarvellis. Déjame pasar y completaremos la transacción —dijo.

—Arian Pelter, si crees que voy a abrir la puerta del mamparo estando esa criatura a bordo, eres más estúpido de lo que creía —respondió la mujer—. Para este tipo de eventualidades dispongo de una escotilla. Se encuentra en la puerta del mamparo, a tu izquierda.

La frustración y la cólera se dibujaron en el rostro de Pelter, pero desaparecieron al instante. El separatista miró al androide y este se levantó. Justo en ese momento hubo una sacudida y Stanton sintió que su estómago se revolvía.

Estaban en el aire. Lo habían conseguido. Grúa se acercó a Pelter, ladeando la cabeza como si tuviera algún problema en el oído interno, y le tendió el maletín.

—Todavía no, Pelter —dijo Jarvellis.

—¿Por qué no? ¿Acaso no quieres tu dinero? El movimiento de la nave al acelerar no estaba bien compensado en la bodega. Debía de ser por los impulsores iónicos.

—He dicho que todavía no porque no soy estúpida. Si abro la escotilla de acceso,

nuestro amigo Grúa podrá destruir la puerta del mamparo. No la abriré hasta que hayamos abandonado la atmósfera. Entonces, si intentáis abrir alguna puerta... y por cierto, quiero que sepáis que hay dos... abriré la bodega al vacío. ¿Ha quedado claro?

—Completamente —respondió Pelter, apretando los dientes.

—Estás siendo muy poco sociable, Jarv —comentó Stanton.

—Lo siento, John. Sabes que te aprecio, pero los negocios son los negocios. Pelter miró a Stanton con su expresión vacía.

—Y si me disculpáis, tengo una nave que pilotar —añadió Jarvellis.

El intercomunicador volvió a crujir.

—¿La conoces bien? —preguntó Pelter.

—Probablemente sigue escuchando —le advirtió Stanton—. El crujido de esa mierda de intercomunicador debe de ser un truco.

—Te he preguntado si la conoces bien.

—Sí, la conozco. Y tú también la conoces. He tomado algunas copas con ella. No importa. Abrirá esa puerta y ambos saldremos de aquí —respondió.

El Señor Grúa volvió a quedarse inmóvil. Stanton se recordó a sí mismo que cuando estabas acompañado por lunáticos tenías que moverte con pies de plomo, incluso si estabas de su parte. Pelter permaneció casi tan quieto como el androide y dejó escapar un lento y sibilante suspiro. Pronto, el Señor Grúa se acuclilló y empezó a sacar sus juguetes. Stanton se acercó a las provisiones que Jarvellis les había proporcionado y encontró seis paquetes de café. Cogió dos, le tendió uno a Pelter y se sentó sobre uno de los sacos de dormir enrollados. Entonces tiró de la lengüeta de su taza y la sostuvo entre sus manos mientras se calentaba.

—¿Sabes? Los mundos que están fuera del Régimen pueden ser un poco duros —comentó.

—Soy consciente de ello —replicó Pelter, bajando la mirada hacia la taza que tenía en la mano. Todavía no se había movido ni había tirado de la lengüeta. Stanton se preguntó cuándo habría comido o bebido algo por última vez, pues no le había visto hacerlo. Por fin, Pelter se acercó a la pared, se sentó apoyando la espalda en ella y retiró la lengüeta de su café.

—Ante la expectativa de una toma de poder dictatorial, el orden social se viene abajo —dijo, sin parecer demasiado convencido.

—Siempre he tenido la impresión de que esos planetas se comportan como niños desobedientes intentando causar el mayor alboroto posible en el aula antes de que llegue el maestro —comentó Stanton.

—Es una imagen arcaica... La verdad es que su comportamiento es el resultado de la desesperación.

Stanton, que no deseaba contradecirlo, se limitó a beber un sorbo de café. Pelter era un separatista convencido y estaba ciego a la realidad. El Régimen era algo que podía describirse como una dictadura benevolente en la que todos disfrutaban de su porción de abundancia. Como cualquier grupo terrorista, los separatistas formaban

parte de la minoría y estaban resentidos por lo que ellos consideraban la complacencia ciega de sus conciudadanos. Que él supiera, solo dos mundos se habían separado del Régimen, y ambos lo habían hecho durante un periodo inferior a diez años solstan. En ambos casos habían solicitado ayuda al Régimen para que limpiara el desorden... y en uno de ellos, ese desorden había consistido en la aparición de grandes basureros radiactivos. ¡Cómo podía decir Pelter que se debía a la desesperación, si el noventa por ciento de la población había festejado la reintegración en el Régimen!

—Ya sabes que Huma puede ser un lugar muy duro —dijo, esforzándose en mantener la conversación.

—No creo que eso me cause ningún problema —replicó Pelter, lanzando una mirada significativa al Señor Grúa.

—Sí... pero debes ser consciente de que allí habrá armas que podrían destruirlo incluso a él. El Régimen no ha impuesto ninguna prohibición sobre las armas en Huma, y existen algunas realmente desagradables.

—Por eso mismo vamos allí —respondió, dando un sorbo a su café.

Stanton estaba pensando en algo que decir cuando el intercomunicador chasqueó.

—Creo que ha llegado el momento de efectuar el pago —dijo Jarvellis.

Tras mantener la mirada perdida durante unos instantes, Pelter dejó a un lado el café y se levantó. El Señor Grúa empezó a recoger sus juguetes hasta que el separatista se giró para mirarlo; entonces, volvió a sacar los que ya había guardado y siguió ordenándolos como si estuviera jugando a un extraño juego de paciencia. Pelter avanzó hacia él, se acuclilló junto al maletín y lo abrió. De su interior sacó una banda negra en la que había diez zafiros grabados al agua fuerte. Stanton apartó la mirada antes de que cerrara el maletín y se levantara de nuevo, pues no quería alimentar su paranoia revelándole el interés que despertaban en él los zafiros.

Pelter se dirigió a la segunda puerta del mamparo, en cuya base había una escotilla circular de medio metro de diámetro con el iris abierto.

—Lánzalos por el agujero —dijo Jarvellis.

Pelter enrolló la banda y la lanzó por el hueco. Al instante, la escotilla se cerró con un chasquido.

—Es un placer hacer negocios contigo, Arian Pelter.

Un nuevo chasquido indicó que el intercambio había finalizado.

El rostro de Pelter volvió a quedar vacío de expresión. Stanton sabía que eso significaba que estaba ansioso por matar... y los movimientos que hacía con la cabeza mientras examinaba la bodega en busca de cámaras, altavoces o micrófonos significaban que aún no había encontrado nada en lo que centrar esas ansias.

Al abandonar la atmósfera, el parpadeo de los motores de iones del *Lyric* se convirtió en un resplandor constante. A diferencia de otras naves de mayor tamaño, esta no

tenía capacidad de recolección en vuelo, de modo que tenía que acelerar durante cierto tiempo para poder alcanzar lo que solía llamarse «velocidad de agarre». Dicha velocidad variaba según el tamaño de la nave y la eficiencia de sus motores de infraespacio. Para el *Lyric* era de aproximadamente 50.000 kilómetros por hora, una velocidad que, debido a sus limitaciones de gasto de combustible, tardaba veinte horas en alcanzar. Cuando lo hacía, los motores de infraespacio se activaban, los campos se agarraban a la sustancia del espacio, desgarraban algo inefable y la nave se sumergía en la herida. Stanton, asustado, se despertó jadeando y buscó a tientas su pistola de pulsos. Se incorporó, abriendo los ojos.

—Esta bodega no está sellada herméticamente —dijo Pelter, sentado con las piernas cruzadas sobre un saco de dormir y mirando al Señor Grúa, que había adoptado una posición idéntica—: Al menos está un poco protegida pues, de otro modo, a estas alturas estaríamos gritando. Acercarse tanto puede volver loco a cualquiera.

Stanton se inclinó hacia delante. Si ver el infraespacio podía acabar con la cordura de un hombre normal, ¿qué podía hacerle a Arian Pelter? ¿Acaso volverlo cuerdo?

—Deberíamos entrar en los módulos —comentó.

—Sí —respondió Pelter—. Ya prácticamente he terminado con el Señor Grúa.

—¿Has terminado el qué?

—No quiero que ocurra nada inesperado mientras estamos en los módulos, así que el Señor Grúa cuidará de nosotros. Al fin y al cabo, tiene la paciencia de una máquina.

—No creo que ella vaya a intentar nada —Stanton se levantó—. Lo único que sucede es que no desea estar cerca de él.

Avanzó hasta los módulos y los contempló durante un largo momento. De repente se inclinó y golpeó la placa táctil de uno de ellos. El módulo se abrió por la mitad, a lo largo, para revelar un interior metálico en forma de hombre. «Claustrofóbico» le parecía un término demasiado suave para describirlo. Jarvellis no se había dignado proporcionarles ningún relleno, ¿pero qué tipo de relleno necesitas cuando estás prácticamente muerto? A ambos lados del cuello había uniones para la carótida y la yugular, y en la base del cráneo había un disco circular: el bloqueador nervioso. En cuanto se tumbara, su sangre sería reemplazada por una especie de anticongelante. Por el conjunto del módulo se diseminaban agujeritos dispuestos a escasos centímetros de distancia, cada uno de los cuales contenía una aguja. El cuerpo tenía que estar saturado de anticongelante para evitar un daño celular terminal. Stanton tragó saliva con dificultad y empezó a desvestirse. Poco después, Pelter se unió a él y echó un vistazo al módulo.

—Es la primera vez que hago esto —comentó.

—No te preocupes —respondió Stanton—. Solo tienes que desnudarte y tumbarte en el interior. El bloqueador nervioso te golpeará antes de que cierres los párpados, y

no te darás cuenta de nada más hasta que despiertes.

Pelter asintió y empezó a desvestirse. Antes de entrar en el módulo, Stanton echó un vistazo al Señor Grúa. El androide estaba sentado con el maletín en el regazo, clasificando una vez más sus juguetes. Mientras se tumbaba sobre el frío metal, se preguntó si eso sería lo que haría el Señor Grúa durante los meses de viaje que quedaban por delante.

Entonces... nada.

Cuando la nave espacial *Soberbia* entró en el espacio real fue como si una bola atravesara una cortina de telarañas negras. Por un instante, esta perla de un kilómetro de ancho quedó suspendida entre las distorsiones espaciales, como un dedo mutilado. Entonces, las alas invisibles de los campos de recolección se desplegaron y el hidrógeno cambió a rojo, ocultando la nave. La perla desapareció en el defecto de alguna joya inmensa y, desacelerando en la oscuridad, descendió hacia el sistema. Poco después, un remolino de láseres estrió una gota de hidrógeno, convirtiéndola en una sustancia diferente: una llama de fusión similar al segmento naranja de un pequeño sol, que chocaba contra las mismas distorsiones espaciales que recogían el hidrógeno. El *Soberbia* cayó en el pozo de gravedad y empezó a reducir su velocidad, hasta que esta fue de unos cuantos miles de kilómetros por segundo. A medida que el volumen de hidrógeno aumentaba, los campos se debilitaban. Por fin, el hidrógeno perdió su tonalidad rojiza y la nave volvió a ser visible. La reacción de fusión se desconectó y se desvaneció como una gotita de leche en un remolino de agua. La perla se deslizó alrededor del borde del pozo de gravedad, como si fuera una bola girando en la ruleta que era el sistema Andellan.

Al contemplar el frío vacío del exterior, Cormac sintió que era un reflejo de sí mismo. ¿Qué era lo que había dicho el piloto de la lanzadera que lo había llevado de Minostra hasta el *Soberbia*?

—¿Te encuentras bien? Pareces medio muerto.

Apropiado... muy apropiado. Cormac no recordaba qué había contestado, pero sin duda alguna había sido algo trivial, inseguro, verbal. Había mantenido otras conversaciones, pero todas ellas se habían vuelto tan banales que se había sentido complacido al poder zambullirse en el olvido del sueño frío. Ahora, dos horas después de haberse descongelado, aquella sensación estaba regresando. Se miró las manos y se concentró hasta que los temblores remitieron. ¿Lo que sentía era vergüenza o algún efecto de la desconexión? ¿Cómo era posible que fuera incapaz de identificar sus propias emociones? Se llevó las manos a los costados. Tenía que estar grabado en algún lugar, tenía que estarlo. Dio la espalda a la entrada y observó el panel táctil que descansaba en un rincón de su habitación. Sí, sentía vergüenza. Recordó la mirada que le había dedicado Chaline, la directora científica encargada de restablecer el enlace runcible, cuando le había pedido instrucciones sobre el uso del panel. Después de pasar treinta años conectado, se había quedado desfasado y su capacidad para aprender se había atrofiado. Recordando la condescendiente explicación de la mujer, se acercó al panel y lo observó. Los controles táctiles estaban

agrupados y eran muy complicados, pero siempre había existido una forma más sencilla de acceder a la información.

—*Soberbia*, muéstrame todo lo que tengas sobre la retirada de conexión... por favor —dijo.

La pantalla parpadeó y apareció una palabra: *Buscando*... En un par de segundos apareció una serie de encabezados de archivos. Se sentó ante la pantalla y con dedos inexpertos empezó a trabajar en cada uno de ellos. Lo que leyó allí solo confirmó cosas que ya sabía: una conexión a largo plazo era muy similar a una adicción a las drogas y, como cualquier drogadicción, solo podía superarse con fuerza de voluntad. En estos momentos la situación era inaceptable y Cormac estaba decidido a rectificarla. Se sentó con los puños cerrados hasta que oyó que llamaban a la puerta. Puede que solo hubieran transcurrido unos segundos... o podrían haber sido minutos. Abrió los puños, borró la pantalla y se levantó.

—Adelante —dijo.

Una mujer alta de belleza clásica apareció en el umbral. Tenía una exuberante melena morena, una piel inusualmente blanca, una figura madura y musculosa cubierta tan solo por un ceñido mono, unos rasgos delgados pero perfectos y unos espectaculares ojos verdes. Solo tenía un defecto: no era humana.

—¿Eres NG2765? —preguntó Cormac.

—Soy Jane.

—Te pido disculpas. No sabía tu nombre... ¿Eres un Gólem Veintisiete?

Jane sonrió con placidez y observó con la ceja levantada el horrible macetero que Cormac había escondido detrás del sofá. El hombre tragó saliva, molesto: esta serie Gólem era demasiado buena. En cierto modo prefería los otros modelos, los que parecían menos humanos y menos perfectos.

—Sí, lo soy. —Necesito tu ayuda. La directora científica fue quien sugirió que me fueras asignada. ¡Maldita sea! ¿Por qué se sentía tan incómodo? Por muy sofisticada que fuera, tenía que recordar que solo era una máquina controlada por una IA.

—¿Qué tipo de ayuda necesitas?

Cormac respiró hondo y se preguntó si sus manos estaban temblando de nuevo. Prefirió no mirarlas.

—Quiero que me acompañes a la superficie. Carezco de acceso a la información y hay demasiadas preguntas... —mientras hablaba se dio cuenta de su error.

—¿Has pensado en un aumento? Mika podría implantártelo.

Cormac sintió una repentina nostalgia. No, un aumento no era buena idea. Sería algo así como consumir alcohol en vez de heroína. Tenía que superarlo.

—No quiero ningún aumento —respondió.

Jane asintió con seriedad.

—¿Vas a descender con el equipo de investigación, verdad?

—Sí.

—Bien, puedes dirigirles cualquier pregunta que desees formularme. Muchos de

ellos disponen de aumentos y Chaline se ha conectado recientemente.

Cormac sacudió la cabeza. ¿Chaline estaba conectada? Le incomodaba lo que estaba sintiendo, de modo que intentó centrarse en el problema que estaban tratando. ¿Cómo podía decirle a esta... mujer que sin acceso a la información le costaba mucho comunicarse con otras personas, con personas de carne y hueso? No se sentía superior. Deseaba comunicarse con una máquina pensante, pero las únicas que había en el *Soberbia* eran la IA de la nave y los androides Gólem. No había ningún humilde robot zángano ni ningún androide de piel metálica a la vista. Todos ellos habían sido guardados para casos de emergencia.

—Por favor, estáte preparada —dijo, cerrando la mandíbula—. Eso es todo.

Jane sonrió, asintió y abandonó la habitación. Cormac se quedó allí de pie, sintiéndose torpe y confuso. Había esperado algo distinto. Ella era demasiado humana.

Al otro lado de las angulosas ventanas de la plataforma de carga, Samarcanda era un ónice amarillo envuelto en filamentos de nubes blancas y el sistema Andellan ardía con una luz fría y distante. Esto permitía que el Sol asomara desde una órbita situada más allá de Júpiter. Como esta área de la galaxia estaba tan poco poblada, el sol podía distinguirse de otras estrellas más débiles. Era un lugar remoto, un lugar donde la ayuda siempre llegaba demasiado tarde.

Cormac se puso el traje térmico mientras se preguntaba si allí abajo encontrarían algo inesperado, como supervivientes. A pesar de la distancia, podía distinguir el anillo marrón de la zona en la que se había producido la explosión, el iris canceroso sobre el que se encontraba el *Soberbia*, geoestacionario. Se giró cuando Chaline apareció a sus espaldas.

—Para el estudio inicial nos instalaremos en el exterior de la zona en la que se produjo el accidente. A la orilla de Nuevo Mar hay una estación térmica que no ha sufrido daños. Aunque no hayamos recibido respuesta por los canales habituales, es posible que allí consigamos información de la submente.

Chaline lo miró con cautela, con sus ojos verdes abiertos de par en par, mientras se ataba su rizado cabello moreno. Tenía unos rasgos delicados y una piel negra como la obsidiana. La primera vez que la vio, Cormac creyó que aquella piel era una alteración o un efecto cosmético, así que se sorprendió al descubrir que era natural, que ni siquiera se trataba de una adaptación extraterrestre. Suponía un cambio frente al marrón oliva que lucía la mayor parte de la humanidad, o las pieles tintadas de brillantes colores que exhibían los miembros de la cultura runcible. Resultaba insólito tropezar con un ejemplo racial de la vieja Tierra en un lugar tan lejano como este. Blegg era una excepción, en todos los aspectos.

—Sí, de acuerdo —respondió, pensando aún en el tema «racial» y buscando respuestas en una conexión que ya no tenía.

Debido al incremento de población humana en las estrellas, la reserva genética se había visto profundamente afectada. Recordaba que había existido una canción que decía algo sobre «un crisol de personas de color chocolate». Era tan antigua que Cormac no la había entendido, hasta que su conexión le había dicho qué significaba «crisol» y le había explicado que antaño el chocolate solo se fabricaba de un color. En cierto sentido, la canción era cierta: el «crisol» de la diversidad se había producido, pero ahora, debido a las adaptaciones y las alteraciones, el espectro de colores de piel era muy amplio... y la menor de las diferencias que existían entre los humanos.

—No podremos llevar el runcible a la superficie hasta que averigüemos qué ocurrió con el anterior. Tú debes preocuparte del *quién* y yo del *cómo*, puesto que me han asignado el control de la instalación runcible —dijo, mirándolo con vacilación.

—Por supuesto —respondió él, volviéndose hacia la ventana.

Tras permanecer inmóvil unos momentos, la mujer dio media vuelta y se reunió con sus compañeros. ¿Se mostraba tan esquivo con ella porque estaba conectada? ¿Estaba siendo mezquino? Jesús, ¿dónde estaba su autocontrol?

Dos miembros del grupo que tenía a sus espaldas eran soldados de Tierra Central. Podía darles órdenes siempre que fuera necesario, pero de momento prefería que trabajaran de forma independiente. Habían recibido el adiestramiento necesario y una crisis estratificaría la estructura de mando. Se preguntó si todo esto había sido idea de Blegg para que Cormac tuviera tiempo de adaptarse a su nueva situación. Se giró y los observó mientras se ponían sus trajes térmicos. Advirtió que las dos mujeres rehuían su mirada, pero los soldados no parecieron darse cuenta de que los estaba observando.

Cuando la última junta estuvo sellada y las capuchas estuvieron levantadas, Jane entró en el compartimiento de carga vestida con su mono ajustado. Por un momento Cormac creyó que no iba a acompañarlos, pero entonces recordó que no era humana, que no necesitaba ninguna protección térmica. Se colocó la máscara facial y levantó la capucha antes de reunirse con ella y con los demás. Así se sentiría más cómodo. Personas, malditas personas. Advirtió que Chaline dedicaba a Jane una extraña mirada.

—Ya podemos embarcar —anunció.

El ala era un transportador pequeño, de tan solo ciento cincuenta metros de largo. Descansaba sobre el suelo brillante del compartimiento, como un ave rapaz derribada. Entraron en su interior y, mientras ocupaban sus asientos, Cormac se alegró al ver que Jane se dirigía a la parte delantera y se sentaba en la butaca del piloto. Se sentía estúpido ante su presencia. El Gólem dejó abiertas las puertas que separaban la cabina de la zona de pasajeros y todos pudieron ver el exterior, a través de la pantalla de cristal de cadena. Chaline se sentó junto a Cormac. Al darse cuenta de que era el único que llevaba puesta la máscara, el agente se la quitó y observó a las personas que había junto a él... intentando reprimir sus deseos de gritarles que se largaran.

Los dos soldados eran grandes y tenían un aspecto saludable. Brezhoy Grant, que estaba sentado junto a la puerta, o iba completamente afeitado o era calvo. Al ver el suave matiz púrpura de su piel, Cormac se preguntó si alguno de sus ancestros habría utilizado adaptógenos... y sintió que regresaba aquella sensación de vacío cuando se dio cuenta de que si deseaba saberlo tendría que preguntárselo con amabilidad.

Patran Thorn era un hombre de aspecto malvado, con nariz aguileña y perilla. Cormac consideraba que su imagen encajaría mejor en alguien que blandiera un machete y no las armas de alta tecnología y termoadaptadas que él transportaba. Mika, el tercer miembro del equipo, formaba parte de la tripulación. Era directora de medicina y ciencias biológicas y los acompañaba por si encontraban supervivientes. Era una mujer diminuta, prácticamente una niña, y suponía un absoluto contraste frente a Chaline. Tenía el cabello muy corto, de color naranja pálido, la piel muy pálida y los ojos del diabólico tono rojizo de los albinos. Chaline tenía un aspecto vigoroso, mientras que Mika parecía muy frágil. Sin embargo, Cormac había visto el tatuaje que lucía en la palma de la mano y sabía que formaba parte del Aquelarre de Vida de Circe. Se había ganado su respeto, al igual que todos aquellos que habían realizado sus estudios en ese arcano lugar.

—¿Por qué Jane no se habrá puesto su equipo de supervivencia? —preguntó Chaline, a nadie en concreto.

Sus palabras preocuparon a Cormac. Si tenía una conexión, ¿por qué no la utilizaba?

—No lo necesita —respondió.

Chaline lo miró como si fuera idiota. Cormac estaba a punto de decir algo más, pero cerró la boca antes de volver a meter la pata. Tendría que haberse dado cuenta. Por lo general, los androides se esforzaban en ocultar lo que eran; si Jane descendía a la superficie con esa ropa era por consideración, para que él se sintiera cómodo sabiendo que estaba con una máquina. Cormac se sintió terriblemente avergonzado y, a la vez, muy enfadado. Ya era hora de que empezara a pensar por sí mismo, de que recuperara cierta independencia. Lo único que había perdido era una voz en su cabeza que pudiera responder a algunas preguntas, pero cualquier consola podía proporcionarle esa información con la misma facilidad. Se había quedado sin esa herramienta, así que tendría que aprender a bastarse con los recursos que tenía a su alcance. Se recostó en su asiento y se abrochó el cinturón. La nave se estremeció mientras la gravedad abandonaba el compartimiento, pero los cinturones impidieron que abandonaran sus asientos. Entonces, se activaron los impulsores y la lanzadera empezó a deslizarse hacia la puerta irisada que descansaba al fondo del compartimiento de carga.

—Chaline —dijo Cormac, girándose para mirarla—. Jane no lleva equipo de supervivencia para que yo sea más consciente de su inhumanidad... *No exageres las cosas. Esta mujer no es ninguna idiota.*

—Estuve conectado previamente. Chaline lo miró durante unos instantes, hasta

que por fin comprendió.

—Ya veo... por eso... la consola. Mika tomó la palabra.

—Estuviste conectado largo tiempo. Era una afirmación, no una pregunta. Los miembros del Aquelarre de Vida no solían necesitar demasiadas preguntas.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Chaline.

—Treinta años. El suficiente para olvidar la humanidad... y ciertas habilidades manuales —respondió, esbozando una sonrisa indecisa. Chaline le devolvió la sonrisa y asintió.

—Pensábamos que, como agente de Tierra Central Imperial, eras demasiado altivo y poderoso para asociarte con los humildes técnicos de los runcibles y la tripulación.

—Os pido disculpas —dijo Cormac, con cortesía.

La puerta irisada se abrió sobre un campo tornasolado, una ramificación directa de la tecnología de Skaidon. La lanzadera lo atravesó como si fuera la piel de una burbuja.

—Aceleración —dijo Jane, con un tono que no revelaba si había oído o no la conversación. Habían hablado en voz baja, pero la verdad es que había pocos sonidos que ella no pudiera oír.

El ligero impulso los hizo retroceder sobre sus asientos y Samarcanda se deslizó hacia un lado de la pantalla frontal. Andellan apareció ante ellos, siguiendo un punto negro por la pantalla mientras el cristal de cadena reaccionaba para destruir los perjudiciales rayos ultravioletas.

Chaline habló de nuevo; era obvio que se había preparado sus palabras.

—Como directora científica estoy al mando de esta expedición. Tú estás aquí como asesor, aunque sé que tienes derecho de veto y que en caso de crisis puedes asumir el control. De todos modos, me gustaría preguntarte si tienes alguna idea sobre qué podemos encontrar allí abajo.

Cormac reflexionó su respuesta. Era una idea que había ocupado su mente en aquellos momentos en los que no estaba demasiado ocupado sintiendo lástima de sí mismo. Carraspeó y se concentró en intentar convertir sus pensamientos en palabras.

—Bueno, es posible que la submente de la estación térmica nos proporcione cierta información, aunque lo dudo, pues seguramente fue dañada durante la destrucción de la IA del runcible. Uno de los principales problemas que comporta la centralización de procesos es que la información que pueda haber conservado se habrá mezclado. Por lo tanto, considero que tenemos que echar un vistazo a los amortiguadores, si es que queda algo de ellos.

—¿Crees que ha sido un sabotaje? —preguntó Gant.

Cormac lo miró.

—Lo considero probable.

Gant asintió con pesadez y sacó un paquete del bolsillo superior de su traje térmico. De este extrajo un estrecho tubo que colocó en su boca y un pequeño

artefacto de cromo del que brotó una llamita. Cormac comprendió, con cierta sorpresa, que aquel tubo era un cigarrillo y que Gant estaba fumando. No había visto fumar a nadie desde la última vez que estuvo en la Tierra, hacía doce años, y recordaba que en aquel entonces estaba de rabiosa actualidad. Advirtió que Mika y Chaline observaban al soldado con fascinación. Gant, consciente de que todos le miraban, exhaló una fragante nube de humo.

—Lo siento —dijo, sacando de nuevo el paquete y ofreciendo tabaco a sus compañeros.

Mika y Chaline rehusaron con cortesía, pero también con sorpresa. Aunque ya no se condenaba al ostracismo social a aquellos que se entregaban a este hábito, ahora inocuo, era obvio que ninguna de las dos mujeres había visitado nunca la Tierra. Cormac aceptó un cigarrillo y el mechero para encenderlo. Era tan solo una forma más de comunicación.

—Gracias —dijo, encendiendo el cigarro y dándole una calada. Entonces preguntó con voz firme—: ¿Sabes que por aquí no suelen verse estas cosas?

Tras recuperar su mechero, Gant se encogió de hombros y se recostó sobre su asiento. El comentario no pareció molestarle.

—¿Debo asumir que vienes directamente de la Tierra? —preguntó Cormac.

Gant asintió.

—Sí. De Ucrania... a mil quinientos kilómetros de la Samarcanda original.

—Mil quinientos kilómetros —repitió Cormac.

—Sí —dijo Gant, observando la punta de su cigarrillo—. ¿Sabes que fue fundada por los uzbekos como una de las escalas principales de la Ruta de la Seda? Esa es la razón por la que este lugar lleva su nombre: también era una escala, un apeadero. Siempre he querido saber cómo era.

Cormac no sabía con certeza si se refería a la antigua ciudad o al planeta. También él se preguntaba qué habría enterrado bajo aquella confusión.

—¿Y tu amigo? —preguntó Cormac, posando los ojos en Thorn, que estaba ensimismado mirando por la ventana.

—Es inglés.

—Ha recorrido un largo camino.

Cormac dio una calada a su cigarrillo e intentó contener la tos. Un camino muy largo. Si Tierra Central había decidido enviar a estos soldados desde tan lejos, es que tenía que haber algo más. Tenía una ligera sospecha de qué podía ser.

—Sois esparcanos. Al ver que Gant le sonreía, reprimió su necesidad de blasfemar. Blegg se lo había puesto todo lo difícil que había podido sin poner en peligro la misión. Al parecer, tendría que descubrir por sí solo todo lo que necesitaba saber. Sospechaba que esto debía de ser una especie de programa de recuperación ideado por el japonés.

—¿Qué son los esparcanos? —preguntó Chaline. Gant se puso serio.

—Son una clase de soldados —explicó Cormac—. Tienen cierta reputación.

—Fueron los que se ocuparon del conflicto de Darnis —añadió Mika, con expresión vacía—. Doce de ellos contra una unidad de cíborgs y un pequeño ejército. El nombre es el mismo que el de una antigua raza de luchadores. La sonrisa de Gant regresó.

—No, ellos se llamaban espartanos... y nosotros no vivimos como ellos —explicó.

Mika frunció el ceño. Era obvio que no le gustaba que la contradijeran.

—¿Cuántos de vosotros habéis venido en el *Soberbia*? —preguntó Cormac.

—Solo un equipo —respondió Gant. Es decir, cuatro. Una cantidad bastante considerable. ¿A qué creía Blegg que tendrían que enfrentarse? Gant continuó.

—Nuestros compañeros son dos Gólems Treinta —comentó, sin perder su sonrisa.

Cormac intentó que nadie advirtiera su preocupación. Hacía largo tiempo que tendría que haber recibido esa información. Si hubiese estado conectado habría sabido qué estaba ocurriendo... pero entonces cayó en la cuenta de que se habría ocupado de todo con la misma sensibilidad que había mostrado en Cheyne III. ¡Maldito Blegg!

Samarcanda fue creciendo sin parar hasta que un arco del planeta llenó la pantalla. Océanos congelados de un color amarillo sulfuroso bordeaban las orillas de malaquita, sobre las que se alzaban arrolladoras cadenas montañosas que parecían haber sido construidas con arena del desierto. Chaline señaló una mancha de color verde rojizo que se extendía por la superficie de un océano. Se originaba en un punto de la orilla.

—Es la estación térmica —dijo—. El color se debe a las algas adaptadas. Sobreviven al proceso de congelación y empiezan a oxigenarse cuando los océanos se descongelan.

—Eso debe de requerir un montón de energía —comentó Cormac.

—Bueno, ya sabes cuánta energía puede transportar un cuerpo humano. Al mirar hacia un lado vio el anillo que rodeaba el área arrasada por la explosión. Desde el nivel del suelo hasta lo alto de las colinas cercanas todo era marrón, debido a la lluvia radiactiva y a la explosión. Todos sabían que nada había podido sobrevivir en ese lugar. Cormac apretó los labios durante unos instantes, pensativo, antes de volverse hacia los dos espartanos.

—¿Cuáles son vuestras instrucciones precisas? —preguntó.

—Son muy sencillas, amigo mío —respondió Thorn—. Estamos aquí para asegurarnos de que nada... militar obstaculiza el reestablecimiento de la conexión runcible. Aparte de eso, nos han ordenado hacer todo lo que nos pidáis. También nos dijeron que para este estudio inicial solo se requeriría mi presencia y la de Gant... y que no recibiríamos ninguna orden tuya.

Esbozó una sonrisa torcida a la que Cormac no pudo más que responder.

—¿Algo más?

—Solo que los otros dos miembros del equipo debían permanecer a la espera. Supongo que las armas grandes aún no son necesarias. Debo decirte que estas órdenes nos sorprendieron por su falta de detalles, pero espero que eso no suponga ningún problema.

—No lo hará —respondió Cormac, intentando reprimir su frustración. La explicación no le había revelado ninguna información. Solo dos hombres para el reconocimiento inicial. ¿Cuándo o dónde sería necesario el equipo completo? Cormac maldijo la reticencia de Blegg. Tenía la impresión de que solo había sido enviado a este lugar para aprender algo que probablemente ya sabía, y para rehabilitarse. Estos juegos no le gustaban.

Un ronroneo monótono les indicó que estaban entrando en la delgada y frígida atmósfera. El ronroneo no tardó en convertirse en un rugido cuando las nubes empezaron a azotar la lanzadera. Esta se ladeó y descendió en espiral hacia el planeta. El ruido imposibilitaba toda conversación, pero pronto se estuvieron deslizando sobre una cadena montañosa, bajo un cielo del color del bronce antiguo, y el rugido pasó a ser un trueno distante.

—Pronto llegaremos a la estación. El tiempo es muy malo. La temperatura de la superficie es de 170 Kelvin. Tendréis que conectar los calentadores del traje y sellar herméticamente las máscaras —informó Jane.

—Estas son las montañas que calentaba el excedente de energía del runcible —explicó Chaline—. Una línea de grandes discos de microondas transmitía la energía sobrante; en un día ajetreado, la roca podía llegar a fundirse. Las estaciones térmicas de Nuevo Mar se iban a utilizar en la siguiente fase de la terraformación. Se habían puesto en marcha recientemente para derretir los mares.

—No solo se habían introducido algas. Alrededor de la estación también había humus, líquenes, plancton e incluso camarones ángel adaptados. Quienquiera que hizo esto destruyó mucho más que un runcible —comentó Mika.

Cormac era consciente de que lo que había ocurrido en este lugar debía de resultar doblemente doloroso para alguien adiestrado en Circe. Además de la enorme pérdida de vidas humanas, se había destruido una ecología naciente. Probablemente, en Samarcanda habían trabajado varios miembros del Aquelarre de Vida.

Pronto pudieron ver la estación, que parecía una catedral de hierro situada a la orilla de un mar helado. En su estructura había arcos y capiteles, pero no por motivos ornamentales. Las estructuras arqueadas que arañaban el suelo y el mar soportaban superconductores de gran calibre, y los capiteles y torreones eran receptores de microondas que utilizaban tecnología de campo, en vez de los voluminosos discos de antaño. Jane se aproximó un poco más al edificio e hizo descender la lanzadera sobre el área despejada que lo circundaba. En este lugar había varios CAG privados y los restos de un transportador que seguramente estaba aterrizando o despegando cuando

lo alcanzó la onda expansiva. Todos ellos lo vieron, pero nadie hizo ningún comentario. No les cabía duda de que en su interior había cadáveres... y de que estos solo eran una pequeña fracción de la cantidad total.

La lanzadera aterrizó a unos cientos de metros de las puertas de la estación. Mientras sus compañeros se desabrochaban los cinturones, Cormac permaneció sentado y observó el transportador. Entonces se dio cuenta de que el frío no podía haber regresado de inmediato. Cuando Jane se acercó a él, la cogió del brazo.

—¿Cuánto tiempo tardaría? —preguntó. Ella lo miró con una expresión inquisitiva.

—El frío. ¿Cuánto tiempo tardaría en descender hasta, por ejemplo... menos cincuenta?

—Tres días solstan.

—¿Tan poco? —Sí. Estas instalaciones pueden compararse con una diminuta mota de arena caliente en un cubo de hielo.

—Ya veo. —Cormac la miró con atención—. Sé que he sido un estúpido.

—Eso es algo que todos pensamos en algún momento de nuestra vida.

Como si tú hubieras cometido alguna estupidez.

—Entonces, permíteme que te lo diga de otro modo —continuó—. Me equivoqué. Puedes quedarte en el interior de la lanzadera, a no ser que pienses que serás necesaria allí fuera.

Jane le sonrió.

—Creo que haré bien en acompañaros. Podría ser útil. Cormac asintió y dejó que siguiera avanzando hasta la salida. Antes de seguirla, retiró la funda del shuriken de su manga y se lo colgó del hombro. Ya había practicado con él vestido con ropa térmica y guantes. Blegg consideraba que este lugar no sería demasiado peligroso, pero eso no significaba que él tuviera que dar por sentado que sería un lugar seguro. Cuando su vida estaba en juego, no le gustaba confiar en la opinión de los demás, ni siquiera en la de una semidiós japonés inmortal. Se colocó la máscara sobre el rostro y cerró los sellos que la unían a la capucha. Supo que estaba herméticamente cerrada cuando un pequeño diodo electroluminiscente se iluminó en el borde de su visión. En cuanto dicha luz desapareció, se permitió esbozar una pequeña sonrisa.

Las condiciones del exterior eran como las de un duro invierno en la Tierra, solo que la nieve que revoloteaba a su alrededor estaba compuesta de cristales de dióxido de carbono y el hielo que había bajo sus pies estaba tan duro como el hierro. Cormac no sentía frío. Si lo hubiera sentido, eso habría significado que el traje estaba fallando y que no tardaría demasiado en estar muerto. Jane cepilló la nieve de su cabello como si fuera una flor sacudiéndose el rocío una mañana primaveral. En este escenario, vestida con su ceñido mono, ya no parecía humana. Cuando respiraba, ninguna nube ondulada rodeaba su rostro; no se sonrojaba, ni tampoco temblaba.

Avanzaron con dificultad entre la nieve hasta llegar a la entrada principal. Cormac observó las tuberías superconductoras que conducían a las unidades térmicas situadas

bajo el mar helado. Desde la lanzadera, dichas tuberías habían parecido tener el grosor de los viejos robles, pero ahora podía ver que eran lo bastante grandes como para instalar una autopista sobre ellas. El excedente de energía resultante de los rayos de microondas transmitidos desde los amortiguadores de los runcibles eran conducidos por ellas, como energía eléctrica, hasta las unidades térmicas, donde se transformaba en calor terraformador. Quince meses atrás, este mar no estaba congelado y, como Mika había dicho, se habían introducido en él camarones ángel.

En cuanto llegaron a la puerta del edificio, Chaline golpeó la placa táctil. No ocurrió nada. Gant y ella tiraron de los pomos, que probablemente no se habían usado nunca.

—Nada. Está cerrada a cal y canto —dijo su voz por el intercomunicador—. Este lugar se alimentaba de una parte de la energía recibida. —Volvió su rostro enmascarado hacia Jane—. ¿Puedes hacer algo?

Jane se adelantó y tiró del pomo con tanta fuerza que el hielo se rompió en pedazos bajo sus pies. La puerta se abrió ligeramente, pero el pomo se partió.

—Debido al frío, el metal ha vuelto a cristalizarse —reverberó su voz por el transmisor.

Jane se acercó al resquicio que había abierto, introdujo los dedos y tiró. La puerta se abrió con un crujido y restalló en sus manos, pero quedó espacio suficiente para que pudieran entrar. Mientras lo hacía, Cormac echó un vistazo al metal roto y se dio cuenta de que, a estas temperaturas, incluso los Gólems eran vulnerables. Sabía que sus pieles sintéticas podían soportar temperaturas extremas y proporcionaban un magnífico aislamiento, pero se preguntaba cuán cerca estarían del límite en un lugar como aquel.

Una vez en el interior del edificio, recorrieron pasillos cubiertos de hielo hasta llegar a un eje vertical. Afortunadamente había una escalerilla de reconocimiento a un lado. Había sido fabricada con grueso ceramal y estaba soldada a un lado del eje, de modo que era bastante poco probable que cediera. Al ver que ni siquiera crujía cuando Jane empezó a descender por ella, todos la siguieron hasta el búnker en donde estaba guardada la submente.

—Estoy recibiendo algo —dijo Chaline cuando abandonaron el eje y accedieron a un oscuro pasillo.

Cormac activó sus gafas en modo infrarrojo, pero la imagen era aún más deficiente. Alguien encendió una linterna. Vio que había sido Thorn, y que la luz formaba parte del arma que empuñaba. Gant también había cogido su pistola. Quizá confiaban tanto como él en el juicio de Blegg. El agente se volvió hacia Chaline, que estaba examinando una especie de detector.

—¿Aún está activo?

—Eso parece, aunque su fuente de energía parece haberse debilitado. Quizá por eso no transmitía. —Instantes después, añadió—: Espero poder conectar el nuevo runcible a estas estaciones.

Sin duda alguna, los runcibles eran su tema preferido.

El final del oscuro pasillo revelaba una puerta corredera que Jane abrió con estudiada indiferencia. Al otro lado descansaba una habitación circular que parecía estar revestida de ladrillos de cobre pulidos.

—Veamos qué encontramos aquí —dijo Chaline, cogiendo otro instrumento de su cinturón y deslizando los dedos por las pantallas táctiles. Una voz les habló a través de sus unidades de comunicación.

—... la canción del ladrillo rojo cada bloque está seco sangre helada en plexiglás las ventanas son mil ojos hilvanados la casa es dolor señor del dolor señor de la pesadillas...

—Muy poético —dijo Chaline con sequedad.

—Es una locura —comentó Gant. Cormac no estaba tan seguro.

—Inténtalo de nuevo. Por lo menos ha retenido algo. —... formas de murciélago con dientes blancos translúcidos y ojos inyectados en sangre ataque de locura gritando de odio montones de huesos quemados y agregados...

—Intenta establecer una transmisión.

—Debería ser capaz de oírnos. ¿Jane?

—Lo he intentado. Parece estar completamente interiorizada.

—¡IA, responde! —gritó Cormac.

—... una forma en llamas grita hombres lagarto verdes me ayudan una plaga de perros llegan a nuestras costas ratas negras como la noche desembarcan con sus dientes translúcidos...

—Esto no va bien —dijo Chaline—. Será mejor que la desconectemos y salgamos de aquí. —... la lluvia atormenta espacios oscuros es el resultado de una gestación abisal...

—No —respondió Cormac—. Impongo mi derecho de veto. Nos llevaremos el núcleo del cerebro y la memoria principal con nosotros. Chaline volvió su rostro enmascarado hacia él. Se alegró de no poder ver su expresión.

—Había algo... —dijo Mika. Chaline la miró.

—¿Qué? Esa submente está loca.

—Es una corriente de conciencia. Podría revelarnos algo.

—De acuerdo... de acuerdo, no hay problema.

Chaline avanzó hasta el centro de la sala y levantó una tapa circular. Una luz de color azul hielo centelleó cuando insertó otro instrumento que extrajo de su cinturón. Se sucedió una serie de sonidos metálicos. Cuando sacó el instrumento, algo metálico en forma de lente se había unido a él. Lo recogió y se lo lanzó a Cormac, que lo atrapó al vuelo.

—Aquí está el núcleo del cerebro y la memoria principal. Solo es una submente, de modo que está todo en uno. No pasa nada si se te cae. Como todos sabemos, solo una explosión atómica podría destruirla —explicó Chaline—. Fue la destrucción de la mente principal del runcible lo que... la interiorizó.

A pesar de su acidez, Cormac se alegró al percibir cierta ironía en su voz. En estos momentos no necesitaba enemigos.

—Salgamos. Aquí ya no podemos hacer nada más —propuso Chaline.

En cuanto abandonaron la sala, Jane se detuvo e inclinó la cabeza hacia un lado. Todos la miraron, conscientes de que estaba recibiendo algún mensaje y de que solo había movido la cabeza para que ellos lo supieran. Se giró con brusquedad.

—Procedía del *Soberbia*. Ha detectado algún tipo de fuente de calor en las instalaciones, hacia el sur.

—¿Personas? —preguntó Cormac.

—No ha podido determinarlo.

Huma: Resulta irónico que este caliente y árido planeta lleve el nombre de un ave fabulosa equivalente al fénix, sobre todo si tenemos en cuenta que en él no ha prosperado ninguna criatura alada, ni siquiera adaptada. Esto ocurre porque el noventa por ciento de la superficie de Huma se encuentra en el exterior del cinturón verde en el que las especies de la Tierra pueden sobrevivir. En el exterior de dicho cinturón hay extensiones enormes de «tierra abrasada» e incluso las especies vegetales nativas tienden a arder en llamas. Las cenizas transportadas por el viento provocan la característica lluvia sucia que cae en el diez por ciento restante del planeta, situado en los polos, que son habitables. Estas tormentas, aunque poco habituales, son tan severas que, mientras duran, ninguna especie terrestre puede sobrevivir en el exterior de los edificios construidos por los humanos.

Extraído de Guía del Membrillo, compilada por humanos.

El cañón de la pistola ligera de Cormac se unía mediante una varilla invisible a la frente de Pelter. La expresión del rostro del agente decía todo lo que necesitaba decirse y todo lo que se diría: Pelter era un obstáculo que debía eliminar para poder continuar con su trabajo; tenía que matarlo y seguir adelante. El hecho de haber suplicado ante su falta de consideración por haberle dado a entender que era irrelevante, que solo era algo que podía matar y desechar, inundaba de cólera al separatista. Sin embargo, el pulso asesino nunca llegaba. Como Sylac le había dicho, solo era una alucinación visual que recibía a través del enlace. Haciendo acopio de fuerza de voluntad, se puso tenso y utilizó el aumento para contactar con Grúa. Al instante, el enlace se convirtió en un carámbano de hielo que cruzaba su ojo izquierdo y, a través de la luz cristalina, el cañón rectangular de la pistola ligera se clavó en su frente.

No, vete.

Al intentar deshacerse de aquella imagen, Pelter descubrió que estaba paralizado. Entonces, como si fuera una mota que tenía en el ojo, la imagen se deslizó hasta un punto cercano al borde de su visión. Ahora podía ver un trozo de cristal, un perro de plástico y unos viejos prismáticos. Usando el programa de mando de la unidad, tomó el control de Grúa. No había nada que sentir, solo cosas que ver y oír, y una emulación de movimiento que se asentaba en su cráneo como si fuera algo teorizado. Levantó la cabeza del Señor Grúa y miró a su alrededor.

La bodega parecía muy diferente, pero solo porque una ligera capa de hielo cubría todas las superficies. Giró la cabeza de Grúa al oír blasfemar. Stanton estaba sentado en su frío módulo, frotándose los brazos. Tenía la piel repleta de agujeros diminutos

por los que habían entrado las agujas y había manchas de sangre a los lados de su cuello. Pelter relajó su control e, inevitablemente, la atención de Grúa regresó a sus juguetes. Mantuvo una débil conexión.

—¡Creía que el puto precio incluiría calefacción! —gritó Stanton.

El intercomunicador crujió y se oyó la voz de Jarvellis. Parecía algo aturdida.

—Lo siento, John.

Utilicé un descenso sincronizado desde el infraespacio, puesto que no había ningún asteroide contra el que pudiéramos colisionar ni nada que los controles automáticos no pudieran solucionar. Yo acabo de descongelarme.

—Sí, pero apuesto que allí dentro todo es calor y comodidad.

—Dame una oportunidad. Acabo de despertar.

—Date prisa. Se está mejor en estos módulos que en la bodega.

Al instante oyeron el zumbido de ventiladores. Pelter giró la cabeza de Grúa y vio que el hielo se deslizaba por las paredes.

—¿Eso significa que estamos en el sistema?

—Sí, de hecho ya hemos iniciado la aproximación a Huma.

Stanton echó un vistazo a la bodega. No había portales, de modo que no podía confirmar, refutar ni apreciar aquella afirmación. Observó el módulo de Pelter y miró al Señor Grúa. Se estremeció, quizá por el frío.

—¿Qué hay de Arian?

—Dispuse que tu módulo fuera el primero en abrirse, John —respondió Jarvellis—. Quizá podríamos... Stanton la interrumpió.

—Será mejor que abras ahora mismo el módulo de Arian. No quiero que haya ningún malentendido estando aquí el Señor Grúa. Arian lo controla a través del enlace de su nervio óptico, así que preferiría que estuviera despierto.

Pelter movió la cabeza del Señor Grúa. Ahora, Stanton estaba de pie junto a su frío módulo, intentando liberarse de la rigidez de su helada camisa y mirando al androide. *Así son las cosas*, pensó Pelter, dejando que Grúa volviera a centrar su atención en los juguetes y cortando la conexión.

Oyó un sonido, un fuerte crujido, y una línea resplandeciente se iluminó a su izquierda. De repente, el bloqueador nervioso se desprendió y, al recuperar la sensibilidad, sintió todas y cada una de las agujas que perforaban su cuerpo. Pronto, dicha sensación remitió y tuvo la impresión de que toda su piel estaba quemada. Cogió aire y un fluido burbujeó en sus pulmones. Entonces se dio cuenta de que hasta ese momento no había respirado.

—Será mejor que empieces a moverte —dijo John Stanton, mirándolo.

Pelter se incorporó y observó su cuerpo que, al igual que el de Stanton, estaba cubierto de puntitos de sangre seca. Sacó las piernas del módulo e intentó levantarse. Al ver que estas cedían bajo su peso, Stanton lo cogió del brazo.

—La glucosa tarda un poco en activarse. Tu sangre está llena de alimento, pero las células del resto del cuerpo están famélicas. Cuando todo esté en orden lo sabrás.

Pelter intentó levantarse de nuevo y, en esta ocasión, fue capaz de controlar sus piernas. La sensación abrasadora se desvaneció como el hielo de las paredes y fue reemplazada por una especie de corriente de endorfinas. Durante un breve momento sintió aquello que convierte a una persona en adicta a la heroína. Odió aquella sensación. Apartó la mano de Stanton y se agachó lentamente para recoger su ropa congelada. El intercomunicador emitió su artificial chasquido.

—Ya estamos en la atmósfera; aterrizaremos dentro de una hora. Como parte del servicio, encontrareis una cartera con chelines de Nueva Carth en la bolsa negra. Es vuestra cuota de entrada. Desean con desesperación moneda del Régimen. En este lugar las aduanas son bastante laxas, pero es mejor lubricar las ruedas de su burocracia —explicó Jarvellis.

Pelter miró a Stanton.

—¿Aduana?

—Sí, ya no estamos en el Régimen. Aquí pronto descubrirás que, si quieres que se haga algo, antes es necesario lubricar un poco los mecanismos —respondió Stanton.

Pelter asintió pensativo mientras se ponía la chaqueta.

—Háblame de este lugar —dijo.

—No hay mucho que decir —respondió Stanton—. Las únicas zonas pobladas son los polos. En el ecuador, la temperatura media está ligeramente por debajo del punto de ebullición del agua. Aún faltan ocho años solstan para que se incorpore al Régimen y el gobierno que controla el planeta está a punto de venirse abajo. Está completamente corrupto y, por lo tanto, es exactamente lo que necesitamos. En este lugar puedes hacer lo que te venga en gana, siempre y cuando tengas el dinero necesario para hacerlo.

—¿Hay traficantes? —preguntó Pelter.

—Tantos que tropezarás con ellos. Puedes conseguir prácticamente cualquier cosa. Aquí la gente hace fortuna con cosas que rozan la ilegalidad, importando tecnologías del Régimen o exportando armas prohibidas. Huma se ha convertido en una base comercial.

—Necesitaré un pájaro de descenso, balas de rastreo y misiles... y también pistolas de protones.

—Aquí podrás comprarlo. No será barato, pero encontrarás todo lo que necesitas. Deberíamos poder conseguirlo a través del traficante que utilizó Jarvellis.

Pelter asintió y miró atentamente a John Stanton.

—Ya buscaré uno. Mientras tanto, quiero que tú busques a los muchachos y resuelvas un par de asuntos —dijo.

—Lo que tú digas, Arian.

Esperaron a que llegara el momento de aterrizar dando sorbos a sus tazas de sopa autocalentada. Pelter casi podía sentir la imagen que le mostraba aquel ojo izquierdo que ya no tenía. La pistola ligera. Al sentir un dolor frío en el centro de su cabeza,

supo que aquel sería el lugar por donde se abriría paso el disparo.

La puerta irisada se abrió y un sol de color amarillo limón inundó la bodega ante una oleada de calor y perfume picante. Pelter abrió la marcha hacia aquella luz, seguido por el Señor Grúa, que cargaba con el maletín. Stanton se detuvo en el umbral y, tras echar un vistazo al interior de la bodega, echó a andar tras ellos.

Habían aterrizado sobre un terreno verdoso y compactado, cubierto de una maraña de plantas similares al musgo o a las espinacas hervidas. De estas brotaban largos tallos similares a pelos, que estaban coronados por brotes redondos y rosados del tamaño de los granos de pimienta o por las flores de dos pétalos en que se abrían. Mientras avanzaba entre ellas y percibía con más fuerza su picante perfume, Stanton recordó la última vez que estuvo en este lugar. Lo había visitado hacía veinte años solstan, cuando se dirigía hacia el Régimen para hacer fortuna. En aquel entonces las cosas eran muy diferentes y no había tantas naves como ahora. Observó los diferentes vehículos que había a su alrededor, en su mayoría pequeños cargueros de todas las formas imaginables. Podía imaginar qué tipo de cargamento transportaban, y eso también suponía un cambio. Antaño, el gobierno había establecido ciertas restricciones sobre las armas, similares a las del Régimen, y también habían existido leyes muy estrictas referentes a los permisos de aterrizaje, los pases y los códigos de conducta. Ahora a nadie le importaba. ¿Por qué iba a importarles si el Régimen estaba a punto de asumir el control? ¿Para qué iban a molestarse, si tenían que labrar sus fortunas en los años intermedios?

La pareja de agentes de aduanas que se acercaron a ellos eran un ejemplo de la indolencia y la avaricia que afectaba a los ciudadanos de un mundo que estaba a punto de ser subsumido. Su vestimenta era una mezcla de uniforme y ropa personal. El hombre llevaba la chaqueta de oficial de aduanas sobre un polvoriento traje de faena de monofilamentos y cubría su cabeza con una visera verde, mientras que la mujer se había puesto la chaqueta sobre una falda marrón en forma de hoja y no llevaba gorra. Stanton advirtió que la luz de carga del escáner que llevaba en la mano estaba centelleando, a pesar de que estos aparatos solo funcionaban cuando estaban completamente cargados. Tras la oreja derecha de la mujer había un aumento de aspecto orgánico con la misma forma de alubia plana que la mayoría de los aumentos, aunque era de color verdoso y parecía estar cubierto de pequeñas y centelleantes escamas.

—¿Tienen una autorización para eso? —preguntó el hombre, señalando a Grúa.

—¿Autorización? —repitió Pelter, con voz monótona.

Stanton se situó rápidamente junto a él.

—No estamos seguros de qué se necesita. ¿Podría ayudarnos? —preguntó, advirtiendo que la mujer observaba a Pelter con demasiado detenimiento.

—Podemos expedir un permiso. El coste será... de diez chelines de Nueva Carth

o el equivalente en nuevos yenes —explicó el hombre—. Luego está el tema de los visados.

Stanton sacó la cartera que les había proporcionado Jarvellis y la abrió, asegurándose de que aquel hombre no veía su contenido. Diez chelines era una suma irrisoria en el Régimen, pero allí probablemente equivalía al salario de un día.

—¿Podría decirnos cuánto cuestan los visados? —preguntó Pelter.

El hombre los observó. Pelter sabía que casi parecían indigentes, pero advirtió que los ojos del agente se desviaban una y otra vez hacia el maletín que sujetaba el Señor Grúa. Era relucientemente nuevo.

—Los visados cuestan ocho chelines por persona. Por supuesto, ustedes necesitarán tres —respondió.

—¿Tres? ¿Por qué necesitamos un visado y una autorización para el Señor Grúa? —preguntó Stanton.

—Limitate a pagar —espetó Pelter.

Stanton negó con la cabeza. Pelter se estaba equivocando: si daba carta blanca a ese tipo de personas, harían con ellos lo que quisieran. De todas formas, sacó cuatro billetes de diez chelines de la cartera y se los tendió. El hombre los dobló y se los guardó en el bolsillo.

—Tiene que devolverme seis chelines —dijo él.

El hombre no parecía tener ninguna intención de darle el cambio.

—En ese caso tendré que echar un vistazo al maletín —respondió, tras un prolongado silencio.

De repente, el Señor Grúa se adelantó y levantó la cabeza, que había mantenido agachada hasta ese momento. Instintivamente, el hombre retrocedió un paso y se humedeció los labios. Stanton pensó que, a pesar de que sus juguetes se diseminaban por todas partes, al Señor Grúa se le daba muy bien «amenazar».

—No necesitaré echar un vistazo a ese maletín y nosotros no necesitaremos el cambio —dijo Pelter.

Al hombre le molestó oír eso.

—Una sola palabra más y ordenaré que vengan diez agentes armados con pistolas de protones —dijo.

El rostro de Pelter perdió toda expresión.

—Ni siquiera me hace falta hablar para que el Señor Grúa lo parta en dos en cuestión de segundos —explicó el separatista—. Ahora, apártese de nuestro camino. El hombre levantó la cabeza, pero la mujer le cogió del brazo.

—Jarl, déjalo —le advirtió.

—Pero...

—¡Jarl!

Cuando la mujer y Pelter volvieron a mirarse con dureza, Stanton se preguntó qué diablos estaba ocurriendo. Entonces, la mujer tiró del brazo de su compañero y le señaló otra nave que estaba aterrizando en el extremo contrario del campo.

—Está entrando otra nave. —Miró hacia una entrada situada al final de la alambrada, donde estaban apostados algunos guardias uniformados, y entonces se volvió hacia Pelter—. No tendrán ningún problema, Arian Pelter. Los dejarán pasar.

Dicho esto se alejó, tirando de su compañero.

—¿De qué diablos iba todo eso? —preguntó Stanton.

Pelter, desconcertado, observó alejarse a la mujer y después desvió sus ojos hacia el *Lyric*.

—¿Cuánto puede haberles contado Jarvellis? —preguntó.

—Seguro que solo les ha dicho que traía a unos pasajeros. La conozco bien, Arian, y siempre cumple con su palabra. Le pedí que no dijera nada porque si decidían inspeccionarnos nos pedirían cantidades de dinero mayores.

—¿Entonces cómo es posible que esa mujer supiera mi nombre?

Stanton, sin saber qué contestar, miró hacia el *Lyric*. Pelter continuó.

—Pensaba contratarla para el viaje de vuelta. Es mejor estar con aquellos que conoces... siempre y cuando no se dejen llevar por la codicia. Stanton se preguntó si aquellas palabras escondían algún doble significado.

—¿Quieres que hable con ella? No saldrá de la nave hasta que estemos bien lejos. —Lanzó una mirada llena de significado al Señor Grúa—. De todos modos, creo que sabré dónde encontrarla.

—Sí, hazlo. Empezaron a caminar.

—Pero antes intenta encontrar a los muchachos. —Pelter se volvió hacia Grúa; en respuesta, el androide abrió el maletín, sacó un zafiro de su interior y, tras cerrarlo, sostuvo la piedra preciosa en la palma de su mano de bronce—. Es el pago en cuenta que hago por ellos. —Pelter siguió mirando al Señor Grúa, pero de pronto perdió la paciencia—. ¡Dáselo!

La mano de Grúa se sacudió con fuerza y la piedra salió disparada hacia el rostro de Stanton. Este la cogió al vuelo.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó, guardándola en el bolsillo.

—Buscaré un traficante.

Tras observar el punto que ocupaba en el cielo el sol de color limón, Stanton señaló hacia la desorganización urbana que se alzaba en la distancia. Entre la alambrada y el pueblo había un erial por el que se diseminaban acacias y pequeñas artemisas plateadas, entre las que descansaban trozos oxidados de naves espaciales y algún CAG averiado. Al principio del pueblo se alzaban una serie de edificios de arcología de tres pisos; tras estos surgían bloques y capiteles en forma de cebolla que parecían proceder de algún cuento de Scheherazade, aunque sobre ellos no volaban alfombras mágicas sino coches de antigravedad. Stanton se preguntó si habría alguna diferencia.

—Existe un lugar llamado The Sharrow en el centro de Port Lock. Según me han dicho, sigue abierto y apenas ha cambiado desde la última vez que visité este lugar. ¿Quieres que nos reunamos allí esta noche?

—Sí, lo encontraré —respondió Pelter.

Stanton guardó silencio y observó desconcertado a los guardias que estaban apostados en la puerta. Cuando se acercaron, estos se limitaron a mirar a Pelter y no intentaron bloquearles el paso ni pedirles dinero. Todos ellos llevaban uno de aquellos extraños aumentos escamosos. Más allá de la puerta había tres CAG de dudosa seguridad estacionados en fila. Sus conductores se acercaron para ofrecerles sus servicios; dos de ellos fueron afortunados, mientras que el tercero regresó a su vehículo a esperar, sabiendo que pronto llegaría alguien más. En este lugar las naves aterrizaban y despegaban con creciente regularidad.

Mennecken, Corlackis, Dusache y Svent no eran tan parecidos en aspecto como en inclinaciones. A los cuatro les gustaban el peligro, la violencia y el dinero. No estaban en el metrotel en el que habían dicho que estarían, pero a Stanton tampoco le sorprendió encontrarlos en el estadio. Mientras avanzaba por el túnel de acceso, entre las gradas, miró hacia el cuadrilátero y advirtió que estaba a punto de iniciarse un combate. Un hombre enorme de musculatura estimulada, aumentos gemelos que se unían mediante una banda sensorial sobre los ojos y un cráneo de ceramal que cubría sus orejas, se alzaba ante un hombre más pequeño de piel azulada. El primero iba armado con puños cuchilla, mientras que el segundo empuñaba un cuchillo de comando y un garfio. Ambos se movían en círculo, midiendo sus fuerzas. Los cuatro mercenarios estaban sentados junto al cuadrilátero, en las butacas húmedas, llamadas así por obvias razones. Stanton se acercó a ellos.

—El combate está un poco descompensado —comentó, sentándose detrás de los cuatro hombres.

Todos se giraron a la vez para mirarlo. Mennecken y Corlackis eran gemelos. Ambos tenían un aspecto impecable con sus trajes de ejecutivo, sus aumentos de cromo y su cabello corto y negro. Solo se diferenciaban en que Mennecken tenía el cuerpo de un levantador de pesos mientras que Corlackis era delgado. Ninguno de los dos había sido estimulado pues, en su opinión, la estimulación conducía a un exceso de confianza y deslucía a las personas. Dusache tenía el cabello moreno y rizado, estaba estimulado, solía vestir cuero y vaqueros y nunca había llevado aumentos, hasta ahora. Stanton advirtió que Svent también llevaba uno. A este último le gustaba hacerse con todas las ventajas mecánicas posibles, aunque consideraba que cualquier tipo de mejora biológica era una pérdida de tiempo. Parecía pequeño y débil, pero Stanton sabía que no lo era en absoluto: tenía los huesos reforzados y motores cibernéticos en las articulaciones. Era tan capaz de arrancarte el brazo como Dusache, aunque se sentiría inclinado a hacerlo más despacio.

—Blake quería ganar algo de dinero, pero ha cometido un error. El tipo pequeño es un *hooper* de Spatterjay. Resulta sencillo infravalorarlo —explicó.

Stanton observó a aquel hombre con más detenimiento y advirtió que la

coloración azulada se debía a las miles de cicatrices azules en forma de anillo que cubrían su cuerpo. Volvió a centrar su atención en los mercenarios y señaló hacia Dusache y Svent.

—¿Podéis explicarme la historia de esos aumentos? —preguntó. Ambos levantaron el brazo a la vez y tocaron los aumentos orgánicos que descansaban tras sus orejas. Esta respuesta simultánea le resultó escalofriante.

—Es buena tecnología —respondió Svent—. Puedes acceder a cualquier servidor con gran rapidez, e incluso entrar en las redes de las IA. Es casi como estar conectado; apenas se diferencia de una IA. Cuestan unos cien nuevos yenes, aparte del adaptador. Los fabrica Dragoncorp.

—Parecen biotecnología.

—En absoluto —respondió Svent—. Deberías conocerme mejor. Sabes que no me gustaría ni un yen en esa mierda.

—Hablando de yenes —dijo Corlackis en voz baja, mirando a Stanton con impaciencia.

Stanton se llevó la mano al bolsillo, sacó el zafiro y se lo lanzó. La mano del mercenario se movió con la rapidez de una cobra para coger la piedra preciosa. Tras observarla durante unos instantes, la dejó caer en el bolsillo superior.

—Es el pago inicial —dijo Stanton.

—Eh, yo no lo he visto —protestó Dusache.

—Cien mil chelines de Nueva Carth —explicó Corlackis—. Lo romperé en el banco del hotel y os daré vuestra parte.

Dusache se relajó y volvió a centrar su atención en el combate. Todos dirigieron sus miradas hacia el cuadrilátero, pues ahora llegaba el sonido de metal contra metal. Los dos luchadores estaban muy cerca, intentando golpear a su adversario. Blake lo consiguió y hundió su puño cuchilla en el estómago del *hooper*. *Ya está*, pensó Stanton, pero entonces, el hombrecito clavó su garfio en el hombro de Blake, lo ensartó en su clavícula, se acercó un poco más y empezó a atacarlo con el cuchillo. Blake consiguió asestarle un par de golpes más, pero no parecieron tener ningún efecto en el *hooper*. El hombrecillo, a pesar de tener enormes cortes por todo el cuerpo, no parecía estar perdiendo sangre; en cambio, Blake sangraba a raudales. Con un débil gemido, este cayó al suelo y permaneció allí tendido, emitiendo horribles jadeos. Entonces el *hooper* liberó su garfio y se alejó, sosteniéndolo en lo alto. Mientras el público aplaudía, Stanton vio que un robot médico se deslizaba a toda velocidad desde un lateral y empezaba a conectar bloqueadores y tubos en la carne despedazada de Blake.

—Tendrá que someterse a una importante soldadura de células —comentó Dusache—. Blake va a entrar en bancarrota.

—Ese *hooper* tiene una ventaja biológica que merece la pena considerar —dijo Corlackis, mirando a Svent.

—¿De qué se trata? —preguntó Stanton.

—Son parásitos fibrosos que unen sus cuerpos de tal forma que parecen formar una cuerda de nylon. Es un viejo *hooper*, de unos dos siglos diría yo. Aunque parezca increíble, el parásito es natural. ¿Ves las marcas de su piel? Cayó al mar de su planeta natal y estuvo a punto de ser devorado vivo por las sanguijuelas que vivían en él. Seguramente, así fue como lo consiguió. Creo que todo esto tiene algo que ver con el ciclo vital de ese lugar. Recursos alimenticios reutilizables para las sanguijuelas o algo similar...

—¿Cómo puedes llamar ventaja biológica al hecho de ser devorado por sanguijuelas? —preguntó Svent—. Hay que limitarse a la tecnología. Con ella sabes a qué atenerte... sabes que no va a mutar ni a devorarte la cara.

Todo esto es muy interesante, pensó Stanton, mientras miraba a Svent. ¿Por qué no se creía nada de lo que decía aquel mercenario? Se levantó y observó al *hooper*, que estaba abandonando el cuadrilátero. Entonces volvió a mirar a los cuatro hombres.

—Esta noche me reuniré con Pelter en The Sharrow. Estad allí.

Acto seguido abandonó el estadio. Los cuatro lo siguieron con la mirada, pero pronto centraron su atención en Blake, pues lo estaban sacando del ensangrentado cuadrilátero, sondado y entubado, pero vivo. En cuanto se hubo ido, Corlackis se volvió hacia Svent, que parecía irritado.

—De acuerdo, quitadlo de mi parte... Joder, voy a tener que hablar con Blake.

Tenkian (Algin): *Nacido en Marte en el año 2151 durante la crisis separatista joviana, fue adiestrado en las áreas de la metalurgia y en la entonces joven ciencia de la dinámica de los campos de fuerza. A la edad de diecinueve años, tras graduarse en el IVT (Instituto Vikingo de Tecnología), fue reclutado por los separatistas jovianos y pronto pasó a su división armamentística. Cuatro años después, cuando este grupo inició acciones terroristas, se sintió desilusionado por sus métodos y decidió entregarse a Seguridad de la Tierra en Fobos. Allí cumplió dos años de una condena de diez y, tras su liberación, se unió a STC (según se dice, bajo coacción), donde trabajó durante seis años y fue el responsable de los avances de la pistola de pulsos iónicos. A la edad de treinta y dos se unió a JMCC, donde desempeñó un papel esencial en el desarrollo de la cizalla eléctrica. Abandonó el complejo de JMCC tras haber trabajado en él durante un lustro y, tres años después, regresó a Jocasta como diseñador y fabricante de armas esotéricas. Ha sido el inventor de la «Araña Asesina», el «Cuchillo Comadreja» y el cristal de cadena, y también el primero en instalar micromentes programables en las armas de mano. Hoy en día, la mayoría de sus armas se consideran piezas de coleccionista y se utilizan con poca frecuencia.*

Extraído de La Guía de las Armas

Avanzaban con dificultad, con las cabezas agachadas bajo un viento que arrojaba contra ellos cristales de hielo que parecían bolitas de acero. Les resultaba imposible caminar más deprisa, aunque todos estaban ansiosos por llegar a la lanzadera antes de que el tiempo empeorara. Mika resbaló en el hielo y Thorn la ayudó a levantarse. Antes de continuar, el esparcano inspeccionó su traje térmico: una simple caída y un pequeño roto podían significar la pérdida de una extremidad o incluso la muerte. A esa temperatura, la carne se congelaba en un abrir y cerrar de ojos.

Lograron llegar a la lanzadera sin nuevos incidentes. Jane se dirigió a la cabina mientras la puerta exterior se cerraba, dejando atrás el matraqueo de los cristales de hielo. Tras activar la AG y conectar los impulsores, la lanzadera se volvió contra el viento mientras un suave rugido envolvía el casco. Cormac se preguntó cuántos daños podía provocar al equipo que transportaban un lugar como ese. Por supuesto, tendría que preguntarlo.

Transcurrieron diez minutos antes de que las capas externas de sus trajes se hubieran calentado lo suficiente como para que pudieran tocarlas sin correr ningún peligro. Cuando se quitaron las máscaras, su aliento onduló en el frígido aire. Los calefactores todavía no habían conseguido que la temperatura superara los cero grados Celsius. Cormac examinó la gélida lente de ceramal, en cuyo interior

descansaba la submente, antes de guardarla en la bolsita del cinturón de herramientas de su traje. Tras mirar a Mika, que tenía el ceño fruncido y estaba absorta en sus pensamientos, centró su atención en Gant y Thorn, que ya se habían quitado los guantes y estaban comprobando sus armas.

—No estéis demasiado preparados para disparar —les advirtió.

—Nosotros siempre estamos preparados, pero nunca ansiosos —respondió Thorn, arrastrando las palabras. Entonces, señaló con la cabeza la funda que llevaba Cormac en la manga—. Bonita pieza. ¿Puedo verla?

Cormac miró la funda con recelo, pero la desató y se la tendió. Cuando el soldado pasó un dedo por el gélido panel de control, se oyó un débil chasquido y empezó a centellear una lucecita roja. Thorn cogió la estrella de cinco puntas de acero cromado y la contempló con admiración, aunque con cierta cautela.

—Las cuchillas también son de cristal de cadena. Es una pieza exclusiva. —Le pasó el arma a Gant—. ¿Es una Tenkian?

—Sí —respondió Cormac.

—¿Qué diámetro de corte tiene con las cuchillas auxiliares extendidas por completo? —preguntó Gant.

—Veinticinco centímetros —respondió Cormac.

—¡Joder! ¿Alguna vez la has utilizado de esa forma?

—Solo una.

—Seguro que cortaste a aquel tipo por la mitad.

—No, nunca hay necesidad de utilizarla en toda su extensión contra un adversario humano. La usé contra un Thrake. —Cormac se interrumpió, intentando buscar otro tema de conversación—. Esos hijos de puta parecen cochinitas, pero tienen el tamaño de un elefante.

Gant asintió y siguió inspeccionando el arma.

—Vínculos masculinos —susurró Chaline a Mika, sacudiendo la cabeza. Mika dejó de fruncir el ceño y esbozó una sonrisa antes de empezar algún trabajo en su pantalla de notas.

Gant cogió la funda que sostenía Thorn y guardó el shuriken en su interior.

—No es simplemente una Tenkian; también dispone de un procesador eléctrico —comentó, devolviéndole el arma a Cormac—. Un arma como esta no puede ser barata.

Cogió un cigarrillo y lo encendió.

Cormac volvió a atar la funda a su brazo, apreciando la ironía de la situación: era posible hablar con una persona sin que hubiera una IA en segundo plano proporcionando información sobre ella, y también era posible aprender muchas cosas sobre esa persona... cosas que una IA no podía contarte. ¿Qué había aprendido? Había aprendido que esos dos soldados conservaban su personalidad bajo un rudo profesionalismo: Thorn con su falso acento inglés que había tomado prestado de otra época y Gant con su tabaco y sus bruscas maneras. Era consciente de que estaba con

dos hombres que habían sido deshumanizados y que ahora reclamaban esa humanidad. Otro de los toques de Blegg. Cormac resopló al recordar la última conversación que había mantenido con Angelina antes de matarla. ¿Cómo se las había arreglado para perder de tal forma el contacto con la realidad? Se dio cuenta, en retrospectiva, de que era afortunado de seguir con vida.

—Deberíamos llegar en unos cinco minutos. Es un centro de acuicultura situado en los límites del lugar de la explosión. Hará bastante frío, pero los trajes podrán soportarlo, siempre y cuando esas tormentas no provoquen una lluvia radiactiva.

—¿Y qué hay de ti? —preguntó Cormac.

—Si no me quedo aquí, tendré que pasarme la semana entera desintoxicándome.

Era una forma agradable de describirlo. Cormac sabía que si los acompañaba, seguramente necesitaría una sustitución corporal.

—¿Hay más información sobre la fuente de calor?

—No demasiada. El *Soberbia* ha detectado dos fuentes de calor de una masa similar a la humana. Podría haber supervivientes.

—¿Y si no lo son?, se preguntó Cormac.

—Si hay supervivientes tan cerca del lugar de la explosión, estarán prácticamente muertos —comentó Chaline—. Espero que al menos puedan contarnos qué le ocurrió al runcible... si es que lo saben.

Cormac le dio la espalda y observó a Mika, que había dejado a un lado su pantalla de notas y había abierto la caja que sostenía en su regazo. De esta sacó un instrumento que parecía una antorcha plana, en cuyo extremo más amplio había un pequeño panel táctil y una pantalla. Había visto un objeto como ese en la época en que fue enviado a un planeta que se había separado del Régimen e, inmediatamente, tres de sus continentes habían entrado en guerra. Era un diagnóstico manual. Cubría una amplia gama de casos, desde cuántas masas de metal radiactivo había alojadas en un paciente hasta qué venenos corrían por su sangre o qué agentes víricos devoraban su rostro. Aunque antes no lo había creído posible, puede que ahora Mika tuviera la oportunidad de utilizar ese instrumento.

—Estamos aproximándonos a la instalación.

La lanzadera descendió y los propulsores invirtieron su movimiento para reducir la velocidad. Entre los remolinos de nieve alcanzaron a ver atisbos de tres largos edificios que parecían tuberías medio enterradas.

—Se encuentran en el edificio central. *Soberbia* dice que allí hay una fuente energética de algún tipo que no está siendo utilizada para proporcionar calor. Seguramente llevan puestos trajes térmicos. Al menos, eso es lo que indican los niveles de calor.

La lanzadera se detuvo en el aire y, usando la AG e impulsos azulados de retrollama, Jane la acercó lo máximo posible al edificio. Descendieron entre una sibilante tormenta; los cristales de hielo golpeaban el casco sin cesar. En cuanto tocó tierra, la nave se deslizó lateralmente un par de metros antes de que la AG se

desconectara por completo y todo el peso de la lanzadera descansara sobre el suelo.

—No puedo aterrizar en el otro lado —dijo Jane—. Tendréis que caminar un buen trecho hasta llegar a la entrada. Tened cuidado; aquí, las condiciones atmosféricas son peores.

Cormac hizo una mueca a Thorn, y este lo imitó antes de cubrirse el rostro con la máscara. A veces, los Gólems eran demasiado condescendientes. En cuanto todos se hubieron puesto las máscaras y los guantes, Gant pulsó el control de la puerta y retrocedió. El viento aullaba en el exterior y, aunque solo la había abierto unos milímetros, los duros cristales de hielo entraron silbando en el interior de la nave y golpearon todas las superficies.

—¿No deberíamos atarnos? —preguntó Chaline.

—No será necesario —respondió Thorn—. Solo tenemos que recorrer unos metros y este viento no puede levantarnos del suelo.

Tras observarlo durante un prolongado momento, Chaline abrió la marcha de mala gana. Cormac no necesitaba ver la expresión de su rostro para saber que tenía dudas. Él mismo tenía sus propias reservas sobre la seguridad del grupo, pero también sabía que Thorn y Gant se negarían a ir atados en una situación potencialmente hostil. Querían tener libertad de movimientos.

El plastigón resquebrajado por el frío que había bajo sus pies estaba cubierto de hielo, como una capa de plexiglás repleta de arañazos. Los cristales que transportaba el viento habían erosionado considerablemente esta capa de hielo y, por lo tanto, no resbalaba. La puerta se encontraba a escasos metros de distancia, pero el viento soplaba con tanta fuerza que les parecieron kilómetros.

—Esta puerta también está atrancada —dijo Chaline cuando llegaron al edificio.

Gant y Thorn intentaron abrirla, pero no se movió. Por señas, Gant indicó a Thorn que se retirara y sacó su arma de mano. Cormac advirtió que era un modelo estándar de la JMC 54, la versión militar de la pistola ligera que había utilizado en Cheyne III. Esta arma, que disparaba pulsos campoacelerados de polvo de aluminio ionizado, era muy efectiva.

Se produjo un destello en forma de arco. Al instante, la combada y humeante puerta se desplomó sobre una nave central, entre hileras de plantas congeladas. Todos entraron para resguardarse del viento.

—Más bruto que Jane, pero igual de efectivo —bromeó Cormac.

Gant rió entre dientes mientras se colocaba delante de sus compañeros, acompañado por Thorn.

—¿Recibes nuestra señal, Jane? —preguntó Chaline.

—Sí, os tengo —respondió el Gólem.

—¿A qué distancia nos encontramos de las fuentes de calor?

—A quinientos metros, aproximadamente. No se han movido. ¿Habéis encontrado algo interesante?

—Todavía no.

A veinte metros de la puerta encontraron el primer cadáver... o mejor dicho, el primer medio cadáver. Yacía en el suelo. Su mitad inferior había desaparecido y la superior estaba tan chamuscada que era imposible saber si era hombre o mujer. Sus blancos dientes presentaban un sombrío contraste frente a su ennegrecido rostro calcinado.

—¡Jesús!

Había sido Chaline, pues no era la primera vez que los esparcanos veían este tipo de cosas. Mika se arrodilló junto al cadáver y lo examinó con atención. Cuando tiró de los labios quemados para tener una mejor perspectiva de los dientes, los labios se rompieron en pedazos. Chaline sintió náuseas. Mika sostuvo el aparato de diagnóstico contra el estómago, donde la carne no se había quemado y era dura como el mármol.

—Hembra, extremadamente radiactiva. Yo diría que la explosión la mató.

—Entonces fue rápido —comentó Gant.

—No necesariamente... Es extraño...

Cormac se acercó y la miró.

—¿Qué ocurre?

—Parece que su mitad inferior fue cortada después de haberse carbonizado. Supongo que eso podría deberse...

Mika miró hacia arriba y después a su alrededor. No había ningún daño evidente en el edificio en el que se encontraban ni en las proximidades. Cormac se arrodilló e inspeccionó el cadáver. A continuación, volvió a mirar a Mika.

—Mira esto —la mujer señaló los órganos y el músculo seccionados—. Tuvieron que hacerlo con algún tipo de cizalla después de que se congelara. ¿Ves? No hay fluidos.

Gant se inclinó junto a ellos.

—¿Y por qué haría eso una persona? —preguntó.

Cormac sabía perfectamente que era una pregunta retórica. Se levantó.

—Pronto lo averiguaremos —respondió—. Será mejor no hacer conjeturas.

Siguieron avanzando y encontraron otro cuerpo en unas condiciones similares. Más tarde hallaron una pila de cinco cadáveres que parecían formar una escultura infernal, aunque ninguno de ellos estaba quemado. Mika los examinó detenidamente, aunque con cierta dificultad, puesto que habían formado un bloque al congelarse.

—Hipotermia. La mayoría murieron congelados. —Señaló el cadáver que se encontraba justo en el centro del montón. Era un hombre imposiblemente delgado, con la piel de color azul oscuro—. Es un descableado. Seguro que estaba en un área de una gravedad inferior cuando la AG se interrumpió. Tiene el cuello roto.

—De acuerdo, ¿pero quién los apiló aquí y por qué? —preguntó Gant. Cormac deseó que el soldado pudiera ver su airada mirada. Siguieron caminando hasta que Jane se puso en contacto con ellos.

—Una de las fuentes de calor se está moviendo. Se dirige hacia vosotros.

Gant habló con rapidez.

—Esto ha dejado de ser un asunto científico. ¿Qué nos recomiendas, agente?

—Salgamos de la nave central. Nos esconderemos y esperaremos a ver qué ocurre —respondió Cormac.

Chaline no puso ninguna objeción. Estaba muy callada desde que habían encontrado el primer cadáver.

Avanzaron lateralmente hasta una nave secundaria y se agazaparon tras las artesas de fluido hidropónico congelado en donde crecían tomateras, conscientes de que se romperían en pedazos al menor contacto. Gant y Thorn tenían las armas listas para disparar. Cormac acercó la mano a su shuriken.

—Ya está cerca de vosotros, a unos cien metros —les informó Jane. Esperaron en tenso silencio.

—Cincuenta metros.

—Escuchadme —dijo Cormac—. Que nadie hable por la radio hasta que yo indique lo contrario. Ojalá se le hubiera ocurrido antes. Si quienquiera que se aproximaba a ellos disponía de radio, sabría dónde estaban.

La figura que avanzaba con pesadez por la nave central parecía un humano envuelto en todos los materiales que había sido capaz de encontrar. Cormac sabía que no podía ser humano, a no ser que debajo de todas aquellas capas llevara un traje térmico. El material en sí era algún tipo de malla plástica; probablemente, lo único que había podido encontrar que no se debilitara con el frío pues, a estas temperaturas, la ropa normal se rompía en pedazos. Siguió observándola, buscando señales de que los hubiera visto, pero la figura continuó avanzando lentamente, mirando al frente. Cuando pasó por delante de la nave transversal en la que se escondían, las sospechas de Cormac quedaron confirmadas: las rodillas de la criatura eran más altas que las de un humano y se doblaban en dirección contraria. Caminaba como un pájaro.

¿Dónde...?

La figura no tardó en llegar a la pila de cadáveres. Con el crujido de la carne al romperse, cargó uno sobre su espalda como si fuera de madera ligera y, dando media vuelta, empezó a desandar sus pasos.

—No tiene radio —comentó Cormac.

—¿Qué diablos era eso? —preguntó Gant.

En esta ocasión, era una verdadera pregunta. Cormac intentaba localizar un recuerdo extraviado. ¿Dónde había visto una criatura que caminaba como aquella?

—No lo sé, pero estoy seguro de que tuvo algo que ver con la destrucción del runcible. La seguiremos. Intentad no hacer demasiado ruido. Puede que no disponga de radio, pero seguro que tiene orejas.

En cuanto estuvo a veinte metros de ellos, empezaron a seguirla.

—Os agradecería que me la describierais —comentó Jane.

—Es similar a un hombre —dijo Mika—, pero las articulaciones de la rodilla son más bajas y están invertidas.

—¿Qué estarán haciendo con los cadáveres? —preguntó Chaline.

Cormac la miró. Ella aún no se lo había imaginado y él no estaba dispuesto a empezar a escupir teorías. Se preguntó cómo sería disfrutar de semejante ingenuidad.

La siguieron hasta una zona en la que todas las artesas habían sido empujadas contra las paredes. Al llegar allí, la criatura arrojó el cadáver al suelo. Chaline tuvo arcadas cuando un brazo se desprendió y sus dedos se rompieron como si fueran de porcelana. La criatura se acuclilló y cogió un artefacto similar a la paleta de un albañil que utilizó para cortar en pedazos el brazo. Todos oyeron un gemido por el intercomunicador.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Chaline. Todos la ignoraron.

—Parece una especie de cizalla eléctrica —comentó Thorn. Entonces señaló la hilera de cubos negros a la que estaba conectado el aparato—. Baterías de fabricación casera. Solo Dios sabe de qué estarán hechas.

—Y si no me equivoco, eso es un horno de microondas —añadió Cormac, señalando una caja cilíndrica de metal que había en el suelo.

La criatura abrió la caja y arrojó en su interior los pedazos de brazo humano.

—Está... está cocinando... —Chaline fue incapaz de continuar.

—A esta temperatura, es más probable que lo esté ablandando —comentó Thorn, a quien no parecía molestarle en absoluto lo que estaba viendo—. La carne humana debe de ser la única forma de proteína y grasas que hay en los alrededores. La mayor parte de las reservas debieron de ser destruidas y las que quedaban debieron de terminarse hace tiempo.

Cormac observó las plantas que había a su alrededor. Thorn siguió su mirada.

—No les serviría de nada descongelar materia vegetal. Sería un desperdicio de energía. Teniendo toda esta carne alrededor, el esfuerzo no merece la pena —comentó el agente.

—¿Qué tipo de criatura puede sobrevivir a base de carne humana radiactiva? —preguntó Gant.

Cormac tenía la terrible sospecha de que debería saberlo.

—¡Oh Dios!

Cormac miró a Chaline con irritación, pero esta no estaba mirando la escena que se desarrollaba ante ellos, sino algo que había a sus espaldas. Cormac se giró milésimas de segundo antes que Gant para descubrir que tras ellos se alzaba una segunda criatura que parecía llevar un rato observándolos. Gant levantó su pistola, pero Cormac ya tenía el shuriken en la mano, ante él. El arma centelleó en el aire con sus cuchillas de cristal de cadena plegadas. Se oyó un crujido y Gant blasfemó cuando su pistola se estrelló con estrépito contra el suelo. Cormac apoyó una mano en Thorn para refrenarlo mientras el shuriken revoloteaba en el aire, sobre sus cabezas. Cuando el esparcano bajó su arma, Cormac pulsó el botón de anulación de la funda y el shuriken regresó a su lugar, feliz de poder resguardarse del frío.

—Sin violencia —ordenó. Intentando suavizar un poco el tono, añadió—: Están comiendo cadáveres, no matando a personas vivas. Todos se levantaron lentamente.

Cormac miró atrás y vio que la otra criatura también los había visto y se estaba incorporando.

—Bien, regresaremos a la lanzadera. Puede que nos sigan y puede que no; no podemos obligarlos. Si vienen, les permitiremos subir a bordo.

—¿Qué son, Cormac? —preguntó Chaline.

Deseaba responderle... pero antes tenía que asegurarse. Si eran lo que creía que eran, eso significaría que había muchísimas más preguntas que tendría que responder, como por ejemplo dónde se encontraba ahora cierta criatura extragaláctica cuyo cuerpo estaba formado por esferas de carne de cuatro kilómetros de ancho dispuestas en hilera, o cómo había sobrevivido dicha criatura a una explosión de antimateria. Pero eso era otra historia, una que sospechaba que pronto tendría que contar.

—No lo sé con certeza —respondió—. Ya lo averiguaremos en la lanzadera, si nos siguen.

Los cinco empezaron a retroceder. Gant recogió su pistola y la guardó en la funda. Mientras se acercaban a la segunda criatura, esta se hizo a un lado para dejarlos pasar y, en cuanto todos lo hubieron hecho, se giró para observarlos. Su compañera se reunió con ella y Cormac les indicó por señas que los siguieran. Lo hicieron al instante.

—¿Son peligrosas? —preguntó Gant.

—Lo único que puedo decir es que no nos han atacado. Sea cual sea la razón por la que están aquí, son supervivientes, y nosotros hemos venido a rescatar a los supervivientes que...

Pronto llegaron a la puerta del edificio y recorrieron con dificultad la distancia que los separaba de la lanzadera, bajo una ventisca que empeoraba por momentos.

—¡Deprisa! —dijo Jane—. Va a caer lluvia radiactiva.

Cormac miró atrás y vio que las dos criaturas vacilaban en la puerta. Quizá estaban llegando a su límite; puede que en el exterior hiciera demasiado frío para ellas. Volvió a indicarles que los siguieran y señaló la lanzadera. Se pusieron en marcha. La tormenta no parecía entorpecer sus laboriosos andares. En un momento, los cinco estuvieron junto a la nave. Jane abrió la puerta y los ayudó a entrar. Cormac esperó con ella en la entrada a que llegaran las criaturas y, en cuanto todos estuvieron en el interior, la puerta se cerró. Las criaturas se quedaron allí de pie, esperando.

A medida que aumentaba la temperatura, la lanzadera se fue llenando de vapor de dióxido de carbono. Pronto, el suelo que había alrededor de las criaturas se llenó de esquirlas de hielo que se habían desprendido de sus mallas de plástico. Cuando la temperatura alcanzó los 250 grados Kelvin, -23 grados centígrados, Cormac se quitó la máscara y los guantes. Las criaturas lo imitaron y las prendas que los cubrían se rompieron como papel secante húmedo.

—No llevan trajes térmicos debajo. En vez de sangre, deben de tener anticongelante en las venas —comentó Thorn.

Todos los demás guardaron silencio mientras las criaturas se desprendían de su

ropa, hasta que por fin quedaron desnudas ante ellos. Cormac asintió para sus adentros, pues todas sus sospechas recientes habían quedado confirmadas y estaban siendo reemplazadas por otras nuevas. ¿Blegg lo sabía? Ese viejo cabrón le había dicho que él era el candidato perfecto para esta misión.

Eran unas criaturas similares a los hombres, aunque su piel era verde (excepto alrededor del estómago, el interior de las piernas y debajo de la barbilla, donde amarilleaba) y estaba cubierta de escamas del tamaño de las uñas de las manos. Eran lampiñas, tenían unos ojos tres veces más grandes que los humanos y carecían de orejas, aunque en los puntos pertinentes se abrían sendos agujeros. En sus cabezas de sapo no había narices y bocas humanas, sino hocicos, y sus manos tenían tres dedos provistos de garras. Con cautela, Mika se aproximó a ellas y analizó las lecturas de su aparato de diagnóstico durante un largo momento, en absoluto silencio.

—No recibo una lectura correcta —dijo finalmente—. Necesitaremos el laboratorio del *Soberbia*.

—No me sorprende —comentó Cormac—. Y tampoco me sorprendería que allí también recibieras unas lecturas bastante extrañas. Verás, no creo que estén realmente vivas.

Mika lo miró y esperó.

Antes de continuar, Cormac observó a Jane, que mantenía un ojo fijo en sus dos visitantes.

—Me preguntaste qué eran. Verás, hace mucho tiempo, un paleontólogo llamado Dale Russell decidió llevar a cabo un experimento. Se preguntaba cómo habrían evolucionado los dinosaurios si no hubieran sido reemplazados por los mamíferos. Para su modelo básico cogió a un dinosaurio llamado estenonicosauro y, a partir de él, desarrolló lo que él denominó el dinosauroide. Estas criaturas son algo similar.

—Pero no son dinosauroides —comentó Mika.

—Oh, no —respondió Cormac—. Creo que estas fueron creadas a modo de burla, a modo de lección o por alguna otra razón insondable. Solo he visto una en toda mi vida... y en aquel entonces di por sentado que era única. Decidí bautizarla como draco. —Cormac se frotó los ojos con la mano. De repente, se sentía muy cansado—. Veréis, fueron creados por un dragón extragaláctico que pudo haber muerto hace un cuarto de siglo.

Cuando se volvió para mirarlos, advirtió que todos lo observaban con incredulidad. Todos excepto Mika, que asentía sabiamente.

—Aster Colora —dijo esta—. El Monitor. La explosión contraterrena. En aquel entonces yo solo tenía cinco años, pero nunca he podido olvidar la historia. Lo convirtieron en un holodrama: «El Dragón en la flor», y también se publicó un libro llamado «El mensaje de Dragón».

Cormac suspiró aliviado. Alguien más conocía la historia. Se volvió hacia las dos criaturas.

—Tendremos que descontaminarlas de algún modo. Creo que será buena idea

mantenerlas aisladas. Ahora debemos regresar. *Soberbia* os pondrá al corriente de la historia de Dragón.

En ese momento, uno de los dracos se estremeció y sus pupilas perforadas se cerraron en Cormac. Entonces le sonrió, mostrándole un montón de dientes blancos y afilados. Su aliento olía a carne cruda.

Cristal de Cadena: *Es un cristal formado por una cadena de moléculas de silicio. Dependiendo del tratamiento térmico y de la técnica de neutralización empleados, este cristal tendrá unas propiedades concretas, entre las que se incluyen las de cualquier otro material que lo haya precedido. Las cuchillas de cristal de cadena pueden ser tan duras como el diamante, más afiladas que un sílex recién tallado y tener una elasticidad ligeramente superior a la del acero cromado. Además, el cristal de cadena carece de la fragilidad de su tocayo. Algin Tenkian, el inventor de este material, se hizo obscenamente rico.*

Tras cumplir su irrisoria condena en la prisión de Fobos y otra condena más larga en STC (que podría describirse como un curso de experiencia laboral), Tenkian acabó desempeñando un cargo principal en JMCC. Aunque se entregó a STC porque despreciaba la violencia extrema que habían adoptado algunos grupos separatistas, siguió siendo un ardiente defensor de la causa. Sin embargo, en cuanto abandonó JMCC y se fue a Jocasta, cortó todos sus vínculos con la Causa. En aquel entonces ya se decía que su fortuna personal, derivada de las regalías del cristal de cadena, había rebasado la marca de los mil millones. Este hecho demuestra la teoría de que una gran inyección de dinero cura la mayoría de las formas de fanatismo.

Extraído de Biografías en Miniatura

Pelter percibió su presencia al instante y solo pudo preguntarse qué esperaban conseguir. ¿Creían que podrían robarle, estando el Señor Grúa justo a sus espaldas? Abandonó la acera y cruzó la profunda torrentera hasta llegar a la piedra compacta y fundida de lo que antaño había sido una carretera para hidrocoches. Grúa lo siguió, manteniéndose a una distancia de dos pasos, como había hecho desde que habían llegado a este lugar. Al otro lado de la calzada, Pelter vio el reflejo de ambos en el oscuro escaparate de una tienda. Los hombres vacilaron, pero pronto corrieron tras él. Esbozando una sonrisa perversa, el separatista avanzó hasta el siguiente escaparate. Estaba bien iluminado, así que pudo contemplar los objetos que había expuestos en su interior. Le hizo gracia que se tratara de una tienda de armas. Observó las diferentes pistolas de proyectiles y los láseres de mano. En este lugar no había nada para él. Necesitaba algo más potente. Miró a un lado.

Los hombres se habían detenido más atrás, en la acera, y estaban de pie, observándolos. Pelter se volvió hacia ellos y se cruzó de brazos. Ambos parecían estimulados, tenían la cabeza afeitada y vestían prendas similares en lo que respectaba a su utilidad: trajes espaciales ajustados de color verde, repletos de bolsillos y sutiles protecciones blindadas. En las cartucheras del estómago llevaban

pistolas de pulsos y en sus botas envainaban grandes cuchillos. Aunque parecían fuertes, el Señor Grúa podría aplastarlos en un abrir y cerrar de ojos. Con una especie de amargo placer, Pelter deseó que fueran lo bastante estúpidos como para intentar algo.

—¿Y bien? —gritó, cuando se cansó de esperar.

Ambos hombres se miraron entre sí y empezaron a acercarse. Tras dar instrucciones al Señor Grúa, Pelter aceptó el maletín que este le entregó. El androide no necesitaba recibir instrucciones sobre lo que tenía que hacer, sino más bien sobre lo que no debía hacer. Pelter esperó. Los desconocidos no intentaron desenfundar sus armas, aunque tampoco les habría servido de mucho. Cuando estuvieron a unos pasos de Grúa se detuvieron, vacilantes.

—¿Arian Pelter? —dijo el de la izquierda.

No le dio tiempo a decir nada más porque Grúa dio dos enormes zancadas tan rápidas que su ropa chasqueó y, antes de que pudieran hacer algo más que mirarlo boquiabiertos, había cerrado los puños sobre la parte delantera de sus trajes espaciales y los había levantado del suelo. Entonces, dio media vuelta y los lanzó contra el escaparate de vidrio templado.

—Antes de que el Señor Grúa los mate, me gustaría averiguar cómo han sabido mi nombre.

—El jefe... el jefe —dijo uno de ellos, entre jadeos.

—¿Cómo han sabido mi nombre? —repitió Pelter, con voz y expresión vacías. El otro habló con rapidez.

—Acompáñenos a verlo —graznó. Tenía ambas manos alrededor de la mano con la que Grúa lo sujetaba y estaba mirando a los ojos negros del androide.

—¿Por qué iba a hacer eso? —preguntó Pelter.

—Porque usted y él comparten el mismo interés por un lugar llamado Samarcanda.

Pelter miró a aquel tipo durante un largo momento. Entonces levantó el brazo y tocó el aumento. El Señor Grúa los bajó al suelo y, casi a regañadientes, los soltó y retrocedió. Mientras se colocaban bien la ropa, Pelter volvió a entregar el maletín al androide. Los desconocidos esperaron a que dijera algo, pero Pelter se mantuvo en absoluto silencio.

—Entonces... venga por aquí —dijo el primero. Con cautela, se alejó del alcance del Señor Grúa y se puso en marcha.

Pelter no entendía por qué aquel hombre estaba tan gordo. Tenía la certeza de que en este planeta no se producían interrupciones en el suministro de alimentos, de modo que no había ninguna necesidad de almacenarlos internamente. Ese tipo de cosas solo eran necesarias en mundos muy primitivos. El hombre gordo no llevaba ningún aumento de reptil tras la oreja, como los dos tipos que lo habían traído hasta allí, pero

tenía un aspecto algo reptiliano, pues su piel brillante se estriaba en pequeños diamantes que parecían escamas. Tras observarlo durante un largo momento, Pelter se volvió para observar a los otros dos hombres. Estaban apostados a ambos lados de la puerta blindada, pero no le preocupaba. El Señor Grúa, que se encontraba a unos pasos de la puerta, no tendría ningún problema en sacarlo de allí si las cosas se ponían feas.

—¿Arian Pelter? —dijo el hombre gordo.

—Soy yo... y siento curiosidad por saber cómo se ha enterado —respondió.

—Por favor, tome asiento. —El hombre le señaló una silla situada delante de su escritorio.

Pelter se acercó y se sentó. En cuanto el Señor Grúa se situó detrás de él, le ordenó que se girara para poder ver a los hombres que estaban apostados en la puerta.

—No ha respondido a mi pregunta.

—Estoy aquí para ayudarle.

—¿Y podría saber quién es usted? —preguntó.

—Puede llamarme Grendel —respondió el hombre, esbozando una pequeña sonrisa como si se tratara de una broma privada.

—Bueno, Grendel, hay ciertas cosas que necesito hacer... y sus hombres me han dicho que compartimos cierto interés. La única razón por la que estoy aquí es porque mencionaron un lugar llamado Samarcanda.

—Sí, estoy interesado en Samarcanda, pero antes me gustaría que aclaráramos por qué estamos teniendo esta conversación. —Grendel hizo una pausa y pareció escuchar a una voz invisible—. Tanto mi cliente como usted tienen un interés especial por ese lugar. Dicho interés es Ian Cormac.

Pelter se miró los puños, que acababan de cerrarse con fuerza. Momentos después abrió las manos y alzó la mirada. La pistola ligera volvía a revolotear por los límites de su visión.

—Hable, y hágalo de prisa —musitó, con los dientes apretados.

A sus espaldas, el Señor Grúa movía la cabeza como un pájaro mientras miraba a cada uno de los hombres apostados en la puerta.

—Antes, creo que debo decirle que no es necesario que siga buscando todo aquello que necesita para seguir adelante con sus planes. Dispongo de todas esas cosas que el Régimen mira con desagrado.

—No se lo volveré a preguntar... —advirtió Pelter.

—Como desee. Usted desea matar a Ian Cormac, y yo puedo ayudarle.

Algo frío apoyó su mano en la nuca de Pelter.

—Adelante.

—Mi cliente lo ayudará. A través de mí, le proporcionará todas las armas por las que usted esté dispuesto a pagar... pero supongo que eso ya lo esperaba. También podrá ayudarle de muchas otras formas. Usted tiene la determinación y la habilidad de negociar con Ian Cormac, pero carece de una fuente de información apropiada.

—Puedo conseguir información —dijo Pelter, con voz tensa.

—¿De verdad? —preguntó Grendel—. ¿Como por ejemplo que, en estos momentos, Ian Cormac se encuentra en un pequeño transportador sobrevolando Samarcanda y que va acompañado de soldados esparcanos?

Pelter guardó silencio durante unos instantes. El Señor Grúa permaneció completamente inmóvil.

—Ese... tipo de información solo puede proceder de una red de IA —dijo—. Las únicas personas que pueden obtenerla tienen que estar conectadas. ¿Está usted conectado? Si es así, eso significa que usted es un STC y que está a punto de morir.

Grendel sonrió.

—No son las conexiones que usted cree. ¿Le importaría echar un vistazo a esto?

Grendel abrió su compartimiento y sacó de su interior algo que depositó cuidadosamente sobre la superficie de su escritorio. Era uno de esos aumentos reptilianos tan extraños, como los que llevaban Svent y Dusache. Pelter tuvo la impresión de que estaba vivo.

—Esto no me sirve de explicación.

—No me ha preguntado quién es mi cliente —comentó Grendel.

—De acuerdo. ¿Quién es su cliente?

Grendel respondió a su pregunta.

Bajo un techo dorado y barroco, The Sharrow proporcionaba prácticamente cualquier diversión por la que estuvieras dispuesto a pagar. Las plataformas de restaurantes se alzaban sobre una zona de bar muy animada por la que se diseminaban varias barras circulares, para que la clientela nunca estuviera demasiado lejos de su siguiente copa. De aquí salían varias cavernas que conducían a las salas de juego, a los burdeles y a otros lugares que proporcionaban entretenimientos más esotéricos. La humilde versión de The Sharrow de un cuadrilátero de boxeo estaba suspendida del techo mediante cadenas. Espeluznantes crustáceos del tamaño de un hombre se golpeaban entre sí en un tanque cilíndrico de cristal blindado, librando una batalla infinita. Cada vez que uno de ellos se rompía en pedazos caía al fondo del tanque, donde otros crustáceos de menor tamaño volvían a ensamblarlo. Si dichas criaturas podían considerarse o no seres vivos estaba sujeto a debate, pues se encontraban en aquella línea gruesa y muy confusa que separaba la biotecnología de lo que Svent describiría simplemente como «tecnología».

Stanton siguió el combate durante un rato, pero pronto centró su atención en las diversas personas que ocupaban las mesas que se diseminaban por la sala y manejaban a esas mismas criaturas mediante guantes virtuales y máscaras faciales. De repente, uno de ellos se quitó la máscara y pegó un puñetazo en el aire; entonces,

sus compañeros de mesa empezaron a entregarle a regañadientes sus ganancias. Stanton desvió su atención al ver que una mujer pequeña con aspecto de duende se abría paso hacia las escaleras de caracol. Era morena, lucía una larga melena lisa y vestía un traje de aceleración muy ceñido y tacones altos. En cuanto desapareció de su campo visual, cruzó la caótica sala y la siguió hasta el piso superior.

Las escaleras lo llevaron a la planta de alojamiento de The Sharrow. El pasillo era una tubería muy curvada revestida de viejas baldosas de cerámica. En el borde externo de su curvatura había esclusas ovales dispuestas a intervalos. Stanton sabía que este pasillo discurría en espiral hasta más allá del límite del edificio circular en el que se encontraba. Siguió adelante hasta que llegó a cierta puerta, aporreó el puño contra ella y miró el diminuto chip óptico dispuesto en su superficie. Al instante, la puerta se abrió.

La habitación tenía una forma muy curiosa, pues sus paredes eran las curvas externas de dos pasillos. Al advertir la poca altura del techo, Stanton llegó a la conclusión de que no era el lugar más apropiado para el Señor Grúa. Miró a su alrededor. A su derecha había una enorme cama redonda y a su izquierda una combinación de ducha y baño circular contenidos en el interior de un huevo de plexiglás. En medio de la sala se alzaba una mesa redonda de piedra blanca pulida, tras la cual había dos sillas de reproaceleración.

Una de estas sillas estaba ocupada por la mujer a la que había seguido, que ya se había quitado el traje de aceleración y se había puesto una pequeña bata de seda. Era guapísima, pero le estaba apuntando con una desagradable pistola de pulsos.

—Tan cierto como que estoy viva: eres el perrito fiel de Arian Pelter —dijo ella—. ¿Te ha dejado suelto o has sido un perrito malo y te has escapado?

Se levantó y avanzó lentamente por la habitación. Se detuvo delante de él, con el arma de pulsos apoyada contra su pecho.

—Quiere contratarte para el viaje de vuelta —dijo Stanton.

—¿En serio? ¿Y si yo no quiero? —preguntó la mujer.

Stanton se adelantó y, tras quitarle la pistola de las manos, la arrojó sobre una gruesa alfombra cercana.

—Tenemos dos horas —dijo, abriendo bruscamente el cinturón de su bata.

—Serás bruto —protestó ella, acariciándose los pechos y el estómago, hasta llegar al pubis. Stanton levantó una mano e introdujo el dedo en el cierre de su camisa. Tras deslizarlo hacia abajo para desabrochársela, tiró del cierre de su pantalón.

—Jarvellis, límitate a tumbarte en la cama —ordenó. La capitana del *Lyric* apartó la bata de sus hombros, retrocedió y se sentó sobre la mesa de piedra. Observó el cuerpo desnudo de Stanton con una sonrisa traviesa en la cara.

—Yo había pensado que podríamos empezar en el baño e ir acercándonos gradualmente a la cama.

—Vas a lamentar no haber conectado esa calefacción —dijo Stanton.

—Ooh, ¿vas a tratarme mal, hombretón?

Stanton la persiguió mientras se alejaba gritando hacia el cuarto de baño circular.

Pelter sostuvo el aumento en la palma de su mano y lo examinó. Podía ser justo lo que necesitaba, ¿pero era de confianza? En absoluto. En el dorso del aumento había tres anclajes de hueso similares a los de cualquier otro aumento, y el anillo fibroinyector tampoco era diferente. Al igual que los aumentos estándar, se conectaba en el cerebelo, en la parte posterior del nervio óptico y detrás de la oreja. No estaba seguro de qué tipo de conexiones establecería, pero lo que sí sabía era que los filamentos eran frágiles y podían romperse con facilidad... y que ese aumento era suave como un ratón y no sería muy difícil destruirlo.

Pelter tomó una decisión. Algunos considerarían que estaba cometiendo una estupidez, pero él era consciente de que solo podría ganar si asumía ese tipo de riesgos. Mientras observaba el aparato, estableció un programa entre el aumento de Sylac y el módulo de comando de Grúa. Solo le llevó unos segundos.

—No seré controlado —dijo entonces, mirando a Grendel.

—No es esa nuestra intención, Arian Pelter. Como ya le he dicho, este aumento servirá para que reciba la información que Dragón desee proporcionarle —respondió—. Puede llevárselo y analizarlo, si así lo desea. No me gustaría que se metiera a ciegas en este asunto.

Pelter asintió. Eso significaba que fuera lo que fuera lo que ocultaba el aumento, estaba muy bien escondido. Sin embargo, tenía que haber algo. Acercó el aparato a un lado de su cabeza y lo colocó en su sitio. Durante un instante no ocurrió nada, pero jadeó cuando los anclajes se introdujeron en sus huesos sin anestesia. Se mantuvo inmóvil hasta que, de repente, el objeto estuvo tan caliente que pareció quemarlo. Sintió que la mano de bronce del Señor Grúa se alzaba para imitar su postura y en su mente centellearon imágenes de los estúpidos juguetes del androide. Grendel se levantó de su asiento con una expresión preocupada. A través del Señor Grúa, Pelter vio que los dos hombres apostados en la puerta habían acercado las manos a sus armas. El frío se extendió por un lado de su cabeza. No sentía el avance de las conexiones, a pesar de que las fibras nanónicas debían de estar abriéndose paso por sus células y sus huesos, como cabellos tiesos en una esponja; sin embargo, sentía los enlaces que iban estableciendo.

Durante un momento se duplicaron las funciones del aumento que le había dado Sylac, pero entonces este se desconectó. Pelter volvió a asumir el control, cerró los ojos y se comunicó con Grúa para hacerle bajar la mano. Tanto el control como el acceso eran escurridizos. Tras ordenar al Señor Grúa que permaneciera completamente inmóvil, accedió a un servidor local. La conexión era rápida, muy rápida. Encontró un programa de búsqueda en el aumento y le pidió que buscara referencias sobre sí mismo. No había nada en el servidor, pero pronto empezó a llegar

información. Ahora sabía que una red de personas que llevaban esos aumentos lo había estado esperando. Lo habían sabido desde el mismo instante en que Dusache y Svent habían comprado sus aumentos tegulados y los habían colocado a los lados de sus cabezas. La información había sido transmitida, voluntariamente o no. Pelter abrió los ojos y miró a Grendel.

—Repito: no seré controlado.

—Se lo vuelvo a asegurar, Arian Pelter. Su propósito y el de nuestro cliente son uno y el mismo.

Pelter cerró de nuevo los ojos, buscó en su interior y, tras desconectar el segundo aumento, rehabilitó el de Sylac. Fue como pasar del color al blanco y negro. Entonces envió una orden para anular el programa que había enviado al Señor Grúa. De no haberlo hecho, en treinta segundos el androide habría matado a los hombres de la puerta, habría asesinado a Grendel y finalmente habría arrancado el aumento de su cabeza. Pelter abrió los ojos y vio que la voluminosa masa de Grendel volvía a descansar tras su escritorio.

—Ahora hablemos de negocios —dijo el hombre gordo, esbozando una sonrisa que dejaba a la vista su papada—. ¿Qué necesita exactamente del departamento de material?

Pelter guardó silencio durante un prolongado momento. A través del Señor Grúa vio que los hombres apostados en la puerta apartaban las manos de sus armas. Alzó la mano y apoyó el dedo en el aumento.

—He confeccionado una lista exhaustiva —respondió—. Entre otros artículos necesito balas de rastreo y fusiles de asalto Drescon. También necesitaré misiles de rastreo, carabinas láser, explosivos y los diversos sistemas de presentación de estos, además de zánganos de vigilancia, pistolas de protones y un pájaro de descenso.

—Supongo que es consciente de las dificultades que comporta adquirir esos tres últimos artículos. Afortunadamente, dispongo de dos pistolas de protones y algunos zánganos de vigilancia. El pájaro de descenso puede presentar ciertas dificultades, pero ninguna que no se pueda superar. Déjeme su lista.

Pelter recuperó la lista que había estado elaborando desde su llegada a Huma y se la envió por un enlace seguro. Por un momento Grendel se mostró sorprendido, pero entonces sonrió.

—Le gusta estar preparado —comentó. Pelter no se molestó en responder. El hombre se frotó las manos y se inclinó hacia delante.

—Ahora hablemos de los detalles... y por supuesto, del precio.

Pelter se recostó en su asiento y miró hacia un punto situado más allá de su interlocutor. Su nuevo aumento le indicaba que había algo revoloteando en un segundo plano. Estaba allí, detrás de los recuadros y los gráficos. Estaba allí donde todo lo demás había desaparecido. Sabía que en algún momento oiría una voz, pero aún no sabía cómo iba a responder. Bizqueó y, concentrándose, levantó el aumento de Sylac mientras conectaba el otro. Era un gesto de equilibrio, pero lo consideraba

necesario. No permitiría que lo controlaran. Volvió a centrar su atención en Grendel.

—Hablemos del precio —dijo con voz monótona.

Jarvellis estaba tumbada con una expresión de gatita satisfecha en el rostro. Stanton observó los diversos arañazos que cubrían ahora su cuerpo, preguntándose de dónde sacaría tantas energías. Aunque no estaba estimulada, solía dejarlo agotado. La observó y se preguntó hasta qué punto podía confiar en ella. Jarvellis le devolvió la mirada a la vez que escondía la mano izquierda bajo la almohada. Por un segundo, Stanton creyó ver malicia en su expresión y, con brusquedad, rodó hacia ella y cerró la mano sobre su muñeca izquierda.

—John, ¿dónde está tu confianza en la gente? —le preguntó ella.

—La perdí cuando mi madre entregó a mi padre a los procuradores y estos lo sacaron a rastras de nuestro apartamento y le dispararon en la cara —respondió. La expresión burlona de Jarvellis se desvaneció.

—Siempre lo olvido. ¿Eres de Masada, verdad?

—Sí. La ley religiosa y la teocracia gobernaban las estaciones espaciales.

Nadie confiaba en nadie y las leyes heréticas eran exactamente lo que los procuradores deseaban que fueran en todo momento.

—John, puedes confiar en mí.

Stanton la miró durante un largo momento. Lo asustaba lo mucho que deseaba poder confiar en ella. Soltó su muñeca y la liberó de su peso, aunque no retrocedió demasiado. Cada músculo de su cuerpo estaba tenso como una cuerda de guitarra. Qué difícil le resultaba confiar en las personas. Con cuidado, Jarvellis sacó la mano de debajo de la almohada y le mostró una caja larga y plana de palisandro.

—Te he traído un regalo. Stanton cogió la caja y dejó escapar un largo y lento suspiro. Había una T grabada en la tapa.

—Ábrelo —dijo Jarvellis, incorporándose.

Incluso eso le resultaba difícil. ¿Habría algún tipo de trampa en su interior? *Confianza*. Deslizó el cierre hacia un lado y la tapa se levantó lentamente.

—¡Dios mío! —exclamó.

En el interior de la caja, protegida por terciopelo negro, había una daga, su funda y un anillo de oro. El arma era de cristal de cadena amarillo. En el interior de la empuñadura había un armazón de hilos de plata y, dentro de este, una serie de cubos pequeños en los que centelleaban tenues luces. La funda era de metal negro con dos correas de piel.

—Es una de las primeras, del siglo XXIII. Su origen está grabado en la micromente. Tenkian la fabricó en Jocasta. Es una de las primeras que fabricó con micromente. AG limitada —informó Jarvellis.

Stanton sacó el arma de la caja. Al tacto parecía suave, pero era firme y certera. Sintió un hormigueo en la palma de la mano.

—Ahora se ha grabado en ti —continuó Jarvellis—. Cualquiera que intente empuñarla a partir de este momento, sin haberla reprogramado antes, recibirá una breve descarga nerviosa lo bastante fuerte para que se vea obligado a soltarla.

—¿Qué hace?

—La verdad es que no mucho. ¿Ves el anillo?

Stanton lo sacó de la caja y lo observó. Era de oro amarillo con un círculo de oro verde concéntrico dispuesto en su superficie exterior. El anillo externo era octogonal, como si hubiera sido fabricado con una llave inglesa.

—Póntelo en el dedo índice de la mano derecha —le dijo ella, poniendo la espalda recta.

En cuanto se puso el anillo, Stanton tuvo la impresión de que se estrechaba.

—Ahora coloca la daga en la funda —ordenó Jarvellis.

Jarvellis, con suma cautela, cogió la funda y la arrojó al pie de la cama.

—¿Y ahora qué? —preguntó él.

—El anillo verde gira sobre el dorado. Dale un golpecito con el pulgar.

Stanton hizo lo que le pedía. Se oyó un sonido similar al zumbido de una avispa, hubo un centelleo amarillo y, antes de que pudiera reaccionar, la empuñadura de la daga golpeó la palma de su mano. La sujetó con fuerza y se volvió hacia Jarvellis con una sonrisa en la cara.

—Me gusta —dijo.

Jarvellis se encogió de hombros.

—Me temo que no hace nada más. Solo tiene la inteligencia necesaria para no cortarte los dedos durante el proceso.

—En ciertas situaciones, eso será más que suficiente —respondió Stanton.

Recuperó la funda, guardó la daga en su interior y la dejó junto a la caja, sobre la mesita de noche. Entonces cogió a Jarvellis de la nuca y la acercó a él. Tras darse un largo beso, Stanton levantó la mano y movió su dedo índice.

—¿Esto significa que estamos casados? —preguntó.

Jarvellis lo miró muy seria durante un momento, pero entonces sonrió y se dejó caer sobre los almohadones.

—Vuelve a decirme cuánto —dijo ella.

Stanton cerró la mano en un puño mientras una sonrisa estriaba las comisuras de su boca.

—Ya te lo he dicho.

—No me importa. Quiero volver a oírlo.

—De acuerdo. En ese maletín hay varios niveles, puede que cinco. En el superior deben de quedar unos tres millones. Calculo que tendrá que desembolsar unos cinco más para comprar el tipo de armamento que anda buscando y pagar a Corlackis y la tripulación. Por lo tanto, supongo que al final quedarán más de diez millones.

—Es genial, ¿pero cómo vamos a conseguir que esos diez millones sean nuestros?

—Es difícil. El hecho de que Grúa esté a su lado en todo momento no nos deja

demasiado margen de maniobra. Sin embargo, cuando vayamos a por ese cabrón de STC, tendrá que enviar a Grúa... y supongo que para entonces ya tendré en mis manos algo de equipo. En cuanto me deshaga de él, tendrás que venir a buscarme —Stanton la miró, pero sus ojos no se encontraron.

—¿Qué hay de los otros cuatro?

—Bueno, supongo que también nos acompañarán. Tendré que esperar a que llegue el momento adecuado. ¡Mierda! Ojalá me hubiera deshecho de él en cuanto retiró el dinero. Fui un estúpido.

—No, John, fuiste leal. ¿Por qué no quieres reconocer que fuiste leal hasta cierto momento... y que ese momento llegó con el Señor Grúa? —Jarvellis lo miró y sonrió—. John, sabes perfectamente que tu lealtad se quebró en ese mismo instante. Saldremos de esta y conseguiremos una actualización de clase Acuario. Eso significa que tendremos recolección y más velocidad de la que hayamos necesitado jamás, a no ser que STC desee castigarnos. ¿Cuánto tiempo crees que pasará antes de que compremos acciones de un consorcio y empecemos a ganar enormes cantidades de dinero?

—¿Todavía quieres comprar ese planeta, Jarvellis?

—Nadie puede poseer un planeta, John, pero podemos tener lo suficiente de uno para no notar la diferencia. Un planeta que esté a algunos siglos de la Línea, bien lejos de las intromisiones del Régimen. Piensa en ello.

Stanton se acercó a ella y la abrazó con fuerza. Le encantaban sus absurdos sueños y, siempre y cuando estuviera con él mientras los soñaba, no le preocupaban. Sin embargo, en ocasiones lo asustaba pensar que podía llevar sus sueños a cualquier otro lugar.

Cormac se sentó delante de la pantalla de observación de la sala de ocio y, dejando escapar un profundo suspiro, brindó por Horace Blegg. Dejó el vaso en la mesa que había a su lado. Estaba muy cansado pero no lograba conciliar el sueño, así que había pensado que una copa le ayudaría a relajarse.

—IA de la nave... —empezó a decir, pero se interrumpió contrariado y empezó de nuevo—. *Soberbia*, ¿esta pantalla se activa mediante la voz?

—Sí —respondió una de las muchas voces de *Soberbia*, en esta ocasión más relajada y tranquila debido al entorno.

—Muéstrame una imagen de la Cámara de Aislamiento Uno, por favor.

La pantalla centelleó y le mostró a los dos dracos, que estaban acuclillados en el suelo de la habitación, comiendo tabletas de proteínas reconstituyentes y bebiendo agua de unas elevadas cubetas. La escena le recordaba en cierta medida a la de un antiguo cuento de hadas. Cormac hizo una mueca ante aquel pensamiento y se lo sacó de la cabeza.

—Son unas criaturas muy eficientes —explicó *Soberbia*.

—¿Qué quieres decir?

—Se están descontaminando mediante algún método regenerativo. En sus heces hay una elevada concentración de material dañado y radiactivo que han expulsado de sus cuerpos.

—Qué bien —dijo Cormac. La inyección que Mika le había puesto le seguía doliendo. Se preguntó si habría sido alguna oscura forma de venganza, pues existían otros métodos menos dolorosos de introducir antiactivos en la corriente sanguínea.

Soberbia continuó.

—Es un proceso extremadamente rápido. Comen todo cuanto se les da y lo transforman con gran rapidez. En dos días se habrán regenerado por completo.

—¿Crees que entonces deberíamos dejarlos salir? —preguntó Cormac.

—Eres tú quien debe decidirlo. De todos modos, debo hacer hincapié en que Dragón siempre ha servido a sus propios propósitos y ha mostrado muy poca consideración por la vida humana.

Cormac asintió, más para sí mismo que para la IA de la nave. Recordó el perímetro de dos kilómetros que Dragón había dispuesto a su alrededor en Aster Colora. Había dicho que no quería que ninguna máquina lo cruzara, pero como es habitual en el género humano, muchos lo habían intentado y aquel perímetro se había convertido en un anillo de vehículos aplastados, algunos de los cuales todavía contenían los restos de sus ocupantes.

¿Dónde estás, Dragón? ¿Qué es lo que quieres?

Cormac se giró al oír que la puerta se abría. Era Chaline, que parecía estar tan

cansada como él, y era evidente que se le había ocurrido la misma idea. La mujer cogió una copa del autoabar y se dejó caer en el asiento que había junto a él. Mientras daba sorbos a su bebida, lo observó con tanta intensidad que Cormac se sintió incómodo.

—¿No puedes dormir? —preguntó.

—No —Chaline esbozó una pequeña sonrisa y, girándose, se frotó los ojos con el índice y el pulgar—. Estaba preparando una sonda para enviarla al lugar de la explosión en busca de fragmentos del amortiguador del runcible. Al parecer, existe la posibilidad de que no se evaporara por completo. —Observó la pantalla—. ¿Qué tal progresan nuestros amigos?

Cormac le contó lo que le había explicado *Soberbia*.

—Los dracos... He echado un vistazo a la sección de referencias pero lo único que he encontrado ha sido aquel texto llamado «Los diálogos de Dragón». Es una especie de teoría filosófica de unos diez millones de palabras. Una obra fascinante, pero realmente no tengo tiempo de leerla... —Se volvió hacia Cormac—. ¿Qué era realmente Dragón? Supongo que no lanzaba fuego por la boca.

Cormac vaciló, pero finalmente esbozó una sonrisa.

—No, Dragón fue el nombre que esa criatura decidió ponerse, por las razones que fueran... *Soberbia*, ¿tienes alguna película sobre Dragón?

—Las suficientes para una vida entera.

La pantalla centelleó y mostró una llanura rocosa y deformada bajo un cielo de color rojo metálico. En la llanura se alzaban cuatro grandes esferas dispuestas en hilera. Caía una nieve rosada.

—Allí está Dragón. Cada una de esas esferas mide un kilómetro de diámetro.

—¿Eso tenía vida? —preguntó Chaline, incrédula.

—Oh, sí, mucha. Los xenólogos consideran que pudo haber sido móvil, pero cuando lo descubrieron ya era así. A su alrededor, durante kilómetros, había pseudópodos arraigados al suelo. Seguramente extraían minerales para alimentarse, aunque nadie lo sabe con certeza. Un reconocimiento posterior de la zona reveló que el terreno estaba repleto de túneles y que carecía de ciertos minerales que suelen encontrarse en cualquier otro lugar.

—¿Se ha realizado algún análisis reciente? —preguntó Chaline.

Cormac cerró los ojos cuando un recuerdo, claro como la luz del día, centelleó en su mente. Recordaba una carretera fantástica construida para él, de dos kilómetros de longitud, señalada por pseudópodos de cinco metros de altura y medio metro de grosor, cada uno de los cuales era como una cobra blanca con un único ojo de color azul cristalino situado en el punto que debería haber ocupado la boca. Aquel había sido un largo paseo.

Chaline, centrando de nuevo su atención en la pantalla, volvió a hablar antes de que Cormac pudiera responder.

—Tuvo que haber sido creado con algo más que carne y huesos. Y con ese

tamaño se habría desplomado si...

—Estaba vivo y era una máquina —dijo Cormac—. Las lecturas detectaron AG, metales y ciertas radiaciones bastante extrañas. Se decía que sus huesos eran una forma de metal burbujeante y que se movía con AG. Sin embargo, nadie se acercó nunca lo suficiente para confirmarlo.

—Cuéntame más cosas —le pidió Chaline, olvidando su fatiga.

Cormac resopló y movió la cabeza.

—Empieza con el grito, ¿verdad? —preguntó, mirando hacia la pantalla—. *Soberbia*, será mejor que grabes esto, porque no quiero tener que repetirlo. —Dicho esto, volvió a centrar su atención en Chaline—. Dicen que cuando eres transmitido por un runcible, gritas durante una fracción de segundo. Yo no llegué a Aster Colora gritando, sino recitando un poema absurdo. Creo que lo conoces. ¿Acaso no lo conocemos todos?

Y Cormac recordó, y le contó sus recuerdos.

(Año 2407 solstan)

Un grito silencioso en el infraespacio, un centelleo de existencia entre las sombras de las estrellas. El grito es conocido, pero los membrillos nunca lo recuerdan. Para Cormac fue simplemente un destello en negro y rojo, un atisbo de Dante... y completó su pensamiento muy lejos de donde lo había iniciado.

... y comieron carne picada y trocitos de membrillo, con una cuchara runcible. ¿Es eso correcto?

Los tiempos cambian, las palabras cambian y aquello era un poema antiguo y absurdo. Era muy consciente de ello, incluso mientras intentaba superar la desorientación de la transferencia.

Y la cuchara runcible los lanzó hacia la galaxia... ¡Ah! Los mitos se rescriben. Soy un caballero de brillante armadura y en mi interior solo llevo mi hardware.

Atrapado en la imperfección de una joya, Cormac pensó en los dragones. Diez segundos y cuatrocientos años luz después, su mente alcanzó a su cuerpo. El grito se perdió en un lugar tenebroso. Ecos. Se alejó del tenue brillo de la cúspide, bajó los escalones del pedestal, cruzó el suelo de cristal negro y salió de la esfera de contención.

—¿Ian Cormac?

—Sí.

El cielo era rojo metálico, el suelo de roca rosada con estriaciones negras y el horizonte estaba más curvado que cuando lo observaba desde la ventana de su apartamento de Nueva York, situado en la planta doscientos. Todo el mundo percibe cosas como estas y otras más importantes. Estornudó y respiró hondo. El aire sabía a sal y el polvo de sílice arañaba su lengua. Tras un momento de deliberación, volvió a

centrar su atención en la persona que le hablaba.

—Soy Maria —dijo la joven. Parecía tener el cabello rojo, pero no había ninguna luz blanca que permitiera comprobarlo. Cormac levantó la mano para decirle que guardara silencio y su aliento onduló en el gélido aire. Siguió examinando aquel lugar desolado.

Señaló hacia el runcible.

—Solo uno. Membrillos y cargamentos ligeros. Pocas personas vienen a este lugar —comentó.

—Sí, Dragón estableció el límite de veinte mil visitantes al año.

—¿Año solstan?

—No... Colora —lo corrigió ella, molesta. Cormac la miró.

—Necesito asistencia, no impaciencia —comentó.

—Sí, Embajador —respondió la mujer de mala gana, frotándose la mano contra una cadera enfundada en cuero. Cormac accedió a su conexión y al instante apareció un informe en su corteza visual. En vez de descargarla en su memoria, la leyó a toda velocidad mientras analizaba su entorno.

Maria Convala. Nacida en Aster Colora en el año 2376 solstan, exbióloga vinculada al equipo de investigación de Tierra Central, ambiciosa, mantiene conexiones con el movimiento separatista, se dice que ha estado implicada en el tercer golpe joviano...

Sonrió débilmente para sus adentros y pensó en la otra operación que estaba desarrollando en este sector. Tierra Central lo había escogido para esta misión porque conocía los sistemas, a las personas y a aquellos que podían causar problemas. Los agentes que trabajaban a su cargo estaban destapando una célula separatista tras otra, moviéndose clandestinamente entre sus filas. En cuanto la primera tapadera fuera descubierta, el conjunto de la investigación se vendría abajo, pero una gran porción de la red separatista caería con ella. Aunque aquí estaba ocurriendo algo diferente. Los archivos parpadeaban y desaparecían a medida que los iba desechando por considerarlos irrelevantes. Mientras la sonrisa se desvanecía de su rostro, desvió su atención hacia un CAG que estaba suspendido en el aire, en las proximidades. En la parte inferior había placas soldadas y vetas de óxido. Era muy viejo. Siempre ocurría lo mismo en los mundos que estaban tan lejos de la Tierra: las cosas se estropeaban y se deterioraban, pero pocas veces se reemplazaban. De todos modos, sabía que debería considerarse afortunado por que hubiera un CAG esperándolo. ¿Sería esta la razón por la que este sector se había convertido en un semillero de separatistas? ¿No había suficientes lujos?

—¿Vamos? —preguntó, tras una pausa.

Mientras se deslizaban sobre el paisaje desolado, Cormac fue recogiendo datos más relevantes para su trabajo. En este lugar no había vida ni la había habido, excepto por los miembros de la colonia humana, el Dragón consciente y el Monitor inanimado (y estos dos últimos eran leviatanes). No había fósiles, ni depósitos de cal ni hidrocarburos de origen animal... nada. Se habían gastado miles de millones en proyectos de exploración del subsuelo, en máquinas de tamizar y en extensos estudios geoquímicos, pero las preguntas seguían sin tener respuesta: ¿dónde estaba la ecología a partir de la cual habían evolucionado Dragón y Monitor? ¿Se encontraba en Aster Colora?

Cuando los primeros humanos llegaron al planeta a través del runcible, Dragón se puso en contacto con ellos. Desde entonces, se había mantenido en comunicación constante con la colonia, pero era muy poco lo que habían descubierto, pues a Dragón le gustaban las proclamas proféticas y las respuestas délficas.

—¿Dragón explicó los motivos de su petición?

—Más que una petición fue una exigencia.

—Acláreme eso.

Maria tenía la mano apoyada en la bola de dirección del CAG.

—Si estamos aquí es porque él lo tolera. Lo que dijo fue lo siguiente: «Enviadme un embajador».

Cormac percibió su resquemor. Era consciente de que, como separatista, esto la dejaba en una posición intolerable. ¿Cómo podía reivindicar la independencia política mientras Aster Colora siguiera siendo una colonia? Se preguntó cuán involucrada estaría en el movimiento separatista y hasta dónde estaría dispuesta a llegar. No le gustaría tener que matarla.

La tierra rojiza discurrió bajo la roca del CAG hasta que Cartis apareció ante ellos. Como cualquier turista, Cormac se alojó en el metrotel de aquella colonia en forma de hongo. Una vez en su habitación, se dejó caer sobre la cama y accedió al diálogo Dragón/humano. Para Cormac, el hecho de que la política humana fuera irrelevante en este caso suponía una novedad.

—Continúas evadiendo nuestras preguntas referentes a tu persona —dijo un hombre, conteniendo a duras penas su enfado.

—Sí, es cierto —fue su indiferente respuesta.

—En cambio, tú has podido acceder durante años a nuestros sistemas de información. Conoces nuestra historia, el nivel de nuestra tecnología... Es posible que sepas más sobre la raza humana que cualquier miembro de esta. ¿Por qué te niegas a hablarnos de ti? ¿No crees que lo merecemos?

—Tienes razón: sé más sobre tu gente que cualquier miembro de tu especie.

—No has respondido a mi pregunta.

—Sí, lo he hecho.

—No lo entiendo.

—Ese es un rasgo muy humano.

—Por favor, explícate.

—El runcible se ha desarrollado hasta una fase en la que podría decirse que es funcionalmente perfecto; ahora, la humanidad puede viajar de un sistema estelar a otro con facilidad. En la Tierra está a punto de introducirse la energía contraterrena y en el sistema de Casius se está construyendo la primera esfera de Dyson. El material necesario para este proyecto procede de un planeta de tamaño joviano que fue demolido por un misil contraterreno.

—¿Nos temes?

—¿Debería temeros?

—Son muchos lo que consideran que esa es la razón de tu reticencia.

—¿Cuántos años tienes, Darson?

—Ciento setenta solstan.

—Es probable que vivas hasta los ochocientos años y que, entonces, solo mueras de aburrimiento.

—Quizá. ¿Cuántos años tienes tú?

—¿Representas a tu raza, Darson?

—En el sentido...

—No, tú no representas a tu raza. No puedo discutir contigo. Enviadme un embajador.

En cuanto el diálogo terminó, Cormac abrió los ojos y se rascó la cabeza. Estaba cansado; al fin y al cabo había realizado un largo viaje. Se levantó de la cama y se despojó de la ropa que se había puesto hacía tan solo unas horas, hora personal, en Nueva York. Mientras lo hacía se preguntó, como siempre con ironía, qué le depararía la mañana. Ignoraba si era de día o de noche, pero hacía tiempo que eso le resultaba irrelevante. Vivía según su hora personal, pues era el único modo de mantener la cordura.

La mañana trajo a Maria con un análisis sobre Darson, el experto en Dragón. Cormac le echó un vistazo mientras daba cuenta de un desayuno a base de huevos salpimentados, pescado en melaza y dos tazas de té. La conclusión de Darson era que, en términos humanos, Dragón estaba loco. Después de leerlo, Cormac se puso su gastado traje de supervivencia y guardó en la mochila el único artefacto que podría necesitar. Mientras salía, depositó el informe en el triturador de basuras. Poco después estaba deslizándose sobre un terreno rojizo, bajo un cielo sangriento.

—¿Qué opinas de Darson?

—Es una mosca cojonera pomposa —respondió Maria, ganándose su simpatía.

—Cree que Dragón es un psicópata —dijo él.

—No estoy cualificada para juzgarlo —replico la mujer.

Con el rostro vacío de expresión, Cormac observó el aguanieve rosada que se deslizaba por la pantalla carente de fricción del CAG.

—Sí que estás cualificada para tener una opinión —comentó.

Maria vaciló. Al mirarla, Cormac pudo ver su incomodidad. Sabía que estaba intentando decidir cómo podía influir en él y qué opinión deberían compartir. Reprimió una sonrisa. La mujer se encontraba en una situación difícil, pues le habían impuesto una serie de instrucciones: no establecer ningún contacto innecesario, ir directamente hasta Dragón. Era evidente que estaba nerviosa.

—La conversación que mantiene con Dragón es engañosamente humana. Es como si a Darson le resultara difícil aceptar al alienígena.

Cormac rió entre dientes y ella lo miró de reojo mientras hacía descender el CAG. Incapaz de encontrar una forma de influirle, había respondido a su pregunta con la verdad. El agente asintió para sus adentros y miró hacia delante mientras la nave se detenía y se apagaban los motores. Ante ellos descansaba la Chatarrería, el resultado tangible de aquellos que habían ignorado la norma de Dragón de que no hubiera maquinaria mayor que un hombre en un radio de dos kilómetros. Eran muchos los que habían muerto en este lugar. Maria dejó el CAG suspendido en el aire y abrió la puerta mientras Cormac pulsaba el intercomunicador de su cinturón.

—Me pondré en contacto contigo cuando quiera que me recojas —dijo él, antes de irse.

Al llegar a los CAG y scooters destruidos que marcaban la frontera de dos kilómetros, Cormac cargó a la espalda su mochila y se encaramó a un casco oxidado. Las cuatro esferas se alzaban entre la nieve, como inmensos tanques de almacenaje, en una llanura de roca rota. Mientras descendía por el otro lado de la frontera, echó un vistazo a los ocupantes de los CAG destruidos, a quienes nadie se había molestado en rescatar. Cuando sus pies tocaron el suelo, este se movió.

Seudópodos.

Se quedó muy quieto y esperó. El sabor de la sal se volvió áspero en su boca. Entonces, a cinco metros de distancia, el suelo se onduló y una criatura similar a una cobra de un metro de ancho explotó en el aire. Cormac se tiró al suelo para evitar ser golpeado por una roca que salió proyectada, rodó sobre sí mismo y levantó la mirada. Ante él se arqueaba una cobra con un ojo azul cristalino allí donde debería haber estado la boca. El suelo se inclinó y se produjo una nueva explosión. Y otra más. Cormac se cubrió la cabeza con la mochila mientras las explosiones se sucedían y los fragmentos de roca caían sobre él. Entonces, todo cesó y lo envolvió el silencio.

Los seudópodos, dispuestos en fila y curvados como las costillas de un inmenso esqueleto de serpiente, se habían convertido en su guardia de honor. Cormac avanzó por la espina dorsal.

Ante el desastre total, el desafío es el único recurso... qué farolas más extrañas

hay en este lugar.

Cormac dejó que su mente divagara.

Monitor: Autóctono inanimado del planeta Aster Colora. Tiene el aspecto de un lagarto monitor terrestre, pero mide un kilómetro de longitud y su peso estimado es de cuatro millones y medio de toneladas. Es una forma de vida basada en el silicio con una fisonomía alienígena...

Dragón... Monitor... ¿Qué conexión existe entre ambos?

¿Por qué Dragón quiere un embajador?

Preguntas.

¿Respuestas?

¡Mierda!

Tras recorrer los dos kilómetros, llegó ante un edificio curvado de carne tegulada situado en el interior de un anfiteatro de pseudópodos. Advirtió que a un lado había un aparato que podría haber sido el intercomunicador utilizado para el diálogo Dragón/humano, la única excepción a su regla. La máquina estaba repleta de arañazos. Cormac alzó la mirada hacia el cielo punteado en rosa y rojo, medio oculto por aquella montaña de carne envuelta en nubes.

—Embajador. La voz procedía de las sombras inferiores de la esfera. Era retumbante, pero locuaz.

—Sí, soy Ian Cormac...

—Nombres. Todas las cosas pueden ser nombradas.

Entre las sombras se oyó un silbido similar al sonido de unos esquís sobre nieve granulada. Cormac vio un remolino de movimiento y, entonces, una cabeza monstruosa salió disparada hacia él, propulsada por un cuerpo estriado de serpiente. Cormac dio un paso hacia atrás, pero tropezó y cayó al suelo. La criatura se alzó sobre él: una cabeza de pterosauro con ojos de zafiro.

—¿Tienes miedo?

—¿Debería? —preguntó, con un tono de voz que no revelaba sus verdaderos sentimientos. La cabeza se abalanzó sobre él, pero se detuvo en seco a dos metros de altura.

Olía a dientes de ajo. Una saliva lechosa cayó sobre Cormac.

—Responde a mi pregunta.

—Sí, tengo miedo. ¿Acaso te sorprende?

—No.

La cabeza ganó altura y se apartó. Cormac se levantó.

—No alcanzo a entender el propósito de esta escena —comentó, sacudiéndose la ropa.

—Representas a tu raza —respondió Dragón—. Puedes morir. Entonces no se trataba de algo personal. El agente lo miró fijamente a sus ojos de zafiro, ignorando

las implicaciones de aquellas palabras.

—¿Por qué has pedido un embajador?

—Ah... ¿entonces eres humano?

—Por supuesto.

—¿Representas a tu raza?

—Esa es mi intención, aunque no puedo hablar por boca de todos y cada uno de los individuos que hay en ella.

¿Por qué había hecho hincapié en la palabra individuos? Lo ignoraba; había sido algo instintivo. La cabeza de Dragón osciló y se crispó, deshaciéndose de una acumulación de nieve.

—En el interior de tu cráneo hay una red de fibra óptica conectada a procesadores atómicos, interfaces sinápticas de silicio y un transmisor de infraespacio. La evolución es algo maravilloso.

Esto le concedió tiempo para pensar.

—Son las herramientas de mi trabajo —explicó, con voz pausada—. Soy humano. Soy miembro de la raza *homo sapiens*, que significa «hombre sabio». Un hombre sabio usa todas aquellas herramientas que le facilitan la ejecución de sus tareas.

—Me alegra que estés tan seguro de tu integridad.

La cabeza osciló hacia un lado y volvió a mirarlo. La piel tegulada de su cuerpo se infló y tembló, como si estuviera cogiendo aliento. Se oyó un gemido líquido; entonces, la piel y la carne de Dragón se separaron como la de la fruta podrida y ante él apareció una gruta hedionda similar a una vagina. Cormac sintió náuseas. Tras una sucesión de sonidos líquidos impulsados por profundos pulsos rítmicos, observó fascinado el chorro de líquido amniótico humeante que expulsó la bola fetal de una forma humana envuelta en un mesenterio. El mesenterio reventó, esparciendo por doquier nuevos fluidos de Dragón. *Un draco*, pensó Cormac al instante.

—Esto es un poco dramático —consiguió decir.

La forma humana se levantó sin mostrar ninguna falta de equilibrio. Se oyó de nuevo aquel sonido, indicando que estaba naciendo algo más, una elipse aplastada. La forma humana la recogió y empezó a despojarla de su mesenterio. Aparecieron unas patas en la parte inferior. Cormac era incapaz de creer que aquello fuera una mesa. Se acercó a Dragón.

—Ser humano es ser mortal —dijo este—. ¿Juegas al ajedrez?

—Sí, yo...

La mesa empezó a hincharse y a burbujear, mientras el tablero y las piezas de ajedrez crecían en su superficie.

—Tú mueves.

Por un momento, Cormac fue incapaz de pensar en algo que decir o que hacer. Acercó la mano al tablero y cogió un peón. La pieza se retorció en su mano y le mordió. Con un grito, la soltó. El peón cayó sobre el tablero y serpenteó hacia un

cuadrado tegulado.

—El poder siempre tiene un precio —comentó Dragón.

Cormac blasfemó y esperó a que su adversario moviera. Su confusión iba en aumento. ¿Qué diablos era esto? ¿Una prueba o algún tipo de juego megalómano?

Esperaba que fuera lo primero.

Mientras pensaba, observó a su adversario. El rostro del draco no revelaba ninguna emoción, ni siquiera cuando se movió y dejó caer el puño sobre el peón de Cormac. El agente se quedó atónito.

—Esto no figura en las reglas —protestó, pero al instante se maldijo a sí mismo. Sabía cuál sería la respuesta de Dragón.

—Aquí no hay reglas, solo juicios. Cormac decidió reaccionar. Acercó el puño al tablero y derribó al rey de su adversario.

—Jaque —dijo con sequedad, mirando a su oponente.

El draco contempló el tablero durante unos instantes y empezó a derribar metódicamente cada una de las piezas de su adversario. La sangre blanca goteaba por el lateral de la mesa. Cormac se volvió hacia la cabeza.

—Seguro que a estas alturas tienes una comprensión suficiente de las reacciones humanas básicas —comentó—. Llevas siglos estudiándonos.

—Como tú mismo has indicado antes, cada humano es un individuo —replicó Dragón. Cormac, que no estaba seguro de haber hecho algo así, volvió a mirar a su oponente.

—No me gustan los juegos subjetivos —dijo, tumbando la mesa.

El draco se abalanzó sobre él a una velocidad espeluznante. Cormac logró esquivar las manos que intentaron sujetarlo del cuello, pero no pudo evitar caer al suelo. Las manos intentaron alcanzarlo una vez más pero, levantando la rodilla, logró deshacerse del cuerpo viscoso. Se puso en pie a la vez que su adversario. Este volvió a arrojarle sobre él sin ningún tipo de delicadeza, pero el agente usó los pies para contrarrestar el ataque. La pelea terminó en cuestión de segundos, con el draco gorjeando sobre el esquiato.

—Tu segundo movimiento ha sido el equivocado —dijo Dragón.

—He ganado.

—Ese no es el tema.

—¿Cuál es, entonces?

—La moralidad.

—¡Ja! Son los ganadores quienes escriben la historia y son los ganadores quienes inventan la moralidad. La existencia son todas las razones para la existencia que tiene cualquiera de nosotros, a no ser que creas en los dioses. En mi opinión, te has encumbrado demasiado.

—No más que un verdugo.

—Me estás amenazando de nuevo. ¿Por qué? ¿Acaso tienes el poder de llevar a cabo tus amenazas? ¿Te crees un dios?

—No te he amenazado.

—Entonces intentas juzgarme. Estás intentando juzgar aquello que represento.

—En el sistema de Betelgeuse hay un físico que está trabajando en algunas de las últimas fórmulas de Skaidon. Predigo que resolverá algunos de los problemas que él mismo ha establecido.

—¿Y...?

—Durante el próximo siglo, la raza humana poseerá el runcible intergaláctico.

—¿Qué?

El suelo se estremeció y una sombra inmensa borró la mitad del cielo. Con la piel erizada, Cormac se giró para ver al Monitor recorriendo un pesado camino pantagruélico sobre el paisaje rocoso. Era largo como una ciudad y sus patas parecían rascacielos. Cuando pasó por su lado lo observó atentamente. Sabía adónde se dirigía.

—¿Otra amenaza? —jadeó—. ¿Qué es lo que quieres?

La cabeza ganó altura y observó el punto hacia el que se dirigía el Monitor.

—Regresa a Cartis. Cuando hayas visto lo que debes ver, vuelve aquí.

De repente, la cabeza se precipitó hacia abajo y revoloteó ante sus ojos.

—Yo controlo a Monitor —explicó—. Sin mí carece de inteligencia, pero supongo que ya lo sabías. Tengo el poder, el poder de destruir. ¿Sabes a qué me refiero?

—Conozco la sustancia de tu amenaza... ¿o prefieres que lo llame advertencia? —fue la respuesta de Cormac.

Tras una pausa posó sus ojos en el draco, que ahora estaba inmóvil. Entonces desvió su atención hacia la mochila, volvió a mirar a Dragón y, encogiéndose de hombros, se alejó. Mientras caminaba, estableció una conexión aleatoria para que su expresión no revelara ninguna información.

Aster Colora: Un planeta al borde de la galaxia.

Maria lo esperaba a dos kilómetros de distancia, en la frontera. Estaba aterrada, fuera de sí.

—La ciudad al completo... El Monitor...

Cormac la obligó a guardar silencio y ocupó su puesto en los controles del CAG. Cuando se encontraban a medio camino de Cartis, la mujer ya se había calmado lo suficiente para contarle lo ocurrido.

—Los seudópodos han rodeado la ciudad... yo estaba fuera cuando ocurrió. Nadie puede escapar... Monitor se dirige hacia allí. Nunca antes había hecho algo similar.

—Dragón controla a Monitor.

—¿Por qué...?

—O nos está poniendo a prueba o Darson tenía razón.

—Gracias por el consuelo.

Cartis estaba cercada por los seudópodos, que se separaron para dejar pasar al AGC. Una vez en el metrotel, Cormac aprovechó las intenciones y el miedo de Maria para llevársela a la cama. No sintió ningún remordimiento, pues sabía que ella estaba preparada para utilizarlo de cualquier forma posible que beneficiara al movimiento separatista. Estaba tumbado en la cama cuando advirtió que el fragor de la llegada de Monitor cesaba. Contempló la forma desnuda que yacía a su lado, preguntándose si aquello habría sido una afirmación de su humanidad. La pregunta era irrelevante y los acontecimientos apremiaban. Cautelosamente, para no despertarla, se levantó de la cama y fue al cuarto de baño, donde se afeitó de forma ritual, se cepilló los dientes y se vistió. Entonces se sentó y accedió a la red runcible.

Tierra Central.
Dragón intergaláctico.
¿Comprobado?
Para mi total satisfacción.

En menos de un segundo, envió a la IA todo aquello que había descubierto y supuesto. Una prueba. Base moral evidente, fue la concisa respuesta de esta.

¿Amenaza/advertencia? ¿Destrucción?
No es factible porque está al corriente de la existencia del artefacto.
¿?
Forma parte de la prueba.
¿Entonces es desechable?
Como yo.

—Sí —dijo Cormac en voz alta.

Regresa, reacciona, dijo la voz silenciosa de la IA. Cormac cerró los ojos y la conexión. Poco después abandonó el metrotel. La guardia de honor permanecía en su posición y pronto estuvo de nuevo ante Dragón. El draco se había ido, la gruta había desaparecido y la cabeza era una silueta negra contra el cielo rojo.

—¿Has visto? —preguntó.

—Puedes destruir Cartis. La cabeza se giró.

—Te he preguntado si has visto. Cormac se acuclilló junto a la mochila que había dejado en el interior del perímetro durante su anterior visita.

—Sí —respondió—. Si somos juzgados y considerados deficientes, ¿qué ocurrirá?

—Habéis sido juzgados.

Cormac esperó.

—Os he estado observando durante veinte millones de vuestros años. He visto

caer todos y cada uno de vuestros gorriones.

—Sí... eso es tiempo más que suficiente para llegar a una conclusión —comentó Cormac con sequedad. Tenía sus dudas sobre la cordura de Dragón.

—Vivirás —dijo Dragón. Cormac permitió que la rigidez lo abandonara.

—Cartis... el Monitor... fueron el empuje final. Solo querías ver... —dijo, comprendiéndolo todo.

—Vuestras IA son extensiones de vuestras propias mentes, del mismo modo que yo soy una extensión de otras mentes. Si me hubieras destruido por las insignificantes amenazas de este día, sin tener en cuenta o sin comprender lo que soy en realidad, todos vuestros runcibles se habrían invertido, se habrían convertido en agujeros negros.

Cormac alargó la mano y abrió la mochila. De ella sacó un inofensivo cilindro metálico de color azul grisáceo. Con un pensamiento lo desactivó y volvió a guardarlo. Habían utilizado un artefacto similar, aunque algo más grande, en el sistema de Casius para destruir una gigante de gas.

—¿Y ahora? —preguntó.

—Ahora, ambos debemos irnos. Tu especie se reunirá con la mía. Ya he realizado mi trabajo.

—¿Cómo te irás?

—No abandonaré este planeta.

Y Cormac lo supo. Abandonó a Dragón y, mientras se alejaba, vio que Monitor regresaba y se tumbaba a su lado como un perro fiel. Se montó en el CAG y no miró atrás.

Por si me convierto en una estatua de sal.

Un sol blanco se alzó sobre Aster Colora, arrojando duras sombras negras contra su superficie. Más tarde, Cormac supo que había tenido lugar una explosión contraterrena que la humanidad nunca habría podido generar o contener... aunque había sido contenida en un radio de dos kilómetros.

Aquel había sido el último mensaje de Dragón.

No quedó ni rastro de él.

(Año 2434 solstan)

En cuanto terminó de contarle lo ocurrido, Cormac, con el corazón más ligero, se recostó sobre su asiento. Nunca le había contado esa historia a ningún humano, pero la mayoría de las IA de los runcibles la conocían.

—¿Cuál fue el verdadero motivo de que requiriera tu presencia? —preguntó Chaline—. Todo esto parece algo... inverosímil.

—¿Dramatismo? ¿Quién sabe? Desde que fue descubierto se han sucedido los debates sobre el propósito de Dragón, incluso entre las IA. Hay quien dice que era

demasiado sabio para que pudiéramos entenderlo, mientras que otros, como Darson, consideran que estaba loco... o que lo está.

—¿Y tú que opinas?

Cormac se giró y la miró.

—En mi opinión, era un mentiroso y un impostor. No me creo que hubiera llegado hacía veinte millones de años ni que estuviera aquí para poner a prueba a la humanidad. Esas dos afirmaciones no encajan entre sí. Por otra parte, dudo que fuera capaz de destruirnos.

—¿Eso es todo?

—No. Tampoco me trago que se autodestruyera tras haber cumplido con su supuesto propósito. No quedó ni rastro de su cuerpo, ni siquiera enterrado.

Creo que está ahí fuera, en alguna parte, riéndose de nosotros. Chaline sonrió al oír estas palabras.

—¿Te apetece otra copa? —preguntó, levantándose de su asiento y extendiendo la mano para que le acercara el vaso. Por un instante, Cormac sintió deseos de rehusar e irse a la cama, pero finalmente cedió.

A la mierda, soy humano.

Cuando Chaline regresó trayendo consigo las bebidas, la observó con detenimiento. Su mono estaba arrugado y manchado de sudor, pero eso no mermaba en absoluto su atractivo. Su rostro tenía una belleza imperiosa, su figura era digna de mención y tenía algo extraordinario entre sus orejas, algo que debía tener cualquier persona en su posición. Además, le hacía sentir algo que no había sentido con Angelina. Aquella acción mecánica no se había debido a ninguna necesidad que hubiera en su interior; había sido totalmente cínica. ¿Cuándo había sido la última vez que realmente le había hecho el amor a una mujer? Muy a su pesar, se vio obligado a reconocer que la última había sido Maria Convala.

—¿Qué ocurre? —preguntó Chaline, con la cabeza ligeramente ladeada y una sonrisa en los labios.

—Eres muy atractiva —dijo él.

Ella se sentó.

—Y también estoy muy cansada.

Su respuesta fue tímida, y eso lo sorprendió. Levantó la cabeza cuando un grupo de técnicos entró en la sala tras el cambio de turno. En silencio, les dio las gracias.

—Podríamos acabarnos la copa en mi camarote —sugirió él.

Chaline perdió su timidez y lo observó de forma apreciativa, pero se levantó con tanta brusquedad que Cormac pensó que había forzado la máquina. Estaba seguro de que iba a rechazarlo.

—Realmente necesito una ducha —dijo ella. Cormac esperó a oír su cortés rechazo.

—No puedo entrar en tu camarote sin tu ayuda —añadió, con impaciencia.

Cormac se levantó del asiento y salió de la cafetería antes de que pudiera asimilar

su sorpresa. Al llegar a la puerta de su camarote apoyó la palma en el cierre y sintió un terror adolescente al pensar en cómo debería empezar. Chaline dispersó aquella preocupación al instante: al llegar al centro de la habitación se giró, deslizó el pulgar por el cierre de su mono, se quitó las zapatillas y dejó caer la ropa al suelo. Cormac recordó cerrar la boca cuando ella, con una sonrisa, se alejó hacia la ducha. *Hemos olvidado las bebidas*, pensó, sonriendo. Dejó su ropa junto a la de ella y la siguió.

—Eres muy lento —dijo Chaline, cuando entró en la ducha tras ella.

Se situó a sus espaldas y apoyó la mano sobre la piel etérea de la jabonosa curva de su cadera.

—Llevo demasiado tiempo escuchando a las IA —respondió, acercándola más a él. Le rodeó la cintura con los brazos y empezó a acariciar sus pechos.

Al sentir su erección, Chaline echó hacia atrás las caderas y las movió lentamente hacia los lados.

—Espero que no hayas perdido tus habilidades manuales —dijo, girándose y bajando los brazos.

Cormac volvió a acercarla a él y empezó a besarle el cuello. De repente estaba encima de ella sobre el suelo de la ducha, penetrándola. De allí fueron a la cama y, durante aquella noche, ninguno de los dos pensó en las conexiones.

¿No crees que con unas IA tan omnipotentes, unos sistemas de seguridad tan avanzados y unos Monitores de STC tan entregados, el crimen debería formar parte del pasado? Si eso es lo que piensas, es que no estás pensando. Puede que nuestros sistemas de seguridad avancen a diario, pero también lo hacen los criminales. Entre las fuerzas del orden y del caos, como me gusta llamarlas, se está desarrollando una carrera armamentística constante y en ocasiones resulta difícil decir quién será el ganador. A veces, incluso resulta difícil distinguir de qué lado está cada uno.

Extraído de Cómo es eso, por Gordon

La noche había sido breve, muy breve. El sol se había sumergido tras el horizonte durante dos horas solstan antes de volver a salir. Como si este lapso momentáneo se lo hubiera permitido, un banco de nubes verdes se alzó sobre el lejano horizonte y se deslizó por el cielo mientras unos molinillos relampagueantes arañaban su bajo vientre. Stanton dio otro mordisco al *kebab* que había comprado y se preguntó qué tipo de carne estaría comiendo... y ya puestos, qué tipo de vegetación. Tras inspeccionar durante un momento el contenido de su comida, miró a lo largo de la vieja carretera. A ambos lados de aquella superficie de tierra compacta había profundas torrenteras (había oído decir que las tormentas podían ser muy intensas en este lugar), pero lo que más le sorprendió fueron los paneles cuadrados dispuestos a lo largo del camino a intervalos regulares. Estaban pintados de negro y amarillo y cada uno de ellos mostraba una letra y un número. La letra era siempre una C, mientras que los números seguían un orden ascendente. Los estaba mirando cuando una mujer con la cabeza afeitada y tatuada salió dando bandazos de *The Sharrow*. Vestía unos vaqueros y una chaqueta forrada de fibras marinas que no lograban ocultar su dolorosa delgadez. *Probablemente es una descableada*, pensó Stanton, al advertir el tono azulado de su piel.

—¿Qué es eso? —le preguntó, señalando los cuadrados. La mujer pareció confusa durante unos instantes, pero entonces movió un brazo con desdén.

—Sujeciones para los coches —respondió, antes de desplomarse sobre el suelo. Stanton archivó esta información en «miscelánea». Volvió a mirar hacia la carretera, esta vez en dirección contraria, y vio la familiar silueta del Señor Grúa avanzando con pesadez tras Pelter. Terminó su comida con un par de mordiscos precipitados, se limpió las manos con un pañuelo de papel y lo tiró a una papelería cercana. Cuando Pelter estuvo más cerca, Stanton advirtió que algo había cambiado.

—Tienes un aumento nuevo —comentó.

Pelter levantó la mano y tocó el aumento de reptil que tenía tras la oreja derecha.

Puede que se debiera a la luz, al peso de la nube que se cernía sobre sus cabezas o a los relampagueos amarillentos, pero a Stanton le pareció que el aumento se movía bajo el roce de Pelter. *Es el paso definitivo*, pensó. Pelter siempre había sido un hombre atractivo, pero ahora, con la cabeza ladeada bajo el peso de aquellos aumentos desparejados, el enlace óptico en la cuenca supurante del ojo y el rostro demacrado y eternamente torcido por algún motivo que solo él conocía, era un monstruo. Sin duda alguna, ahora parecía lo que era en realidad.

—Un aumento nuevo —repitió Pelter.

—De acuerdo —dijo Stanton, cuando fue obvio que no pensaba decir nada más. Alzó la mirada hacia el cielo, que se estaba oscureciendo, y sintió las primeras gotas de lluvia fangosas sobre su rostro—. Se aproxima una tormenta y en este lugar pueden ser muy fuertes. —Volvió a mirar a Pelter—. Los chicos están dentro. ¿Has encontrado algún traficante?

Pelter asintió y señaló la entrada abovedada de The Sharrow. Se pusieron en marcha, caminando el uno junto al otro y seguidos por la sombra de bronce del Señor Grúa.

—Disponemos de un surtido de juguetes interesantes y de un sistema de transporte —explicó Pelter.

—¿De qué tipo?

—Un sigiloso pájaro de descenso fabricado por el Régimen. Me han dicho que fue robado, pieza por pieza, de una base de STC. Es viejo, pero servirá. —Pelter lo miró—. ¿Te has ocupado del otro asunto?

—Jarvellis no reveló ninguna información referente a nosotros de forma alguna, ni mediante aumentos, ni mediante los ordenadores de la nave ni mediante automanifiestos. Tiene todas las apuestas cubiertas, como siempre, y yo la creo. Hace décadas que se dedica al contrabando de armas. Si hubiera filtrado cualquier información, sería imposible que aún se dedicara a esto.

Pelter negó con la cabeza.

—Eso no me preocupa. ¿Qué hay del transporte?

—¿Cómo que eso no te preocupa? Tenemos que averiguar cómo se filtró la información, Arian. Podríamos estar a punto de caer en una trampa.

—No me preocupa porque ya lo sé.

—¿Qué es lo que sabes?

—No es asunto tuyo. Está todo arreglado. ¿Qué me dices del transporte? —preguntó.

Se detuvieron casi en el centro de la estancia. Stanton echó un vistazo a los ruidosos clientes y advirtió que todos rehuían su mirada. Entonces observó las plataformas del restaurante que se alzaban sobre ellos.

—Quizá deberíamos ahorrarnos esto —comentó.

—No —respondió Pelter—. Quiero saber qué habéis acordado.

—De acuerdo, de acuerdo. —Stanton se acercó un poco más y bajó la voz. Al ver

que Grúa también se aproximaba, supo que no lo hacía porque quisiera unirse a la conversación—. Jarvellis me ha dicho que si llevamos un pájaro de descenso, soporte vital para seis personas y otras reservas que aún no están detalladas, tendremos que fletar el conjunto de la nave, pues necesitaremos las dos bodegas y no quedará sitio para cargar nada más. Además, tendrá que reparar las juntas estancas de la bodega A para cargar y desplegar el pájaro... Nos costará un millón.

Stanton esperó a que Pelter explotara, pero su reacción lo sorprendió y lo desconcertó.

—De acuerdo —dijo, poniéndose en marcha de nuevo—. Mientras tanto, nos hospedaremos en el metrotel más cercano. ¿Cuánto tiempo le llevarán las tareas de mantenimiento?

—Un par de días solstan... Esa es la razón de que el precio sea tan elevado. Verás, gran parte de esa cantidad se destinará al mantenimiento y a los sobornos. Si no pagamos, podrían ponernos impedimentos.

—No es necesario que me des explicaciones —dijo Pelter cuando llegaron a las escaleras del restaurante.

Pelter y Grúa subieron delante, y Stanton advirtió que las escaleras metálicas se combaban bajo el peso del androide. Volvió la mirada hacia el caos de la zona del bar. Los dos hombres y las dos mujeres que acababan de cruzar la arcada apenas se diferenciaban del resto de la clientela. Vestían trajes de monofilamentos y se estaban sacudiendo las gotas de lluvia. Una de las mujeres era alta y lucía una larga melena morena, la otra era una gatoadaptada de cabello rojizo y los dos hombres tenían un aspecto bastante normal e iban armados, como muchas de las personas que había en ese lugar. Sin embargo, los delató el hecho de que no miraran en su dirección, hacia el Señor Grúa. Todas y cada una de las personas que había en el bar habían vuelto la cabeza al verlo, pues en aquel lugar no era habitual ver androides. Además, la mujer alta tenía una belleza clásica y se movía con una gracia poco habitual. Stanton siguió a Grúa y a Pelter escaleras arriba.

Los cuatro mercenarios holgazaneaban en un reservado situado al fondo del restaurante, con su atención centrada en el tanque de combate. Mennecken llevaba puesto un guante virtual y una máscara facial y Dusache, sentado junto a él, reía ruidosamente, pero Stanton no pudo oír ningún sonido hasta que entraron en el campo de privacidad del reservado. Se sentó junto a Pelter.

—Arian —dijo Corlackis—. Ya veo que ahora utilizas una tecnología más visible. —Contempló su rostro durante unos instantes, antes de desviar su atención hacia el Señor Grúa, que se había retirado a un lado del reservado y permanecía completamente inmóvil—. ¿Crees que realmente necesitamos ese tipo de equipo? —preguntó.

—Sí. Y ahora hablemos de negocios —respondió.

—Dejémoslo para luego —dijo Stanton, señalando al vendedor flotante que acababa de entrar en su campo de privacidad. En el borde de la gruesa bandeja

centelleaban lucecitas y debajo se doblaban dos brazos de cangrejo. El vendedor descendió hasta detenerse a un par de centímetros de las copas que descansaban sobre la mesa y su AG hizo que las bebidas se derramaran sobre la superficie, como si se hubiera levantado una fuerte corriente de aire. Entonces desplegó los brazos y recogió dos copas vacías que dejó sobre la bandeja y quedaron sujetas gracias a su campo de antigraavedad. Se oyó una voz aburrida.

—¿Desean hacer algún pedido? —preguntó.

—Yo tomaré un *cool-ice* —Stanton miró a Pelter.

—Lo mismo —dijo Pelter, que estaba mirando atentamente hacia atrás.

—¿Los caballeros desean repetir su pedido? —preguntó el vendedor.

—Por supuesto —respondió Dusache.

El vendedor se alzó en el aire y se deslizó hacia el Señor Grúa. Al llegar junto a él se ladeó y sus luces empezaron a moverse frenéticamente. De repente, salió disparado.

—Qué máquina más lista —murmuró Stanton—. Bueno, estamos todos aquí pasándonoslo genial y ninguno de nosotros va a advertir la presencia de los cuatro que están a punto de subir las escaleras.

—¿Qué tienes? —preguntó Corlackis.

—Sospecho que se trata de un grupo encubierto, probablemente STC, puesto que uno de ellos parece un Gólem.

—¿Cómo diablos puedes saber eso? —preguntó Svent.

—Porque siempre son demasiado buenos —respondió Stanton—. Pueden tener cicatrices en el exterior, pero también las muestran desde el interior. Así es como se sabe... Ahí vienen.

—¡Cabrón! —gritó Mennecken, quitándose la máscara facial y el guante y arrojándolos sobre la mesa.

—He aguantado ocho minutos —dijo Corlackis, echando un vistazo al reloj que tenía instalado en la uña—. Y eso significa que cada uno de vosotros me debe cincuenta chelines.

Mennecken, que estaba mirando a Stanton y a Pelter, se giró y observó al Señor Grúa. Corlackis habló antes de que su hermano tuviera la oportunidad de hacerlo.

—¿Notas algo extraño en la clientela de este restaurante? —preguntó. Mennecken echó un vistazo a su alrededor antes de volver a centrar la mirada en su hermano.

—Bueno, aquí tenemos al líder de la célula separatista de Cheyne III, a cinco mercenarios y a un psicodroide —respondió.

—Me refiero al resto de la clientela, como sabes perfectamente.

—¿Te refieres a alguno en concreto, aparte de los cuatro STC de mierda que están sentados allí al fondo?

Corlackis se volvió hacia Pelter.

—¿Quieres que se vayan de aquí?

Pelter no respondió. Dusache, Svent y él parecían estar compitiendo para saber

quién era capaz de sostener la mirada durante más tiempo. Esto hizo que Stanton se sintiera inquieto. Tenía un asunto en el que centrarse, así que dejaría para otro momento el que hacía referencia a los aumentos biotecnológicos.

—Sí, sería mejor si no nos estuvieran observando —respondió finalmente Pelter, mirando a Corlackis—. De todos modos, sería útil dejar con vida a uno de esos humanos para mantener una conversación con él.

Corlackis asintió y se volvió hacia Stanton.

—¿Dices que hay un Gólem? ¿Cuál de ellos es? —preguntó.

—La mujer de la melena morena. Probablemente es una Veinte o una Veinticinco. Podría haber otros de una serie superior, pero en ocasiones resulta difícil distinguirlos —respondió Stanton.

—Entonces es posible que necesitemos el material —comentó Pelter, mirando al Señor Grúa—. Ahora debemos preguntarnos lo siguiente: dónde, cuándo y cómo. ¿Alguna sugerencia?

—Si los apaleamos aquí, solo conseguiremos tener que pagar diez mil chelines en sobornos —dijo Svent.

—Iremos a vuestro metrotel —dijo Pelter—. Stanton y yo reservaremos las habitaciones. Hay cuatro STC, así que no podrán seguirnos a todos. —Se volvió hacia Svent y Dusache—. Vosotros dos os escabulliréis cuando sea posible y efectuaréis un reconocimiento. Quiero saber adónde van, qué hacen y si han instalado algún tipo de base de observación. También quiero saber si hay más. Los atacaremos durante la noche de este lugar. —Ahora se dirigió al conjunto—. Lo haremos con sigilo y nos desharemos de los restos.

Stanton asintió, mostrándole su aprobación, aunque no pudo evitar preguntarse si Pelter realmente necesitaba hablar en voz alta para comunicarse con Svent y Dusache.

—Me gusta la pequeña gatoadaptada —comentó Mennecken, mirando hacia el extremo contrario del restaurante.

—Mientras seas discreto... —replicó Pelter.

—Lo seré... pero no puedo hablar por boca de ella —replicó él.

—¿Podemos centrarnos ya en el asunto por el que quería que nos reuniéramos? —preguntó Pelter.

—Adelante —dijo Mennecken.

Antes de continuar, Pelter se aseguró de que todos le prestaban atención.

—Os pagaré a cada uno de vosotros cien mil chelines de Nueva Carth si me ayudáis a encontrar y matar a cierta persona.

Corlackis dejó escapar un suave silbido.

—De modo que se trata de alguien importante —comentó.

—Se trata de un agente de STC llamado Ian Cormac —explicó Stanton.

—Me lo comeré para desayunar —dijo Mennecken. Al ver que Corlackis no parecía tan seguro, Stanton imaginó que no era la primera vez que oía aquel nombre.

Pelter echó un rápido vistazo al CAG que Dusache le había señalado, intentando reprimir una sonrisa burlona. Este grupo era muy poco profesional; no tenía ni punto de comparación con Cormac. Su desdén se esfumó cuando intentó descifrar el origen de aquel pensamiento. ¿Se debía a sí mismo o a la dicotomía de llevar dos aumentos que se mostraban hostiles entre sí? Se sacudió la lluvia del cabello y miró a través de la falsa penumbra.

El cielo se estaba oscureciendo y la lluvia se intensificaba por momentos. Unos brotes resistentes similares al brezo negro se abrían paso entre las losas del estacionamiento de CAG, pero no eran las únicas visitas molestas que había traído consigo el exceso de humedad.

—¿Qué coño es eso? —preguntó Svent, deslizando la mano hacia el agujero de su impermeable.

Pelter lo miró y ni siquiera tuvo que vocalizar la orden. Svent sacó la mano del impermeable y la dejó caer sobre un costado. Dusache, Pelter y él miraron a la criatura que avanzaba entre las losas. Era un diamante de carne gris apilada, ojos bulbosos, un hocico respingón y una cola breve y plana que oscilaba en el extremo contrario. Debía de medir unos dos metros de longitud y parecía que podía arrollar a un hombre, aunque se movía muy despacio.

—Deberías saberlo. Anoche comiste un poco —respondió Dusache. Svent esbozó una mueca de dolor.

—¿Raya terrestre? —preguntó.

—Con mostaza, ¿verdad? —añadió Dusache.

Pelter los ignoró. Contempló la lluvia y le pareció ver en ella el atisbo de una forma: algo grande, una imagen que las gotas intentaban formar pero no conseguían hacerlo. Miró a través de los ojos del Señor Grúa y la imagen cobró fuerza. Ahora le pareció ver diamantes. Quizá era una reverberación causada por sus dos aumentos tras haber mirado a la raya. Para detener la reverberación, ejecutó un programa que desconectaba el aumento orgánico. Este, que pareció rebelarse contra él, se retiró con la renuencia de un clavo doblado y hundido en madera vieja. Mientras se alejaba, la forma se desvaneció. Ahora todo era gris a través de los ojos de Grúa y sentía la dureza del enlace óptico contra su cabeza. Cerró esta imagen y se volvió hacia los mercenarios, que seguían discutiendo.

—No podemos quedarnos aquí todo el día. Tenemos que trabajar —dijo.

Pudo ver su indignación pero no la entendió. Con una llamarada de irritación volvió a conectar el segundo aumento. Perfecto. Ahora lo entendía. Se sentían molestos porque les había tocado quedarse fuera, contemplando la lluvia, en vez de disfrutar de la calidez del bar del metrotel. Se giró, le hizo una señal a Grúa y se dirigió hacia el metrotel seguido por el androide. Los mercenarios se miraron entre sí con indecisión antes de seguirlos.

Stanton, Mennecken y Corlackis los esperaban en el bar. Los tres estaban jugando a los dados. Pelter envidiaba su capacidad para entretenerse durante el tiempo de espera entre acciones. Era una habilidad que él nunca había sido capaz de desarrollar. Cuando Stanton levantó la mirada, Pelter lo miró a los ojos mientras intentaba decidir qué debería hacer con él. Todavía nada; aún era demasiado útil. Entró en la sala y se sentó en el borde de una de las sillas bajas. Svent y Dusache también entraron. Como si estuviera presionando el cronómetro de un reloj de ajedrez, Corlackis tocó la pantalla táctil de una pequeña caja lisa que descansaba sobre la mesa.

—¿Es suficiente? —preguntó Pelter, mirando a Svent y Dusache.

—Suficiente —respondió Svent—. De vez en cuando movían un láser por las ventanas, pero eso es todo. No hay barridos en profundidad ni firmas de infraespacio. No son tan sofisticados.

—De modo que no están aquí por nosotros —comentó Stanton.

—Lo dudo. No están equipados para ello —respondió Svent.

—Contadme el resto —ordenó Pelter, punteando cada palabra con irritación. Le dolía el enlace óptico porque el fluido que había a su alrededor se había solidificado formando una costra. Además se había rascado una llaga que tenía en la sien, que solía sangrar cada vez que intentaba activar alguno de los programas más complejos de Grúa. Y para colmo estaba aquel *algo* que no paraba de atormentarlo y que estaba fuera de su alcance. Un conocimiento prohibido, un...

—Si duda alguna, la morena es un Gólem —dijo Svent—. Los demás son humanos, a no ser que lleven encima programas de emulación sofisticados, pero lo dudo. Considero que estaban aquí rastreando el tráfico de armas hasta que uno de ellos nos vio. Podéis estar seguros de que enviarán un mensaje por el infraespacio en cualquier momento.

—Eso no les servirá de mucho —dijo Corlackis—. No hay ningún runcible que pueda enviarles refuerzos a tiempo. El más cercano se encuentra a más de un mes de distancia, tiempo de navegación.

—No me importa que se sepa que estamos aquí. Lo que me importa es que averigüen que hemos conseguido un pájaro de descenso —dijo Pelter.

—Sí —corroboró Corlackis, encogiéndose de hombros—. Tenemos que matarlos.

Pelter miró a Svent y lo empujó subliminalmente a través de su aumento. El pequeño mercenario continuó.

—Son cinco, según lo que he podido averiguar. Los cuatro humanos se turnan en el vehículo, en parejas, probablemente para resguardarse de la lluvia. Los otros dos y el Gólem están en aquella cafetería de la ventana enrejada. Seguirán a cualquiera de nosotros que abandone este lugar y se separarán si nos dividimos. —Svent se llevó una mano al bolsillo y dejó caer un pequeño frasco de muestras sobre la mesa. En el interior había un par de partículas brillantes—. El jodido Gólem nos las puso a Dusache y a mí con una pequeña pistola de aire. ¿Acaso cree que somos estúpidos?

—¿Qué es eso? ¿Micrófonos o rastreadores? —preguntó Stanton.

—Rastreadores.

—¿Están desactivados? —preguntó Pelter, con voz airada.

—Por supuesto —respondió Svent.

—De acuerdo —dijo Pelter—. Los humanos no suponen ningún problema, pero preferiría que estuvieran lejos de nuestro camino antes de que nos ocupemos del Gólem. Así es como vamos a hacerlo...

Pelter se apoyó contra la puerta de su habitación mientras intentaba contener las náuseas. Algo ocurría con sus aumentos, el enlace óptico y el módulo de mando. Podía sentir que se estaban intercambiando paquetes de información, que se establecían y rompían conexiones, que se sucedían los apretones de manos. Con torpeza, intentó pasar la tarjeta por el lector que había junto a la puerta y maldijo el hecho de que su falsa identidad imposibilitara el uso de cierres de palma. Por fin lo consiguió y entró dando bandazos en su cuarto. A sus espaldas, el Señor Grúa cerró silenciosamente la puerta. Con manos temblorosas, Pelter cogió dos parches de una bobina, se levantó la sucia camisa, desprendió la protección de los parches y los pegó en su pecho. Solo entonces advirtió las marcas de goma de los parches anteriores y la mugre. Intentó que le importara, pero fue incapaz.

El símil de endorfinas que los parches liberaron en su cuerpo disipó sus náuseas y amortiguó las puñaladas de dolor que sentía en el lado izquierdo de la cabeza. Sintió algo de alivio, pero este fue mínimo hasta que el aumento de Sylac se desconectó. Al instante, su cabeza empezó a despejarse y la visión virtual a través del segundo aumento adquirió una nitidez casi dolorosa. Ahora podía ver más allá de los cuadros y los gráficos de información que parecían flotar en algún espacio desconectado. Ahora todo tenía un trasfondo, y este trasfondo era una inmensa pared de carne. De carne escamosa.

—Dragón —dijo.

No hubo respuesta, solo aquella claridad. Con pasos lentos y cautelosos avanzó hasta la cama y se sentó. No debía tener esto. Era demasiado fácil. Intentó rehabilitar el aumento de Sylac y al instante lo invadieron las náuseas. Lo intentó una vez más. El dolor regresó. Cuando se dio cuenta de que el segundo aumento estaba intentando desconectar al primero, decidió apagar el segundo; entonces las náuseas y el dolor remitieron y la pared de escamas desapareció. Todo lo que veía a través del aumento de Sylac era de color gris, debido a su activación gradual, pero Pelter seguía estando al mando. Con una voluntad fanática, desconectó y activó los aumentos en todas las combinaciones posibles. Estaba ejerciendo el control, pero no pudo más que preguntarse si empezaba a disfrutar del dolor y las náuseas. ¿Podía deberse a que eso le proporcionaba algo contra lo que luchar?

Metal burbuja: *Estos materiales fueron desarrollados por Cryon Corporation en el año 2110. El proceso de fabricación es sencillo: se vierte un metal común (o aleación) en moldes de gravedad nula (de ahí su desarrollo en las primeras fábricas satélite) y, mientras se encuentra en estado líquido, se le inyecta gas (por lo general, inerte). A continuación, el «metal espumoso» se deja enfriar. Los componentes fabricados mediante este proceso suelen tener una elasticidad y una fuerza de compactación elevadas, pero se oxidan fácilmente. Los nuevos avances nos proporcionaron gases anticorrosivos e inyectores ceramoplásticos. Esta tecnología se ha utilizado de forma extensiva y, en la actualidad, los únicos componentes modelados en estado sólido son aquellos que se utilizan en aplicaciones electrónicas, donde la estructura del cristal o la pureza del metal son requisitos indispensables.*

Extraído de un catálogo de Cryon Corporation.

La voz educada pero insistente de *Soberbia* despertó a Cormac, que al instante percibió el silencio. Buscó a tientas la conexión, como si fuera un fumador compulsivo que busca el primer cigarrillo del día y descubre que el paquete está vacío. ¿Dónde estaba la voz de su cabeza y la pequeña carga sináptica que conseguía que, en un abrir y cerrar de ojos, estuviera despierto y alerta? Intentó ignorar la sensación de pérdida. Ahora oía aquella voz con sus oídos.

—Ian Cormac... Ian Cormac...

—¿Sí, qué ocurre?

—Chaline me ha pedido que te informe de que su sonda ya está transmitiendo desde el emplazamiento de la explosión y ha detectado ciertas anomalías.

—*Chaline...*

Se giró sobre la cama y extendió el brazo, recordando con vaguedad un desenmarañamiento de extremidades sudorosas, un beso en la mejilla, una risita en la oscuridad.

—Dile que voy para allá.

Echó un vistazo al reloj de pared. Habían transcurrido diez horas que en su mayoría no habían sido de sueño. Sintiéndose un poco culpable, se levantó de la cama y se metió en la ducha. Diez minutos después se había puesto unos pantalones y una camisa, había atado el shuriken a su muñeca y se dirigía al Puerto de Enlace Descendente, que era lo más parecido que tenía el *Soberbia* a un puente o una sala de operaciones.

La sala era alargada y en uno de sus extremos había una gran cámara circular desde la que se enviaban las sondas. Sus larguísimas paredes estaban repletas de

pantallas y otros instrumentos. Los técnicos del runcible, vestidos con sus característicos monos azules, estaban sentados ante cinco paneles de control. Algunos tenían cables ópticos enchufados a sus aumentos y permanecían completamente inmóviles, pues toda la actividad que llevaban a cabo discurría entre sus oídos y las diversas submentes de *Soberbia*. Chaline estaba acucillada en el suelo, junto a uno de los paneles de control; a su alrededor se diseminaban diferentes instrumentos y microchips. Cuando Cormac se acucilló junto a ella, la mujer levantó la mirada y sonrió. Él fue incapaz de devolverle la sonrisa.

—Has dicho que había anomalías.

La sonrisa de Chalice fue reemplazada por una mueca de sorpresa. Encogiéndose de hombros, señaló una luz que centelleaba en el panel que se alzaba junto a ella.

—Es un aviso de contaminación —dijo.

—La sonda se encuentra en el lugar de la explosión —replicó él.

—La programamos para que ignorara los isótopos. Sabíamos que allí abajo haría calor, de modo que el aviso no tiene nada que ver con eso.

Con una expresión pensativa en el rostro, Chaline dejó la linterna en el suelo y empezó a conectar diversos microchips al panel. Cormac sabía que se sentía molesta por su falta de reconocimiento, pero no podía permitir que lo ocurrido la noche anterior se interpusiera en su trabajo. No debía permitir que las emociones interfirieran en su misión.

—Pensé que podía tratarse de un problema que la diagnosis no podía rastrear, de modo que *Soberbia* también realizó una comprobación. Todo parece estar en orden. Por lo tanto, el problema radica en la sonda. —Alzó la mirada hacia el techo—. *Soberbia*, ¿has completado la comprobación de la sonda?

—Sigo trabajando en ello, pero parece estar desarrollando una fragilidad estructural —respondió la IA de la nave.

—Has utilizado un tiempo presente —señaló Cormac.

—El proceso es continuo. En un principio, la fragilidad radicaba en sus brazos de muestreo, pero han aparecido nuevos puntos débiles. Cormac se volvió hacia Chaline.

—Sé que este no es mi campo de especialidad, pero creo saber cómo poner la sonda en órbita o, al menos, cómo sacarla del emplazamiento de la explosión, si todavía es posible.

—Quieres decir que querremos traerla de vuelta para estudiarla —dijo ella.

Cormac asintió. Chaline lo miró un largo momento, antes de asentir lentamente a modo de respuesta. Entonces se dirigió a la IA.

—*Soberbia*, ¿hasta que punto ha perdido integridad la sonda?

—Todavía puede soportar una gravedad elevada; la debilidad solo parece estar desarrollándose en los componentes de ceramal. La sonda tiene un armazón de aleación espumosa.

—¿Qué puede haber provocado eso? ¿El frío, quizá? —preguntó Cormac.

Chaline sacudió la cabeza con perplejidad.

—¿Ceramal? No... *Soberbia*, ¿qué temperatura hay en el exterior de la sonda?

—Ciento ochenta Kelvin.

—No sé para qué pregunto. El ceramal conserva su integridad estructural hasta los noventa grados Kelvin.

—¿Podría tratarse de un ácido? ¿De algún tipo de gas cáustico? —preguntó Cormac.

—No, tiene que ser algo más específico pues, de otro modo, el proceso de muestreo lo habría recogido... Espera un momento... *Soberbia*, ¿qué antigüedad tenían los amortiguadores del runcible de Samarcanda?

—El runcible de Samarcanda fue instalado en el año 2383 solstan.

—Sí —Chaline parecía satisfecha. Cormac levantó una ceja—. Los superconductores de amplio espectro fueron introducidos en el año 2397. El runcible de Samarcanda fue construido con los antiguos: hierro-volframio superconductor impregnado de cerámica y bañado en helio líquido. Los superconductores de temperatura ambiental de aquel entonces no podían asumir el tipo de corriente que recibe el amortiguador de un runcible. Estamos hablando de un fuerte pulso electromagnético.

—¿Y? —preguntó Cormac, preguntándose por qué Chaline consideraba necesario dar tantas explicaciones sobre su área de especialidad.

—¿No lo ves? Es hierro-volframio impregnado de cerámica... es decir, ceramal.

Cormac asintió.

—Por lo tanto, lo que fuera que destruyó los amortiguadores, ahora está destruyendo la sonda.

—*Soberbia* —dijo Chaline—, ¿sería posible efectuar una microexploración interna de la sonda?

—Efectuando exploración.

—¿Qué esperas encontrar?

—Sabotaje... Es demasiado específico para que pueda ser algo más.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, los amortiguadores son demasiado fríos para que pueda tratarse de algún tipo de virus manufacturado; además, están protegidos contra todo, excepto contra la radiación de neutrones. Por lo tanto, han tenido que ser las nanomáquinas.

—¿Y si han sido las nanomáquinas, podrás hacer algo al respecto? ¿Podrás instalar el nuevo runcible? Chaline se mordisqueó los nudillos.

—Habrán sobrevivido a una explosión de fusión... Deshacerse de ellas es como deshacerse de una enfermedad: siempre hay un bacilo que logra sobrevivir e inicia una vez más el proceso. De todos modos, no suelen mutar como hacen los bacilos o los virus. En cuanto consigamos una muestra, deberíamos poder crear una antitoxina. —Al advertir su expresión de desconcierto, explicó—: Tendremos que utilizar contrananomáquinas, cuyo propósito es dar caza y destruir a las nanomáquinas de este lugar. Eso llevará tiempo, y pasarán años antes de que Samarcanda esté

completamente limpia.

—¿Y el nuevo runcible?

—Oh, podemos protegerlo. En su construcción no se utilizó demasiado ceramal. Los amortiguadores son superconductores basados en el carbono setenta, de modo que las nanomáquinas no podrán tocarlos. Tendremos que establecer una exploración de proscripción como la que se efectúa con las armas.

Cormac esperó a que prosiguiera.

—Es para impedir que pueda ser sacado del planeta —explicó, como si estuviera cansada de tratar con un idiota—. Además, Samarcanda tendrá que limitarse al transporte runcible hasta que quede limpia. Por lo tanto, no podrá entrar ninguna nave.

—Siendo una estación de paso, no deben de entrar demasiadas —replicó Cormac.

—Es cierto —dijo Chaline, reanudando la tarea de conectar los chips en su sitio.

—Hemos detectado nanomicelio —dijo *Soberbia*, antes de que el silencio se hiciera demasiado incómodo.

—¿Micelio? —preguntó Cormac. Chaline miró a su alrededor y frunció el ceño.

—Son fibras similares a los hongos. Traeremos un poco para analizarlo.

Tendremos que utilizar el aislamiento de clase uno... *Soberbia* la interrumpió.

—No será necesario traerlo hasta aquí. Hemos detectado nanomicelio en la plataforma de la lanzadera. De repente, las luces de emergencia empezaron a centellear y la voz de la IA resonó por toda la nave.

—Alerta, posible brecha en el casco del compartimiento de la lanzadera. La sección quince quedará sellada en diez minutos.

Cormac, Chaline y los cinco técnicos que se encontraban en el Puerto de Enlace Descendente observaron las pantallas que mostraban aquella sección de la nave. Nadie sentía pánico, pues sabían que si la situación hubiera sido peligrosa, *Soberbia* habría sellado la zona y las personas que había en ella habrían sido evacuadas en trajes de emergencia. De todos modos, caminaron hasta la salida con expresiones de preocupación en sus rostros. Allí los esperaban cuatro técnicos provistos de escáneres de mano que guardaban un incómodo parecido con las porras. Los técnicos los deslizaron por el cuerpo de los evacuados, prestando una atención especial a las suelas de sus zapatos. Mientras observaban, un hombre irritado, un ofiadaptado que lucía una cresta espinosa sobre su cabeza calva, tuvo que quitarse los zapatos y arrojarlos a un contenedor que había junto a la salida.

—¿El detector podrá localizar todos los focos? —preguntó Cormac.

Nadie sintió deseos de responder.

—Entonces crucemos los dedos para que puedas crear una antitoxina —concluyó.

Continuaron mirando hasta que la sección quedó completamente despejada y las puertas se cerraron herméticamente.

—*Soberbia*, necesitamos muestras —dijo Chaline.

La imagen que les mostraba se convirtió en una panorámica del compartimiento de la lanzadera. La cámara se centró en una sección del suelo, donde había unas deslustradas huellas por las que se diseminaban unas fibras negras que parecían madera putrefacta. La cámara retrocedió para mostrar un pequeño zángano remoto que revoloteaba a escasos centímetros del suelo. Era un cilindro de cromo de un tamaño similar al antebrazo de un hombre, provisto de varios pares de manipuladores en su cara inferior. Una de sus pinzas de cangrejo sujetaba un frasco de muestras. Al llegar junto a las huellas, el zángano desplegó un pequeño brazo del que empezó a salir humo. El rayo amarillento de luz láser fue visible entre el humo mientras el zángano cortaba meticulosamente dos bandas del suelo, hacía palanca para levantarlas con lo que solo podía ser un destornillador y las depositaba en el frasco.

—Tendré que bajar a Aislamiento —dijo Chaline a Cormac—. Tengo mucho trabajo que hacer. El casco de la nave es de ceramal.

Esperó unos instantes a que él dijera algo, pero Cormac la dejó marchar sin hacer ningún comentario.

De vuelta en su camarote, Cormac solicitó una imagen de la cámara de aislamiento y observó a los dracos, que estaban dando cuenta de una nueva comida. *¿Podían haber sido ellos?*, se preguntó. Por algún motivo, tenía la impresión de que aquel no era el estilo de Dragón. Sí, era posible, ¿pero por qué iba a hacer algo así? ¿Por qué quería Dragón que los habitantes de Samarcanda murieran? Quizá estaba formulando la pregunta equivocada. ¿Por qué quería Dragón que el runcible de Samarcanda fuera destruido? Movi6 la cabeza hacia los lados. Todavía no tenía las pruebas suficientes para establecer ninguna teoríá.

—*Soberbia*, ¿has tenido suerte con esa submente? La respuesta de la IA fue rápida y breve.

—De momento, mi capacidad me impide ocuparme de ello.

—¿El micelio?

—Dos terceras partes de mi capacidad están siendo utilizadas para descodificar y diseñar una antitoxina.

—De acuerdo, ¿puedes conectarme con la submente?

—Sí. —... olvídáte de los arquetipos pero quédate con las ideas agua del baño pequeña el infierno no tiene ningún topo hambriento señor del dolor señor del dolor ¿d6nde está el límite? Sinter restallando fruta podrida verde... Cormac deslizó el dedo por una banda táctil para bajar el sonido—. Los amortiguadores del runcible fueron destruidos por un nanomicelio —le dijo a la submente. Volvió a subir el sonido—... hambriento hambriento comensal verde verde la hierba es verde destrozados y sangrientos hombres lagarto cayeron destrozados en el día lluvioso Jano...

¿Hombres lagarto?

—¿Quién destruyó los amortiguadores del runcible? —... las ganancias escapan volando con alas invisibles fruta podrida melocotón con espinas de espino...

Cormac bajó de nuevo el volumen. Por un momento pensó que había descubierto algo. ¿Era posible que la IA del runcible supiera quién colocó el micelio? Le parecía poco probable. De haberlo sabido, habría transmitido más información antes de ser destruida. De haberlo sabido, habría desconectado al instante el runcible. Freeman se habría perdido en el infraespacio, pero eso habría sido mejor a que murieran diez mil personas.

—*Soberbia*, muéstrame el micelio de la plataforma de la lanzadera.

La imagen de la pantalla cambió sin que la IA pronunciara una sola palabra. Quizá se estaba impacientando con él. Cormac observó la imagen. Aunque una parte de la cubierta había sido arrancada, las huellas se veían con claridad: largas y extendidas, con la marca de un dedo en la parte posterior. Era obvio que no eran humanas, que pertenecían a un draco, ¿pero acaso esto era una prueba? Cualquiera que hubiera llegado a la superficie podía haber traído el micelio consigo. Los dracos habían pasado más tiempo en ese planeta, de modo que las probabilidades de que hubieran sido ellos siempre habían sido mayores.

—*Soberbia*, los dracos trajeron a bordo el micelio.

—Ya estaba al corriente de ello.

Cormac dio unos golpecitos en la mesa con los dedos.

¿Y ahora qué?

Podía volver a intentarlo, pero su último intento por relacionarse con los dracos había estado a punto de acabar con su paciencia. Estaba seguro de que podían comunicarse con él de algún modo, pero uno de ellos se había limitado a permanecer sentado, sonriendo, mientras el otro observaba el dispensador de alimentos. Quizá necesitaba hacerlo cara a cara, no gesticulando a través de la ventana de observación y hablando por el intercomunicador.

—¡Maldita sea!

Se levantó y se dirigió hacia Aislamiento.

Cuando abandonó el eje vertical, vio a Mika junto a la ventana de observación de la sala de aislamiento. Había adoptado una postura contemplativa, con un codo apoyado en la mano y la otra mano bajo la barbilla. Ahora no parecía tan niña. ¿Acaso se debía a que la miraba con otros ojos? Se preguntó qué edad tendría. Podía encontrarse en cualquier punto situado entre los dieciocho y los trescientos años. Desde hacía cuatro siglos era imposible calcular la edad de una persona a partir de su aspecto externo. Mika no advirtió su presencia hasta que Cormac estuvo a dos pasos de ella.

—Ah, Ian Cormac.

—Solo Cormac. ¿Hay algo que te preocupe?

—No, la verdad es que no... no hay nada que me preocupe. Solo estoy intrigada. He realizado ciertas comprobaciones. —Señaló el suelo del fondo de la cámara de aislamiento—. ¿Ves eso?

Cormac miró hacia el lugar que le indicaba y vio lo que parecían unas arrugadas mallas de polietileno. Al instante dirigió su mirada hacia los dos dracos, que estaban acucillados en medio de la sala, completamente inmóviles. Parecían más limpios, más brillantes.

—Es piel —dijo el agente—. Están mudando.

—Es la tercera vez que lo hacen desde que los encerramos aquí. Se están regenerando: mudando la piel, excretando las células dañadas por la radiación y reemplazándolas a toda velocidad.

—Sí, *Soberbia* me informó de ello.

Ella lo miró.

—¿También te dijo que son inmunes al cáncer y a los errores de replicación?

—Un rasgo muy útil, pero nosotros también disponemos de él.

—Sí, pero nosotros lo conseguimos reparando nuestro ADN mediante virus o nanomáquinas, basándonos en la herencia genética corregida. Seguimos desarrollando cánceres que se tienen que curar. Con los dracos ocurre algo completamente distinto.

—No sé si esto es relevante o no: cuando se dijo que los dracos formaban parte de la raza que Dragón decía representar, también se comentó que podían ser máquinas orgánicas de alguna clase.

—Todos nosotros somos máquinas orgánicas. No has entendido lo que quiero decir. He analizado parte de esa piel y he descubierto que carecen de ADN. Sustituyen las células mediante la réplica directa de proteínas. Es algo que se ha hecho con anterioridad, pero ninguna criatura había podido desarrollar este método, pues es demasiado complejo.

—¿De modo que son máquinas?

—Sí, si quieres llamarlas así. La filosofía no es mi especialidad. Cormac sintió una punzada de vergüenza.

—Supongo que ha sido un comentario estúpido.

—En efecto. —Mika esbozó una breve sonrisa para suavizar el comentario y continuó—. Sin embargo, estas criaturas fueron creadas de alguna forma. Tú las llamas dracos y, al hacerlo, las estás dotando de género, a pesar de que son completamente asexuados. Carecen de órganos de reproducción. Teniendo en cuenta sus antecedentes, diría que fueron creados para servir a un propósito y que dicho propósito no tiene nada que ver con su supervivencia ni con la continuación de sus genes, como ocurre con nosotros, sino que fueron creados para servir al propósito de Dragón. Son una forma alienígena de las Series Gólem... o de cualquier otro androide.

—¿Y cuál sería ese propósito?

—No tengo ni idea. Lo único que sé es que Dragón es un magnífico constructor.

—¿Algo más?

—Muchísimo. Podría dedicar una vida entera a estudiarlos. Sus huesos son sólidos: calcio laminado con algo similar a esmalte dental, de un tamaño y una densidad dos veces superiores a los nuestros. Tienen un sistema digestivo capaz de extraer nutrientes a una roca. —Se volvió hacia él una vez más—. Sin embargo, prefieren recurrir a otras opciones más sencillas, como ya habíamos advertido. —Le dio la espalda—. Su musculatura es tan recia como un roble viejo. Tenemos suerte de que no intentaran abandonar la sala de aislamiento cuando los encerramos en ella. La puerta no habría podido detenerlos.

—Puede que sean diferentes al que vi en aquella ocasión.

Cormac recordó su pelea a la sombra de Dragón. Había derrotado al draco con relativa facilidad, pero quizá eso era lo que Dragón había querido. Había utilizado la palabra «dramatismo» para describir las acciones de Dragón a Chaline, pero empezaba a pensar que toda aquella representación había sido una tapadera para otras acciones, para dejar que la humanidad creyera que Dragón se había autodestruido. ¿Estaba asustado o solo era un amante del subterfugio?

—Es bastante probable.

—¿Disculpa?

—Es probable que sean diferentes al que viste en Aster Colora. Posiblemente, Dragón los crea de modo que encajen con las necesidades que tiene en cada momento concreto —comentó Mika.

Cormac reflexionó durante unos instantes.

—¿Cómo sobrevivieron al frío? —preguntó.

—Bueno, ahí es donde las cosas se ponen realmente interesantes. Utilizan la réplica de proteínas, pero todavía tengo que descubrir qué patrón siguen. Tardaremos años en desentrañar su fisonomía... pero su estructura cerebral es completamente diferente a la nuestra. Mi teoría es que se trata de un patrón mental y que pueden alterarlo según su voluntad, aunque dentro de unos límites. Cuando Thorn dijo que debían de tener anticongelante en vez de sangre, probablemente no estaba demasiado equivocado. También sería interesante echar otro vistazo al lugar en donde se cobijaban.

—¿Por qué? ¿Crees que allí habrá alguna prueba?

—Solo para saber cuánto comieron durante los últimos quince meses. Apuesto que ingirieron cantidades sorprendentes para mantener su temperatura corporal y que los cadáveres que vimos solo eran las reservas para un par de días.

—¿Hay algo en ellos que pueda indicar su propósito?

—La verdad es que no, excepto su fuerza, quizá. Puede que fueran creados para tolerar una fuerte gravedad, pero podría deberse a cualquier cosa.

—Has dicho que la puerta no los detendría. ¿Qué fuerza tienen?

—¿Has estado en los cuarteles de los esparcanos?

Cormac dijo que no con la cabeza.

—Bueno, ¿recuerdas que Gant dijo que tenían Gólems Treinta? ¿Sabes qué son?

—Los androides de combate de Cybercorp. Los mejores.

Mika señaló a los dracos.

—Esos dos serían sus dignos rivales.

—¡Joder! Tenemos que llevarlos a la sección de seguridad.

Mika sonrió.

—Dudo que la sección de seguridad pueda contenerlos. De todos modos, hemos estado blindando esta celda desde que los trajimos aquí y esta ventana puede cubrirse con persianas de protección. En tan solo medio segundo podrían acabar en una caja de ceramal inalterable de diez centímetros de espesor.

—¿Eso bastaría para...? —empezó a decir Cormac, pero fue interrumpido por la voz de *Soberbia*.

—Va a producirse una ligera contaminación en las reservas de aire. No hay ningún motivo de alarma. Las antitoxinas se han diseminado por todos los sistemas. Repito, no hay ningún motivo de alarma.

Cormac sintió que su corazón daba un vuelco. Hasta ese momento no había sido consciente de lo preocupado que estaba por el nanomicelio. Volvió a mirar a los dracos y advirtió que el sonriente se había levantado. Por un momento pensó que les estaban sirviendo más comida, pero entonces vio que olfateaba el aire. Lo observó y, mientras lo hacía, sintió un sabor amargo y metálico en la boca y un olor astringente en el aire que le recordó al de una herrería.

Las antitoxinas.

—Chaline trabaja con rapidez —le dijo a Mika, preguntándose el significado exacto de sus palabras.

—Sí —respondió la mujer. Cormac la miró con recelo al percibir algo extraño en su voz, pero ella mantuvo los ojos fijos en los dracos.

Cormac se sintió incómodo por más de una razón. Resultaba inquietante saber que el aire se estaba llenando de pequeñas máquinas capaces de acabar con el micelio y que estas se estaban introduciendo en su lengua y en sus fosas nasales, pero al draco todo esto parecía divertirle. Sonriendo, avanzó hasta la ventana de observación y miró directamente a Cormac, algo que resultaba desconcertante, puesto que la ventana solo era transparente por un lado. Prácticamente había logrado convencerse a sí mismo de que aquella criatura no podía verlo cuando esta señaló el micrófono del intercomunicador.

—Tienen cuerdas vocales, de modo que deben de poder hablar —comentó Mika. Cormac conectó el intercomunicador.

—¿Tienes algo que decir, amigo mío? —preguntó, intentado parecer tranquilo. Puede que esto fuera lo que necesitaba. Por fin podría empezar a desentrañar este misterio.

—Se acerca Dragón —dijo el draco, dando media vuelta.

—¡Espera!

El draco regresó al centro de la habitación y se sentó en el suelo. Desde allí se limitó a sonreírle.

—No creo que consigas que te digan más de lo que ellos quieran contarte.

Recuerda que sus motivaciones no son las mismas que las nuestras. Cormac contuvo su ira.

—Sí —respondió.

Pero Dragón se estaba acercando y, a pesar de sus gustos délficos y en ocasiones explosivos, nunca se había mostrado tímido para comunicarse.

Diversas formas de vida han viajado con nosotros y han formado parte de nuestra eficiente expansión por la galaxia. Desde el principio se decidió que las restricciones de la cuarentena eran un ejercicio carente de sentido, debido a los grandes avances realizados en las ciencias biológicas. Cuando tienes el ADN de una criatura o cualquier otro patrón que esta pueda utilizar, ¿qué ocurre si es destruida? Que puedes volver a crearla si lo deseas. Está comprobado que así es como funciona la vida: durante milenios, las especies han sido aniquiladas por rivales más afortunados. Algunos han lamentado la pérdida de variedad, pero este argumento es engañoso en el mejor de los casos, puesto que la adaptación genética y la creación biotecnológica han traído consigo formas más novedosas e interesantes. Lamento tener que decirlo, pero nosotros perfeccionamos nuestra naturaleza de forma constante. Mi única queja en este asunto es que algunas de las formas más antiguas y desagradables son tan eficaces como aquellas que adaptamos y creamos. ¿Por qué será que en aquellos mundos que disponen de agua tropiezo con tanta frecuencia con rayas de tierra? ¿Por qué no ha aparecido alguien con un rival que nos resulte menos letal que el escarabajo cuchilla? ¿Y quién diablos decidió que estaba bien permitir que los mosquitos colonizaran todos y cada uno de los planetas?

Extraído de Cómo es eso, por Gordon

La lluvia estaba moteada de negro, debido al polvo que había barrido el viento desde las zonas abrasadas de los desiertos ecuatoriales. Aunque el campo energético del parabrisas del viejo Ford Macrojet la repelía, se estaba formando una línea de fango en el punto en el que este se unía con el capó. Daven observó el barro durante unos instantes antes de contemplar la extensión de losas del estacionamiento de CAG que discurría hasta la entrada del metrotel. Tras los paneles de cristal, todo era brillante y cálido. En la planta inferior se estaba celebrando una fiesta. Dos horas antes había aterrizado una flota de taxis aéreos delante del edificio para escupir a los asistentes. Al parecer, alguien había firmado un contrato matrimonial durante el día y ahora estaba celebrando aquella estupidez.

—¿Tienen contratos matrimoniales? —preguntó Pellen una vez más.

—Así es —confirmó Daven—. Siguen existiendo en un montón de lugares, sobre todo en aquellos planetas que están fuera de la Línea. ¿Nunca los has visto?

—Nunca se me había ocurrido —respondió, negando con la cabeza.

Daven le observó, preguntándose por qué habría sentido la necesidad de gatoadaptarse siendo una mujer tan atractiva. Tenía la impresión de que era un poco ingenua para este tipo de misión. Aquellas personas que habían pasado la mayor parte

de sus años de formación en una estación de descableados solían ser así. No le cabía duda de que STC la había enviado a este lugar como parte de su adiestramiento, para seguir la pista a algunos traficantes de armas. De momento todo había sido muy sencillo, sobre todo gracias a la ayuda de Jill, el Gólem, que podía sacarla de cualquier situación peligrosa. Sin embargo, las cosas habían cambiado desde que Jill había visto a Arian Pelter saliendo de casa de Grendel... y ahora la situación podía volverse un poco desagradable.

—Dos de ellos, a las tres en punto —dijo Pellen, de repente.

Daven apartó los ojos del barro que ensuciaba el parabrisas y miró hacia donde le indicaba. Ahí estaban el mercenario escurridizo, que se había puesto un chubasquero sobre el traje, y el tipo corpulento que se había reunido con Pelter en el exterior de The Sharrow. Ambos se dirigían hacia el metrotel. Velet y Jill deberían aparecer tras ellos en cualquier momento. Mientras cogía el intensificador del salpicadero se oyó un fuerte golpe. De repente, la lluvia y un cálido aire húmedo invadieron el CAG. ¡Mierda! Habían reventado el cierre de la puerta posterior. Antes de que pudiera alcanzar la pistola que escondía en la cintura, una mano se cerró en su cabello y un frío metal oprimió su garganta.

—Ahora ya puedes coger esa desagradable pistola ligera que llevas ahí y dejarla en el suelo —dijo Mennecken.

Daven advirtió que los otros dos mercenarios avanzaban hacia ellos.

—¿Qué queréis? —preguntó, acercando con cautela la mano a su arma. Miró de reojo a Pellen, que contemplaba horrorizada a sus agresores. Si su compañera hacía algo, sería hombre muerto. Movié ligeramente la cabeza y fue recompensado por una punzada de dolor en la garganta.

—La pistola —repitió Mennecken. Muy despacio, Daven sacó el arma de su funda y la dejó caer.

—Decidme qué queréis.

—Quiero que te calles —respondió Mennecken, clavándole la afilada cuchilla de ceramal en la garganta y volviéndose hacia Pellen con una sonrisa.

La mujer sofocó un grito cuando Daven se palpó la garganta intentando detener la sangre que caía a borbotones sobre el suelo y el arma que descansaba en él. Entonces, en los extremos de sus dedos aparecieron unas garras que no solían formar parte de la adaptación felina y golpeó con fuerza a Mennecken, abriendo profundos surcos en su rostro. Cuando el mercenario retrocedió blasfemando, Pellen abrió la puerta de una patada y abandonó el vehículo.

—¡Zorra!

Mennecken abrió la puerta que había reventado antes, rodeó el vehículo y saltó sobre el capó. Miró a Corlackis y Stanton, que ahora corrían hacia el coche, antes de bajar de un salto al suelo. Sus pies pisaron algo suave que se enderezó bajo su peso y cayó de bruces sobre una raya de tierra, que burbujeó e intentó alejarse. Gritando de rabia, el hombre hundió su daga en la criatura, cuya única reacción fue burbujear un

poco más y seguir intentando moverse. Las cuatro profundas puñaladas que le asestó no parecieron tener ningún efecto en el animal, que ni siquiera sangró.

—¡Ve tras ella! —gritó Corlackis cuando llegó junto al vehículo.

Mennecken se deshizo de la raya y se levantó. Tenía la ropa cubierta de limo y emitía el mismo hedor que un cuerpo putrefacto arrastrado por la marea.

—¡Jodido bicho! —gritó, pegando una patada a la raya antes de dar media vuelta y correr hacia el callejón por el que había escapado Pellen.

—Nos ocuparemos del otro y después iremos tras él —dijo Stanton, golpeando el capó con la mano—. Tenemos unos tres minutos.

Cuando abrieron la puerta del pasajero, Daven se desplomó sobre el suelo. Corlackis levantó una ceja.

—¿Era necesario que se la clavaras tan profundamente, hermano mío? —preguntó.

—Podría haberse deshecho de los dos con una pistola. ¿En qué cojones estaba pensando? —protestó Stanton, con mal sabor de boca.

Corlackis pulsó un botón del interior del vehículo para abrir el portaequipajes. Entonces cogió el cadáver, lo llevó a rastras hasta la parte posterior y, con la ayuda de Stanton, lo depositó en el maletero.

—Mennecken puede cuidar de sí mismo —replicó Corlackis.

Stanton negó con la cabeza y cerró el maletero de golpe.

—Esto no era lo que yo quería, y lo sabes.

—Sí, lo sé.

Stanton consultó su reloj y echó un vistazo a sus espaldas.

—No tenemos tiempo para esto —añadió.

Corlackis asintió y, quitándose el impermeable, lo colocó minuciosamente sobre el asiento del pasajero. Mientras tanto, Stanton se dirigió hacia el asiento del conductor, pensando que este era el precio que tenía que pagar por utilizar asesinos tan eficientes, pues estos solían disfrutar en exceso de su trabajo. Miró a Corlackis, que todavía no se había montado en el vehículo.

—Date prisa. Estará aquí en un minuto.

Corlackis se encogió de hombros y ocupó el asiento contiguo. El vehículo se puso en marcha y se elevó unos metros. El zumbido del viejo motor le atacaba los nervios. Stanton desconectó el campo energético del parabrisas para permitir que la lluvia lo manchara, y entonces lo hizo avanzar.

—Ahí está —dijo señalándolo y consultando el reloj a la vez—. Cronometrado al segundo. El hombre que los había estado siguiendo desde Port Lock acababa de aparecer.

—Es una suerte que no sea el Gólem —dijo Corlackis.

—Está todo calculado —respondió Stanton—. El Gólem tiene que permanecer con Pelter y con el Señor Grúa porque es el único que puede enfrentarse al androide si las cosas se ponen feas... y lo harán.

El hombre se detuvo sobre las losas y levantó la mano. Sin duda alguna, esperaba que lo dejaran disfrutar de la calidez de la nave para poder descansar durante un rato de sus tareas de vigilancia. Stanton giró el vehículo de modo que el asiento del pasajero quedara a su lado; entonces, Corlackis pulsó el control de la puerta para bajar la ventanilla y sacó del bolsillo de la chaqueta una gruesa pistola, cuyo cañón era más ancho que largo.

—En el asiento posterior —ordenó Stanton—. Necesitaremos el espacio que queda en el maletero.

—Lo que tú digas, John —respondió Corlackis.

Descendieron hasta quedar junto al hombre, que se agachó para mirar por la ventanilla con una sonrisa en el rostro. Stanton tenía la certeza de que estaba a punto de hacer algún comentario sobre el tiempo, pero su sonrisa se desvaneció cuando Corlackis le disparó a la cara.

—Mierda, lo queríamos vivo —protestó Stanton.

—Concédeme cierta inteligencia, John. Le he disparado un veneno neuronal de acción inmediata en forma de gránulos. No volverá a ser guapo, pero vivirá —respondió Corlackis.

—De acuerdo... de acuerdo. —Mientras el CAG aterrizaba, echó un vistazo al reloj y cogió una pequeña unidad de comunicación que guardaba en el bolsillo superior de la chaqueta.

—Svent, ¿qué tal va eso? —preguntó.

—Se dirige hacia la cafetería. Lo apresaremos allí.

—No te preocupes si llegamos un poco tarde. Mennecken ha tenido que salir corriendo tras la gatoadaptada —dijo Stanton.

—Está bien —respondió Svent—. Además, me apetecía un café. Nos vemos luego. Stanton efectuó un ajuste y habló de nuevo.

—Ya los tenemos —anunció. La voz de Pelter sonó fría y correcta.

—Esa era la parte sencilla. Ahora tenemos que ocuparnos de esa máquina de STC —respondió.

—¿Dónde estás? —En el basurero que hay en el exterior del puerto espacial.

—¿El Gólem sigue contigo?

—Eso parece. Es muy bueno, por lo que hemos podido comprobar. Puede que tenga herramientas camaleónicas.

—¿Necesitas ayuda?

—Tengo al Señor Grúa.

Stanton desconectó la unidad, sabiendo que Pelter no iba a decir nada más. Abrió su puerta y rodeó el vehículo para reunirse con Corlackis, que estaba cacheando al hombre al que había dejado inconsciente. Encontró una pistola ligera que arrojó junto a la que descansaba en el suelo del asiento del pasajero, y después descubrió una pequeña unidad de comunicación que cogió para analizarla detenidamente.

—¡Suéltala! —dijo Stanton—. Podría tener un rastreador.

Miró a su alrededor. No había nadie a la vista, pero era mejor hacer esas cosas lo más rápido posible. Abrió la puerta posterior, que no cerraba bien desde que Mennecken había reventado la cerradura, arrastró al hombre hasta allí y, sujetándolo por el cuello y el cinturón, lo arrojó sobre el asiento posterior. Corlackis se limitó a observar. Sabía que, con su musculatura estimulada, Stanton estaba más que capacitado para esa tarea.

—Ahora vayamos en busca de ese hermano tuyo —dijo Stanton.

Volvieron a montarse en el CAG para devolverlo a su ubicación original.

—¿Cuánto tiempo estará inconsciente? —preguntó, señalando hacia atrás con el pulgar.

—Entre media y una hora —respondió Corlackis.

Stanton lo miró con atención.

—De acuerdo. Te quedarás aquí vigilándolo mientras yo entro para ver qué hace tu hermano.

—Puedo hacerlo yo —replicó Corlackis, mirándolo a los ojos.

—Sí, pero no lo harás. Te quedarás aquí.

—Lo que tú digas.

Stanton abrió la puerta y salió. Mientras avanzaba hacia el callejón vio que la raya estaba al borde de la empantanada torrentera, estrujando un largo y viscoso gusano blanco. Más gusanos se retorcían en el agua, un poco más adelante. Si no recordaba mal, aquellas criaturas debían de ser machos, puesto que los gusanos eran paquetes de esperma móviles que iban en busca de charcas repletas de huevos para irrumpir en ellas. Las heridas que Mennecken había infligido a la raya eran superfluas pero, debido al esfuerzo que estaba realizando, era evidente que no tardaría en morir.

Al acceder a la oscuridad del callejón intensificó su visión y pulsó unas teclas de su intercomunicador para recibir la señal de Mennecken. Una pequeña flecha situada tras la pantalla táctil transparente indicaba que su compañero estaba más adelante, a la derecha, y los números que aparecían debajo mostraban que se encontraba a ochenta y cinco metros de distancia y se estaba alejando. Stanton inició un trote suave, prestando atención a dónde pisaba, pues el suelo estaba resbaladizo por el paso de las rayas que vivían en el lugar. Aquello era una pesadilla. El agua se deslizaba por su nuca y empapaba su ropa a pesar de que llevaba puesto un chubasquero. De repente se le ocurrió que, aunque Mennecken era un asesino eficiente, el hecho de que disfrutara tanto de su trabajo pronto sería un inconveniente. No debería haber permitido que se encargara de esto. Corlackis o él mismo tendrían que haberse acercado al vehículo por detrás y haber disparado a los agentes de STC.

Aceleró sus pasos cuando un grito desgarró la noche. Al echar un vistazo a su unidad de comunicación descubrió que Mennecken ya no se estaba alejando. Pronto llegó a un camino lateral que conducía al callejón, a cuyos lados se alzaban muros de losas de plastigón soldadas entre sí. El balanceo de la flecha le indicaba que su compañero se había alejado en esa dirección. Se oyó un nuevo grito y Stanton vio al

mercenario peleando contra la gatoadaptada. Se habían alejado bastante del coche, así que Mennecken debía de haberse entretenido acechándola. Seguramente, la mujer estaba escondida tras el viejo hidrocoche que estaba oxidándose en las proximidades. Mientras se acercaba, vio que Mennecken le daba un revés y la dejaba tendida en el sucio suelo.

—¿Quieres jugar, gatita? —preguntó.

Sin detenerse, Stanton cogió su pistola de pulsos y la apoyó contra su costado. Mennecken inmovilizó a la mujer en el suelo y empezó a cortarle la ropa. Ella chilló al sentir que hundía la punta de su cuchillo en la piel que había entre sus pechos. Stanton le apuntó con su arma, pero entonces vaciló. Por fin, dándose fuerzas a sí mismo, apretó el gatillo. La mujer se retorció bajo el mercenario mientras la mayor parte del contenido de su cabeza se diseminaba por el plastigón. Levantándose de un salto, Mennecken miró a su alrededor con una mueca de irritación en el rostro y la daga lista para atacar. Stanton le apuntó con la pistola, pensando que el equipo de Pelter estaba a punto de perder a uno de sus miembros.

—¡Mennecken! —aulló Corlackis a sus espaldas.

Mennecken se quedó helado. Miró a Stanton con odio manifiesto pero, recuperando la calma, se giró, limpió la daga en la ropa de la gatoadaptada y la envainó, dando la espalda en todo momento a sus compañeros. Cuando se giró de nuevo, lo hizo con una expresión despreocupada.

—Creía que te había dicho que te quedaras en el coche —dijo Stanton, mirando de reojo a Corlackis. Este señaló su intercomunicador.

—Vi que no estaba demasiado lejos y pensé que podría ayudar. Stanton asintió mientras guardaba la pistola de pulsos.

—Mennecken, llévala al coche —ordenó, dando media vuelta. Regresaron al vehículo.

—Se está convirtiendo en un inconveniente —dijo Stanton cuando Corlackis se acercó a él.

—No es tan malo. Stanton se preguntó cuál sería exactamente la definición de «malo» para este mercenario. Al llegar al CAG esperó bajo la lluvia. Podría haber ayudado a Mennecken a llevar el cadáver hasta allí, pero no se sentía inclinado a hacerlo. Además, él era quien tenía la culpa de que la mujer se hubiera alejado tanto del vehículo. Estaba a punto de hablar por su intercomunicador cuando vio que un trío de borrachos avanzaba dando tumbos hacia él.

—Una fiesta salvaje —comentó Corlackis. Desde aquella distancia parecía que los tres estaban borrachos, pero una inspección más detallada reveló que el tipo que iba en medio no pisaba el suelo y que todos los movimientos que realizaba eran obra de los dos hombres que avanzaban a su lado, que no eran otros que Svent y Dusache. Stanton accedió al interior del vehículo y abrió el maletero.

—Pensaba que esperaríais —dijo, cuando los dos mercenarios se detuvieron junto a ellos.

Svent asintió, mirando a su víctima. Un hilillo de sangre oscura se deslizaba por sus fosas nasales y su cuello se movía más de lo habitual.

—Este tipo, Sonny, empezó a ponerse nervioso cuando entramos. Yo me acerqué y le di un abrazo, pero había pocas personas allí dentro y me harté de su falta de conversación.

Stanton avanzó hasta el maletero del coche y miró a su alrededor. Aparte de algunos juerguistas que habían entrado en el metrotel, no había nadie en la zona. Era una noche perfecta para el crimen. La víctima de Svent también fue a parar al maletero, seguida por la gatoadaptada que Mennecken trajo a rastras desde el callejón.

—¡Buf! Apeestas, Mennecken —protestó Svent cuando todos estuvieron apretujados en el interior del vehículo. Entonces, señalando al STC que permanecía inconsciente en el asiento posterior, preguntó—: ¿Quién es?

—A Pelter le apetece mantener una conversación con él —respondió Corlackis.

Stanton prefirió no unirse a las carcajadas que se sucedieron a continuación. Dando media vuelta, se alejaron rumbo al vertedero.

Pelter guardó el intercomunicador en el bolsillo y se detuvo. Contempló con una expresión vacía la noche, encortinada por la lluvia. ¿Cómo reaccionaría el Gólem? No le cabía duda de que había oído la conversación. La lluvia se deslizaba entre la acacias, había un CAG destrozado en las proximidades y, más lejos, en una maraña de vegetación, la oxidada sección de carga de un pequeño transportador. Seguro que había averiguado lo ocurrido y, quizá, ahora estaba pensando en cómo rescatar a sus compañeros. Se tocó el aumento de escamas que descansaba a un lado de su cabeza y, a través del módulo de mando, dio instrucciones al Señor Grúa. Este aumento era tan claro y tan preciso que le hacía ver el mundo con una luz diferente. Grúa le tendió el maletín y al instante se puso al descubierto. Pelter observó a través de la visión nocturna del androide. Tal y como esperaba, el Gólem salió de su escondite y avanzó hacia él.

—¿Qué intenciones tienes, Pelter? —preguntó.

Se parece tanto a una mujer hermosa, pensó Pelter. La verdad es que es una lástima.

—Pretendo matar a un hombre —respondió.

La Gólem se detuvo y movió la cabeza hacia un lado. Parecía desconcertada. A Pelter le molestó que, incluso en estas circunstancias, mantuviera la farsa del lenguaje y las reacciones humanas.

—No lo entiendo —reconoció de mala gana—. Tienes a mis tres compañeros.

—Sí, los tengo.

—¿Qué piensas hacer con ellos?

—La verdad es que solo deberías preocuparte de lo que pienso hacer contigo.

—¿Debería? —Movi6 la cabeza y lanz6 una mirada despectiva al Se6or Grúa.

—Deberías. Te he traído hasta aquÍ para que mis hombres pudieran encargarse de tus compa6eros sin interferencias. Tambi6n te he traído hasta aquÍ porque, aunque sabía que al Se6or Grúa no le resultaría difícil acabar contigo, habría un poco de alboroto.

De nuevo aquella mirada despectiva.

—Soy un G6lem Veinte. Esa criatura es un piel de metal. Ha sido fabricada en el exterior del R6gimen a partir de los restos desechados por Cybercorp y vendido por cantidades desorbitadas a personas como tÚ.

Pelter esboz6 su desagradable sonrisa.

—No podrías estar m6s equivocada. El Se6or Grúa era un G6lem Veinticinco que trabajaba para STC. Sus reguladores morales fueron destruidos por descargas sensoriales completas de la mente de un psic6pata, y m6s tarde fue reprogramado para que se adaptara a nuestro prop6sito. Esa piel met6lica que ves es ceramal inalterable recubierto de superconductores que cubren su tÍpico armaz6n de ceramal. Funciona mediante cuatro microbaterías diferentes y todos sus motores combinados son superiores a los de Cybercorp.

—¿Tengo que creérmelo? —pregunt6 la G6lem.

—Si me lo permites, intentar6 convencerte. Pelter se volvi6 hacia el Se6or Grúa para darle instrucciones, no porque necesitara darle 6rdenes vocales, sino porque quería que la G6lem las oyera.

—Se6or Grúa, destruye a esta m6quina arrogante y esparce los pedazos por el vertedero.

El androide, pasando de la inmovilidad m6s absoluta a una velocidad aterradora, levant6 una enorme masa de tierra de una patada y se la arroj6 a la G6lem, que solo tuvo tiempo de girarse antes de recibir el impacto. Este son6 como si hubieran arrojado un bloque de hierro contra un coche. Los pies de la G6lem se hundieron profundamente en el suelo, pero contraatac6 a Grúa con unos golpes tan r6pidos que resultaba imposible verlos. Cada golpe era como un disparo, pero no tenían ningÚn efecto evidente en Grúa. El androide se inclin6, rode6 la parte superior del cuerpo de su contrincante con el brazo derecho, las caderas con el izquierdo e, inclin6ndose, lo retorci6. La ropa se desgarr6 y la piel artificial se parti6. Los destellos de los cortocircuitos y los diodos internos al estallar podían verse a trav6s de su carne rasgada. La mujer empez6 a emitir un agudo plañido, pues ni siquiera a los androides les gusta morir. El sonido ces6 cuando Grúa la parti6 por la mitad y empez6 a dividir en fragmentos ambas mitades.

—¿A qu6 distancia te encuentras? —pregunt6 Pelter por el intercomunicador.

—Pronto estar6 allÍ —respondi6 Stanton—. ¿Todo va bien?

—SÍ, por supuesto —respondi6 Pelter, antes de apagar su transmisor.

Mir6 al Se6or Grúa y, con la inmensa claridad que le proporcionaba su nuevo aumento, casi puso sentir los deseos del androide.

—No, Señor Grúa —dijo—. No puedes quedarte la cabeza.

A regañadientes, el robot arrojó su trofeo entre los arbustos y, tal y como Pelter le había ordenado, se volvió hacia el CAG que se aproximaba. Pelter volvió a conectar su unidad.

—¿Eres tú, John?

—Sí. ¿Dónde está el androide?

—Por aquí. Creo que esa es la mejor forma de describirlo —respondió Pelter.

Cuando el CAG se detuvo, los cinco mercenarios salieron de él. Tras observar los pedazos que se diseminaban alrededor del lugar que ocupaba el Señor Grúa, Stanton se volvió hacia Pelter.

—¿Y ahora qué?

—¿Los tienes a todos, tal y como ordené? —preguntó Pelter.

—Más o menos —respondió Stanton.

—¿Y eso qué significa?

—Que los tenemos a todos y que, como pediste, traemos a uno con vida.

Pelter lo miró durante un largo momento, antes de volverse hacia Svent y Dusache.

—Llévalo a ese viejo transportador. Desnudadlo y atadlo.

Ambos hombres sacaron del coche al prisionero, que seguía aturdido, y lo llevaron a rastras al transportador.

—Mennecken —continuó Pelter—. Entierra los cadáveres y deshazte del coche. No quiero que encuentren ninguna prueba mientras estemos aquí. John, Corlackis, venid conmigo.

Mennecken ocupó el asiento del conductor y se llevó el vehículo mientras los tres hombres se dirigían al transportador. Momentos después, Grúa se sacudió como si acabara de despertar y empezó a seguirlos. Entraron en el aparato a través de una brecha oxidada que se abría en el casco. Era una pequeña sala con paredes de aleación y un sucio suelo cubierto por los mismos brotes negros que habían visto en la ciudad. Para cuando llegaron, los mercenarios ya habían desnudado al hombre y le estaban atando las muñecas y los tobillos. Después lo inmovilizaron enganchando la cuerda de las muñecas a un tubo que discurría a lo largo de la pared. Dusache conectó una luz química de baja luminosidad y la introdujo en una oxidada fisura.

—Ahora veremos cuánto sabe —dijo Pelter.

Stanton observó el objeto que este había sacado de su bolsillo. Era algo que había conseguido durante su visita a Grendel. Sabía qué estaba a punto de ocurrir, pero no pudo más que preguntarse si era realmente necesario.

—Te conocía... de Cheyne III —dijo el hombre mientras se esforzaba en recuperar el aliento.

—¿Y bien? —preguntó Pelter.

Stanton pensó que el separatista estaba asumiendo un riesgo bastante grande al chupar el extremo del inductor como si fuera un bolígrafo. Nunca sabías si las cosas iban bien, mal o todo lo contrario hasta que tocabas a alguien con él. Entonces lo sabías con certeza. A Mennecken le habría gustado atacar al agente de STC con un cuchillo, pero el inductor dolía más y la persona a la que torturabas permanecía más tiempo viva porque no perdía sangre.

—Eso es todo: te vi y se lo dije a Jill. Nos ordenó que te vigiláramos mientras pedía instrucciones y refuerzos.

—¿Crees que voy a creérmelo?

—¿Por qué no? ¡Es cierto! ¡Oh, vamos! ¡Te estoy diciendo la verdad!

El hombre soltó un grito prolongado cuando Pelter clavó la punta del inductor en la cara interna del muslo y lo hundió en sus genitales. En cuanto se vio libre de él, se inclinó hacia delante y empezó a sollozar. Stanton sacó la pistola de pulsos de su abrigo y apuntó hacia la cabeza del prisionero. Pelter le obligó a apartarla.

—Todavía no he terminado.

Stanton se giró y advirtió que la luz del amanecer entraba por la brecha oxidada del casco. Llevaban tres horas en este lugar. Observó a Svent y Dusache, pensado que aunque se suponía que a este último no le gustaban estas cosas, parecía tan ansioso como Svent y Pelter. Corlackis había sugerido hacía rato que alguien debería salir a vigilar y había decidido hacerlo él. Stanton volvió a mirar a Pelter.

—Ya le has sacado todo lo que sabe. No tiene nada más que decir.

—Eso no lo sabré hasta que le haya torturado hasta la muerte —replicó Pelter. Stanton vio la expresión de terror que se dibujó en el rostro del hombre al oír estas palabras.

—Si continúas, solo conseguirás que invente la información que quieres oír —replicó. Pelter se limitó a mirarlo durante un largo momento.

—De acuerdo —dijo por fin—. Lo mataré.

Mientras decía esto, sostuvo en alto el inductor nervioso y apretó el interruptor. Esbozando una sonrisa letal, se agachó y hundió el aparato en el estómago del hombre, que seguía gritando cuando Stanton abandonó el transportador para reunirse con Corlackis.

—No le está dejando tiempo para responder a las preguntas —dijo Corlackis. — Él no quiere respuestas. Solo lo está matando con el inductor nervioso.

—Eso es bastante desagradable.

Stanton se alejó. Pensó en Corlackis diciendo que su hermano asesino «no era tan malo», pensó en lo que estaba haciendo Pelter... y se preguntó si se estaba hartando de todo esto.

Nanomáquinas: *Son máquinas diminutas construidas molécula a molécula para un propósito específico. Suelen autorreplicarse y no ser susceptibles a ninguna forma de mutación. Por lo general, solo pueden trabajar en entornos específicos. Se necesita tanta energía para crearlas, incluso las más sencillas, que no son la solución a todo, como se había creído en un principio... o al menos eso es lo que nos han dicho siempre, aunque debido a sus posibilidades infinitas muchos nos preguntamos si se trata en realidad de una ciencia sujeta a un férreo control. Se ha hablado largo y tendido de ciertas maravillas como el nanomicelio y las nanofábricas, pero es poco probable que existan.*

Extraído de Guía del Membrillo, compilada por humanos.

La lanzadera se bamboleó al entrar en una turbulencia y una salva de cristales negros siseó contra el parabrisas. Cormac no estaba preocupado, pero le resultaba desconcertante estar sentado en un hemisferio de cristal de cadena, en la parte delantera de una nacela. El ala voladora carecía de cuerpo central y su posicionamiento parecía implicar un control indirecto de la nave, casi como si la estuvieran pastoreando. Además, había una espeluznante cantidad de espacio vacío bajo sus pies.

—Aquí soplan vientos de ciento cincuenta kilómetros por hora —comentó Jane.

—Entonces no debería haber ningún problema con la dispersión —respondió Cormac, observando los relucientes hocicos de los módulos distribuidos a lo largo del ala. Cada uno de ellos no era más que una cubierta aerodinámica y una unidad térmica para los aspersores que descansaban en su interior.

—Podría haberlo. Tenemos que lanzar la antitoxina allí donde pueda ser distribuida siguiendo los patrones climáticos que se han sucedido tras la explosión, pero no podemos saber con certeza cuáles han sido.

—*Soberbia* estimó que la dispersión se había producido sobre el noventa por ciento del territorio de Samarcanda.

—Si así fuera, gran parte del material habría sido proyectado a la atmósfera superior, y durante el enfriamiento inicial del planeta las condiciones climáticas habrían sido mucho peores de lo que son ahora: soplarían vientos de más de cuatrocientos kilómetros por hora y parte del micelio habría dado la vuelta completa al planeta.

—Entiendo... ¿Crees que la antitoxina logrará cumplir su cometido? Jane asintió.

—Con el tiempo. Y esta zona quedará saturada.

—¿Eso será suficiente?

—Sí, si además se implementan medidas de seguridad y el ceramal se elimina de la ecuación... Esto último no será difícil, puesto que prácticamente ha sido reemplazado por el cristal de cadena.

Cormac volvió a mirar a sus pies y pensó en lo que había allí abajo. Sintió un ataque de cólera momentáneo, pero lo reprimió. No le importaba lo que dijeran de su humanidad; en su opinión, las emociones incidían en la eficiencia.

—Nos aproximamos al primer punto de descarga —anunció Jane, introduciendo una secuencia en el panel de control.

Cormac observó una pantalla que mostraba la parte posterior de la lanzadera y vio que de uno de los módulos salía una estela serpenteante, debido al contacto de la cálida antitoxina con el gélido aire. Otra pantalla la mostró más lejos, siendo cortada en pedazos y dispersada por los cruentos vientos. Jane soltó la palanca de mando y se recostó en su asiento.

—Los sistemas automáticos nos harán trazar un círculo de cincuenta kilómetros de diámetro.

Cormac observó el indicador de velocidad del aire. Se desplazaban a novecientos cincuenta kilómetros por hora, de modo que tardarían diez minutos.

—Has dejado la bomba de dispersión para lo último, ¿verdad?

—Sí, liberaremos los cuatro módulos aquí arriba; después descenderemos y lanzaremos la bomba de dispersión. Se trata de una decisión arbitraria, pues el orden en que lo hagamos no supondrá ninguna diferencia.

Cormac se levantó de su asiento y se dirigió hacia el ala de la lanzadera en busca de algo de comer. Podría haberse quedado en el *Soberbia*, puesto que su presencia en este lugar no era necesaria, pero estaba harto de esperar a que ocurriera algo y a que los escáneres de la nave encontraran algo. Chaline y sus técnicos estaban tan ocupados con los preparativos del nuevo runcible que no había tenido demasiadas oportunidades de hablar con ella... y para ser honesto, tampoco había tenido ningún deseo de hacerlo. Chaline era el tipo de implicación que menos necesitaba en esos momentos, ¿o quizá se estaba engañando a sí mismo? Por otra parte, Mika cada vez estaba más absorta en su estudio de los dracos y ya había persuadido a los cuatro esparcanos y a algunos tripulantes para que la ayudaran. El resto de la tripulación estaba reemplazando los componentes y la superestructura que el micelio había dañado y la IA de la nave estaba involucrada en prácticamente todas y cada una de estas actividades, mientras proseguía con su exploración del planeta. Cormac, que ante este panorama se sentía como una rueda de recambio, había aprovechado la primera oportunidad que le habían ofrecido para salir de la nave. Necesitaba acción, no introspección.

Encontró una caja de comida bajo uno de los bancos que se alineaban en el borde frontal del ala. De ella extrajo un paquete envuelto en papel de aluminio que la etiqueta identificó como «bocadillo de huevo y mayonesa». Echó un vistazo a la tapa de la caja, donde un logotipo indicaba que era propiedad de STC. ¿Sería este el secreto

de los esparcanos? Sonrió y sacó un café de la caja antes de volver a taparla. Tiró de la lengüeta y, mientras el café se autocalentaba, contempló los tanques globulares que se distribuían por toda el ala y la confusión de tuberías que discurrían por el suelo. La nave estaba llena de antitoxinas. Recordó la imagen que Mika le había mostrado en la pantalla de su nanoscopio. Le había sorprendido ver que aquella cosa tenía garras e incluso una boca. Él le había preguntado por qué tenía la piel tan... nudosa. «Son átomos», había sido la respuesta de Mika.

—¿Cuánto debería llevarnos esto? —preguntó, tras dar un mordisco a su bocadillo y beber un sorbo de café caliente.

—Cuatro horas. —Jane se giró para mirarlo—. ¿Ya llevas mejor el hecho de no estar conectado?

—Mucho mejor. Ahora tengo la impresión de haber estado viviendo la vida de otra persona, pues toda mi implicación con el mundo exterior había ocupado un papel secundario. Blegg tenía razón con lo del límite de veinte años. Tendrían que haberme desconectado de la red hace una década.

—Me sorprende que no lo hicieran. Es evidente que Tierra Central antepuso tu utilidad a tu salud mental.

—No he tardado demasiado en recuperarme.

—Hay cincuenta y ocho personas en el *Soberbia*.

Él la miró sorprendido.

—Cuatro de ellas son los esparcanos, veintidós forman parte de la tripulación y el resto son técnicos. No me sorprende que no lo sepas. Después de haber estado conectado, te das cuenta de que hay un montón de preguntas que olvidas formular. Si hubieras tenido una interacción social normal, este hecho habría sido evidente.

—¿Intentas decirme que aún no estoy recuperado? —preguntó, descubriendo que le costaba mantener la sonrisa orgullosa de su rostro.

—Tu eficiencia no parece haber mermado demasiado...

Cormac volvió a pensar en la conversación que había mantenido con Blegg y supo qué estaba insinuando Jane: que lo único que había mermado había sido su humanidad. Tenía la impresión de que la Gólem se equivocaba... ¿o solo intentaba engañarse a sí mismo? Su forma de evitar a Chaline podía ser un reflejo de dicho deterioro, pero el que quisiera evitar una implicación emocional también podía ser un deseo perfectamente humano. En su opinión, era un punto que podía someterse a discusión.

—¿Crees que debería pasar más tiempo en la sala de ocio? Sería una pérdida de tiempo ahora que todos están tan ocupados. —Eres tú quién debe decidir el curso de acción. Yo me he limitado a hacerte una observación. *Muñeca condescendiente*. Sonrió para sus adentros. Aquel pensamiento había sido bastante humano.

Mientras la lanzadera se desplazaba hacia cada una de las cuatro áreas de siembra, la conversación se desvió hacia Dragón y sus motivaciones. Jane parecía haber almacenado todos los diálogos que había mantenido dicha criatura con los

humanos. Mientras hablaban, Cormac pensó en la época de Aster Colora. En aquel entonces solo llevaba conectado cinco años, aunque llevaba muchos más trabajando como agente. ¿Cuán diferente era ahora? ¿Era posible que Jane estuviera confundiendo su evolución natural con los efectos secundarios de permanecer conectado durante demasiado tiempo? De nuevo sonrió para sus adentros. Primero despreciaba a la androide y ahora tenía dudas sobre su capacidad. A cada segundo que pasaba era un poco más humano. Pronto empezaría a tratarla como si fuera una persona normal... y suponía que eso era exactamente lo que ella deseaba.

Cuando la estela de los módulos se desvaneció, Jane movió la palanca de mando y la nave descendió en espiral hacia la atmósfera. Cruzaron un denso banco de nubes amarillas, donde gruesos cristales de hielo del tamaño de la uña del pulgar siseaban contra la pantalla. En cuanto lo dejaron atrás, la nave se precipitó sobre un paisaje desolado que podría haber sido descrito como tundra si hubiera crecido en ella algún tipo de vegetación. Para Cormac, la única descripción adecuada era la siguiente: «desierto ártico». En este lugar, donde el terreno tenía la forma ondulada de las dunas, había esculturas heladas que parecían olas congeladas sobre estrechos barrancos. Por la pantalla posterior advirtió que la nave creaba a su paso una explosiva nube de polvoriento hielo de CO₂. Ante ellos se alzaba una enorme montaña en forma de montículo gigante de piedra arenisca rodeada por laderas cubiertas de nieve. A medida que se acercaban, Jane redujo la velocidad de la nave hasta que fue inferior a la del sonido, para poder desplazarse por los helados flancos de la montaña sin correr ningún peligro.

—Originariamente se llamó M65, pero durante un periodo de veinte años siete personas murieron intentando escalarla. Ahora se denomina Monte Prometeo. Zeus encadenó a Prometeo a una montaña y ordenó que, cada día, un águila se alimentara de su hígado y que, cada noche, este se regenerara.

—Una historia fascinante. ¿Alguien ha logrado coronar la cima?

—En cierta ocasión, una mujer llamada Enoida Deacon escaló la montaña provista tan solo de un traje térmico y una bombona de oxígeno. Nadie más la ha escalado. La mujer se instaló en la ciudad del runcible.

De modo que ahora está muerta, pensó Cormac.

Al dejar atrás la montaña, bajaron en picado hacia la helada llanura de Nuevo Mar, bajo un cielo blancuzco completamente despejado de nubes. Cuando la orilla quedó fuera de su campo visual fue como si estuvieran volando entre dos sábanas de algodón curvas, carentes de rasgos distintivos. Jane aumentó la velocidad de la lanzadera hasta que superó la del sonido y, pronto, unas nubes negras como el hollín mancharon el horizonte. Minutos después sobrevolaban a toda velocidad la orilla opuesta, formada por una hilera de acantilados que le recordaron a la corteza exterior de algún fruto que aún tiene que descascararse para mostrar la pureza de lo que contiene en su interior: de nuevo un desierto ártico pero, en esta ocasión, repleto de llanuras que eran en realidad agua congelada. Cormac vio una estación térmica en la

distancia. Podría tratarse de la misma que habían visitado, pero como había varias en aquella orilla, resultaba difícil saberlo con certeza. Pronto llegaron a la primera zona de edificios, la mayoría de los cuales estaban intactos. Más allá divisaron el oscuro círculo que marcaba el lugar en el que se había producido la explosión.

—Átate —dijo Jane.

Cormac rodeó su cuerpo con el arnés y lo fijó. Comodidades tales como la gravedad interna no solían encontrarse más que en las lanzaderas destinadas al transporte de pasajeros. Esta nave era militar, de modo que tampoco estaba provista de campos de choque. A STC no le gustaba consentir demasiado a sus empleados. Jane tiró de la palanca y la lanzadera se elevó en el aire, arrojando a Cormac contra el respaldo de su asiento. La presión disminuyó instantes después, cuando Jane estabilizó la nave y redujo la velocidad. Pronto se detuvieron sobre el lugar de la explosión, manteniendo la AG al máximo de potencia.

—La bomba está fuera —dijo Jane, tras introducir una secuencia en la consola.

Cormac observó la imagen que mostraba la pantalla. Vio cómo la esfera plateada descendía e iba disminuyendo con la distancia. Segundos después se produjo un destello que dejó un punto negro en la pantalla; alrededor de este se sucedieron ocho nuevos destellos, a medida que la bomba racimo esparcía la antitoxina por la zona. Tras un breve momento, una nube de polvo helado se alzó y oscureció el terreno. ¿El cuerpo de la intrépida Enoida Deacon acababa de ser destruido? Dudaba que a ella le importara.

La lanzadera giró sobre su cola y se elevó hacia el cielo a toda velocidad.

Cuando la nave cruzó el brillante casco del *Soberbia*, Cormac advirtió que gran parte de la plataforma de la lanzadera había sido reemplazada. Detrás de la pared más alejada, cerca del eje vertical, había un par de tripulantes trabajando, pero la mayor parte de los daños parecían haberse subsanado. La lanzadera había sido reparada antes de partir y ahora le aguardaban diversos robots y unos diez técnicos que tendrían que moverla para que pudiera acceder a la plataforma inferior.

—Bueno, las vacaciones han terminado —comentó Cormac.

—¿Te ha parecido relajante? —le preguntó ella.

—Sí. Tengo la sensación de que en los días venideros recordaré este pequeño viaje con algo similar a la nostalgia.

Tras desabrocharse el cinturón, se levantó y abandonó a la Gólem. Sonrió para sus adentros: era agradable que no pudiera pensar en ninguna respuesta condescendiente. Ahora, como había dicho, las vacaciones habían terminado. Puede que se hubieran efectuado nuevos descubrimientos en la nave. Atendiendo ligeramente a los consejos de Jane, se dirigió a la sala de ocio en vez de a la soledad misantrópica de su camarote. Desde allí, hablaría con *Soberbia*. En cuanto accedió al pasadizo que conducía a esa sala vio a Chaline, que volvía a llevar el mono arrugado

y manchado de sudor, caminando en dirección contraria en compañía de otro técnico. Al final del pasillo se detuvieron para besarse. Cormac sintió una leve consternación, pero volvió a sonreír para sus adentros cuando se le ocurrió que, quizá, la ducha de Chaline no funcionaba bien. Entró en la sala.

En su interior solo había tres técnicos. Estaban dando cuenta de su comida mientras comprobaban los cálculos en sus pantallas de notas y discutían sobre mecánica de singularidad de cinco dimensiones. Cormac oyó que uno de ellos mencionaba el espacio n y otro decía algo sobre vectores temporales de Skaidon. Los saludó con un movimiento de cabeza y se dirigió al dispensador de alimentos. La verdad es que no deseaba participar en aquella conversación. La pantalla redonda del dispensador cobró vida cuando pulsó una miniconsola que alguien había dejado extendida sobre su estrecho tallo.

—¿Tienes pasteles blancos de Cheyne? —preguntó. La palabra «En existencia» apareció en la pantalla a la vez que en la esquina inferior derecha empezaba a centellear una señal que rezaba «Esperando».

—De acuerdo —dijo—. Tomaré pasteles blancos de Cheyne, pan fresco y mantequilla, acompañado del vino blanco apropiado.

Las palabras cambiaron a «Adquiriendo» y en unos minutos su comida apareció por la ranura inferior, sobre una bandeja sellada. Había viajado en naves peores. Ocupó una mesa lo más alejada posible de los técnicos (la discusión se estaba acalorando y habían llegado a la fase de agitar los cuchillos de plástico sobre la mesa) y activó la pantalla de la mesa.

—*Soberbia*, ¿alguna novedad? —preguntó, mientras retiraba el plástico que cubría su bandeja. Examinó la botella de vino que le habían proporcionado. Estaba elaborado con uvas de gravedad nula; frunció los labios a modo de aprobación y cogió un vaso para servírselo.

Se produjo una demora antes de que la IA le respondiera. La pantalla centelleó para revelar una imagen vista desde algo que descendía lentamente por un eje de paredes lisas.

—Una exploración en profundidad ha revelado una mancha negra bajo la superficie de Samarcanda. Este eje conduce hasta ella. Se encuentra a dos kilómetros de profundidad. He enviado una sonda.

¿Una mancha negra?

Entonces lo recordó: una mancha negra podía ser algo sobre lo que rebotaban las diversas radiaciones del escáner sin la información espectroscópica habitual, o algo sobre lo que no rebotaban, como un agujero negro.

—¿Conseguiste un rebote? —preguntó.

—Un reflejo total. Allí abajo hay un objeto lenticular de un material aún no identificado. Mide cinco metros de anchura y dos de espesor.

—¿Qué materiales proporcionan ese tipo de reflejo?

—Existen ciento sesenta y seis registrados...

—De acuerdo, no hace falta que los enumeres. —Continuó observando la pantalla, pero de repente se le ocurrió algo más—. Espera un momento... ¿esa sonda estará bien allí abajo? ¿Qué ocurre con el micelio?

—En la construcción de esa sonda, todo el ceramal ha sido reemplazado por cristal de cadena.

Al recordar lo que Jane le había dicho, Cormac resopló y volvió a centrar la atención en su comida. La imagen carecía de interés, de modo que apenas la observó. Terminó de comer y se sirvió el último vino que quedaba en la botella. Mientras lo bebía a sorbos, *Soberbia* volvió a ponerse en contacto con él.

—Los nuevos datos indican que el eje es demasiado estrecho para que el objeto haya pasado por él en su forma presente.

—¿Cómo sabemos que lo hizo? —preguntó Cormac.

—No lo sabemos, pero parece probable.

—Entonces habría un cráter o alguna señal del impacto.

—No necesariamente. Samarcanda ha experimentado una reciente actividad volcánica.

—¿Qué quieres decir exactamente con eso de reciente?

—Hace doscientos años —respondió *Soberbia*.

Mientras asimilaba estas palabras, Cormac recordó una afirmación que Dragón había hecho con respecto a su edad y se preguntó qué diablos estaba ocurriendo en ese lugar. Volvió a centrar su atención en el punto central.

—Puede que los habitantes de Samarcanda excavarán ese eje. Quizá intentaban desenterrar el objeto —sugirió.

La imagen de la sonda cambió mientras esta se detenía y giraba. Ahora veía un vidrio esmerilado oscuro, pero dudaba que aquellos cristales fueran de hielo.

—Las paredes del eje son de cristal de compresión —explicó *Soberbia*—. Eso indica que la roca fue fundida y comprimida. El método habitual de excavación de túneles consiste en cortar o volatilizar la roca. Aquí, en un mundo frío con un excedente de energía procedente del runcible, habrían utilizado el segundo método, pero no queda constancia de que se haya utilizado ninguno de ellos. De hecho, no hay ningún registro que indique que se haya llevado a cabo ninguna excavación similar.

—Podrían haber sido destruidos junto al runcible, ¿no crees?

—El descubrimiento y la consiguiente excavación de un objeto similar habría sido del interés de todas las IA del Régimen y de diversos expertos humanos. No me cabe duda de que la IA de Samarcanda habría compartido esta noticia.

Cormac permaneció sentado mientras esta información impregnaba su mente. Al parecer, en este lugar había habido algo diferente a personas. ¿Dracos, quizá?

—¿Has explorado la zona que rodea la boca del túnel en busca de equipo de algún tipo?

—Sí. Antes de iniciar la exploración en profundidad realicé un barrido completo de la superficie del planeta.

—¡Oh! —exclamó Cormac observando la pantalla, que acababa de quedarse vacía—. *Soberbia*, ¿dónde está la imagen?

—No hay más imágenes. Algo ha destruido la sonda.

Cormac abandonó el eje de descenso y mientras accedía a la plataforma de la lanzadera respiró hondo, intentando tranquilizarse. Lo que lo preocupaba no era lo que podían encontrar en aquel planeta, sino la reunión informativa que estaba a punto de celebrar. Lo estaban esperando los cuatro esparcanos y un ayudante de Chaline. La mujer estaba demasiado ocupada con los preparativos del nuevo runcible para poder acudir en persona, o eso era lo que había dicho. Mientras caminaba hacia la lanzadera, Cormac observó a esas personas, consciente de que todas ellas estaban sometidas a la ley del Régimen.

Los dos Gólems Treinta hacían que Gant y Thorn parecieran pequeños. Ambos medían más de dos metros de altura y eran prototipos de la perfección física humana. Solo Cybercorp fabricaba androides como estos. Cualquier otro Gólem era pobre en comparación, si te creías su lema. Era cierto que existían copias realmente espeluznantes, como los pieles de metal u otros que eran más parecidos a una colección de prótesis que a algo coherente.

Aiden tenía el cabello rubio muy corto, los ojos azules y el aspecto que Hitler debía de haber estado buscando con su programa de eugenesia: era inconfundiblemente teutón. Cento tenía el cabello moreno y rizado, los ojos marrones, la piel bronceada y bien podría haber desfilado para Apolo. Los cuatro esparcanos cargaban con el equipo. Las armas que transportaban no pesaban demasiado, pero tampoco tenían por qué hacerlo, pues si no bastaban, el siguiente paso que darían sería un ataque directo desde la nave. Carn, el ayudante de Chaline, era un hombre pequeño, delgado y fuerte, de aspecto simiesco. Lucía una barba como la de Thorn, pero tenía el cabello largo y lo llevaba atado en una cola. Tras su oreja derecha podía verse la mancha cristalina de un aumento cerebral. Sus ojos eran distintos: el derecho, con su pupila amarilla a juego con el color del aumento de cristal, era artificial, mientras que el otro tenía un suave tono marrón. Su mano izquierda estaba bañada en plata y de su brazo y del cinturón de su traje térmico colgaba una amplia variedad de instrumentos. Cormac sintió cierta simpatía hacia él, pues suponía que había más máquinas en su interior que en su exterior. Se adelantó para dirigirse al grupo.

—Supongo que sois conscientes de la situación, pero la repetiré para asegurarme. Hace dos horas, *Soberbia* captó una mancha oscura en el escáner. Más que una absorción era un reflejo, de modo que es probable que se trate de un artefacto. Es lenticular y mide unos cinco metros de ancho por dos de espesor. Hemos averiguado que se encuentra en una cámara de unos cien metros de ancho. *Soberbia* también ha detectado un eje que conduce hasta él. Este fue creado mediante métodos que

nosotros no solemos utilizar. —Hizo una breve pausa—. Cada vez parece más probable que no haya sido creado por ninguna entidad humana. Es posible que fuera creado por el objeto, aunque su tamaño es mayor. De todos modos, quiero recordar que todo esto no son más que conjeturas. Hace una hora, *Soberbia* envió una sonda al lugar. Cuando se encontraba a un kilómetro de profundidad, la sonda fue destruida.

Cormac caminó hacia un lado y apoyó una mano en el ala de la lanzadera, por encima de su cabeza. Ante él se apilaban algunos paquetes que esperaban a ser cargados. Prosiguió con su monólogo.

—Lo que fuera que destruyó la sonda continúa allí abajo. Parece sumamente improbable que ese objeto no tenga nada que ver con la destrucción del runcible, y el hecho de que parezca no querer ser descubierto me hace recelar. —Posó sus ojos en Carn—. Quiero que averigües qué es exactamente. —Dicho esto, observó a los esparcanos de uno en uno—. Y vosotros ya sabéis cuál es vuestro cometido. ¿Alguna pregunta?

—¿El escáner ha mostrado algo más? —preguntó Gant.

Cormac negó con la cabeza.

—Se encuentra a demasiada profundidad. *Soberbia* detectó el objeto tan solo porque era una mancha negra. Desde esta distancia apenas hemos podido averiguar nada más.

Gant continuó.

—Has incluido equipo de escalada. Llevamos dos mil bobinas de *rappel* motorizado y algodón de cadena. ¿Acaso se trata de un descenso en vertical? Podría ser difícil salir de ahí si surge algún problema.

—El eje tiene una inclinación de unos treinta y cinco grados, pero habrá hielo.

Gant dio unos golpecitos a la caja sobre la que estaba sentado.

—Zapatos de sujeción. No me gustó el paseo que dimos durante nuestro último descenso. ¿Y qué hay de la luz? Me gustaría enviar luces zángano delante de nosotros, si eso fuera posible.

—Lo intentaremos. ¿Algo más?

Carn tomó la palabra. Su voz era suave pero incisiva.

—¿Eres consciente de que si ese objeto es impenetrable para los escáneres, puede que también sea impenetrable a corto alcance para el equipo portátil?

—Existe esa posibilidad, estoy de acuerdo...

—Solo deseo asegurarme de que eres consciente de las dificultades. Podría ocurrir que el artefacto tuviera que ser... transportado a la nave.

¿Sorteando dos kilómetros de roca?

Carn lo miró. Su boca se crispó al reprimir una mueca de diversión. Cormac asintió.

—Eso puede esperar. Puede que allí abajo haya otras pruebas que no queramos destruir... como por ejemplo, qué destruyó la sonda. ¿Eso es todo? —todos asintieron—. Entonces, en marcha.

La lanzadera entró en la atmósfera con la aerodinámica de un pavimento enlosado. Los indicadores térmicos balbucían sus escalas, buscando a tientas las zonas rojas, y las pantallas mostraban un brillo macilento a lo largo de las superficies frontales del ala. El profundo zumbido de la AG y las turbinas hacía que conversar fuera imposible. Cormac se alegraba de que hubiera correas alrededor de su cuerpo, y deseaba que Cento recordara que su cargamento humano no era tan resistente como él. En vez del siseo ácido de los cristales de hielo sobre la pantalla y el casco de la lanzadera, se oía un rugido prolongado a medida que la nave se abría paso entre nubes amarillas, dejando una amplia estela de vapor tras ella. Cento no la trataba con la misma suavidad que Janet, sino que ponía a prueba sus límites, la pilotaba con dureza, quizá por una buena razón o quizá solo porque le apetecía. Cuando ocupó la butaca del piloto, Cormac había visto que en su rostro se dibujaba una malvada sonrisa de anticipación. Se preguntaba en qué estaría pensando la IA que lo había programado. La pantalla de visión posterior estaba en blanco y la delantera mostraba unas nubes cada vez más oscuras sobre un paisaje de bloques quebrados.

—¡Está a punto de anochecer! —gritó Cento.

En Samarcanda se sucedían el día y la noche pero, debido a su laborioso giro, cada uno de ellos duraba aproximadamente una semana solstan. Cuando por fin vieron el terreno que se extendía bajo las nubes, que ahora se estaban volviendo del color del bronce, Carn fue el único que hizo algún comentario.

—Es una suerte que no haya quedado nada de micelio —comentó, mientras se soltaba los arneses.

Cormac asintió, cogiendo su máscara. En la construcción de la lanzadera se habían utilizado grandes cantidades de ceramal. Observó a Cento y Aiden, que se estaban levantando de sus asientos. Cento parecía algo engreído; Aiden era eficiencia teutona, e incluso en el constreñido espacio de la lanzadera parecía estar desfilando. Entonces se dio cuenta de que los trajes que vestían no eran térmicos, y eso significaba que ambos Gólems consideraban que el aspecto era algo secundario para la misión. Cormac deseaba que eso fuera una buena señal.

Antes de que todos desembarcaran, Gant les mostró los instrumentos de escalada de algodón de cadena. Sostuvo en alto un arnés que estaba unido a una caja cilíndrica y sacó de esta un cable tan delgado que resultaba difícil verlo.

—Cento y yo nos lo pondremos a la espalda y fijaremos los cables a la roca del exterior del eje. Vosotros lo llevaréis sujeto al arnés y atado a nuestros cables. Son bastante fáciles de utilizar. —Señaló un control táctil que había delante del arnés—. Desde aquí se controla la velocidad de ascenso y descenso, aunque probablemente no tendréis que utilizarlo. Como tendremos que movernos con zapatos de sujeción, usaremos la opción de fricción. En caso de que haya una emergencia de algún tipo, no utilicéis la opción de máxima velocidad, porque este aparato podría lanzaros por los aires a treinta kilómetros por hora.

Asintió a Cormac para que tomara la palabra, pero Carn se adelantó.

—¿Y qué hay del algodón de cadena? Si cometemos el menor error podríamos perder un brazo.

—No puedo hacer una demostración aquí dentro porque la temperatura es inadecuada. En el exterior, el algodón quedará recubierto por una espuma de rápida fijación que será eliminada en cuanto el cable vuelva a enrollarse.

Carn asintió, satisfecho.

Como no tenía nada que añadir, Cormac se limitó a indicar que se pusieran en marcha.

En el exterior de la lanzadera el aire era translúcido, como el de una mañana fría. Cormac casi esperaba ver salir vapor de la boca de Aiden, aunque sabía que, a ciento cincuenta grados Kelvin, si se quitaba la máscara su primer aliento congelaría sus pulmones y los convertiría en una delicada escultura de cristal que se rompería en pedazos con el siguiente.

En el horizonte, el sol Andellan era una pequeña moneda de cobre sobre una sábana blancuzca. El lugar en donde habían aterrizado casi parecía descansar bajo algún tipo de saliente, de lo enorme que era la nube oscura que había sobre sus cabezas. Cento los había dejado sobre un lago helado repleto de masas congeladas, ahora fluorescentes porque el calor de la lanzadera había aumentado su temperatura hasta la que hacían transición a hielo normal. La imagen de la lanzadera perfilada sobre aquellas luces resultaba extraña. Cormac dio media vuelta y vio que Carn estaba observando el pálido sol.

—Aquí es por la mañana —le dijo—. En la instalación es mediodía. En una semana solstan, aquí será de noche; entonces hará mucho más frío.

Carn asintió.

—Lo sé, y también Chaline. Se está impacientando.

Arrastraron el equipo desde la lanzadera hasta la orilla cercana del lago. Los bloques habían caído como pilas de monedas y en algunos lugares parecían escaleras de caracol. Se sentaron en uno de esos bloques para ponerse los zapatos de sujeción y el equipo de escalada. La boca del eje se encontraba a escasos metros sobre sus cabezas, en la roca púrpura y costrosa. La alcanzaron en diez minutos.

La entrada era un óvalo perfecto creado por su ángulo en el suelo plano, hecho que daba a entender que esta zona estaba despejada desde un principio o había sido despejada a propósito. Sus paredes estaban cubiertas por un fino polvo blanco de cristales de dióxido de carbono veteados del verde de las impurezas del sulfato. Gant se acuclilló en el borde del eje y abrió una caja, en cuyo interior había esferas plateadas que parecían huevos en una huevera.

—Los he reprogramado —explicó, sacando una del paquete. En cuanto tocó su mano, la esfera se iluminó como una bombilla. La lanzó al eje y el objeto se alejó dejando atrás una estela de luz—. En esta caja hay sesenta. Tal y como las he programado, habrá una cada treinta y cinco metros y quedarán un par para la cámara.

—Debería bastar —dijo Cormac—. Sugiero que dejemos un espacio de veinte metros entre nosotros durante el descenso. Tú puedes ocuparte de las luces.

Gant asintió.

—Eres el jefe. Cormac sonrió, pero entonces recordó que Gant no podía verle la boca a través de la máscara. Estaba a punto de decir algo más cuando oyó un fuerte chasquido a sus espaldas. Se giró con el dedo apoyado en la funda de su shuriken.

Cento sostenía un tubo alargado provisto de dos asas. Mientras Cormac lo observaba, cargó un cartucho en la parte superior y presionó la tapa. Acto seguido, clavó un segundo perno de sujeción en el suelo, a un par de metros del primero. Cormac dejó escapar un tenso suspiro. Hasta ese momento no había sido consciente de lo nervioso que estaba. Enderezándose, observó a Cento, que acababa de tirar del aro que había en la caja de su cinturón. Mientras lo extendía se oyó un débil burbujeo. Una vez cubierto de espuma, el algodón de cadena parecía una cuerda amarilla, tan gruesa que parecía imposible que hubiera salido de una caja tan pequeña.

Gant se reunió con él y, tras fijar su cable, ambos desaparecieron en el interior del eje. Tal y como les habían ordenado, Cormac y Carn ataron sus motores de escalada al cable y los siguieron. Aprender a utilizar la opción de fricción le costó un poco al principio, pero pronto descubrió que la forma de hacerlo era inclinarse ligeramente hacia delante y caminar con normalidad.

Empezaron a descender.

Dragón: *El dragón de Aster Colora se está convirtiendo en una fábula, aunque nosotros sabemos que existió. Sabemos que en ese planeta vivió una criatura formada por cuatro esferas combinadas de carne, cada una de las cuales medía un kilómetro de diámetro. También conocemos la existencia de los seudópodos y el titánico Monitor. Aquellos que no han visto nunca imágenes de estas criaturas deben de haber pasado la mayor parte de sus vidas encerrados en una cueva. Ahora se duda de la veracidad de los «Diálogos de Dragón». Es probable que fueran inventados por un hombre llamado Darson que, habiendo perdido casi por completo la cordura debido a la falta de pruebas sobre la evolución de Dragón en Aster Colora, ideó una elaborada mentira y estuvo a punto de convencernos a todos de que Dragón era algún tipo de construcción biológica intergaláctica. Sin embargo, su mentira cayó por su propio peso cuando habló de Ian Cormac (véase «Dragón en la Flor», ref. 1126A), quien sabemos que no es más que una invención de los fabulistas.*

Extraído de Guía del Membrillo, compilada por humanos.

A Pelter no se le daba bien esperar. Estaba sentado en una silla junto a la ventana de su habitación, contemplando la tormenta. Era como mirar una enorme pecera verde. Accedió al servidor local para ver qué encontraba sobre este tiempo que los lugareños habían aceptado de tan buena gana. Al igual que sucedía con cualquier aumento, la información se desplazó por su corteza visual. Costaba un poco acostumbrarse, pues era como tener un tercer ojo enfocado hacia la pantalla de un ordenador. El trasfondo de su pantalla, a diferencia de otros aumentos, era una gran pared estriada con escamas del tamaño de una mano.

La información que estaba viendo no era la que quería. No deseaba saber cuántos miles de litros golpeaban el suelo cada segundo, ni tampoco quería conocer detalles sobre el gigantesco fuego que ardía a lo lejos, hacia el sur, alimentando al sistema climático. Con un pensamiento inició uno de los motores de búsqueda del aumento y, con otro, lo preparó y lo activó. Entonces apareció la información que buscaba: unos números sobre un trasfondo blanco. Por lo tanto, dos horas. Desactivó el enlace con el servidor y empezó a desconectar el aumento.

Si estuvieras conectado, la información se descargaría directamente en tu mente.

—¿Quién ha dicho eso?

No es necesario que hables en voz alta, Arian. Puedo oír tus pensamientos.

—Dragón.

Pelter no deseaba limitarse a pensar lo que quería decir; eso era demasiado íntimo.

Sí.

—He estado esperando este momento. ¿Todavía está en Samarcanda?

Sí, pero no es allí adonde debes ir.

—Iré adonde yo quiera.

El Soberbia está en Samarcanda. ¿Crees que podrás evitar ser detectado?

Pelter intentó contener la rabia que crecía en su interior. La tormenta, el verdor que había al otro lado de la ventana, estaba cobrando forma. Ahora tenía escamas.

—¿Entonces qué sugieres?

Te diré dónde puedes esperararlo. Allí podrás matarlo cuando llegue el momento oportuno.

—¿Cuándo llegue el momento oportuno?

Yo también tengo un objetivo.

En algún lugar hablaba una cabeza de pterosauro envuelta en luz roja. Un olor a dientes de ajo, tan intenso que Pelter esbozó una mueca de repulsión, invadió su dormitorio. Oyó al Señor Grúa moverse a sus espaldas.

—¿Tu objetivo es verlo muerto?

Por supuesto.

Solo titubeó una fracción de segundo, pero a Pelter no le pasó desapercibida su indecisión. Casi de forma instintiva activó el aumento de Sylac y su conexión con Grúa. Algo había estado manipulando dicha conexión. Lo sabía del mismo modo que una persona sabe que un ladrón ha entrado en su casa. Advirtió que las escamas que había ante él eran otros aumentos, unidos estrechamente entre sí.

—¿Dónde debo esperar?

De nuevo aquella indecisión.

En Viridiana. Ian Cormac acabará yendo a Viridiana. Lo esperarás allí.

—Gracias. ¿Sabes qué irá a hacer a ese lugar?

Irá a matar a alguien.

—¿A quién?

Eso no es asunto tuyo, Arian. Permítele completar su misión; después podrás matarlo.

Pelter utilizó el aumento de Sylac para interpretar el caos de escamas. Un programa de clasificación le permitió distinguir una especie de telaraña. En el centro había una forma obesa, un humano adoptando la forma de su maestro. Podía sentir el control del enlace y la fuerza de la entidad aliena.

—¿Qué fuerzas lo acompañarán? ¿Lo sabes?

Habrán cuatro esparcanos. Puede que lo acompañen otros, pero serán irrelevantes.

—Los esparcanos no lo son.

Dispones de un enorme potencial ofensivo. Y también cuentas con el Señor Grúa.

—No te preocupes. En cuanto ponga un pie fuera de la instalación runcible será hombre muerto.

En Viridiana, Arian Pelter; allí es donde quiero que lo esperes. Deja que haga lo que vaya a hacer.

—Solo era una forma de hablar. Será un muerto andante. Esperaré hasta que tú me indiques lo contrario, pero dime: ¿cómo puedes saber todo esto?

Las escamas se estaban desvaneciendo y Pelter podía ver en la ventana el reflejo de su amarga expresión. La respuesta que recibió fue débil.

Por las IA de sus runcibles, Arian Pelter, tan arrogantes y tan seguras de que nadie puede escucharlas. Pero yo las escucho continuamente y de vez en cuando descubro cosas que ellas pasan por alto. Desearía haberlo descubierto antes. En Samarcanda no habría sido... necesario...

La entidad se alejó, la cabeza del pterosauro se desvaneció, pero los enlaces permanecieron. Pelter invocó la imagen de una pistola ligera apuntándole a la cara y la utilizó como ancla. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para intentar ignorar el dolor que sentía a un lado de la cabeza mientras desconectaba el aumento de Dragón. Entonces, las escamas desaparecieron y las conexiones que cada vez habían sido más fuertes se desvanecieron. Resoplando por el olor a dientes de ajo que invadía sus fosas nasales, se levantó.

—Y una mierda que lo haré —espetó, acercándose a su mesita de noche.

Cogió su intercomunicador y estableció una conexión particular.

—Arian —le dijo Grendel—. ¿Ahora tienes... lo que necesitas?

—Por una parte, sí. Por otra, no.

—No comprendo.

—Vuelve a ser un tema de material —dijo Pelter—. Reúnete conmigo en el almacén.

—La tormenta...

—Esto es importante, Grendel, y la tormenta prácticamente ha terminado.

—De acuerdo. ¿Nos vemos ahí en una hora? Pelter desconectó la unidad y se volvió hacia el Señor Grúa.

—Nadie me controla y nadie te controla, excepto yo. ¿Creían que sería tan estúpido?

Miró por la ventana. Su problema no radicaba en el aumento, sino en la fuerza de la entidad que había detrás. Sabía que Dragón podría abrumarlo con una conexión directa, pero aquí no la había, pues este se encontraba en algún lugar de las profundidades del Régimen. El enlace era un hombre obeso que se hacía llamar Grendel.

El sonido de la lluvia había sido constante durante las últimas cincuenta horas soltan y las torrenteras de las viejas carreteras de hidrocoches apenas lograban contener el agua que pasaba por ellas. Huma se había sumido en una larga noche. En ocasiones, cuando el viento separaba las cortinas de lluvia, se podía ver la capa de nubes

suspendida en lo alto como un viejo techo de jade verde. Stanton bajó la mirada. Un hidrocoche se deslizaba por el estacionamiento. Había pocos CAG en él, y todos estaban asegurados mediante las abrazaderas que tanto le habían sorprendido. Como le había dicho la mujer borracha mientras esperaba a Pelter en el exterior de The Sharrow, bajo cada una de aquellas fundas había una bobina de gravedad que interactuaba con la AG del vehículo, adhiriéndolo al suelo con gran eficacia... una precaución que comprendió perfectamente al ver que el viento arrastraba por las calles una CAG carente de conductor. Se apartó de la ventana.

—Vuelve a la cama —dijo Jarvellis.

—Me estoy impacientando, ¿sabes? Y sospecho que, a estas alturas, Arian debe de estar escupiendo magma. Esto es malo. No lo necesitamos, no después de haber eliminado a un grupo encubierto de agentes de STC.

Jarvellis se incorporó, apoyó la espalda contra el cabecero y empezó a jugar con su pezón derecho. Stanton había participado en batallas menos extenuantes que pasar veinte horas en una habitación con aquella mujer.

—Muy malo —dijo ella—. No tendrías que haber cerrado una de las bodegas del *Lyric* ni haber visto como caían miles de litros de agua y barro de tormenta. Me lo hubiera pasado mejor... —Un repentino pitido silenció su diatriba—. ¿Qué cojones es eso? —preguntó, soltándose el pezón y rascándose la tripa.

Stanton se acercó a la cama, pasó una mano por debajo de la almohada y sacó su intercomunicador.

—¿Lo has traído a la cama? —preguntó Jarvellis, subiendo la voz.

Stanton acercó un dedo a sus labios antes de apretar con el pulgar el interruptor que había a un lado de la unidad.

—En el bar, en cinco minutos —dijo Pelter.

Stanton apartó el dedo y dejó caer la unidad sobre la cama.

—¡Guau, guau! —se burló Jarvellis.

Stanton le dedicó una mirada airada.

—Una tontería más y le diré que estás aquí. Aunque haya aceptado tu desorbitado precio, estoy seguro de que le apetecerá hablar del asunto.

—Ese tipo no va a acercarse a mí para nada, ni tampoco ese pedazo de chatarra asesina.

Stanton sonrió y empezó a vestirse.

El metrotel era primitivo según los estándares del Régimen. Las habitaciones no tenían campos de sueño, de las duchas solo salía agua caliente, el servicio de habitaciones lo realizaba un robot refunfuñón y el edificio solo contaba con ascensores exprés, en vez de ejes de descenso. Presionó el botón que había junto a las puertas correderas y esperó impaciente. Instantes después, estas se abrieron con un susurro para mostrarle a Dusache y Svent. A Stanton no le gustaba nada la idea de

permanecer con ellos en un lugar cerrado.

—¿Creéis que va a haber acción? —les preguntó.

—Sí —respondieron de forma simultánea.

Tras intercambiarse una mirada, Svent continuó.

—El servidor del hotel ha dicho que la tormenta terminará pronto.

Las puertas se abrieron ante un vestíbulo y los tres avanzaron sobre su gruesa moqueta. Un robot en forma de escarabajo zumbaba de un lado a otro junto a la cristalera de la entrada, limpiando la suciedad que dejaban a su paso los huéspedes del hotel. Dusache echó un vistazo a la cristalera antes de dirigirse hacia el bar.

—Eso no es lluvia —comentó—. Es un mar vertical.

En cierto sentido, Stanton estuvo de acuerdo con él: era un mar vertical, excepto cuando el viento lo convertía en uno horizontal. Siguió a ambos mercenarios hasta la zona de bar y miró a su alrededor. Corlackis y Mennecken estaban sentados jugando a las cartas. Corlackis tenía una pila de monedas junto a él y Mennecken una expresión asesina en el rostro. Estaba apostando y perdiendo, como era habitual en él.

—¿Dónde está Pelter? —preguntó Stanton. Corlackis se encogió de hombros y siguió repartiendo cartas. Svent y Dusache se acercaron para unirse a la partida.

—Ahora viene —respondió Svent, levantando la mirada. La comunicación entre los tres era evidente, ¿y por qué no iba a serlo? Todos los aumentos podían conectarse entre sí. Lo que le preocupaba era que ese tipo de conexión no era propia de Pelter y Dusache, del mismo modo que los aumentos orgánicos no eran propios de Svent. Se dirigió a la barra, donde un piel de metal esperaba obediente, completamente inmóvil.

—Sírvenme un vodka con hielo.

El piel de metal cogió inmediatamente un vaso y lo sostuvo junto al vodka. Stanton se preguntó si aquella camisa que no se adaptaba a su cuerpo, la pajarita y los pantalones negros que vestía eran un ejemplo de lo que podía considerarse humor en este lugar. El robot abrió el dispensador de hielo y seleccionó dos cubos irisados que vertió en el vaso. No necesitaba tenazas; sus dedos metálicos bastaban. Stanton estaba dando el primer sorbo a su bebida cuando Pelter entró en el bar. La presencia de Grúa a sus espaldas le parecía tan normal que se preocupó, pues estaba empezando a ignorar al androide y no consideraba que eso fuera bueno para su integridad física.

—Iremos al almacén ahora —dijo Pelter.

—¿Estás seguro de que es buena idea? Esta mierda no tardará demasiado en detenerse —comentó Corlackis, apartando los ojos de sus cartas.

Pelter avanzó hacia el centro de la sala y observó a Corlackis hasta que el mercenario volvió a levantar la mirada. Se produjo un incómodo silencio hasta que Pelter tomó la palabra.

—Si es o no buena idea es irrelevante. Saldréis y traeréis el transportador hasta la puerta delantera. Y lo haréis ahora.

Corlackis tiró sus cartas sobre la mesa, se levantó y se dirigió hacia la puerta, mirando de reojo al Señor Grúa. Mennecken lo siguió. Stanton los observó mientras

se alejaban. Sabía que Corlackis haría todo lo que le pidieran, que realizaría cualquier trabajo que le encomendaran y que cogería su dinero. No intentaría matar a Pelter; no era tan estúpido. Pelter miró a Stanton.

—Quiero que hablemos un momento —dijo, asintiendo hacia la barra.

Los otros dos hombres los observaron con curiosidad mientras se alejaban de su campo auditivo. Una vez en la barra, Stanton esperó a que le dijera lo que tuviera que decirle. Cuando Pelter levantó la mano para tocarse el aumento orgánico, la tensión distorsionó aún más sus rasgos. Entonces, volvió a bajarla y miró al Señor Grúa. El androide había recuperado los pequeños movimientos de los que se había visto privado durante los últimos días.

—¿Tienes una pistola paralizante?

Stanton se palpó el bolsillo del pantalón.

—Me gustó la de Corlackis, y aquí son baratas —respondió.

—Perfecto. Cuando estemos en el almacén y te haga una señal, quiero que dispires con ella a Dusache y Svent.

—¿Qué...? ¿Por qué?

—Simplemente hazlo —dijo Pelter.

—Lo que tú digas, Arian.

Pelter cerró los ojos un momento y después miró hacia los mercenarios. Estos le devolvieron la mirada desconcertados.

Pelter continuó.

—Ponte en contacto con Jarvellis. Dile que esté en la nave en una hora. Si lo desea, puede permanecer en la cabina, pero dile que se asegure de que deja la Bodega B abierta y que esté preparada para abrir la A.

Stanton se retiró para hacer lo que le pedía mientras Pelter regresaba junto a los mercenarios. Lo que estaba ocurriendo no acababa de gustarle. Jarvellis, por supuesto, recibió sus noticias con un torrente de coloridos insultos. Stanton esbozó una mueca, guardó el intercomunicador en el bolsillo y se reunió con los demás.

—¿Grendel va a reunirse con nosotros? —preguntó a Pelter.

—Sí.

Esto puso punto y final a la conversación, pero proporcionó a Stanton una vaga idea sobre lo que estaba ocurriendo. Esperaron en silencio a que el transportador se detuviera ante la puerta principal del metrotel.

El viaje hasta el almacén fue una aventura arriesgada. El viejo transportador CAG era una caja alargada de aleación, con una cabina unida a la parte delantera y las turbinas dispuestas a un lado, que oscilaba y se desplomaba cada vez que los muros de agua que cruzaba confundían a sus sensores. El ruido era tremendo, pero no lo suficiente para sofocar las maldiciones que lanzaba Corlackis a los controles.

—Podríamos ganar altura —sugirió Mennecken, después de que una errante y

feroz ráfaga de viento intentara arrojar el vehículo contra un edificio.

—No es una de tus mejores ideas, hermano —dijo Corlackis.

Stanton, que al igual que los demás estaba sujeto al entramado de correas distribuido por el interior de la caja, estuvo de acuerdo con él. Si Corlackis perdía el control, al menos tendrían una oportunidad de salir con vida. Miró al Señor Grúa, que estaba de pie en medio del suelo, y se preguntó si el androide disponía de un campo magnético, pues parecía haber sido soldado a ese punto.

Por fin dejaron atrás las viejas carreteras de los hidrocoches y llegaron a una amplia dispersión de edificios similares a enormes cabañas. Por la pantalla principal pudieron ver una brecha de luz mientras se abrían las puertas del almacén. El transportador las cruzó y aterrizó sobre el suelo de plastigón. Stanton siguió a Pelter hasta el almacén, observando con admiración renovada su adquisición más reciente.

El pájaro de descenso parecía un huevo alado... cuando lo lograbas verlo, pues Stanton había descubierto que si lo mirabas durante demasiado tiempo se confundía con el trasfondo del almacén. Entonces, solo si observabas sus patines de aterrizaje y levantabas la mirada a partir de estos, podías volver a distinguirlo. Cuando se deslizaban por la atmósfera, los patines estarían escondidos en su interior y el pájaro sería totalmente invisible. También era inerte al radar y bastante difícil de detectar con cualquier otro tipo de escáner. A Stanton le parecía risible que ciertas personas como Pelter creyeran que tenían alguna posibilidad de derrotar al Régimen: este aparato había sido construido por el Régimen y, aunque había quedado obsoleto, su tecnología era mucho más avanzada que la mayoría de las cosas que podían conseguir los grupos separatistas.

—¿Qué es eso? —preguntó Mennecken, señalando los objetos que había debajo de cada ala. No había visto el pájaro hasta ese momento. Los objetos eran visibles y, si los mirabas durante demasiado tiempo, parecían estar flotando en medio del aire.

—Elevadores AG para transportarlo —respondió Stanton.

—¿No tiene AG?

—No, los motores de gravitación son muy pesados y este vehículo tiene que ser lo más ligero posible. Además, los motores de gravitación despiden una firma reconocible, incluso cuando no están conectados... y cuando los pones en marcha es como si te dedicaras a llamar a los timbres de todas las casas mientras lanzas fuegos artificiales.

—No es necesario explicar obviedades —espetó Mennecken—. Solo estaba pensando en nuestra seguridad.

—No habrá ningún problema. Como diría Svent, esto es tecnología de la buena.

—¿Y si hay algún problema?

—Entonces aparecerá un cráter —respondió Stanton, dando media vuelta.

Corlackis se detuvo junto a un largo cajón abierto e inspeccionó su contenido mientras sus compañeros se dirigían hacia el lugar en donde les esperaba el hombre obeso junto a sus dos matones rapados. Stanton no confiaba en absoluto en Grendel,

pero la verdad es que había pocas personas en las que confiara. Metió las manos en los bolsillos y caminó con despreocupación. Al pasar junto al cajón echó un vistazo a su interior. Allí dentro había cuatro misiles, cada uno de los cuales medía dos metros de largo y unos diez centímetros de ancho en su punto más amplio, situado en el centro. Los extremos eran delgados como agujas.

—Son unidades de gas comprimido —explicó Corlackis, acercándose a él—. Genial.

También era la primera vez que veía este lugar. En su anterior visita, Pelter y Stanton habían venido solos.

—Tampoco hay AG, puesto que sería detectada durante el descenso —explicó Stanton.

Mientras se acercaban al resto del grupo, Mennecken lo miró preocupado.

—Entonces está todo aquí —dijo Corlackis, señalando con la mano los otros cajones.

—Oh, sí. Nuestro amigo Grendel sabe cómo conseguir cierto material —respondió Stanton—. Por cierto, estate preparado para atacar y vigila a Svent y Dusache.

Corlackis lo miró desconcertado, pero no le hizo ninguna pregunta. Estaban demasiado cerca. Deslizó el dedo por el cierre de su chaqueta y la abrió. Al verlo, Mennecken lo imitó. Los tres se situaron a espaldas de Svent y Dusache.

Grendel estaba hablando.

—¿Entonces estás satisfecho? —preguntó, sosteniendo las manos ante él como si estuviera pesando un pez.

—Estoy satisfecho con la mercancía, pero no me gusta dónde está —respondió Pelter.

Grendel se encogió de hombros y señaló el techo.

Pelter continuó.

—Podemos llevar los cajones al *Lyric*. Para cuando hayamos terminado, la tormenta habrá amainado lo suficiente para que podamos mover el pájaro.

—Puedes hacer lo que quieras. Ahora todo esto te pertenece —replicó Grendel. Entonces, en su rostro se dibujó una expresión de desconcierto—. ¿Qué más quieres?

—La posición que mantienes con tu cliente me garantiza tu silencio en este asunto —respondió Pelter—. Por desgracia, aunque la información que me ha proporcionado es buena, sigo sin fiarme.

—Sé que has hablado con... él —comentó.

La mirada de Stanton iba de Grendel a Pelter. ¿Quién diablos era aquel cliente? ¿De qué iba todo esto? Cerró su sudorosa mano alrededor de la empuñadura de la pistola paralizante y percibió un movimiento por el rabillo del ojo. El Señor Grúa estaba dejando el maletín en el suelo. Pelter se giró y miró a Stanton.

—Ahora —dijo.

Stanton sacó el arma y disparó dos veces. Svent y Dusache jadearon como si

hubieran recibido un fuerte golpe en el estómago, y cayeron de cara sobre el plastigón. Corlackis y Mennecken llevaban pistolas de pulsos, pero no parecían saber hacia dónde apuntar con ellas. Retrocedieron para intentar cubrir a sus compañeros. Stanton los ignoró.

—Su cliente me dijo que, en su debido momento, Ian Cormac viajaría al planeta Viridiana —explicó Pelter.

Grendel estaba retrocediendo. Sus dos matones tenían las manos apoyadas en las cartucheras del estómago y miraban con expresión interrogante a la nuca de Grendel.

—¿Qué es esto, Pelter? Estás desconectado —dijo Grendel. Pelter continuó.

—Estaré esperando a Cormac en Viridiana y allí lo mataré, pero las intenciones de tu cliente respecto a este asunto no me han quedado claras.

De repente, el Señor Grúa empezó a avanzar; sus zapatos levantaban chispas sobre el plastigón. Como había hecho antes, cogió a ambos rapados por la parte delantera de sus trajes espaciales y los levantó en el aire. Una pistola cayó estrepitosamente al suelo y una segunda centelleó. Se oyó un golpe y el humo empezó a ondear sobre el abrigo del androide, pero no produjo ningún efecto visible en él. Golpeó a ambos hombres entre sí y los dejó caer. Uno de ellos se quedó tendido en el suelo con el cráneo deformado y un globo ocular desplazado. La sangre se deslizaba por sus fosas nasales. El otro, que se las había arreglado para levantar los brazos a tiempo, todavía estaba vivo e intentaba arrastrarse por el suelo con los brazos rotos. Grendel se giró y miró con horror a sus dos protectores. Centró su mirada en Pelter.

—No puedes hacer esto. Mi cliente... irán a por ti —dijo. Pelter movió la cabeza a la vez que daba unos golpecitos a su aumento orgánico.

—Tú eres quien controla esto. Te dije que no sería controlado. Tu cliente —escupió esta palabra— está demasiado lejos para poder ejercer demasiada influencia. Sin ti, no habrá nadie aquí para dar órdenes. —Miró hacia Mennecken y Corlackis—. Matadlo.

Cuando ambos mercenarios se enderezaron, Stanton advirtió que la confusión había abandonado sus rostros. Ahora sabían qué tenían que hacer. Dos pistolas de pulsos centellearon a la vez que Grendel profería un grito asustado. Los dos tiros se hundieron en su pecho, pero debido a su enorme tamaño no se dio cuenta de inmediato. Un tercer disparo le cortó el brazo a la altura del codo y un cuarto hizo volar por los aires la parte superior de su cabeza. Sorprendentemente, dio un par de pasos antes de caer al suelo como una fruta podrida.

—¿De qué iba todo esto? —preguntó Stanton a Pelter. El separatista señaló su aumento orgánico.

—Dragón intentaba controlarme a través de él —explicó, contemplando el bulto que yacía en el suelo—. Ya tenía el control de Svent y Dusache, además del de cientos de personas de este lugar.

—Dragón. Quieres decir que Aster Colora...

—Sí, quiero decir exactamente eso.

—¿Y qué hay de los otros?

—El control es sutil. Ya no lo tiene.

A la izquierda de Stanton centelleó una pistola de pulsos. Al levantar la mirada descubrió que Mennecken había acabado con el cabeza rapada que quedaba. El Señor Grúa estaba de pie, observando el cadáver y moviendo la cabeza como un ave. Pelter lo miró y Grúa frunció el ceño.

—Ahora cargaremos esos cajones. Tú vendrás en el pájaro conmigo, John. Los demás iréis en el transportador.

Stanton asintió.

—¿Y qué ocurrirá con ellos? —preguntó Corlackis, señalando con su pistola de pulsos a Svent y Dusache.

—Quítales los aumentos —dijo Pelter.

—Podría ser peligroso sin desconectarlos.

Pelter se limitó a mirarlo. Corlackis se encogió de hombros y sacó algo de su bolsillo. Entonces se oyó un chasquido y el cristal de cadena centelleó. El mercenario se inclinó sobre Svent y Dusache.

—¿Y qué me dices del tuyo? —preguntó Stanton.

Pelter cerró los ojos y por un momento pareció estar a punto de vomitar. Levantó el brazo y lo acercó a su segundo aumento. Este pareció retorcerse en su mano.

—¿Te refieres a este? —preguntó, con voz tensa y cruel.

Stanton retrocedió. Era imposible saber cómo iba a reaccionar Pelter. Cerró la mano alrededor de la empuñadura de su pistola paralizante y mantuvo el rostro inexpresivo. De repente, Pelter arrancó el aumento de su cabeza con un gruñido. Lo lanzó con fuerza contra el suelo y lo observó. Momentos después lo pisó, una y otra vez, y machacó sus carnosos restos con el talón del zapato.

—Esto es lo que digo del mío —respondió.

La capa de nubes se rompió como una costra para mostrar grietas de color limón. Pelter empujó hacia delante la palanca de mando y el pájaro se deslizó por el almacén antes de elevarse en el aire. El movimiento ascendente procedía de las placas de transporte AG, y el desplazamiento hacia delante de la inclinación de dichas placas. Carecía de turbinas o propulsores y, debido a su forma aerodinámica, era espectralmente silencioso. A Stanton también le incomodaba la sensación de mirar por la pantalla lateral y no ser capaz de distinguir al instante el cuerpo ni las alas de la nave en la que viajaba.

Cuando el pájaro ganó velocidad empezó a oírse un sonido: el agudo lamento del viento. Pelter soltó los controles e inclinó las placas para reducir la velocidad a la vez que conectaba los frenos neumáticos de las alas. Stanton se sujetó al respaldo de la butaca del piloto con una mano y presionó el techo de la cabina con la otra. En esta

nave no había butaca para el copiloto, de modo que tenía que levantarse para conseguir una buena perspectiva. Delante de ellos estaba el transportador que pilotaba Corlackis. En comparación, era un bulto feo en el cielo... si realmente podía compararse con algo prácticamente invisible.

Pelter soltó la palanca de mando y el pájaro se ladeó sobre Port Lock. Stanton miró hacia abajo mientras intentaba mantener el equilibrio. Desde aquí, los edificios de la arcología eran un laberinto achaparrado salpicado del azul verdoso de las acacias y el verde chillón de los nuevos brotes, que no estaban ahí antes de la tormenta. El cielo se reflejaba en las charcas inundadas y en los canales de drenaje que se diseminaban por toda la zona. También había un lago cortado por las estelas que dejaban las motos de agua. Tras su largo confinamiento, los habitantes de Port Lock estaban saliendo a jugar. Stanton envidiaba sus pequeñas preocupaciones. Desde las invisibles alturas resultaba sencillo sentir una especie de superioridad.

Se sujetó con más fuerza cuando el pájaro empezó a descender sobre torres en forma de cebolla y bloques dispares de hoteles y edificios de oficinas. El lago desapareció de su vista y ante sus ojos apareció la franja de tierra baldía que separaba la ciudad del puerto espacial. Dos vehículos, el transportador de color gris anodino y una media luna bulbosa de color verde metálico, estaban aterrizando cerca del concurrido campo. El puerto espacial, con sus diversas naves, le recordaba un pequeño barrio barroco de los suburbios de la ciudad, donde quizá moraba una raza alienígena en casas distorsionadas.

—Tendrás que ir con cuidado cuando entremos —advirtió.

—Sé lo que hago —replicó Pelter.

Llevó el pájaro a un lado del puerto, sobre las acacias y una confusión de cascos, y lo hizo descender en una tensa espiral. Stanton lo miró y vio, por primera vez desde Cheyne III, una expresión en su rostro que podría interpretarse como de placer. La nave siguió descendiendo lentamente; ya se encontraba a escasos metros de las copas de los árboles. Pronto llegaron a la verja y la dejaron atrás. Stanton miró a su derecha, hacia el portal. Cuatro guardias observaban el transportador que había aterrizado junto al *Lyric*. No habían visto al pájaro.

—Por ley, todos los cargamentos tienen que entrar por el portal. Sobrevolar un campo de aterrizaje conlleva una grave penalización. ¿Cómo quieres que nos ocupemos de esto? —preguntó Stanton.

Pelter se inclinó hacia delante con una desagradable expresión en el rostro.

—Se están acercando —dijo Corlackis por el comunicador del transportador.

Los cuatro guardias estaban cruzando el campo en dirección al *Lyric*. Stanton se preguntó cuánto estarían pensando cobrarles por esta infracción concreta. Miró a Pelter.

—Puedes sobornarlos —sugirió. La nave cruzó la verja y siguió descendiendo a la vez que reducía la velocidad.

—Quedaos en el transportador; no salgáis a hablar con ellos. Voy a intentar una

cosa —dijo.

Stanton se pasó la mano por la cara. Sabía perfectamente qué iba a intentar. Desde que se había arrancado aquel aumento, algo depravado había crecido en su interior y ahora exigía ser recompensado.

—¿Sabes que esta nave ha sido construida casi en su totalidad con cristal de cadena? —preguntó Pelter.

—Lo sé, Arian —respondió Stanton.

El pájaro se encontraba a un metro del suelo; los guardias avanzaban en grupo ante él, a unos cien metros de distancia. Pelter pulsó el acelerador y pronto estuvo encima ellos.

—Es una especie de cuchillo gigante.

En el último momento, inclinó las dos placas en sentido contrario y giró. Stanton vio que un hombre daba un salto mortal lateral y que otro era partido por la mitad, pero no supo qué les había ocurrido a los otros dos. Pelter niveló las placas, invirtió su posición para detener el giro y detuvo el pájaro delante del *Lyric*. Stanton ya podía ver las alas. Y eran rojas.

—Lo que tienes que entender, John, es que siempre gano porque pienso con rapidez y sé encontrar la solución más rápida a un problema —se jactó Pelter.

Y yo que pensaba que ganabas porque eras un psicópata sanguinario, pensó Stanton. Guardando este pensamiento para sus adentros, miró hacia la puerta abierta de la bodega A del *Lyric*. El conjunto de la esfera había sido partida por la mitad en sentido horizontal; la mitad superior estaba suspendida a diez metros de altura mediante émbolos hidráulicos. Pelter hizo que el pájaro pasara por el hueco. En el interior, las abrazaderas y correas para anclar la nave en su sitio estaban preparadas. Pelter la posó sobre el suelo con delicadeza y desconectó la AG. Mientras se desabrochaba los arneses, Stanton retrocedió hasta la puerta lateral. Echó un vistazo al Señor Grúa, que estaba acuclillado en medio de la cabina, y deseó que todo acabara bien. Se estaba ablandando; lo sabía. Había visto esas mismas señales en otras personas. Abrió la puerta y se encaramó a la parte transparente del ala antes de deslizarse hasta la cubierta. En el ala, un poco más adelante, había un par de monos empapados de sangre. Mientras se acercaba a la escotilla abierta del *Lyric*, Grúa salió ruidosamente del pájaro seguido por Pelter. Al llegar a la rampa, contempló la luz limón que se abría paso entre las nubes.

Dos oficiales de aduanas se estaban aproximando a la nave. Todavía no habían visto los restos de los guardias, pero Mennecken y Corlackis ya avanzaban hacia ellos.

Stanton dio media vuelta y se dispuso a ayudar a Svent y Dusache a cargar los cajones en la Bodega B.

Serie Gólem: Se trata de la serie de androides, o emulaciones humanas, que fue creada por Cybercorp en el año 2150. El Gólem Uno (solo se construyó una unidad) duró cuatro horas bajo su propio impulso. Atacado por rompientes o ladrones de órganos, se incendió bajo un tiroteo paralizador, aunque la subsiguiente recuperación de su memoria central permitió el arresto de sus atacantes. El segundo Gólem fue más sofisticado y fuerte, pero no una emulación acertada. Con la construcción del Gólem Ocho, Cybercorp consiguió una emulación casi perfecta. A partir de ese momento, las ventas de la Serie Gólem le permitieron darse a conocer por todo el sistema. Los androides fueron utilizados por Salud Mundial, Seguridad de la Tierra y diversas organizaciones religiosas. Con la aparición del Gólem Quince, que superó la centésima séptima revisión del Test de Turing, esta serie de androides tuvo que someterse a las leyes de la inteligencia artificial y pasó a un estado de esclavitud. Desde entonces, cada Gólem creado tiene que aceptar un contrato en el que paga por su construcción y obtiene unas ganancias satisfactorias (establecidas por la Normativa Comercial) por parte de Cybercorp o su comprador. Las Series Gólem siguen gozando de un gran éxito, y Cybercorp se ha convertido en una corporación interestelar.

Extraído de Guía del Membrillo, compilada por humanos

Parecía que llevaban descendiendo una eternidad pero, como había ido contando las luces uniformemente espaciadas que colgaban en el aire como abejas luminiscentes, Cormac sabía que solo habían recorrido medio kilómetro. El eje no se había desviado ni un ápice. Delante de él podía ver a Gant y Cento aproximándose a la siguiente luz y, más allá, nuevas luces que se extendían en línea recta hasta perderse en la neblina distante. El tamaño del túnel tampoco había cambiado. Solo el hielo de las paredes parecía distinto: gélidas flores blancas y planas, con impurezas verdes y azules, decoraban las paredes como pinturas rupestres en una caverna.

—Estoy recibiendo unas lecturas extrañas —dijo Carn, observando un instrumento que llevaba sujeto al brazo.

—¿De qué tipo? —preguntó Cormac.

—Fluctuaciones leves de temperatura y algunas alteraciones en la densidad del aire. Algo se está moviendo.

—¿Podría tratarse de una máquina o de una forma de vida? Carn lo miró.

—¿Qué diferencia habría? Cormac, que recordaba haber mantenido una conversación similar con anterioridad, no pudo evitar responder:

—¿Autodeterminación?

—Solo las máquinas pueden tenerla. Dime el nombre de una sola forma de vida que no sea esclava de unidades genéticamente preprogramadas.

—De acuerdo... ¿Tienes alguna idea de lo que hay allí abajo? Carn volvió a mirar el detector.

—La verdad es que no. Estoy rebotando la señal hacia las cabezas de Cento y Gant, pero sigue habiendo interferencias. Resulta difícil decirlo.

—Puede que las luces hayan perturbado algo... Gant, ¿recibes retroalimentación de tus luces? Gant miró por encima del hombro.

—Desde el principio, las tres inferiores no han retornado ninguna señal, pero podremos transferir alguna luz a la cámara.

Su respuesta lo inquietó. ¿Qué había anulado aquellas luces? ¿Quizá algún tipo de sistema automatizado? ¿O acaso algo que intentaba esconderse de ellos?

Cuando se encontraban a un kilómetro de la superficie supieron que habían llegado al punto en el que había sido destruida la sonda. Había restos incrustados en la roca y el hielo estaba oscurecido por el humo. Un poco más abajo había largas muescas en el hielo y esquirlas de roca cristalina que también había sido destruida.

—Parece que la sonda desplazó algo —comentó Gant.

—¿Algún tipo de rejilla...? ¿Una especie de barrera? —preguntó Cormac.

—La sonda se habría detenido al llegar a ella —replicó Carn—. Además, no hay señales de fijaciones.

Cormac contempló las marcas, que eran muy similares a las que habrían dejado unas garras. La imagen que apareció en su cabeza no le gustó. Parecía que lo que fuera que había sido desplazado había forcejeado frenéticamente para mantenerse en su sitio. Había fracasado, pero por todo el eje había dejado señales que les permitían hacerse una idea de su tamaño. Cormac estaba realmente inquieto.

—Estad atentos —dijo, antes de darse cuenta de que Cento y Gant ya habían sacado sus armas.

Cuando todavía se encontraba a medio kilómetro de la cámara, Cormac sintió unas extrañas pulsaciones debajo de su esternón. El ritmo intensificó su frecuencia hasta que, con un escalofrío que recorrió todo su cuerpo, superó el alcance en que podía sentirlo. Entonces, la oscuridad ocultó las luces que se extendían bajo sus pies y se oyó un sonido similar al que haría una tonelada de chatarra rodando sobre el hielo y la roca. Una forma llenó el eje y empezó a aproximarse a ellos. Parecía un cruce entre la araña que se esconde en una trampilla y una garrapata, pero fabricado a base de cromo pulido. Era enorme, una pesadilla, y se acercaba muy deprisa.

—¡Jesús! —gritó Gant.

—¡Disparad! —aulló Cormac.

Era más que probable que aquella criatura no se estuviera acercando para darles la bienvenida.

Unos destellos candentes inundaron el túnel. Las paredes estallaron en fragmentos de roca fundida. Cormac vio caer una pata de cromo pero, mientras una creciente

nube de vapor de CO2 inundaba el eje, la criatura se abalanzó sobre Gant y Cento.

—¡Retroceded!

El cable al que Carn estaba sujeto, que llevaba hasta Cento, salió disparado hacia un lado, haciendo que se estrellara contra la pared del eje. Vieron nuevos destellos entre el vapor y oyeron un sonido similar al de un compresor al ponerse en marcha.

—¡Los disparos rebotan! ¡Jesús! ¡Cento! —gritó Gant, retrocediendo para salir de aquella nube sin parar de disparar. Un cable desnudo se desplomó a sus pies e instantes después apareció la criatura, intentando sujetarse a las paredes del eje. Muchas de sus patas habían desaparecido y había marcas a lo largo de su cuerpo, que tenía forma de lágrima, aunque aún le quedaban patas para moverse y no parecía ser consciente de sus heridas. Sus mandíbulas, con tres hileras de dientes, se abrieron y se cerraron de golpe alrededor de Gant, a pesar de que este le estaba disparando a la boca. El hombre gritó y blasfemó.

Cormac sacó su shuriken. Percibía a Aiden y Thorn a sus espaldas y sabía que estaban apuntando a la criatura con sus armas, pero ninguno de ellos logró detener a la criatura, que descendió por el eje sujetando al vociferante Gant en su boca. La bobina del cable emitió un horrible chirrido penetrante mientras el algodón de cadena era desenrollado con demasiada rapidez. Cormac volvió a guardar el shuriken en su funda.

—Vamos —dijo.

Se deslizaron por el eje hasta el lugar en donde Cento yacía apoyado contra la pared. Sus dedos estaban hundidos en la roca y su cobertura carnosa había sido arrancada del metal inferior. Le habían arrancado la cabeza y un brazo, y su desgarrada piel sintética mostraba el lustroso metal del interior. Estaba completamente inmóvil. Cormac se volvió hacia Aiden.

—¿Recibes algo?

—Su almacenaje de seguridad está a salvo —dijo Aiden.

—De acuerdo, ocupa su posición en el cable y asegúralo. Tenemos que encontrar a Gant. —Se volvió hacia Carn—. Esperarás aquí hasta que te llamemos. Si no lo hacemos, sal pitando de este lugar.

Cormac y Thorn se dirigieron hacia el vapor de CO2 que ya se estaba asentando. Gant seguía gritando, algo que debía de ser buena señal. Avanzaron lentamente por el eje, moviendo el regulador de fricción lo más rápido que les era posible. Mientras tanto, Cormac activó un programa de ataque concreto a través de la funda de su shuriken. Este zumbó satisfecho al recibir la energía de la reserva de la funda.

—Tenemos que llegar hasta ella para liberar a Gant. —Cormac miró sobre su hombro a un Thorn de rostro sombrío—. En cuanto lo hagamos, el shuriken podrá ocuparse de la situación.

—Gant dijo que nuestras armas rebotaban en esa criatura —dijo Thorn.

—Las armas de rayos sí, pues rebotaban contra el cuerpo principal. Sin embargo, dañaron sus patas y antenas...

Justo en ese momento, los gritos de Gant se interrumpieron y su cable pendió lánguido ante ellos. Una nube de vapor de CO2 inundó de nuevo el túnel. Cormac sabía qué significaba eso: el traje térmico de Gant se había roto. Probablemente, su sangre estaba convirtiendo el dióxido de carbono congelado en vapor. Suponía que Thorn también se había imaginado lo ocurrido. Cormac siguió adelante, con cautela. Ahora, el cable que se extendía ante él solo estaba parcialmente recubierto de espuma.

Pronto llegaron a la zona en la que habían sido destruidas las luces. Thorn disparó dos bengalas de potasio y la cámara que se abría a sus pies quedó iluminada con una chillona luz púrpura.

—No tiene ojos —afirmó Thorn—. Utiliza un sónar. ¿Puedes sentirlo?

Cormac asintió.

—Destruyó las luces mientras se movían. Probablemente la dejaron aquí para que destruyera todo lo que se moviera. —Miró hacia atrás y vio que Aiden estaba descendiendo rápidamente hacia ellos.

A la luz de las bengalas pudieron ver un centelleante arco de algo que parecía demasiado grande para ser el abdomen de la criatura. Había movimiento; un juego de sombras. Una de las bengalas se apagó. Thorn disparó dos más mientras los tres se soltaban de sus cables y descendían por la entrada. Aterrizaron sobre una superficie metálica curva carente de fricción y se deslizaron hasta el suelo. La criatura saltó sobre ellos, resbalando en lo que quedaba de Gant. Al instante, Thorn y Aiden empezaron a disparar, activando sus armas al máximo de potencia. Cormac lanzó su shuriken con las hojas de cristal de cadena extendidas por completo. La criatura se detuvo ante el muro de fuego y, entonces, el shuriken la atacó. Se oyó un gemido y saltaron chispas. Un trozo del cuerpo de la criatura se desprendió, el arma dio media vuelta, se deslizó por el aire y atacó de nuevo. Un grupo de patas se rompió en pedazos y la criatura cayó a un lado. El shuriken la golpeó una vez más, y otra. El vapor de CO2 inundaba la sala y Thorn y Aiden disparaban a ciegas. Cormac podía oír a la criatura arañando el hielo para escapar y el chirrido repetitivo de cada uno de los golpes de su arma. Los arañazos pronto cesaron. Thorn y Aiden levantaron sus pistolas.

—¿Está muerta? —preguntó Thorn.

—Como si alguna vez hubiera estado viva —replicó.

El shuriken siguió golpeándola hasta que anuló la orden de ataque. Entonces salió de entre la niebla y replegó las cuchillas, deshaciéndose de pedazos de algo verde y congelado que parecían fragmentos de esmeralda. Cormac levantó el brazo como si estuviera esperando a un halcón y el arma se escondió en su funda. A su alrededor, la niebla volvió a helarse y empezó a nevar.

La criatura yacía en un charco helado de color verde. Ignorándola, Thorn avanzó hacia Gant y advirtió que había sido descuartizado. Cormac sacudió la cabeza y observó una mano congelada que yacía en el suelo, ante él.

—Una Tenkian —dijo Aiden, deteniéndose a su lado.

—Sí —respondió él, mirando a Thorn. El soldado había encontrado la cabeza de Gant y la había levantado del suelo; pegada a ella había un aro de sangre congelada.

—No tengo demasiadas esperanzas de que se recupere —comentó Thorn.

Fue una broma extremadamente macabra. Thorn se retiró a un lado de la sala, sosteniendo aún la cabeza de su compañero.

—Estará bien —dijo Aiden, activando el intercomunicador en modo privado—. Thorn conoce los riesgos y se enfrenta a la muerte de una forma más filosófica. Brindará por Gant en el *Soberbia* y beberá hasta perder la conciencia. Después seguirá adelante. Gant habría hecho lo mismo.

Cormac observó al Gólem Treinta y se preguntó si realmente tendría algún sentimiento de compasión o si solo se le daba bien imitarlo. La humanidad llevaba dos siglos haciéndose esa pregunta.

—Carn, ya puedes bajar —dijo, dejando atrás al guardia desmembrado para dirigirse hacia el artefacto que habían venido a ver.

El objeto descansaba en el suelo de la cámara como una gota gigantesca de mercurio. A la luz de las bengalas centelleaba como si estuviera cubierto de escarcha, pero una inspección más cercana reveló que no había hielo en su superficie. Cuando Cormac apoyó la mano, esta se deslizó hacia un lado. La estructura carecía de fricción, aunque al examinarla detalladamente descubrió una estructura cristalina muy fina que parecía tener cierta aspereza.

Carn se deslizó con cautela en la cámara y pisó el suelo que había junto a la superficie del artefacto antes de desatarse del cable. Contempló a la criatura durante un largo momento, desvió su mirada hacia los restos de Gant y, entonces, centró su atención en el objeto desconocido. Sacó de su cinturón un aparato semejante a una lapa de cobre y la colocó sobre su superficie.

—Es un verificador metalúrgico... o un verificador M, si no os gustan las palabras largas. Los utilizamos para realizar análisis en puntos concretos del casco de una nave y cosas similares. Mide tensiones, cambios de densidad, configuraciones de aleaciones... —Se interrumpió y observó a Thorn, que seguía sosteniendo la cabeza de su amigo. Acto seguido centró la mirada en una pequeña pantalla que había en el verificador M y habló apresuradamente—. Es increíblemente denso... —Se acuclilló y examinó el punto en el que la curva del objeto se reunía con el suelo—. Debe de estar hueco.

—¿Qué te hace pensar eso? —preguntó Cormac.

—Si fuera sólido, pesaría miles de toneladas y se habría hundido más profundamente en el suelo. —Echó un vistazo a un instrumento que llevaba sujeto al brazo—. Además, no detecto emanaciones de AG.

Volvió a dejar el verificador M sobre la superficie y apartó su temblorosa mano durante unos instantes, pero volvió a sujetarlo antes de que se estrellara contra el suelo.

—Carece de fricción, pero solo presenta lecturas de microgravedad. Sin duda alguna, está hueco. Sacó una miniconsola de su cinturón y colocó el verificador en un hueco del aparato. Tras introducir un programa, volvió a retirarlo.

—Aiden... —Aiden se adelantó con cautela—. Sostén esto contra la superficie durante treinta segundos. No permitas que se mueva más de un milímetro, pues eso es lo máximo que puede rectificar.

Aiden hizo lo que le pedía, empujando el verificador M contra la superficie y proporcionándole una inmovilidad que ningún hombre podría igualar. Carn se volvió hacia Cormac. Estaba temblando, pero el agente sabía que no era de frío.

—Si tenemos suerte, conseguiremos una lectura de la superficie. No podremos recoger ninguna muestra, pues se trata de una estructura demasiado densa.

Empezó a caminar alrededor del objeto, deteniéndose una y otra vez para apoyar la mano contra su superficie. Cormac miró a su alrededor y vio que Thorn se había levantado. El soldado dejó caer al suelo la cabeza de su colega y se acercó. Se había venido abajo durante un momento, pero para un esparcano un hombre muerto solo era un trozo de carne. Solo enterraban a los muertos si había riesgo de infección.

—Lo siento, Thorn —dijo Cormac. Thorn apoyó las manos en sus caderas y, antes de responder, miró a un lado durante unos instantes.

—Tenía ciento sesenta y tres años. Conocía los riegos... Solo te pido que me permitas seguir con esto hasta el final. Quiero encontrar a quienquiera o lo que quiera que dejó aquí a esa criatura.

Cormac reflexionó. ¿Alguien la había dejado en este lugar o estaba aquí por voluntad propia? ¿Realmente existía una conexión entre este lugar y el incidente del runcible? Tenía muy pocas pistas para poder continuar.

Aiden se giró y retiró el verificador M de la superficie del objeto.

—Aquí hay un agujero —anunció Carn desde el otro lado.

Rodearon el objeto para reunirse con él. En la brillante superficie había un agujero de unos veinte centímetros de diámetro, como si algo se hubiera fundido desde el interior. Cormac advirtió que el material era tan fino como el cascarón de un huevo. Carn iluminó el hueco con la linterna.

—Aquí no hay nada —dijo, cogiendo el verificador M que sostenía Aiden—. Ah, tenemos una lectura...

Guardó silencio y contempló el artefacto durante un prolongado momento.

—¿Qué problema hay? —preguntó Cormac.

—Tiene que haber un error —dijo Carn.

—¿Dónde? —insistió Thorn, con cierta irritación.

—La lectura que... Es adamantita...

—¿Y? —lo apremió Cormac.

Carn levantó la mirada.

—Podemos cristalizar la adamantita. Se usa con herramientas mecánicas cuando no es posible utilizar la tecnología de campo ni de rayos... Por lo que sé, es imposible

darle forma...

Más preguntas... ¿Quién había hecho este objeto? ¿Qué había habido en su interior? ¿De dónde procedía su guardián? Lo único que sabía era que se trataba de una criatura alienígena. ¿Dragón? Puede que pronto lo supiera.

—De acuerdo. ¿Puedes averiguar más cosas?

—La verdad es que necesitaría otros instrumentos.

Cormac se volvió hacia Thorn.

—Recoge algunos pedazos de esa criatura; nos los llevaremos de vuelta para que los analice Mika. —Se volvió hacia Carn mientras Thorn se alejaba y desenganchaba una bolsa de su cinturón—. Quiero que organices un equipo y regreséis a este lugar.

—A Chaline no le gustará. En estos momentos ya anda bastante corta de técnicos.

—Tendrá que aceptarlo. Ese runcible no descenderá hasta que hayamos resuelto un par de cosas.

Un dragón se aproxima...

Cormac miró hacia lo que antaño había sido Gant.

—Podremos recogerlo más adelante, si es necesario. Salgamos de aquí.

Thorn miró una vez más los restos de su amigo, asintió brevemente y le dio la espalda. No había riesgo de infección, así que era probable que Gant ya hubiera encontrado su tumba.

Carn y Cormac iban delante, seguidos por Thorn y Aiden, que se encargaban de enrollar el cable. El molesto matraqueo del revestimiento del cable al desprenderse los acompañó durante todo el ascenso. Justo encima de la cámara hicieron una pausa para que Aiden pudiera recoger el destrozado armazón de Cento y atárselo a la espalda. A diferencia de Gant, Cento volvería a vivir en cuanto reconstruyeran su cuerpo, porque su mente permanecía intacta en una caja blindada de su pecho. Cormac lamentaba que Gant no pudiera disfrutar de una segunda oportunidad. La tecnología médica podía ampliar la vida de un hombre hasta límites aún insospechados, podía empujar las fronteras de la muerte, pero esta seguía siendo irremediable.

Mientras se acercaban a la boca del eje, empezaron a caer sobre ellos piedras de granizo del tamaño de ojos. Permanecieron media hora agachados, protegiéndose la cabeza con los brazos, hasta que la tormenta cesó. Entonces abandonaron el eje, accedieron a un espacio de brillante y casi dolorosa claridad y recorrieron el camino que los separaba de la lanzadera sobre una gruesa moqueta de granizo. Cormac cogió una piedra para examinarla. Era de color gris verdoso y parecía estar laminada.

—Azufre helado y CO2 cristalizado dispuesto en capas —dijo Carn, acercándose para echarle un vistazo—. Allí dentro debe de haber componentes bastante complejos.

Cormac asintió y observó la piedra mientras el escaso calor que desprendía su traje le proporcionaba cierta fluorescencia. Después la dejó caer al suelo, donde permaneció entre sus compañeras muertas emitiendo una débil luz. Innumerables

muertes. ¿Qué era una más entre tantas miles? La respuesta siempre era la misma: era personal. Siguió avanzando.

Estaban a punto de entrar en la lanzadera cuando Aiden se detuvo y movió la cabeza, como si intentara oír algo. Instantes después desató a Cento, lo bajó al suelo y se alejó unos pasos. Los tres humanos lo observaron, pero ninguno de ellos se sintió inclinado a preguntarle nada.

Aiden tampoco habló. Se limitó a alzar la mirada al cielo, que se estaba despejando, y señaló hacia un punto concreto.

—¿Otra nave? —preguntó Carn, desconcertado. Vista desde la superficie era pequeña, casi una mancha, y las tormentas de la atmósfera superior la ocultaban ligeramente; sin embargo, era obvio que en Samarcanda brillaba una nueva luna. Cormac sospechaba que medía un kilómetro de diámetro y que estaba hecha de carne.

—Una cuarta parte, si eso es relevante.

Dragón había llegado.

Inteligencia artificial: *Las IA han estado con nosotros desde las últimas décadas del siglo XXI. La diferencia entre un ordenador corriente y una IA no radica en su potencia de cálculo, sino en el desarrollo de un ego. A partir de la centésima séptima revisión del Test de Turing empezó a ser evidente que no habría necesidad de nuevas revisiones. Cuando algo se convierte en una IA, puede realizar estas pruebas en un abrir y cerrar de ojos y no necesita el estatus que se consigue al superarlas. Cuando algo es una IA, normalmente sabe cuidar de sí misma.*

Extraído de Guía del Membrillo, compilada por humanos.

Un espacio iluminado por las estrellas, el vacío, con planetas tan distantes que resulta imposible distinguirlos de los astros. De repente, una forma semejante a un gusano cobra vida, como un láser perforando un bloque de plexiglás. En el exterior, entre estelas de átomos de hidrógeno generados de forma espontánea, aparece la forma triesférica del *Lyric*. A medida que se acerca pierde altura, pero las llamas azules de sus impulsores pronto corrigen la caída. Un sol blanco florece sobre la placa central de la nave cuando la unidad de iones se pone en marcha. Los sistemas del *Lyric* no son IA, de modo que no aprecian la poesía de todo esto. Simplemente desaceleran la nave en el sistema Mendax, en el Clúster de Chirat, y efectúan las escasas correcciones necesarias para alinearla a la órbita del planeta Viridiana. Entonces, inician la secuencia de apertura del primer módulo frío.

Cuando se abrió la tapa, Jarvellis se enderezó y tosió con fuerza. Estaba segura de que había pillado algo en aquel gélido planeta de mierda y, como su sistema inmune estaba bajo de defensas después del sueño frío, ese algo estaba invadiendo su cuerpo. Deslizó las piernas sobre un lado del arcón, se levantó con cierta inestabilidad y avanzó hasta la unidad de alimentación donde la estaba esperando una taza de chocolate caliente. Este había sido su ritual durante miles de vuelos. Solo después de beber el primer sorbo recordó con exactitud cuál era su cargamento en esta ocasión. Blasfemando, se dirigió hacia el panel de control que descansaba ante la pantalla panorámica y pulsó una tecla. En una esquina se abrió una subpantalla que mostraba la Bodega B.

En el encuadre central se alineaban seis módulos fríos, y podía ver los cajones de embalaje dispuestos contra la pared del fondo. Sintió que la invadía el pánico hasta que la imagen cambió, mostrándole al Señor Grúa acuclillado, con la espalda apoyada contra un cajón. El androide estaba cubierto de escarcha y parecía estar

ordenando unos juguetes que se dispersaban por el suelo, ante él. Todo iba bien. Jarvellis se sentó desnuda en la butaca de control de vuelo y dejó la taza sobre el tablero. De debajo de este extrajo un brazalete de diagnóstico y, después de ponérselo, volvió a coger la taza y siguió dando sorbos a su bebida. Sopesó la idea de despertarlos a todos excepto a John y abrir la puerta de la bodega en cuanto estuvieran levantados, pero la descartó de inmediato. No había ninguna garantía de que la repentina pérdida de aire lograra expulsar a Grúa y, además, el androide no soltaba nunca aquel maletín. Cuando el brazalete pitó, echó un vistazo a la lectura y volvió a blasfemar. Se lo quitó y lo dejó en su sitio, bajo el tablero. No había forma de decírselo a John... y suponía que a él no le sería de gran ayuda saber que la había dejado embarazada. Se recostó en el asiento y contempló el sol distante que brillaba al otro lado de la pantalla. Frunció el ceño al darse cuenta de que estaba posponiendo las cosas. Había llegado la hora de despertar a Pelter y a su horrible tripulación. El lunático quería tiempo para dar instrucciones a sus hombres y estos lo necesitaban para preparar sus armas. Pero antes había algo más...

Jarvellis giró sobre su asiento, se levantó y se acercó a una taquilla que había a un lado de la cabina. Presionó la palma contra ella y, cuando la puerta se abrió, apareció una percha. De esta colgaba un voluminoso traje espacial. El traje era viejo; había pasado largo tiempo desde la última vez que lo había utilizado. Todo el mantenimiento externo se realizaba cuando la nave estaba en un planeta y, para el caso improbable de que se tuviera que efectuar alguna reparación durante el trayecto, el *Lyric* contaba con dos orugas provistas de manipuladores más hábiles que las manos humanas.

La percha se extendió, abriendo el traje como si fuera un bollo de pan. La abertura se deslizó a lo largo de la cara frontal, hasta los muslos. Jarvellis introdujo una pierna en una de las secciones de la bota, se sujetó a la percha y se colgó de ella para poder entrar en la otra pierna. Entonces, la percha se replegó y la parte frontal del traje se cerró herméticamente alrededor de su cuerpo, de arriba abajo. El casco era una bola estriada recubierta de cristal de cadena que, recogido, tenía el aspecto de un cuello grueso y transparente en la nuca. Se alejó del estante. Puede que estuviera comportándose como una paranoica, pero desde el principio de esta excursión tenía la impresión de que Pelter contaba con los medios necesarios para reventar las esclusas que los separaban. Al menor indicio de que fuera a hacer algo así, llevando al Señor Grúa consigo, deshabilitaría la nave y escaparía por la esclusa de la cabina. John tendría que preocuparse de sí mismo. Ella ya tenía suficientes preocupaciones.

Mientras el *Lyric* seguía desacelerando en el sistema Mendax, Arian Pelter convocó una reunión en la Bodega B. Estaba acuclillado junto a una caja repleta de misiles aguja, rodeado por sus hombres que, sentados o de pie, bebían sorbos de lo que fuera que hubieran pedido tras el trauma del sueño frío. Se dirigió a ellos con frases breves

y precisas. Cada uno de los mercenarios era consciente de la cercana presencia del Señor Grúa.

—En primer lugar tenemos que cargar el pájaro de descenso —anunció.

—Eso podríamos haberlo hecho en Huma —replicó Svent. Al igual que Dusache, tenía costras a un lado de la cabeza, pero también había desarrollado cierta bizquera. Al parecer, ambos habían comprado los aumentos durante una borrachera. Ahora se mantenían lo más alejados posible entre sí y no habían intercambiado ninguna palabra desde que habían sido descongelados.

—En Huma tenía otras preocupaciones —replicó Pelter—. Y si vuelves a interrumpirme con algo que no sea pertinente, le diré al Señor Grúa que te arranque el brazo derecho.

Svent guardó silencio y miró malhumorado hacia el suelo.

—Como decía, primero cargaremos el pájaro. Supongo que eso nos llevará el tiempo que falta hasta llegar a Viridiana. Cuando despeguemos, yo lo pilotaré. Tengo intenciones de aterrizar en un lago situado aproximadamente a mil kilómetros del runcible. El núcleo de población más cercano se encuentra a cien kilómetros de allí.

—¿Por qué tan lejos? —preguntó Corlackis.

Stanton respondió a esa pregunta antes de que pudiera hacerlo Pelter.

—Las IA de los runcibles tienen una potencia de procesamiento espectacular. Al menor indicio de algo inesperado, Viridiana se nos echará encima. Esa es la distancia de seguridad mínima.

Pelter continuó como si ninguno de los dos hubiera hablado.

—En cuanto aterricemos, necesitaremos transporte AG. Vosotros dos... —señaló a Svent y Dusache—, os quedaréis con el pájaro. Mennecken y Corlackis vendrán conmigo a la ciudad más cercana. —Observó a ambos mercenarios—. Espero que estéis en buenas condiciones físicas. Quiero estar de vuelta en el lago en cuarenta horas solstan.

—¿Y yo? —preguntó Stanton.

—Vendrás conmigo, por supuesto —respondió Pelter—. Una vez allí, tendremos que robar dos CAG. Eso no debería suponer ningún problema, pero quiero hacer hincapié en que deberemos actuar con sigilo.

Stanton se preguntó si lo que entendía Pelter por sigilo era aquel agente de STC gritando en el casco oxidado de un transportador abandonado. Entonces recordó a Mennecken actuando con sigilo en aquel callejón.

—Has dicho cuarenta horas —dijo Corlackis—. ¿Ahora tenemos un tiempo de ejecución?

—Sí, mi tiempo de ejecución —respondió Pelter—. Quiero que los preparativos estén listos lo antes posible. Quiero estar allí cuando llegue ese hijo de puta.

—Y estás seguro de que llegará —comentó Corlackis. En realidad era una pregunta, pero el mercenario apartó la mirada al ver el serio semblante de Pelter.

—En cuatro días quiero que se haya instalado una base a cien kilómetros de la

instalación del runcible. Svent y Dusache permanecerán en ella, vigilando. En ese tiempo, necesitare que al menos uno de los CAG se convierta en una plataforma armamentística. ¿Alguna pregunta pertinente?

—¿A qué tipo de fuerza tendremos que enfrentarnos? —preguntó Stanton.

—No lo sé. Lo sabremos cuando aparezca el agente Cormac. Es bastante probable que lo acompañen cuatro esparcanos y, quizá, alguien más.

—Son duros —comentó Stanton.

—Pero no invulnerables. Y nosotros jugamos con ventaja, puesto que no saben que estamos aquí.

—¿Lo atacaremos en la instalación? —preguntó Corlackis—. Eso sería arriesgado.

—No, según la información de que dispongo, tendrá que abandonarla para llevar a cabo alguna misión lejos de la civilización. Entonces lo atacaremos.

—¿Y cómo saldremos de aquí? —preguntó Corlackis.

—Podremos utilizar el runcible. Todos nosotros tenemos... identidades cambiables. Si esa opción resulta demasiado peligrosa, Viridiana cuenta con un gran puerto espacial. Podremos comprar un billete —dijo Pelter.

—Podríamos llevar a Jarvellis a tierra. Así tendríamos asegurada la salida —propuso Stanton.

Pelter lo miró durante un largo momento.

—Sí, existe esa opción, pero la he descartado por una cuestión de precio.

Jarvellis sabe quiénes somos y nos cobraría un precio acorde. En cambio, en el puerto espacial nadie nos conoce y, por lo tanto el precio será sustancialmente inferior.

Stanton consideraba que era un argumento engañoso, pero prefirió guardar silencio. No merecía la pena cuestionar unos planes que, de todos modos, estaba decidido a frustrar. En algún momento, el Señor Grúa iría en busca de Cormac y, entonces, Pelter tendría que sostener un maletín muy preciado. A partir de ese momento, el separatista no iría a ninguna parte y los demás podrían hacer sus propios planes, si es que sobrevivían.

Una enorme estación espacial en forma de anillo daba vueltas alrededor del planeta, como un neumático de metal repleto de parches rodando sobre una superficie invisible. La estación parecía abandonada, y probablemente lo estaba. ¿Por qué vivir en una estación si podías escoger entre cien mundos? Viridiana era una esfera envuelta en remolinos de nubes, con más tierra continental que océano y una neblina verdosa sobre el lado iluminado por el sol. Mientras el *Lyríc* descendía hacia la órbita, dejando atrás la estación, Jarvellis contempló el avance de la noche. A diferencia de la Tierra, la cara nocturna del planeta era completamente oscura. En este lugar no había contaminación lumínica que iluminara el cielo sobre las grandes

ciudades. Solo se veía algún destello ocasional procedente de algún pequeño pueblo. La cara nocturna permaneció así, pero solo durante el tiempo que le llevó a la luna proyectar la luz que reflejaba. Entonces, la noche se volvió del color de la sangre. *Muy apropiado*, pensó Jarvellis, abriendo dos subpantallas para ver imágenes de las Bodegas A y B.

En cuanto Jarvellis abrió el túnel que unía ambas bodegas, los mercenarios empaquetaron con rapidez la mayor parte de las armas y el androide se instaló en el interior del pájaro. Ahora los mercenarios mataban el tiempo comprobando sus armas personales, jugando a las cartas o mirando las musarañas. Jarvellis centró la imagen en John y sintió una oleada de necesidad en su interior. Deseaba tocarlo, hacerle el amor, hablar con él, pero era demasiado peligroso. Pelter era un psicópata y era imposible saber qué podía hacer o que podía ordenar al Señor Grúa que hiciera. Además, si se enterara de lo que había entre John y ella dejaría de confiar en él... y quizá no habría posibilidades de que John pudiera poner sus manos sobre aquel maletín. Esbozó una mueca a la vez que extendía el brazo para acercar un dedo blindado al panel de comunicación.

—Nos encontramos en la cara nocturna —anunció.

Pelter se giró y examinó la zona superior de la bodega; sin duda alguna, intentaba localizar las cámaras.

—Perfecto —dijo—. Transmitiré la frecuencia del pájaro de descenso en cuanto estemos dentro y te daré la señal.

Hizo un gesto con la mano a los mercenarios, que empezaron a recoger su equipo y se dirigieron hacia la esclusa que conducía a la Bodega A. En la segunda pantalla los vio acceder a la Bodega A y avanzar en grupo por la pasarela provisional del pájaro. Parecía que estaban subiendo por una rampa que conducía a un agujero que se abría en medio de la nada. Pelter y John fueron los últimos en cruzar la esclusa. John caminaba detrás de Pelter, con una mano levantada. Estaba jugueteando con el anillo Tenkian que llevaba en su dedo índice. Mientras Pelter subía por la pasarela, John miró a su alrededor y luego arriba, directamente a la cámara. Guiñó un ojo antes de seguir a su colega al interior de la nave.

Jarvellis frunció el ceño al observar la Bodega B. Por toda ella se diseminaban cajones de embalaje y basura. Estaba hecha un desastre. En cuanto se marcharan, lo tiraría todo por una esclusa externa. Cerró la imagen con un par de golpes de dedo y activó otra procedente de una cámara externa. Ahora podía ver la Bodega A desde el exterior. Instantes después, apareció en su pantalla un icono de descodificación de frecuencia. En cuanto dio un golpecito al icono con el dedo, oyó la voz de Pelter.

—Un minuto, capitana Jarvellis... ¿Estáis todos atados? Se oyó un coro de afirmaciones.

—Muy bien —dijo Pelter—, estamos preparados. Jarvellis pulsó un control preestablecido y se recostó en su asiento. Un zumbido grave se extendió por la superestructura mientras unas bombas giratorias de alta velocidad absorbían el aire de

la bodega. Este proceso duró unos minutos. Entonces, las bombas se detuvieron con un agudo siseo y se abrió una válvula al vacío para eliminar el aire restante. Un trozo de tela, que seguramente habían utilizado para limpiar algún arma, subió en espiral hacia el techo y no volvió a descender, pues en ese momento las placas gravitatorias de la bodega se desconectaron. Se oyó un nuevo zumbido cuando los motores hidráulicos se pusieron en marcha. Jarvellis volvió la cabeza hacia la segunda pantalla y vio que la puerta esférica de la bodega empezaba a abrirse. Apenas logró ver el pájaro mientras se deslizaba hacia el exterior. No era más que una forma en el vacío, y a veces ni siquiera eso. El único modo de identificar su posición mientras abandonaba la nave era por las llamaradas azules que lanzaba ocasionalmente el retropropulsor. La perdió de vista durante largo rato y entonces, muy abajo, percibió un destello naranja. *Probablemente es la sangre chamuscada de las alas*, pensó.

Atado a su asiento en el cuerpo del pájaro, Stanton se sentía inquieto. No le preocupaba la misión que tenía delante, sino la conducta de Pelter, aquella tensión que había siempre en el líder separatista, casi como una alegría reprimida y cruel. Stanton jugueteó con su anillo y se preguntó quién sería el siguiente en morir. Svent, sentado delante de él con una expresión torcida y colérica, parecía estar absorto en sus pensamientos. Mennecken contemplaba aburrido la pantalla del fondo de la cabina, en la que podía verse el *Lyric* alejándose lentamente de ellos. Corlackis estaba sentado junto a Stanton, con los brazos cruzados sobre sus arneses y los ojos cerrados. Puede que él lo supiera. Stanton apoyó la cabeza en el respaldo e intentó relajarse.

La reentrada les llevaría cierto tiempo. El truco consistía en impedir que el pájaro se calentara demasiado y revelara su presencia. Hacer esto en la fina atmósfera superior era arriesgado, pues la nave podía adquirir una velocidad excesiva, pero Pelter tenía la habilidad de hacer las cosas bien y se había provisto de una buena cantidad de planeadores de reentrada. Mientras Stanton se preguntaba si el separatista tendría la paciencia necesaria para realizar tan despacio el trayecto, desvió su atención hacia el otro extremo de la pared de la cabina.

El Señor Grúa estaba completamente inmóvil, atado entre los escasos cajones de embalaje que habían cargado a bordo y seguían cerrados. De repente se dio cuenta de que la inmovilidad del androide requería un control directo, por sutil que fuera este. Puede que Pelter no quisiera que Grúa sacara sus juguetes mientras el pájaro descendía, puesto que durante las maniobras de descenso todo debía permanecer en su sitio. Además, resultaba algo embarazoso ver jugar con un perrito de goma a un androide asesino.

—John, hay algo que quiero que veas.

Stanton dirigió su atención hacia la cabina. Pelter se había girado sobre su asiento y lo estaba mirando con una expresión desagradable. Señaló la pantalla que ocupaba

la pared del fondo de la nave. Aunque era interna, parecía ser el parabrisas posterior de una cabina.

—Jarvellis, ¿me recibes? —preguntó.

—Sí, te recibo. ¿Qué quieres, Pelter? —respondió la mujer.

—Solo quería decirte que ha sido un placer trabajar contigo... John, te he dicho que mires la pantalla.

Stanton empezó a tener un mal presentimiento. Mientras acercaba la mano al cierre de su arnés de seguridad, sintió en la nuca la fría punta de la pistola paralizante de Corlackis.

—Observa la pantalla, John, y mantén las manos donde pueda verlas. Ah, si por alguna extraña casualidad algo en forma de cuchillo aparece en tu mano derecha, no tendrás ninguna oportunidad de utilizarlo.

Stanton apartó el dedo del anillo. El cuchillo Tenkian llegaría rápidamente a su mano, pero era poco probable que pudiera atacar con él a Corlackis antes de que el mercenario apretara el gatillo.

—¿Qué está ocurriendo ahí? —preguntó Jarvellis.

Stanton percibió el pánico en su voz.

—Limitate a escuchar y lo sabrás —respondió Pelter, antes de volver a centrar su atención en Stanton—. Mira el *Lyric*, John.

Stanton giró la cabeza para ver la pantalla que tenía detrás. Habían ampliado la imagen para que tuviera una imagen clara de la nave.

—¿Recuerdas los maravillosos explosivos que nos proporcionó nuestro amigo Grendel? —preguntó Pelter.

Stanton contempló la nave.

No, esto no puede estar pasando, pensó.

—Contéstame, John.

—Sí, lo recuerdo.

Pelter continuó.

—Bueno, supongo que no pensabas que íbamos a marcharnos sin ellos.

Mennecken soltó una risita al oír estas palabras y, de repente, todo encajó en su lugar. Pulsó el cierre de su anillo a la vez que volvía la cabeza pero, entonces, la pistola de Corlackis chasqueó y Stanton sintió que una terrible insensibilidad invadía su hombro derecho. El cuchillo Tenkian desgarró sus pantalones y chocó contra su mano, pero fue incapaz de cerrar los dedos a su alrededor. Instantes después estaba de rodillas, en el suelo.

—Jarvellis, escapa —musitó con dificultad.

Pelter extendió el brazo y acercó los dedos al aumento. Era un hábito que no había conseguido perder.

—Adiós, capitana Jarvellis. Stanton cayó sobre un costado, deseando haberse desplomado sobre el otro.

Su perspectiva de la pantalla ahora era completa e intransigentemente clara. El

Lyric estalló. Un disco de fuego blanco centelleó en la Bodega B, destruyendo sus otras dos esferas. Se sucedieron múltiples explosiones que convirtieron la nave en una bola de fragmentos que se expandían y engullían el disco que se estaba desvaneciendo. La imagen cambió para mostrar la esfera en la distancia. Los restos de la nave centelleaban al entrar en la atmósfera tras el pájaro.

—Jarv... Antes de perder la conciencia, Stanton oyó que Pelter se dirigía al resto de la tripulación.

—Esto comporta el beneficio adicional de que ahora podremos desplazarnos mucho más rápido, pues si la IA detecta alguna señal térmica dará por sentado que procede de los restos de la nave.

Stanton quedó envuelto en una oscuridad en la que resonaba el sonido de las risas de Mennecken.

Antigravedad: Durante los tres primeros siglos de este milenio, los humanos tenían tan pocos conocimientos sobre la gravedad como sus primitivos ancestros sobre las propiedades del imán. (¿Acaso dichos antepasados podían haber tenido alguna idea de qué ocurría cuando una corriente pasaba por un hilo de cobre envuelto alrededor de un trozo de hierro?) La antigravedad se consideraba competencia de los escritores de ciencia ficción y los verdaderos científicos se reían de la incapacidad que tenían dichos autores para comprender la realidad. El hecho de que adoptaran esta actitud, a pesar de que sus compañeros estaban analizando los fundamentos subyacentes a la teoría de la relatividad de Einstein, demuestra una falta de previsión comparable a la de un eminente hombre de la época victoriana que, tras haber oído hablar de las formas de transporte que podrían ser posibles gracias a la invención de una nueva máquina de vapor, afirmó categóricamente que los humanos morirían si viajaban a más de treinta y dos kilómetros por hora.

Extraído de Guía del Membrillo, compilada por humanos

Aiden empujó la palanca hacia delante y la lanzadera se deslizó hacia la pared de nubes. A continuación la movió hacia un lado a la vez que pulsaba un control secundario. Las turbinas zumbaron y la lanzadera empezó a ascender en busca de la cumbre de aquella pared. Cormac contempló las cadenas montañosas, que parecían cicatrices amarillas, y los mares helados en los que se reflejaba el color dorado. Samarcanda era un planeta hermoso, aunque la belleza de su región ártica se apreciaba mejor desde allí arriba, pues en el suelo podía ser mortal. Dedos de nubes se deslizaron junto a ellos, ocultando el panorama. Pronto la lanzadera sobrevoló un segundo territorio, uno irritantemente blanco con vísceras de latón. Esta zona parecía poseer su propio sol, rojo pero carente de luz: un objeto achatado de un kilómetro de diámetro que parecía rodar sobre la nube. En él había un movimiento, una lenta ondulación en su superficie, pero era tan descomunal que engañaba a la vista.

—Es casi un insulto que pueda existir algo así —comentó Carn.

—Solo es una cuarta parte, según sabemos —señaló Cormac.

—Es cierto; lo había olvidado. Carn se inclinó hacia delante, quizá intentando examinarlo con sus propios ojos.

—Es imposible que pueda mantenerse con su velocidad orbital —contempló la pantalla que sostenía en su mano plateada—. Como imaginaba, utiliza antigravedad.

—Y sospecho que solo es la menor de sus habilidades —comentó Aiden—. Que yo sepa, no existe ninguna puerta de runcible de un kilómetro de ancho. —Se interrumpió un momento y, tras prestar atención unos instantes, añadió—: *Soberbia*

me acaba de informar de que cuando llegó hubo distorsiones en el infraespacio similares a las que dejaría una nave. Probablemente, Dragón cuenta con un sistema de propulsión similar al del *Soberbia*.

Observaron la gran esfera que se encontraba a un kilómetro por debajo y a cierta distancia de ellos. Era una imagen espectral y sorprendente. ¿Qué era Dragón? ¿Una criatura viva o una máquina de carne? Jamás llegarían a un acuerdo sobre ese punto. Aiden incrementó lentamente la velocidad y se dirigieron hacia la criatura.

—No te acerques demasiado. No creo que le haga gracia que aterricemos encima de él —dijo Cormac. Aiden redujo la velocidad hasta igualarla a la de Dragón.

—*Soberbia* no ha recibido respuesta por ningún canal, ni siquiera por el de infraespacio, pero está captando la contracorriente de un fuerte barrido del planeta — anunció.

—No puede saber que estamos aquí —dijo Thorn, vacilando.

—¿Queremos que lo sepa? —preguntó Carn, antes de volver a centrar su atención en los instrumentos.

Cormac miró a Dragón. ¿Dónde estaba el resto de su cuerpo? ¿Por qué solo había una cuarta parte? ¿Habría venido a por los dracos? ¿Había enviado a sus agentes para destruir el runcible de Samarcanda y ahora estaba aquí para recogerlos? ¿Tenía algo que ver con el otro objeto que estaba enterrado bajo el suelo? Se dio cuenta de que deseaba hablar con él, por farragosas que fueran sus respuestas, por ridículos que fueran los juegos a los que quisiera jugar.

—Quiero que transmitas esto por todos los canales —dijo. Aiden preparó los instrumentos y se recostó en el asiento.

—Todos los canales están abiertos, excepto el de infraespacio. Esta lanzadera no dispone de esa opción. ¿Quieres que me ponga en contacto con *Soberbia*?

Cormac movió la cabeza y se concentró en lo que iba a decir. El transmisor siseó y emitió extraños sonidos sollozantes. Se inclinó sobre él. *Soberbia* no había recibido ninguna respuesta; ¿a él le ocurriría lo mismo?

—Dragón, soy Ian Cormac. ¿Por qué estás aquí?

El gemido se intensificó, pero Cormac siguió hablando, escarbando en su memoria en busca de recuerdos de su último encuentro.

—Ser humano es ser mortal. ¿Juegas al ajedrez? Sé que te gustan los juegos, Dragón, aunque sueles hacer trampas.

El gemido se interrumpió.

—*Soberbia* informa de que el barrido de la superficie ha cesado.

—Creo que has logrado captar su atención —dijo Carn, sin ningún placer—. Su superficie se está moviendo.

Cormac vio cómo se extendían las ondas. Una línea curva cortó la superficie y las ondas se concentraron a su alrededor. Entonces la línea se espesó, oscura como la sangre vieja. Era una fisura.

—¡Sácanos de aquí! ¡Ahora!

Aiden empujó la palanca en el mismo instante en que una explosión de pseudópodos salía de Dragón en una gigantesca fumarola gris y Thorn y Carn cayeron al suelo. Cormac alcanzó a ver un atisbo de una cabeza gigante similar a la de una cobra abalanzándose hacia la lanzadera. Se oyó un golpe. La nave viró con brusquedad, alejándose de la fontana de pseudópodos, que regresaron a la superficie de Dragón.

Cormac miró a su alrededor y vio a Carn y Thorn encaramándose a sus asientos. También él se abrochó las correas de sujeción.

—Se acerca —anunció Aiden, observando las lecturas del panel de instrumentos—. Está acelerando a ocho g.

—¡Jesús! —exclamó Carn.

—¿Estáis todos atados? —preguntó Aiden.

—¡Dame un puto segundo! —gritó Carn.

Con la mano suspendida sobre un mando que había a un lado de la palanca, Aiden miró atrás. Instantes después asintió y volvió a centrar su atención en la pantalla.

—Aceleración —dijo, conectando los impulsores.

Cormac se golpeó contra su asiento con tanta fuerza que estaba seguro de que había tocado su armazón. Algo que no estaba atado se estrelló contra el fondo de la lanzadera. Oyó a Carn blasfemando con monotonía antes de quedarse sin aliento. Era como si algo intentara arrancarle la piel de los huesos. Solo podía ver el tablero de instrumentos, que estaba volviéndose de color gris.

—Diez... g... —logró decir, antes de desvanecerse.

—Me has roto el jodido brazo —protestó Carn.

Esto fue lo primero que oyó Cormac cuando recuperó el sentido. Se sentía como si alguien hubiera pasado sobre él con una apisonadora mientras estaba tendido en una calle empedrada. Tardó unos instantes en recomponerse, intentando borrar las luces que burbujearan en los límites de su visión. Ante ellos se estaban abriendo las puertas de la plataforma de la lanzadera del *Soberbia*.

—¿A qué distancia se encuentra? —preguntó, en cuanto estuvo seguro de que podía hablar correctamente.

—A unos tres minutos —respondió Aiden.

El escudo tornasolado tocó la punta de la nave y empezó a retroceder, creando el efecto de que estaban entrando en una piscina vertical. Engulló y dejó atrás la cabina en un círculo creciente, y entonces estuvieron en la plataforma. Aiden pulsó el retropropulsor delantero y lateral para reducir la velocidad y girar. Cuando se detuvieron en el centro de la bodega, la cabina miraba de frente al escudo irisado. Entonces regresó la gravedad y la lanzadera se asentó en el suelo con un sonido metálico.

—Permaneced en la lanzadera y preparaos para el impacto —dijo la voz de

Soberbia por el tablero de control. En la bodega centelleaban unas luces rojas. Las manos de Aiden se deslizaron por diversos controles con tanta rapidez que sus dedos se convirtieron en trazos borrosos. Cormac sintió los golpes secos de los anclajes mientras se cerraban alrededor de la lanzadera.

Soberbia pronunció las palabras que probablemente estaba repitiendo por toda la nave.

—Preparaos para el impacto. Preparaos para el impacto. Todo el personal a los módulos de emergencia. —Cormac sintió que la lanzadera vibraba y al mirar por las ventanas de la bodega comprobó que el *Soberbia* estaba acelerando. La imagen de Samarcanda pasó de los portales al escudo irisado y pronto quedó atrás. La puerta irisada se cerró sobre el escudo y, entonces, unos postigos blindados más pesados se cerraron sobre los portales.

—El impacto se producirá en tres minutos cincuenta segundos. Corrijo. El impacto se producirá en dos minutos treinta segundos. Preparaos para el impacto.

Cormac observó la pantalla posterior. Ahora, todas las puertas interiores de la plataforma de la lanzadera estaban cerradas. Un campo blindado había cerrado la entrada al eje vertical.

—¡Impacto inminente! ¡Impacto inminente!

Cormac se sujetó con fuerza a su asiento. Esto iba a ser malo. Muchas personas resultarían heridas. Pero fue peor. Fue como si alguien hubiera hecho sonar un gong gigantesco y lo hubiera agrietado. Cormac tuvo la impresión de que le habían roto el cráneo y de que sus entrañas habían sido empujadas hasta el otro lado de su columna vertebral. Oyó el chirrido del metal retorciéndose y combándose antes de restallar. Los anclajes se habían roto. La lanzadera abandonó el suelo de la bodega y chocó contra las puertas. El impacto lo arrojó contra sus correas de sujeción. Sentía la sangre deslizándose por su nariz. La oscuridad amenazó, se retiró y amenazó de nuevo. Sacudió la cabeza y vio sangre goteando sobre la pantalla que tenía delante. La cabina de cristal de cadena no se había roto, por supuesto, pero había sido empujada hasta el centro de la lanzadera. La nave en sí descansaba en ángulo contra las puertas de la bodega. Pero todavía no había terminado.

Podía oír un sonido perverso y tortuoso abriéndose paso por la nave mientras, como si de una burbuja gigantesca se tratara, intentaba recuperar su forma esférica.

—Oh mierda oh mierda oh mierda...

Cormac se giró para mirar a Carn, que estaba atado a su asiento sujetándose el brazo roto. Thorn pendía junto a él, inconsciente; de su boca salía sangre. Aiden fue el primero en moverse. Desabrochó su arnés, se dejó caer sobre la pantalla y empujó con las manos el metal retorcido que había a un lado. De algún modo logró ejercer la fuerza de palanca necesaria y la golpeó con unas piernas que parecían émbolos hidráulicos. Cormac no sabía si creer lo que estaba viendo. La pantalla se deslizó con gran estruendo. Dos patadas más y se soltó de sus bisagras, sobre el metal retorcido, como una tapa arqueada. Al instante, Aiden se encaramó al tablero de control y se

deslizó sobre su asiento para llegar hasta Carn. Mientras tanto, Cormac se soltó de sus ataduras y esbozó una mueca de dolor al sentir las costillas rotas moviéndose en su pecho. Salió de la lanzadera con sumo cuidado y, una vez en el suelo, Aiden le pasó a Carn, sujetándolo del cuello de su traje térmico. Thorn fue el siguiente en descender. Pronto, los cuatro estuvieron a salvo en el suelo de la plataforma. Aiden cogió el botiquín de primeros auxilios de la lanzadera, entablilló el brazo de Carn y le inyectó supresores de dolor. Thorn volvió en sí y vomitó. Cormac permaneció sentado, sujetándose la cabeza.

—Que el personal de emergencia acuda al sector tres con retardadores de fuego. Los sistemas automáticos están apagados. Todos los ejes verticales han quedado inoperantes. El sector uno permanecerá cerrado a todo el personal hasta que las fugas de líquido refrigerante sean localizadas y reparadas...

La lista continuó hasta el infinito, pero no hubo ninguna explicación sobre Dragón.

—*Soberbia*, ¿qué está ocurriendo? ¿Qué está haciendo Dragón?

La lista siguió siendo recitada por el subsistema mientras *Soberbia* se dirigía a ellos por el intercomunicador de la bodega.

—Dragón se ha apoderado de la nave con sus seudópodos. Nos está arrastrando hacia Samarcanda. He tenido que desconectar todos los motores debido a las fugas de líquido refrigerante. Todos los intentos realizados por eliminar a los seudópodos han fracasado, pero no deseo recurrir a las armas energéticas desde esta distancia.

Se oyó un porrazo y el conjunto de la nave se estremeció. Con un gemido, la lanzadera se estrelló contra el suelo de la bodega.

—¿Qué diablos...? —preguntó Carn, con un hilo de voz.

—Dragón está intentando acceder a la plataforma de la lanzadera —respondió *Soberbia*—. Os sugiero que abandonéis esta sección y os dirijáis al área común.

Se giraron simultáneamente para observar las puertas de la bodega. Estaban rechinando, combándose.

—He conectado temporalmente el eje vertical uno —añadió *Soberbia*.

Se dirigieron hacia allí mientras el escudo blindado se alejaba del eje. Carn fue el primero en ser transportado hasta la zona común. Thorn fue el siguiente. Cormac se giró y advirtió que las puertas de la bodega se retorcían lentamente hacia un lado. El escudo tornasolado desapareció, pero de momento no había peligro de que fueran arrastrados al vacío. Al otro lado de la puerta se alzaba un muro de carne escamosa y por todo el borde aparecieron seudópodos que parecían dedos de yemas azules.

—¿Me busca a mí? —preguntó Cormac.

—Vamos —dijo Aiden. Accedieron al eje vertical.

Cormac, Aiden, Thorn, Mika y Chaline se reunieron en la sala de ocio junto a algunos técnicos y tripulantes. Uno de los técnicos presionaba un trapo ensangrentado

contra la cabeza; otro estaba sentado, sujetándose las costillas. Cormac se preguntó cuántas personas más habrían resultado heridas.

Soberbia les mostró la escena de la plataforma de la lanzadera. Las puertas exteriores estaban abiertas de par en par y los seudópodos inundaban la bodega en una avalancha de carne. Sus cabezas de cobra palpaban las paredes como los dedos de un hombre ciego.

—Los mecanismos de defensa contra intrusos han sido conectados...

—No —dijo Cormac—. Anula esa orden. Conéctame con la plataforma de la lanzadera.

—Estás conectado. Los sistemas de defensa contra intrusos han sido desconectados.

—Dragón, ¿por qué estás atacando la nave? Tenía la terrible impresión de que conocía la respuesta: le había molestado y ahora iba a por él. Siendo ese el caso, dudaba que pudiera hacer algo para impedir que lo encontrara.

—Ahora se han concentrado en la puerta del eje vertical —dijo Chaline—. Las lecturas de tensión están aumentando.

—Acceso no autorizado a los bancos de información —anunció *Soberbia*—. La información está siendo descargada desde el área de la plataforma de la lanzadera.

—¿Qué diablos ocurre? —preguntó Chaline. En la pantalla pudieron ver que un seudópodo se había adherido a una de las terminales de la pared.

—Probablemente está examinando los planos de la nave y cualquier otra cosa de interés —sugirió Cormac. La puerta del eje vertical se desplomó y los seudópodos la cruzaron.

—Han entrado —dijo Chaline, innecesariamente.

—Puede que haya confundido el *Soberbia* con una dragona —bromeó Thorn.

Se oyó una risa nerviosa a sus espaldas que pronto se extinguió.

Cormac ignoró el comentario y siguió contemplando la pantalla. Empezaba a recuperar las esperanzas. Los seudópodos no estaban ascendiendo por el eje, sino descendiendo, alejándose de ellos. De repente supo qué quería Dragón.

—*Soberbia*, ¿cuál es el estado de los dracos?

—Resultaron ilesos durante el incidente, pero desde entonces han experimentado cambios.

La pantalla centelleó para revelar el interior de la sala de aislamiento. Los dos dracos estaban tumbados en el suelo, en posición fetal. Habían excretado algún tipo de fluido que los había envuelto en una especie de membrana, de manera que parecían recién nacidos. Cormac sabía que se estaban preparando para partir, ¿pero debía permitir que Dragón se los llevara? ¿Podía utilizarlos para negociar? Tenía que intentarlo, porque si no era muy posible que Dragón recogiera a sus dracos y desapareciera.

—Dragón, si insistes en seguir adelante, los dracos serán destruidos. Los...

La nave volvió a sacudirse. Se oyó un fuerte chasquido en el intercomunicador.

—Los seudópodos acaban de tomar la puerta que conduce a la sala de aislamiento —anunció *Soberbia*—. ¿Quieres que los dracos sean destruidos?

La pantalla centelleó de nuevo para mostrar la escena que se estaba desarrollando en el exterior de la sala de aislamiento. Los seudópodos habían inundado la zona y empujaban los postigos blindados que cubrían la pantalla de observación. Una voz que Cormac reconoció sonó por el intercomunicador.

—Las fanfarronadas, Ian Cormac, son para aquellos que carecen de fuerza. No destruirás lo que es mío porque, si lo haces, haré estallar esta nave.

Dragón...

—Los dracos están encerrados en una cámara sellada... lo único que deseo son algunas respuestas. ¿Por qué estaban allí? ¿Qué ocurrió...?

—Tus opciones son limitadas. Abre esa cámara sellada o me limitaré a arrancarla de la nave... y para hacerlo tendré que abrir ciertas áreas...

Dragón tenía razón.

—*Soberbia*, abre la cámara de aislamiento —dijo Cormac con rapidez.

Los postigos se retiraron y los seudópodos se abalanzaron hacia la ventana. Entraron y salieron en un abrir y cerrar de ojos; los dracos desaparecieron en una masa de carne que se retorció sin parar.

—Están retrocediendo hacia el eje vertical —dijo Chaline, a pesar de que todos ellos podían verlo con sus ojos—. *Soberbia*, ¿qué estanqueidad tendremos si Dragón se desacopla?

—Tengo preparados los cierres para el eje vertical —respondió la IA.

Escena a escena, la pantalla les fue mostrando el retroceso de los seudópodos. Una les mostró los cierres deslizándose tras ellos por el eje vertical, como grandes monedas. Una vez en la plataforma de la lanzadera, las criaturas se deslizaron hacia la carnosa pared del otro lado. La nave se sacudió.

—Dragón se está desacoplando.

Todos sintieron la explosión de aire abandonando la plataforma de la lanzadera. La gran esfera de Dragón empezó a alejarse y la lanzadera lo siguió hacia el vacío, junto con otros escombros.

—Dragón se ha desacoplado.

—Cento... —empezó a decir Aiden.

—Recuperaremos la lanzadera —dijo Chaline. Activando las unidades de emergencia, *Soberbia* volvió a dirigirse hacia la órbita de Samarcanda.

—Dragón no tenía ni idea de lo que ocurría —dijo Mika, mientras reparaba las costillas de Cormac.

Este no deseaba ver qué le estaba haciendo. Había visto suficiente sangre y cuerpos abiertos en canal en su vida como para no ser demasiado escrupuloso, pero como siempre sucedía, era muy diferente cuando se trataba de su propia sangre y de

su propio cuerpo. Tras efectuar un pequeño ajuste, el bloqueador nervioso que tenía en la nuca había adormecido su cuerpo de axilas para abajo; sin embargo, como siempre ocurría en este tipo de operaciones, podía sentir débiles tirones y oír con claridad los sonidos. El agente habría deseado atarse las costillas y evitar todo esto, pero Mika había insistido en operar porque existía el peligro de que se perforara un pulmón. Observó las tuberías que conducían hacia el pulmón remoto y de nuevo experimentó aquella extraña sensación de desconexión. Como el bloqueador había apagado parte de sus sistemas autónomos, su corazón y sus pulmones ahora estaban en espera.

—¿Qué te hace decir eso?

La voz de Cormac sonó como siempre, a pesar de que era emitida por una laringe mecánica muy similar a la de un Gólem que operaba sobre los impulsos nerviosos desviados del bloqueador nervioso. Este objeto que estaba pegado a su espalda era como una gran cáscara de caracol fabricada con metal azul y sujeta lateralmente a una moneda de plexiglás en la que centelleaban unas lucecitas.

—Bueno, los dracos forman parte de él. Yo diría que son como sondas remotas o agentes. Dragón quería que regresaran para pedirles un informe completo. Hubo un golpe en su pecho y se oyó un pegajoso chapoteo.

—Podría haberse limitado a preguntar —comentó Carn desde su asiento, frotándose el brazo sobre su mano plateada. La mujer estaba observando el pecho abierto de Cormac con gran interés.

—Creo que tienes razón —dijo Cormac, dirigiéndose a Mika—. Era casi como si estuviera buscándolos frenéticamente por todo el planeta. Al no encontrarlos allí, dirigió su atención hacia nosotros y los rescató lo más rápido que le fue posible.

—Con desesperación —añadió Mika.

—Eso no lo sé, pero no me cabe duda de que lo hizo sin ningún tipo de consideración por la vida humana. Tenemos suerte de que la nave esté preparada para soportar este tipo de castigos.

Guardó silencio. La verdad es que habían sido afortunados. Mika llevaba veinte horas reparando diversas lesiones y tres miembros de la tripulación estaban en contenedores de soporte vital esperando a regresar a la civilización. Sobrevivirían, pero pasarían una larga temporada en un tanque de cultivo. Sin embargo, uno de los técnicos del runcible no había tenido tanta suerte: su cabeza había sido reducida a papilla cuando uno de los componentes del runcible se había movido y lo había atrapado contra la pared.

—¿Chaline tiene algo que decir? —le preguntó.

—Se están efectuando las reparaciones pertinentes, pero la demora no le hace ninguna gracia. Está demasiado obcecada en su runcible.

Mika se alejó unos pasos de él con las manos en alto para no mancharse la bata blanca; los guantes que cubrían sus manos estaban salpicados de sangre. Echó un vistazo a la pantalla que había sobre el asiento de Carn, y que mostraba una imagen

escaneada del pecho de Cormac. El agente solo la había mirado en una ocasión.

—¿Y Aiden? —preguntó Cormac.

—Ha recuperado la lanzadera. Cento ha sido guardado... al igual que la lanzadera, pero no podremos repararla. Chaline estaba aterrada por el elevador, pero no ha sufrido daños.

Se acercó más y empezó a manipular cosas en su pecho.

—¿El elevador?

—Está en el almacén... un elevador y cuatro minilanzaderas. Chaline necesita el elevador para mover el runcible.

—Oh... por lo que parece, estaremos bien...

Mika no respondió inmediatamente. Cormac percibió un nuevo movimiento y oyó el suave zumbido de un soldador de huesos. En ese momento miró hacia abajo y al instante deseó no haberlo hecho, pues la piel y el músculo de su pecho habían sido retirados del plexo solar y Mika, que había introducido un dedo en un agujero situado entre dos costillas fracturadas, estaba deslizando la punta del soldador a lo largo del corte. Cormac percibía un olor polvoriento: el de las partículas de calcio que habían escapado del proceso electrostático que las colocaba en los cortes.

—Supongo que sí —respondió Mika, incorporándose de nuevo para contemplar su trabajo—. Pero *Soberbia* tendrá que quedarse aquí cierto tiempo. Necesitaremos que nos envíen componentes desde Minostra y estos tendrán que viajar a través del runcible. Solo entonces podremos abandonar la órbita. —Dejó la cabeza del soldador en su soporte de esterilización y empujó la unidad con ruedas para alejarla un poco de la mesa. «Sueldacélulas S.A.» eran las palabras que aparecían en el logotipo del artefacto, una caja plateada situada sobre un carrito de ruedas. De uno de los lados del panel táctil que había encima de la caja sobresalía una confusión de tubos y cables. Estos terminaban en una cabeza que aceptaba cualquiera de los adaptadores almacenados bajo la caja. Mika seleccionó algo que parecía una espátula de cristal—. He grapado las fracturas para que la soldadura tuviera más apoyo. Supongo que no descansarás hasta dentro de un rato. Las grapas tardarán un año en disolverse, tiempo más que suficiente para que tus costillas se curen por completo. He reparado la mayor parte del tejido interno dañado. Ahora procederé a cerrarte la herida.

Cormac se preguntó por qué a los médicos les gustaba tanto contarte con pelos y señales lo que te estaban haciendo.

El soldador se puso en marcha y oyó un terrible sonido de succión en su pecho. Los tirones eran similares a los que sentiría un niño pequeño mientras su madre le pone el abrigo.

—Ya está —dijo Mika después de lo que le pareció una eternidad—. He puesto un par de lengüetas analgésicas en el interior que se disolverán durante los próximos días. Puede que sientas alguna punzada de dolor, pero estarás bien.

Cormac vio los tubos del pulmón remoto libres de sangre y sintió los pequeños tirones a medida que Mika los iba extrayendo de su cuerpo. No sintió en ningún

momento que le faltara el oxígeno, puesto que la mujer acercó rápidamente el brazo a su nuca y al instante recuperó la sensibilidad. No fue un proceso gradual; simplemente, su cuerpo volvió a activarse. Cormac respiró hondo y de repente sintió que su corazón latía con la fuerza del trueno.

—Estarás bien —dijo ella, a pesar de que él aún no estaba preparado para formular ninguna pregunta.

Cormac se enderezó y se miró el pecho. Estaba perfecto. La soldadura de células no dejaba cicatrices, por lo menos en el cuerpo. Asintió a la mujer, que le sonrió brevemente antes de volverse hacia Carn.

—No es dolor ni función física —dijo, retomando una conversación que habían iniciado antes de que entrara Cormac.

—He perdido el contacto PU —explicó Carn, abriendo y cerrando su mano plateada—. Lo único que percibo son sensaciones normales.

Cormac lo miró. De modo que eso era su mano. La necesidad de utilizar instrumentos separados en el artefacto debía de haber sido un engorro, y todo por tener ese guante. Cormac osciló las piernas y, tras levantarse, recogió la camisa del suelo y se la puso. Era consciente de que Mika ya no le prestaba la menor atención, pues ahora estaba centrada en Carn. Los dejó solos para que pudiera atenderlo.

Los ejes verticales seguían sin funcionar, pero eso no era ningún problema: simplemente significaba que no habría ningún campo irisado que lo arrastrara hasta su destino. Cormac tenía que acceder al eje, donde se volvería ingrávido, y empujar las escaleras de reconocimiento en la dirección hacia la que deseaba moverse. El truco, como sucedía con todas las maniobras ingravidas, consistía en no ganar demasiada velocidad. Pronto se detuvo ante el nivel deseado y se dirigió hacia la sala de ocio, que ahora se había convertido en el centro de operaciones. Recorrió pasillos en los que trabajaban robots soldadores y áreas en donde los técnicos habían arrancado los paneles de las paredes y blasfemaban en su jerga particular. En ciertas zonas la gravedad variaba, algo que era más peligroso que si no la hubiera, puesto que una placa gravitatoria fluctuante podía derribar a una persona. Cuando llegó a la sala de ocio, solo encontró a Thorn y Chaline. Chaline estaba observando una pantalla que mostraba una imagen del casco de la nave, infestado de robots que parecían cucarachas. Thorn estaba tumbado en un sofá, dormido; sobre la mesa que había junto a él había una botella volcada y un vaso medio lleno de *whisky* escocés.

—¿Qué tal van las cosas? —le preguntó a Chaline.

—En setenta horas deberíamos estar completamente protegidos —dijo ella, sin apartar los ojos de la pantalla—. *Soberbia* no podrá desplazarse a velocidad hiperluz hasta que Minostra nos envíe una nueva carcasa para el motor. Los campos electromagnéticos están desconectados.

Cormac asintió.

—He encontrado zonas de gravedad fluctuante allí fuera —comentó.

Chaline no levantó la mirada.

—No es cierto. Has encontrado placas gravitatorias con una fuente de energía fluctuante. Tuvimos un pequeño problema con uno de los generadores y tuvimos que desconectarlo.

Cormac decidió no hacer más preguntas referentes a los daños, pues la lista se prolongaría hasta el infinito.

—*Soberbia*, ¿cuál es la situación de Dragón? —preguntó, mientras se dirigía hacia la unidad de alimentación.

—Dragón está en órbita a setecientos kilómetros de nosotros. Hay cierta actividad en su superficie —respondió la nave.

Al llegar junto a la unidad de alimentación, Cormac se limitó a decir «café», puesto que la máquina ahora reconocía su voz y lo prepararía exactamente tal y como a él le gustaba. Instantes después observó la taza de barro blanco que le había servido y decidió introducir su petición detalladamente. Otro problema que añadir a la lista de Chaline. Cuando consiguió la bebida que quería, regresó a la mesa y se sentó.

—Bueno, ¿qué actividad es esa?

Cuando la pantalla cambió para mostrar a Dragón, Chaline lo miró con fastidio. Cormac se encogió de hombros a modo de disculpa y centró su atención en la pantalla. Las ondas viajaban alrededor de la superficie del alienígena.

—Hace una hora hubo una emisión de energía dirigida hacia el exterior del sistema Andellan —explicó *Soberbia*—. Era luz láser de espectro completo. La lectura se encontraba en el ámbito del gigajulio. Si sigue ese mismo patrón en esta ocasión, se producirá una nueva emisión en cincuenta y cuatro minutos. Estoy llevando la nave al otro lado del planeta, pero he dejado atrás una sonda de observación.

En este momento concreto, Cormac preferiría estar al otro lado de la galaxia. ¿Dragón se estaba preparando para destruirlos? Si era así, corrían un grave peligro.

—¿Algo más?

—También estoy recibiendo emisiones por todos los espectros. Algunas tienen cierta lógica interna y coherencia matemática, pero aún no he sido capaz de traducirlas. Dichas emisiones carecen de dirección.

—De acuerdo —dijo Cormac, y la pantalla volvió a mostrar la escena que había estado observando Chaline. Cormac la miró y advirtió que, deliberadamente, estaba manteniendo el rostro libre de expresión.

—Todo tuyo —dijo con una sonrisa.

—Muchas gracias —respondió ella, antes de echar la silla hacia atrás y levantarse—. Por desgracia, algunos de nosotros tenemos que trabajar.

Cormac hizo un gesto conciliador, pero Chaline se alejó. El agente no sabía si estaba enfadada o divertida. *Implicación*, pensó, intentando no sentirse culpable. Se quedó sentado tomando el café durante unos minutos, antes de pedirle a *Soberbia* que volviera a mostrarle la imagen de la sonda.

Dragón ahora se ondulaba a mayor velocidad y su forma esférica estaba

distorsionada.

—*Soberbia*, ¿seguro que estamos a salvo aquí? —preguntó.

La respuesta de la IA fue concisa.

—No. La marca de los cuarenta y cuatro minutos quedó atrás. Trascurrieron sesenta, sesenta y cinco...

Entonces, un centelleo oscureció momentáneamente la imagen de la sonda. Cuando esta regresó, Dragón volvía a ser esférico y las ondas se movían por su superficie tal y como habían hecho en un principio.

—*Soberbia*, ¿adónde ha ido?

—A la superficie del planeta. Enfocando... La sonda tiene la imagen. La pantalla mostró una nube negra creciente con infernales fuegos rojos en su centro.

—Eso era el Monte Prometeo —explicó la IA. Cormac sacudió la cabeza desconcertado. Enoida Deacon no sería desplazada de su nicho en los libros de historia, ¿pero qué diablos estaba haciendo Dragón?

—He recibido algo de Dragón. Está en todas las lenguas humanas.

—Entonces escuchémoslo en la nuestra. La voz retumbó en los altavoces.

—¡Ha escapado! ¡Ha escapado! ¡Criminal! ¡Cabrón! ¡Mierda! ¡Joder! Cormac se quedó sentado con la boca abierta. De modo que eso era lo que estaba haciendo Dragón: estaba teniendo una rabieta.

Camaleón: *Con cuánta frecuencia se confunde y se utiliza incorrectamente esta palabra. El término «prendas camaleónicas» hace referencia exclusivamente a la ropa fabricada a partir de las fibras fotorreactivas desarrolladas por STC en el año 2257. Se trata de una forma efectiva de camuflaje que no vuelve invisible a su portador, sino que solo lo confunde con su entorno. El término «herramientas camaleónicas» hace referencia a algo bien distinto. Se trata de un material que, recurriendo a las tecnologías de campo, puede curvar la luz alrededor de un objeto, borrar firmas térmicas, difuminar perturbaciones atmosféricas y hacer que un objeto no sea captado por los radares ni por los sonares.*

Extraído de Guía del Membrillo, compilada por humanos

Pelter efectuó una pasada sobre el lago antes de ladear la nave e iniciar la aproximación. La pantalla, activada en modo infrarrojo, le mostraba todo aquello que necesitaba ver en tonos pastel azules y verdes, como el negativo de una fotografía en color. Pulsó los frenos de aire y advirtió las pequeñas estelas que dejaban atrás las alas, pero eso ya no era ningún problema. A través de los ojos del Señor Grúa observó el cuerpo inerte de Stanton, que permanecía tendido en el suelo, y pensó en cómo matarlo. La alegría que había sentido al eliminar a la arrogante capitana de la nave se había disipado rápidamente. Ahora le sorprendió darse cuenta de que la muerte de Stanton no era algo que deseara presenciar. El mercenario tenía que morir porque había intentado traicionarlo, pero había sido un buen amigo durante años. Sintió un amargo sabor en su boca mientras el lago aparecía ante sus ojos. Abrió en su aumento una imagen de Stanton y la introdujo en la ranura apropiada de un programa del módulo de mando de Grúa. Era el mismo programa que había utilizado con Tenel y muchos otros. Lo pondría en marcha cuando se sintiera preparado para hacerlo y entonces no tendría que mirar.

El silbido del viento sobre los patines al descender fue el sonido más fuerte que se oyó durante el largo vuelo. La siguiente cacofonía tuvo lugar cuando dichos patines golpearon la superficie del lago. Pelter miró atrás y vio la espumeante estela que dejaba la nave a su paso; esto tampoco era ningún problema, porque la IA del runcible pasaría por alto todo lo que hicieran a partir de ahora... o, mejor dicho, todo lo que hicieran a partir de ahora y hasta que empezaran a utilizar las armas prohibidas. Pelter condujo la nave hacia la orilla del lago, reduciendo la velocidad. La extensión de terreno que descansaba al otro lado estaba casi al mismo nivel que el agua. Un grupo de rocas se alzaba en la distancia y más allá, lo que Pelter sabía que era el principio de un inmenso bosque, aunque ignoraba de qué tipo. Aparte de la

nave, los objetos más altos que había en las proximidades eran los juncos y cañas que crecían a la orilla del agua. Con solo un par de impulsos de aire comprimido llevó al pájaro a través de los juncos hasta la empapada orilla. Entonces, se desabrochó el cinturón y miró a sus compañeros.

—Faltan unas horas solstan para el amanecer —anunció—. Descansaremos hasta entonces.

—¿Y qué hacemos con él? —preguntó Corlackis, clavando un dedo en Stanton.

—Por la mañana —respondió Pelter.

Reclinó su asiento en posición de descanso y cerró el ojo. Los cuatro hombres que había a sus espaldas hicieron lo mismo. Pelter los observó a través de los ojos de Grúa antes de permitirse descansar por completo.

Su cuerpo era un bloque de plomo sobre el suave suelo. Se sentía mareado, le dolía la espalda y un herrero diminuto estaba fabricando herraduras en el interior de su cabeza. Era peor que la peor de las resacas. El olor de la turba inundaba sus fosas nasales y la boca le sabía a tierra. Al abrir el ojo izquierdo pudo ver la base de los helechos de color verde pálido que brotaban en el suelo negro. Más allá, unos brotes gruesos y verdes salpicaban el terreno. Durante unos instantes no tuvo ni la más remota idea de dónde estaba ni de qué ocurría, pero cuando recuperó la memoria descubrió que era posible sentirse peor de lo que ya se sentía.

Jarvellis. Stanton se apoyó sobre sus codos y vomitó bilis amarilla. El dolor perforaba su cráneo con cada convulsión pero, en cierto modo, prefería este dolor al otro.

—Dispárale otra vez —dijo Pelter.

Con gran esfuerzo, Stanton logró girarse a la vez que Corlackis se acuclillaba junto a él y presionaba un inyector contra su cuello. Sintió cómo entraba aquella sustancia en su cuerpo y las náuseas remitieron al instante. El dolor de cabeza también se empezó a desvanecer. Tenía la impresión de que ahora sería capaz de levantarse, pero no quería hacerlo porque el otro dolor había ido creciendo hasta llenar todos los espacios.

—Levántate, John —dijo Pelter.

Stanton intentó sentir cólera, pero descubrió que no tenía la energía necesaria para ello. Se apoyó sobre sus rodillas y, lentamente, empezó a ponerse en pie. Mennecken y Svent estaban sentados en un cajón que habían descargado de la nave y Dusache se apoyaba contra el pájaro, que había aterrizado a la orilla del lago. La imagen era curiosa, puesto que parecía haber adoptado una posición imposible. Corlackis se hizo a un lado y pudo ver a Pelter, con el Señor Grúa a sus espaldas. *Es imposible que pueda atacarlo*, pensó Stanton. Si tuviera una oportunidad mataría a Pelter, pero sabía que nunca se la darían.

—Su cuchillo —dijo Pelter.

Corlackis introdujo la mano en el bolsillo de su abrigo y sacó un paquete envuelto en plástico. Este golpeó a Stanton en el pecho y cayó al suelo. El hombre siguió mirando a Pelter.

—Es tu cuchillo, John. Recógelo y guárdalo en su funda.

Stanton hizo lo que le pedía. ¿A qué estaría jugando ahora? ¿Acaso pretendía que se enfrentara a Grúa con un cuchillo?

—Dale también la pistola.

Corlackis miró de reojo a Pelter, antes de volver a acercar la mano a la chaqueta y coger la pistola de pulsos de Stanton.

—Primero saca el cargador, Corlackis —dijo Pelter, antes de que el arma fuera devuelta a su dueño.

Corlackis retiró el cargador y, tras tenderle la pistola a Stanton, le entregó el cargador a Pelter. Al instante, el separatista se giró y lo arrojó al desolado terreno cenagoso. Stanton lo siguió con la mirada y lo vio aterrizar entre una extraña masa de brotes verdes. Una nube de objetos salió disparada por el aire en el punto en que aterrizó. Stanton consideró que aquello era otra señal de la suerte que estaba teniendo: probablemente la carga había aterrizado sobre un nido del equivalente a las avispas de este planeta.

—Ignoro qué es lo que pretendes, pero no me cabe ninguna duda de que planeabas algo con Jarvellis. Confiaba en ti, John. Incluso me gustabas —dijo Pelter.

—A ti nunca te ha gustado nadie más que tú, Pelter —respondió Stanton—, e incluso eso ha cambiado. Mira en qué te has convertido.

Pelter levantó la mano, se tocó la cara y, al darse cuenta de lo que estaba haciendo, la retiró bruscamente. Grúa dio un paso adelante. Stanton advirtió que el maletín estaba en el suelo. Si eso era lo que pretendía, ¿de qué iban a servirle la pistola de pulsos y el cuchillo?

—Porque pensaba que eras mi amigo, John, voy a permitir que te vayas. Márchate... aléjate de mi vista —dijo Pelter.

Stanton miró a su alrededor. No le cabía ninguna duda de que estaba muerto, pero se preguntó si Pelter le permitiría llegar hasta el cargador de su pistola antes de enviar a Grúa a por él. Guardó la pistola en la funda, dio media vuelta y empezó a correr entre los esponjosos brotes. Los instintos de supervivencia que lo habían ayudado a escapar de más de una situación peligrosa estaban regresando. Se sentía algo avergonzado de ellos, pero no tenía la fuerza necesaria para resistirse. En un minuto alcanzó la extensión de vegetación verde y descubrió que a su alrededor no se diseminaban avispas, sino semillas de helicóptero. El cargador estaba atrapado en una intersección formada por dos hojas gruesas que parecían plástico derretido. Lo cogió, sacó la pistola y lo introdujo en su sitio. Al mirar atrás vio a Dusache, a Corlackis y al Señor Grúa. Corlackis sostenía una carabina láser y tenía la culata apoyada en la cadera. El mensaje era obvio. Stanton se giró y se dirigió hacia el bosque distante, acelerando sus pasos en todo momento.

Cuanto más se alejaba del lago, más firme era el terreno que pisaba. Pronto, los helechos y otros extraños brotes verdes fueron reemplazados por lo que parecían ser brezos bajos, entre los cuales había estrechas huellas de animales. Stanton se acercó a un grupo formado por tres cantos rodados monolíticos y apoyó la mano contra su superficie cristalina y fosilizada. Una mirada atrás le reveló que no había ninguna actividad en el lago. Había algunos hombres de pie, mirando en su dirección, pero desde esta distancia era incapaz de reconocerlos. Siguió adelante. Tenía que mantener el ritmo y alejarse lo máximo posible antes de que Pelter se aburriera y enviara a Grúa tras él. ¿Había alguna posibilidad de que no lo hiciera? Stanton resopló ante este breve destello de insólito optimismo.

Los árboles de este bosque debían de ser algún tipo de adaptación de coníferas. A medida que se aproximaba, Stanton advirtió que tenían la forma de los pinos, aunque sus frutos eran de color rojo traslúcido y del tamaño de un puño. Al aproximarse más advirtió que sus agujas eran verdaderas cuchillas y los troncos parecían secciones de madera laminada. Mientras corría entre ellos miró atrás. Una figura alta avanzaba a grandes zancadas hacia él desde el lago. Le sorprendió descubrir la cantidad de reservas que guardaban sus músculos estimulados.

Entre los árboles, las agujas caídas formaban una gruesa moqueta. Stanton pensó en sacar la pistola de pulsos, apoyar el cañón en su barbilla y disparar. No sabía qué planeaba Pelter, pero estaba seguro de que esta opción al menos sería más rápida. Descartó la idea. Los huecos que había entre los troncos eran amplios y el suelo era una superficie buena para correr. Miró a su alrededor en busca de un lugar donde esconderse, pero al instante se preguntó por qué lo hacía. Sabía que Grúa oiría sus irregulares jadeos e incluso los latidos de su corazón. Delante de él oyó el sonido de agua y aceleró al pensar que eso podría ofrecerle una oportunidad de escapar. Miró atrás mientras corría ladera arriba. No había señales de Grúa, pero el androide podía estar avanzando en círculo. Stanton ya no podía cambiar de rumbo. En línea recta no tendría ninguna oportunidad, puesto que Grúa era más rápido que él y no necesitaba descansar. El río era su única esperanza. Pronto llegó a lo alto de un cerro y vio el pesado remolino de agua cristalina. El estruendo llegaba por su izquierda. Corrió colina abajo hasta donde las losas de piedra arrinconaban el borde del agua. Allí las coníferas habían sido reemplazadas por robles azules y sus bellotas se diseminaban por el suelo como huevos de pájaro. Una mirada atrás lo obligó a acelerar sus pasos; Grúa avanzaba a grandes zancadas entre las coníferas, levantando masas de agujas cada vez que desenterraba del suelo sus enormes pies. ¡Eso era! ¡El peso! Cuando alcanzó las losas, Stanton se giró y sacó su pistola de pulsos. El cargador estaba lleno; tenía más de cincuenta disparos. Apuntó con sumo cuidado y apretó el gatillo.

Un fuego blanco abrió una balbuciente corriente entre Stanton y el androide. Grúa estaba dando otra zancada cuando la descarga impactó en la parte delantera de su abrigo, lanzándolo hacia atrás; humo, llamas y trozos de tela quemada volaban en todas direcciones. Mientras los disparos continuaban hundiéndose en su cuerpo, el

androide resbaló y cayó sobre su espalda. ¡Solo había tardado unos segundos en derribarlo! Stanton no esperó a ver si el androide se levantaba. Conocía la respuesta antes de sumergirse en el río.

El agua estaba helada, pero apenas lo advirtió. Mientras se alejaba nadando corriente abajo, oyó a sus espaldas un fuerte chapoteo. Al mirar hacia atrás y ver un sombrero flotando sobre la superficie se descubrió a sí mismo sonriendo como un maníaco. Grúa había intentado seguirlo, sin tener en cuenta que había sido fabricado con ceramal inalterable. Stanton esperaba que el agua fuera profunda... pero aumentó el ritmo de sus brazadas al imaginar a Grúa avanzando a grandes zancadas por el lecho del río. Delante, el estruendo se intensificó. Menudo día; ahora una cascada. Intentó dirigirse hacia la orilla, pero la corriente era tan fuerte que fue arrastrado hasta un reborde de piedra cubierto de limo verdoso antes de ser lanzado a las blancas aguas. Cayó de pie con la esperanza de poder absorber parte del impacto de lo que fuera que lo esperaba debajo.

Un estanque frío y profundo le dio la bienvenida mientras era arrastrado y volteado entre un agua que burbujeaba como la tónica. Jadeando, llegó a la superficie que había al otro lado de la cascada y volvió a mirar atrás. Algo golpeó con fuerza el agua a sus espaldas. Miró adelante, hacia donde el río se extendía sobre las piedras, y empezó a nadar... solo para golpearse la mano contra aquellas rocas resbaladizas. Dio unas cuantas brazadas, pero pronto el agua fue demasiado poco profunda para poder continuar. Se levantó, sacó el arma y empezó a vadear lo más deprisa que le fue posible. Resbalaba casi a cada paso que daba. Puede que hubiera llegado la hora de apoyar el arma contra su barbilla. Un disparo era todo lo que necesitaba, y le quedaban más de diez. Al mirar atrás vio una mano de bronce saliendo del agua y cogiendo un sombrero de la superficie. Androide chiflado. Instantes después, el Señor Grúa salió del estanque enderezando el ala de su sombrero. Stanton se giró y lo miró.

No había nada que decir. Puede que Pelter estuviera mirando a través de sus ojos o puede que no, pero Stanton no estaba dispuesto a suplicar... y tampoco estaba dispuesto a rendirse. Intentando recuperar el aliento, esperó con la pistola en la mano. Grúa lo observó con su curiosa mirada pajaril.

Cuando el androide estuvo a tan solo unos metros de él, Stanton levantó el arma y disparó los últimos tiros. Grúa se inclinó hacia delante. Cada pulso de aluminio ionizado provocaba un destello momentáneo en su pecho blindado y, quizá, una ligera erosión en su superficie, pero el brillo pronto desaparecía y el calor se dispersaba por la red superconductora incrustada en su blindaje. Cuando el cargador se vació, Stanton arrojó el arma al androide. Una mano de latón la cogió, la rompió en pedazos y tiró los trozos al suelo. Eso era todo. Grúa dio un paso adelante y Stanton intentó asestarle una patada en la rodilla; fue como si hubiera intentado derribar un roble. El androide lo cogió por el cuello de su chaqueta, lo levantó y lo lanzó por los aires. Cuando Stanton aterrizó de espaldas en las aguas poco profundas, las rocas limosas crujieron contra su columna. Grúa volvió a acercarse mientras

intentaba ponerse en pie. Un revés arrojó a Stanton por las empapadas agujas de la orilla. ¿Qué sentido tenía esto? Una bota que parecía un pistón volvió a lanzarlo por los aires. Cuando Grúa se inclinó sobre él con unos ojos negros que no revelaban nada, Stanton pensó que bien podría ser un trozo de metal lo que iba a matarlo. Una inmensa mano de bronce se cerró alrededor de su garganta y de nuevo volvió a estar en el aire.

¡Los ojos! Quizá así podría estropear el juguete de Pelter.

Stanton giró el anillo Tenkian con el pulgar y sintió el tirón en la pierna de su pantalón mientras la daga salía por el agujero que había abierto con anterioridad. La luz del bosque centelleó en la cuchilla amarilla de cristal de cadena y la empuñadura abofeteó su mano. Cuando lo osciló ante los ojos de Grúa, la otra mano del androide se movió con rapidez y se cerró en su muñeca. La punta de la hoja estaba a unos centímetros de esos ojos negros. Grúa pestañeó y permaneció inmóvil mientras seguía asfixiando a Stanton, pero de repente lo soltó. Stanton gritó cuando sintió todo su peso en el hombro derecho. Grúa le arrebató la daga y, en un momento, se deshizo de él.

El cuchillo Tenkian centelleaba intentando electrocutar al Señor Grúa. Este no percibía la carga eléctrica, pero sí las hermosas luces y la belleza del arma. La sostuvo entre sus dos índices y la contempló durante un prolongado momento. Stanton permaneció tendido en el suelo, intentando recuperar el aliento. El hombro derecho le dolía como si estuviera dislocado y estaba seguro de que se había roto unas cuantas costillas. Sabía que no serviría de nada echar a correr ahora, de modo que se limitó a esperar lo inevitable.

Grúa terminó su largo estudio de la daga Tenkian y la guardó en el bolsillo de su abrigo. Miró a Stanton, acercó un índice a su boca de metal y lo mantuvo ahí durante unos instantes antes de pasar por encima de él y alejarse hacia el bosque.

Sentía un dolor atroz en la pierna, que estaba caliente y pegajosa en el interior del traje. En cierto modo deseaba que la capa de material de sellado que se intercalaba entre la armadura y el traje interno no hubiera realizado tan bien su trabajo. De ese modo, ahora no estaría enfrentándose a la perspectiva de morir sofocada en unos veinte minutos. El *Lyric* había desaparecido, John estaba muerto o pronto lo estaría (ya se encargaría Pelter de eso) y el cierre de seguridad de su traje le impedía abrir el casco al vacío. Jarvellis estaba suspendida en el espacio, sobre Viridiana, observando los trozos de su nave que ardían al entrar en la atmósfera... cuando las lágrimas le permitían ver algo.

La vieja estación orbital se encontraba a unos cientos de metros detrás de ella. Dependiendo de su posición, podía ver una luz en su interior, tras las partes expuestas de la estructura. Esa opción también estaba cerrada, pues había agotado el combustible de los propulsores del traje para escapar de la explosión.

—¡Sal de ahí! —le había dicho John.

Lo había oído con claridad, incluso mientras reventaba la puerta de la esclusa y activaba los propulsores. El disco de fuego había pasado a sus pies y, después, la nube de escombros que acompañó a la onda expansiva la había golpeado en la espalda y la había volteado una y otra vez. No le cabía duda de que el fragmento del *Lyric* que se había hundido en su muslo era un trozo de cristal de cadena. Solo era uno de los muchos golpes que había recibido, pero nada más habría logrado cruzar la armadura de ceramal.

Por fin sus lágrimas se secaron y volvió a comprobar su intercomunicador. Solo le respondió el silencio. El pulso EM de la explosión debía de haber destruido la radio del traje. Los explosivos que habían utilizado no producían este tipo de pulso. Sin duda alguna, este se había originado en una de las explosiones secundarias, ya fuera cuando estalló la batería o cuando el disco cortó el motor de infraespacio por la mitad. Las naves de recuperación de Viridiana no tardarían en llegar, pero para ella ya sería demasiado tarde. El rescate no era una opción, así que solo quedaban dos: o moría lentamente en el traje o... Jarvellis acercó la mano al cinturón de herramientas para coger el láser en estado sólido. Sabía que no podía utilizarlo a través del casco, puesto que el cristal de cadena lo polarizaría de forma automática, de modo que tendría que dirigirlo hacia su corazón. Suponía que el láser tardaría un minuto en perforar el traje.

Ya no servía de nada lamentarse. Todo había desaparecido y solo quedaba ella. Entonces... entonces recordó la otra vida que se estaba iniciando en su interior y esto hizo que todo le pareciera aún más terrible. Observó el láser que sostenía sobre su pesado guante. Solo era un cilindro mate con un botón en el extremo.

Oh, John...

Colocó el otro extremo del láser contra su pecho y pulsó el botón. Una luz roja iluminó el punto de contacto y el ceramal vaporizado se incendió en una niebla naranja. En cualquier momento perforaría el traje. Sentiría un dolor repentino, pero moriría con rapidez. Sin embargo, cuando el láser perforó su traje no sintió ningún dolor. La explosión azotó su pecho y lanzó su mano hacia atrás. Mientras salía proyectada, vio que el láser se alejaba dando vueltas por el espacio, siguiendo un sendero de fragmentos centelleantes.

—Oh, joder. ¡Joder!

Le quedaban quince minutos de aire y los niveles seguían descendiendo. Había conseguido su objetivo, pero no de la forma que esperaba. Sabía exactamente qué había ocurrido. Al quedar expuesto al vacío, el material de sellado se había endurecido y, cuando el láser lo había perforado, se había roto bajo la presión de aire del traje. Pero no acababa ahí la cosa. La razón por la que estos viejos trajes habían sido reemplazados era que el material de sellado, a base de resina epoxi, perdía sus propiedades ignífugas cuando se endurecía. Al quedar expuesto al aire, la resina epoxi candente había explotado.

—Adiós, John —dijo Jarvellis, pensando que, quizá, las sombras que veía en los límites de su visión se debían al repentino descenso de la presión de aire. De repente se dio cuenta de su error, puesto que pudo ver un armazón de partes estructurales perfilado contra Viridiana un segundo antes de golpearse con una pared del interior de la estación orbital. Mientras el contador descendía hasta cero y dejaba de llegar oxígeno a sus pulmones, tuvo el humor suficiente para apreciar la ironía de la situación.

Arma antifotón (AAF): *En este caso, el término «antifotón» es un mal nombre atribuible al núcleo propagandístico de los separatistas jovianos (o eso deseamos creer). El rayo proyectado por esta arma es de protones que han sido campoacelerados hasta rozar la velocidad de la luz. Su característico destello o rayo púrpura no es la legendaria «luz oscura», como pretenden hacernos creer algunas fuerzas novelescas, sino una fluorescencia causada por la colisión de los protones y las moléculas de aire. En el vacío, este rayo es invisible. Las fuerzas novelescas antes mencionadas harían bien en recordar que disparar un arma de protones es algo serio, cuyo resultado habitual es la contaminación por isótopos. Los chicos malos no desaparecen en un elegante centelleo púrpura.*

Extraído de Cómo es eso, por Gordon

Mika observaba en una pantalla el eje que descendía hasta el artefacto. Cormac reconoció en la imagen a Carn, Gant, Cento y él mismo, que aparecían de espaldas mirando a la criatura guardiana que subía por el eje.

—¡Jesús! —gritó Gant.

Cormac esperó oír su orden de disparar, pero Mika congeló la imagen en el punto en que la criatura se veía en su totalidad, antes de que se oyera el grito grabado de Cormac.

—He descargado esta copia de la memoria de Aiden —comentó Mika, sin girarse.

—¿Qué opinas?

—Es aterrador, fascinante.

—Aparte de eso —dijo Cormac con sequedad.

Ella lo miró.

—Si no hubiera sabido que el eje fue construido mediante la fundición y la compresión de la roca, habría dicho que fue esa criatura quien lo perforó, que era su hábitat natural antes de que la temperatura descendiera. El eje parece diseñado para cobijarla. Sin embargo, considero que el hielo la habría obligado a mudarse.

—¿Y eso significa? —Lo contrario: que la criatura fue especialmente diseñada para el eje. Era un guardián creado para ese lugar. Se dirigió hacia una mesa sobre la que descansaban los restos de la criatura que Thorn había traído consigo y cogió una pata plateada.

—Aunque esto no le proporcionaba una verdadera protección contra las armas energéticas, tenía unas defensas sorprendentes: piel reflectante y un método efectivo de dispersión del calor. También estaba lo bastante blindada como para enfrentarse a

la mayoría de las armas de proyectiles. —Señaló la pantalla—. Sus dimensiones eran perfectas para el eje.

—Ya fuera máquina o ser vivo, no evolucionó —dijo Cormac, recordando una conversación previa.

—No, no tenía forma de reproducirse. No me cabe ninguna duda de que fue fabricada. —Lo miró una vez más—. Y su construcción es sorprendentemente similar a la de los dracos. Carece de ADN; utilizaba la replicación proteínica.

Cormac meditó estas palabras durante un momento.

¿Otra vez Dragón?

—Acabas de decir «su hábitat natural antes de que la temperatura descendiera». ¿A qué te refieres exactamente? Mika dejó la pierna plateada y cogió otro pedazo de la criatura: una especie de huevo aplastado con costillas a un lado.

—Este es uno de sus pies. Es muy similar a los dedos de ciertos lagartos como el gecko de la Tierra o el srank de Circe. Podría haber sido perfectamente diseñado para aferrarse a la roca del eje si no hubiera estado cubierto de hielo. —Soltó el pie—. Además, por lo que he podido averiguar, esa criatura estaba llegando al límite de su capacidad de supervivencia. Si la temperatura hubiera descendido por debajo de los ciento sesenta Kelvin, habría entrado en letargo. Por debajo de eso habría muerto.

—Pero los dracos se las apañaban bien —dijo Cormac. Mika echó un vistazo a su colección de pedazos corporales.

—Esta criatura no era tan compleja como ellos. No tenía la capacidad de adaptarse...

—Se me ocurre una pregunta —dijo Cormac, volviendo los ojos hacia la pantalla—. ¿Por qué estaba protegiendo el artefacto? ¿Y qué dejó allí al guardián? Fuera lo que fuera, no sabía que la temperatura iba a descender. La criatura fue dejada allí antes de que el runcible fuera destruido. Sin embargo, los dracos... ¿Fueron enviados aquí para retirar el artefacto? ¿Era ese el propósito de Dragón? —sacudió la cabeza—. Si es así, ¿por qué el runcible fue destruido?

—Creo que hay algún otro alienígena implicado —dijo Mika.

Cormac se volvió hacia ella.

—¿Por qué?

—Por el artefacto. He estado analizando los diálogos Dragón/humano y otros documentos. ¿Recuerdas el perímetro de dos kilómetros de Aster Colora? Las máquinas no tienen ninguna utilidad para Dragón. Todo lo que hace es más complejo y vital. Ese artefacto no es producto de su tecnología.

—Es posible... ¿Pero qué me dices del guardián? Estamos dando vueltas en círculo. Cada pista nos obliga a hacernos nuevas preguntas... *Soberbia*, ¿qué está haciendo Dragón ahora?

—Dragón sigue destruyendo cosas en el planeta. No tenemos imágenes porque la sonda ha sido destruida en una explosión.

—Ahí es donde espero encontrar algunas respuestas —dijo Cormac, dirigiéndose

a Mika—. Por crípticas que sean.

—Dragón miente —comentó Mika.

—Se pueden aprender cosas incluso de las mentiras —dijo Cormac, alejándose para dejarla trabajar.

Cormac observó la enorme bodega principal, las hileras de arcones de metal burbujeante, las bobinas y rollos de placas y cables superconductores, las formas masivas de los cuernos de Skaidon en sus embalajes de impacto (uno de ellos había matado al técnico que trabajaba con él) y los dos hemisferios de la nave de contención. Observó a los técnicos que se movían por la bodega, efectuando comprobaciones aquí y tomando lecturas allá. No estaban comprobando el runcible en sí, pues no sería necesario hasta que estuviera instalado, sino la enorme cantidad de equipo que tenían que utilizar para instalarlo. La mayoría de estos técnicos sostenían pantallas de notas; algunos llevaban equipo esotérico o eran seguidos por robots que lo hacían. El estómago del gigantesco elevador, con sus escotillas de carga abiertas, amurallaba el fondo de la bodega.

—Maldito Dragón —dijo Chaline. Por la expresión que había puesto cuando le había preguntado qué tal iban las cosas, Cormac había imaginado que no estaba contenta.

—¿Ha habido daños?

—No en el runcible —respondió, mirándolo colérica.

Cormac se maldijo a sí mismo. ¿Cómo podía estar tan acostumbrado a la muerte?

—Me apenó enterarme de... lo de...

—Se llamaba Jentia. Era una técnica extremadamente buena.

—Lo siento.

—¿Qué vas a hacer? ¿Hay algo que realmente te importe? La mató... la asesinó. Podría habernos matado a todos y también podría haber matado a los habitantes de Samarcanda. Ese tal Darson tenía razón.

—¿Cómo me sugerirías que arrestara a un psicópata alienígena que pesa medio millón de toneladas? Chaline apartó la mirada durante unos instantes. Cuando volvió a girarse, tenía una sonrisa de desprecio en los labios.

—Estoy siendo irracional —comentó.

—Es comprensible, ¿pero entiendes el problema al que me enfrento? Yo... es parte de la razón de que yo...

—Sí —lo interrumpió Chaline—. Tanto tú como yo. Dejémoslo así... ¿Sabes qué vimos hacer a Dragón antes de que la sonda fuera destruida?

—Tener una rabieta, romper en pedazos las montañas —respondió él, con cierto alivio.

—Sí, y todo lo demás que había en ellas. Permanece geostacionario sobre el lugar de la explosión. Tenía la esperanza de utilizar algunas de las instalaciones que

quedaran en pie, pero lo último que vimos fue cómo las destruía.

—¿Por accidente? —Supongo que puedes llamarlo así. El eje también sufrió daños; quedó sellado bajo un montón de escombros y roca fundida. ¿Era posible que Dragón solo estuviera teniendo una rabieta? Fuera lo que fuera, terminó veinte horas después.

—Las armas están cargadas y listas para disparar —dijo la inocua voz de *Soberbia*. Esas armas eran las que Carn consideraba que podían utilizar para apartar los dos kilómetros de roca que cubrían ahora el artefacto. Apuntaban hacia la curva de Samarcanda, desde donde se aproximaba Dragón, perfilado contra el tenue sol como si fuera una máquina bélica del sangriento pasado de la Tierra. Ahora sí que podían utilizar sus armas; desde esta distancia podían evitar el impacto y no resultar heridos por el retroceso.

—Abre un canal —dijo Cormac—. Veamos qué es lo que quiere.

—Dragón está acelerando a tres g —informó *Soberbia*.

—Aún no estamos preparados para resistir otra colisión —dijo Chaline.

—Dragón, si te aproximas a más de cien kilómetros te dispararemos. Ese es nuestro perímetro —dijo Cormac.

—Dragón está desacelerando... doscientos setenta kilómetros... doscientos cincuenta...

—Si crees que se está preparando para soltar otra carga, dispárale —ordenó Cormac a *Soberbia*, dejando el canal abierto para que Dragón pudiera oírlo.

—¿Dónde está? ¿Dónde está? —retronó la voz de Dragón por los altavoces.

—¿Dónde está qué, Dragón?

—¡El criminal! ¿Dónde está el criminal?

—No sabemos nada de ningún criminal. Hemos venido aquí a investigar la destrucción del runcible de Samarcanda y la muerte de diez mil personas. —... ciento cincuenta kilómetros... ciento cuarenta...

Cuando Dragón volvió a hablar, su voz había adoptado un tono de conversación.

—Mató a tu gente. Intenté detenerlo, Ian Cormac, pero escapó y mató a tu gente. La nave de contención debería haberlo retenido.

Cormac se giró y miró a Carn.

—¿Nave de contención?

Carn se encogió de hombros.

—¿Qué diablos necesita ser confinado con adamantita? Debía de ser algo tremendo, y para escapar...

Dragón respondió a su pregunta.

—La criatura confinada era un Creador. Su raza me creó. Es un criminal... Es lo que, a vuestro modo limitado, llamaríais psicópata. Es una criatura de energía.

Cormac miró a Chaline.

—Un psicópata —repitió. Entonces se dirigió a Dragón—: ¿Ese Creador fabricó el nanomicelio que dañó los amortiguadores del runcible?

—Sí. Recibí lecturas que indicaban anomalías en este sector y, como sabía que la nave de contención estaba aquí, envié a mis criaturas a través de vuestros runcibles para que investigaran. Llegaron después de que el Creador escapara. Dejó el micelio para destruir vuestro runcible y evitar así que lo siguieran.

Cormac apagó el canal durante unos momentos.

—Eso encaja con lo que averiguaste sobre el guardián —le dijo a Mika—. Es la misma tecnología que utiliza Dragón. Eso sería plausible si su raza creó a Dragón.

—La plausibilidad no denota verdad.

—No, ni tampoco tus pensamientos sobre lo que Dragón puede o no puede hacer —respondió Cormac, mirándola de forma significativa.

—Eso ha sido... especulación —reconoció Mika, con una expresión de dolor en el rostro—. Es imposible biofacturar una nave de confinamiento para una criatura de energía.

—Mediante los métodos que nosotros conocemos —añadió Cormac.

La expresión de dolor de Mika se convirtió en una de irritación.

—Correcto —dijo, rehuyendo su mirada.

Cormac asintió y abrió de nuevo el canal.

—¿A qué te refieres con «criatura de energía» y dónde está ahora?

—Su sustancia es principalmente gaseosa y se mantiene unida por entramados de fuerza, de un modo similar al de vuestros escudos tornasolados. No sé dónde estará ahora. Escapó a través de vuestros runcibles.

Cormac desconectó de nuevo el canal.

—¿No percibís cierta falta de semejanza con las conversaciones que se han mantenido previamente con Dragón? —preguntó a los presentes.

—Está respondiendo directamente a tus preguntas —dijo Mika.

—Exacto. Y eso me hace recelar.

Volvió a abrir el canal.

—Dragón, en estos momentos hay pocas cosas que podamos hacer con respecto a esa criatura. Hemos venido aquí a instalar un nuevo runcible y nos gustaría completar nuestro trabajo. ¿Has terminado de chamuscar Samarcanda? —Fue incapaz de ocultar el sarcasmo de su voz.

Dragón se tomó un largo tiempo para responder.

—El criminal tiene que ser encontrado. El peligro que corre vuestra especie es elevado. Ha arrebatado diez mil vidas. La próxima vez serán millones.

—Te repito que en estos momentos hay pocas cosas que podamos hacer. Necesitamos instalar el runcible para que se restablezcan las comunicaciones con la red. Entonces, es posible que encontremos el modo de rastrear a ese Creador. Dime, ¿en qué aspectos es vulnerable?

—Tenéis mecanismos... Las armas de protones, las bombas contraterrenas...

—¿Esas armas lo matarían? —Si no logran matarlo, le harán el daño suficiente para que intente escapar.

Ahora conoce vuestros runcibles. Irá en su búsqueda.

—¿Pero por qué vamos a querer que escape?

—Para que vaya a otro lugar. Esto ya se parecía más al viejo Dragón: estaba haciendo juegos semánticos con asuntos de vida o muerte. Cormac se detuvo unos instantes a reflexionar.

—Dragón, ¿qué habrías hecho con el Creador si hubiera estado aquí, libre de su nave de contención, cuando llegaste?

—Ahora tienes una pequeña idea de los puntos básicos, Ian Cormac.

—De modo que lo habrías matado. Y todavía puedes hacerlo —respondió—. Ahora te recuerdo que tenemos un runcible que instalar.

—No os lo impediré, pero tenéis que subir a mis criaturas a bordo de vuestra nave. Ellas os ayudarán. Obedecerán todas las órdenes. Eso es lo que os ofrezco en compensación.

—O aceptamos o morimos —susurró Thorn.

A Cormac no le gustó la oferta. Sentía, como siempre le ocurría con Dragón, que había muchas cosas que se habían quedado en el tintero. Lo que menos le gustaba era que ofreciera una compensación que no estaba abierta a negociaciones. ¿Debía rehusar y arriesgarse a ser víctima de una cólera mayor de la que acababa de presenciar? Dejó el pensamiento a un lado al darse cuenta de que había una pregunta más que debía ser respondida.

—Dragón, ¿dónde está... el resto de ti? La respuesta llegó lentamente.

—Estamos en las cuatro esquinas de vuestra galaxia, Ian Cormac.

Cormac pensó en lo apropiado que era esto. Visualizó mapas estelares con pequeñas flechas señalando hacia la oscuridad que rodeaba la galaxia, y allí escritas las siguientes palabras: «Aquí hay dragones».

—Dragón ha lanzado un objeto hacia nosotros.

—Escanéalo. Si te parece sospechoso, destrúyelo.

—Contiene a los dos dracos.

—De acuerdo, tráelos aquí —dijo Cormac. No parecía que tuvieran otra opción. No estaba dispuesto a discutir con Dragón ahora que empezaba a recibir algunas respuestas, fueran ciertas o no. Desconectó el canal con el alienígena y se volvió hacia Chaline.

—Ya puedes proseguir con tu trabajo —dijo.

Ella sonrió satisfecha y abandonó la sala.

—¿Cuánto de todo eso os habéis creído? —preguntó a Mika, Thorn y Aiden.

—Creo que nos dejará instalar el runcible y creo que realmente está buscando lo que fuera que había en ese artefacto. Sin embargo, considero que sus motivaciones son discutibles —respondió Mika.

—Todo eso es plausible —añadió Aiden—. Deberíamos cuestionarnos nuestros

motivos para desconfiar.

—Sabemos con certeza que Dragón siente poco aprecio por la vida humana —explicó Cormac—. ¿Por qué iba a estar preocupado por la posible muerte de unos millones de personas?

Aiden reflexionó unos instantes.

—Tienes razón —dijo finalmente—. Se ha acercado a nosotros porque necesita nuestra ayuda, y eso hace que una serie de sus reivindicaciones sean inválidas. Estoy de acuerdo con Mika.

—¿Thorn? —preguntó Cormac.

—Es un tapiz de jodidas mentiras, amigo mío —dijo Thorn, esbozando una débil sonrisa.

Cormac estaba sentado en la cama, planteándose la posibilidad de dormir, cuando oyó unos golpes en la puerta.

—Adelante —dijo.

Era Jane, que había dejado de parecer una diosa porque vestía un holgado mono.

—Jane, por favor, siéntate.

Jane se deslizó hasta la única silla de la habitación con una economía de movimientos y una elegancia envidiables. Aiden carecía de su gracia, pero Jane carecía de la fuerza bruta de Aiden. Ambos podrían haber aplastado a tipos como Thorn sin tener que utilizar sus glándulas sudoríparas artificiales.

—¿Qué necesitas de mí? —preguntó ella, cruzando las piernas.

Cormac se frotó la frente.

—Chaline me dijo que tu especialidad es la instalación secundaria. Tratas con las IA de forma habitual, y esa es la razón por la que te enviaron conmigo la última vez. En aquel entonces no tenías que hacer demasiado.

Jane sonrió.

—Sí, eso es correcto.

—Esa submente que trajimos de vuelta... *Soberbia* es incapaz de comunicarse con ella. Está completamente interiorizada. ¿Tienes alguna sugerencia sobre cómo podríamos acceder a ella?

—Lo más bondadoso sería desconectarla. Formaba parte de la IA de Samarcanda y, como tal, era más bien un fragmento de una mente. La destrucción del resto la ha trastocado.

—No puedo permitir que la desconecten.

—¿Puedo preguntarte por qué?

—Dragón.

—¿Crees que contiene información vital?

—Todo lo que sé es que cuando Dragón estaba chamuscando el planeta, logró volatilizar todas y cada una de las instalaciones del runcible de Samarcanda. Disfrazó

bien su hazaña, puesto que calcinó el conjunto de la zona. Sin embargo, a mí me resulta sospechoso.

—¿Crees que estaba destruyendo las pruebas?

—Eso parece.

—¿Qué esperas encontrar?

—Quizá la cronología de dichos acontecimientos. Podría haber un registro de cuándo llegaron los dracos o de cuándo se marchó el Creador... —se interrumpió y miró fijamente hacia un lado—. ¡Mierda! ¡Blegg!

—¿Disculpa?

—¡Él lo sabía! ¡Ese cabrón lo sabía! Jane esperó.

—Cuando me envió a este lugar, me dijo que la IA del runcible había podido transmitir cierta información. Apuesto que le habló de la llegada de los dracos. Por eso me envió.

—¿Eso significa que la submente puede ser desconectada?

—No, decididamente no. Lo único que sabemos con certeza es que conocía la existencia de los dracos y que el runcible había sido destruido. Podría haber más. ¿Qué acontecimientos se desarrollaron en torno a esas llegadas y salidas? Necesito saberlo. ¿Lo intentarás?

—Si eso es lo que deseas...

Jane se puso en pie y, tras esbozar una rápida sonrisa, lo abandonó. Cormac se tumbó sobre la cama. Ahora entendía lo que había hecho Blegg: le había proporcionado el mínimo de información para que tuviera que superar los efectos de la conexión y enfocar el problema sin ideas preconcebidas. ¿Blegg creía que Dragón había destruido el runcible? ¿Recelaba de la versión de los acontecimientos que les había dado Dragón? Fuera cual fuera la respuesta, Cormac sabía que Blegg no se la daría a conocer. Estaba solo, como siempre. Medias verdades y absolutas mentiras, la muerte accidental de miles de personas. Blegg sabía qué lo motivaba. Cormac estaba decidido a seguir adelante hasta que hubiera encontrado algunas respuestas y hasta que alguien, o algo, pagara por lo que había ocurrido en este lugar. No le gustaba que lo tomaran por tonto.

Durante los últimos siglos, las líneas que separan una ciencia de otra se han convertido en grandes y grises terrenos baldíos en donde las cuestiones científicas se convierten en cuestiones filosóficas y, en ocasiones, religiosas. Si puedes construir un humano molécula a molécula como cualquier otro ser humano, ¿este será realmente humano? Es posible que se trate de una pregunta que no necesita ser respondida. Tenemos la capacidad de hacerlo, pero no la inclinación. Hoy en día nuestra capacidad de crear es superior a la de la propia naturaleza. Las máquinas que podemos diseñar y construir hacen que ciertas creaciones de la evolución parezcan relativamente torpes. Este hecho nos obliga a preguntarnos si lo que hacemos forma parte o no del progreso de la evolución... y entonces, regresamos de nuevo a la filosofía.

Extraído de Cómo es eso, por Gordon

Tras veinte años enrolada en ST, Cheryl tenía una visión distorsionada de la naturaleza humana y un conocimiento casi sobrenatural de los potenciales conflictos. Cuando vio la enorme figura que se alzaba entre las hileras de vides no gritó un saludo de bienvenida ni le preguntó qué quería, sino que se agachó al instante, accedió a su aumento y envió una orden a las cosechadoras. Estaba segura de que aquel piel de metal de dos metros y medio de altura no había venido a la granja a informarse sobre el negocio del maracuyá ni para comprar zumos para algún fabricante de vino. Cheryl permaneció completamente inmóvil, deseando que el androide no la hubiera oído, y sintió cierto alivio cuando la primera cosechadora se aproximó entre las hileras de cultivos.

Estas cosechadoras conseguían que se le pusiera el pelo de punta a cualquier persona que no hubiera nacido en Viridiana. Habían sido diseñadas de forma que pudieran moverse entre las plantas sin causar demasiados daños mientras seleccionaban los frutos que habían alcanzado la madurez requerida. Cuando encontraban dicho fruto no lo recogían, sino que lo sujetaban entre sus mandíbulas, lo succionaban hasta dejarlo seco y, en cuanto sus cuerpos en forma de saco estaban llenos, iban a vaciarse a una de las bases de extracción de jugos. La IA que las había diseñado se había basado en una forma de vida de la Tierra perfectamente adecuada para este trabajo; una forma de vida que podía moverse por los campos sin causar daños y succionar cosas hasta dejarlas secas. Como resultado, cada cosechadora era una araña de plástico negro con un cuerpo del tamaño de una pelota de fútbol.

El androide movió la cabeza de un lado a otro mientras las arañas pasaban junto a él. Cheryl activó un bucle en sus programas para que siguieran buscando en las vides

de esa zona y empezó a retroceder con sigilo. Si tenía suerte el androide no la oiría, pues el movimiento de las arañas ocultaría el sonido de su respiración y los latidos de su corazón. En cuanto hubo dejado cuatro hileras entre ella y el problema potencial, se acuclilló junto al pequeño silo de una estación de extracción de jugos y, a través del aumento, intentó comunicarse con las autoridades de la capital. No la sorprendió descubrir que su señal estaba bloqueada, ni tampoco la sorprendió ver a un hombre, a dos hileras de distancia, dirigiéndose hacia la granja. El hombre, de cabello moreno, vestía un traje de ejecutivo y llevaba una visera negra sobre los ojos. El objeto que lo delataba era un fusil de asalto que llevaba colgado del hombro.

Cheryl, con sumo sigilo, se alejó en dirección contraria. El hombre había centrado toda su atención en la granja y estaba hablando por un intercomunicador. Por lo tanto, había más personas. Cheryl estaba muy contenta del hábito de vestir que había adquirido durante estos veinte años, un hábito reforzado por la tendencia que tenían ciertos habitantes de Viridiana a entrar furtivamente en las bases de extracción de jugos para conseguir ganar un par de chelines con los fabricantes de vinos. El uniforme de fatiga de ST estaba confeccionado con tela camaleónica. De no haber sido así, no le cabía duda de que a estas alturas ya estaría muerta.

A su derecha oyó cinco disparos rápidos. No procedían del arma de aquel hombre. Se quedó inmóvil y sintió un repentino ataque de miedo. Todo esto no fue más que una especie de ejercicio de entrenamiento hasta el momento en que oyó el horrible zumbido que siguió a los disparos. ¡Balas de rastreo! Fueran quienes fueran esas personas, estaban utilizando balas de rastreo. El sonido del cristal al romperse no hizo más que reafirmar sus miedos. Los disparos se habían dirigido hacia la granja. Si hubiera estado en su interior, las balas ya la habrían encontrado y se habrían dirigido hacia el blanco de su temperatura corporal para detonar en su piel con una ráfaga de micrometralla. Instantes después se oyeron un par de explosiones procedentes de la casa. Posiblemente, las balas habían decidido impactar contra las fuentes de calor más evidentes, y eso significaba que la calefacción central del edificio había sido destruida.

Cheryl acercó los brazos a la nuca y abrió el bolsillo del cuello de su chaqueta para sacar la capucha. Se cubrió la cabeza con ella y se colocó la máscara sobre el rostro. Ahora podía asumir el riesgo de levantarse y echar un vistazo. Tres hombres aparecieron entre las vides y se dirigieron a la granja. Iban hablando y gesticulando. El androide, que permaneció en su posición sujetando un maletín en su mano de bronce, logró que se le pusiera la piel de gallina. Cheryl activó un programa de realce visual y aumentó la imagen. Ahora podía analizar más detalladamente a los intrusos. Dos de ellos parecían los típicos secuaces que contrataban algunas organizaciones, mientras que el tercero, con su camisa de malla y sus holgados pantalones de fatiga, parecía estar al mando. Había algo extraño en él. Descargó lo que estaba viendo como archivo visual y, lentamente, volvió a agacharse. El rostro del hombre que tenía encuadrado en la imagen y que el aumento había realzado era una confusión. Tenía

algún tipo de enlace óptico que no parecía haber asimilado bien y estaba demacrado y repleto de costras. Se levantó de nuevo para ver qué se disponían a hacer, pero antes ordenó al aumento que grabara todo aquello que veía y oía.

Uno de ellos cruzó el campo en dirección al transportador, un CAG en forma de camión con la parte posterior abierta y con un armazón diseñado para llevar estaciones de extracción de jugos. Otro se dirigió hacia la parte trasera del edificio y pronto regresó conduciendo el CAG privado de Cheryl. De modo que se trataba de eso: solo querían transporte. Bien. En cuanto se hubieran puesto en marcha, cualquier bloqueador que llevaran encima se iría con ellos. Vio que el androide desgarraba el armazón de la parte posterior del vehículo y lo lanzaba a un lado antes de instalarse en él. ¡Era un armazón de acero espumoso preparado para soportar el peso de la estación de jugos! Cheryl tragó saliva con dificultad. Sin duda alguna, había hecho bien al esconderse. El primer tipo entró en la CAG de Cheryl (a quien le habría gustado saber cómo habían roto el cierre de seguridad) y el líder ocupó los controles del vehículo. Pronto estuvieron bien arriba, en el aire, con las turbinas funcionando al máximo de su capacidad. Cheryl esperó a que estuvieran fuera de su campo visual antes de regresar a la granja. Casi había llegado a la puerta cuando una mano la cogió de la espalda.

Cheryl reaccionó. Cogió la mano y tiró de ella a la vez que empujaba el codo hacia atrás con todas sus fuerzas. Esto era a vida o muerte. Su golpe provocó un gruñido. Lo siguiente que supo fue que alguien la cogía por la parte de atrás del uniforme y del brazo y la levantaba en el aire. En cuanto chocó de espaldas contra el suelo, movió las piernas para darse impulso, se levantó de un salto y adoptó una posición de combate con las piernas flexionadas. El hombre que se alzaba ante ella era de complexión fuerte, tenía el cabello corto y pelirrojo y parecía venir de la guerra. Mientras sacaba su patético cuchillo de podar de cristal de cadena, solo fue capaz de pensar en una cosa: *Joder, está estimulado.*

—Podría haberla dejado entrar —dijo John Stanton, llevándose una mano al abdomen. Parecía sentirse indispuesto.

Cheryl se detuvo. Si corría, probablemente lo dejaría atrás.

—¿A qué se refiere? —preguntó.

—Han robado una CAG personal, de modo que sabían que había alguien aquí.

—¿Y?

—¿Es usted militar?

—Lo fui.

—Entonces conoce las balas de rastreo. Niveles de selección de objetivos programables. Cinco disparos y dos explosiones. ¿Qué significa eso, soldado?

Un escalofrío recorrió su cuerpo cuando comprendió qué le estaba diciendo.

—¿No está con ellos? —preguntó.

—Ahora no —respondió Stanton—. Pero le sugiero que nos alejemos un poco más de la casa antes de proseguir con la conversación.

Cheryl volvió a dejar el cuchillo de podar en el cinturón y se enderezó. Asintió y retrocedió hasta la orilla del campo de vides. El hombre avanzó junto a ella, y esta advirtió la cautela con la que se movía y el parche analgésico del cuello. Se preguntó si no había respondido a su ataque con un golpe mortal solo porque le hacía demasiado daño en ese momento. Instantes después dejó de mirar y observó el campo.

—Las cosechadoras funcionan con baterías químicas que se calientan —comentó.

Él guardó silencio, pero Cheryl se sintió agradecida al ver su expresión cuando tres cosechadoras salieron del campo y se dirigieron hacia la casa. Parecía estar a punto de preguntar algo, pero adoptó una expresión fatigada y se limitó a ver cómo cruzaban la puerta las máquinas. Tres explosiones se sucedieron con rapidez. En una oleada de humo, un par de patas de plástico negro cayó por una de las ventanas rotas.

—¿Quiénes son... y quién es usted? —preguntó.

—¿Tiene más CAG?

—No, y no ha respondido a mi pregunta. Stanton se encogió de hombros y respondió, porque no podía permitirse no hacerlo.

—El feo es un hijo de puta separatista llamado Arian Pelter. El androide es el psicópata Señor Grúa. Los demás son mercenarios, como yo.

—¿Por qué están aquí?

—Para morir, si consigo mis objetivos. Ahora dígame, ¿dónde está el núcleo de población más cercano?

—A unos diez kilómetros en esa dirección —respondió Cheryl, indicándosela.

—¿Y la instalación runcible?

—A unos mil kilómetros en la misma dirección.

Tras seguir su dedo con la mirada, Stanton volvió a centrar su atención en la casa.

—De acuerdo. Necesito utilizar su botiquín, y necesito comida y agua. Considérelo el pago por haberle salvado la vida.

—Está dentro. —Cheryl dejó que entrara delante. Mientras caminaba, envió la grabación de su aumento y mantuvo el canal abierto para que la transmisión se efectuara en tiempo real. Le parecía improbable que este hombre lograra llegar a su destino después de que la policía recibiera su grabación... y le parecía probable que Viridiana recibiese pronto la visita de STC.

Una ráfaga de oxígeno procedente de la máscara estalló contra su rostro haciéndolo boquear, y sintió una gran euforia que pronto se disipó. Mientras el oxígeno cargaba sus células el dolor ocupó un lugar secundario, pero cuando su organismo se sintió satisfecho, pasó a ocupar un lugar principal.

—Un momento —dijo una voz malhumorada.

Sintió unos golpes suaves en el cuello del traje y luego una presión a un lado del cuello mientras le colocaban un parche analgésico. A través de sus ojos borrosos vio

un techo de malla y una delgada mano azulada retirándose de su campo visual. *Es un descableado*, fue su único pensamiento.

—Se ha fundido con la unión. Tendremos que cortarlo —dijo la voz malhumorada.

—Entonces córtalo —replicó una voz de mujer—. Probablemente sigue sangrando ahí dentro.

El zumbido de un torno de dentista siguió rápidamente a estas palabras. Jarvellis sintió que el descableado tiraba de su traje. Mientras lo hacía, el dolor empezó a remitir, pero sabía que necesitaría más de un parche para bloquearlo por completo. Estaba mal. No necesitaba ver las heridas para saberlo.

—Ya está. Ve a buscar a Sam.

El cierre del traje se arrugó al soltarse y los motores de la parte posterior empezaron a abrirlo.

Gritó cuando algo desgarró su pierna.

—Mierda, un trozo de cristal de cadena. Lo siento, cariño. Cierra esa arteria, Sam.

Jarvellis reprimió otro grito cuando algo frío se introdujo en su cadera. Oyó los húmedos sonidos del corte y el dolor se intensificó. Le pusieron otro parche en el estómago y otro más en la rodilla. Cuando creyó que ya no podía soportar por más tiempo aquel dolor, este empezó a remitir lentamente. Ahora sentía que algo presionaba su pecho pero, pronto, un bendito entumecimiento lo sofocó. Sintió que empezaba a flotar debido a la carga de supresores de dolor que estaban siendo bombeados por su sangre, pero aquella mano delgada no estaba dispuesta a permitirlo y le dio unas palmaditas en la cara.

—Quédese con nosotros. Quiero que levante la cabeza y me mire —dijo la voz malhumorada.

Jarvellis permaneció tendida. No había nada que la motivara a moverse. John estaba muerto y el *Lyric* había sido destruido. Todo había terminado. Las palmaditas se convirtieron en un bofetón y la voz sonó más airada.

—¡Despierte, joder!

Esto le pareció demasiado cruel después de todo lo que había pasado. ¿Por qué no podían dejarla en paz? Abrió los ojos y levantó la cabeza para decírselo, pero fue incapaz de hacerlo.

Estaba acostada sobre el suelo de ceramal de una esclusa; acucillado a su izquierda había un pequeño robot en forma de lapa con dos brazos multiarticulados. Jarvellis estuvo a punto de vomitar cuando vio cómo había abierto su pierna para alcanzar la arteria y pinzarla. Había una sangrienta daga de cristal de cadena clavada en la parte del muslo en la que estaba trabajando. Jarvellis no quería saber qué podía haber bajo la ropa que cubría su pecho. Observó a los otros dos ocupantes de la esclusa.

Eran descableados y muy mayores. Tanto el hombre como la mujer llevaban atuendos holgados que no lograban ocultar lo increíblemente delgados que estaban.

Eran personas cuyos antepasados se habían sometido a una adaptación radical y estaban perfectamente preparadas para la vida en la estación, para la ingravidez. Si los dejaras en un planeta con una gravedad similar a la de la Tierra, se romperían en pedazos como muñecas de papel. Jarvellis advirtió que el hombre tenía una costra alrededor de la boca y gotas de sangre sobre su piel azulada. Entonces recordó que los descableados podían sobrevivir en el vacío durante breves periodos de tiempo. Debía de haber sido él quien la había rescatado.

—Esta estación sigue girando —le informó.

Jarvellis intentó comprender qué intentaba decirle. La mujer estaba detrás de él y parecía nerviosa. Sostenía un bloqueador nervioso en sus manos. ¿Por qué diablos no lo utilizaba?

El hombre continuó.

—Escuche con atención. Morirá si no recibe la atención médica adecuada. Aquí en el borde nos estamos moviendo aproximadamente a una cuarta parte de g. La traje hasta aquí usando una bobina de cable, pero no puedo acercarla más a la estación sin ayuda y el equipo no está programado para hacerlo. Llevaría demasiado tiempo.

Jarvellis echó hacia atrás la cabeza. De modo que era eso. Aquí fuera, para ellos, ella no era más que un peso imposible de mover. Posiblemente estaban haciendo grandes esfuerzos para mantenerse en pie. Entonces el hábito se apoderó de ella. El hábito de la supervivencia. Se humedeció los labios y habló con voz resquebrajada.

—Mi pierna.

—He ordenado a Sam que ponga una pinza, pero eso es todo lo que podemos hacer por ahora —respondió el hombre.

—Mierda —exclamó Jarvellis.

Miró la pared que había tras ella. El cable culebreaba desde la parte posterior de su traje hasta una bobina que había sido soldada precipitadamente a la pared. Con la mano derecha se levantó y cogió el cable. No miró hacia abajo en respuesta al repentino dolor que sintió en el muslo cuando Sam, el pequeño robot, le colocó la pinza. Centímetro a centímetro, agonizando de dolor, se estiró hasta que sus tobillos se liberaron del traje. La pierna derecha estaba bien, pero la izquierda era un peso muerto. Cuando esta quedó libre aulló de dolor, pero no se detuvo. Los descableados retrocedieron, pues sabían que si ella tropezaba y los golpeaba de forma accidental, sus huesos se romperían como si fueran palitos de azúcar. Finalmente Jarvellis se deslizó hacia un lado para quitarse el traje. Permanecer derecha estaba fuera de sus posibilidades.

El hombre retrocedió un poco más y presionó un botón que había junto a la puerta interna. La lámina irisada se abrió con un gemido cacofónico. Este lugar era viejo.

—Hay un ascensor a cincuenta metros de aquí. Nosotros iremos delante. No le pregunto si podrá hacerlo porque no tiene ninguna otra opción.

Jarvellis consideraba que sí que la tenía, pero empezó a arrastrarse dolorosamente por el suelo, sobre un costado. El pequeño robot se movía en U a su alrededor, como si disfrutara de esta oportunidad de experimentar su verdadera llamada como perro pastor.

Skaidon fue un genio. A la edad de seis años realizó un antiguo test de inteligencia y obtuvo una puntuación de 180. Después de que lo felicitaran se dice que comentó: «Ahora que sé cómo funciona, si quieren puedo conseguir una puntuación de 190». Durante su vida, Skaidon se burló de aquellos a quienes llamaba «Asnos principales de cableado directo». Si desean saber más sobre este asunto, remítanse a una de sus numerosas biografías, pues este libro trata sobre runcibles. Hoy en día somos conscientes de los peligros que comporta interconectar directamente una mente humana con un ordenador (esto no debe confundirse con otros métodos menos directos como pueden ser los aumentos o la conexión). Skaidon fue el primero en hacerlo y murió por ello, dejando un maravilloso legado a la humanidad. Le llevó veintitrés minutos. Durante el transcurso de estos, él y el ordenador Craystein se convirtieron en la mente más brillante que ha conocido jamás la humanidad. Él nos dio la tecnología de Skaidon, de la que deriva el viaje instantáneo, la antigravedad y la mayor parte de nuestra tecnología de campos. El ordenador Craystein, en su cámara superrefrigerada situada bajo la ciudad de Londres en la Tierra, contiene los cálculos y el anteproyecto del runcible. Por razones que no han sido debidamente explicadas, Skaidon amaba el absurdo poema de Edward Lear y en su fórmula utilizó su terminología para designar aquellas partículas y estados de la existencia que hasta entonces carecían de nombre (como por ejemplo runcible, el artefacto; cuchara, el campo de cinco dimensiones que se introduce en el espacio-cero; guisante verde, una partícula que se identifica cautelosamente con el taquíón). Para comprender parte de estos cálculos, permitan que empecemos por el santo y seña del espacio-nulo, equivocadamente descrito como plegamiento cuántico.

Una introducción a la formulación de Skaidon, *por Ashanta Gorian*

En el casco del *Soberbia* aparecieron dos fisuras que perfilaban un área similar a la superficie externa de media naranja. La sección del casco se deslizó hacia el exterior desde los polos de la nave en los que se apoyaba, revelando un juego de luces y sombras en las entrañas de la nave. Lentamente, como si fuera un cachorro saliendo de su madriguera por primera vez, el brillo de la superficie del elevador quedó a la luz. Entonces, con más rapidez, con seguridad, sus impulsores lo sacaron al exterior. Era un bumerán gigantesco de metal que medía medio kilómetro de longitud de un extremo del ala al otro. Una vez libre del *Soberbia*, dio un giro de noventa grados respecto a la fisura que se estaba cerrando con rapidez. Sus impulsores lo llevaron adelante y, cuando estuvo a una distancia segura, sus propulsores iónicos lanzaron un

fuego anaranjado y lo llevaron hacia el horizonte de Samarcanda. Lejos, a un lado, Dragón permanecía en el horizonte, observando.

De pie en la bodega, mientras preparaban otra minilanzadera, Cormac observó cómo se alejaba el elevador. Transportaba autorugas y topos de establecimiento de líneas para preparar un nuevo emplazamiento al oeste del original, donde aún hacía demasiado calor, y para establecer cables superconductores que eliminaran la energía calorífica de los amortiguadores. Dragón prácticamente había arrasado toda la red original. Chaline, que viajaba en el elevador, se encontraba en su elemento.

Cuando el elevador no fue más que una chispa que se deslizaba hacia Samarcanda, Cormac se dirigió hacia el eje descendente, y de allí a la cámara de aislamiento. Los dracos habían regresado a su alojamiento original, donde Mika había proseguido con su estudio. Por lo que a Cormac respectaba, podían quedarse ahí.

Mika no se encontraba junto a la pantalla de observación, como había esperado, sino en el pequeño centro de control de las cámaras de aislamiento. Estaba sentada ante un banco de pantallas observando una sobre la que aparecían impresas las palabras AIS 1. A los lados había otras dos pantallas que proporcionaban información constante.

—¿Tienes algo para mí? —preguntó Cormac.

—Sí... sí, creo que sí. Cormac se dejó caer en la silla junto a ella.

—Han sido alterados —explicó ella—. Ni siquiera estoy segura de que sean los mismos. Sus huesos y estructuras musculares son más ligeros. Si antes habían sido diseñados para ser fuertes, ahora están preparados para ser rápidos.

Cormac miró a los dos dracos que mostraba la pantalla. ¿Por qué? ¿Qué planes tenía Dragón?

Chaline observó cómo iniciaban los topos su largo viaje hacia Nuevo Mar y sonrió bajo su máscara. En circunstancias difíciles había que recurrir a la improvisación, la prueba de fuego de los técnicos. Sin los receptores de microondas de las estaciones no podían utilizar el disco de transmisión que venía con el runcible, pero habían encontrado otro camino.

Como cochinillas plateadas gigantescas con bandas de rodaduras, los topos se arrastraron hacia delante con un movimiento lento pero implacable, deslizando sus conexiones a dos metros bajo la superficie mientras instalaban los cables superconductores. Tardarían veinte horas en llegar a su destino. Con un poco de suerte, el emplazamiento ya estaría preparado. Chaline se giró y contempló las autorugas, que empujaban grandes montones de tierra y descascaraban la piedra que había debajo para dejar a la luz el limpio basalto.

—Nadhir, ¿la segunda lanzadera ha aterrizado ya? —preguntó, sobre el estruendo de la maquinaria pesada.

La respuesta que recibió por la unidad de comunicación fue inmediata.

—Ha aterrizado y está preparada.

—Dile a Dave que se dirija a Nuevo Mar y prepare todo para la llegada de los topos. Debería poder tener los cuerpos de refrigeración conectados para entonces. Los cables superconductores que hay allí no han sufrido graves daños.

Por lo menos, Dragón les había dejado los cuerpos de refrigeración. Ahora, las estaciones de refrigeración no eran más que cráteres revestidos de metal, pero los cuerpos en sí se encontraban escondidos bajo medio kilómetro de hielo.

—Empezará a quejarse de nuevo.

—Que proteste lo que quiera. Al menos no estará aquí mientras lo haga... ¿El elevador se ha puesto en marcha a la hora programada?

—Sí, y para cuando regrese deberíamos tener suficiente lecho de roca despejado para descargar el runcible.

—¿Fundido y nivelado?

—Sí, las orugas siguen trabajando. Las abrazaderas para la esfera de contención estarán instaladas a tiempo y el elevador podrá colocar las estructuras prefabricadas.

—¿Se sabe algo de Jane?

—La IA está preparada. Solo hay que bajarla a la superficie. Lo que nos llevará más tiempo será instalar los cuernos y alinear los campos. La IA puede ocuparse de la puesta a punto.

Chaline asintió para sus adentros, satisfecha. Todo iba según lo planeado. Había estimado cincuenta horas y serían cincuenta horas. Chaline se enorgullecía de sus estimaciones.

—... se alinean brazos cubiertos de gris las alas ondeantes de un cuervo ceniciento lo enjaulan en la aulladora órbita proyectada y rota la belleza del caos el ojo calmado de la tormenta el punto de palanca...

—*Soberbia*, carezco de la capacidad de procesamiento necesaria para desentrañar esta mente sin arriesgarme a desordenarla aún más —dijo Jane.

Cormac y ella estaban sentados ante un panel de control que les habían cedido a regañadientes los frenéticos técnicos del runcible, en el Puerto de Enlace Descendente.

—Es un riesgo que debemos correr. En estos momentos me encuentro entre la espada y la pared. Creo que Dragón está mintiendo, pero no tengo forma alguna de demostrarlo y esta situación es de vida o muerte. Si meto la pata, muchas personas morirán y los asesinos no recibirán su castigo. Te recuerdo que vivían diez mil personas en este lugar.

—No es necesario que me lo recuerdes —dijo Jane, con un tono próximo a la cólera.

—Lo siento —dijo Cormac.

—... el estruendo de nuestros gritos en el eje la esvástica purga la vomitiva

esponja de color obscuro soplando sobre lagartos la luz escapa del sinter el sinter cae en el nuevo día maletín de piel de cráneos fétidas avispas de hondonadas manzanas comidas huesos de cerdo expuestos crujiendo... agonizando... ratas negras...

—¡Maldita sea! ¡Ahí! —dijo Cormac—. Los lagartos podrían ser los dracos. La luz que escapa podría ser el Creador escapando. Y los cráneos y crujidos... diez mil personas.

—Creo que estás interpretando... Pero podría haber una forma... —... masticando el corazón gira en asonancia encadenado ante reja candente escupiendo intestinos muere muere...

—¿Perdona, qué has dicho?

—He dicho que podría haber una forma de desentrañarlo, aunque a Chaline no le gustará —dijo Jane.

—Cuéntamelo a mí, no a ella.

—La IA del nuevo runcible podrá hacerlo. Aún no está conectada a la red, pero tiene una capacidad de procesamiento cincuenta veces superior a la de *Soberbia*. La necesita para resolver los cálculos pentadimensionales y las coordenadas del espacio-nulo.

Cormac guardó silencio durante unos instantes, mientras observaba por una pantalla la aproximación del elevador, que regresaba de Samarcanda.

—Por supuesto, por supuesto. —Se giró y la miró con suma seriedad—. Ahora. Lo haremos ahora.

Jane lo miró cautelosamente antes de dirigirse a *Soberbia*.

—*Soberbia*, la IA del nuevo runcible se encuentra en la Bodega 5A. ¿Puedes conectarte con ella o es necesaria una línea directa?

—No se necesita ninguna línea directa. En cuanto sea iniciada, la nueva IA podrá acceder a todos los sistemas. Podrá compensar cualquier error que yo haya realizado en la transmisión y la recepción.

—La iniciación será inmediata —dijo Jane.

—Existen ciertos peligros —advirtió *Soberbia*—. Esta IA ha sido diseñada para ser instalada inmediatamente en la red. —El riesgo será breve.

—Durará diez segundos. La IA tardará ese tiempo en acceder a todos los sistemas y confirmar su situación. En caso de que yo la iniciara, primero tendría que hacer sonar una alarma en todas las estaciones de trabajo.

—Entonces, iníciala.

—No puedo hacerlo sin recibir una orden directa del agente Cormac.

Cormac miró a Jane.

—¿Por qué es tan peligroso?

—Si se produce una situación no programada durante la iniciación, la IA reaccionará de forma inmediata para protegerse y asumirá el control de todos los sistemas accesibles.

Cormac se giró para observar las pantallas.

—*Soberbia*, inicia la IA del runcible.

La voz de *Soberbia* reverberó por el conjunto de la nave.

—A todas las estaciones de trabajo, esta es una alerta de espera. Todos los robots permanecerán en espera. Toda la información transitoria se encuentra en estos momentos en un almacén seguro. Repito...

Cormac miró a su alrededor y vio que los técnicos del Puerto de Enlace Descendente apartaban los ojos de sus pantallas y se miraban desconcertados entre sí, antes de observar a Cormac y Jane con expresiones airadas.

Uno de los técnicos que estaba sentado ante un panel de comunicaciones miró de reojo a Cormac y murmuró lacónico:

—Chaline se cabreará. Las autorugas acababan de descender. —Guardó silencio y prestó atención mientras le hablaban por el intercomunicador—. Era el elevador. Quieren saber por qué la puerta principal no se abre.

—Diles que es temporal, que todos los sistemas volverán a conectarse... pronto —respondió Cormac—. *Soberbia*, ¿estás preparada?

—Se está moviendo una carga pesada en la bodega principal. Pronto estará en su lugar.

Cormac, impaciente, dio unos golpecitos al panel.

—La carga ya está asegurada. Estoy iniciando...

De repente, el conjunto de la nave se estremeció y la gravedad se redujo a la mitad. Las pantallas empezaron a mostrar información a gran velocidad, cada vez más rápido, hasta que finalmente solo se vio una mancha gris. Las luces y los monitores centelleaban sin parar.

—Se acaban de conectar los sistemas armamentísticos —dijo el hombre del panel de comunicaciones—. Las pistolas de protones se están cargando. Parece que el objetivo es Dragón... La cámara de aislamiento acaba de quedar sellada.

Cormac estaba absorto en la pantalla. Se había quedado helado.

—Sistemas de defensa contra intrusos... —El técnico se llevó un dedo al oído—. Eso era la bodega principal. Los robots de carga se han iniciado y han dado media vuelta. Se dirigen hacia aquí.

Cormac deseaba poder dar marcha atrás a los últimos minutos. Él era el responsable. Él había dado la orden.

—¿*Soberbia*...? ¿*Soberbia*?

De pronto, la gravedad se restableció y las pantallas se detuvieron con un centelleo, mostrando segmentos de datos dispares.

—Los sistemas armamentísticos se están desconectando y también los sistemas de defensa contra intrusos... Los robots de carga vuelven a estar en espera. ¡Uf! Seguro que Vieja Venolia conoce tacos suficientes...

Cormac empezó a relajarse a medida que las luces cesaban su perturbado centelleo y todos los monitores recobraban la normalidad.

—Chaline acaba de llamar. Quiere saber qué cojones está pasando. ¿Qué debo

decirle? Cormac miró a Jane antes de responder.

—Dile que he iniciado la IA del runcible. Necesitamos que descodifique la submente —respondió. El técnico se encogió de hombros y habló por el micro. Momentos después los volvió a mirar—. Ha puesto en duda la identidad de tu progenitor y después ha dicho algo sobre un supositorio de submente si las orugas no empiezan a moverse pronto.

—Dile que se moverán... pronto —miró a Jane—. La IA debería estar...

—Preparada —dijo una voz que logró poner todos los elementos de una persona sofisticada y aburrida en una palabra.

—¿Preparada? Samarcanda II prosiguió. —He sido iniciada de forma prematura. Debe de haber una razón para ello.

Por lo tanto, estoy lista para oír vuestras explicaciones. Por favor, continuad. Han transcurrido treinta y siete segundos y ya estoy aburrida.

—Es otra vez Chaline —interrumpió el técnico de comunicaciones—. Y el elevador. No reciben nada del *Soberbia*. Todo sigue en espera.

—¿*Soberbia*? —preguntó Cormac.

—*Soberbia*, ya veo —dijo Samarcanda II—. Al parecer he subsumido a la IA de esta nave. Separando. Realizado.

—¿*Soberbia*?

—Sí, soy yo. *Soberbia*.

—Las orugas ya vuelven a moverse. La espera ha concluido. Abriendo puerta principal. Abriendo aislamiento —dijo el técnico de comunicaciones. Cormac lanzó un suspiro de alivio.

—*Soberbia*, ¿la submente está conectada?

—No puedo localizarla en el ciberespacio.

—Esto... ¿estás buscando esto? No es una mente —dijo Samarcanda II—... hombre mecánico prepara terreno sólido componentes de motor rechinando rechinando sangrando sopa de aceite caliente verde y burbujeante...

—Esta es la razón por la que has sido iniciada —explicó Cormac a la IA.

—Es una submente de mi predecesora. Contiene información relacionada con el incidente que se desarrolló en este lugar.

—¿La tienes? ¿Tienes la información? —preguntó Cormac ansioso—. Todavía no...

—... mano de aluminio fundido escudada sobre esfera verde de cristal volcánico bastones de cuarzo rojo azufre amarillo verde azufre amarillo azufre azul hedor a anís prodestinaciónactínicapuedecomunicarvidasupervi... —De repente, el monólogo de la submente se convirtió en un chirrido agudo.

—Mi predecesora sobrevivió a la explosión durante nueve coma dos segundos —explicó Samarcanda II—. Descubrió un virus en bucle en cierta información de su interior. Transmitió esto y mucho más a sus submentes, y para entonces ya no estaba en la red.

—... plantas rotas bajo los cascos de la vanguardia. Cabeza de balancín es un rollo hueco de estaño con diamantes de estrellas por ojos y conchas de mejillones por orejas. Manos de jade en la encarnada luz de la luna; noche verde y negra sobre el contraste de la tierra. Transmisión no registrada de materia/energía 32562331. Dragones de cristal en cielo verde luna roja...

—Hubo una transmisión no registrada de materia/energía cuarenta y ocho días solstan antes del incidente. La confusión respecto a la naturaleza del objeto transmitido indica una alta probabilidad de que se tratara de la entidad designada como «Creador».

—... lagartos con huesos pesados. Dragón En La Flor. Ninguna ley lo impide. Perros ansiosos de granos se mantienen unidos con filamentos fúngicos. Reptiles con cabeza de pez. Charcas calientes llenas de estofado humano. 326222400...

—Los dos dracos llegaron un día antes de que el amortiguador fuera destruido. Esta información fue transmitida a la red antes de la explosión.

—Parece probable que los dracos colocaran el micelio —dijo Cormac a Jane—. Dragón diría que fue preparado para su llegada y que lo hizo el Creador.

—¿Por qué iban a ponerlo, si el Creador se había ido?

—¿Ellos lo sabían?

—Creo que tienes prejuicios contra Dragón —observó Jane—. Esta información no le confiere culpabilidad.

—Quizá —musitó Cormac—. Samarcanda II, ¿hay alguna indicación sobre quién colocó el micelio? ¿Y sobre adónde fue el Creador?

—Permitiré que sea la submente quien responda a eso.

—Ninguna advertencia anterior al fallo del amortiguador —dijo la submente—. Ninguna indicación del origen del micelio. Transmisión materia/energía dirigida al Clúster de Chirat, Sistema de Mendax, Planeta Viridiana, ref. AB87.

El hecho de que la estación fuera un círculo centrífugo demostraba que era antigua. La tecnología sin emisiones derivada de la tecnología de manipulación gravitatoria de Skaidon había tardado cierto tiempo en influir en el diseño de las estaciones, principalmente porque a las personas les llevaba tanto tiempo acostumbrarse a los requisitos esenciales de la vida en el espacio que les costaba confiar en él. El hecho de que Nix, la estación, tuviera un ascensor demostraba que era de la época preruncible y realmente antigua. Otro indicio de esta antigüedad era la deteriorada cubierta de ceramal sobre la que Jarvellis se arrastraba. Estando a un cuarto de g, tenían que haber pasado por ella un número infinito de pies para haber dejado semejantes hendiduras en un material tan resistente.

—Vamos, puede hacerlo —dijo Tull por enésima vez.

Jeth, su esposa, le ofrecía unos ánimos similares aunque menos sinceros, pero su falta de entusiasmo era comprensible. Los descableados estaban asustados: estaban

permitiendo que entrara en su casa una persona que podía matarlos con una simple palmadita en la espalda. Jarvellis era consciente de lo valiente que había sido Tull, tanto por rescatarla del exterior como por pegarle un bofetón una vez en el interior.

Transcurrieron minutos que se le antojaron horas, pero por fin alcanzó el borde de la caja metálica y, haciendo un esfuerzo final, se arrastró hacia el interior. Los descableados estaban apoyados contra la pared. Jeth había levantado su delgada mano, sobre la que descansaba la esfera aplanada de un bloqueador nervioso.

—¿Me hará el favor de permanecer inmóvil? —preguntó.

Jarvellis tosió. Sus pulmones se estaban llenando de líquido. Le dolía todo el cuerpo y su costado izquierdo era una amplia línea de dolor. Se sentía aturdida y mareada. Asintió con la cabeza y la giró a un lado. Con cautela, Jeth se acercó a ella y presionó el bloqueador contra su nuca. Las fibras del desvío neuronal entraron en su interior y un bendito entumecimiento invadió su cuerpo. Tull pulsó diversos botones de un pequeño panel de control. Jarvellis no sintió que el ascensor se movía; solo supo que se estaba aproximando al centro de la estación cuando el miedo porque el suelo estaba cediendo eliminó la niebla de su cabeza. Estaba ingrávida.

Ahora que los descableados se sentían a salvo, la cogieron y la llevaron por la puerta corrediza hacia un túnel tubular. Incluso este ejercicio les resultó difícil pues, a pesar de la ingravidez, Jarvellis seguía teniendo inercia. Todos tuvieron que colaborar para poder moverla anulando este impulso. Las paredes del túnel tenían forma de diamante para que los pies y las manos pudieran sujetarse a ellas. Diseminados a intervalos regulares había rieles y asideros. Mientras volvía a sumergirse en la niebla, observó al pequeño robot que se deslizaba por ellos como si fuera un gibón de hierro.

La llevaron hasta una habitación curvada sin suelo ni techo definidos. Había equipos en todas las superficies y se sintió aliviada al ver un moderno robot médico, un soldador celular y todos aquellos artefactos que equiparaban el cuerpo humano con el de cualquier otra máquina. La llevaron hasta la versión ingrávida de una mesa de operaciones: un armazón redondo con abrazaderas ajustables. Tull retiró la ropa que cubría su pecho mientras Jeth preparaba el robot médico para que trabajara en su muslo.

—He hecho todo lo posible, pero tendrá que ir a ver a un cirujano estético —dijo—. Necesitará cirugía reconstructiva y regenerativa. Falta demasiado tejido adiposo.

Jarvellis intentó hablar, pero apenas salía nada de su seca boca. Tull se aproximó un poco más y ella lo intentó de nuevo. Esta vez, el hombre logró comprender el fondo de su solicitud. Le oyó hablar apresuradamente con su esposa, pero no alcanzó a entender las palabras. Se oyó un zumbido; algún tipo de escáner ultrasónico.

—Todavía vive —dijo Tull—. Nos aseguraremos de que el feto permanece conectado.

Jarvellis intentó hablar de nuevo, y el hombre se inclinó una vez más sobre ella para oír qué decía.

—De acuerdo —dijo, y efectuó un ajuste en el bloqueador nervioso. El

entumecimiento se deslizó por todo su cuerpo, llevándola a la inconsciencia.

Habían despejado un área de unos setecientos metros de diámetro. El lecho de roca, tras haber sido fundido con obsidiana, había sido nivelado. La esfera de contención descansaba entre los dos tanques cilíndricos de los amortiguadores que parecían haber sido colocados para impedir que se alejara rodando, y de estos salía una pasarela cercada que conducía al complejo circundante de edificios de nueva construcción. Los edificios estaban cubiertos por una cúpula y al parecer habían sido contruidos con materiales locales. Se habían unido secciones prefabricadas que habían sido selladas con una combinación de roca molida y resinas epoxi. El vapor salía de ellas mientras eran calentadas para eliminar la humedad y el exceso de CO₂. El conjunto del complejo estaba unido entre sí mediante pasarelas cercadas, torres de alta tensión que cargaban con cables superconductores, tuberías a ras de suelo y un aura de luz eléctrica. Más allá del perímetro había una oscuridad impenetrable.

La noche había llegado a Samarcanda.

Como la minilanzadera descansaba en la penumbra del perímetro, Cormac tuvo una buena panorámica del complejo cuando desembarcó. Se detuvo un momento en el fango de CO₂ y su visor se polarizó mientras la esfera de contención emitía un centelleo de luz anaranjada. Después de jugar con el mando direccional de su unidad de comunicación, oyó a Chaline pegando berridos a uno de los técnicos.

—¡Dave! ¡Dije noventa gigahercios, no megahercios! Así no vas a conseguir el alineamiento ni por casualidad... ¿Qué? ¿Qué has dicho?

—He dicho que por qué no dejamos que lo haga la IA.

—Porque nosotros estamos aquí y la IA no. Ahora, noventa gigahercios. Esta vez intenta hacerlo bien.

El visor de Cormac se polarizó de nuevo cuando una torre irisada se alzó desde la esfera y apuñaló el cielo iluminado por las estrellas. Mientras se apagaba, oyó que Chaline hablaba con un tono algo más alegre.

—Eso es; la cuchara ya está preparada. La IA puede perderse el espectáculo de luces.

Cormac se giró al ver que Jane desembarcaba transportando un maletín.

—Parece que está todo preparado —dijo.

—Eso he oído. Y eso es bueno —dio unas palmaditas al maletín—. Se está impacientando. Se dirigieron hacia el runcible, donde unas figuras se habían reunido alrededor de uno de los amortiguadores.

—¿Eres tú, Jane?

—Sí.

—Bien. Dirígete a control. Todo está preparado.

Una de las figuras se separó del grupo y se dirigió hacia el edificio más próximo al runcible. Jane y Cormac también se encaminaron hacia allí y pronto estuvieron en

el interior. Se quitaron las máscaras, pero como la temperatura era de veinte grados bajo cero, se dejaron los trajes puestos.

—Ahí está —dijo Chaline, señalando un artefacto situado en el centro de la habitación. Parecía una pila de cristal con tuberías de cromo. De ella salía un conducto que cruzaba la habitación en dirección al runcible. Junto a este se alzaba un panel instalado sobre un pedestal que Cormac no pudo evitar comparar con un atril. Aquí estaba la capilla. El dios estaba a punto de ser instalado en su justo hogar.

—Doy por hecho que ya no lo necesitas y que podemos continuar con nuestro trabajo —fue el ácido comentario que hizo Chaline a Cormac.

—Por supuesto —respondió él con ecuanimidad, negándose a morder el anzuelo. Chaline llevaba tres días buscando pelea.

Jane avanzó hasta el panel, colocó el maletín encima, lo abrió y sacó la IA del runcible de Samarcanda. Era un cilindro aplastado de bronce con los extremos redondeados; sus dimensiones eran treinta por quince por diez centímetros. Era una de las mentes más potentes conocidas por la raza humana. Jane la llevó a la pila de cristal y la colocó en un receptáculo especialmente diseñado para acogerla. A continuación, regresó al panel y empezó a trabajar en los controles táctiles como una pianista de concierto. Del borde del receptáculo se alzaron miles de contactos que accedieron al borde de la IA, que durante un momento pareció estar rodeada por un ejército de hormigas de platino. Las luces centelleaban en la columna de cristal.

—Activado —dijo Chaline, soltando el receptor de su unidad de comunicación y sosteniéndolo contra la oreja—. Sintonizando... desarrollando singularidad... Entramos... es decir, estamos en la red. —Chaline sonrió alegre a Cormac, olvidando su resentimiento. De repente, su sonrisa se convirtió en una expresión de sorpresa—. Esperad un momento... ya hay una transmisión. ¿Cómo diablos habrán conseguido hacerlo con tanta rapidez?

Cormac había cruzado la puerta interior de la pasarela cubierta antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo. Chaline y Jane entraron tras él. En un momento, accedieron a la esfera de contención. Entre los cuernos del runcible, la cúspide brillaba como la sábana de una madreperla. Un hombre apareció en ella: un japonés de cabello canoso vestido con un holgado y sucio traje de monofilamento.

—Horace Blegg —dijo Cormac—. Justo lo que necesitaba.

Horace Blegg: *Este trotamundos inmortal es, desde hace largo tiempo, una de las figuras principales del mito humano... y todos deseamos que lo siga siendo, sobre todo ahora que son tantos los que sienten que los humanos ya no son árbitros de su propio destino. Blegg, según cuenta la historia, es un hombre dotado de unos poderes sobrenaturales que le permitieron, en el siglo xx, sobrevivir a la destrucción de su ciudad natal de Hiroshima, cuando estalló una primitiva bomba de fisión. Se dice que desde entonces ha interferido en el destino humano hasta el punto de asegurar nuestra expansión por la galaxia y conseguir que nos gobernaran las IA. Nos encantaría que esta leyenda fuera cierta, pues nos dice que somos más grandes que esas mentes de silicio que nos gobiernan, pero sabemos que no es más que una absoluta basura y solo una versión más moderna del Romance de Arturo.*

Extraído de Guía del Membrillo, compilada por humanos.

Las casas, unas cúpulas de plastigón similares a iglúes gigantes que habían sido construidas a toda prisa, se diseminaban entre las coníferas y los árboles chequer de un viejo bosque. El hecho de que nadie hubiera pensado en las carreteras indicaba que se trataba de una ciudad moderna que había sido construida después de que el uso de los CAG estuviera bien establecido en Viridiana. Las casas disponían de fuentes de energía y eliminadores de residuos independientes, y lo único que las unía eran los cables ópticos y el agua. El agua era esencial para vivir y los cables ópticos servían para evitar la contaminación EM. Stanton, observando los límites de esta ciudad silvestre desde la sombra de un gigantesco bloque de basalto, vio que un CAG sobrevolaba la zona. Al instante, la pintura del vehículo le permitió identificarlo como la policía local. No le cabía duda de que había sido Cheryl quien les había informado, pero sabía que cualquier movimiento que hubiera realizado por silenciarla habría sido tardío. La mujer disponía de un aumento, así que debía de haber efectuado la llamada inmediatamente después de que Pelter hubiera abandonado el campo... o al menos, eso era lo que Stanton deseaba creer, aunque en el fondo de su mente sabía que hacía tan solo unos días la habría matado, solo por si acaso.

Abandonando la sombra del bloque, Stanton accedió a la verdosa luz del sol y avanzó hacia la ciudad del bosque. Cada familia poseía un CAG o más, así que la primera casa a la que llegara le proporcionaría aquello que necesitaba... de momento. Se encontraba a unos cien metros de dicha vivienda cuando el vehículo policial giró bruscamente en el cielo y aceleró hacia él en una lengua de llamas. Blasfemando, echó a correr.

—¡Deténgase! ¡No dé un paso más! —gritó una voz, cuando solo estaba a veinte

metros de la casa.

Stanton se escabulló por el cenagoso terreno. Junto a una casa había dos CAG acurrucadas bajo las ramas de un enorme árbol chequer, cuyas hojas tenían la forma y el tamaño de los naipes y proyectaban una sombra moteada en esmeralda.

—¡Deténgase o dispararé! Diez metros. Se oyó un chasquido en el aire y el brazo izquierdo de Stanton se sacudió con una descarga eléctrica. Se arrojó al suelo y rodó hasta esconderse tras un seto bajo de autopoda. Otro chasquido y las hojas cayeron del seto. Lo separaba un espacio considerable de los CAG y el hombre que estaba de pie sosteniendo una maceta, pero se encontraba a escasos metros de la puerta de la casa. Stanton corrió hacia ella, la derribó con el hombro y cayó en la habitación del otro lado. Mientras se alejaba rodando, el aire volvió a crepitar a sus espaldas. Se incorporó y se acercó a la mujer que se encontraba en una zona de cocina abierta, sujetando algún tipo de paquete.

—¿Qué diablos...? —preguntó la mujer.

—Lamento lo de la puerta —se disculpó Stanton, acercándose a la ventana para echar un vistazo.

El CAG de la policía descendió con estrépito entre los árboles, se deslizó lateralmente junto a la casa y aterrizó con pesadez a escasos metros de la puerta. Al instante, dos policías salieron del vehículo y corrieron hacia la puerta. Ambos parecían estimulados. El primero de ellos rodó sobre el suelo y se levantó con las piernas flexionadas, apuntando a la mujer con una pistola paralizante. Tardó medio segundo en darse cuenta de su error, pero Stanton ya estaba encima de él. El mercenario lo golpeó con la parte de atrás de la pierna. Mientras el agente retrocedía tambaleándose, le hizo una llave de cuello a la vez que cerraba la mano derecha sobre su mano armada y se la retorció. El segundo oficial entró con más cautela, solo para encontrarse de frente con la detonación. Salió proyectado hacia la puerta con el uniforme decorado con pequeños relámpagos. El primer agente siguió forcejeando mientras Stanton le apretaba el cuello, y solo se quedó inmóvil cuando perdió el sentido. El mercenario mantuvo la presión un poco más para asegurarse y entonces lo soltó. El hombre cayó al suelo de bruces. Una mirada a su alrededor le reveló que la puerta posterior estaba abierta y que la mujer había desaparecido. Mientras recogía las dos pistolas paralizantes de camino al CAG de la policía, Stanton reflexionó sobre lo mucho que había cambiado. Había hecho una llave para dejar inconsciente a un hombre en vez de haberle roto el cuello. Se estaba civilizando.

Una ráfaga de aire gélido se coló por la puerta cuando Thorn entró en la lanzadera. Cormac le indicó que se sentara y volvió a centrar su atención en Blegg. El anciano japonés se quitó la máscara, que quedó colgando a un lado del traje que un técnico había ido a buscarle a toda prisa. Cormac no pudo evitar preguntarse si se lo había puesto por simple educación: en la esfera de contención, envuelto en su delgado

conjunto de monofilamentos, no había mostrado ninguna señal de sentir frío. Cormac retiró su máscara.

—Sabías lo de los dracos —dijo.

—Lo sabía —reconoció Blegg.

—¿Qué más no me contaste?

—También sabíamos lo del artefacto. Fue descubierto durante el reconocimiento inicial pero nadie lo tocó. Estaba entero —Blegg se inclinó hacia delante y habló en voz alta, como si Cormac estuviera sordo—. No hay que precipitarse... ¿comprendes?

Cormac asintió.

—¿Eso es todo? ¿No hay nada más que quieras ocultarme para que siga dando vueltas de un lado a otro?

—Sabíamos que el huevo era de adamantita, pero no pudimos descubrir muchas cosas más.

—El túnel fue creado por la criatura de energía... o por los dracos.

Blegg se encogió de hombros.

—El Creador, sí... Si pudo agujerear la cáscara de un huevo de adamantita, excavar un túnel no le habría supuesto ningún problema... —Blegg le observó con atención—. ¿Qué opinas de la explicación de Dragón?

—No lo sé —respondió Cormac—. Aún no tengo las pruebas necesarias para confirmarla ni para descartarla. ¿Qué opinas tú?

—Asumo que es la verdad. Puede que Dragón no sienta un gran respeto por la vida humana, ¿pero por qué debería hacerlo? Hay personas de sobra y de más.

—De acuerdo, asumo que es la verdad, ¿pero cómo se supone que debo reaccionar ante dicha verdad? —preguntó Cormac.

—Eres tú quien debe decidirlo —dijo Blegg—. Estás al mando.

Cormac resopló y observó a Thorn, que lo miraba con seriedad. Al instante, el esparcano apartó los ojos de él y se miró las manos. Entonces, se levantó y se dirigió hacia el ala de la lanzadera.

—Yo intentaría conseguir algún tipo de recompensa por las muertes de esas diez mil personas. Por supuesto, tendría que ir hasta Viridiana a recibir... dicha recompensa —replicó Cormac.

—Viridiana, sí —repitió Blegg, con una sonrisa algo desagradable en el rostro—. En ese lugar hay algo extraño. Demasiada actividad.

Cormac sintió un nudo en el estómago. Había más. Siempre había más. Blegg continuó.

—En Cheyne asesinaste a Angelina Pelter.

—Sí, lo hice. ¿Qué tiene eso que ver?

—El joven Arian quiere zanjar las cosas —explicó Blegg.

—¿A qué te refieres?

—A pesar de tu testimonio, ninguno de los líderes de la célula fue apresado.

Todos y cada uno de ellos fueron asesinados por un androide, un piel de metal.

—¿Tienen un... Gólem desechado?

—Es muy probable, aunque no lo sabemos con certeza. Ni Pelter ni el androide pudieron ser apresados.

—Continúa. —Como creo que sabes, antes de que se produjeran estas muertes, Pelter logró retirar los fondos separatistas y toda su fortuna personal del Banco Norver de Cheyne III. Poco después de los asesinatos, la policía local siguió a un CAG hasta el puerto espacial. Se suponía que en su interior viajaban Pelter y John Stanton. La lanzadera se estrelló y explotó, pero la policía tardó dos días solstan en descubrir que los cadáveres que recuperaron no pertenecían ni a Pelter ni a Stanton. Una pequeña investigación retrospectiva reveló que una nave triesférica llamada *Lyric* despegó justo después de la explosión. Tu equipo de refuerzo empezó a interesarse por dicha nave. Se supone que realizaba vuelos por el sistema y transportaba cargas ligeras, aunque tenía motores para el infraespacio.

Blegg se giró cuando Thorn regresó trayendo consigo tres cafés. Dejó uno en el lugar en donde había estado sentado y ofreció los otros dos a sus compañeros. Cormac tiró de la lengüeta del suyo, sorprendido de que Blegg observara al soldado con tanta atención.

—Gracias, Thorn —dijo el asiático—. Sabes que los objetivos personales no están permitidos.

—Lo sé —respondió Thorn. Blegg volvió a centrar su atención en Cormac.

—¿Conoces Huma? —preguntó. El rostro de Blegg estaba tan cerca que Cormac podía ver las extrañas manchas doradas de los iris de sus ojos. Su aliento olía a ajo.

—Es el lugar en donde hacían contrabando de armas. ¿El *Lyric* se dirigió hacia allí? Blegg sonrió.

—Sí. Pelter y Stanton, acompañados por el androide, reclutaron allí a cuatro mercenarios. Esta información la recogimos de lo que quedaba de una agente Gólem de STC llamada Jill. El resto de su equipo aún no ha sido encontrado.

Pelter los mató.

—¿Estás seguro?

—¿Es necesario que lo preguntes?

—Supongo que no. Sin embargo, aún no entiendo qué relación guardan todas estas cosas entre sí.

—La relación es que una nave triesférica estalló en la órbita de Viridiana hace tan solo un día solstan.

Cormac se recostó en su asiento y bebió un sorbo de café.

—Eso no puede ser una coincidencia —comentó.

—No, no lo es —Blegg desabrochó su traje térmico—. Hay personas en Huma que han empezado a usar unos aumentos nuevos muy eficientes.

Mientras decía esto, dejó caer algo sobre el banco, entre ambos. Era un objeto reptiliano en forma de judía. Cormac lo observó atentamente y se volvió para mirar a

Thorn, que tenía una expresión sorprendida en el rostro. Volvió a mirar al japonés y de nuevo al aumento. Le dio unos golpecitos con el dedo. Era suave.

—¿Biotecnología?

Blegg asintió.

—Tenía intenciones de ir acompañado tan solo por Aiden, Thorn y Cento... si para entonces vuelve a estar entero —comentó Cormac.

—Es necesario que te pregunte si quieres continuar.

—Sí.

—Cuentas con los dracos...

—No quiero llevarlos conmigo.

—Creo que deberías hacerlo. Necesitarás todas... las fuentes de información posibles.

—¿Es una opinión o una orden?

—Llévalos contigo. Tus decisiones tienen que estar bien cimentadas.

Cormac asintió: eso significaba que era una orden.

—Los llevaré, pero no estoy dispuesto a proporcionarles armas. Necesitaré más ayuda. ¿Hay algún esparcano disponible?

—No, pero allí hay un pequeño grupo de soldados de ST.

—Bien. También necesitaré armas energéticas y un par de dispositivos contraterrenos. Una potencia de cuarenta debería bastar. —Miró a Thorn—. Ve a buscar a Aiden y a Cento, si está entero, y diles que vengan lo antes posible. Que traigan a los dracos. Diles que quiero que los vigilen en todo momento. Además, quiero que consigáis uniformes de ST con rango para vosotros y para mí. En marcha.

Thorn aplastó la taza vacía y, tras arrojarla al suelo, se dirigió hacia la puerta con una expresión de sombría satisfacción. Cormac se puso la máscara hasta que el gélido aire se hubo mezclado con el cálido aire de la lanzadera.

—Todavía quedan un montón de agujeros —comentó.

—Están ahí para que los rellenes.

—Si una criatura de energía se hubiera acercado a nuestros runcibles, la habríamos percibido.

Blegg sonrió de nuevo y se recostó en su asiento. Habló mirando al techo.

—Vamos, idiota. Sé que estás escuchando. No hubo respuesta; quizá a su oyente no le gustaban sus formas insultantes.

Cormac decidió probar suerte.

—IA de Samarcanda, pídele a la IA del runcible de Viridiana que busque un bloque de información similar al descubierto por tu predecesora.

Samarcanda II le respondió de inmediato.

—Hace una hora se descubrió un bloque de información. Viridiana tiene conocimiento de la llegada de una transmisión materia/energía. Llegó en una esfera de contención B9 y abandonó la instalación del runcible mediante un método desconocido. Viridiana también me ha informado de que ese bloque es secundario.

—¿Secundario? —preguntó Cormac. Miró a Blegg, que asintió lentamente.

—Significa que el bloque se abrió y fue reemplazado. Alguien sabía adónde fue el Creador antes de que lo descubriéramos. ¿Comprendes?

—Dragón —dijo Cormac. Blegg se encogió de hombros.

—¿Qué revela el escáner planetario? —preguntó. Hubo una pausa antes de que Samarcanda II respondiera.

—Un rastro de energía aerotransportada que en un principio se pasó por alto, pues se consideró que era un rayo estratosférico. La reintegración de los datos sugiere que aterrizó en las ruinas Chiranian de la selva de Magadar.

—Ahí está tu Creador —dijo Blegg, levantándose. Cormac asintió brevemente y lo miró mientras se terminaba su café. Entonces Blegg dejó la taza sobre el banco, se dirigió hacia la puerta de la lanzadera y, sin colocarse la máscara, golpeó la placa táctil. Cormac se cubrió rápidamente el rostro mientras la puerta se abría con un chasquido.

—¿Hay algo más que hayas olvidado decirme? —preguntó, antes de que se marchara.

—Conoces los hechos y posees una mente. Te iré preparando las cosas. —Hizo una pausa—. Haré que esa idiota de silicio de Viridiana esté lista para darte los detalles.

Genial.

Blegg salió al gélido exterior y avanzó pesadamente hacia la esfera de contención. Cuando la puerta se cerró, Cormac se quitó la máscara y se apoyó en el mamparo. Seguía dando vueltas a la información que tenía. Pelter estaba en Viridiana y era muy probable que hubiera llegado allí con la ayuda de Dragón, pero este le mentiría sobre las razones que se escondían detrás de este hecho, si es que se dignaba darle alguna respuesta. La verdad es que prefería no preguntarle nada, pues era demasiado consciente de que en estos momentos Dragón tenía todas las cartas en la mano. Podía destruir el runcible y podía destruir el *Soberbia*. Tendría que mantener la boca cerrada y averiguar la verdad por sí solo. Necesitaba más respuestas y necesitaba un curso de acción claro. A pesar de la afirmación de Blegg, no conocía todos los hechos y aún no tenía claro su rumbo. Repasó mentalmente algunos de los hechos más pertinentes de los que tenía conocimiento.

Hecho: si lo que Dragón decía era cierto, los amortiguadores del runcible habían sido destruidos de una forma que encajaba a la perfección con las capacidades de Dragón y el Creador. Hecho: el Creador había escapado de su supuesta nave de contención y había huido de Samarcanda a través del runcible. Que hubieran tardado tanto en descubrir esto era una muestra de la habilidad que tenía esta criatura para interferir en la programación de la IA, una habilidad que posiblemente también tenía Dragón. Hecho: la criatura del túnel no había sido creada para resistir el frío, pero los dracos sí. Hecho: era probable que Dragón estuviera al corriente de la partida del Creador mucho antes de que llegara aquí y tuviera aquella pataleta. Estos hechos

concretos convertían en una mentira la historia de Dragón, ¿pero cuál sería la verdad? Conclusión: si Dragón era responsable de lo que había ocurrido en este planeta, ¿cómo podría saberlo con certeza y qué diablos podría hacer al respecto?

Cormac cerró los ojos mientras seguía dándole vueltas a todo esto. Sabía que la explicación sería sencilla, pero no así su solución. En este momento se sentía incapaz de poner las cosas en orden. Necesitaba descansar. El banco estaba acolchado, así que debería bastar. Se tumbó y, mientras se preguntaba si sería capaz de dormir, el sueño se apoderó de él.

El chasquido de la puerta de la lanzadera hizo que se enderezara y se cubriera el rostro con la máscara. Thorn entró cargando con una bolsa grande que dejó caer ante Cormac mientras la puerta se cerraba.

—Qué rapidez —comentó.

Thorn se quitó la máscara y lo miró con curiosidad.

—Pues sí, sobre todo teniendo en cuenta que he ido hasta el *Soberbia* y he regresado.

Cormac se quitó la máscara y miró a su alrededor en busca de algún tipo de lectura que le indicara la hora. Fue entonces cuando se dio cuenta de que debería haberse hecho con algún reloj. Mientras estuvo conectado siempre había sabido qué hora era, y nunca se le había ocurrido pensar que llegaría un día en que no la sabría.

—Diez horas —dijo Thorn, como si hubiera leído su mente.

Cormac sacudió la cabeza, intentando disipar su confusión. Se levantó, señaló la bolsa y miró inquisitivamente al esparcano.

—Es tu uniforme —explicó.

—Perfecto —Cormac cogió la bolsa—. Me cambiaré en la esfera. Vamos.

Se pusieron las máscaras y abrieron la puerta por segunda vez. En el exterior, el vapor se alzaba sobre el aguanieve de CO₂ a medida que las máquinas y la actividad humana incrementaban la temperatura. Se dirigieron con rapidez a la esclusa de una de las pasarelas cubiertas y avanzaron hacia la esfera de contención. Antes de llegar, Cormac sintió que la temperatura era casi agradable: superaba los cero grados Celsius.

Alrededor de la esfera se habían erigido edificios prefabricados a modo de salas de embarque. Eran un hervidero de actividad, pues además de los viajeros, en ellos había técnicos configurando los tableros de información, colocando material aislante en el suelo e instalando potentes calentadores. Los cables culebreaban por toda la zona y había un gran alboroto de compresores, herramientas energéticas, voces y gritos. Cuando por fin accedieron a la esfera descubrieron que también estaba abarrotada. Thorn señaló hacia el lugar en donde se encontraban Aiden, Cento y los dracos. Mientras se acercaban, Cormac vio que los extranjeros miraban a los dracos sin ningún tipo de sorpresa. Probablemente creían que eran humanos adaptados. Ya

había muchos entre la multitud: gatoadaptados con pelajes multicolores; ofiadaptados con colmillos, lenguas bífidas y una piel ligeramente distinta a la de los dracos; adaptaciones trípodas para mundos con una fuerte gravedad; y otros más exóticos y menos fáciles de comparar. Algunos de ellos miraban de reojo a los dracos... quizá porque eran más observadores o quizá porque eran miembros de la misión original.

—Me pregunto cuánto tardaremos en ver imitaciones —comentó Cormac, cuando llegaron junto a los dos Gólems y los dos dracos.

—Sería una adaptación compleja —comentó Aiden.

—¿Por qué?

—Porque requeriría un cambio extensivo del cableado del sistema nervioso.

—¿Te refieres a poner las piernas al revés y conseguir que funcionen?

—Sí, a eso me refiero. Cormac esbozó una tensa sonrisa y observó a Cento. El Gólem tenía una suave red de líneas en el rostro y en las manos. Era obvio que no habían podido encontrar una nueva cobertura de piel sintética con suficiente rapidez, pues seguía llevando la antigua y las articulaciones quedaban a la vista.

—¿Estás... bien? —preguntó.

—¿Bien? —repitió Cento.

—Me refiero a si estás completamente operativo —dijo Cormac.

—Tengo una eficiencia del ochenta por ciento. La sustitución es mejor que la reparación. No puedo confiar en la soldadura de mi armazón bajo la carga completa de los motores de mis articulaciones. Ochenta por ciento. Eso significaba que, probablemente, el Gólem solo podría acabar con sus enemigos de uno en uno.

Tras observar a las multitudes, Cormac se encogió de hombros y empezó a quitarse el traje térmico. Thorn lo imitó. Nadie les prestó atención. Thorn, al igual que Cento y Aiden, llevaba el uniforme de un comandante de ST debajo del traje térmico. Cormac siguió quitándose prendas hasta quedar completamente desnudo. Entonces se acuclilló y abrió la bolsa que Thorn le había dado. En su interior encontró ropa interior, una armadura corporal de cristal de cadena y un uniforme. Cuando se puso la armadura atrajo más miradas que mientras había permanecido desnudo.

A continuación, Cormac se puso el uniforme de fatiga verde y gris de un coronel del ejército de ST. Eso le facilitaría el dar órdenes. Una vez vestido, volvió a atarse el shuriken a la muñeca. Sería el único miembro del grupo que iría armado. La prohibición impedía la transmisión de ciertas armas a través de los runcibles, y la verdad es que era más sencillo buscar armas nuevas al otro lado que intentar eludir dicha prohibición. Cormac podía pasar el shuriken porque había conseguido que lo clasificaran como una antigüedad, pero aun así necesitaba unos permisos especiales y el arma tenía que estar desactivada. Si hubiera intentado pasarla de forma ilegal, el filtro de proscripción instalado en el runcible la habría reducido a polvo en cuanto hubiera puesto un pie en el otro lado. Dejó el casco blindado en la bolsa, junto a un ordenador portátil que contenía toda la información relevante para la misión. Este era

su único equipaje. Cargó la bolsa al hombro mientras echaba un vistazo al interior de la esfera.

—¿Está todo preparado? —preguntó, mirando con cautela a los dracos.

—Preparado —respondió Thorn con tono lúgubre.

Cormac accedió a la tarima de cristal negro y abrió la marcha hacia los cuernos gemelos del runcible. En un momento llegaron a la esfera de contención y se congregaron ante los cuernos gemelos.

—Samarcanda II, ¿nuestro destino está fijado? —preguntó Cormac.

—Estará listo cuando vosotros lo estéis —respondió la IA.

Cormac subió los escalones que conducían al pedestal.

—Que los dracos sean los siguientes —ordenó a Thorn, antes de pisar la cúspide.

STOP.

INICIO.

Un paso... y se encontró en un banco de los runcibles del planeta Viridiana, en el sistema planetario de Mendac, en el Clúster de Chirat, a ciento setenta y tres años luz de Samarcanda.

Excepto por el hecho de que en este lugar no se aglomeraban las multitudes, Cormac bien podría haber estado saliendo de la esfera de Samarcanda. Los runcibles para membrillos y carga ligera se habían estandarizado hacía medio siglo y la única diferencia que había entre esta instalación y la de Samarcanda era que esta disponía de varias esferas. En Samarcanda también las había habido, y volvería a haberlas cuando Chaline completara su trabajo. Mientras abandonaba el pedestal los dracos aparecieron tras él, seguidos de Thorn, Aiden y finalmente Cento.

—¿Viridiana? —preguntó Cormac, al parecer al aire.

La voz de la IA de este runcible tenía una madurez de la que carecía la de Samarcanda, pero compartía con ella aquel irritante tono condescendiente.

—El sargento Polonio Arn los está esperando con un transportador. Las armas y provisiones que detallaron están a bordo. Primero se reunirán con los soldados de ST en un lugar llamado Motford. Desde allí los llevaremos directamente a su destino. Se encuentra a un día de viaje de Viridiana, unas horas solstan más.

—¿Y por qué no viajamos desde aquí, si esa cosa funciona? —preguntó Thorn. La IA respondió antes de que Cormac pudiera abrir la boca. —En el plazo de un día evacuaremos este puerto, el área circundante y

Westown, debido a un problema en un campo de contención antimateria. A partir de ese momento, todos los runcibles de esta instalación quedarán abiertos tan solo a Samarcanda. La IA de Samarcanda me informa de que, desde allí, el personal recién llegado será enviado de vuelta a Minostra y los técnicos regresarán al *Soberbia* para colaborar en las tareas de reparación. La razón de esto se debe a que se ha desarrollado otra crisis en la estación de descableados de Danet.

—Será suficiente, ¿verdad? —preguntó Cormac. Thorn asintió. Abandonaron la esfera de contención. En la sala de embarque, que parecía medir kilómetros de

longitud, no había demasiada gente. Los cuatro se reunieron con los dracos y avanzaron con rapidez hasta las lejanas puertas. Cormac tenía la impresión de que las extrañas miradas que les dedicaban se debían a sus uniformes, no a la forma pajaril de caminar de los dracos. Con un rápido movimiento de ojos advirtió que dos individuos de aspecto poco fiable holgazaneaban junto a un dispensador de bebidas; con sigilo, acercó la mano al shuriken e introdujo una secuencia de inicio. Antes de haber dado dos pasos más, la funda del arma empezó a zumbear contra su muñeca.

—¿Los has visto? —le preguntó a Thorn.

—Los he visto —respondió este.

—Estáte alerta. Puede que nos estemos dirigiendo directamente hacia ellos.

—Siempre estoy alerta —replicó Thorn, ligeramente molesto. Las puertas se abrieron ante un estacionamiento de CAG rodeado de campos con el desalmado aspecto de los páramos. Los charcos, que parecían monedas de cobre deslustradas, estaban bordeados de gruesos brotes de algo similar a salvia y atravesados por los filos negros de las juncias. El terreno estaba empedrado por cosas gruesas y verdes que, a falta de una inspección más detallada, podían tener un origen geológico o biológico. Su curiosidad momentánea sobre esta cuestión quedó mitigada cuando vio que uno de estos brotes se abría para liberar una nube de semillas de helicóptero. Mientras avanzaban, algo similar a un conejo volador con el tronco bifurcado se apresuró a aspirar dichas semillas antes de que estas tocaran el suelo, y se comió la mayoría. Cormac apartó el dedo del desenganche rápido de la funda del shuriken.

—¿Nos han seguido? —preguntó a Thorn.

—Hasta el exterior sí, pero ahora no —respondió él.

—Por lo tanto nos han visto. Probablemente han preparado algo para más tarde. En la distancia se podía ver una línea de árboles azulados; más allá, el cielo estaba interrumpido por un caos de bloques laminados que podrían haber sido ruinas alienígenas. Aparte de la instalación del runcible, el estacionamiento de los CAG y una serie de torres de refrigeración provistas de aletas que parecían organismos vivos, no había nada más a la vista. Viridiana había sido colonizada hacía largo tiempo y solo aquellos planetas que habían sido colonizados de forma reciente habían aceptado establecer runcibles en el interior de sus ciudades... o habían erigido sus ciudades alrededor de estos. El cielo tenía un tono verde pálido; el sol era un arco de luz cobriza que asomaba entre las nubes azuladas. El nombre encajaba a la perfección con el planeta. Mientras avanzaba, Cormac se dio cuenta de que la submente había descrito este lugar. ¿Habría una luna roja? ¿Qué serían los dragones de cristal? ¿Acaso una referencia a los dracos o al Creador?

El vehículo blindado para el transporte de personal se alzaba sobre los demás, como un buitre entre canarios. Los CAG privados eran de todos los colores y muy pequeños. Algunos parecían sillas de brazos voladoras, otros eran reproducciones de los coches propulsados por petróleo de la vieja Tierra y muy pocos eran feos. El transportador que los estaba aguardando era del color verde de las naves de batalla.

Tanto en aspecto como en tamaño parecía un vagón de tren desprovisto de ruedas, con ángulos bruscos y rotundos. Las turbinas descansaban en la cola y a lo largo de todo el vehículo había una serie de aletas estabilizadoras. También contaba con torretas para las armas automáticas de proyectiles y rayos. Era una máquina formidable. Mientras se acercaban, Cormac admiró la réplica de Cortina rojo que estaba estacionada al lado.

Arn era sargento del ejército de ST, pero también un nativo de Viridiana. Era un hombre bajo y rechoncho de pelo corto de color azul claro, bigote poblado del mismo color (y parecía ser natural) y oscuros ojos carentes de pupilas que estaban encastrados en un rostro severo. Los observó durante unos instantes, antes de saludarlos con elegancia y abrir la puerta del transportador.

—Sargento, ¿tiene armas para nosotros? —preguntó Thorn.

—Igualmente —los saludó de nuevo.

—Todo eso no es necesario —dijo Cormac—. Simplemente muéstrenos las armas y llévenos a Motford. Allí haré un informe de la situación.

Arn señaló unos cajones de embalaje que descansaban en la parte posterior del transportador y se fue a ocupar su posición en los controles. Cento, que parecía contento, se unió a él. Pronto, el vehículo estuvo en el aire y abandonaron el estacionamiento de CAG. Los propulsores de iones rugían a medida que el transportador aceleraba tan suavemente que podrían haber caminado por el interior de la nave sin ningún problema.

—¿Cuánto piensas contarles? —preguntó Aiden.

Sorprendido, Cormac levantó la mirada del cajón que estaba abriendo. Esperaba que hubiera sido Thorn quien le hiciera esta pregunta, puesto que los Gólems Treinta eran bastante taciturnos.

—No veo ninguna razón por la que tengamos que ocultar nada. De todos modos, solo nosotros llevaremos armas energéticas. Serán un músculo adicional para cuando nuestro amigo Pelter decida hacer acto de presencia.

Aiden miró con acritud las dos cajas de aspecto inocuo que descansaban al fondo del arcón. Cormac levantó una de ellas y presionó el pulgar contra su cierre. Estaba preparado de modo que solo él pudiera abrirla. La caja se abrió para mostrar un brillante cilindro de veinte centímetros de largo por cinco de ancho, con las letras DCT grabadas en un pictograma de color rojo chillón, ahora púrpura por la luz. En el extremo de cada cilindro había una tapa negra provista de una miniconsola; ya fuera con control remoto o con temporizador, el resultado era siempre el mismo.

Cormac sonrió. —Puede que se nos olvide hablarles de esto— comentó, cerrando la caja. En la tapa estaban grabadas las palabras «JMCC: *Enroenergía. 1 Kilovatio Hora*», pero aquellos cilindros no eran paquetes energéticos, puesto que liberaban una cantidad de energía mucho mayor que un kilovatio en un tiempo sustancialmente menor que una hora. Las siglas DCT equivalían a Dispositivo Contraterreno. Para entonces, Thorn ya había abierto otro arcón y sostenía un arma que parecía una

carabina achaparrada de cristal y madera vieja. Bajo el cristal se retorcían unas salamandras que esperaban a ser liberadas.

En cuanto Cormac terminó su informe, diez soldados se dirigieron a sus motos espaciales, que estaban estacionadas desordenadamente en un terreno pantanoso cubierto de líquenes. Volarían con escolta y el resto de los vehículos serían desviados. El transportador se elevó en el aire con una suave aceleración. Cormac ocupó uno de los cuatro asientos del panel de control, junto a Aiden y el sargento Arn.

—Describame esas ruinas, sargento.

—Es lo que quedó de una vieja base de tierra de ST, señor. Solo son fragmentos de una cúpula de protección que cubría un par de silos subterráneos para misiles. A su alrededor, dispuestas de forma radial, se dispersan viejas naves de almacenamiento, ninguna de ellas demasiado grande. Se supone que hay búnkeres en el subsuelo, alrededor de los silos, pero nadie ha entrado allí. La temperatura todavía es demasiado elevada.

—¿Sería posible aterrizar junto a los silos subterráneos?

—No lo creo. El terreno no está despejado y los techos de los edificios no soportarían el peso de este transportador.

—¿Qué tamaño tiene?

—El conjunto del lugar debe de medir unos dos kilómetros de diámetro. Los silos fueron construidos para los grupos de Cazadores. Son tres, se encuentran a unos cincuenta metros de profundidad y miden diez metros de diámetro. No sé nada sobre los búnkeres... señor.

Cormac asintió.

—La descripción que me ha dado bastará, sargento. Déjenos en los alrededores, allí donde le parezca más apropiado. Arn se permitió esbozar una tensa sonrisita.

—Sargento, el radar ha detectado algo. Parece que alguien nos está siguiendo.

—Conoce las instrucciones, cabo. Envíeles un aviso.

—No responden. ¿Debo mandar a Cheng y Goff?

Cormac se inclinó hacia delante.

—Le habla Cormac.

—¡Coronel, señor!

—¿Cómo se llama, soldado?

—Tarm, señor.

—Muy bien, Tarm, quiero que usted, Cheng y Goff den media vuelta. Envíenles un aviso. Oblíguenlos a virar si es posible. Si disparan, abran fuego. En caso contrario, quiero que retrocedan lo suficiente para que estén bien lejos de nosotros, pero no tanto como para que no puedan volver a alcanzarnos. ¿Comprendido?

—Creo que sí, señor.

—No sea burro, Tarm —dijo el sargento.

—Oh... Oh, ya veo. En marcha, señor.

Cormac miró por la ventana del transportador y vio que tres motos espaciales se alejaban acelerando sobre lápices de fuego. Se volvió hacia el sargento.

—¿Debo entender que llegaremos a las ruinas al anochecer?

—En efecto.

—Aterrice lo más cerca posible de las naves de almacenaje. ¿Cómo será la luz?

—La luna ha salido, pero la luz es engañosa.

—Bien. Cuando lleguemos allí, ordene a sus hombres que abandonen sus motos, monten sus tiendas y se dispersen por los edificios. Haga todo lo que se le ocurra para lograr que el campamento parezca ocupado.

—¿Quiere tenderles una trampa, señor? —Arn esbozó su tensa sonrisita.

—Oh, sí —respondió Cormac—. Pero quiero que al menos uno de ellos quede con vida. ¿Disponen de armas paralizantes?

—Contamos con un arsenal, señor.

—Bien, tendrán la oportunidad de utilizarlo.

—Es agente de STC y, como tal, está al mando de un equipo encargado de acabar con los sindicatos locales —explicó Corlackis.

La mujer asintió y los pendientes de su unidad de comunicación centellearon en verde. Iba vestida del cuello a los pies con un mono ceñido de plástico brillante y su denso cabello moreno estaba adornado con rastas, trenzas y nudos artísticos que caían sobre los hombros y la espalda. Stanton advirtió un pequeño aumento en forma de estrella tras su oreja derecha. En la cartuchera que colgaba de su cadera descansaba una pistola de pulsos de cañón largo, similar a las que disparaban gas ionizado: un arma moderna pero con poca autonomía. Era obvio que a la mujer le fascinaba la silenciosa y encolerizada presencia de Pelter, y también la de Grúa, que permanecía acucillado detrás del líder separatista. Stanton redujo la intensidad del intensificador, cuyas lentes zumbaron mientras intentaban compensar el movimiento, y aumentó el volumen del micrófono direccional. El hecho de que a ninguno de ellos se le hubiera ocurrido utilizar una sordina indicaba que la arrogancia de Pelter debía de ser contagiosa. Otra muestra de arrogancia era que el grupo local hubiera decidido celebrar esta reunión en el porche de la cafetería para intentar demostrar al gran líder separatista que eran ellos quienes estaban al mando en este lugar.

Los tres hombres y la otra mujer eran muy similares a su jefe, el tipo de personas que Stanton había contratado en diversas ocasiones. Consideraba que eran defensores de la Causa solo porque esta les proporcionaba una excusa para el crimen organizado. Seguramente habían descubierto que era más difícil resistirse al atractivo del dinero fácil que a unos ideales confusos, pero eso mismo les había ocurrido a muchos guerreros de la libertad. Vestían trajes similares a los de Mennecken y Corlackis, pero Stanton sabía que ambos mercenarios podrían acabar con ellos en menos de un

segundo. Por supuesto, esa no era su intención: para ellos, estas personas eran carne de cañón. Stanton conocía perfectamente las intenciones de Pelter.

Había tardado un día entero en descubrir dónde buscar. Esta era el área de la ciudad de Motford con mayor índice de criminalidad. Por sus calles vagaban personajes de dudosas intenciones y la gente no ocultaba que iba armada. Después de hacer algunas preguntas en varios bares había averiguado quién estaba al mando. Seguir a la mujer había sido sencillo, pues en ella no había nada discreto. De hecho, ella y sus matones se desplazaban en una carísima réplica de Aston Martin para efectuar su ronda de cobros. Una observación paciente le había permitido ser testigo de este encuentro.

—¿Por qué se fue de la ciudad? —preguntó la mujer.

—Para levantar una base de operaciones —respondió Corlackis, con voz suave—. Es su táctica habitual: utiliza las fuerzas locales para establecer una base donde menos lo esperas, y entonces, cuando empiezas a comprender la verdad, no sabes dónde buscar. Lo vimos en Cheyne III. Pasamos meses buscándolo en los lugares más probables y dejándonos una fortuna sobornando a la policía local. Prácticamente estábamos a punto de rendirnos cuando descubrimos su base en uno de los atolones.

Stanton apartó los ojos del intensificador y miró atrás, hacia el pequeño estacionamiento de CAG que descansaba en lo alto del edificio. La policía local. Maldijo que en este lugar fueran tan humanitarios. El único equipaje que había encontrado en el interior del vehículo había sido aquel equipo de reconocimiento, y dos pistolas y un fusil paralizantes. Había vaciado la carga del fusil para quemar la pintura del CAG, sabiendo que no sería de mucha utilidad: puede que le hubiera ayudado a deshacerse de los locales, pero Pelter, Mennecken y Corlackis eran otro tema. Tampoco le habría servido para deshacerse de Grúa. De hecho, habría sido una opción estúpida, puesto que quería a Pelter muerto, no paralizado.

—Acabaremos con él —dijo uno de los hombres, arrastrando las palabras.

A Stanton le sorprendió que a Corlackis no se le escapara la risa al oír eso.

—No será tan fácil si lo acompañan los soldados de STC —comentó.

—Son blancos sencillos; niños jugando a la guerra —comentó la mujer.

Corlackis negó con la cabeza.

—Admiro vuestra confianza, pero no queremos que os metáis en ninguna situación que no seáis capaces de manejar, ni tampoco queremos que os quedéis sin recompensa.

Ya había lanzado el cebo. Stanton estaba sorprendido por la facilidad con la que se estaban desarrollando los acontecimientos. Esas personas ni siquiera les habían preguntado por qué Corlackis y los demás no iban a participar. Corlackis se giró para mirar a Pelter, que asintió con la cabeza, y dejó caer algo sobre la mesa. Stanton estaba seguro de que se trataba de un zafiro. La mujer lo cogió.

—Tres más cuando el trabajo esté terminado —anunció Corlackis.

—Perfecto —respondió la mujer.

Los otros cuatro guardaron silencio. Estaban demasiado ocupados aparentando ser duros y confiados tras las bandas negras de sus ojos. Corlackis se agachó, cogió un bulto envuelto en tela que descansaba bajo la mesa y lo dejó delante de la mujer. Esta extendió los brazos y apartó la tela, sin preocuparse en absoluto de que alguien pudiera ver el fusil de asalto que ocultaba.

—También disponemos de balas de rastreo —anunció Corlackis—. Queremos que vayáis bien preparados.

—¿Cuántas?

—Podéis llevaros este fusil y una cantidad suficiente de balas. También tenemos carabinas láser, tantas como necesitéis, y además os proporcionaremos un mortero compacto.

Stanton vio la expresión ambiciosa de la mujer. Debía de pensar que todos sus cumpleaños habían llegado de repente. Pobre estúpida.

—¿Podremos conservarlos?

—Por supuesto —respondió Corlackis.

Stanton bajó el intensificador y desconectó el micrófono. Ya había visto y oído suficiente. Miró más allá de los límites de la ciudad, hacia el terreno pedregoso que se extendía al fondo. Svent y Dusache se habían alejado en esa dirección, siguiendo al transportador militar, y sabía que allí era donde se desarrollaría la acción. En estos momentos no tenía ninguna forma de aproximarse a Pelter y matarlo, pero sabía que otros dispondrían de los medios necesarios. No le importaba cómo moría, solo que lo hiciera. Retrocedió a gatas y, tras incorporarse, se dirigió al CAG que había robado. Aunque Pelter se marcharía pronto, Stanton no tenía ninguna intención de seguirlo. Prefería seguir a los otros cinco, pues eran unos aficionados y no le causarían ningún problema.

Ian Cormac: Otra creación mítica de una humanidad sedienta de héroes. Seguridad de Tierra Central posee sus monitores, sus esparcanos y sus tropas... y sí, tiene agentes secretos, pero permitan que seamos honestos con respecto a estas personas: en conjunto, son grises y carentes de personalidad. Una vez más, todo se basa en qué deseamos creer. Queremos que exista ese superagente que nos salva con tanta facilidad de los tipos malos. Cormac es a STC lo que cierto agente con el número 007 fue para MI5. En el mejor de los casos es una creación de ficción, y en el peor, un ejemplo violento y perjudicial.

Extraído de Guía del Membrillo, compilada por humanos

La luz, del color de la sangre coagulada, parecía arremolinar las sombras entre los árboles chequer que rodeaban el campamento, en cuyas ramas brillaban extraños brotes globulares que parecían moluscos. El campamento en sí estaba iluminado por las luces que centelleaban en el interior de algunas tiendas. Arn había tenido la idea de rellenar con espuma un par de trajes de supervivencia y colocarlos en el interior de las tiendas. El conjunto quedaba bastante convincente, sobre todo con el toque que aportaba una radio que entonaba una melodía monótona y tonal. Acuciado tras un muro que se estaba desmoronando, Cormac observó los árboles a través de la visión nocturna de su visor. Además de los árboles chequer nativos, llamados así por el diseño de su corteza, había robles azules, una variedad muy utilizada en las últimas fases de los proyectos de terraformación. Estos árboles, que daban frutos azulados, crecían muy despacio pero eran lo bastante resistentes para soportar unas condiciones atmosféricas extremas que no se daban en la Tierra. Cormac estaba acompañado de Thorn y los dracos. Aiden y Cento, provistos de escáneres térmicos para poder ver a quienquiera que se acercara, estaban escondidos en algún lugar, entre los árboles. Se habían marchado hacía un par de horas.

—¿Por qué la luz de la luna es tan roja? —preguntó Thorn.

Cormac también se había hecho esa pregunta. La atmósfera confería un tono verdoso a la luz del sol, pero la luz que emitía la luna tenía el color de la sangre vieja. Cormac repitió la explicación que le había dado Cento.

—En la atmósfera hay algas volátiles que proporcionan ese tono verdoso a la luz del sol y en la superficie de la luna hay una gran cantidad de sedimentos de cinabrio y fluorita, que son los que proporcionan esa luz rojiza.

—¿Cómo es eso posible?

—Yo pregunté lo mismo. La fluorita es fluorescente y el cinabrio es un pigmento rojo que también se conoce como sulfuro de mercurio. Su explotación minera es el

recurso económico principal de este planeta y allí arriba hay un runcible que transporta tanques de mercurio por todo el sector. La combinación de ambos produce esa luz roja, a pesar de que durante el día el cielo es verde.

—Ah —dijo Thorn, y guardó silencio.

Cormac lo observó. Mientras hablaban se había dado cuenta de que Thorn había dejado una de las pistolas de protones apoyada contra la pared que había junto a él.

—¿No crees que es un poco excesivo? —preguntó, señalándole el arma con la cabeza. Thorn la cogió y la sostuvo entre sus manos casi con amor. En la recámara principal, la luz se movía y se retorció en una bruma luminiscente.

—Bueno —respondió Thorn—. Tengo que comprobar que funciona. Cormac se reservó sus comentarios. Era poco probable que alguna de las armas que les habían proporcionado para esta operación funcionara mal.

Siguieron observando sus alrededores.

—¿Estáis esperando el ataque de otros humanos? Cormac se giró sorprendido y se encontró de frente con los dientes de un draco sonriente. Era la primera pregunta que formulaban desde que el *Soberbia* los había recogido.

—Sí —dijo Cormac—. Ciertos asesinos desean vengarse de mí. —Eso podría poner en peligro la misión.

—Sí, podría... El draco se desvaneció en la noche antes de que Cormac pudiera decir nada más.

—Es un tipo rápido —comentó Thorn. El otro draco se acercó a Cormac y lo cogió del bíceps. Su mano era una esposa de hierro cerrándose.

—No resultarás herido —le dijo. Cormac intentó apartarse.

—¡Suéltame, maldita sea! El draco pareció perder su interés por él y giró la cabeza, pero no lo soltó.

—Se supone que tienes que obedecer...

—Alguien se acerca —dijo la voz de Aiden por el comunicador—. Se aproxima una figura caminando... ¡Eh! ¿Quién es ese que viene desde vuestra dirección? Pensaba... —Hubo una pausa de un par de segundos—. Ya veo. ¿Habéis enviado aquí a ese draco?

—Yo no lo he enviado a ninguna parte. ¿Qué está haciendo?

—Se dirige directamente al intruso.

—¿Solo se aproxima una figura? ¿No estás pasando nada por alto?

—No, este escáner es el mejor y Cento y yo lo estamos utilizando a espectro completo. No hay ninguna herramienta camaleónica individual tan sofisticada.

—¿Podría ser el androide?

—No, no es lo bastante grande y la emisión de calor no corresponde a un piel de metal. Es un hombre de complexión fuerte, pero es posible que no tenga nada que ver con Pelter.

—Aiden, lo quiero con vida, sea quien sea. Si el draco va a por él, impídeselo. En caso contrario, sigue observando y deja que se acerque.

—Entendido —respondió el Gólem.

Cormac miró irritado al draco, que seguía aferrado a su brazo.

Aiden habló de nuevo por el comunicador.

—Nuestro draco ha sido algo juguetón —explicó. De fondo se oía un sonido similar al que haría alguien clavando un cuchillo en una rueda.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Cormac.

—Estoy sentado encima de él —respondió Aiden.

Cormac miró al draco que seguía sujetándolo y no pudo más que apreciar la comicidad de la situación.

—¿Dónde está ahora el hombre? —preguntó.

—Enseguida podréis verlo.

Cormac no tardó en reconocer a la figura que salió del bosque, con la sombra proyectada ante ella por la sangrienta luz de la luna. Dirigió la atención hacia la funda de su shuriken. La diminuta pantalla se iluminó en la oscuridad justo lo suficiente para que pudiera efectuar la selección de programa. En cuanto terminó, tensó por el contacto del draco, sostuvo el arma en su mano y la lanzó al aire. El shuriken salió disparado con un silbido y se detuvo a algo menos de un metro del hombre. Este interrumpió sus pasos y miró a su alrededor.

—Esto podrá engañarlos a ellos, Ian Cormac —dijo—, pero no a Pelter.

Cormac intentó liberarse de la mano que lo sujetaba y, a regañadientes, el draco le permitió levantarse. Él también se incorporó y desnudó sus dientes a la oscura figura.

—¿No engañaría a quién, John? —preguntó.

Stanton señaló con cautela el shuriken.

—¿Puedo acercarme?

—Empieza a caminar. Me mantendré en la misma posición. No hagas ningún movimiento brusco y no toques ningún arma que puedas llevar encima —le advirtió el agente.

Stanton avanzó hacia el campamento. Cuando las luces de las tiendas revelaron su forma, Cormac vio a un individuo con el rostro más delgado que cuando lo conoció. Estaba bastante maltrecho.

—No tengo ningún arma... solo información —explicó.

—¿Por qué estás aquí, John?

—Para ver muerto a Pelter, exclusivamente.

—Eso está bien, pero me gustaría que te explicaras —dijo Cormac. Stanton miró a sus espaldas.

—No hay demasiado tiempo para explicaciones. En breve seréis atacados.

—¿Por Pelter o por esos otros a quienes has mencionado?

—Por los otros. Pelter no vendrá aquí sin antes tener una idea del arsenal del que disponéis. Ha contratado a unos lugareños, los ha armado y les ha prometido un montón de dinero. Los va a utilizar como sonda, como una sonda reemplazable. Ya sabes cómo es.

—¿Por qué debería creerte?

—Porque he venido hasta aquí desarmado. Y porque ya no hay nada que me importe. Puedes acabar conmigo, pero deshazte también de Pelter.

Cormac observó a Stanton con atención. Había algo en su voz, algo que quizá no había sido capaz de percibir mientras estuvo conectado... y tenía la certeza de que ese algo era sinceridad.

—Estamos detectando huellas térmicas —dijo la voz de Aiden por el comunicador.

—Deben de ser ellos —comentó Stanton. Cormac pulsó la anulación y el shuriken regresó junto a él a regañadientes.

Levantó el brazo para que el arma ocupara su lugar en la funda. —John, ven aquí, ahora. Stanton echó a correr y se agazapó tras el muro junto a ellos. Observó con una especie de fatigada curiosidad al draco que se aferraba al brazo de Cormac.

—Este tipo está muy preocupado por mi seguridad —dijo Cormac, señalándolo con el dedo—. Debes saber que te partirá en dos si intentas algo. —Hizo una señal a Thorn con la cabeza—. Cachéalo.

Thorn deslizó las manos con rapidez y eficiencia por la ropa de Stanton, antes de abrir la desgarrada pierna de su pantalón para ver la funda vacía que se ocultaba en ella. Asintió a Cormac antes de agazaparse de nuevo. Stanton también se acuclilló.

—¿Qué tienes ahora, Aiden? La voz del Gólem sonó diferente. Cormac advirtió que dicha diferencia se debía a que ya no estaba hablando, sino retransmitiendo.

—Las huellas se están difuminando. Se están dividiendo. Cinco cuerpos... El draco ha desaparecido... Vamos a ponernos a cubierto.

—Recordad que solo debéis disparar cuando lleguen al campamento. ¿Quién de vosotros tiene la pistola paralizante?

—Yo —respondió Cento.

—Bien, no la utilices. Ya no necesitamos a nadie con vida. —Se volvió hacia Stanton—. ¿De qué armas disponen?

—Fusiles de asalto, un mortero y algunas carabinas láser. Uno de ellos tiene un Devcon cargado de balas de rastreo.

—En este momento están pasando por delante de nosotros —anunció Aiden.

De repente se oyó un grito y después el gemido de un fusil de pulsos. Destellos chillones iluminaron el bosque. Un árbol quedó reducido a cenizas. El grito cesó.

—Demasiado pronto —fue el comentario preocupado de Arn.

—¡Mierda! Contened el fuego hasta que hayáis identificado a vuestros objetivos. No quiero que ninguno de vosotros dispare a Cento ni a Aiden.

Un destello atravesó los árboles, pero un hombre consiguió llegar al centro del claro antes de que la luz revelara su presencia y abrió fuego contra las tiendas. Las llamas y el humo indicaban que los rayos procedían de una carabina láser. Entonces, bajo el destello azulado de un fusil de pulsos, el hombre cayó de bruces al suelo. Se sucedieron nuevos disparos y se oyó un horrible zumbido similar al de una avispa.

Dos explosiones en las tiendas de la derecha. Un horrible jadeo por el comunicador.

—¡Mierda! ¡Balas de rastreo!

—¡Usad las bengalas térmicas! —gritó Cormac.

Como la traca final de unos fuegos artificiales, unas llamas anaranjadas salieron disparadas en todas las direcciones. El zumbido continuó. Los destellos se apagaron en una explosión cercana que hizo que llovieran cascotes sobre Cormac, que soltó un taco cuando el draco lo obligó a agacharse. Apareció un nuevo pulso de luz balbuciente.

—Han vuelto a utilizar los láseres —dijo Arn.

—¿Dónde estáis? ¿Cento? ¿Aiden?

—Poniéndonos a cubierto —respondieron de forma simultánea.

—Uno de ellos está a la izquierda del transportador manejando un mortero —dijo Aiden—. No puedo dispararle desde aquí.

—Id a por él —replicó Thorn.

Hubo un destello púrpura y un fuerte chasquido. Una explosión blanca partió en dos un árbol cuyo tronco medía un metro de ancho. Cormac alcanzó a ver desaparecer algo que podría haber sido un hombre, teñido de negro.

—Hay otro detrás de esa tienda en llamas... No, el draco ya ha ido a por él.

El grito fue terrible. Cormac vio dos sombras luchando cuerpo a cuerpo. Una de ellas arrojó a la otra al suelo. Estaba seguro de que había oído huesos rompiéndose.

—Solo queda uno. Yo me ocupo de él —dijo Cormac, con acidez.

—Se ha levantado y está huyendo —anunció Aiden—. El draco va tras él. ¿Quieres que lo detenga?

—Déjalo —dijo Cormac, liberando un tenso suspiro. Observó las espirales de humo que ascendían por el muro. A su derecha, alguien hablaba en tono monótono. A su izquierda se disparó una pistola de pulsos. Blasfemando, se arrojó al suelo.

—He dicho que lo dejes —dijo por su unidad de comunicación.

—Hay algo en los árboles —fue la respuesta de Goff.

—¿Aiden, tú recibes algo?

—Ahora no, pero antes había una huella. Se mueve demasiado rápido para ser un pájaro —replicó el Gólem.

—¿Un zángano de vigilancia?

—Es posible.

—¿Hay más huellas?

—Ninguna.

Solo entonces el draco soltó el brazo de Cormac. El agente se apartó, guardó la unidad de comunicación en el bolsillo superior de su chaqueta y se volvió hacia la criatura.

—Si vuelves a hacer algo así, te cortaré la mano —advirtió.

El draco le mostró los dientes en lo que podría haber sido una sonrisa. Cormac se alejó para averiguar quién había muerto.

Dos soldados habían perdido la vida. Las balas de rastreo habían atravesado su armadura corporal y los aparatos de presión que contenían habían explotado con desastrosos resultados. Cormac fue informado de que uno de ellos era el soldado Cheng. Ordenó que lo que quedaba de ellos fuera recogido, guardado en bolsas para cadáveres y enterrado a gran profundidad en el perímetro del campamento. A continuación examinaron los cuerpos de los tres hombres a los que había matado el draco. Cormac no reconoció a ninguno de ellos. Se volvió hacia Stanton, que estaba custodiado por Thorn y el sargento Arn.

—Fueron contratados en la zona —comentó.

—Sí, pero a Pelter lo acompañan otros cuatro que ya conoces —respondió Stanton. Cormac lo miró con expresión interrogante. Stanton continuó.

—Corlackis y su hermano, Svent y Dusache.

—¿Cuándo aparecerán? ¿Pronto?

—No, Pelter no querrá que todo termine tan rápido. Cormac asintió y miró al sargento.

—Llévelo al transportador, regístrelo y átelo.

El sargento obedeció con una especie de sombrío placer. Cormac se preguntó si esperaba alguna diversión que compensara la muerte de sus dos hombres. Si era así, se sentiría decepcionado. Advirtió que Stanton no oponía ninguna resistencia. Aquel hombre parecía deshecho, desconsolado. Tenía que conseguir que le contara toda la historia, pero antes debía asegurarse de que todo estaba preparado hasta el mínimo detalle. Por muy dispuesto que estuviera a creerlo, aún no estaba preparado para bajar la guardia. Seguido por Thorn se acercó a Aiden, que estaba acuclillado junto a los restos de lo que había sido un árbol antes de recibir las atenciones de Thorn.

—¿Ese draco ha regresado ya? —preguntó.

Aiden levantó la mirada.

—No, pero un CAG viene hacia aquí.

—¡Dispersaos!

Los hombres corrieron para ponerse a cubierto. Cormac se volvió hacia Thorn.

—Ve al transportador. Si nos disparan, usa las armas de la torreta.

Thorn asintió y corrió hacia la nave. Cormac vio que el esparcano saltaba sobre Stanton, que ahora estaba tumbado cabeza abajo en el suelo, mientras Arn le ataba las muñecas. Cormac corrió tras Aiden, con la idea de esconderse bajo las ramas destrozadas del árbol, pero las familiares pisadas de los pies que lo seguían anulaban temporalmente sus intenciones. Se volvió y sacó el shuriken justo cuando el draco apareció trotando a sus espaldas.

El draco se detuvo.

—Solo un paso más. Venga... solo uno.

Al draco pareció resultarle divertido, pero pronto se aburrió. Observó el cielo

durante un instante y, dando media vuelta, se alejó trotando. Cormac corrió hacia el árbol y se agazapó junto a Aiden. Miró a su alrededor para comprobar que todos los demás ya estaban escondidos.

—El CAG se dirige directamente hacia aquí —informó Aiden.

Cormac levantó la mirada hacia la roja noche y vio que el vehículo tenía conectadas las luces de navegación. Era una réplica de Aston Martin, pero la parte inferior era como la de una lancha motora. Quienquiera que la condujera parecía estar teniendo problemas con los controles. La nave se detuvo sobre el campamento y, oscilando, empezó a descender lentamente. Dicho descenso se aceleró en el último momento y el vehículo cayó ruidosamente en medio del campamento. Cormac tenía el shuriken en la mano, a pesar de que sabía que había muchas otras armas apuntando al CAG. La puerta se abrió con un chasquido y tras ella apareció el draco desaparecido. Cormac soltó un taco, se levantó y avanzó hacia él. ¿El otro lo sabía?

Mientras se aproximaba, Cormac vio sangre en la cara interna de las ventanillas. Un vistazo al interior reveló un bulto desplomado sobre el asiento trasero, con la cabeza prácticamente arrancada. Se acercó un poco más y vio que era una mujer. Una gran masa de cabellos enredados se desparramaba a su alrededor, absorbiendo la sangre. Su rostro no le resultaba conocido. Debía de ser la persona que había logrado escapar. Tendría que preguntárselo a Stanton. Se volvió hacia el draco.

—Ahora podríamos llamarlo Cicatriz —comentó Thorn, que estaba a sus espaldas.

Cormac observó el rostro del draco y vio que tenía un corte que iba desde una fosa nasal hasta justo debajo del ojo. Su sangre era del color y la consistencia de la mostaza.

—¿Y cómo llamamos al otro? —preguntó Cormac.

—¿Sin Cicatriz?

—Sí, bueno. Ahora limpiaremos este estropicio y estableceremos turnos. —Observó el cielo—. ¿Cuánto falta para el amanecer?

—Diez horas solstan —respondió Thorn.

—Dormiremos en grupos de cuatro en el transportador. Dejaremos que los soldados de ST sean los primeros. No estaremos menos seguros de lo que ya estábamos. Ah, quiero que haya alguien en todo momento en aquella torreta.

Tardaron una hora en despejar el campamento e instalar nuevas defensas. Aiden y Cento hicieron de centinelas, puesto que no necesitaban dormir.

—Tenemos que deshacernos de esa torreta. Cuando descubran que no estás entre los muertos sabrán que solo era un tanteo. La próxima vez no caerán en la trampa —dijo Corlackis.

—Por supuesto —respondió Pelter, con los ojos aún pegados a la pantalla adherida al armazón del lanzamisiles—. De modo que solo están él y esos dos

Gólems. Pelter miró a un lado e hizo una señal a Svent para que los bajara a tierra.

Svent asintió y movió la bola del viejo control manual del transportador, que empezó a descender lentamente entre los árboles. Al entrar en contacto con las sombras, la gruesa capa de pintura fotoactiva de la nave pasó del rojo intenso a un negro azulado. Corlackis pulsó los controles de la miniconsola que sostenía en sus manos y después la guardó en su bolsillo.

—¿Y qué hacemos con esos dos hombres lagarto? —preguntó Dusache.

—Eso no es asunto tuyo —espetó Pelter—. Estarás en esta plataforma manipulando el lanzamisiles. El Señor Grúa, Mennecken, Corlackis y yo descenderemos.

—¿Grúa será capaz de ocuparse de los Gólems? —preguntó Corlackis.

—Se ocupará de ellos —respondió Pelter—. ¿Recuerdas a aquella zorra arrogante de Huma? Entraremos y los destrozaremos. Por supuesto, nada de esto afecta a Cormac... ni siquiera por accidente. Él es mío.

Las ramas se rompieron y revolotearon alrededor del transportador; grandes hojas descendieron en espiral junto a ella. Svent aterrizó junto al CAG privado que ya estaba en el suelo.

—¿Cuando los atacaremos? —preguntó Mennecken.

—Todavía no —respondió Pelter. Levantó la mirada para observar los cuatro objetos que descendían entre los árboles. Había tan poca luz que solo logró distinguirlos cuando ya estaban muy cerca. En cuanto fueron visibles, advirtió que eran como pequeños pájaros de cinta transparente extendida sobre huesos negros. Los cuatro aterrizaron en una ordenada hilera sobre el lanzamisiles, donde cerraron las alas y se convirtieron en óvalos carentes de rasgos distintivos. Corlackis cogió una caja metálica de la cubierta y colocó cuidadosamente cada uno de los zánganos de vigilancia en su compartimiento respectivo. Entonces, como si se le acabara de ocurrir, tomó la miniconsola de su bolsillo y la guardó también en su sitio.

El cielo era una especie de lodo marrón justo antes del amanecer, pero Cormac no pudo verlo porque estaba profundamente dormido. Aiden lo despertó con una sacudida.

—Otro CAG se dirige hacia aquí. Cento está despertando a los demás.

Cormac se frotó los ojos, intentando desperezarse.

—¿Qué ocurre? ¿Han decidido cambiar de sitio el estacionamiento de CAG?

—¿Disculpa?

—No importa.

Cormac se enderezó y miró a su alrededor. Thorn ya estaba en la puerta del transportador, con el arma colgada del hombro. El sargento y uno de sus hombres se estaban poniendo las botas. Tumbado, con las muñecas atadas a un firme asidero sobre una de las literas, Stanton los observaba con desinterés. Cormac se levantó de

la cama completamente vestido. No era la primera vez que dormía con la ropa blindada puesta.

—¿A qué distancia se encuentra? —preguntó.

—A diez minutos.

Cormac se volvió hacia Stanton.

—¿Pelter?

El hombre se encogió de hombros.

—Podría ser, pero lo dudo. Querrá que antes sudés un poco.

Cormac resopló y le dio la espalda.

—¿Quién está en la torreta? No importa. Sargento, que nadie dispare a no ser que ellos lo hagan antes. Thorn, Aiden, venid conmigo.

El sargento empezó a hablar por su unidad de comunicación mientras los tres se dirigían hacia la puerta. Sobre sus cabezas zumbaban los motores hidráulicos del arma de la torreta, que se estaba desplazando. En el exterior, Cormac vio que los soldados se habían dispersado por la zona con las armas apuntando al cielo. Una vez más, apareció un CAG con las luces encendidas que aterrizó en medio del campamento. Cormac reconoció inmediatamente la figura diminuta que salió de la nave y se puso a descubierto con una sonrisa en el rostro. Al verla, los otros hombres la imitaron.

—Todo este alboroto por mí —dijo Mika, mientras cogía una maleta del CAG—. Nunca seré capaz de acostumbrarme.

Era la primera vez que Cormac la veía coqueteando. Era muy poco propio de ella. Siempre había imaginado que sería más directa.

—Me alegro de verte pero ¿qué estás haciendo aquí? —preguntó Cormac.

—Están reparando el *Soberbia* y parece una casa de locos, así que le pregunté a Blegg si podía venir para proseguir con cierto estudio. —Miró con mordacidad a los dracos mientras salían de entre los árboles y se agazapaban junto al transportador.

—¿Entonces sigue ahí... Blegg?

—Sí, y está haciendo enfadar a todo el mundo con el mínimo esfuerzo.

Caminaron hasta el transportador.

—También pensé que podríais necesitar un médico —continuó Mika—, si es que aún no tenéis...

—Hay un par de hombres capacitados, además de Thorn. Anoche se produjo un ataque, pero la mayoría de las heridas han sido curadas.

—Un ataque... ¿No fue obra del Creador, verdad?

—No, fue un grupo separatista.

Mika asintió.

—Veo una herida que no ha recibido atenciones —dijo, señalando al draco que ahora llamaban Cicatriz.

Cormac fue incapaz de pensar en una respuesta. Justo en ese momento, uno de los soldados se acercó corriendo a ellos.

—¡Señor! ¡Señor! Algo se llevó uno de los cadáveres durante la noche.

Mika miró a Cormac y Cormac miró a Mika. Ambos miraron al draco.

—Posiblemente lo hizo un animal. Tendríamos que haberlos enterrado — respondió Cormac.

—¿Quiere que los entierremos, señor?

—Como deseen.

El soldado se marchó.

—Por lo menos podríais haberles dado de comer —dijo Mika con tono acusador, antes de acercarse al draco.

Cormac observó cómo se alejaba, con una torcida sonrisa en el rostro.

Entonces, frunciendo el ceño, regresó al transportador y, una vez en el interior, llamó al soldado de la torreta.

—Usted, salga fuera un momento, por favor —dijo.

El soldado descendió de la butaca de control, lo saludó y abandonó rápidamente el vehículo. Cormac se dejó caer sobre la litera que había delante de Stanton.

—Tenías razón —dijo.

Stanton simplemente lo miró.

—¿Cuánto tiempo crees que Pelter me... hará sudar?

—Cuanto más tiempo transcurra, mayores serán sus posibilidades de éxito.

Tus hombres estarán cansados y bajarán la guardia. Sin embargo, tiene tantas ganas de matarte que le doy dos días.

—Ahora dime por qué debería creerte.

Stanton miró al suelo durante un largo momento antes de responder.

—Pelter lleva encima una enorme cantidad de dinero. Tenía intenciones de arrebátárselo en cuanto descubriera la forma de esquivar a Grúa.

—¿Grúa?

—El Señor Grúa. El Gólem descartado. Ten mucho cuidado con él. Era un Veinticinco, pero ahora está blindado y es muy duro. No imaginas qué es capaz de hacer.

—Sí que lo imagino —respondió Cormac—. Llevo dos Gólems Treinta conmigo.

Stanton lo miró durante un largo momento; entonces, una sonrisa se dibujó lentamente en su rostro.

—No creo que a Pelter le sorprenda —comentó.

—Háblame de ese dinero. Eso no es propio de ti, John. Has tenido cientos de oportunidades de deshacerte de Pelter.

—Eso mismo decía Jarvellis.

—¿Jarvellis?

Stanton le contó la historia y Cormac tomó una decisión: no podía esperar a Pelter, tenía que resolver ciertos asuntos antes de que Dragón se impacientara y tuviera una rabieta que acabara con la vida de muchos habitantes de Samarcanda. Cogió dos cajas de Enroenergía que descansaban bajo una de las literas y abandonó a

Stanton. Una vez en el exterior del transportador, se dirigió al soldado.

—Vuelva a ocupar el arma. Usted no tiene que responder a la llamada que estoy a punto de hacer.

El hombre asintió y desapareció rápidamente en el interior del transportador. Cormac sujetó una de las cajas bajo el brazo y activó su unidad de comunicación.

—Quiero que todos regreséis inmediatamente al campamento —anunció.

Se acercó a Mika, que seguía trabajando con Cicatriz, y advirtió que había tenido que utilizar alambre para poder coser el corte en la dura piel del draco. Este no parecía sentir ningún dolor. Cormac se preguntó si habría usado algún anestésico, si habría sido necesario. Dejó caer las dos cajas a sus pies y miró a su alrededor mientras sus compañeros se acercaban.

Thorn, Aiden y Cento fueron los primeros en llegar, blandiendo armas energéticas, seguidos por el sargento y los seis soldados que quedaban. En cuanto todos estuvieron reunidos, Cormac los observó durante un largo momento.

—Ahí fuera hay otro grupo que pretende atacarnos —anunció—. Si permanecemos en el campamento podrán hacerlo cuando les plazca. Conozco a su líder, Arian Pelter, y estoy seguro de que los planes que tiene se centran en efectuar un ataque terrestre, sobre todo porque en dichos planes tiene un papel destacado el Gólem descartado que lo acompaña, el Señor Grúa. —Miró de reojo a Aiden y Cento, pero no vio ninguna reacción—. No estoy dispuesto a esperar dicho ataque. He venido aquí a hacer un trabajo y eso es lo que pienso hacer. Sargento, quiero que usted y sus soldados ocupen los puestos de vigilancia y la primera línea. Usted sobrevolará el perímetro de las ruinas con el transportador; lo acompañará uno de sus hombres, que se encargará de las armas de la torreta. El resto de ustedes se moverá por el exterior de dicho perímetro. Si creen que se aproxima alguien, me informarán de inmediato y prepararemos nuestra respuesta según la naturaleza del ataque. Esa es la ventaja que tenemos frente a Pelter: él no puede improvisar. Es un tipo despiadado pero terco hasta rozar la idiotez, de modo que seguirá con sus planes hasta el final. Nosotros... —Cormac señaló a Cento, Aiden y Thorn—, nos moveremos con las motos espaciales. Si ven que nos acercamos a gran velocidad, aterricen y pónganse a cubierto. A partir de ese momento, su única preocupación será la supervivencia. ¿Alguna pregunta? El sargento negó con la cabeza.

—Perfecto, en marcha. —Quieres mantenerme alejada— dijo Mika. Cormac asintió y centró su atención en los dracos.

—Dragón quería que estuvierais aquí. Nos habéis sido muy útiles, pero no sé a qué propósito serviréis ahora. ¿Tenéis alguna sugerencia? Los dracos lo miraron en silencio.

—Muy bien, Mika. Llévalos contigo y permaneced en ese CAG. Si nos ves correr, estate preparada para seguirnos hasta el runcible. En marcha.

Los soldados se dispersaron, dirigiéndose hacia los árboles circundantes. Cormac se agachó y cogió las dos cajas que había dejado a sus pies. Para entonces, el sargento

ya estaba listo para despegar. La AG emitió un grave zumbido y levantó una nube de polvo mientras elevaba la nave hacia el cielo. Cinco motos espaciales lo siguieron. Cormac hizo una señal a los tres hombres que estaban junto a él y avanzó hasta las dos motos que quedaban.

—¿Ha habido algún movimiento en las ruinas? —preguntó.

—Ninguno —respondió Aiden—, pero no nos cabe duda de que el Creador está en uno de los silos subterráneos. Viridiana informó de que anoche, durante el ataque, se había producido un cambio en los niveles energéticos. Eso es todo.

—De acuerdo, aterrizaremos lo más cerca posible y accederemos a pie. Me gustaría tener una idea de a qué nos estamos enfrentando.

—Nos estamos enfrentando a la criatura que mató a Gant —respondió Thorn. Cormac lo miró inquisidoramente antes de continuar.

—Seguiremos operando basándonos en la premisa de que lo que Dragón nos ha contado es cierto. No me gusta, pero esas son mis instrucciones. Primero usaremos las armas de protones, pues todavía no quiero ser el responsable de destruir un lugar que es patrimonio cultural. —Miró a Cento y Aiden—. Vosotros dos podéis pilotar las motos. Thorn y yo ocuparemos los asientos traseros. Si se produce algún ataque, llevadnos al suelo, al otro lado del bosque.

Los dos Gólems montaron en las motos espaciales. Cormac dejó las dos cajas en una cesta y se sentó detrás de Cento. Mientras ascendían hacia el cielo, siguiendo a sus compañeros, se preguntó por qué los Gólems no habían hecho ningún comentario.

—¿Os molesta lo que estoy haciendo? —preguntó.

—En absoluto. La misión es muy importante y no puedes estar esperando un ataque que no sabes si va a producirse o no.

—Entonces se trata del androide, ¿verdad?

Cento tardó un momento en responder. Cuando lo hizo, fue con voz monótona.

—Si existe un infierno para nosotros, este se encuentra allí donde esté el Señor Grúa.

Tengo que afirmar categóricamente que creo en él. La Guía del Membrillo (que no creo que fuera compilada por humanos, sino más bien para confundir a los humanos) dice que fue un personaje legendario comparable a Robin Hood o al Rey Arturo. Echemos un vistazo a la leyenda: se supone que es inmortal, que posee unos poderes que le permitieron sobrevivir a la destrucción de su ciudad natal, Hiroshima, y que ha interferido en el destino humano... oh, diablos, estoy divagando. La pura verdad es que creo en él por su nombre. Por el amor de Dios, ¿qué creador de mitos que se precie se inventaría un nombre tan ridículo para alguien que es prácticamente un semidiós? Horace Blegg. Os pregunto...

Extraído de Cómo es eso, por Gordon

Jarvellis despertó sintiéndose indispuesta, pero sabía que no se debía al dolor ni a las heridas. Su situación se le antojaba una ironía: un capitán de nave sin nave y sufriendo mareo espacial. Suponía que su estado agravaba los mareos, pero sabía que la razón principal era que últimamente estaba demasiado blanda. Que ella recordara, habían pasado cinco años desde la última vez que había experimentado la ingravidez, ¿pero qué necesidad tenía de hacerlo si ahora todas las naves y estaciones espaciales disponían de platos gravitatorios? ¿Qué necesidad tenía de experimentar su antítesis, si la AG podía poner una nave en órbita? Ya ni siquiera suponía ningún problema visitar mundos en donde la fuerza de la gravedad era elevada. Se entretuvo con estos pensamientos mientras intentaba reprimir las náuseas y se preguntó cuándo regresarían los descableados para sacarla de aquel maldito armazón.

Tull fue el primero en regresar. Al verlo, Jarvellis supo que había algo que lo preocupaba, aparte de su peligrosa presencia. El hombre se acercó y revoloteó a su alrededor, inspeccionando las heridas selladas. A continuación fue a echar un vistazo a las lecturas del robot médico.

—¿Va a sacarme de aquí? —le preguntó. Tull la miró durante un prolongado momento.

—Iré con mucho cuidado para no hacerle daño —añadió. Tull no hizo nada por soltarle las grapas. Algunas de ellas estaban clavadas al hueso y Jarvellis no tenía ninguna intención de arrancárselas.

—No puedo contactar con la superficie —anunció Tull.

—Es comprensible —respondió Jarvellis—. Debían de encontrarse a la misma distancia que yo del pulso EM; seguramente, este destruyó su comunicador. Tull asintió, con aire pensativo.

—Dispongo de cámaras que rastrean todos los objetos que pueden representar un

peligro para esta estación. Acabo de echar un vistazo a la grabación.

—Ha debido de ser un magnífico despliegue de fuegos artificiales —comentó ella, incómoda.

—Sí, explosivos planos, si no me equivoco. De acuerdo con el vector de la explosión, yo diría que afectó a sus motores de infraespacio. Sin embargo, lo que me preocupa es que usted llevara esos explosivos a bordo.

Jarvellis descubrió que no tenía la energía necesaria para mentir de forma creativa, de modo que optó por mantener la boca cerrada. Cuando Tull se alejó del almacén intentó seguirlo con la mirada, pero el hombre abandonó su campo visual durante unos segundos. De repente, algo oprimió su nuca y un entumecimiento empezó a extenderse por todo su cuerpo. Era el bloqueador nervioso. Todo se apagó de cuello para abajo, excepto la respiración y los latidos de su corazón.

—¿Qué está haciendo? —preguntó.

—No somos unos incivilizados, capitana Jarvellis, pero como ya sabe, nos preocupa mucho nuestra fragilidad. Por su silencio, solo puedo asumir que ha estado implicada en algo ilegal y que, quizá, desea evitar hablar con los agentes de STC que vendrán a investigar.

—Escuche —respondió Jarvellis—. Simplemente déjenme marchar. No les causaré ningún problema. Ya he sufrido demasiado.

Tull volvió a aparecer ante sus ojos y la mujer oyó que las grapas se soltaban de su cuerpo. A un lado del hombre vio una hilera de pequeños guisantes de color rubí enfriándose. Tull los sacó del aire con una esponja absorbente. El soldador de células zumbó brevemente.

—Ya está —dijo—. Le he suministrado un litro de sangre sintética para que no sufra demasiado vértigo ni náuseas. Puede que los agujeros de las grapas y las sondas le molesten, pero pronto se curarán.

—Entonces puede retirar el bloqueador —dijo Jarvellis—. No hasta que esté seguro de que Jeth y yo estamos completamente a salvo —respondió él—. ¿Van a dejarme así hasta que lleguen los investigadores? Tull negó con la cabeza.

—Ya le he dicho que no somos unos incivilizados.

Jarvellis sintió que abandonaba el almacén. Tull la estaba propulsando hacia la puerta.

—No me costará demasiado efectuar un diagnóstico y activar otra antena. De hecho, nuestro receptor volverá a funcionar en una hora. Puede que los investigadores tarden cierto tiempo en llegar hasta aquí pues, tratándose de una nave que ha estallado en órbita con explosivos planos, creo que enviarán a alguien desde la Tierra. Los bloqueadores nerviosos, si se aplican durante cualquier periodo de tiempo, pueden ser una experiencia muy desagradable, y existe la posibilidad de que dañen a la vida inocente que usted lleva en su interior.

Ya habían cruzado la puerta. El pequeño robot apareció a su derecha y empezó a balancearse junto a ella.

—¿Estás seguro de lo que vas a hacer? —oyó decir a Jeth, aunque no pudo verla.

—Oh, por supuesto. Quemaduras de láser por todo el traje, explosivos planos... sabemos qué significa eso —respondió Tull.

Jarvellis se preguntó qué pensaría aquel hombre si le contaba cómo se había hecho en realidad aquellas quemaduras. Sería mejor que no lo hiciera, pues estaba segura de que entonces la mantendría bloqueada por su propia seguridad y la de «la vida inocente» de su interior, no por la de él y su esposa.

Tull la llevó hasta el ascensor y pulsó el botón que la conduciría al anillo exterior. Ahora pudo ver a Jeth, que sostenía un paquete de tela y una bolsa llena de objetos grandes. La mujer dejó ambos bultos junto a ella.

—Cuando llegue al anillo exterior, Sam retirará el bloqueador. A partir de ese momento, todos los ascensores permanecerán desconectados. Hay tuberías de servicio que conducen hasta aquí, pero queremos que sepa que si intenta algo así abandonaremos inmediatamente la estación, de modo que no conseguirá nada.

—Aquí hay comida y ropa —añadió Jeth. Le señaló los artículos y dio media vuelta. Parecía sentirse culpable.

—No les habría hecho daño —dijo Jarvellis—. Jamás he hecho daño a nadie.

—Muy bien —dijo Tull, retrocediendo junto a su esposa y cerrando la puerta del ascensor.

Jarvellis pensó en lo que acababa de decir. Era cierto: personalmente, nunca había causado ningún daño a nadie. ¿Acaso tenía que importarle qué hacía la gente con las armas con las que traficaba? Ellos eran los criminales. Ella solo intentaba conseguir unos beneficios decentes. Eso no era malo, ¿no?

El peso regresó y empujó su cabeza hacia la erosionada cubierta. La puerta del ascensor se abrió y, mientras lo hacía, su cuerpo recuperó la sensibilidad. Jarvellis se incorporó y miró a Sam. El pequeño robot sujetaba el bloqueador nervioso en una garra de tres pinzas; lo sostenía en alto, como si temiera que fuera a golpearlo e intentara demostrarle cuánto la había ayudado. Echó un vistazo a la ropa y las provisiones. En el momento presente, la comida estaba descartada. El cuarto de g que estaba disipando sus mareos también estiraba y retorcía todos aquellos puntos en los que sus células habían sido soldadas y donde le habían extraído las grapas y las sondas. Ahora se sentía como si alguien hubiera pellizcado su piel con unos alicates. Alcanzó el otro paquete: ropa interior desechable y zapatos náuticos, una suave camisa de tela y pantalones acolchados. Con unas manos que no parecían tener ninguna fuerza, se vistió lentamente. Cuando terminó se sentía mucho mejor y empezó a pensar qué le depararía el futuro. Aunque las perspectivas no le parecían mejores que antes, ahora empezaba a tener esperanzas. Puede que John aún no estuviera muerto... y aunque lo estuviera, puede que ella pudiera acabar con el cabrón de Pelter. Quizá, podría seguir adelante con su vida.

—Por favor, coja la bolsa y salga del ascensor, capitana —dijo la voz de Tull por el intercomunicador.

Jarvellis hizo lo que le pedía, ligeramente divertida porque el intercomunicador hubiera chasqueado igual que el del *Lyric*, con la única diferencia de que este chasqueo había sido genuino.

—Puede acomodarse en los camarotes que hay a su derecha. Los tenemos para los visitantes de la superficie.

Se dirigió hacia donde le indicaba, preguntándose dónde estarían colocadas las diminutas cámaras, pero de pronto cayó en la cuenta de que el pulso EM debía de haberlas estropeado. Todos los sistemas del anillo exterior de la estación estaban desprotegidos, de modo que la explosión los habría destruido. Las cámaras eran mucho más frágiles... y puede que en realidad no hubiera ninguna. Estaba asumiendo que Tull era tan paranoico como ella. Se detuvo junto a una puerta y presionó uno de los dos botones cuadrados que había junto a ella. En el interior se oyó un zumbido. Presionó el otro botón y la puerta se abrió. Se detuvo en el umbral; puede que estuviera entrando voluntariamente en su propia prisión. Sacudió la cabeza y dio un paso más. Cuando la puerta se cerró de nuevo, se agachó y abrió la bolsa.

Contenía fruta fresca, probablemente de la acuicultura de la estación, bocadillos envueltos en plástico transparente rellenos de algún tipo de carne e incluso un botellín de vino en cuya etiqueta ponía «Pasión». Cuando Jarvellis levantó la mirada de la bolsa, se le ocurrió pensar que no recordaría la generosidad de los descableados. Cuando los agentes de STC la procesaran por contrabando de armas y le borrarán la mente, no recordaría nada. Sería una mujer embarazada moviéndose por instintos; no sería más que un animal hasta que le descargaran una nueva personalidad, una personalidad que, creada o real, nunca sería la suya. Cerró la bolsa, se levantó y empezó a caminar. En el camarote solo podía oír la voz de Tull hablando por el intercomunicador, así que no había cámaras. Sabía que los descableados tendrían algún tipo de lanzadera AG en el centro de la estación para su uso personal, pero se preguntó si habría alguna de las lanzaderas originales en el anillo exterior.

El amanecer vertió luz de invernadero por todo el territorio. Debido al color de esta luz parecía que la temperatura era elevada, pero el día comenzó tormentoso y no mostraba indicios de cambiar a medida que avanzaba. Vistas desde arriba, las ruinas parecían el punto de impacto de una explosión en un bosque de robles azules y árboles chequer, y puede que en algún momento eso fuera exactamente lo que había sido.

Las dos motos espaciales, deslizándose sobre los edificios en ruinas, se dirigieron al anillo central de la cúpula destruida y aterrizaron en el borde del domo. El espacio era tan reducido que tuvieron que dejarlas muy juntas en un terreno aparentemente firme.

Tras ponerse los cascos, los cuatro avanzaron entre los escombros; sus botas crujían sobre los fragmentos de vidrio y el plastigón astillado por el calor. Por todo su

alrededor había viejos cables eléctricos y restos de sistemas informáticos que sufrían los efectos de la erosión. La mayoría de las superficies estaban cubiertas de líquenes grises y amarillos. Por su aspecto, estas ruinas podrían tener miles de años de antigüedad, aunque en realidad solo contaban con unos cientos. Los cuatro se detuvieron en el borde del oscuro pozo de uno de los silos subterráneos.

Cormac miró hacia la oscuridad, pensando en el significado de aquellas ruinas. Esto era lo que ocurría cuando los mundos se separaban del Régimen; esto era lo que ocurría cuando la perversa humanidad intentaba gobernarse.

—Cormac —dijo la voz de Mika por el intercomunicador—. Los dracos acaban de apropiarse del CAG. Se dirigen hacia allá.

—¡Mierda!

Cormac miró hacia el cielo pero no pudo ver la nave. ¿Qué pretendía Dragón? ¿Qué intenciones tenían aquellas criaturas? Sintió tentaciones de interrumpir la misión hasta averiguarlo, pero tras sopesar las probabilidades que tenía de recibir alguna respuesta por parte de los dracos, decidió continuar.

—Veamos qué hay allí abajo. Thorn, dispara.

Thorn se inclinó sobre el borde y disparó. El destello púrpura reveló la profundidad del silo antes de que los escombros de su interior explotaran con un destello sofocante. Algo empezó a chirriar en las ruinas que había a sus espaldas y se giraron para ver un par de pájaros corvina aleteando furiosos hacia el cielo. Thorn los siguió con la mirada durante un momento, antes de centrar de nuevo su atención en el silo. Los demás se giraron a la vez y aguardaron pacientes a que acabara la lluvia de piedras humeantes.

—No se ha movido nada —dijo Thorn finalmente, con voz aburrida.

—Probemos con el siguiente —ordenó Cormac.

Rodearon el silo, manteniéndose bien alejados del metal corroído de su reborde. Thorn efectuó unos ajustes en su arma.

—Si esto no funciona, ¿continuamos con los DCT? —preguntó.

—Tendremos que hacerlo —respondió Cormac.

Pudo ver la sonrisa de satisfacción de Thorn.

Pronto llegaron al borde del siguiente silo.

—Lecturas energéticas... difíciles de localizar —dijo Aiden. Thorn se adelantó.

—Veamos... Disparó al silo como si fuera una caja sorpresa. El visor de Cormac se polarizó, se reajustó y ante él apareció la fantástica creación de algún vidriero divino. Era un dragón, un dragón de verdad. Entonces, al momento siguiente, dejó de serlo.

El Creador parecía ser de cristal soportado por unos huesos que eran brillantes filamentos de tungsteno. Tenía un largo cuello, similar al de un cisne, que finalizaba en una espeluznante cabeza que tenía algo de lagarto y algo de mantis religiosa. Extendió las alas, que al principio parecieron de murciélago y después adoptaron el aspecto de un grupo de velas de barco. Una fuerte garra se aferró al borde del silo

subterráneo, ¿o era una mano con una forma similar al cuerpo de un milpiés, con cientos de dedos que parecían patas? Una brillante cola similar a un látigo azotó el aire y brotaron velas, aletas, luz. Cormac se quedó helado. Si el Creador medía unos cinco metros de altura, ¿cómo era posible que hubiera podido abrirse paso por un agujero de veinte centímetros? Entonces supo la respuesta: no era materia, era energía; podía adoptar cualquier tamaño. Era la primera vez que veía algo similar. ¿Acaso la broma definitiva de Dragón había sido designarse así porque la raza que lo había creado tenía este aspecto?

—¡Hijo de puta! —dijo la voz de Thorn sobre la estática del comunicador.

Entonces disparó. El rayo de protones golpeó al Creador y se difundió por el otro lado. La criatura retrocedió de un salto y un rayo de luz blanca brotó de sus mandíbulas, salpicó a Thorn y se envolvió a su alrededor. Por un momento pareció que estaba forcejeando contra unas serpientes de luz, pero entonces, como si acabara de quedarse sin fuerzas, fue lanzado por los aires. Cento y Aiden también dispararon. En respuesta, dos rayos de diferente color los golpearon. Ambos quedaron sentados en el suelo de un batacazo indigno. Cormac bajó su arma cuando la criatura se alzó sobre él. En ese momento, un CAG pasó a toda velocidad sobre su cabeza, dio media vuelta y regresó. Cormac pudo ver a los dracos, puesto que la parte superior de la nave había sido arrancada. Uno de ellos estaba disparando una carabina láser. Las agujas de luz roja centellearon en el cuerpo del Creador, pero no hubo ningún otro efecto visible. El vehículo volvió a pasar sobre ellos una vez más y se alejó. El Creador lo siguió con la mirada, emitiendo un fuerte suspiro similar al sonido de un vendaval, antes de centrar de nuevo su atención en Cormac.

El agente se agachó y dejó su arma en el suelo. Por la unidad de comunicación podía oír extraños silbidos y chasquidos. El Creador acercó más su cabeza. Sentía la energía de aquella criatura como una tensión en su rostro y un tamborileo en los huesos. Pudo ver que tenía tres ojos y que sus quijadas de cristal se abrían desde los lados de las mandíbulas. Cormac miró hacia la garganta del infierno.

De nuevo, los disparos del láser centellearon en el interior del cuerpo de cristal: los dracos habían regresado. El CAG dio media vuelta, sin dejar de disparar. El Creador volvió a emitir aquel sonido de vendaval, pero ahora Cormac tuvo la impresión de que había un elemento de furia en él. Un fogonazo de fuego salió por su boca, dando de pleno en el CAG. El vehículo se estremeció y desde el cielo cayeron algunos fragmentos, antes de que se estremeciera de nuevo y algo detonara bajo su cubierta. Dejando atrás una estela de humo, la nave descendió en picado y se estrelló en el bosque, al norte de las ruinas. El Creador giró la cabeza y miró de nuevo a Cormac, abriendo y cerrando sus mandíbulas de cristal con indecisión... o con anticipación. Entonces, con una descarga de energía y luz, se alzó hacia el cielo, permaneció suspendido en el aire durante un momento y salió disparado hacia los árboles.

—¡Oh Dios mío! ¡Oh Dios!

—Coronel, responda por favor, señor. La criatura...

—¿Qué cojones...?

—¡Eche un vistazo a esto!

—¡Cierra el pico, Goff! ¿Coronel? ¿Coronel?

A Cormac no le apetecía responder. Podía arreglárselas sin aquellas balbucientes voces humanas. En este lugar había una quietud que deseaba saborear pero, mientras permanecía de pie inmóvil, su sentido del deber se reafirmó. Con un suspiro, regresó al mundo real.

—Cormac al habla.

—Señor, un CAG apareció en el bosque, una criatura... luz... Aterrizó donde se estrelló el CAG.

—¿Qué está ocurriendo ahora?

—Árboles... en llamas... ¡No, ahora está ascendiendo!

Cormac miró entre las ruinas y vio al Creador ascender por el cielo. Los dos dracos se perfilaban contra su cuerpo, negros como si la fantástica luz los hubiera calcinado. De repente se convirtió en un torpedo actínico y, mientras sus alas se aferraban al aire, se desenfocó hasta convertirse en un rayo de fuego que se dirigía hacia el este.

Le bastó una mirada al polvoriento portal para saber que aquel vehículo carecía de AG. Su cuerpo principal era un cilindro aplastado que finalizaba en una cabina de cristal de cadena de pantalla completa. A ambos lados de la cabina descansaban un par de motores de iones y había otro par delante de una aleta estabilizadora, a modo de gigantesco timón. Cada uno de los cuatro motores era una esfera con un trozo suelto que mostraba el entramado de su interior. Todos ellos podían rotar de forma independiente para impulsar la nave hacia adelante o hacia atrás, pero solo mientras no se dañaran entre sí. Jarvellis no sabía si la lanzadera estaba llena de combustible ni si su pequeño tokomac de fusión todavía funcionaba. La nave descansaba en el suelo de la pequeña plataforma, con las puertas abiertas ante ella y el arco de la estación alejándose en curva hacia el espacio. Si deseara llegar hasta ella tendría que recorrer diez metros de suelo a través del vacío. Eso no habría supuesto demasiado problema a los descableados y seguramente ella también podría hacerlo, pero antes necesitaba saber cuánto tardaría la esclusa de este lado de la plataforma en dar la vuelta entera. ¿Cuánto tardaría en hacerlo la esclusa de la lanzadera? ¿Habría atmósfera en su interior?

Jarvellis se alejó del portal y miró a su alrededor. El deteriorado pasillo trazaba un arco alrededor de la cubierta y a sus espaldas se abría una serie de puertas. Probó a abrir una de ellas y en esta ocasión apretó el botón correcto a la primera. La puerta se deslizó hacia un lado con un suave sonido chirriante, revelando una habitación en forma de cuña que estaba completamente vacía. En la quinta puerta que abrió

encontró las taquillas y pronto estuvo inspeccionando un traje espacial que hacía que el que ella había guardado en el *Lyric* pareciera el último grito en tecnología. Tenía un casco de cristal plastificado lleno de arañazos, es decir, un casco que podía romperse. El material del traje estaba dispuesto en capas y no era más que eso: material. No estaba blindado ni tampoco era hermético. El aire lo suministraba una bombona externa provista de un conducto vulnerable que se conectaba en el anillo del cuello. Al limpiar el polvo de una vieja pantalla digital descubrió que la bombona contenía aire, aunque no sabía si la lectura hacía referencia a la presión del traje o la atmosférica. Con dificultad, se puso el traje y sostuvo el casco bajo el brazo mientras avanzaba hasta la esclusa. La puerta interior, un objeto enorme y muy grueso que se movía sobre bisagras, se abrió con un sorprendente silencio. Cuando entró, fue recibida por un sonido muy diferente.

—¿Es usted quién está en esa esclusa, capitana Jarvellis? —preguntó Tull por el intercomunicador.

Jarvellis lo ignoró, se puso el casco y giró sobre sus talones. Puede que los cierres no funcionaran demasiado bien, aunque también era posible que funcionaran durante el tiempo suficiente. Abrió la válvula de la bombona de oxígeno y recibió un silbido de aire respirable, aunque con un olor ligeramente pútrido.

—Capitana, por favor, salga de esa esclusa. Muy poco equipo del que disponemos ha sido reparado. Podría matarse... oh, ya veo... No le aconsejo que intente usar esa lanzadera. ¿No se da cuenta de que carece de AG? Esos motores de iones... De... ten...

La esclusa interna era irisada. No hizo ningún ruido mientras se abría, debido a que ya no había ningún aire que transmitiera el sonido. Jarvellis descubrió que esa era una forma perfecta de hacer callar a Tull. Se apresuró hacia la lanzadera. La puerta que vio carecía de esclusa, pero cuando giró las dos asas que había a los lados, se abrió sobre sus goznes. Tenía una única junta estanca, de modo que la lanzadera se llenaría de aire solo cuando estuviera cerrada. En la época en que esta estación fue construida, el peso había representado un papel crucial y una esclusa completa habría resultado excesivamente pesada. La mujer accedió al interior de la nave y cerró la puerta. Un vapor blanco escapaba de los pliegues del codo del primitivo traje. Advirtió que también escapaba alrededor de la anilla del cuello y que pintaba destellos de escarcha sobre el cristal plastificado.

La cabina de la lanzadera era una simple caja provista de fijaciones en el suelo para sujetar las butacas o las correas de carga. En la parte delantera había otra puerta con bisagras. Avanzó rápidamente hasta ella e intentó mover las asas. Nada. Entonces dejó caer todo su peso sobre ellas y empezaron a moverse justo antes de que sus pies abandonaran el suelo. Descendió de nuevo y atrancó el pie en uno de los anclajes para volver a intentarlo. El vapor se extendió por el suelo pero pronto se disipó. En cuanto consiguió abrir la puerta, accedió al interior y, mientras la cerraba, descubrió que jadeaba por la falta de oxígeno, pues cada vez le llegaba menos. Un botón. *Ciclo*.

Lo golpeó y se arrastró hasta una polvorienta butaca situada ante el panel y la columna de control. Buscó una pantalla y la encontró sobre el suelo. Estaba barrada e ignoraba qué se requería para activarla. Cuando el vapor dejó de entrar por el cierre se quitó el casco; no había demasiada diferencia, puesto que en el traje apenas quedaba oxígeno.

—Capitana Jarvellis... Jarvellis... Espero que pueda oírme. ¿Puede oírme?

—Sí, puedo oírlo, Tull —respondió.

—Bien —dijo el descableado—. Para que no nos mate a todos intentando poner en marcha esos motores de iones dentro de la estación, le explicaré cómo se utiliza el impulsor magnético. La ayudaré a salir de esa bodega y marcharse bien lejos.

Jarvellis se recostó en la butaca. El relleno crujió bajo su peso y el polvo revoloteó por la cabina. Mientras observaba los antiguos controles, se preguntó si no sería mejor someterse dócilmente al borrado mental.

—Entonces adelante. Explíqueme cómo salir de aquí —respondió.

Aiden y Cento tenían la cabeza agachada y los hombros caídos, como si estuvieran extenuados. Cormac vio que sus emulaciones también se habían desconectado: no había ninguna respiración que moviera su abdomen ni ningún parpadeo que cruzara sus ojos. Como dos marionetas a las que hubieran cortado las cuerdas, permanecían sentados sobre el plastigón cubierto de líquenes y fragmentos de cristal. Sus armas yacían en el suelo junto a ellos, ignoradas.

—¿Aiden? ¿Cento?

¿Había algo ahí? ¿El temblor de un movimiento? Cormac no podía creer que hubieran sido deshabilitados por completo. Nunca había visto ningún arma con una capacidad semejante, excepto las pistolas de protones.

—¿Aiden?

Aiden levantó lentamente la cabeza y miró a Cormac como si no lo reconociera. Pestañeó una vez, muy despacio, y por un momento pareció que iba a preguntarle algo. Entonces, sus hombros se enderezaron, su emulación de respiración se reinició y empezó a levantarse.

—Justo lo suficiente para bloquear nuestros sistemas —dijo, y miró a su compañero.

Cento tardó algo más en recuperar su aspecto humano. Primero ensayó una sonrisa que era una parodia y cuando logró restablecer su emulación de respiración, también él se levantó. Cormac les dio la espalda y se acercó a Thorn.

—¿Thorn?

Thorn estaba tendido sobre su espalda, mirando al cielo. Había quemaduras en su ropa y un fuerte olor a pelo quemado a su alrededor. Cormac advirtió que su barba necesitaba un buen repaso. El casco yacía junto a él, con el cristal aún polarizado, y su arma se encontraba a cierta distancia. Un hilillo de sangre se había coagulado bajo

su nariz.

—Debía de ser un paralizante de nivel tres —dijo con voz tensa, antes de mirar a Cormac. Cento y Aiden pasaron junto al agente, se agacharon a la vez y levantaron a Thorn.

—Debía de ser el máximo de su capacidad —comentó Thorn, con piernas temblorosas. Entonces, liberando su brazo derecho del agarre de Cento, se acarició la barba y frunció el ceño.

Cormac miró a los tres con aire reflexivo: las únicas lesiones reales parecían afectar a su dignidad.

—Os derribó porque le disparasteis. Que tenga la habilidad de derribar a Aiden y Cento significa que tiene la capacidad de matarte, Thorn... Dime, Aiden, ¿dirías que esa criatura está completamente constituida de campos energéticos?

—Eso es imposible. Tiene que tener alguna distribución de materia a la que los campos puedan sujetarse, por difusa que sea esta. Dragón dijo que era parcialmente gaseoso.

—Entonces sé cómo matarlo. Del mismo modo que ella sabía exactamente cómo matarnos a nosotros. Vamos. —Mientras regresaba junto a las motos espaciales, Cormac sacó su unidad de comunicación—. Sargento, lleve el transportador al campamento y ordene a sus hombres que desciendan y que vuelvan a rodear el perímetro. —Desconectó la unidad mientras el sargento transmitía sus órdenes y se volvió hacia Thorn—. Thorn, quiero que me digas si esto es verdad: cuando descendimos por aquel eje, un monstruo nos atacó y nosotros le disparamos.

—Sí —dijo Thorn.

—No, ahí está el error. Puede que se abalanzara sobre nosotros y puede que pareciera que intentaba atacarnos, pero no destruyó a Cento ni mató a Gant hasta que nosotros abrimos fuego.

—Resulta difícil saberlo con certeza —replicó Thorn.

—Así fue como ocurrió —respondió Cormac—. Puede que tuviera intenciones de atacarnos, pero no lo sabemos con certeza. Lo que sí que sabemos es que era una máquina orgánica agonizando por el frío.

Cormac señaló las motos y Aiden y Cento montaron en ellas.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó Thorn, mientras se sentaba detrás de Aiden.

—Estoy diciendo que voy a llegar a la verdad de todo este asunto. Verás, solo hemos oído una versión de la historia, y me gustaría conocer la otra. —Tocó su unidad de comunicación mientras Cento llevaba la moto hacia el cielo—. Mika, reúnete con nosotros en el transportador, por favor. Voy a necesitar tu ayuda.

—Vas a necesitar mi ayuda.

Cormac sonrió ante aquel amago de pregunta y desconectó la unidad. Esta incapacidad para formular directamente una pregunta podía ser un grave defecto. Al mirar hacia abajo vio que el transportador estaba aterrizando y que la figura diminuta de Mika avanzaba airada hacia él. Las otras motos espaciales empezaron a descender

sobre el bosque, alrededor del campamento. Cuando Cento aterrizó, Cormac bajó de un salto e hizo una señal a sus tres compañeros.

—Venid conmigo.

Se encaminó hacia el transportador, miró a Mika, que estaba esperando junto a él, abrió la puerta y asomó la cabeza.

—Sargento, ¿usted y su oficial tendrían la amabilidad de dejarnos solos un momento?

El sargento y el artillero salieron del transportador con expresiones de desconcierto en sus rostros.

—¿Qué... qué era eso, señor? —preguntó el sargento.

—Un dragón —respondió Cormac—, un dragón de verdad.

En cuanto todos estuvieron en el interior, cerró la puerta del transportador ante el perplejo rostro del sargento. Miró a Stanton, que seguía atado a la litera, e indicó a los demás que se sentaran. Con aire meditativo, empezó a pasearse por la nave, dándose golpecitos en la barbilla con el dedo.

—Veamos... Aiden, quiero una línea de comunicación directa con Viridiana. Quiero a Blegg y Chaline en el otro lado lo antes posible.

—Debería poder establecer el enlace con el receptor de este transportador.

—Entonces, hazlo.

Aiden se levantó y se dirigió a la parte delantera de la nave. Pronto estableció contacto con Viridiana. Cormac se volvió hacia Thorn, Cento y Mika.

—Decidme... ¿qué opináis de todo esto? Y tú, Thorn, recuerda lo que te he dicho. Thorn lo sorprendió respondiendo inmediatamente.

—Creo que los rayos de protones lo molestaron un poco... o simplemente lo sorprendieron. Se defendió de una molestia. Estaba más interesado en los dracos.

—Eso es evidente —comentó Mika.

—Se apoderaron del CAG... ¿por qué crees que lo hicieron? —le preguntó Cormac.

—A juzgar por lo que he aprendido de su conducta anterior, me siento inclinada a pensar que querían defenderte.

—Anteriormente, ese vehículo disponía de techo. ¿Debo asumir que ellos lo arrancaron?

—Sí, primero estaban ahí quietos y al momento siguiente habían arrancado el techo del coche. Había un arma bajo el asiento. Cicatriz se hizo cargo de ella. Me ignoraron, aunque era evidente que yo no tenía intenciones de interferir. Cualquier criatura capaz de arrancar placas como esas...

Cormac pareció reflexionar.

—El arma era una carabina láser, un arma bastante poco efectiva dadas las circunstancias, puesto que nosotros blandíamos pistolas de protones.

—Quizá no eran conscientes de que una carabina láser no podía hacerle ningún daño —sugirió Cento. Cormac miró al androide durante un momento.

—No, creo que comprendían perfectamente la situación. También creo que nos estamos centrando en el punto equivocado. El arma que usaron no es lo principal.

Lo que tenemos que preguntarnos es por qué arrancaron el techo de ese CAG.

—Para tener mejor ángulo de tiro —propuso Cento.

—Te vuelvo a repetir que no se trata de eso. Solo tenían un objetivo.

Fue Thorn quien dio la respuesta correcta.

—Para que el Creador pudiera verlos.

—Exacto —dijo Cormac—. Creo que ahora nos encontramos en el camino correcto. Esos dracos estaban aquí para llegar al Creador, para obligarlo a defenderse.

—Miró a Thorn—. Igual que aquella criatura del túnel... quizá. —Thorn apartó la mirada—. Creo que su único propósito era ese. Puede que tuvieran otro en caso de que yo dejara de ser la apuesta más segura de Dragón para matar al Creador, pero supongo que eso ya nunca lo sabremos.

—Sabemos que Dragón dice mentiras —dijo Thorn.

—Sí, pero lo que no sabemos es cuántas dice ni cuán profundas son. Thorn, el Creador os dejó aturcidos a Cento, a Aiden y a ti, pero contigo utilizó una forma distinta de energía. Aiden dijo que había utilizado justo la necesaria para bloquear sus sistemas, mientras que tú dijiste que te había atacado con un paralizante de nivel tres, algo que, por casualidad, es el límite de seguridad máximo usado por ST para controlar a las multitudes. Fue un ataque específico, de modo que deseaba asegurarse de que podíais soportarlo y que no os mataría. ¿Os parece que ese comportamiento es propio de un psicópata?

—No, pero... Cormac se volvió hacia Cento.

—¿Una colisión a una velocidad ligeramente inferior a la de la luz mataría a esa criatura?

—Sí, es muy probable.

—Aiden, ¿cómo va esa conexión?

—Samarcanda II y Blegg están preparados, pero Chaline aún tardará unos minutos.

—¿Viridiana está ahí?

—Sí.

—Pregúntale adónde fue el Creador.

Tras una breve conversación, Aiden dio la espalda al panel.

—Viridiana dice que se desplazó unos doscientos kilómetros hacia el este y que después se sumergió en un sistema de cavernas que hay allí. Las cavernas Thuriot, junto a las montañas Thuriot... Espera, el sargento acaba de informarme de que un CAG sobrevolaba en círculo los límites del radar justo entonces.

—Vayamos por partes —dijo Cormac—. Sabe qué tiene que hacer. —Se rascó la cabeza y contempló la pared durante un instante—. La situación es crítica, así que lo primero que deseo es quitarme de encima a Pelter y a su androide asesino. Creo que nos dirigiremos unos ciento cincuenta kilómetros al oeste y buscaremos un lugar

adecuado para instalarnos.

—¿Otra trampa? —preguntó Thorn.

—Quizá. Ya veremos.

—Chaline ya está en línea —dijo Aiden.

Cormac se levantó, avanzó hasta la parte delantera del transportador y ocupó el asiento que había junto a él. Thorn miró a Mika con una expresión inquisidora.

—Si no nos lo quiere contar no lo hará —dijo esta, encogiéndose de hombros.

—Primero dice que el Creador no es un asesino y al minuto siguiente dice que sabe cómo matarlo —comentó Thorn—. A veces es de lo más opaco.

—Sabe lo que hace —replicó Cento.

—No he sugerido lo contrario.

Los tres se acercaron a la parte delantera para escuchar la conversación.

—Chaline —dijo Cormac—. ¿El runcible de fase dos está preparado ya?

—Sí, y habría sido instalado durante las próximas diez horas si no estuviera en esta maldita nave y si no hubiera otras interrupciones.

Cormac sonrió.

—Me temo que las habrá. Dime, ¿cuánto tiempo tardarías en reubicar el runcible de fase uno?

—¿Qué? ¿Qué diablos pretendes que...?

—De momento, tómatelo como una pregunta hipotética.

Chaline se tranquilizó.

—Dependería de dónde lo quisieras. Lo que lleva más tiempo es instalar los cables superconductores.

—¿Y si usaras un emisor de microondas?

—Supongo que así sería más rápido. ¿A qué distancia lo querrías?

—A unos quinientos kilómetros de cualquier otra instalación.

—¿Y por qué querrías hacer algo así?

—Limítate a responder la pregunta, por favor.

—De acuerdo, unas treinta horas, si todo el personal disponible echara una mano.

—¿La IA podría controlarlo desde la nueva instalación?

—Por supuesto que podría —respondió la voz de una aristócrata aburrída.

—Blegg, si el Creador nos sigue por el runcible de fase uno, habiendo destruido los amortiguadores después de nuestra transmisión, será probable que muera.

—Supongo que querrás que Dragón esté al corriente de esto —respondió Blegg—. Debes mantenerlo informado...

Cormac sonrió y movió la cabeza. ¿Cómo diablos podía saberlo?

—Por supuesto —dijo—. Y debemos acabar con él lo antes posible. Debe ser castigado por las muertes de los habitantes de Samarcanda.

—Comprendo. ¿Has tenido ya un encuentro con ese Creador?

—Sí, y quiero estar delante cuando sea destruido. Sé que los detonadores remotos podrían... Chaline lo interrumpió.

—¿Habéis perdido la cabeza? ¿Pretendéis destruir otro runcible?

La voz de Blegg fue suave como una serpiente.

—Si es necesario lo haremos, ¿entendido? Cormac se preguntó si Chaline podía oler el ajo de su aliento y ver las motas doradas de sus ojos.

—Entendido —respondió Chaline, con voz tensa.

Tierra Central confería autoridad a Blegg. Se podía discutir con él... pero era un ejercicio inútil.

—¿Entonces os encargaráis de los preparativos? Quiero que dejéis un arma de protones en la esfera de contención. Para ello, tendréis que desconectar cualquier dispositivo de prohibición. También quiero un CAG rápido junto al runcible, con una pasarela cubierta que lleve hasta él. Y dejad en él tres trajes térmicos.

—Nos pondremos en contacto contigo cuando todo esté preparado. Dragón será informado.

—Bien. En cuanto contactéis con nosotros, rociaremos al Creador con los DCT. Eso es todo. —Cormac apoyó el dedo en el labio inferior y observó la pantalla hasta que se cortó la transmisión—. Probablemente, Dragón ha oído todas y cada una de esas palabras —comentó, dirigiéndose a sus compañeros—. Debe de tener acceso a la red, puesto que bloqueó la información relativa a la llegada de los dracos a Samarcanda; además, creo que el hecho de que siguiera al Creador hasta ese planeta lo confirma. Estoy seguro de que está al corriente de todo lo que ha ocurrido aquí. Hay muy poca información que se le pueda escapar.

—¿Vas a decirnos qué pretendes? —preguntó Thorn.

—La verdad es que todavía no lo tengo decidido. Como diría Blegg, me estoy dando libertad para subterfugios. Creo que de momento tendréis que contentaros con esto. Más adelante, lo que oigáis será lo que necesitaréis saber. —Centró su atención en Aiden—. Aiden, quiero que abras un canal con Viridiana desde mi unidad de comunicación. Preferiblemente por el infraespacio, codificada y mezclada de forma aleatoria.

Aiden asintió. Todos esperaron a que Cormac les contara algo más. Thorn se impacientó.

—¿Y bien? —lo apremió.

—¿Y bien? Bueno, no he comido nada desde ayer y estoy famélico. Propongo que comamos algo antes de ponernos en marcha. Tenemos que ocuparnos de Pelter. No puedo tener un imponderable como él a mis espaldas mientras me ocupo... de otras cosas.

Política (extracto): *Todo el mundo sabe que estamos viviendo en una meritocracia y que quienes están al mando no son humanos. Todo el mundo sabe que son las IA quienes manejan la batuta. ¿Quién confiaría en un gobernante planetario humano? ¿Quién confiaría en los humanos para controlar la extensa propagación de migración y comercio humano? Sin duda alguna, los humanos no. Como dijo en cierta ocasión aquella sublime IA a la que denominamos «Tierra Central»: «Los humanos son máquinas rápidas que sirven al propósito de genes lentos». La mayoría de las personas que piensan de la forma correcta estarán de acuerdo en que nuestro propio destino no nos puede ser confiado y estarán satisfechas por que las cosas sean como son. Nuestra historia debería ser una lección saludable que ocupara el primer plano de nuestras mentes cada vez que pensáramos en estos asuntos. En la actualidad los acontecimientos no culminan con resoluciones sangrientas, como ocurría en el pasado. Ninguno de vosotros ha visto a las máquinas matándose entre sí, ¿verdad?*

Extraído de Cómo es eso, por Gordon.

Los raíles magnéticos levantaron la lanzadera sobre el suelo de la plataforma, como la AG.

—Eso es —dijo Tull por el intercomunicador—. Ahora levántelo en línea recta. Irá en sentido contrario a la rotación de la estación, de modo que no debería tener ningún problema. Obviamente, una vez fuera, descenderá a un cuarto de g.

—¿En qué dirección?

—Dependerá del momento en que pase por la puerta. Le sugiero que lo haga la próxima vez que Viridiana aparezca a la vista.

Genial, muy técnico.

Mientras esperaba, Jarvellis mantuvo los ojos en la puerta y la mano en la palanca. El espacio que se abría al otro lado de la puerta ya estaba siendo invadido por una neblina azul verdosa, de modo que el planeta aparecería de un momento a otro.

Cuando el arco de Viridiana ascendió lentamente ante sus ojos, empujó la palanca hacia delante. No le gustaba nada la idea de descender directamente hacia el planeta a un cuarto de g mientras aún intentaba averiguar cómo funcionaban los controles de la nave. La lanzadera aceleró lentamente hacia la puerta, mostrándole una mayor superficie del planeta; en cuanto estuvo en el exterior, descendió con tanta brusquedad que solo los arneses de su asiento impidieron que saliera despedida hacia el techo. Al levantar la mirada advirtió que la estación estaba retrocediendo a una

velocidad abrumadora. Movi6 la columna de control y fue recompensada por el chasquido cacof6nico de los motores de iones al ponerse en marcha.

—Todo o nada —dijo, y apret6 un bot6n en el que ponía «Sistema electr6nico». No ocurri6 nada; no hubo ning6n destello ni ninguna corriente de energía. Se inclin6 hacia delante y se gir6, como si quisiera ver los motores de iones. El resplandor que había debajo era tan vigoroso como el de una tostadora averiada. Jarvellis observ6 los botones disponibles. «Suministro de combustible» parecía el m6s adecuado, así que lo puls6. Se inici6 un bombeo en alg6n punto situado a sus espaldas y oy6 un rugido balbuciente a su derecha. Su perspectiva de Viridiana se lade6 y sigui6 girando. El rugido se inici6 a su izquierda, pero el giro no fue corregido y el horizonte qued6 invertido. Movi6 la columna de control para corregirlo. ¿Por cierto, c6mo diablos reduciría la potencia? Le llev6 unos minutos de frenética b6squeda descubrir que su pie estaba pisando un pedal.

—Aquí control de Viridiana llamando a lanzadera Nix. Responda, por favor.

Jarvellis ignor6 la radio y se centr6 en pilotar la nave. No sabía c6mo regresar al planeta. La configuraci6n de los motores parecía estar diseñada solo para la reentrada. ¡*Piensa!* Entonces se dio cuenta de que estaba pensando como una persona que ha vivido demasiado tiempo con gravedad. Estaba pensando en t6rminos de arriba y abajo. Movi6 la columna de control y lade6 la nave de modo que Viridiana quedara justo sobre ella y entonces aplic6 energía.

—Aquí control de Viridiana llamando a lanzadera Nix. Responda, por favor.

Ahí estaba el indicador de velocidad de vuelo, y allí un altímetro que proporcionaba una lectura muy extraña. Lentamente, Jarvellis empez6 a comprender qué significaba cada uno de los medidores y de las pequeñas pantallas. Había logrado que la nave adoptara una 6rbita estable cuando una voz completamente distinta habl6 por la radio.

—Aquí Viridiana. Que el lunático que pilota esa antigualla responda. No tengo nada en contra de que quiera matarse, pero est6 entrando en un espacio aéreo ocupado.

Mierda, era la IA del runcible. Jarvellis busc6 un bot6n para desconectar la radio, pero no lo encontr6 por ninguna parte, aunque sí encontr6 una pantalla plegable que salía del viejo panel. Esta centelle6 para mostrarle la misma panorámica que había visto desde la pantalla delantera. Puls6 un bot6n y la imagen centelle6 dando paso a una que identific6 (en la esquina inferior derecha de la pantalla) como infrarroja. Fue pulsando los botones y abriendo todo tipo de imágenes interesantes, pero no encontr6 ninguna que pudiera impedir que se diseminara por toda la superficie del planeta si no descubría antes la forma de aterrizar aquel aparato.

El transportador aterriz6 en un valle, en la estribaci6n del sistema de cavernas de las montañas Thuriot. Estas montañas eran las masas laminadas que había visto desde la

instalación runcible y no tenían nada que ver con ningún sistema montañoso que Cormac hubiera podido imaginar, quizá porque en un planeta con mayor atracción gravitatoria como la Tierra no podían darse formaciones tan extrañas. Levantaron el campamento a escasa distancia del lugar en donde desaparecían los robles azules y los árboles chequer del bosque de Magadar, en un terreno nivelado cubierto de líquenes árticos y brotes de nuevos árboles.

—Si vienen a pie, se aproximarán desde el bosque —dijo Cormac a Thorn—. Sargento, quiero que haya alguien en el arma de la torreta en todo momento. Organice turnos si es necesario. Quiero que usted se encargue del panel de control y coordine la información de los escáneres. Mantendremos los canales abiertos para que pueda transmitir todo lo que reciba.

—De acuerdo.

—Sus artilleros abrirán fuego sobre cualquier objeto aerotransportado. Quiero que disparen a cualquier cosa que vuele, incluso a los zánganos de vigilancia. Si se aproxima cualquier CAG sin identificarse quiero que lo derriben. En marcha. Lo mantendré informado.

—El otro grupo llegó a pie —dijo Thorn, mientras el sargento se alejaba—. No se arriesgó a hacerlo por aire, y dudo que Pelter lo haga.

—No quiero asumir ningún riesgo. Hay dos pistolas automáticas en el transportador. Instálalas en los árboles y pon a dos hombres a los lados. Entre ellos y los árboles quiero puntos débiles.

—¿Crees que es buena idea?

—Aiden y Cento estarán allí vigilando. Si algo cruza el bosque, lo disparemos en ese espacio abierto.

—Aquí no hay demasiados lugares donde ponerse a cubierto —replicó Thorn, mirando inquisitivamente el bloque inclinado que había detrás del transportador.

—Te equivocas. Excavaremos.

—Ah...

Cormac le indicó con la cabeza el bloque y el terreno que se extendía tras él.

—También quiero excavar agujeros en esa zona, pero que nadie los ocupe; solo quiero que parezca que lo están. Y a ti te quiero en ese bloque con la pistola de protones. —Thorn asintió al oír estas palabras; Cormac continuó—. En cuanto todo esté preparado, que todo el mundo descanse hasta el anochecer.

—¿Y si no se produce ningún ataque? Nos espera otra misión. —El Creador puede esperar. Permaneceremos en este lugar varios días si es necesario. Como he dicho, deseo quitarme de encima a Pelter.

Les llevó el resto de la mañana preparar las defensas y excavar las trincheras. El terreno era muy pedregoso y a un metro de profundidad había una capa de permafrost. Contaban con una cizalla eléctrica que podía rebanar prácticamente todo y las ondas EM de un fusil de pulsos pronto derritieron el permafrost, pero los soldados tuvieron que acabar las trincheras con palas. Era un trabajo extenuante para

unos hombres que no estaban acostumbrados, y puede que no hubieran terminado hasta bien entrada la noche si Cento y Aiden no les hubieran echado una mano. A continuación, el sargento y sus hombres descansaron en sus tiendas, quizá intentando recordar si el oficial de reclutamiento de ST había dicho algo sobre tener que excavar agujeros. Aiden y Cento desaparecieron entre los árboles.

La noche cayó y ya no había nada que hacer más que esperar. Cormac examinó el trabajo realizado y se dirigió al transportador.

Cuando estaba a punto de llegar, vio que Thorn llevaba a Stanton al interior. Incluso los hombres estimulados tenían que vaciar sus vejigas de vez en cuando. Siguió a los hombres hasta el interior y observó en silencio mientras Thorn ataba al prisionero a su litera. En cuanto terminó, Thorn le asintió con la cabeza y los abandonó, con la pistola de protones bajo el brazo. Cormac echó un vistazo a su alrededor. El sargento estaba en la parte delantera de la nave, observando una pantalla del panel de control, y podía oír a Mika moviéndose por algún lugar de la sección posterior.

—Sabes, John —dijo—. Eres culpable de prácticamente todos los crímenes registrados. Stanton lo miró con hastío.

—Lo sé.

—¿Por qué? Desde la primera vez que te vi que me sigo haciendo esa pregunta. Tal y como trabajas, no era necesario que recurrieras al crimen. Podrías haberte labrado una fortuna en el Régimen. ¿Querías emociones fuertes? ¿Peligro?

—Quizá —respondió Stanton—. ¿Pero cuántas personas conoces que hayan tomado una decisión informada en su juventud? Para mí, el crimen fue al principio una forma de supervivencia, y después una forma de vida. Ya sabes cómo son las cosas más allá de la Línea.

—Lo sé. —Cormac dio media vuelta, pero al instante se giró—. No creo que haya nada que yo pueda hacer. Has matado a muchas personas y algunas de ellas eran ciudadanos inocentes del Régimen —dijo.

Stanton estaba a punto de responder cuando la voz de Aiden sonó por el comunicador de Cormac. Sacó la unidad de su bolsillo.

—¿Qué ocurre?

—Un mensaje de Viridiana —dijo la voz de Aiden—. Puede que no sea relevante, pero ha sido expulsada una lanzadera desde la vieja estación orbital.

—¿Quién hay allí normalmente?

—Al parecer descableados, pero Viridiana me ha informado de que no descienden a la superficie con demasiada frecuencia. Suelen hacerlo una vez cada diez años, en exoesqueletos, para comprar reservas que no pueden manufacturar. Puede que no sea importante.

—De acuerdo, manténme informado.

Cormac guardó la unidad en su bolsillo y miró a Stanton con ojos inquisitivos.

—No tiene nada que ver con Pelter. Es imposible que haya ido hasta allí —

anunció el prisionero.

Cormac se levantó y se dirigió a la puerta. Una vez allí vaciló, se quitó la unidad del bolsillo y la desconectó. A continuación cogió una pistola ligera que había encontrado para su gran alegría entre el armamento del transportador.

—Sabes, John, te harán un barrido total de la mente. ¿Eso es lo que quieres?

—¿Me estás haciendo una propuesta?

—Sí.

—En mi interior conservo lo suficiente de mí para no desear morir —respondió Stanton—. Sin embargo, tampoco deseo recordar.

Cormac asintió, guardó la pistola y abrió la puerta. Antes de salir, volvió a conectar su unidad.

La noche transcurrió sin que nada ocurriera y el alba reveló frutos rojos en los árboles chequer. El aire transportaba el fragante aroma de la lavanda y las abejas adaptadas zumbaban entre la espesura. A sus pies, una ligera escarcha veneraba a los brotes y los líquenes que crecían en los límites del bosque. Cormac bebió un sorbo de café, lanzando una bocanada de vapor a la clara atmósfera. Deseaba que su mente estuviera igual de clara. Dormir tres horas lo había resucitado ligeramente, pero sabía que necesitaba hacerlo durante ocho horas sin interrupciones. Con el café se tomó un par de pastillas para mantenerse despierto, y no fue el único que lo hizo.

Mientras paseaba por el campamento para ver cómo iban las cosas, el soldado Tarn salió a rastras de su tienda y se detuvo, rascándose la cabeza y bostezando. Al ver a Cormac adoptó una expresión de culpabilidad, introdujo el brazo en la tienda en busca de su fusil de pulsos y, tras cargarlo al hombro, se levantó.

—Una mañana preciosa, señor —dijo.

Cormac asintió y Tarn se alejó apresuradamente.

—Todos te tienen un gran respeto.

Cormac se giró y vio que Mika avanzaba hacia él.

—Preferiría que permanecieras en el transportador —dijo.

Mika miró a su alrededor.

—¿Sabes? Echo de menos a los dracos —comentó.

—Yo no —replicó Cormac. Se volvió hacia las trincheras y vio que Tarn saltaba al interior de una. Al instante, su anterior ocupante trepó hasta la superficie y avanzó pesadamente hacia las tiendas.

—Cormac.

—Sí —dijo él por la unidad de su bolsillo.

—Se aproxima un CAG sobre las montañas —informó Aiden—. Acabo de detectarlo. Se encuentra tan solo a dos kilómetros de distancia.

—¿Sargento, lo tiene?

—Sí. Están llevando una cosecha de zumo a Motford. La firma de retorno que

recibo es la de un transportador. Todo parece correcto, señor.

—Dígale que se desvíe. Si pasa por encima de nosotros le dispararemos.

Cormac regresó corriendo al transportador. Oyó un grito por su intercomunicador y después al sargento diciéndole a alguien que se callara. Abrió la puerta de la nave y accedió a su interior, seguido por Mika. Stanton tenía los pies en el suelo, parecía enfadado y tiraba con fuerza de sus ataduras.

—Deben desviarse o abrirán fuego contra ustedes. Es mi último aviso —dijo el sargento.

—Váyase a la mierda, soldadito. Tengo que llevar esta cosecha. Algunos de nosotros necesitamos trabajar para vivir —fue la respuesta de la nave. Stanton miró fijamente a Cormac.

—Es Svent —anunció el prisionero.

—Oh, Dios —dijo el sargento—. Agujas.

—¡Derríbalos! ¡Derríbalos ahora mismo! —gritó Cormac.

Las armas se pusieron en marcha sobre sus cabezas. Una luz actínica centelleó entre las ventanas.

—Mika, sal de aquí —añadió.

La mujer obedeció al instante. El sargento se levantó y miró a su alrededor.

—Usted también —dijo Cormac.

Mientras el sargento pasaba junto a él, el agente se agachó y miró al artillero, cuyo rostro quedaba oculto tras una máscara de selección de objetivos. Los motores hidráulicos gemían mientras las armas cambiaban de posición. Cormac se dirigió al panel de control y observó la pantalla. Cuatro señales. Una de ellas se movía lenta y erráticamente, pero las otras tres se aproximaban con rapidez. Una de ellas desapareció mientras miraba. Se sujetó a los bordes del panel. De repente, le resbalaban las manos por el sudor.

—Entrando —dijo—. Todo el mundo debe protegerse con un casco. Miró a su alrededor y vio que el suyo descansaba sobre la litera que había delante de la de Stanton.

—Nosotros somos el objetivo —dijo Stanton.

—Lo sé —replicó Cormac. Solo quedaba una de las señales rápidas. La que se desplazaba lenta y erráticamente había descendido entre los árboles.

—Vamos, vamos.

Cormac tardó un momento en darse cuenta de que la última señal había desaparecido. Miró a su alrededor. Stanton lo miró a los ojos y se dejó caer sobre sus ataduras.

—De acuerdo —Cormac aporreó el panel y se dirigió rápidamente a la parte posterior—. Buen disparo —dijo al soldado de la torreta. El hombre se quitó la máscara y esbozó una lánguida sonrisa. Cormac recogió el casco y salió del transportador. Mientras lo hacía, hubo un destello cegador sobre su cabeza y las armas de la torreta empezaron a centellear como las chispas de la soldadura. El visor

tardó un buen rato en despolarizarse.

—¡No veo! —gritó una voz por su intercomunicador.

Cormac oyó el familiar y cruel zumbido de una bala rastreadora. Después, un grito y un batacazo. Corrió hacia la trinchera más próxima y saltó a su interior. Tarm lo miró durante un instante, antes de centrar de nuevo la atención en su fusil de pulsos.

—¿De dónde diablos ha venido eso? ¿Aiden?

Había fuego entre los árboles. El humo se intensificó y un roble azul estalló en llamas en el perímetro. Entonces se produjo una violenta conmoción y una nube de ramitas y hojas en llamas voló por los aires.

—Alguien ha logrado acceder al perímetro —informó Aiden—. No lo vimos. Se movía demasiado rápido. Sospecho que se trata del androide.

Cormac estaba seguro de que el Gólem sentía algo similar a la ira.

—¿Alguno de los dos ha resultado herido?

—No, entró mientras se producía aquel disparo.

—¿Quién ha resultado herido? —preguntó Cormac, asomando la cabeza por el agujero y mirando a su alrededor.

—Goff... le arrancó la cabeza... señor.

Justo entonces, una voz amplificadora habló desde los árboles.

—¡Tú serás el siguiente, Cormac!

—¡Buscadlo!

—Pensábamos que podías ser una máquina —dijo la voz de Pelter—, pero estábamos equivocados. La verdad es que me alegro, porque así cuando te arranque las entrañas podrás sentirlo. Encontramos a Angelina...

La voz se desvaneció con el centelleo de un fusil de pulsos.

—Es un altavoz provisto de transmisor —dijo Aiden, tras una demora—. Debe de haberlo dejado caer un zángano.

Cormac aguardó a lo que pudiera ocurrir, pero no sucedió nada. Esperó una hora, pero el escáner no reveló nada más y parecía que no había ningún peligro en las proximidades. Salió de la trinchera pensando en las palabras de Pelter. La ira de aquel tipo era comprensible, pero no sentía ninguna compasión por él. Los separatistas de Cheyne III habían causado la muerte de más de quinientos civiles al año, mediante bombas y otros instrumentos de destrucción masiva, y habían realizado ataques contra diversos oficiales y dignatarios que habían visitado el planeta.

—Manténganse alerta y preparados. No quiero que nadie salga de su escondite a no ser que sea absolutamente necesario, y por necesario me refiero a que orinen sobre sus botas si es preciso —ordenó, mientras avanzaba hacia el bosque.

Al llegar a los árboles, se agachó junto a una de las pistolas automáticas. El artefacto se movía adelante y atrás sobre su trípode, aunque él no percibía ningún movimiento entre las copas. Aiden detectaría cualquier objeto antes de que él lo viera. Al mirar atrás, vio al sargento y a uno de los hombres sacando una bolsa para

cubrir cadáveres de uno de los agujeros, pero fue incapaz de reunir la cólera necesaria para recriminarlos. Tras dejar el cuerpo junto al transportador, el sargento entró en su interior y el soldado regresó a su trinchera. Un momento después, el arma de la torreta giró y realizó un único disparo contra las copas de los árboles. Una lluvia de hojas en llamas cayó desde el punto del impacto.

—¿Qué ha sido eso?

—Otro zángano de vigilancia —respondió Aiden—. Detecto movimiento. Cormac retrocedió. Se oía el gemido de un mosquito por el bosque y la pistola que había ante él empezó a tartamudear. Corrió hacia la trinchera de Goff y se zambulló en ella.

—¡Bengalas!

Las bengalas aparecieron a la vez que las armas de la torreta empezaban a centellear. Entonces oyó algo más: un gemido más agudo procedente de las copas de los árboles. Las armas de la torreta dispararon contra las ramas superiores y Cormac vio que algo explotaba en un disco de fuego. La mitad seccionada de un árbol cayó envuelta en llamas.

—¡Mierda! ¡Otra vez agujas! ¿Dónde diablos consigue ese tipo de armamento?

Un torpedo plateado salió disparado de entre las llameantes copas y trazó un arco errático en el cielo, donde fue destruido por las armas de la torreta. Otro objeto se disparó y explotó a la derecha de Cormac con tanta rapidez que este ni siquiera pudo gritar. Lo único que quedó fue una trinchera en llamas y algunos fragmentos diseminados de chaleco blindado ensangrentado. Cormac levantó la mirada cuando apareció un cuarto misil que pasó sobre su cabeza como una lanza. Este era más grande que los demás. Los anteriores solo habían sido lanzados para despejarle el camino. ¡El transportador! Golpes de pulsos crepitaron a lo largo del misil y su vuelo se hizo errático. Finalmente, giró en el aire e impactó contra la parte inferior de la nave, que fue lanzada por los aires, quedó envuelta en llamas y en una nube de tierra y se estrelló sobre su techo.

—¡Joder! —exclamó Thorn. Otra explosión abrió una nueva trinchera en el suelo.

—¿Cento? ¿Aiden?

—Lo he... intentado —fue la dolorosa respuesta de Aiden. Dos nuevas detonaciones silenciaron las pistolas automáticas. Entre los árboles centelleaba el fuego de protones. Algo se aproximó corriendo desde el fuego y el polvo en suspensión. Por un momento Cormac pensó que sería Aiden, pero pronto se dio cuenta de que su compañero no era tan alto. La figura vestía un largo abrigo raído y llevaba un sombrero de ala ancha en la cabeza. Era el Señor Grúa. Ráfagas de pulsos golpearon al androide por todas partes, pero no lograron detener sus pasos. Siguió avanzando hacia ellos con la ropa envuelta en llamas. Cormac vio que se detenía junto a una trinchera y que la señalaba con la mano. Al instante, el fuego empezó a ondear alrededor de las trincheras cercanas.

—¡Láser! —gritó alguien.

Cormac estaba a punto de preguntar de dónde procedía, pero el humo reveló los rayos rojos proyectados desde más allá del transportador. Había cometido un error de cálculo. Alguien había entrado desde la parte posterior, usando los escasos escondites que podía haber allí. Thorn respondió al ataque. Una línea púrpura se abrió paso desde el bloque, provocando una detonación blanca más allá. El tiroteo se detuvo al instante. Cormac salió de su escondite a la vez que alcanzaba su shuriken. Cuando el androide se volvió hacia él, pudo ver un rostro de bronce pulido. Le lanzó su arma, que osciló en el aire con depravada confianza, pero una mano de bronce lo arrojó al suelo.

El androide se acercó a Cormac.

—¡Disparadle! ¡Disparadle! —oyó gritar al sargento.

Aiden apareció corriendo desde un lado y golpeó a Grúa con la fuerza de un CAG fuera de control. Ambos se estrellaron contra el suelo y recorrieron unos tres metros antes de poder detenerse. Mientras resbalaban, se intercambiaron puñetazos a una velocidad frenética. El sonido del combate era semejante al de una trituradora de madera. De repente ambos se pusieron en pie, se separaron y se abalanzaron de nuevo el uno sobre el otro. Jirones de ropa y piel sintética salían despedidos con cada golpe. Cormac se giró al sentir un movimiento a su izquierda. Cento apareció entre los árboles, corriendo de forma errática. La piel sintética que cubría la parte superior de su cuerpo estaba chamuscada y mostraba el metal renegrido de su interior. Le faltaba un brazo. Debía de estar ciego, pues parecía orientarse mediante el oído. En un momento se unió a la pelea. Cormac lo vio envolver al androide entre sus piernas y rodearle el cuello con el brazo que le quedaba. Aiden procedió a destruirlo.

—¡Has llegado al final de tus días, agente!

Cormac se giró. Pelter apareció tras un árbol y le apuntó con un fusil de asalto Devcon. El agente cogió su pistola ligera a la vez que el fusil se disparaba emitiendo un zumbido. Un avispon de acero salió disparado hacia él. Se movía más despacio que una bala normal, pero lo bastante rápido para que Cormac supiera que era hombre muerto. Sin embargo, en ese mismo instante, en esa fracción de segundo fatal, se oyó otro zumbido, seguido de una explosión que provocó una lluvia de fragmentos de metal contra su casco. La bala de rastreo había desaparecido.

El shuriken quedó suspendido en el aire ante él, flexionando sus cuchillas de cristal de cadena.

—¡Jódete, Cormac!

Pelter disparó las balas que quedaban en el cargador de su arma. El shuriken se movió a gran velocidad en el aire y se deshizo de las cinco balas de rastreo en una cadena de explosiones. El fuego de pulsos golpeó los árboles, pero Pelter había desaparecido, dejando el arma abandonada sobre el suelo humeante. Cormac permaneció inmóvil durante un momento, demasiado aturdido para entender lo que acababa de ocurrir. Observó el suelo y se preguntó cómo diablos había acabado allí tendido un pequeño perro de caucho. Estremeciéndose, miró a su alrededor y vio a

Cento y Aiden sobre el androide desmembrado. Se volvió hacia su shuriken y presionó el botón de retorno de su funda. El arma siguió encrespando sus astilladas cuchillas en el aire durante un momento, antes de regresar a su hogar con un zumbido quebrado.

—Gracias, Tenkian —dijo Cormac, y avanzó hacia los árboles.

Ultravioleta. Una tremenda explosión ultravioleta. Solo había un arma con semejante potencia, y Jarvellis la había visto por última vez en la bodega del *Lyric*. Si John seguía vivo debía de estar allí... y si John había muerto, seguro que estaba Pelter. Incluyó los motores de iones de la lanzadera y pisó a fondo. La nave abandonó su vector de aproximación y trazó un arco dirigiéndose a las luces distantes.

—Piloto lunático de la lanzadera. Supongo que solo estaré desperdiciando el aliento si le digo que se está dirigiendo a un área que acaba de quedar restringida a todo tráfico aéreo.

No tienes aliento, pensó Jarvellis, ignorando todo lo demás que pudiera decirle la IA del runcible. Activó la pantalla lateral en modo infrarrojo y contempló la escena que se estaba desarrollando. Tenían que ser ellos.

En la trinchera, con un traje de supervivencia relleno de espuma como único compañero, Mika envolvió el pecho entre sus brazos y esperó con sombría paciencia. Cuando todo esto terminara tendría que limpiar los despojos humanos. Había una persona por la que sabía que no podía hacer nada. Los dos asesinos habían abierto fuego con carabinas láser desde una extensión de arbustos bajos que había a sus espaldas, sin imaginar que Thorn estaba escondido detrás de aquel bloque. Mika cerró los ojos al volver a ver a uno ellos con la carabina al hombro, perfilado contra el destello blanco y estallando en pedazos. Su compañero había dejado escapar un terrible gemido de dolor. Debía de haber encontrado un lugar donde esconderse, puesto que Thorn no había vuelto a disparar. Pronto, muy pronto, todo habría terminado. Un chasquido siseante la obligó a abrir los ojos. Salía humo de un agujero abierto en la espalda de aquel hombre. Alguien saltó al interior de la trinchera, junto a ella.

—Hola gatita —dijo Mennecken, apoyando la carabina junto al borde del agujero.

Mika no se entretuvo en conversaciones. El estudio y preservación de la vida no era lo único que le habían enseñado en Circe. Se levantó sobre sus codos, se giró y le pegó una patada. Su pie se estrelló contra la barbilla del mercenario. Mennecken retrocedió tambaleándose, levantó la mano y se frotó la barbilla. Sonrió.

—¿Quieres jugar?

Cuando fue a por ella, Mika le propinó un puñetazo en el esternón que la hizo gritar de dolor, pues el hombre llevaba un chaleco blindado. Intentó golpearlo con la

otra mano en el cuello, pero él ladeó la cabeza y el golpe que recibió en la oreja no pareció tener ningún efecto. Mennecken cerró la mano sobre su blusa y, con desprecio, arrojó a Mika contra la pared de la trinchera. Ella intentó devolver el ataque, pero un nuevo golpe la derribó. Lo siguiente que supo fue que Mennecken estaba sentado a horcajadas sobre ella, sacando un cuchillo de cristal de cadena.

—Ellos han matado a mi hermano y yo los mataré a ellos —dijo el mercenario—. Pero siempre hay tiempo para jugar, gatita.

—La hora del recreo ha terminado, amigo —dijo otra voz.

Cuando Mennecken volvió la cabeza para mirar, esta desapareció en una húmeda detonación. Emitiendo terribles sonidos burbujeantes, el cuerpo cayó a un lado. Mika lo empujó casi con pánico, forcejeando para quitárselo de encima. Miró a Thorn, que sostenía su pistola de pulsos. La parte delantera de su uniforme estaba empapada de sangre.

—¿Estás herida? —preguntó.

Mika negó con la cabeza.

—Perfecto. Yo... no estoy tan bien —dijo el esparcano.

Mika abandonó la trinchera y lo sujetó mientras se tambaleaba. Tras lanzar una mirada al cadáver decapitado que vaciaba su sangre sobre la pedregosa tierra, ayudó a Thorn a regresar al campamento.

A través de la ventana destrozada, Stanton había tenido una panorámica perfecta de la situación; perfecta aunque algo incómoda. Sus muñecas seguían atadas a la litera, pero esta ahora se encontraba sobre su cabeza. Echó un vistazo a su alrededor buscando la forma de liberarse. ¡Pelter estaba escapando! Eso no podía ocurrir.

El artillero no podría ayudarlo. La torreta había cargado con todo el peso cuando el transportador había caído del revés y, ahora, el hombre estaba enrollado en una confusión de metal y relleno de asiento. El sargento estaba inconsciente. Stanton volvió a mirar al exterior. El Gólem que estaba más malherido cogió algo de lo que quedaba del Señor Grúa, lo sostuvo en alto y lo arrojó contra el suelo con todas sus fuerzas. Stanton reconoció la larga forma romboide de la mente de un Gólem. El otro androide sacó una pistola de pulsos y disparó. La mente estalló en pedazos. Stanton se alegraba de haber presenciado esta escena. Centró su atención en los restos de latón que se diseminaban por el suelo y no pudo evitar preguntarse dónde estaría el maletín. Entonces se dio cuenta de que entre aquellos restos se encontraba la solución a sus problemas.

Movió el anillo de su dedo y giró la mano derecha de modo que quedara abierta y con la palma hacia fuera. Los restos del abrigo de Grúa saltaron por los aires y fueron atravesados por la daga Tenkian. El arma golpeó la ventana hecha añicos, entró por ella, giró en pleno vuelo y golpeó con su empuñadura la mano de Stanton. El hombre la giró y empezó a serrar sus ataduras.

—Cormac.

Cormac se giró y apoyó la espalda en un árbol. Su unidad de comunicación seguía conectada.

—¿Qué ocurre, Aiden?

—¿Qué estás haciendo?

—Estoy persiguiendo a Pelter.

—Pronto estaré contigo.

—No, no lo hagas. Protege el campamento e intenta poner un poco de orden en toda esa confusión. Puedo ocuparme de esto.

Hubo un largo silencio antes de que Aiden respondiera.

—De acuerdo. A sus órdenes, agente. Pero quiero que seas consciente de que la lanzadera de la que Viridiana nos informó ha aterrizado a un cuarto de kilómetro de distancia en la dirección que estás siguiendo. Puede que sea así como pensaban escapar.

—Gracias. Pronto me reuniré con vosotros.

Cormac desconectó la unidad y volvió a ponerse en marcha. En cuestión de minutos encontró el transportador CAG, cuyo casco ardía en llamas, y lo que quedaba de Dusache colgando del lanzamisiles destruido. El terreno humeaba y el aire era astringente. Cormac se acercó con cautela y se acuclilló al ver un movimiento al otro lado de la plataforma. Una sombra revoloteó entre los árboles y el humo que se alzaba ante él. Disparó una vez su pistola ligera. Se oyó un grito y fue respondido por el ataque de un arma de pulsos. Se arrojó al suelo y saboreó el lecho de hojas secas y los líquenes que lo cubría. Su manga ardía sin llama. Rodó sobre un costado, escondiéndose tras un roble, y el lecho de hojas secas y líquenes empezó a arder. Aún rodando, disparó hacia el otro lado del árbol. Hubo otro grito, el sonido de alguien tropezando y después cayendo. Un olor similar a cerdo asado flotó en la humeante brisa.

Cormac se levantó apuntando aún con la pistola hacia donde había disparado. A un lado se alzaba un árbol; detrás, podía oír a alguien jadeando con dificultad. Se acercó.

El hombre yacía con la espalda apoyada contra otro árbol y la pistola de pulsos en la mano. Tenía el cuerpo quemado desde el cuello hasta las ingles. Cormac le había disparado en el hombro, abriendo una herida que era en realidad un agujero cauterizado. Las otras quemaduras procedían de los disparos de las armas de alta energía de la torreta del transportador. Cormac avanzó lenta y sigilosamente; cuando estuvo a menos de un metro de distancia, el hombre se giró e intentó dispararle. Le arrebató el arma de una patada.

—Svent, ¿dónde está Pelter? —preguntó.

—Estúpido... estúpido —respondió él.

Cormac se limitó a observarlo, esperando. Svent levantó la mirada.

—Tendría que haber escapado. Podía ver que... cuando se desconectó.

—¿El qué?

—El aumento...

—¿Qué aumento?

—El de escamas...

—Te lo preguntaré de nuevo. ¿Dónde está Pelter?

—No voy a responderte a eso... ¿Por qué debería hacerlo?

—Porque si no lo haces te mataré —sugirió Cormac.

Svent lo miró con ira, pero entonces esta ira se convirtió en una desagradable sonrisa.

—No te gires —dijo Pelter—. No sabes dónde estoy, y por muy rápido que te muevas podré apretar el gatillo.

En situaciones como esa, Cormac no acostumbraba a actuar con prudencia ni según la voluntad de su enemigo. Si Pelter hubiera visto cómo había sido el final de Angelina, le habría disparado inmediatamente por la espalda en cuando hubiera tenido la oportunidad. Cormac se lanzó hacia un lado mientras cogía una pistola que guardaba bajo su axila izquierda. Algo golpeó su bíceps izquierdo, y mientras rodaba le llegó un olor a quemado; se tiró de cabeza al suelo, disparando a una figura que apenas veía. Mientras se ponía a cubierto bajo un árbol oyó gritar a Svent. Pelter había herido al mercenario durante su salvaje tiroteo.

Resguardado tras el árbol, Cormac inspeccionó la quemadura de su brazo. No era grave, pero pronto quedaría inútil. Sin embargo, tendría que esperar a recibir atenciones médicas. Se levantó con la espalda apoyada en el árbol, sosteniendo la pistola ligera junto a su rostro. Ahora, en cualquier momento...

Pelter no podía creerlo. Cuando una persona que te está apuntando con un arma te dice que no te muevas, no te mueves. No sales corriendo a ponerte a cubierto con la esperanza de que yerre el tiro. Empezó a retroceder, disparando al árbol. Tenía la impresión de que su boca se había convertido en cerámica. Desde que el Señor Grúa había sido destruido, su dolor de cabeza crecía en intensidad, como si intentara llenar el vacío dejado por la ausencia del androide.

Ya no había ningún Señor Grúa. Ya no había nadie cubriéndole las espaldas. Ahora no había nada entre él y aquella pistola ligera.

—¡Vas a morir! —gritó, disparando de nuevo al árbol.

Tres veces. Había tenido a aquel agente delante en tres ocasiones y en las tres había sido incapaz de matarlo. Puede que hubieran tenido razón desde el principio... puede que Ian Cormac fuera algún tipo de androide.

Pelter dejó de disparar y siguió retrocediendo. Mantuvo el arma apuntada hacia el lado del árbol por donde Cormac había desaparecido. Cuando el agente apareció por

el lado contrario, entró directamente en su pesadilla, en aquella visión que había quedado grabada para siempre en el ojo que no tenía.

El cañón de la pistola ligera parecía estar unido a la frente de Pelter mediante una vara invisible y el separatista parecía sentir la abrasadora extensión de dicha vara a través de su frente y saliendo por la parte posterior de su cráneo. Apretó el gatillo, pero el disparo se desvió a un lado y el tiempo que tardó en redirigir su arma no fue suficiente. Una luz plateada centelleó en el cañón de la pistola que sostenía el agente.

Pelter solo vio oscuridad.

Con el ceño fruncido, Cormac se acercó a Pelter para examinarlo. El separatista estaba hecho un asco, y no solo por el agujero que cruzaba su frente. Además del enlace que supuraba en su cabeza, su ropa estaba zarrapastrosa y mugrienta y despedía un fuerte hedor. Ese no era el Pelter que había conocido, sino un hombre destruido por algún demonio. ¿Qué otra cosa podría haber causado en él semejante falta de atención? Cormac se preguntó qué lo habría impulsado a convertirse en ese monstruo que yacía a sus pies.

También le sorprendía el terror que había oído en su voz. Para alguien con las tendencias de Pelter, la muerte siempre era una posibilidad, algo a lo que temer, pero no algo aterrador. Cormac miró su pistola ligera, la guardó en el bolsillo y se alejó. Suponía que jamás conocería la respuesta.

Dispositivo contraterreno (DCT): es una de esas etiquetas eufemísticas que Seguridad de la Tierra idea con tanta frecuencia, normalmente para adherirla a algo relacionado con expresiones como «millones de muertes» y «¡Oh, mierda!». Un DCT de cuarenta megatones puede ser confundido con un simple termo. Ambos son similares; la única diferencia que existe entre ellos es que, si abres uno, no encontrarás café caliente en su interior, sino antimateria.

La antimateria está contenida en una bobina magnética superconductora que se autoalimenta de ella. En teoría, un DCT no explota sin que antes se haya introducido un código complejo en su detonador. Según se dice, estos recipientes se han sometido a varias pruebas de resistencia: han colisionado frontalmente a diez mil kilómetros por hora con ceramal endurecido y han resistido a temperaturas muy elevadas, como el punto de ebullición del ceramal. Debemos preguntarnos cuál es el significado de «prueba» en este contexto, puesto que nadie parece saber si los recipientes sobrevivieron a ellas. También se me ocurren las siguientes preguntas: ¿había algo en el interior de los recipientes cuando fueron probados? ¿Dónde están las personas que realizaron dichas pruebas?

Extraído de Cómo es eso, por Gordon.

Por la mañana, Cormac sopesó el coste de su obcecación: tres hombres muertos, uno sin pies y otro ciego, aunque los ojos y los pies nuevos no serían ningún problema. Cento había sido despedazado por segunda vez y Thorn yacía en el suelo junto al CAG de Mika, mientras esta retiraba una masa de metralla de sus entrañas. ¿Debía permitir que otro agente asumiera el mando? Consideraba que no.

Aunque Pelter estaba muerto, Cormac no sabía cómo debía sentirse. Era obvio que aquel tipo se había desplazado hacia el extremo más distante de la rareza hacía tiempo, así que era posible que la muerte fuera un lugar más sencillo para él. Del mismo modo que antaño él y su hermana habían compartido la misma imagen, ahora habían compartido verdugo. Era un fin oportuno, pero a Cormac le resultaba incómodo especular sobre él. Apartó de su mente estos pensamientos y los dirigió hacia el futuro. Ahora tenía una misión que completar, una misión para la que era el candidato idóneo. No debía permitir que la muerte de aquel perturbado lo distrajera. Era como un corredor en un maratón: acababa de superar la barrera del dolor y ahora debía continuar. Con frialdad, eliminó de sus pensamientos todo aquello que ya había hecho e intentó decidir qué debía hacer a continuación.

Había descubierto cosas que otros agentes habían pasado por alto. Ningún otro agente habría desconfiado de Dragón desde un principio; cualquier otro habría sido

más crédulo, habría tomado decisiones más sencillas. Apretando con la mano el vendaje de su bíceps izquierdo se acercó a Aiden.

El Gólem no estaba tan malherido como Cento, pero había perdido piel desde su rostro hasta los pies, por todo un lado del cuerpo. El ojo del lado de la cara dañado había desaparecido, los huesos metálicos de sus brazos estaban expuestos y doblados, sus costillas metálicas habían sido agujereadas, y una de ellas partida. Aiden se movía lentamente, dando vueltas sin parar a una manivela mecánica. Miró a Cormac, y puede que se diera cuenta de que lo estaba evaluando. Unas pequeñas placas se movieron en el lado expuesto de su rostro, mientras el otro sonreía.

—Deberías ver al otro tipo —dijo el androide, en un inesperado arrebató de humor. Cormac no fue capaz de reaccionar. Observó los cables hasta el punto en que se unían al transportador.

—¿Funcionará? —preguntó.

La sonrisa de Aiden desapareció.

—Su AG será aproximadamente del cincuenta por ciento y todavía funciona una turbina —respondió, dando vueltas a la palanca.

Momentos después, el transportador se estrelló sobre un costado. Mientras Aiden se alejaba para volver a atar los cables, el sargento se acercó. Cormac advirtió su severa expresión; sabía que lo culpaba de la muerte de sus hombres y estaba completamente de acuerdo con él. Si dichos hombres hubieran sido policías habría sentido cierta compasión por ellos, pero eran soldados y la muerte formaba parte de su trabajo.

—¿Alguna señal de Stanton? —preguntó Cormac.

—Nada, señor. Sin embargo hemos encontrado la lanzadera. Quienquiera que la pilotara debía de ser un lunático, pero al parecer logró llegar entero a la superficie.

—No debe de ser una coincidencia que aterrizara en este lugar —comentó Cormac.

—Puede que captara los disparos de protones, señor. Supongo que a estas alturas la mayor parte del planeta sabe qué ha ocurrido aquí.

—Sí, es bastante probable.

Se produjo un breve y tenso silencio.

—¿Y ahora qué? —preguntó finalmente el sargento.

Cormac vio que Aiden había terminado de atar los cables y estaba regresando. Asintió hacia el transportador.

—Ahora... usted montará en el transportador y se llevará a sus hombres, a Thorn, a Cento y a Mika de vuelta a la civilización. Aiden y yo continuaremos.

El sargento no pudo ocultar su alivio.

—No lo permitiré —dijo una voz a sus espaldas.

Cormac se giró y vio que Thorn avanzaba tambaleante hacia él. Mika caminaba a sus espaldas.

—¿Puede caminar? —preguntó Cormac.

—No le recomendaría que hiciera movimientos vigorosos, pero puede caminar sin problemas. Los otros dos no podrán hacerlo; uno por razones obvias y el otro porque sus nervios ópticos están chamuscados. De todas formas, podremos reemplazar fácilmente esas piezas.

Thorn miró con dureza a Cormac.

—Me lo prometiste —dijo.

Cormac sacudió la cabeza.

—Tú me lo preguntaste... pero yo no te prometí nada. Lo recuerdo con exactitud. Carn encontró aquel agujero en el artefacto antes de que pudiera responderte.

—Por favor —dijo Thorn con voz serena, pues era demasiado orgulloso para suplicar.

—Puedes venir si lo deseas, pero si tenemos que correr no esperaremos por ti. — Cormac dio media vuelta.

Mika, que había guardado silencio durante este intercambio, tomó la palabra.

—Yo también iré —anunció.

—Como tú quieras —dijo Cormac, girándose al oír a Aiden enrollando el cable a gran velocidad. El cable se tensó y los movimientos del Gólem se hicieron más lentos. Cormac sabía que la palanca había estado unida a un motor eléctrico, pero ahora no había ningún motor en el extremo del árbol y ningún hombre sería capaz de girar aquella palanca que había sido fabricada con tanta premura. Todos observaron en silencio mientras Aiden levantaba el transportador. Cuando la nave cayó al suelo, plana, Cormac avanzó hacia ella. Pronto regresó cargando con una voluminosa mochila.

—Nos pondremos en marcha ahora —anunció, señalando con la cabeza el CAG de Mika.

Avanzó a grandes zancadas hacia la nave, seguido por sus tres compañeros.

Momentos después estaban en el aire.

—Adiós —se despidió el sargento. Unos días antes estaba ansioso porque hubiera algo de acción, pero ahora solo deseaba poder retirarse sano y salvo.

Cormac consultó su reloj después de activar el control de navegación del CAG.

—Deberíamos llegar en menos de una hora. Aiden, ¿cuáles son las coordenadas exactas del lugar donde se sumergió el Creador? —Aiden respondió a su pregunta y Cormac abrió un mapa en la pantalla del panel de control—. Al parecer, aquí hay una cueva. Tendré que entrar para colocar los DCT. Iré solo. Tú, Thorn, no estás en condiciones de acompañarme, y no veo ninguna razón por la que Mika deba exponerse al peligro.

—No sé por qué yo no puedo acompañarte —protestó Aiden—. No vendrás... y no lo harás porque no conoces todos los hechos. Permanecerás en el CAG. Es una orden directa. No hubo ninguna pregunta, de modo que no tuvo que dar ninguna respuesta.

Tras cincuenta minutos de vuelo llegaron al punto exacto que indicaban las

coordinadas. Cormac hizo descender la nave a veinte metros de altura y observó la boca de la caverna. Era una hendidura escabrosa que se abría a un lado de la montaña, pero el acceso no era complicado. El vehículo aterrizó a escasos metros de distancia.

—Dame tu escáner térmico, Aiden —dijo Cormac, antes de abandonar el vehículo.

El Gólem le entregó una caja gris en forma de pastilla de jabón, provista de una pantalla y una bola de control. Cormac dirigió el escáner hacia sus compañeros y observó las lecturas que recibía de Aiden: había fuentes separadas de calor en su pecho y en su ingle, pero el resto de su cuerpo era prácticamente invisible. Mika y Thorn, en cambio, eran estatuas de cristal fundido. Cormac movió la bola de control y el área cubierta por la pantalla se expandió. Las posiciones relativas a los sensores se indicaban en metros, en tres dimensiones. Ladeó el aparato y al comprobar que estas lecturas no variaban, supo que se había ajustado al nivel de suelo. Asintió satisfecho y guardó el escáner en su bolsillo. Cuando Aiden se movió para pasarle la pistola de protones de Thorn, que descansaba en el asiento posterior, Cormac levantó la mano.

—No la necesitaré —dijo, y abandonó la nave. Sus compañeros lo observaron partir en silencio. Se alejó con la mochila colgada de un hombro: un excursionista disponiéndose a dar una enérgica caminata.

Cuando llegó a la boca de la cueva, Cormac realizó un diagnóstico rápido del shuriken, puesto que el androide o las balas de rastreo podían haberlo dañado. La minipantalla mostró una ligera aberración en las secuencias de programación y un daño mínimo en las cuchillas de cristal de cadena. Ambos defectos eran aceptables. En su opinión, las cuchillas estaban perfectas y la única aberración era el propio Tenkian. A él jamás se le habría ocurrido programar el shuriken para que interceptara balas de rastreo y quedara suspendido en el aire como un terrier furioso.

Cormac entró en la caverna.

Una avalancha de criaturas que a primera vista le parecieron murciélagos huyó ante su presencia. Una inspección más detallada le reveló que realmente tenían alas de murciélago, aunque carecían de cuerpo o cabeza. Había algo de insecto en ellos. Las cucarachas y los escarabajos del suelo de la caverna eran terrenales, pero las criaturas de metal azul con cientos de patas que parecían atacarlos eran algo completamente distinto. Cormac avanzó con pesadez sobre cuerpos que parecían hojas secas y conectó el escáner de Aiden.

Este le indicó que había algo grande unos cincuenta metros más adelante y veinte más abajo. Avanzó con cautela, preguntándose si había sido un estúpido al rechazar la pistola de protones. No la había querido porque consideraba que el shuriken sería capaz de ocuparse de cualquier cosa que el Creador pusiera en su camino y, en cambio, un arma de protones podría hacer que el techo de la cueva se desplomara sobre él. Se detuvo un momento y abrió la mochila. La caja que sacó era del equipo de Thorn, aunque sospechaba que había pertenecido a Gant. La abrió y sacó una luz

zángano de su interior, que activó y lanzó al aire.

Cuando la luz zángano se sumergió en la oscuridad, Cormac alcanzó a ver el atisbo de un reflejo. Se detuvo e introdujo un programa de ataque concreto en la funda de su shuriken, antes de sacarlo y arrojarlo al aire ante él. El aparato ascendió en espiral y permaneció suspendido en el aire, girando como una sierra mecánica y abriendo y cerrando las cuchillas tal y como había hecho después de haber destruido la bala de rastreo que tenía el nombre de Cormac grabado en ella. El agente lo observó con recelo: él no le había ordenado que hiciera nada parecido. Tenkian, una vez más. Nadie sabía realmente qué hacía el armero con sus micromentes, pero se decía que algunas de sus armas desarrollaban, por decirlo de algún modo, una mente propia. De todos modos, mientras el shuriken hiciera su trabajo, él estaría contento.

Veinte metros más adelante vio una agitación de patas de cromo, pero la luz zángano chocó contra un lado del túnel y se apagó. Cormac se detuvo y escuchó en la oscuridad. No había otra alternativa. Acercó la mano a la funda y palpó su camino hasta el botón de activación. Lo pulsó y oyó que el shuriken se alejaba zumbando.

Unos segundos después de que el arma se hubiera marchado se oyó un golpe en la oscuridad y un sonido familiar, semejante al de un compresor de aire poniéndose en marcha. Hubo un forcejeo, el sonido de un cuerpo pesado chocando contra el suelo, el zumbido de la sierra metálica del shuriken al golpear. Las chispas iluminaron el túnel, concediéndole un atisbo de una figura espeluznante. Las chispas se desvanecieron para aparecer de nuevo con un segundo ataque, y con un tercero, y con un cuarto. Cuando el único sonido que pudo oír fue el de estos golpes, Cormac se puso en marcha, activando antes otra luz zángano.

La criatura que yacía desmembrada en el suelo del túnel era muy parecida a la del eje de Samarcanda, solo que esta era plateada y tenía patas de reptil. Cormac se dio cuenta al instante de que el Creador había basado su plantilla en los bichos en forma de ciempiés que había visto en la caverna. Con la certeza de que la criatura no volvería a levantarse, pulsó el botón de anulación del shuriken. El arma permaneció suspendida sobre el cadáver, extendiendo y replegando las cuchillas, como si estuviera preguntándose si debía desobedecerlo y golpear de nuevo a la criatura, pero finalmente regresó a su funda. Cormac cogió la luz zángano que estaba suspendida en el aire y la configuró de modo que avanzara constantemente a veinte metros de él. Echó un vistazo al escáner, que mostraba unas lecturas anómalas algo más adelante y un poco más abajo. Debía de ser el Creador. Siguió caminando.

Thorn contempló la boca de la cueva y blasfemó de forma creativa, antes de llevarse la mano al estómago y esbozar una mueca de dolor. Mika había realizado un trabajo excelente cosiendo sus intestinos, pero todavía no estaba en condiciones de hacer espeleología. Se volvió hacia ella.

—No deberíamos haberlo dejado ir solo —comentó—. Nos dio órdenes e

instrucciones, que vienen a ser lo mismo. Deja que te haga una pregunta: ¿te atreverías a desobedecerlo? No parecía una pregunta que hubiera salido de los labios de Mika, sino más bien una especie de ejercicio didáctico.

—Sé a qué te refieres —dijo Thorn—. Es una persona muy lógica y bastante razonable, pero sabes que podría cortarte el cuello de forma lógica y razonable, y después ir en busca de una taza de té. —Se volvió hacia su otro compañero—. Aiden, ¿no podrías seguirlo a cierta distancia?

—Me ordenó específicamente que me quedara aquí. Es un agente de Seguridad de Tierra Central y nos ordenaron confiar ciegamente en él y obedecerlo. Y nos lo ordenaron unas personas a las que respetamos y que, por otra parte, siempre nos han enseñado a cuestionar todas las órdenes. Cento y yo realizamos ciertas indagaciones y descubrimos que estuvo conectado durante diez años más de lo normalmente aceptable, solo porque se había hecho casi indispensable para Tierra Central. Para las IA de los runcibles, jerárquicamente se encuentra casi a la altura de Horace Blegg.

Thorn asintió.

—Blegg... siempre oíamos hablar de él. Es una especie de leyenda. Hay personas que no creen que haya existido... ni siquiera yo estoy seguro...

Aiden lo miró.

—Intentaré que te hagas una idea de qué significa contar con ese tipo de aprobación por parte de las IA. Los registros de Blegg se remontan a antes de la primera IA de runcible. Se dice que tiene más de cuatrocientos años, algo que resulta extraño, y se sabe con certeza que ya lleva dos siglos trabajando para Tierra Central. Ian Cormac solo lleva setenta y tres años; sin embargo, su rango es muy elevado.

—Entonces, supongo que debemos quedarnos aquí —dijo Thorn.

—En el Aquelarre de Vida nos enseñan a leer a las personas —explicó Mika—. Yo esperaré aquí. Esperaré a Ian Cormac.

Cormac programó el DCT y lo enterró entre las putrefactas criaturas murciélago, antes de girarse y observar cómo se alejaba la luz hacia las profundidades de la caverna. Asintió con la cabeza pensativamente, contemplando al draco que descansaba en el suelo. Sin Cicatriz yacía boca abajo como si estuviera en letargo, aunque tenía los ojos abiertos. Tras observarlo durante un largo momento, habló por su unidad de comunicación.

—Viridiana, ¿lo has recibido?

—Se han producido algunas interferencias. Me está costando conservar tu señal entre las rocas.

—De acuerdo, te lo repetiré: ahora nos dirigiremos al runcible de fase uno. Quiero que se cierre todo el acceso a la información de las esferas de contención. El Creador nos seguirá hasta el runcible y se producirá una detonación en el otro extremo. La siguiente transmisión se efectuará al runcible de fase dos cuando este sea

instalado, pero solo cuando yo dé la señal.

—Confirmado.

—Ahora abandonaré la caverna. La explosión tendrá lugar en veinticinco minutos. No hemos tenido esta conversación, así que no la liberes en la red.

—Confirmado.

Cormac miró al draco y dio unas palmadas.

Sus pupilas acanaladas centellearon y dejó escapar un silbido. Instantes después, se levantó y miró a su alrededor. Cormac aplaudió de nuevo y le dio la espalda. El draco lo siguió hasta el exterior de la cueva.

En cuanto salieron a la luz, Cormac apresuró sus pasos y el draco alargó sus zancadas para seguirlo; corría como un avestruz. Mientras se acercaban al CAG, Cormac indicó por señas a sus compañeros que entraran. Estos obedecieron en silencio. Mika y Thorn hicieron sitio al draco.

—Sácanos de aquí inmediatamente. Disponemos de unos veinte minutos antes de que todo explote. Para entonces, quiero estar bien lejos. Velocidad máxima.

Aiden hizo que la nave ascendiera prácticamente en vertical. Todos cayeron hacia atrás en sus asientos, pues utilizó toda la AG además de los impulsores.

—¿Qué ha ocurrido? Pensaba que los habría matado... a los dracos —dijo Thorn, con voz tensa.

—Lo encontré en el interior, inconsciente. Cicatriz está muerto. El Creador lo mató. No sé por qué a él lo dejó inconsciente.

—Acelerando... trescientos kilómetros por hora. Cuatrocientos —dijo Aiden.

—¿Cuál es la velocidad máxima de este aparato? —preguntó Cormac.

—Está restringido a quinientos kilómetros en manual y a mil bajo la orientación de una IA. No les gusta que los humanos rompan la barrera del sonido.

—Mil es suficiente. Tú eres una IA, así que acelera. —Las ordenanzas de la ciudad restringen el... Cormac cogió el microchip de su bolsillo y lo movió ante el rostro de Aiden.

A continuación, lo introdujo en una ranura del ordenador de a bordo. Una voz sexy habló por los altavoces.

—Los controladores manuales están desconectados. Todos los controles de la ciudad han sido denegados. Se desaconseja continuar.

Entonces se oyó el suave repique de una campana y la voz volvió a repetir sus palabras, ahora con más rapidez. En la tercera repetición, la voz se había convertido en el chillido de una bruja y el tintineo en un sonido discordante. El ordenador gimió y algo inerte rechinó en su interior.

—Eso es ilegal —dijo Thorn—. También lo es detonar un DCT en un planeta habitado —respondió Cormac.

Aiden empujó hacia adelante la palanca de control y, en cuestión de segundos, el CAG alcanzó los mil kilómetros por hora. Quince minutos después llegaron a la instalación del runcible.

Aiden hizo descender la nave sobre el vacío estacionamiento y aterrizó lo más cerca que le fue posible de la instalación. Mientras abandonaban el vehículo, Cormac echó un vistazo al reloj del panel de instrumentos. Miró hacia el este.

—Vamos, tenemos que encontrar un monitor —dijo, corriendo hacia el complejo que rodeaba la instalación del runcible. Los demás se apresuraron a seguirlo, Thorn ayudado por Aiden.

La sala de embarque solía estar atestada de gente, pero ahora estaba espectralmente vacía. Ahora esas personas se encontraban muy lejos, sin duda alguna blasfemando contra los campos de contención antimateria y las IA incompetentes. Cormac corrió hacia un banco de pantallas, sin dejar de hablar por su unidad de comunicación.

—Viridiana, ¿puedes mostrarme las imágenes? Quiero verlo. —Hay zánganos de vigilancia desplegados a dos kilómetros a la redonda. La pantalla centelleó para mostrarle las montañas Thuriot—. Las explosiones quedarán contenidas. Habrá muy poca evidencia de ellas.

Dos minutos y contando. Y con una voz más suave de la habitual en una IA, inició la cuenta atrás.

—Ciento diecinueve, ciento dieciocho, ciento diecisiete...

—Cuando explote correremos al runcible B5, que en este momento está abierto al runcible de fase uno de Samarcanda —explicó Cormac.

—¿Crees que las detonaciones bastarán para hacerlo huir? —preguntó Thorn—. Es decir... ¿podemos estar seguros de que escapará hacia los runcibles?

—No podemos saberlo con certeza. Si no lo hace, regresaremos con más fuerza y volveremos a hacer lo mismo.

—Sigo sin entender cómo...

—¿No sería mejor que te dirigieras ya hacia el runcible, Thorn? No quiero que te quedes atrás —dijo Cormac, girándose y mirando con frialdad al soldado. Thorn sostuvo su mirada durante un momento, pero después inclinó la cabeza y se alejó. Aiden se fue con él.

Cormac se volvió hacia el draco.

—Sin Cicatriz, ve con ellos.

El draco obedeció.

—... ochenta... setenta y nueve... setenta y ocho...

Mientras Cormac observaba la pantalla, Mika lo miró con cautela. Las preguntas que Thorn había formulado eran extremadamente pertinentes. Tenía la impresión de que si Cormac no había respondido no era porque no pudiera, sino simplemente porque no deseaba hacerlo. Sin embargo, el agente sabía qué estaba haciendo y Mika suponía que eso era suficiente.

—El zángano sigue descendiendo —dijo Viridiana.

La imagen pronto se convirtió en una en la que los árboles y las laderas de las montañas podían distinguirse con claridad. Mika estaba segura de que ahora veía la

misma zona que habían abandonado recientemente, pues una ladera era idéntica a la de la boca de la caverna.

—... veintiuno... veinte... diecinueve... dieciocho...

Mika pudo ver que la tensión se iba acumulando en los músculos de Cormac. ¿Qué estaba viendo? ¿Qué era lo que quería ver?

La cuenta atrás finalizó y la sonda pareció estremecerse, aunque eran las montañas las que lo hacían. El polvo y los escombros cubrieron el paisaje durante un momento y, entonces, un fuego blanco salió a toda velocidad por el lado de una montaña, señalando la posición de la boca de la cueva. Cormac echó un vistazo a la lectura temporal que había a un lado de la pantalla.

—Vamos...

Transcurrieron más segundos. De repente, una parte de la montaña explotó y el incandescente Creador apareció lanzando fuego en todas las direcciones. Los árboles explotaron en astillas ardientes y las rocas quedaron reducidas a polvo. La pantalla quedó a oscuras.

—La sonda ha sido destruida —explicó Viridiana—. Estoy retirando las demás.

Mika advirtió que una breve sonrisa cruzaba el rostro de Cormac.

—Impresionante —murmuró, antes de añadir—: Salgamos de aquí cagando leches.

Una luz fantástica trazó lentamente un arco en el cielo y aterrizó en la lejana estación del runcible. Allí, las torres de refrigeración provistas de aletas quedaron envueltas en un halo de fuego de San Elmo. Jarvellis se inclinó sobre los controles del CAG privado que había robado Pelter y sacudió la cabeza asombrada. Momentos después, la luz centelleó y, en contraste, el día pareció irrazonablemente oscuro.

—Bueno, supongo que podrás explicarme eso —empezó a decir—. Pero antes háblame del mierdoso de Pelter.

Stanton le sonrió. No podía dejar de hacerlo. Cuando había llegado a la lanzadera y la había visto descender había creído que se había vuelto loco de remate. Ahora empezaba a convencerse de que era cierto... y no sabía si eso significaba que había perdido la cabeza o que ella estaba realmente allí, pero tampoco le importaba.

—Está muerto. Creo que todos ellos han muerto —respondió.

—¿Los viste morir?

—Vi a Pelter... y después lo comprobé.

Logró acercarse al agente por la espalda y lo estaba apuntando con una pistola de pulsos, a menos de cuatro metros de distancia. Joder, nunca había visto moverse a nadie con tanta rapidez. Creo que Pelter lo habría vencido si no hubiera enloquecido. Disparó al árbol tras el que se había escondido el agente, pero entonces pareció desorientarse y empezó a retroceder. El agente apareció después, completamente calmado, y le disparó. En cuanto se marchó, fui a echar un vistazo. Tenía un agujero

que entraba por el centro de su frente y salía por la nuca.

—Bien. ¿Qué me dices de los otros?

—Creo que Mennecken y Corlackis fueron atacados por un arma antiprotones. Encontré unos trozos de Dusache pegados al lanzamisiles y Svent perdió la vida en el fuego cruzado entre el agente y Pelter.

—Entonces ya está —dijo Jarvellis, recostándose en su asiento. Parecía tan extenuada como él se sentía, pero después de todo lo ocurrido no la sorprendía en absoluto. Observó el material que cubría su pecho izquierdo.

—Creo que ahora abandonaremos este planeta y buscaremos un lugar seguro. Un lugar... tranquilo y soleado. Y te buscaremos un cirujano reconstructivo.

Jarvellis lo miró con fatiga.

—En este lugar hay personas dispuestas a buscarnos y ya no tenemos nave. ¿Cómo pretendes escapar?

Stanton se acercó a la parte posterior del CAG, cogió un maletín y lo apoyó en su regazo. El maletín, salpicado de manchas de aspecto sospechoso, estaba destrozado y su armazón quedaba a la vista en las esquinas, pero el logotipo del Banco Norver seguía siendo visible.

—Supongo que encontraremos la forma —respondió.

Jarvellis por fin fue capaz de devolverle la sonrisa. Decidió que le daría a conocer la otra noticia cuando estuvieran en un lugar seguro... y cuando Stanton hubiera perdido todos sus instintos de escapar.

Los criminales son personas que no han recibido la educación moral correcta. Son personas que no han disfrutado de las mismas oportunidades que el resto de nosotros. Debemos sentir lástima de ellos y, como sociedad, debemos cuidar de ellos. El castigo no es la respuesta, porque solo consigue empeorar una situación que ya es mala de por sí. Si ejecutamos a estas personas, eso nos hace tan malas como ellas... En los primeros años del milenio esta era la tónica general, pues las locuras de la «corrección política» impedían ver a muchos la sencilla realidad: si ejecutas a un criminal, este no volverá a delinquir. Castigar al criminal es bueno para las víctimas, si estas siguen con vida. ¿Por qué, como sociedad, debemos cuidarlos y reeducarlos cuando apenas contamos con los recursos necesarios para hacer eso mismo con los ciudadanos que cumplen las leyes? En la actualidad hemos comprendido esta realidad y, ahora, a los asesinos y a muchos criminales reincidentes les hacemos un borrado de mente. No hemos dejado de ejecutar a las personas porque seamos más «civilizados», sino porque eso equivaldría a desperdiciar un cuerpo perfectamente útil, y en el ciberespacio hay muchas personalidades (IA y humanos transferidos) esperando otra oportunidad para vivir en el mundo real.

Extraído de Cómo es eso, por Gordon

Cuando Cormac abandonó el runcible de fase uno de Samarcanda, el frío lo golpeó como un martillo de hielo. Habían instalado precipitadamente algunos calentadores en la esfera de contención, pero la temperatura no estaba muy por encima del límite necesario para que un humano pudiera conservar la vida. Delante de él, Aiden ayudaba a Thorn a avanzar hacia la salida y la pasarela cubierta que se extendía más allá. Examinó la esfera mientras Mika pasaba corriendo junto a él. El arma de protones que había pedido descansaba sobre uno de los calentadores. La miró y observó a sus compañeros, que lo aguardaban vacilantes junto a la salida.

—Entrad en la nave. Estaré con vosotros en un minuto.

Se acercó al arma y la tocó con la yema del dedo. Estaba fría pero, debido a la conducción del calor, no tanto como para arrancarle la piel. La levantó, apuntó hacia el suelo, a la izquierda del runcible, y disparó un rayo del grosor de un lápiz. El rayo impactó en su objetivo, se combó e iluminó todo lo que había bajo sus pies, haciendo que el suelo negro se volviera transparente y que el cristal fundido empezara a gotear. Cuando la maquinaria quedó a la vista, Cormac abrió un agujero en un conducto y desconectó el rayo. Varios fuegos seguían ardiendo bajo el cristal. Tras observar la confusión resultante durante unos instantes, se dirigió hacia la salida.

Sus compañeros lo esperaban en el interior del CAG, que se encontraba a cuatro

metros de la esfera. Abrió la puerta y, sin llegar a entrar, apuntó con el arma a la pared de la pasarela cubierta, calculando las posiciones relativas.

—¿Qué cojones...? —preguntó Thorn.

—Tengo que disparar al menos a uno de los amortiguadores desde el exterior. De momento, lo único que he hecho ha sido quemar algunos de los automatismos de seguridad.

Cormac disparó un amplio rayo y, al instante, una sección del muro de dos metros de largo por uno de ancho desapareció en un destello púrpura. Ya podía ver el extremo del amortiguador. Volvió a disparar. El metal desapareció en cuestión de segundos, revelando bobinas de superconductores y cristales paráelectricos. Un bidón oculto escupió su contenido y saltó por los aires dejando una estela de gas y llamas. Mientras desconectaba el rayo, una niebla de vapor de CO₂ lo oscureció todo, y poco después empezó a nevar CO₂. Antes de que sus ojos se congelaran, Cormac entró en el vehículo y cerró de un portazo la puerta hermética.

—Salgamos de aquí... ahora... —dijo entre jadeos, temblando violentamente. No era el único, pues el interior del coche estaba tan frío como la esfera de contención.

Aiden llevó el CAG hacia la medianoche de Samarcanda, sin molestarse en desacoplarlo de la pasarela. Esta resistió durante un momento, pero pronto se rompió y cayó como una serpiente que acabara de perder a su presa. Por las ventanillas de la nave pudieron ver que uno de los amortiguadores del runcible brillaba con los colores del magma.

—De acuerdo... Aiden, aquí no hay restricciones de velocidad de vuelo. ¿De qué es capaz esta nave?

—Puede alcanzar los mil cuatrocientos kilómetros por hora con seguridad. A una velocidad superior podría perder el control.

—Es bastante rápido —dijo Cormac—. Bastante rápido. Se recostó en su asiento, junto a Mika, y observó al draco antes de mirar por la ventana. Suspendido en el cielo, como una luna vigilante, estaba Dragón.

—Sabía que ese hijo de puta no se perdería esto.

Mika lo miró con ojos inquisitivos, pero él no hizo más comentarios porque en ese momento Aiden aceleró al máximo. Todos retrocedieron en sus asientos con tanta fuerza que no les quedó aliento para hablar. Solo cuando el CAG empezó a desplazarse al máximo de velocidad la presión se relajó. Cormac echó un vistazo al reloj instalado en el panel de instrumentos. Mostraba la hora solstan y se actualizaba constantemente mediante una señal de Samarcanda II.

—Me pregunto cuándo aparecerá —dijo Thorn, con cautela.

—En cualquier momento... supongo —respondió Cormac—. Podría ser... justo ahora.

En ese momento, Samarcanda experimentó un día prematuro de una luz intensa y blanca; una luz descortés que duró veinte segundos y pareció encontrar y quemar todas y cada una de las sombras. Cuando se apagó, pudieron ver una esfera creciente

de fuego amarillo, cortada por rayos en forma de hoja.

—Un Creador descreado —comentó Cormac.

Thorn lo miró con exasperación y por un momento pareció que iba a decir algo. Cormac movió ligeramente la cabeza y posó sus ojos en el draco.

—¿Cuánto tardaremos en llegar al complejo? —preguntó a Aiden.

—No mucho; un cuarto de hora.

Thorn miró hacia delante. No hizo más preguntas.

—Creo que ya puedes reducir la velocidad —dijo Cormac, cerrando sus acuosos ojos.

Resultaba difícil ponerse los trajes térmicos en el limitado espacio del CAG, así que apenas habían terminado de vestirse cuando Aiden empezó a descender hacia la superficie. A medida que aumentaba su temperatura corporal, Cormac empezó a sentir las quemaduras que el frío había provocado en su rostro y en el dorso de las manos. Cuando la temperatura alcanzó su nivel óptimo, sentía tanto dolor que la perspectiva de quitarse los guantes no le resultaba en absoluto atractiva.

Aiden aterrizó junto al complejo y, mientras abandonaban la nave, tres figuras protegidas por trajes acudieron a recibirlos. El draco empezó a temblar debido al frío extremo, pero siguió caminando como si estuviera dando un paseo durante un día medianamente invernal. Aiden se movía de forma similar.

—Entonces lo has conseguido —dijo la voz de Blegg por el comunicador.

—Sí, el Creador ha pagado por sus crímenes —replicó Cormac.

—Y un runcible de fase uno en perfecto estado ha sido destruido —refunfuñó Chaline.

Cormac no respondió.

—Entremos —dijo—. Quiero ver cuánta piel he perdido.

Entraron en un edificio que había sido anexionado recientemente al complejo. Para acceder al interior tuvieron que cruzar una fría esclusa y esperar unos minutos a que los trajes y el aire que los rodeaba se calentara. Al otro lado había un vestidor provisto de armarios para guardar los trajes, además de duchas y secadores, una máquina que dispensaba bebidas calientes y armarios que contenían ropa limpia. Mika y Thorn se desprendieron rápidamente de sus trajes y pronto estuvieron tomando una sopa caliente. Los otros tres, Blegg, Chaline y, sorprendentemente, Carn, se desvistieron con la misma rapidez. Cormac se tomó su tiempo, dejando los guantes para el final.

—¡Oh! ¡Mierda!

Había trozos de piel levantada en el dorso de las manos y en los dedos, y su cara no estaba mucho mejor. Chaline fue hasta un armario cercano, cogió un aerosol y se acercó a él.

—Piel sintética... sellará las quemaduras y acabará con el dolor. Es bueno que te

duela. Si no fuera así, tendrías razones para preocuparte.

Cormac extendió las manos y, en cuanto el aerosol las rozó, sintió un bendito entumecimiento. A continuación, Chaline roció su rostro, manteniendo un dedo sobre las pestañas para evitar que se sellaran.

—¿Thorn? ¿Mika? —dijo Chaline, en cuanto terminó. Ambos tenían el rostro y las manos enrojecidos, pero sus lesiones no eran tan graves como las de Cormac.

—Yo estoy bien; solo tengo algunas quemaduras causadas por el frío —dijo Thorn.

Cuando Chaline se volvió hacia ella, Mika levantó la mano y siguió dando sorbos a su sopa. Durante todo este tiempo, Blegg había permanecido en silencio en un rincón. Cormac se volvió hacia él.

—Quiero regresar al *Soberbia*.

—¿Hay más? —preguntó Blegg.

—Hay más —confirmó Cormac.

Chaline miró a uno y después al otro.

—¿Qué...?

Cormac la interrumpió.

—Puedes quedarte aquí y proseguir con los preparativos del runcible de fase dos. Dijiste diez horas, ¿no?

—Ahora menos, pues ya hemos estado trabajando en ello —respondió.

—Bien... bien —se volvió hacia Blegg—. ¿Hubo alguna comunicación con Dragón mientras estábamos en Viridiana?

—Nada importante...

—¿En qué condiciones se encuentra *Soberbia* en este momento? —preguntó Cormac a Chaline.

—Bastante buenas —respondió, mirándolo con recelo.

—¿Hay alguna lanzadera preparada para partir ahora mismo?

—En una hora —respondió Blegg—. Supongo que podrás esperar.

Cormac parecía estar a punto de discutir, pero finalmente dijo:

—Sí, creo que me daré una ducha.

Tras una tensa hora de espera embarcaron en el elevador. Cormac había sido incapaz de relajarse. Había jugueteado con su comida y bebido un montón de café. Incluso había deseado que Gant le hubiese contagiado el hábito de fumar, pues consideraba que ahora habría sido un buen momento para hacerlo. Cuando solo había transcurrido media hora, Mika apareció con algunos instrumentos, dispuesta a realizar algunas pruebas al draco.

—Me gustaría averiguar qué...

—No —dijo Cormac.

Mika lo miró sorprendida.

—No quiero pruebas, ninguna.

La miró con seriedad. Tras sostener su mirada durante unos instantes, Mika recogió sus instrumentos. Siguieron esperando.

El elevador estaba vacío y este sería el último viaje que efectuara antes de regresar a la bodega. Lo habían utilizado para llevar a la superficie las cubiertas de los viejos motores para la transmisión a Minostra porque, aunque estaban averiados, eran demasiado valiosos para abandonarlos. El trabajo ya se había realizado y el elevador estaba listo para regresar.

—Cuando embarquemos —dijo Cormac, ocupando su asiento— quiero que se desconecten todos los canales de comunicación con Dragón. Si intenta ponerse en contacto con nosotros lo ignoraremos.

—¿Por qué? —preguntó Thorn—. Seguro que puedes...

—Estoy dando órdenes, no haciendo sugerencias. Escuchadme y cerrad el pico —espetó Cormac.

Thorn se quedó muy quieto, helado. Blegg se acercó a él y lo cogió del brazo, sin decir ni una sola palabra. Al girarse, irritado, Thorn se encontró de frente con sus ojos moteados y se echó hacia atrás de un salto, como si le hubieran gruñido. Miró a Blegg con sorpresa, pero pronto asintió y apoyó la espalda en el respaldo. Entonces el asiático le soltó el brazo.

Mika miró perpleja a Blegg durante un momento, pero entonces centró su atención en Cormac.

—¿Algo más? —preguntó.

—Sí, el draco irá directamente a Aislamiento. Aislamiento total. Eso significa que no habrá sondas, ni pruebas, ni escáneres.

Mika asintió.

Cormac observó nervioso las pantallas. Cuando distinguió en una de ellas la mota distante de Dragón en un lejano horizonte, su rostro se endureció y no volvió a quitarle el ojo de encima.

El *Soberbia* abrió sus puertas al elevador y lo aceptó de nuevo en sus iluminadas entrañas. Antes de que pudieran salir, tuvieron que esperar a que las abrazaderas apresaran la nave y la arrastraran hacia las hileras de amortiguadores. Salieron por una larga rampa que cruzaba el abismo en el que anidaba el elevador. Cuando abandonaron la rampa, suelos y paredes inmensas empezaron a moverse y a girar como las ruedas de un reloj gigantesco: el *Soberbia* estaba sellando el acceso a la plataforma.

—*Soberbia* —dijo Cormac, mientras abandonaba el eje descendente que lo había transportado hasta las dependencias—. Quiero que te protejas contra impactos y que despejes el área que rodea Aislamiento en cuanto Mika la haya abandonado. Todos los canales de comunicación con Dragón deberán permanecer cerrados. El draco permanecerá herméticamente sellado en su interior; suelda la unidad si lo consideras necesario.

—Procediendo según instrucciones. Las luces empezaron a centellear en los pasillos mientras Cormac se dirigía al Puerto de Enlace Descendente.

—Las armas de protones se están cargando —anunció *Soberbia*.

Cormac se detuvo de repente, con las manos cerradas en puños. Miró a Blegg y después a Thorn.

—No habrá ninguna necesidad de eso —dijo entonces—. Descárgalas.

—La seguridad de la nave es mi principal prioridad. Dragón está probando todos los canales. Todo indica que se producirá un nuevo ataque. No puedo descargar las armas de protones sin una orden directa del agente superior. Cormac miró a Blegg.

—Tú tienes la máxima autoridad. Quiero que ordenes a *Soberbia* que descargue las armas de protones. Resultaron dañadas durante el anterior ataque, de modo que ahora no es seguro utilizarlas —dijo, con cautela.

—Ya has oído eso —dijo Blegg—. Desconéctalas.

—Las armas de protones se están descargando. Cormac siguió caminando.

—También quiero que se desconecten los sistemas de información. Todo acceso será denegado. Si en algún momento parece que se está realizando un acceso no autorizado, quiero que esos bancos de información sean vaciados o destruidos.

—No puedo iniciar esa orden sin una orden directa del agente superior —repitió *Soberbia*, obstinadamente.

—Te doy esa orden —dijo Blegg.

—Iniciada.

—Lo que tú quieres es que Dragón... —empezó a decir Thorn.

—Sí, sí —lo interrumpió Cormac, irritado—. Pero todo lo que decimos o hacemos queda grabado en algún lugar y, por lo tanto, es posible acceder a esa información, así que no lo digas en voz alta.

En esta ocasión no había nadie en el Puerto de Comunicación Descendente. Tras dejarse caer en una silla, delante del tablero de comunicaciones, Cormac solicitó una imagen de Dragón.

—Por lo menos, en esta ocasión no interrumpiremos el trabajo de Chaline. Samarcanda II se encargará de todo allí abajo. Creo que ya ha tenido que soportar suficientes interferencias.

—Para ella no hay nada más importante que los runcibles —comentó Thorn, mientras acercaba una silla.

—Una falta de previsión por su parte —respondió Cormac—. *Soberbia*, prepárate para un fuerte impacto. Encárgate de desalojar las áreas de la ruta que siguió Dragón durante su anterior ataque y cierra todas las puertas de seguridad. Permanece en espera con espuma y material de sellado.

—Iniciado.

—Paciencia —dijo Cormac, mirando a Blegg y Thorn.

—Oh, siempre la he tenido —respondió Blegg. Thorn parecía sentirse incómodo.

—Los intentos por abrir un canal de comunicación han cesado —anunció

Soberbia—. Dragón está acelerando.

—Retrocede a una órbita próxima. Eso debería reducir su velocidad —dijo Cormac.

—Prepárense para el impacto. Prepárense para el impacto. Que todo el personal se dirija a los módulos de emergencia.

Cormac cerró los ojos y empezó a respirar profundamente; tenía la frente cubierta de perlas de sudor. Los tres pudieron sentir la vibración de la nave al acelerar y el ligero empuje hacia un lado cuando adoptó su nuevo rumbo.

—El impacto se producirá en tres minutos veinte segundos. El impacto se producirá en tres minutos diez segundos.

En ese momento, Mika entró en el Puerto de Enlace Descendente. Cormac la observó mientras intentaba hacer un análisis de la situación y se humedecía los labios, preparándose para formular una pregunta. Entonces miró más allá, hacia la puerta sobre la que centelleaba una luz a rayas amarillas y negras.

—Te vi entrar justo antes de que las puertas principales se cerraran —comentó.

Ella asintió, mirándolo fijamente.

—Entonces será mejor que nos preparemos.

Tras guardar todas las sillas y todos los instrumentos que estaban sueltos, se dirigieron al módulo de emergencia, una sala circular provista de veinte literas de aceleración dispuestas a su alrededor. Este módulo, como los muchos otros que se diseminaban por la nave, poseía su propio soporte vital y, en teoría, podía resistir a la destrucción del *Soberbia*. Los cuatro se tumbaron en las literas y se ataron.

—El impacto se producirá en un minuto y diez segundos... El impacto será en un minuto...

No resultaba especialmente reconfortante ver la imagen de Dragón aproximándose a tanta velocidad. Su tamaño fue aumentando en la pantalla hasta que pudieron ver los seudópodos retorciéndose en su superficie.

—¡Impacto inminente! ¡Impacto inminente!

No fue tan malo como la primera vez. La nave se estremeció, pero no pareció estar resquebrajándose. Cormac aún se preguntaba a cuántas personas debía de haber matado. Cuando los temblores cesaron, se desató y abandonó el módulo de emergencia.

—Acceso no autorizado a información en el puerto externo. Estoy aislando todos los sistemas... Las puertas de la plataforma de la lanzadera se están abriendo.

—Esta vez conoce mejor la nave —dijo Mika. Cormac la miró y volvió a girarse para observar los seudópodos que inundaban la plataforma y se retorcían por el suelo del eje vertical.

—Sistemas de defensa contra intrusos activados.

—Desconéctalos hasta que yo ordene lo contrario —dijo Cormac.

—Acceso no autorizado... todos los paneles y puertos están cerrados en el área de la plataforma de la lanzadera. Lecturas de tensión en las puertas del eje vertical. Por

segunda vez observaron cómo las puertas de seguridad se combaban y se desplomaban sobre el eje vertical y cómo los seudópodos lo invadían.

—Comunicación vocal de Dragón.

—No responderemos, pero escucharemos sus palabras —dijo Cormac.

—¡Cormac! ¡Cormac! —chilló el altavoz. Solo entonces advirtió la cabeza de pterosauro que se escondía entre los seudópodos. Esta se alzó sobre ellos y se abalanzó hacia la cámara.

—¡Cormac! —gritó de nuevo, rociando la lente de saliva lechosa.

—Parece enfadado —comentó Thorn.

—Sí, y asustado —añadió Cormac.

Mika lo miró con aspereza y volvió a centrar su atención en la pantalla.

—¡Dame lo que es mío! —chilló Dragón.

—Quiere al draco —dijo Mika.

—¿Quieres que abra Aislamiento? —preguntó *Soberbia*.

—No, manténla sellada. Si quiere a su draco tendrá que llevarse toda la cámara.

—Eso causará graves daños al interior de la nave. La cabeza de Dragón apareció después en Aislamiento.

—¡Abre! ¡Abre! —chilló.

Cormac empezó a golpear el panel con los dedos. Canturreaba una melodía y se mordía el labio a la vez.

—Entonces, prepárate para sufrir graves daños en el interior de la nave —replicó, instantes después—. Dime, ¿qué sistemas de defensa contra intrusos hay en este momento?

—Gases nerviosos específicos, láseres de baja intensidad, cañones de pulsos EM, evacuación de zonas selladas...

—Usa los láseres de baja intensidad y los cañones EM.

—El gas nervioso beton-doce...

—Haz... lo que te he dicho.

Por el interfono oyeron los veloces chasquidos de los cañones de pulsos. Los seudópodos empezaron a volar por los aires y unas chamuscadas líneas negras cubrieron sus cuerpos, pero allí donde uno era destruido, otro ocupaba su lugar. La nave se estremecía.

—Carga los cañones de protones.

—Cargando. Lecturas de tensión alrededor de la Cámara de Aislamiento Uno. Lecturas de tensión a lo largo de los pasillos que llevan al eje vertical. Lecturas de tensión en el eje vertical.

La pantalla de Aislamiento mostraba paredes y puntales cediendo, material aislante desmoronándose, tuberías estallando y culebreando por el aire con chorros de vapor, paredes pandeándose y retrocediendo hacia los pasillos. Una escena se desvaneció cuando la cámara fue destruida. La pantalla que mostraba el conjunto de la Cámara de Aislamiento Uno se despellejó de su armazón y fue reemplazada por los

seudópodos.

—¡Cormac! ¡Cormac! —gritaba la cabeza de Dragón.

—Apunta hacia la cabeza.

De repente, la cabeza quedó enrejada por líneas negras y los pulsos EM empezaron a romperla en pedazos. Chilló y retrocedió de Aislamiento. La sala fue arrastrada consigo, destruyendo paredes y arrasando techos. Llovían chispas. Las cámaras se fueron desconectando de una en una.

—Cámara de Aislamiento en eje vertical. Lecturas de tensión en las puertas del eje. Juntas de ventilación destruidas; cerrando juntas secundarias.

Justo entonces, la habitación se inundó de un olor a carne y metal quemado, y otro olor, tan fuerte que casi podía saborearse, a dientes de ajo.

—¿Cuánto tardarán en estar listos los cañones de protones?

—Cuarenta segundos.

La escena que apareció ante sus ojos fue la plataforma de la lanzadera. El Dragón mutilado apareció ante la cámara. Sus mandíbulas se abrieron y se cerraron con violencia y la cámara quedó a oscuras.

—Yo diría que no está demasiado contento —dijo Thorn.

—Es la idea general —murmuró Blegg.

—Dragón tiene la sala de aislamiento. Desacoplando. Llenando eje vertical de espuma. Pérdida de aire masiva. La espuma no consigue asentarse. Cerrando puertas de la plataforma de la lanzadera.

La pantalla mostró la plataforma de la lanzadera desde otro ángulo. Las puertas intentaban cerrarse entre una tormenta de espuma y escombros que salían despedidos al vacío.

—Retrocede. Aceleración máxima. Dispara las armas de protones cuando estén preparadas.

Mientras Dragón se alejaba de la nave, un destello púrpura iluminó el espacio y un agujero chamuscado de unos cincuenta metros de diámetro apareció en su piel escamosa. Tras observar la imagen durante un momento, Cormac sacó el cilindro negro de su bolsillo y acercó un dedo a su centelleante panel táctil.

—Eso es un... —empezó a decir Thorn.

—Detonador remoto, sí —respondió con impaciencia—. ¿A qué distancia se encuentra, *Soberbia*?

—A un kilómetro. Un kilómetro y medio...

Las armas de protones volvieron a dispararse, pero en esta ocasión el destello no se produjo en la superficie de Dragón sino sobre una membrana invisible, y no le causaron ningún daño.

—Dragón se está preparando para devolver el ataque.

Todos pudieron ver las ondas que cruzaban su superficie.

—¿Distancia?

—Tres kilómetros. Cuatro kilómetros y medio. Seis kilómetros... ¡Disparo

inminente! ¡Disparo inminente!

Cormac bajó el dedo y, al instante, todo lo que había bajo la membrana se iluminó. Esta se rompió y las pantallas quedaron en blanco. El *Soberbia* se sacudió y todos sus ocupantes fueron arrojados al suelo.

EPÍLOGO

El pálido sol se deslizó lentamente por el horizonte y un nuevo día iluminó la destrucción que rodeaba al complejo. Sobre el cielo de bronce oxidado, Samarcanda estaba adquiriendo un nuevo rasgo: una creciente nube orbital de pedazos de carne congelada, trozos de hueso y fragmentos de metal. Eran los restos de Dragón. *Soberbia*, suspendida geoestacionaria sobre el complejo, observaba cómo se extendía esta nube con una apreciación estética de la que solo disponían las IA con el espectro completo de sentidos que ella poseía. Mientras tanto, con otra fracción de su centro sensorial, escuchaba a través del ordenador de la minilanzadera que se estaba alejando. De una forma completamente inconexa sabía que este también estaba siendo utilizado por una mente muy superior a la suya, una mente muy superior a la de un ordenador.

—He observado todo lo que has dicho y hecho —Blegg bebió de un trago un vaso de *whisky* y esbozó una sonrisa cruel.

Cormac, que tenía su copa apoyada en la rodilla, observó el suelo de la lanzadera con la mirada ciega debido a la extenuación. Le resultaba difícil asimilar que sus planes habían culminado con éxito.

—Supongo que se trata de saber quiénes son tus enemigos —dijo, tras una larga pausa.

Blegg observó el fondo de su vaso con irritación. Entonces cogió su botella, la agitó y sonrió con benevolencia. Cormac nunca había conocido a nadie como él. Era muy probable que supiera con exactitud qué había ocurrido, pero se mostraba completamente indiferente. Blegg era un tipo raro. Apoyó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos.

Parecía que solo había transcurrido un minuto cuando Blegg empezó a zarandearlo para que despertara. Miró la pantalla y vio que la lanzadera estaba descendiendo junto al complejo, entre una tormenta de cristales de CO₂. Antes de hablar, esperó a sentir el roce de la nave contra la superficie.

—Aiden, pregunta a Samarcanda II cómo va el runcible de fase dos. El Gólem se levantó de la butaca del piloto como si no lo hubiera oído. Al instante, Samarcanda II respondió por los altavoces de la lanzadera. —El runcible de fase dos está sometándose a una brusca alineación. Esto llevará unos quince minutos. Lo ajustaré en una décima de segundo.

Si una IA podía considerarse engreída, esa era Samarcanda II, pensó Cormac. Avanzó hasta la puerta de la lanzadera mientras una pasarela cubierta se unía a ella como una lamprea.

—Los dracos llevaban un equipo de soporte en su interior —le dijo a Blegg, mientras esperaba a que se calentara el aire del otro lado de la puerta—. Dragón sabía todo lo que estaba ocurriendo aquí. Solo los cogió para asegurarse de que el micelio no los afectaba internamente. No quería que lo descubriéramos.

—No te equivocas. ¿Es allí dónde fue el DCT?

—Sí, pero para poder acceder tenía que agujerear parte del material.

La puerta se abrió pesadamente, como la de una cámara frigorífica, y accedieron a la pasarela. Pronto estuvieron caminando entre los técnicos. La voz de Samarcanda II canturreó por los altavoces.

—La prueba de alineación del runcible de fase dos se está iniciando... Prueba completada. Aún está demasiado lejos para la inserción de la cúspide pentadimensional.

La esfera de contención del runcible de fase dos descansaba bajo una gran cúpula rodeada de superficie útil, y la puerta que conducía a ella era lo bastante grande para los pesados trineos. Cormac reconoció la figura familiar de Chaline junto a la puerta. Al acercarse a ella advirtió que estaba controlando el ajuste de la maquinaria por el interior del suelo de cristal negro. Era el mismo tipo de maquinaria que él había destruido en el runcible de fase uno. Contra la pared de la esfera se apilaban las baldosas que habían sido levantadas.

—¿Falta mucho? —preguntó. Ella lo miró con recelo durante un momento, pero entonces se ablandó.

—Unos minutos —dijo, señalando los trabajos que se estaban realizando—. Solo es cosmético. Una prueba más y la cuchara estará lista.

Cormac la dejó trabajar y regresó junto a Blegg, que estaba rellenando su botella en un dispensador de bebidas. Cormac no tenía ni idea de cómo lo lograba, pues en ese lugar los dispensadores no solían contener alcohol. Cuando la botella estuvo llena, dieron media vuelta y observaron los extraños ajustes que se estaban efectuando. Pronto, Samarcanda II anunció la siguiente prueba y vieron en el interior de la esfera un arco iris que centelleaba entre los cuernos del runcible. Estos ascendieron hasta lo alto de la esfera, lo cruzaron, accedieron al techo de la cúpula y también lo traspasaron. Era una imagen hermosa. Cormac recordó la primera vez que la había visto, en el runcible de fase uno, cuando la torre irisada se había alzado hasta el cielo. Nunca dejaría de impresionarle.

—La cuchara está dentro. Todo tuyo, Samarcanda II —anunció Chaline, satisfecha.

—Samarcanda II —dijo Cormac—, informa a Viridiana de que ya está permitido el acceso.

—Viridiana ya ha sido informada.

—Me has entendido mal. Informa a Viridiana de que Cormac dice que ya está permitido el acceso.

Hubo una pausa. Cuando Samarcanda II habló de nuevo, lo hizo tan sorprendida

como podía sentirse una IA.

—Viridiana me ha pedido que confirme la recepción de tu mensaje... Recibiendo transmisión.

En ese momento, el runcible centelleó y Cento apareció en él. Había sido reconstruido parcialmente y el brazo que le faltaba había sido reemplazado por uno del color del bronce. Mientras se acercaba, lo levantó y sonrió triunfante. Aiden lo recibió con una emulación perfecta de alegría humana. El Gólem se reunió con Cormac y Blegg.

—Recibiendo transmisión: anomalías energéticas —anunció Samarcanda II.

La cúspide del runcible se iluminó cuando apareció un dragón de cristal. Hubo gritos de sorpresa y chillidos de miedo. La cúpula parecía estar llena de luz.

—No hay ninguna necesidad de sentir miedo —dijo Samarcanda II... y, quizá, aquellos que habían gritado se sintieron un poco estúpidos.

El Creador, cuyas extremidades ardían en llamas, bajó de la tarima y observó el lugar con sus tres ojos de cristal. Cormac consideraba que debía de vivir en aquella torre de arco iris que había visto, puesto que parecía una criatura completamente legendaria.

—Bueno, la verdad es que no esperaba verlo a él —comentó, señalando la oscura silueta del draco que caminaba junto al alienígena como un esclavo... o como un domador. Pronto, el Creador llegó junto a ellos y pudieron ver los engranajes de su cuerpo, como una exposición acristalada de frascos y tubos en un laboratorio de química. Cuando habló, su voz pareció absorber el sonido desde todas las direcciones y arrojarlo en rachas de palabras.

—Cormac —dijo, agachando su aterradora cabeza para mirarlo.

—Pensaba que ibas a utilizar a Cicatriz para la explosión —comentó el agente.

La voz habló de nuevo; sus elementos parecían extraídos de las personas que se habían reunido a su alrededor y lo miraban boquiabiertas. Un alma valiente extendió el brazo para tocarlo, pero lo retiró antes de hacerlo, por miedo a quemarse o a rozar algo inefable.

—Cicatriz es una ventaja —dijo el Creador.

Al mirar a la luz, Cormac se sintió aún más cansado. Se giró para mirar a Blegg. El japonés parecía preocupado.

A través de Samarcanda II y *Soberbia*, Tierra Central contempló la culminación de los acontecimientos sin acabar de comprenderlos. Finalmente abrió un canal de comunicación que tampoco entendía por completo.

CONCLUSIÓN: ¿SATISFACTORIA?

Con ciertas limitaciones, Hal.

Explícate.

Dragón murió aquí, pero Dragón sigue con vida.

—Diálogos de Dragón—

DEMORA.

DEMORA.

DEMORA.

Conclusión satisfactoria aplazada — proyección.

La IA cerró aquel extraño canal y centró de nuevo toda su atención en *Soberbia*. La IA de la nave estaba fascinada por el patrón de dispersión de la nube y lo analizaba continuamente. Los restos de Dragón, que seguían extendiéndose siguiendo el rumbo original de la criatura, trazaron un anillo centelleante alrededor del planeta. Algunos de sus restos cayeron a la atmósfera. *Soberbia* detectó proteínas extrañas y metales exóticos. Como algunas de estas sustancias habían sido creadas para soportar temperaturas y fuerzas extremas, muchos fragmentos no ardieron en llamas durante la reentrada.

En Samarcanda llovían escamas de Dragón.